

LA IGLESIA PEREGRINA

Trazando el sendero de los cristianos olvidados
desde el Pentecostés hasta el siglo XX

E. H. Broadbent

LA IGLESIA PEREGRINA

Trazando el sendero de los cristianos olvidados
desde el Pentecostés hasta el siglo XX

Edmund Hamer Broadbent
Traducido del inglés por Son-Light Translations

Edición original en inglés: *The Pilgrim Church*
© 1931 Edmund Hamer Broadbent
Todos los derechos reservados

Todas las citas bíblicas fueron tomadas de la Versión Reina-Valera 1960
a no ser que se indique lo contrario.

Contenido

Prefacio a la edición española12

Capítulo 1: Comienzos15

(29–313 d. de J.C.)

El Nuevo Testamento, apto para las condiciones actuales; El Antiguo y el Nuevo Testamento; La iglesia de Cristo y las iglesias de Dios; El libro de los Hechos establece un modelo para la práctica presente; Hechos que guardan relación con sucesos posteriores; El día de Pentecostés y la formación de iglesias; Las sinagogas; Las sinagogas y las iglesias; La Diáspora judía difunde el conocimiento de Dios; Las iglesias primitivas formadas por los judíos; Los judíos rechazan a Cristo; La religión judía, la filosofía griega y el Imperio Romano se oponen a las iglesias; Conclusión de las Sagradas Escrituras; Los escritos posteriores; Epístola de Clemente a los corintios; Ignacio; Los últimos vínculos con los tiempos del Nuevo Testamento; El bautismo y la Cena del Señor; Crecimiento de una casta clerical; Orígenes; Cipriano; Novaciano; Los diferentes tipos de iglesias; Los montanistas; Los marcionistas; Persistencia de las iglesias primitivas; Los cátaros; Los novacianos; Los donatistas; Los maniqueos; Epístola a Dionisio; El Imperio Romano persigue a la iglesia; Constantino establece la libertad de religión; La iglesia vence al mundo.

**Capítulo 2: El cristianismo en la
cristiandad.....37**

(313–476 d. de J.C. ; 300–850 d. de J.C. ; 350–385 d. de J.C.)

Asociación de la Iglesia y el Estado; Las iglesias rechazan la unión con el Estado; Los donatistas son condenados; Concilio de Nicea; El arrianismo restaurado; Atanasio; Los credos; El canon de las Escrituras; El mundo romano y la iglesia; Separación del Imperio Romano occidental; Agustín; Pelagio; Cambio en la posición de la iglesia; Las falsas doctrinas: El maniqueísmo, el arrianismo, el pelagianismo, el sacerdotalismo; El monasticismo; Las Escrituras permanecen para la dirección; Las misiones; Desviación de los principios misioneros del Nuevo Testamento; Las misiones de Irlanda y Escocia en el continente; Conflicto entre la misión británica y la romana; Prisciliano.

Capítulo 3: Los paulicianos y los bogomilos61

(50–1473 d. de J.C.)

Auge de la dominación clerical; Persistencia de las iglesias primitivas; Sus historias tergiversadas por sus enemigos; Las primeras iglesias en Asia Menor; Armenia; Las iglesias primitivas en Asia Menor desde los tiempos apostólicos; Injustamente tildadas de maniqueos por sus adversarios; Los nombres pauliciano y Thonrak; Continuidad de las iglesias neotestamentarias; Constantino Silvano; Simeón Tito; La veneración de reliquias y adoración de imágenes; Los emperadores iconoclastas; Juan Damasceno; Restauración de las imágenes en la Iglesia Griega; Concilio de Frankfurt; Claudio, Obispo de Turín; El Islam; Sembar; Sergio; Los líderes de las iglesias en Asia Menor; Persecución bajo Teodora; La llave de la verdad; Carbeas y Chrysocheir; La Biblia y el Corán; Carácter de las iglesias en Asia Menor; El movimiento de creyentes desde Asia hasta Europa; La historia posterior en Bulgaria; Los bogomilos; Basilio; Las opiniones con respecto a los paulicianos y los bogomilos; Propagación de los bogomilos hasta Bosnia; Kulín Ban y Roma; Comunicación de los bogomilos con los cristianos en el extranjero; Bosnia invadida; Avance de los musulmanes; Persecución de los bogomilos; Bosnia tomada por los turcos; Los “amigos de Dios” en Bosnia: un eslabón entre los montes del Tauro y los Alpes; Las tumbas de los bogomilos.

Capítulo 4: El Evangelio llega a Oriente89

(4 a. de J.C.–1400 d. de J.C.)

*El Evangelio en Oriente; Siria y Persia; Las iglesias del Imperio Persa se separan de las del Imperio Romano; Las iglesias orientales retienen el carácter bíblico por más tiempo que las occidentales; El Papa ben Aggai agrupa las iglesias; Zoroastro; La persecución bajo Sapor II; Las homilias de Afrahat; Sínodo de Seleucia; Reanudación de la persecución; Nestorio; El Bazar de Heraclidas; La tolerancia; La afluencia de los Obispos occidentales; El aumento de la centralización; La amplia dispersión de las iglesias sirias en Asia; La invasión musulmana; El **Catholicos** se traslada desde Seleucia hasta Bagdad; Gengis Kan; La lucha entre el nestorianismo y el Islam en Asia Central; Tamerlán; Los franciscanos y los jesuitas encuentran a los nestorianos en Catay; La traducción de una parte de la Biblia al chino en el siglo XVI; La desaparición de los nestorianos de la mayor parte de Asia; Las causas del fracaso.*

Capítulo 5: Los valdenses y los albigenses..... 109

(1100–1230; 70–1700; 1160–1318; 1100–1500)

Pierre de Brueys; Henri el diácono; Los nombres sectarios son rechazados; El nombre albigenses; Las visitas de los hermanos de los Balcanes; Los perfectos; Provenza es invadida; El establecimiento de la Inquisición; Los valdenses; Los leonistas; Los nombres; La tradición en los valles; Pedro Valdo; Los “pobres de Lyon”; El incremento de la actividad misionera; San Francisco de Asís; Las órdenes de los frailes; La propagación de las iglesias; La doctrina y práctica de los hermanos; Los valles valdenses son atacados; Los begardos y las begunas.

Capítulo 6: Las iglesias a finales de la Edad Media..... 129

(1300–1500)

*La influencia de los hermanos en otros círculos; Marsilio de Padua; Los gremios; Los constructores de catedrales; La protesta de las ciudades y de los gremios; Wálter en Colonia; Tomás de Aquino y Álvaro Pelagio; La destrucción de la literatura de los hermanos; Maestro Eckart; Tauler; El libro titulado **Las nueve rocas**; El “amigo de Dios del Oberland”; La reanudación de la persecución; El documento de Estrasburgo sobre la persistencia de las iglesias; El libro en Tepl; La traducción antigua del Nuevo Testamento alemán; El fanatismo; La toma de Constantinopla; La invención de la imprenta; Unos descubrimientos; La impresión de Biblias; Colet, Reuchlin; Erasmo y el Nuevo Testamento griego; La esperanza de una reforma pacífica; La resistencia de Roma; Staupitz descubre a Lutero.*

Capítulo 7: Los lolardos, los husitas y los hermanos unidos..... 145

(1350–1670)

*Juan Wyclef; La rebelión campesina; Persecución en Inglaterra; Sawtre, Badley, Cobham; Prohibición de la lectura de la Biblia; Las congregaciones; Juan Hus; Zizka; Tabor; Las guerras husitas; Los utraquistas; Jakoubek; Nikolaus; Cheltschizki; **La red de la fe**; Rokycana, Gregorio, Kunwald; Reichenau, Lhota; Los “hermanos unidos”; Lucas de Praga; Las noticias de la Reforma alemana llegan a Bohemia; Juan Augusta; Guerra de Smalkalda; Persecución y emigración; Jorge Israel y Polonia; Regreso de los hermanos a Bohemia; Carta de Bohemia; Batalla de la Montaña Blanca; Comenius.*

Capítulo 8: La Reforma 171

(1500–1550)

Un catecismo; Los “hermanos de la vida común”; Lutero; Tetzels; Las noventa y cinco tesis en Wittenberg; La Bula papal es quemada; La Dieta de Worms; El castillo de Wartburg; Traducción de la Biblia; Esfuerzos de Erasmo por llegar a un arreglo; Desarrollo de la Iglesia Luterana; Su reforma y limitaciones; Staupitz protesta; La elección de Lutero entre las iglesias del Nuevo Testamento y el sistema de la Iglesia oficial; Loyola y la Contra Reforma.

Capítulo 9: Los anabaptistas 183

(1516–1566)

El nombre “anabaptista”; No una secta nueva; El rápido incremento; La legislación contra ellos; Baltasar Hubmeyer; El círculo de hermanos en Basilea; Actividades y martirio de Hubmeyer y su esposa; Hans Denck; Equilibrio de la verdad; Los partidos; M. Sattler; Aumento de la persecución; Landgraf Felipe de Hessen; Protesta de Odenbach; Zwinglio; Persecución en Suiza; Grebel, Manz, Blaurock; Kirschner; Persecución en Austria; Crónicas de los anabaptistas en Austria y Hungría; Ferocidad de Fernando; Huter; Mändl y sus compañeros; Las comunidades; Münster; El reino del Nuevo Sión; Tergiversación de los acontecimientos en Münster para calumniar a los hermanos; Los discípulos de Cristo son tratados como él; Menno Simons; Pilgram Marbeck y su libro; El sectarismo; Persecución en Alemania occidental; Hermann, Arzobispo de Colonia intenta llevar a cabo la reforma; Schwenckfeld.

Capítulo 10: Francia y Suiza 241

(1500–1800)

Le Fèvre; Grupo de creyentes en París; Meaux; La predicación de Farel; Metz; Destrucción de imágenes; Ejecuciones; Incremento de la persecución en Francia; Farel en la Suiza francesa; En Neuchâtel; Encuentro de los valdenses y los reformistas; Visita de Farel y Saunier a los valles; Progreso en Neuchâtel; Partición del pan en el sur de Francia; Juan Calvino; Partición del pan en Poitiers; Evangelistas enviados; Froment en Ginebra; Partición del pan fuera de Ginebra; Calvino en Ginebra; El socinianismo; Servet; Influencia del calvinismo; Las pancartas; Sturm escribe a Melancthon; Organización de las iglesias en Francia; Los hugonotes; Masacre de San Bartolomé; Edicto de Nantes; Las dragonadas; Revocación del edicto de Nantes; Fuga de Francia; Los profetas de las Cevenas; La guerra de los camisards; Reorganización de las iglesias del desierto; Jacques Rogers; Antoine Court.

Capítulo 11: Los disidentes ingleses 271

(1525–1689)

*Tyndale; Prohibición de la lectura de las Escrituras; Establecimiento de la Iglesia Anglicana; Persecución en el reinado de María; Las iglesias bautistas y las independientes; Robert Browne; Barrowe, Greenwood, Penry; Persecución de los disidentes en el reinado de Isabel; La “iglesia privada” en Londres; El **Gobierno eclesiástico** de Hooker; La iglesia de los exiliados ingleses en Amsterdam; Arminius; Emigración de los hermanos de Inglaterra a Holanda; Juan Robinson; Los primeros colonos puritanos zarpan rumbo a América; Los diferentes tipos de iglesias en Inglaterra y Escocia; Publicación de la “**Authorized Version**” de la Biblia; La Guerra Civil; El “Ejército de nuevo tipo” de Cromwell; Libertad religiosa; Las misiones; Jorge Fox; El carácter del movimiento de los “amigos”; Decretos contra los disidentes; La literatura; Juan Bunyan.*

Capítulo 12: Labadie, los pietistas, Zinzendorf, Filadelfia 293

(1635–1750)

Labadie funda una hermandad en la Iglesia Católica Romana, se une a la Iglesia Reformada, viaja a Orange, a Ginebra; Willem Teelinck; Gisbert Voet; van Lodensteyn; Labadie viaja a Holanda; Diferencia entre los ideales presbiterianos e independientes; Reformas en la iglesia de Middelburg; Conflicto con los Sínodos de la Iglesia Reformada; Conflicto sobre el racionalismo; Labadie condena los Sínodos; Labadie es excluido de la Iglesia Reformada; Una iglesia separada fundada en Middelburg; La nueva iglesia expulsada de Middelburg, trasladada a Veere, luego a Amsterdam; Fundación de una iglesia en casa; Ana María van Schürman; Diferencia con Voet; Problemas de la iglesia en casa; El traslado a Herford; Labadie muere en Altona; Traslado de la iglesia en casa a Wieuwerd; Efectos del testimonio; Spener; Los pietistas; Franke; Cristián David; Zinzendorf; Herrnhut; Disensiones; Aceptación de los estatutos de Zinzendorf; Avivamiento; Descubrimiento de un documento en Zittau; Determinación de restaurar la Iglesia Bohemia; Posibilidad de las relaciones con la Iglesia Luterana; Antonio, el antillano; Las misiones moravas; La misión en Inglaterra; Cennick; El control central resulta incompatible con la creciente obra; Las Sociedades de Filadelfia; Miguel de Molinos; Madame Guyon; Gottfried Arnold; Wittgenstein; La Biblia marburguesa; La Biblia berleburguesa; La invitación filadelfa; Hochmann von Hochenau; Tersteegen; Jung Stilling; Las iglesias primitivas, reformadas y otras más; Varias formas de regresar a las Escrituras.

Capítulo 13: Los movimientos metodistas y misioneros 325

(1638–1820)

Condición de Inglaterra en el siglo XVIII; Avivamientos en las escuelas temporales de Gales; Fundación de las sociedades; El “Club Santo” en Oxford; La señora Wesley; Juan y Carlos Wesley zarpan rumbo a Georgia; Juan Wesley regresa y conoce a Pedro Boehler, acepta a Cristo por fe y visita a Herrnhut; Jorge Whitefield les predica a los mineros en Kingswood; Juan Wesley también comienza a predicar al aire libre; Los predicadores laicos; Las manifestaciones extrañas; Los avivamientos extraordinarios; Los himnos de Carlos Wesley; Separación entre las sociedades metodistas y las moravas; Divergencia en doctrina de Wesley y Whitefield; La Conferencia; Separación de las sociedades metodistas de la Iglesia Anglicana; Divisiones; Beneficio general del movimiento; La necesidad de obras misioneras; Guillermo Carey; Andrés Fuller; Formación de las sociedades misioneras; Diferencia entre los misioneros y las iglesias nacionales; Los hermanos Haldane; Santiago Haldane predica en Escocia; Oposición de los Sínodos; Grandes cantidades de personas escuchan el Evangelio; Fundación de una iglesia en Edimburgo; Libertad de ministerio; Duda con relación al bautismo; Roberto Haldane visita a Ginebra; Lecturas de la Biblia sobre la Epístola a los Romanos; La Cena del Señor en Ginebra; Fundación de una iglesia.

Capítulo 14: El Occidente 347

(1790–1890)

Tomás Campbell; Una “Declaración y Afirmación”; Alejandro Campbell; La iglesia en Brush Run; El bautismo; Un sermón sobre la ley; Los metodistas republicanos adoptan el nombre de “cristianos”; Los bautistas adoptan el nombre de “cristianos”; Barton Warren Stone; Acontecimientos extraños en cultos de avivamiento; El Presbiterio de Springfield, fundado y disuelto; La iglesia en Cane Ridge; La Conexión Cristiana; Separación de los reformistas de los bautistas; Unión de la Conexión Cristiana y los reformistas; La naturaleza de la conversión; Walter Scott; El bautismo para el perdón de pecados; El testimonio de Isaac Errett.

Capítulo 15: Rusia 361

(1788–1914 850–1650 1812–1930)

La emigración menonita y luterana hacia Rusia; Los privilegios cambian el carácter de las iglesias menonitas; Wüst; Avivamiento; Los “hermanos menonitas” se separan de la Iglesia Menonita; Avivamiento de la Iglesia Menonita; Prohibición

de las reuniones entre los rusos; Autorización de la circulación de las Escrituras rusas; Traducción de la Biblia; Cyril Lucas; Los estundistas; Distintas vías por medio de las cuales el Evangelio llegó a Rusia; Gran incremento de las iglesias; Los acontecimientos políticos en Rusia conducen a un aumento de la persecución; Los exiliados; Ejemplos de exilio y de la influencia del Nuevo Testamento; Decreto del Santo Sínodo contra los estundistas; Los cristianos evangélicos y los bautistas; Desorden general en Rusia; Edicto de tolerancia; Incremento de las iglesias; Fin de la tolerancia; La revolución; La anarquía; Auge del gobierno bolchevique; Esfuerzos por abolir la religión; Sufrimiento e incremento de las iglesias; Los comunistas persiguen a los creyentes; J. G. Oncken; Una iglesia bautista fundada en Hamburgo; Persecución; Tolerancia; La escuela bíblica; Los “bautistas alemanes” en Rusia; Las donaciones procedentes de los Estados Unidos; Los nazarenos; Fröhlich... avivamiento por medio de su predicación; Su exclusión de la iglesia; Los artesanos húngaros conocen a Fröhlich; Reuniones en Budapest; Propagación de los nazarenos; Sufrimientos por negarse a prestar el servicio militar; La enseñanza de Fröhlich.

Capítulo 16: Groves, Müller, Chapman 393

(1825–1902)

A. N. Groves; Fundación de iglesias en Dublín; Groves parte con un grupo rumbo a Bagdad; Comienzo de la obra; La peste y la inundación; Muerte de la señora Groves; Llegada de los colaboradores procedentes de Inglaterra; El Coronel Cotton; Groves se traslada hacia la India; Propósitos de su estancia allí: llevar la obra misionera de regreso al modelo del Nuevo Testamento y reunir nuevamente al pueblo de Dios; Jorge Müller; Henry Craik; Fundación de una iglesia en la Capilla de Bethesda, Bristol, para llevar a cabo los principios del Nuevo Testamento; Visita de Müller a Alemania; Fundación de instituciones y los orfanatos para el aliento de la fe en Dios; Roberto Chapman; J. H. Evans; La conversión de Chapman; Su ministerio en Barnstaple y sus viajes; Un conjunto de iglesias aceptan las Escrituras como su guía.

Capítulo 17: Cuestiones relacionadas a hermandad e inspiración .. 421

(1830–1930)

Reunión en Plymouth; Las condiciones en la Suiza francesa; Las visitas de Darby; El desarrollo en su sistema; “La iglesia en estado de ruina”; Augusto Rochat; La diferencia entre la enseñanza de Darby y la de los hermanos que tomaban

el Nuevo Testamento como el modelo para las iglesias; El cambio del principio congregacionista al católico; La propagación de las reuniones; La carta de Groves a Darby; La sugerencia de una autoridad central; Darby y Newton; Darby y la iglesia en Bethesda, Bristol; Darby excluye a todos los que no se unen a él en su decisión de excluir a la iglesia en Bethesda; Aplicación universal del sistema de excluir a las iglesias; Las iglesias que no aceptaron el sistema de exclusión; Su influencia en otros círculos; Fundación de iglesias en muchos países sobre el modelo del Nuevo Testamento; El racionalismo; La crítica bíblica; Incremento de la circulación de las Escrituras.

Capítulo 18: Conclusiones 445

¿Acaso las iglesias aún pueden seguir la enseñanza y el ejemplo del Nuevo Testamento?; Diferentes respuestas; Las iglesias ritualistas; El racionalismo; Los reformistas; Los místicos y otros; El avivamiento evangélico; Los hermanos que a través de todos los siglos han hecho del Nuevo Testamento su guía; La difusión del Evangelio; Las misiones extranjeras; El avivamiento por medio del regreso a las enseñanzas de la Escritura; Cada cristiano un misionero, cada iglesia una sociedad misionera; La diferencia entre una iglesia y una misión; Diferencia entre una institución y una iglesia; Unidad de las iglesias y difusión del Evangelio; Las iglesias del Nuevo Testamento entre todos los pueblos sobre la misma base; Conclusión.

Prefacio

a la edición española

Edmund Hamer Broadbent nació en Lancastershire, Inglaterra, en el año 1861. Siendo aún muy joven se dedicó al estudio personal del Nuevo Testamento. Por medio de sus estudios él se convenció de la necesidad de seguir el modelo para la iglesia que había sido presentado por Cristo y los apóstoles.

Cuando el señor Broadbent todavía era algo joven, aún en los veintitantos años, él comenzó a viajar mucho. A medida que él viajó por toda Europa y Asia encontró numerosas congregaciones locales e independientes que habían sido moldeadas a la manera de las enseñanzas que él había encontrado en su estudio del Nuevo Testamento. Por medio de su investigación, el señor Broadbent se dio cuenta de otras congregaciones similares de humildes seguidores de Cristo, que en conjunto constituían lo que él mismo había nombrado como la “iglesia peregrina”. Este tipo de congregaciones había existido desde que la iglesia, la iglesia peregrina, había sido fundada por Jesucristo y sus apóstoles.

El señor Broadbent sintió que sería útil recopilar lo que podría ser conocido acerca de la iglesia peregrina a través de la historia y publicar esos descubrimientos en una secuencia ordenada. Esto dio como resultado la publicación en inglés de *The Pilgrim Church* (“La iglesia peregrina”) en 1931.

La historia de la iglesia peregrina no es la historia de una denominación específica, ni de las denominaciones como tales. Al contrario, es la historia de una fe verdadera y sencilla en Cristo de individuos de todas las clases sociales que se fueron formando ellos mismos en congregaciones locales, y se sometieron unos a otros bajo el liderazgo directo de Jesucristo.

Tanto los triunfos como los fracasos de aquellos que han pertenecido a la iglesia peregrina han sido registrados fielmente en este libro. La solidez de sus doctrinas así como las ocasionales aberraciones doctrinales entre ellos también han sido registradas aquí.

Le hacemos un llamado, amado lector, a que siga a Cristo junto a los demás peregrinos de hoy. Aprenda de los triunfos y fracasos de la iglesia

peregrina a través de la historia como han sido registrados en este libro. Compare todas las cosas con la inmutable Palabra de Dios.

Otro capítulo en la historia de *La iglesia peregrina* está siendo escrito ahora mismo por todas las personas en todas partes que buscan seguir a Cristo. Que este libro sirva para señalarle a usted la verdad como se presenta en las Escrituras.

¡El Señor viene!

—*Publicadora Lámpara y Luz*

Comienzos

(29–313 d. de J.C.)

El Nuevo Testamento, apto para las condiciones actuales; El Antiguo y el Nuevo Testamento; La iglesia de Cristo y las iglesias de Dios; El libro de los Hechos establece un modelo para la práctica presente; Hechos que guardan relación con sucesos posteriores; El día de Pentecostés y la formación de iglesias; Las sinagogas; Las sinagogas y las iglesias; La Diáspora judía difunde el conocimiento de Dios; Las iglesias primitivas formadas por los judíos; Los judíos rechazan a Cristo; La religión judía, la filosofía griega y el Imperio Romano se oponen a las iglesias; Conclusión de las Sagradas Escrituras; Los escritos posteriores; Epístola de Clemente a los corintios; Ignacio; Los últimos vínculos con los tiempos del Nuevo Testamento; El bautismo y la Cena del Señor; Crecimiento de una casta clerical; Orígenes; Cipriano; Novaciano; Los diferentes tipos de iglesias; Los montanistas; Los marcionistas; Persistencia de las iglesias primitivas; Los cátaros; Los novacianos; Los donatistas; Los maniqueos; Epístola a Dionisio; El Imperio Romano persigue a la iglesia; Constantino establece la libertad de religión; La iglesia vence al mundo.

El Nuevo Testamento es el digno cumplimiento del Antiguo. Es el único fin legítimo hacia el cual podían señalar la Ley y los profetas. Este no se deshace de ellos, sino que los enriquece por medio de cumplirlos y sustituirlos. Además, lleva implícito un carácter de perfección, y no presenta el comienzo rudimentario de una nueva era que requerirá constantes modificaciones y cambios para suplir las necesidades de los tiempos cambiantes, sino que es una revelación apta para todos los hombres de todos los tiempos. Jesucristo no nos pudiera haber sido revelado de mejor manera que como lo hacen los cuatro Evangelios. Tampoco las consecuencias o doctrinas que se desprenden de los hechos de su muerte y resurrección no pudieran haber sido enseñadas de una manera más correcta que como lo hacen las Epístolas.

Capítulo 1

El Antiguo Testamento registra la formación e historia de Israel, pueblo mediante el cual Dios se manifestó al mundo hasta la llegada de Cristo. El Nuevo Testamento revela la iglesia de Cristo, la cual consta de todos los que han nacido de nuevo por medio de la fe en el Hijo de Dios, llegando así a ser partícipes de la vida divina y eterna (véase Juan 3.16).

Este cuerpo, la iglesia entera de Cristo, no puede ser visto, ni puede obrar en un solo lugar debido a que muchos de sus miembros ya están con Cristo y otros están dispersos por todo el mundo. El mismo está llamado a darse a conocer y llevar su testimonio en la forma de iglesias de Dios en distintos lugares y en diferentes épocas. Cada una de estas iglesias está compuesta por aquellos discípulos del Señor Jesucristo que, en el lugar donde viven, se congregan en su nombre. A ellos les es prometida la presencia del Señor y les es dada la manifestación del Espíritu Santo de distintas maneras por medio de todos sus miembros (véase Mateo 18.20; 1 Corintios 12.7).

Cada una de estas iglesias tiene una relación directa con el Señor, recibe su autoridad de él, y es responsable ante él (véase Apocalipsis 2–3). No existe evidencia alguna de que una iglesia deba controlar a otra o de que deba existir alguna unión organizada entre las mismas. Sin embargo, a todas ellas las une una hermandad personal íntima (véase Hechos 15.36).

El objetivo fundamental de las iglesias es dar a conocer al mundo entero el Evangelio o las buenas nuevas de salvación. Esto fue el mandato del Señor antes de su ascensión. A la vez prometió dar el Espíritu Santo como el poder mediante el cual debe llevarse a cabo esta misión (véase Hechos 1.8).

Los sucesos en la historia de las iglesias en el tiempo de los apóstoles han sido seleccionados y registrados en el libro de los Hechos de manera que establezcan un modelo permanente para las iglesias de todos los tiempos. El desviarse de este modelo ha traído consigo consecuencias desastrosas, y todo avivamiento y restauración se ha debido, al menos en parte, a un regreso a este modelo y a los principios que aparecen en las Escrituras.

La siguiente narración de algunos sucesos posteriores, compilada con información de varios escritores, muestra que ha habido una sucesión continua de iglesias compuestas por creyentes cuyo objetivo principal ha

*Un modelo
permanente*

sido actuar sobre la base de las enseñanzas del Nuevo Testamento. Esta sucesión no necesariamente se ha encontrado en un lugar determinado, ya que a menudo tales iglesias han sido dispersadas o se han degenerado, pero han surgido otras similares en otros lugares. El modelo aparece descrito tan claramente en las Escrituras que ha hecho posible el surgimiento de iglesias de este tipo en otros lugares y entre creyentes que no sabían que otros discípulos antes que ellos habían tomado el mismo sendero, o no sabían que había otros en su mismo tiempo, pero en otras partes del mundo. En la narración se menciona cualquier suceso relacionado con la historia en general siempre y cuando la relación contribuya a lograr una mejor comprensión de las iglesias descritas.

También se hace referencia a algunos movimientos espirituales que si bien no condujeron a la formación de iglesias basadas en el modelo del Nuevo Testamento, sí arrojaron la luz sobre aquellos que resultaron en la fundación de iglesias de este tipo.

A partir de Pentecostés hubo una rápida difusión del Evangelio. La gran cantidad de judíos, que lo escucharon en la fiesta en Jerusalén cuando fue predicado por primera vez, llevaron las buenas nuevas a las diferentes naciones de su dispersión. Aunque es sólo de los viajes misioneros del apóstol Pablo que el Nuevo Testamento ofrece una descripción pormenorizada, los otros apóstoles también viajaron ampliamente predicando y fundando iglesias en extensas áreas. Todos los que creyeron se convirtieron en testigos para Cristo: *“Pero los que fueron esparcidos iban por todas partes anunciando el evangelio”* (Hechos 8.4).

La práctica de fundar iglesias donde hubiera creyentes, aunque fueran pocos, le dio permanencia a la obra y, como desde el principio cada iglesia fue enseñada a depender del Espíritu Santo y a ser responsable ante Cristo, estas se convirtieron en centros para la propagación de la Palabra de vida. Por ello, a la iglesia recién fundada de los tesalonicenses se le dijo: *“Porque partiendo de vosotros ha sido divulgada la palabra del Señor”* (1 Tesalonicenses 1.8). Aunque cada iglesia era independiente de cualquier organización o asociación de iglesias, se mantuvo una relación íntima con otras iglesias; relación esta que era continuamente revitalizada por las visitas frecuentes de hermanos que ministraban la Palabra de

Capítulo 1

Dios (véase Hechos 15.36). Las reuniones tenían lugar en casas privadas, en cualquier recinto disponible o al aire libre, sin requerir de ninguna instalación en específico.¹ Esta atracción de todos los miembros hacia el servicio, esta movilidad y unidad no organizada, permitiendo una variedad que sólo enfatizaba la unión de una vida común en Cristo y la permanencia del mismo Espíritu Santo, preparó a las iglesias para sobrevivir a la persecución y llevar a cabo su comisión de llevar a todo el mundo el mensaje de salvación.

La primera predicación del Evangelio fue hecha por judíos a los judíos, y el lugar donde frecuentemente se desarrolló fue en las sinagogas. El sistema de sinagogas es el medio simple y eficaz a través del cual el



concepto de nacionalidad y unidad religiosa de los judíos han sido preservados a través de los siglos de su dispersión entre las naciones. El centro de la sinagoga es el Antiguo Testamento, y el poder de las Escrituras y de la sinagoga se muestra en el hecho de que la Diáspora judía no ha podido ser extinguida ni absorbida por las naciones. Los objetivos fundamentales de la sinagoga eran la lectura de las Escrituras, la enseñanza de sus preceptos y la oración; y sus orígenes se remontan a los tiempos antiguos. En el Salmo 74.4, 8 aparece el lamento: *“Tus enemigos vociferan en medio de tus asambleas (...). Han quemado todas las sinagogas de Dios en la tierra”*.

Se dice que Esdras, a su regreso del cautiverio, organizó más las sinagogas, y la posterior dispersión de los judíos hizo que las sinagogas tomaran aun más importancia. Cuando el Templo, el centro judío, fue destruido por los romanos, las sinagogas, que ya se encontraban ampliamente diseminadas, demostraron ser una unión indestructible, sobreviviendo a todas las persecuciones que siguieron. En el centro de cada sinagoga hay un arca en la cual se mantienen las Escrituras, y al lado de esta se encuentra la tribuna desde donde se leen.

El intento dirigido por Bar-cocheba (135 d. de J.C.) fue uno de los tantos esfuerzos hechos para librar a Judea del yugo romano. Si bien por un corto período de tiempo pareció tener algún éxito, fracasó como los demás, y sólo trajo consigo un terrible castigo sobre los judíos. Aunque el uso de la fuerza fracasó en sus intentos por liberarlos, fue su acercamiento en torno a las Escrituras como su centro lo que evitó su desaparición.

Resulta, pues, evidente la semejanza y relación existente entre las sinagogas y las iglesias. Jesús se convirtió en el centro de cada una de las iglesias dispersas por todo el mundo, al decir: *“Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”* (Mateo 18.20). Además, él les proveyó las Escrituras para que fueran su guía inalterable. Por esta razón ha resultado imposible exterminar las iglesias. Cuando en un lugar han sido destruidas han aparecido en otros lugares.

Los judíos de la Diáspora² desarrollaron un gran celo por dar a conocer al Dios verdadero entre los paganos, y una gran cantidad de los paganos se convirtió al Señor por medio de sus testimonios. En el siglo III a. de J.C., se logró la traducción de las Escrituras del idioma hebreo al griego en la Versión Septuaginta, y teniendo en cuenta que el idioma griego fue en aquel tiempo, como más adelante, el medio principal de comunicación entre los pueblos de diferentes idiomas, la Septuaginta resultó ser un medio inestimable mediante el cual las naciones gentiles podían llegar a conocer las Escrituras del Antiguo Testamento. Provistos de este aporte, los judíos usaron tanto las sinagogas como las oportunidades que les brindaba el comercio para llevar a cabo su misión.

Jacobo, el hermano del Señor, dijo: *“Porque Moisés desde tiempos antiguos tiene en cada ciudad quien lo predique en las sinagogas, donde es leído cada día de reposo”* (Hechos 15.21). Es por esto que muchos, tanto griegos como ciudadanos de otras naciones, fueron atraídos por las sinagogas. Muchos de ellos, cargados de pecados y opresiones resultantes del paganismo, confundidos e insatisfechos por sus filosofías, llegaron a conocer al único Dios verdadero al escuchar la Ley y los profetas. El comercio también vinculó a los judíos a toda clase de personas y ellos aprovecharon esto diligentemente para difundir el conocimiento de Dios. En este tiempo, por ejemplo, un gentil buscador de la verdad escribe que él había decidido no ser partidario de ninguna de las principales tendencias filosóficas del momento, ya que dichosamente un judío comerciante de lino que había llegado hasta Roma, le había dado a conocer al Dios verdadero de la manera más sencilla.

En las sinagogas había libertad para ministrar. Jesús acostumbraba enseñar en ellas: *“Y en el día de reposo entró en la sinagoga, conforme a su costumbre, y se levantó a leer”* (Lucas 4.16). Cuando Bernabé y Pablo llegaron a Antioquía de Pisidia, ambos fueron a la sinagoga y se sentaron

Capítulo 1

allí. “Y después de la lectura de la ley y de los profetas, los principales de la sinagoga mandaron a decirles: Varones hermanos, si tenéis alguna palabra de exhortación para el pueblo, hablad” (Hechos 13.15).

Cuando vino Cristo el Mesías, el cumplimiento de las esperanzas y el testimonio de todo el pueblo de Israel, un gran número de judíos y prosélitos religiosos creyeron en él, y las primeras iglesias fueron fundadas entre ellos. Pero los gobernantes del pueblo —teniendo envidia de la prometida Simiente de Abraham, el principal hijo de David, y celos de la inclusión y bendición de los gentiles como lo anunciaba el Evangelio— rechazaron a su Rey y Redentor, persiguieron a sus discípulos, y continuaron en sus caminos de tristeza, sin el Salvador que era, para ellos primeramente, la expresión misma del amor y del poder salvador de Dios para con los hombres.

Puesto que la iglesia se formó inicialmente entre los círculos judíos, los judíos fueron precisamente sus primeros adversarios. Pero la iglesia creció y se extendió, y cuando los gentiles se convirtieron a Cristo, la iglesia entró en conflicto con las ideas griegas y con el poder romano. Encima de la cruz de Cristo su acusación fue escrita en hebreo, griego y latín (véase Juan 19.20). Y fue en el marco del poder político y espiritual representado por estos idiomas que la iglesia comenzó a padecer y también a ganar sus primeros trofeos.

La religión judía afectó a la iglesia no sólo en la forma de ataques físicos, sino además, y más permanentemente, al imponerle a los cristianos la Ley. Es por ello que escuchamos a Pablo en la Epístola a los gálatas, protestando contra tales ideas retrógradas: “*El hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo*” (Gálatas 2.16). Del libro de los Hechos y la Epístola a los gálatas podemos apreciar que el primer peligro serio que amenazó a la iglesia cristiana fue el de estar confinada dentro de los límites de una secta judía y perder por ellos su poder y libertad de llevar al mundo entero el conocimiento de la salvación de Dios en Cristo.

La filosofía griega, en su búsqueda de alguna teoría acerca de Dios, alguna explicación de los fenómenos de la naturaleza y de alguna norma de conducta, no dejó escapar a ninguna de las religiones y especulaciones que venían lo mismo de Grecia, Roma, África o Asia. Una *gnosis* o “conocimiento”, un sistema filosófico tras otro surgió y se convertía en el tema de

La filosofía
griega

discusión candente. La mayoría de los sistemas gnósticos se formaron tomando prestado de una gran variedad de fuentes. Combinaban las enseñanzas y prácticas paganas con las judías, y posteriormente con las cristianas. Los mismos exploraban los “misterios” que eran accesibles solamente para los “iluminados”, y que iban más allá de las formas externas de las religiones paganas. A menudo enseñaban la existencia de dos dioses o principios: Luz, y el otro Tinieblas; o sea, el Bien y el Mal. En su opinión, la materia y las cosas materiales eran productos del Poder de las Tinieblas y estaban bajo su control, mientras que atribuían las cosas espirituales al dios superior. Estas especulaciones y filosofías crearon las bases para la formación de muchas herejías que desde sus inicios invadieron la iglesia cristiana, las cuales ya eran combatidas por los escritos tardíos del Nuevo Testamento, especialmente los de Pablo y Juan.

Las medidas tomadas para hacer frente a estos ataques y preservar una unidad de doctrina afectaron a la iglesia aun más que las propias herejías, debido a que estas medidas fueron responsables en gran parte del rápido crecimiento del poder y control del episcopal junto al sistema clerical que tan pronto en la historia y de manera tan grave comenzó a modificar el carácter de las iglesias.

Poco a poco el Imperio Romano fue arrastrado hacia un ataque contra las iglesias; ataque que más adelante dedicó todo su poder y recursos a la aniquilación y destrucción de las mismas.

Fue así como aproximadamente en el año 65 fue ejecutado el apóstol Pedro, y unos años más tarde, el apóstol Pablo.³ La destrucción de Jerusalén por los romanos (70 d. de J.C.) acentuó el hecho de que a las iglesias no les es dada ninguna cabeza o centro visible en la tierra. Luego el apóstol Juan, al escribir su Evangelio, sus epístolas y el Apocalipsis, llevó las Escrituras del Antiguo y del Nuevo Testamento a una conclusión, una conclusión digna de todo lo que había tenido lugar anteriormente.

Existe una diferencia notable entre el Nuevo Testamento y los escritos del mismo período y de períodos posteriores que no están incluidos en la lista o canon de las Escrituras inspiradas. Aunque es fácil notar lo bueno que contienen estos escritos posteriores, su inferioridad es inequívoca. Si bien exponen las Escrituras, defienden la verdad, refutan errores y exhortan a los discípulos, también manifiestan el creciente alejamiento de los principios divinos del Nuevo Testamento, lo cual

Capítulo 1

ya había comenzado en los tiempos de la iglesia apostólica y se acentuó rápidamente más tarde.

Escrita en el transcurso de la vida del apóstol Juan, *La primera epístola*

Clemente
(c 30–100 d. de
J.C.)

de Clemente a los corintios ofrece una panorámica de las iglesias en las postrimerías del período apostólico.⁴

Clemente fue un anciano de la iglesia en Roma. Él había visto a los apóstoles Pedro y Pablo, a cuyos martirios se refiere en esta carta que comienza: “De la iglesia de Dios en Roma a la iglesia de Dios en

Corinto”. En esta epístola Clemente habla de las persecuciones a las que ellos se enfrentaron empleando un tono de victoria. Por ejemplo, escribe de “mujeres, siendo perseguidas” que, “luego de haber padecido tormentos indecibles, concluyeron el curso de su fe con firmeza y, aunque débiles físicamente, recibieron una noble recompensa”.

El tono empleado en su epístola es muy humilde. El escritor dice: “Les escribimos no para simplemente recordarles sus deberes, sino también para recordárnoslos a nosotros mismos”. Además, aparecen alusiones frecuentes al Antiguo Testamento y a su valor como sombra o tipo, así como muchas citas del Nuevo Testamento. La esperanza del regreso del Señor es un tema constante a través de su epístola. También les recuerda el camino de la salvación, el cual no está en la sabiduría o en las buenas obras, sino en la fe; y agrega que la justificación por fe no debe nunca hacernos perezosos en las buenas obras. Sin embargo, aun aquí ya es evidente el distanciamiento entre el clero y el laicado, distanciamiento que se desprende de las ordenanzas del Antiguo Testamento.

En sus últimas palabras a los *ancianos* de la iglesia en Éfeso, el apóstol Pablo los convoca y se dirige a ellos como a quienes el Espíritu Santo había puesto por “obispos” (véase Hechos 20). En todo el pasaje se muestra que ambos títulos se refieren a los mismos hombres, y que había varios de ellos en la misma congregación.

Ignacio
(c 35–c 107 d. de
J.C.)

Sin embargo, Ignacio⁵ escribió algunos años después que Clemente y, aunque también había conocido a varios de los apóstoles, le da al obispo una importancia y autoridad no sólo desconocidas en el Nuevo Testamento, sino que además va más allá de

lo que el mismo Clemente le atribuía. Al comentar sobre Hechos 20,⁶ Ignacio plantea que Pablo envió desde Mileto a Éfeso y llamó a los obispos y presbíteros, utilizando así dos títulos para referirse a lo mismo. También dice que estos eran de Éfeso y de las ciudades vecinas, opacando así el hecho de que la iglesia en Éfeso tenía varios supervisores u obispos.

Uno de los últimos hombres que conoció personalmente a uno o más de los apóstoles fue Policarpo, obispo de Esmirna, que fue ejecutado en aquella ciudad en el año 156 d. de J.C. Desde hacía mucho tiempo Policarpo había sido instruido por el apóstol Juan y había estado muy cercano a otros que también habían conocido al Señor. Ireneo es otro eslabón en la cadena de contactos personales hasta los tiempos de Cristo. Este fue instruido por Policarpo y fue ordenado obispo de Lyon en el año 177 d. de J.C.

Policarpo
(c 69–156 d. de
J.C.)

La práctica del bautismo de creyentes⁷ sobre su confesión de fe en el Señor Jesucristo, como enseña y ejemplifica el Nuevo Testamento, fue continuada posteriormente. La primera referencia clara que se hace al bautismo de infantes aparece en un escrito de Tertuliano del año 197 d. de J.C., en el cual él condena el comienzo de la práctica del bautismo a los fallecidos y a infantes. Sin embargo, el camino para este cambio había sido preparado mediante la enseñanza acerca del bautismo que era divergente de la práctica enseñada en el Nuevo Testamento; pues a principios del segundo siglo ya se enseñaba la regeneración bautismal.

Esto, unido al cambio igualmente impresionante por medio del cual la recordación del Señor y su muerte (es decir, partir el pan y beber el vino entre sus discípulos) se transformó en un acto desempañado por un sacerdote y considerado como un milagro, acentuó aun más el distanciamiento entre el clero y el laicado. El crecimiento de un sistema clerical bajo el dominio de los Obispos, que más adelante fueron gobernados por los “Metropolitanos” que controlaban extensos territorios, sustituyó el poder y la obra del Espíritu Santo y la dirección de las Escrituras a nivel de iglesias locales por una organización humana y unas cuantas formas religiosas.

Este desarrollo fue gradual⁸ y muchos no se dejaron arrastrar por él. Al principio no hubo pretensión alguna de que una iglesia debía controlar a otra, aunque una iglesia pequeña podía solicitarle a otra más grande que enviara “hombres escogidos” para que la ayudara en asuntos de

Capítulo 1

importancia. Las conferencias locales de obispos tuvieron lugar de vez en cuando, pero hasta finales del segundo siglo no parece que se acostumbrara celebrar tales reuniones a menos que por alguna ocasión especial resultara conveniente para que aquellos interesados se reunieran en conferencia. Tertuliano escribió: “No es cosa de la religión imponer la religión, la cual debe ser adoptada libremente, no por la fuerza”.

Orígenes, uno de los maestros⁹ más relevantes, así como uno de los “padres” más espirituales de su tiempo, aportó un planteamiento claro acerca del carácter espiritual de la iglesia. Nacido en Alejandría (185 d. de J.C.) de padres cristianos, Orígenes fue uno de los que desde su niñez experimentó las obras del Espíritu Santo en su vida. Sus excelentes relaciones con su sabio y devoto padre, Leonidas, su primer maestro de las Escrituras, quedaron demostradas de manera impactante cuando, en ocasión del encarcelamiento de su padre por causa de la fe, Orígenes, con tan sólo diecisiete años de edad, trató de unirse a él en prisión. Sólo fue impedido por la estratagema de su madre de esconder su ropa. No obstante, él se mantuvo escribiéndole a su padre en prisión y animándolo a que se mantuviera firme. Cuando Leonidas fue ejecutado y su propiedad confiscada, el joven Orígenes se convirtió en el sostén principal de su madre y seis hermanos menores.

*Orígenes
(185–254 d. de
J.C.)*

Su extraordinaria capacidad como maestro pronto lo hizo resaltar, y si bien él mismo se trataba con una severidad extrema, mostraba una gran bondad hacia los hermanos perseguidos al hacerse partícipe de sus sufrimientos. Por un tiempo se refugió en Palestina donde sus enseñanzas y escritos llevaron a los obispos a escuchar como alumnos sus exposiciones de las Escrituras.

Demetrio, el Obispo de Alejandría, indignado al ver que Orígenes, un laico, se atreviera a instruir a Obispos, lo censuró y lo obligó a regresar a Alejandría. Pero a pesar de que Orígenes se sometió a Demetrio, este finalmente lo excomulgó (231 d. de J.C.). El encanto peculiar de su carácter y la profundidad y percepción de sus enseñanzas atrajo a hombres que lo siguieron fielmente, los cuales continuaron sus enseñanzas aun después de su muerte. Orígenes murió en el año 254 d. de J.C. como resultado de las torturas a las que había sido sometido cinco años atrás en Tiro durante la persecución deciana.

Orígenes planteó que la iglesia consta de todos aquellos que han experimentado en sus vidas el poder del Evangelio eterno. Estos forman la verdadera iglesia espiritual, la cual no siempre coincide con la que los hombres conocen como la iglesia. Su entusiasmo y mentalidad especulativa lo llevaron más allá de lo que la mayoría comprendía, de modo que muchos lo consideraron herético en sus enseñanzas, pero él hacía una distinción entre aquellas cosas que tenían que ser expuestas clara y dogmáticamente y las que habían de ser expuestas con prudencia para su consideración y análisis. Con relación a estas últimas, él dijo: “No obstante, acerca de cómo serán las cosas sólo Dios lo sabe con certeza, y aquellos que son sus amigos por medio de Cristo y el Espíritu Santo”. Orígenes dedicó su laboriosa vida a exponer claramente el contenido de las Escrituras. Su gran obra, la *Héxapla*, hizo posible una comparación expedita de distintas versiones de las Escrituras.

Muy diferente de Orígenes fue Cipriano,¹⁰ Obispo de la iglesia que estaba en Cartago y nacido aproximadamente en el año 200 d. de J.C. Este usa libremente el término “la Iglesia Católica” y no ve salvación fuera de esta, de manera que en su tiempo ya estaba formada la “Antigua Iglesia Católica”, o sea, la Iglesia que antes de la época de Constantino reclamaba para sí el nombre de “Católica” y que excluía a todos aquellos creyentes que no se conformaban a ella. Refiriéndose en uno de sus escritos a Novaciano y a los que simpatizaban con él en sus esfuerzos por lograr una mayor pureza en las iglesias, Cipriano denuncia “la maldad de una ordenación ilegal hecha en oposición a la Iglesia Católica”. Él dice que aquellos que aprobaron las ideas de Novaciano no podían tener comunión con tal Iglesia porque procuran “mutilar y hacer pedazos el cuerpo de la Iglesia Católica”, habiendo cometido ya el crimen de abandonar a su Madre, y que deben regresar a la Iglesia, ya que han actuado “contrario a la unidad católica”. También dice, “Hay cizaña en el trigo, sin embargo no debemos apartarnos de la Iglesia, sino trabajar diligentemente para que seamos trigo en ella, siendo vasijas de oro o plata en la gran casa”. Cipriano sugirió la lectura de sus panfletos como ayuda a cualquier persona en duda, y al referirse a Novaciano, afirmó: “Aquel que no esté en la Iglesia de Cristo no es cristiano (...) existe una sola Iglesia (...) y, además, un solo episcopado”.

Cipriano
(c 200–258 d. de
J.C.)

Capítulo 1

A medida que las iglesias se incrementaban, fue disminuyendo el entusiasmo inicial y aumentó la conformidad al mundo y a sus costumbres. Esta situación no progresó sin que hubiera protesta. A medida que se desarrollaba la organización del grupo de iglesias Católicas, dentro de la misma se fueron formando grupos que estaban a favor de una reforma. Algunas iglesias se separaron

La resistencia a organizarse

de este grupo; otras, apegándose a las doctrinas y prácticas originales del Nuevo Testamento en mayor o menor escala, se separaron poco a poco de las iglesias que en gran medida las habían abandonado.

El hecho de que el sistema de la Iglesia Católica posteriormente se convirtiera en el sistema dominante resultó en que hoy es posible tener acceso a una gran cantidad de su literatura, mientras que la literatura de aquellos que no estaban de acuerdo con la misma ha sido suprimida, así que principalmente lo que sabemos de ellos se ha deducido de los escritos dirigidos en su contra. Es por ello que resulta fácil llevarse la errónea impresión de que en los primeros tres siglos había una Iglesia Católica unida y un variado conjunto de iglesias heréticas relativamente insignificantes. Sin embargo, lo cierto es que en aquel tiempo, al igual que ahora, se estaba dando todo lo contrario. Había distintos grupos de iglesias que se excluían mutuamente, y un buen número de maneras de creer, cada una marcada por alguna característica específica.

Los muchos grupos que obraron para lograr una reforma en las iglesias Católicas, sin apartarse de ellas, eran conocidos como los montanistas. El uso del nombre de algún hombre prominente, en este caso Montano, para describir un movimiento espiritual extenso resulta un tanto engañoso, aunque muchas veces esto debe ser aceptado por razones de conveniencia. No obstante, esto siempre debe hacerse con ciertas reservas, pues por más importante que un hombre llegue a ser como líder y exponente, un movimiento espiritual que afecta a multitudes de personas representa algo mucho mayor y más significativo.

Como resultado de la creciente mundanería dentro de la Iglesia, y la manera en que entre los líderes el aprendizaje fue ocupando el lugar del poder espiritual, muchos creyentes sintieron profundamente el deseo de vivir una experiencia nueva con la presencia y el poder del Espíritu Santo, y buscaron avivamiento espiritual y un regreso a las enseñanzas y prácticas

apostólicas. En Frigia, Montano¹¹ comenzó a enseñar su doctrina (156 d. de J.C.). Él y sus seguidores comenzaron a protestar contra el descuido prevaleciente en las relaciones de la Iglesia con el mundo. Entre ellos algunos aseguraban tener una manifestación especial del Espíritu Santo, en particular dos mujeres, Prisca y Maximilia.

La persecución ordenada por el Emperador Marco Aurelio (177 d. de J.C.) aceleró la esperanza de la venida del Señor y las aspiraciones espirituales de los creyentes. Los montanistas tenían la esperanza de formar congregaciones que regresaran a la piedad que una vez se practicó en la iglesia primitiva, esto es, vivir como los que esperan la venida del Señor, y especialmente darle al Espíritu Santo el lugar debido en la iglesia. Si bien entre ellos hubo exageraciones acerca de las revelaciones espirituales que algunos decían tener, ellos enseñaron y practicaron una reforma que era necesaria. Aceptaron en sentido general la organización que se había desarrollado en las iglesias Católicas y trataron de permanecer dentro de su comunión. No obstante, mientras que los Obispos Católicos deseaban incluir en la Iglesia a tantos partidarios como fuera posible, los montanistas insistían constantemente en la necesidad de lograr evidencias contundentes del cristianismo en la vida de los aspirantes.

*Montano
(el siglo II)*

El sistema Católico obligaba a los Obispos a aumentar su control, pero los montanistas se oponían a esto, alegando que la dirección de las iglesias le correspondía al Espíritu Santo, y que se le debía permitir que hiciera su obra. En el Oriente estas diferencias pronto condujeron a la formación de iglesias separadas del sistema Católico, pero en Occidente los montanistas permanecieron mucho tiempo como sociedades dentro de las iglesias Católicas, y no fue sino hasta después de muchos años que fueron excluidos de las mismas o ellos las abandonaron.

En Cartago, Perpetua y Felicitas (el relato conmovedor de su martirio ha conservado su memoria) eran aún, aunque montanistas, miembros de la Iglesia Católica en el momento de su martirio (207 d. de J.C.). Por otra parte, apenas a principios del tercer siglo el gran líder entre las iglesias africanas, el eminente escritor Tertuliano, al unirse a los montanistas, se separó de la Iglesia Católica. Él escribió: “Donde hay aunque sea tres personas, incluyendo a los del laico, allí hay una iglesia”.

Capítulo 1

*Marción
(85–c 160 d. de
J.C.)*

Un movimiento muy diferente que se propagó ampliamente hasta convertirse en uno de los rivales más serios del sistema católico fue el de los marcionistas,¹² del cual Tertuliano, uno de sus adversarios, escribió: “La tradición herética de Marción ha invadido todo el mundo”. Marción nació en Sínope (85 d. de J.C.) a la orilla del Mar Negro, y se crió entre las iglesias en la provincia de Ponto, donde el apóstol Pedro había trabajado (véase 1 Pedro 1.1), y de la cual Aquila era oriundo (véase Hechos 18.2). Poco a poco Marción desarrolló su doctrina, pero no fue sino hasta que estaba a punto de cumplir sus sesenta años que sus enseñanzas fueron publicadas y ampliamente discutidas en Roma.

Su alma fue puesta a prueba al enfrentarse a los grandes problemas de la maldad existentes en el mundo, la diferencia entre la revelación de Dios en el Antiguo Testamento y la contenida en el Nuevo, la oposición de la ira y el juicio por una parte al amor y la misericordia por la otra, y la ley con respecto al Evangelio. Incapaz de reconciliar estas divergencias sobre la base de las Escrituras como generalmente se comprendían en las iglesias, Marción adoptó una forma de teoría dualista como la que ya prevalecía en aquella época.

Él afirmaba que el mundo no había sido creado por el Dios altísimo, sino por un ser inferior, el dios de los judíos. También planteaba que el Dios Redentor se manifestó en Cristo, quien, sin tener ninguna relación previa con el mundo, pero a causa de su amor y para salvar al mundo que había fracasado y liberar al hombre de su miseria, vino al mundo. Según la doctrina de Marción, Cristo llegó al mundo como un extraño y un desconocido, y por consiguiente fue atacado por el (supuesto) creador y amo del mundo así como por los judíos y todos los siervos del dios de este mundo.

Marción enseñó que el deber del verdadero cristiano era oponerse al judaísmo y a la forma tradicional del cristianismo, la cual, en su opinión, era sólo una rama del judaísmo. Él no estaba de acuerdo con las sectas de tipo gnóstico, ya que él no predicaba que la salvación se alcanzara por medio de los “misterios” o a través de aumentar el conocimiento, sino por medio de la fe en Cristo. Al principio apuntó hacia una reformación de las iglesias cristianas, aunque más tarde estas y los seguidores de Marción se excluyeron mutuamente.

Como sus ideas no encontraron fundamento en las Escrituras, Marción se convirtió en un crítico de la Biblia de la más drástica especie. Él aplicó su teoría a las Escrituras y rechazó todo lo que en ellas estaba en oposición manifiesta con dicha teoría, reteniendo solamente lo que a su parecer la apoyaba. Pero aun de lo que aceptaba, hacía una interpretación conforme a sus propias ideas y no según el tono general de las Escrituras. Incluso, agregó contenido a las Escrituras donde lo consideró conveniente.

De modo que, aunque inicialmente él había aceptado todo el contenido del Antiguo Testamento, más tarde lo rechazó, alegando que este era una revelación del dios de los judíos y no del Dios altísimo y Redentor, pues profetizaba de un Mesías judío y no de Cristo. Él opinaba que los discípulos se equivocaron al creer que Cristo era el Mesías judío. Al sostener que el verdadero Evangelio había sido revelado sólo a Pablo, Marción rechazó también el Nuevo Testamento, con la excepción de ciertas epístolas de Pablo y el Evangelio de Lucas, el cual posteriormente editó libremente para deshacerse de lo que se oponía a su teoría. Él enseñaba que el resto del Nuevo Testamento era la obra de los judíos empeñados en destruir el verdadero Evangelio, y que estos, además, habían intercalado, con el mismo propósito, los pasajes a los cuales él se oponía en los libros que acogió. A este Nuevo Testamento abreviado Marción agregó su propio libro, *Antítesis*, el cual sustituyó al libro de los Hechos.

Marción se convirtió en un fanático de su evangelio, el cual declaró que era una maravilla por encima de todas las maravillas; un éxtasis, poder y asombro tal que nada que pudiera decirse o pensarse podría igualarlo. Cuando sus doctrinas fueron declaradas heréticas, él comenzó a formar iglesias separadas del sistema Católico, las cuales se difundieron rápidamente. En ellas se practicaba el bautismo y la Cena del Señor, había una mayor sencillez de adoración que en las iglesias Católicas, y se frenó el desarrollo del clericalismo y la mundanería. Conforme a su punto de vista acerca del mundo material, estas iglesias eran extremadamente ascéticas, prohibían el matrimonio, y sólo bautizaban a los que hacían un voto de castidad. Ellos consideraban que el cuerpo de Jesús no había sido de carne y hueso, sino que había sido un fantasma, aunque capaz de sentir al igual que nuestros cuerpos.

Capítulo 1

Cualquier error puede basarse en partes de las Escrituras; la verdad se basa sobre todo el contenido de las mismas. Los errores de Marción fueron el resultado inevitable de aceptar sólo lo que le agradaba y rechazar el resto.

La desviación del modelo original dado en el Nuevo Testamento para las iglesias muy temprano se enfrentó a una resistencia tenaz, dando lugar en algunos casos a la formación de grupos dentro de las iglesias decadentes, los cuales se mantuvieron libres de maldad y pretendieron convertirse en un medio de restauración. Algunos de estos grupos fueron excluidos y formaron congregaciones aisladas. Otros, a los cuales les resultó imposible conformarse a las condiciones imperantes, se separaron y formaron nuevos grupos. Estos nuevos grupos a menudo reforzaron aquellos otros grupos que desde el comienzo habían mantenido la práctica primitiva. En los siglos posteriores frecuentemente se hace referencia a aquellas iglesias que se habían aferrado a la doctrina apostólica, y que aseguraban tener una sucesión ininterrumpida de testimonio desde el tiempo de los apóstoles. Estas iglesias a menudo, tanto antes como después del tiempo de Constantino, recibieron el nombre de cátaros o puritanos, aunque no hay evidencias de que ellas mismas se llamaran así.

El nombre de novacianos fue otro nombre dado a los miembros de

Novaciano
(el siglo III)

estas iglesias, aunque Novaciano no fue su fundador, sino alguien que en su tiempo fue un líder entre ellos. Sobre la cuestión que tanto perturbaba a las iglesias durante los tiempos de la persecución de si se debía o no recibir a las personas que habían

“apostatado”, o sea, que habían sacrificado a los ídolos después de su bautismo, Novaciano adoptó la posición más rígida. Fabián, un obispo martirizado en Roma, que en vida había ordenado a Novaciano, fue sucedido por Cornelio, que estaba dispuesto a recibir a los apóstatas. Una minoría, oponiéndose a esta posición, eligió a Novaciano como obispo y este aceptó su elección, mientras que Cornelio y sus amigos fueron excomulgados por un Concilio en Roma (251 d. de J.C.). El propio Novaciano fue martirizado más adelante, pero sus simpatizantes,

conocidos como cátaros, novacianos, o por otros nombres, continuaron diseminándose ampliamente. Ellos dejaron de reconocer a las iglesias Católicas o de reconocer cualquier valor en sus ordenanzas.

Los donatistas¹³ en África del Norte fueron influenciados por las enseñanzas de Novaciano. Ellos se separaron de la Iglesia Católica en cuestiones de disciplina, poniendo énfasis en el carácter de aquellos que administraban los sacramentos, mientras que los católicos consideraban más importantes los sacramentos en sí. Desde sus inicios, los donatistas, a quienes llamaron así por el nombre de dos de sus líderes, ambos con el nombre de Donato, se distinguieron de los católicos generalmente por su conducta y carácter superior. En algunas partes de África del Norte llegaron a ser los más numerosos de las distintas ramas de la Iglesia.

Mientras las iglesias cristianas continuaban desarrollándose en varias formas, una nueva religión gnóstica, el maniqueísmo, surgió y se difundió ampliamente, convirtiéndose en un temible adversario del cristianismo. Su fundador, Mani o Manes, nació en Babilonia (c 216 d. de J.C.). Su sistema dualista se nutrió de diferentes fuentes, entre ellas creencias persas, cristianas y budistas. Mani anunció su llamado a ser el continuador y terminador de la obra comenzada y llevada a cabo por Noé, Abraham, Zoroastro, Buda y Jesús. Él viajó y predicó su doctrina ampliamente, llegando incluso a China y a la India, y ejerció una gran influencia sobre algunos de los gobernantes persas de su tiempo, aunque finalmente fue crucificado. Sus escritos continuaron siendo venerados, y sus seguidores, llegando a ser numerosos en Babilonia y en Samarcanda, se propagaron también en Occidente, y todo ello a pesar de la persecución violenta que enfrentaron.

*Mani o Manes
(c 216-?)*

En medio de la confusión de tantas partes en conflicto, hubo verdaderos maestros que fueron capaces y elocuentes para dirigir a las almas por el camino que conducía a la salvación. Uno de ellos cuyo nombre se desconoce, en su carta dirigida a un inquisidor llamado Dionisio¹⁴ en el segundo siglo, se dispone a responder a las interrogantes hechas en lo concerniente al modo de adorar a Dios entre los cristianos, el motivo de su fe, su devoción hacia Dios, el amor mutuo

*Epístola
a Dionisio*

Capítulo 1

entre ellos, la razón por la cual ellos no adoraban a los dioses de los griegos ni seguían la religión judía, y por qué esa nueva práctica de piedad había llegado tan tarde al mundo. Él escribió:

Los cristianos se distinguen del resto de los hombres no por su país de origen ni por su idioma, [viviendo en el lugar] que la suerte de cada uno de ellos haya determinado, y siguiendo las costumbres de los nativos con relación al vestuario, los alimentos y el resto de sus conductas comunes, nos demuestran su maravilloso y sobresaliente estilo de vida. Ellos viven en sus propios países, pero simplemente como residentes temporales. Como ciudadanos, ellos participan en todas las cosas con los demás, sin embargo, lo soportan todo como si fueran extranjeros. Cada nación extranjera es para ellos como su país de origen, y su país natal es a su vez tierra de extraños (...) Ellos pasan sus días en la tierra, pero son ciudadanos del cielo. Obedecen las leyes establecidas por los hombres, y al mismo tiempo sus vidas van más allá de lo que piden las leyes (...) Ellos son insultados, pero devuelven bendición.

Luego, refiriéndose a Dios, dice:

El Todopoderoso, Creador de todas las cosas (...) ha enviado desde el cielo y ha puesto entre los hombres al que es la verdad, la Palabra santa e incomprensible, y lo ha establecido firmemente en sus corazones. Él no ha enviado a los hombres, como uno pudiera haber imaginado, a ningún (...) ángel o gobernante (...), sino al mismo Creador y Diseñador de todas las cosas —por quien hizo los cielos— y por quien encerró el mar dentro de sus límites. Este fue el mensajero que él les envió (...) Como un rey envía a su hijo, que también es rey, así lo envió Dios; como Dios lo envió; a los hombres lo envió; como el Salvador lo envió. No nos lo envió como nuestro juez, aunque él aún lo enviará a juzgarnos, ¿y quién podrá permanecer delante de él? Y en lo referente a la demora para enviar al Salvador, Dios siempre ha sido el mismo, pero esperó pacientemente. Él se había formado en su mente un gran e indecible plan que sólo le comunicó a su Hijo. Mientras detuvo su propio consejo sabio pareció abandonarnos, pero esto fue para dejar bien claro que por nosotros mismos no podemos entrar en el reino de Dios. Pero cuando llegó la hora señalada, él mismo aceptó llevar sobre sí la carga de nuestras iniquidades, ofreciéndonos a su propio Hijo como rescate, al Santo por los transgresores, al Inocente por los malvados, al Justo por los injustos, al Incorruptible por los corruptibles, al Inmortal por los mortales. ¿Qué otra cosa fue capaz de cubrir nuestros pecados, sino sólo su justicia? ¿Por medio de quién fue

posible que nosotros, malvados e impíos, pudiéramos ser justificados, sino sólo por medio del Hijo unigénito de Dios? ¡Oh, dulce intercambio! ¡Oh, insondable operación! ¡Oh, beneficios que exceden toda expectativa! ¡Que las maldades de muchos sean ocultas en un solo Justo, y que la justicia del Santo justifique a muchos transgresores!

Cuando la iglesia entró en contacto con el Imperio Romano,¹⁵ surgió un conflicto en el que todos los recursos de aquel enorme poder fueron agotados en un esfuerzo en vano por vencer a aquellos que nunca ofrecieron resistencia ni se vengaron, sino que lo soportaron todo por amor al Señor en cuyas pisadas se mantuvieron. Sin importar cuán divididas estuvieran las iglesias en su teoría y práctica, fueron unidas en el sufrimiento y la victoria. Y aunque los cristianos eran realmente buenos ciudadanos, su fe les prohibía ofrecer incienso o rendirle honores divinos al emperador o a los ídolos. De modo que los cristianos eran considerados personas desleales al Imperio, y a medida que la adoración de ídolos fue formando parte de la vida cotidiana de la gente, así como de su religión, negocios y entretenimiento, los cristianos fueron siendo odiados por separarse del mundo a su alrededor.

*La severa
persecución
romana*

Contra los cristianos se adoptaron las medidas más severas, al principio de carácter irregular y local, pero ya para finales del primer siglo se había declarado como ilegal el hecho de ser cristiano. La persecución se volvió sistemática y se extendió por todo el Imperio. Hubo intervalos considerables de tregua, pero con cada reaparición el ataque se hacía más violento. A los confesores de Cristo les confiscaban todas sus propiedades, los encarcelaban, y no sólo los ejecutaban en masa, sino que a su castigo le sumaban toda clase de tortura imaginable. Los informantes eran recompensados; los que brindaban refugio a los creyentes corrían su misma suerte, y cada pedazo de las Escrituras que fuera encontrado era destruido al instante. Para comienzos del cuarto siglo esta guerra extraordinaria entre el poderoso Imperio Romano y las iglesias no resistentes, que aun así fueron invencibles porque “*menospreciaron sus vidas hasta la muerte*”, parecía que sin duda terminaría con la completa desaparición de la iglesia.

*Constantino
(c 288–337 d. de
J.C.)*

Capítulo 1

Entonces tuvo lugar un suceso que trajo un fin inesperado a este largo y espantoso conflicto. Constantino resultó victorioso en las luchas que estaban teniendo lugar en el Imperio Romano, y en el año 312 d. de J.C. obtuvo su victoria decisiva. Entró a Roma e inmediatamente proclamó un edicto que ponía fin a la persecución de los cristianos. Un año después este edicto fue seguido por el Edicto de Milán el cual establecía que cada hombre era libre de seguir cualquier religión que eligiera.

De esta manera el Imperio Romano fue vencido por la devoción al Señor Jesús de aquellos que le conocían. Su constancia paciente y no resistente había transformado la hostilidad implacable y el odio del mundo romano, primero en compasión, y luego en admiración.

Al principio las religiones paganas no fueron perseguidas, pero al perder el respaldo del estado, fueron disminuyendo paulatinamente. La profesión del cristianismo se vio favorecida. La proclamación de leyes que abolían los abusos y protegían a los desamparados trajo consigo un ambiente de prosperidad nunca antes conocido. Las iglesias, libres de opresión externa, emprendieron el camino hacia una nueva experiencia. Muchas de ellas habían conservado su sencillez primitiva, pero muchas otras habían sido afectadas por los profundos cambios internos en su constitución, los cuales ya hemos notado, y ahora eran muy diferentes de las iglesias neotestamentarias de los días apostólicos. Su entrada a un ámbito de mayores dimensiones mostraría más adelante las consecuencias de estos cambios.

Notas finales

- ¹ *Mission und Ausbreitung des Christentums*, Adolph von Harnack.
- ² *Das Judentum in der vorchristlichen griechischen Welt*, M. Friedländer.
- ³ *The Church in Rome in the First Century*, George Edmundson, M.A.
- ⁴ *The Writings of the Apostolic Fathers*, tomo I del Ante-Nicene Christian Library.
- ⁵ *The Writings of the Apostolic Fathers*, tomo I del Ante-Nicene Christian Library.
- ⁶ *The Greek Testament, etc.* Henry Alford, D.D., decano de Canterbury, nota de Hechos 20.17.
- ⁷ *Die Taufe. Gedanken über die Urchristliche Taufe ihre Geschichte und ihre Bedeutung für die Gegenwart*, Joh. Warns.
- ⁸ *Early Church History*, J. Venn Bartlett, M.A., D.D., profesor de la historia de la iglesia en el Colegio Universitario de Mansfield, R.T.S., 1925.
- ⁹ *Ante-Nicene Christian Library*, Escritos de Orígenes.

- ¹⁰ *Ante-Nicene Christian Library*, Escritos de Cipriano.
- ¹¹ *Enciclopedia Británica*, Artículo: Montano.
- ¹² *Marcion das Evangelium vom Fremden Gott*, Adolph von Harnack.
- ¹³ *The Later Roman Empire*, Profesor J. B. Bury, tomo I, capítulo 9.
- ¹⁴ *The Ante-Nicene Christian Library*, tomo I, “Epistle to Diognetus”, *The Writings of the Apostolic Fathers*.
- ¹⁵ *East and West Through Fifteen Centuries*, Br.-Genl. G. F. Young, c.B., tomo I.

El cristianismo en la cristiandad

(313–476 d. de J.C. ; 300–850 d. de J.C. ; 350–385 d. de J.C.)

Asociación de la Iglesia y el Estado; Las iglesias rechazan la unión con el Estado; Los donatistas son condenados; Concilio de Nicea; El arrianismo restaurado; Atanasio; Los credos; El canon de las Escrituras; El mundo romano y la iglesia; Separación del Imperio Romano occidental; Agustín; Pelagio; Cambio en la posición de la iglesia; Las falsas doctrinas: El maniqueísmo, el arrianismo, el pelagianismo, el sacerdotalismo; El monasticismo; Las Escrituras permanecen para la dirección; Las misiones; Desviación de los principios misioneros del Nuevo Testamento; Las misiones de Irlanda y Escocia en el continente; Conflicto entre la misión británica y la romana; Prisciliano.

La importancia de los Obispos y especialmente de los Metropolitanos en las iglesias Católicas facilitó la comunicación entre la Iglesia y las autoridades civiles. El propio Constantino, mientras retenía la antigua dignidad imperial del sumo sacerdote de la religión pagana, asumió el papel de árbitro de las iglesias cristianas. La Iglesia y el estado pronto estuvieron estrechamente relacionados, y no tardó mucho para que el poder del estado estuviera a disposición de los líderes de la Iglesia para que estos impusieran sus decisiones. De manera que los perseguidos pronto se convirtieron en perseguidores.

*El período desde
313–476*

En épocas posteriores aquellas iglesias que, fieles a la Palabra de Dios, fueron perseguidas por la Iglesia dominante como herejes y sectas, a menudo hacían referencia en sus escritos a su total inconformidad con la

Capítulo 2

unión de la Iglesia y el estado en la época de Constantino y de Silvestre, Obispo en Roma en aquel entonces. Dichas iglesias trazaban una continuidad desde las iglesias bíblicas primitivas en una sucesión ininterrumpida desde los tiempos apostólicos, pasando ilesas a través del período en que tantas iglesias se asociaron con el poder mundano, hasta llegar a su propio tiempo. Para todas estas iglesias, la persecución pronto fue reanudada, pero en lugar de venir del Imperio Romano pagano, vino de la que proclamaba ser la Iglesia, ejerciendo el poder del estado cristianizado.

Los donatistas, siendo muy numerosos en el África del Norte y habiendo retenido o restaurado muchos rasgos del tipo de organización católica entre ellos, se encontraban en una posición que les permitía apelar al emperador en sus conflictos con la parte católica, y eso fue precisamente lo que hicieron. Constantino convocó a varios Obispos de ambas partes y se pronunció en contra de los donatistas que entonces fueron perseguidos y castigados; aunque esto no apaciguó el conflicto, el cual continuó hasta que tanto los donatistas como los católicos fueron reprimidos por la invasión islámica en el siglo VII.

El primer Concilio general de las iglesias Católicas fue convocado por Constantino y tuvo lugar en Nicea, Bitinia. El principal asunto a discutir fue la doctrina enseñada por Arrio, Obispo de Alejandría, quien declaró que Cristo fue un ser creado, aunque el primero y mayor de los seres creados, y negaba su igualdad con el Padre. Más de 300 Obispos estuvieron presentes, con sus respectivos acompañantes, de todas las partes del Imperio para analizar este asunto. La apertura del Concilio fue llevado a cabo con gran pompa y estuvo a cargo de Constantino. Varios de los Obispos presentes llevaban en sus cuerpos las cicatrices de las torturas que habían soportado en el tiempo de las persecuciones. Con dos opiniones contrarias, el Concilio determinó que la enseñanza de Arrio era falsa y que no había sido la enseñanza de la iglesia desde sus inicios. El credo del Concilio de Nicea fue redactado de manera que expresara el hecho de la verdadera naturaleza divina del Hijo y su igualdad con el Padre.

*Concilio de Nicea
(325 d. de J.C.)*

Aunque la decisión adoptada fue la correcta, la forma de alcanzarla por medio de los esfuerzos combinados del emperador y los Obispos, y el hecho de hacerla cumplir mediante el poder del estado, demostraron

la desviación a que había llegado la Iglesia Católica con respecto a las Escrituras. Dos años después del Concilio, Constantino, cambiando de opinión, acogió a Arrio, permitiéndole regresar del exilio, y ya en el reinado de su hijo Constancio II, todas las diócesis estaban llenas de arrianos. El gobierno, ahora arriano, persiguió a los católicos como anteriormente lo había hecho contra los arrianos.

Uno de los que gozaba de gran prestigio y que no se dejó llevar por el clamor popular ni por las amenazas o lisonjas de las autoridades fue Atanasio. Siendo un hombre muy joven, Atanasio tomó parte en el Concilio de Nicea, y más tarde llegó a ser Obispo de Alejandría. Por casi cincuenta años, aunque exiliado en varias ocasiones, testificó valientemente de la verdadera divinidad del Salvador. Atanasio fue difamado, llevado ante los tribunales, en ocasiones tuvo que refugiarse en el desierto y después regresar a la ciudad, pero nada de esto afectó su defensa de la verdad en la cual creía.

*Atanasio
(296–372 d. de
J.C.)*

El arrianismo se mantuvo casi tres siglos como la religión estatal en varias naciones, especialmente en los reinos que posteriormente se establecieron en el norte. Los lombardos en Italia fueron los últimos en renunciarlo como la religión nacional.

No sólo el primero, sino también los seis primeros Concilios Generales, de los cuales el último tuvo lugar en el año 680, centraron su atención, en gran medida, en asuntos relacionados con la naturaleza divina y la relación entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. En el curso de los interminables debates, salían a la luz credos y dogmas que los participantes vociferaban con la esperanza de mantener la verdad mediante ellos y así poder trasmitirla a las generaciones futuras. Resulta evidente el hecho de que en las Escrituras no se emplea este método. Al analizarlas, nos percatamos de que en el contenido de la mera letra no se transmite la verdad, la cual se alcanza a comprender espiritualmente y no puede, tampoco, una persona darla a otra como si fuera un objeto. Cada uno debe recibirla y apropiarse de ella por sí mismo en su trato íntimo con Dios, y establecerse en ella por medio de confesarla y mantenerla en medio del conflicto de la vida diaria.

*El canon de las
Escrituras*

Capítulo 2

A veces se piensa que la Biblia no es suficiente como guía para las iglesias sin la adición de, al menos, la tradición primitiva. En favor de esto se alega que fueron los concilios de la iglesia primitiva los que conformaron el canon de las Escrituras. Esto, por supuesto, sólo puede referirse al Nuevo Testamento. Las características peculiares y la historia única de Israel los equipó para recibir la revelación divina, reconocer las Escrituras inspiradas, y preservarlas con una perseverancia invencible y una gran exactitud. En cuanto al Nuevo Testamento, el canon de los libros inspirados no fue conformado por los Concilios de la Iglesia, sino *reconocido* por los Concilios, pues ya había sido claramente indicado por el Espíritu Santo y aceptado por la mayoría de las iglesias. Desde entonces, esta indicación y aceptación han sido confirmadas por cada comparación de los libros canónicos con los apócrifos y los otros libros no canónicos, resultando evidente la diferencia en el valor y el poder entre ellos.

El segundo período en la historia de algunas de las iglesias mencionadas al principio de este capítulo, comenzando después del edicto de tolerancia de Constantino en el año 313, resulta de vital importancia debido a que muestra el experimento en grande de la unión de la Iglesia y el estado. ¿Podría la iglesia salvar al mundo por medio de unirse con él?

El mundo romano¹ había alcanzado su mayor poder y gloria. La civilización había logrado todo lo que había sido capaz de obtener fuera del conocimiento de Dios. Sin embargo, el mundo vivía en extrema miseria. El lujo y el vicio de los ricos eran ilimitados; una vasta porción de la población era esclava. Las exhibiciones públicas, donde la presentación de todo tipo de maldad y crueldad divertía a la población, intensificaron la degradación. Y aunque todavía había vigor en las extremidades del imperio —un imperio en conflicto con los enemigos circundantes—, la enfermedad en el corazón constituía una amenaza para todo el cuerpo, y Roma había llegado a ser irremediablemente corrupta y depravada.

Mientras la iglesia permanecía apartada del estado, había sido un testigo poderoso de Cristo en el mundo, y constantemente sumaba conversos a su santa hermandad. Sin embargo, cuando la iglesia, ya debilitada por haber adoptado las reglas humanas en lugar de la dirección del Espíritu Santo, entró repentinamente en sociedad con el estado, llegó a ser una organización profanada y degradada. Muy pronto el clero se encontraba compitiendo tan vergonzosamente por alcanzar posiciones lucrativas y poderes como

los funcionarios de la corte. Por otra parte, en las congregaciones donde predominaba el elemento pecaminoso, las ventajas materiales de profesar el cristianismo transformaron la pureza de las iglesias perseguidas en mundanería. De manera que la Iglesia quedó impotente para detener el rumbo decadente del mundo civilizado hacia la corrupción.

Nubes siniestras que anunciaban juicio empezaron a formarse. En la lejana China los movimientos populares, saliendo hacia el oeste, provocaron una gran migración de los hunos. Estos cruzaron el Volga y, empujando a los godos hacia lo que ahora es Rusia, los obligaron a dirigirse hacia las fronteras del Imperio, que para ese entonces estaba dividido. La parte oriental, o el Imperio Bizantino, tenía a Constantinopla como su capital, y la parte occidente tenía a Roma. Las naciones teutónicas o germánicas empezaron a salir de los bosques. Obligados por las hordas mongoles desde el Oriente, y atraídos por las riquezas y la debilidad del Imperio, los godos (divididos en orientales y occidentales bajo los nombres de ostrogodos y visigodos) y otros pueblos germánicos tales como los francos, los vándalos, los burgundios, los suevos, los hérulos y otros, emergieron como las olas de una inundación incontenible sobre la civilización decadente de Roma.

En un año grandes provincias como España y Galia fueron destruidas. Los habitantes, acostumbrados a la paz por mucho tiempo y congregados principalmente en las ciudades para gozar de la tranquilidad y el placer que estas les proporcionaban, vieron desaparecer a sus ejércitos que habían protegido sus fronteras por tanto tiempo. Las ciudades fueron devastadas, y una población culta y suntuosa que había evitado la disciplina del entrenamiento militar fue masacrada o esclavizada por los bárbaros paganos. La propia Roma fue tomada por los godos bajo el mando de Alarico (410 d. de J.C.), y la gran ciudad fue saqueada y desolada por las huestes bárbaras. En el año 476, el Imperio Romano occidental llegó a su fin, y en las extensas regiones sobre las que había reinado por tanto tiempo, comenzaron a surgir nuevos reinos. La parte oriental del Imperio continuó hasta que, en 1453, casi mil años después, Constantinopla fue conquistada por los turcos musulmanes.



*La caída
de Roma*

Capítulo 2

Volviendo al siglo IV, en este período nos encontramos con una de las grandes figuras de la historia, Agustín (354–430),² cuyas enseñanzas han dejado una huella indeleble a través de todas las épocas sucesivas. En sus voluminosos escritos, y especialmente en su obra *Confesiones*, Agustín se revela a sí mismo de una manera tan íntima que da la impresión de ser un conocido y amigo. Natural de Numidia, Agustín describe sus primeros alrededores, pensamientos e impresiones. Su santa madre, Mónica, revive en sus páginas cuando leemos acerca de sus oraciones por él, sus primeras esperanzas, su pesar posterior al ver que su hijo crecía llevando un estilo de vida pecaminoso, y de su fe en su salvación final, reforzada por una visión y el consejo sabio de Ambrosio, Obispo de Milán. En cambio, su padre se preocupó más por su progreso mundano y material.

Agustín
(354–430 d. de
J.C.)

Aunque buscaba la luz, Agustín se vio irremediabilmente envuelto en una vida pecaminosa y llena de excesos. Por un tiempo pensó que había encontrado liberación en el maniqueísmo, pero pronto se dio cuenta de su incoherencia y debilidad. La predicación de Ambrosio influyó en su vida, pero, aun así, no encontraba la paz que buscaba. Cuando tenía 32 años de edad y trabajaba como profesor de retórica en Milán, ya había llegado a un estado desesperado de angustia. Sus propias palabras nos describen lo que sucedió después:

Me dejé caer, no sé cómo, bajo una higuera, y le di rienda suelta a mis lágrimas (...) pronuncié estas tristes palabras: “¿Cuánto tiempo, cuánto tiempo? ¿Mañana y mañana? ¿Por qué no ahora? ¿Por qué no poner fin a mi impureza en este preciso momento?” Me encontraba diciendo estas cosas y llorando en la contrición más amarga de mi corazón, cuando de pronto, escuché la voz como de un niño o niña, no sé exactamente, que provenía de una casa cercana y repetía: “Levántate y lee, levántate y lee”. Mi semblante cambió de inmediato y comencé a considerar más seriamente si era normal que los niños cantaran aquellas palabras en algún tipo de juego, pues no recordaba haberlas escuchado antes. De manera que, conteniendo el torrente de mis lágrimas, me puse de pie, interpretando aquello como una orden del cielo para que yo abriera el Libro y leyera el primer capítulo que apareciera ante mis ojos (...) Tomé la Biblia, la abrí, y leí en silencio

el párrafo en el que mis ojos se fijaron primero: “Andemos como de día, honestamente; no en glotonerías y borracheras, no en lujurias y lascivias, no en contiendas y envidia, sino vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne”. No leí más, no lo necesitaba, porque al instante, al concluir de leer el pasaje, por medio de una luz de seguridad infundida a mi corazón, desapareció toda sombra de duda.

Su conversión le causó el mayor de los regocijos, aunque sin tomarla de sorpresa, a su devota madre Mónica quien falleció en paz un año después cuando regresaban a África. Agustín fue bautizado por Ambrosio en Milán (387 d. de J.C.), y más tarde se convirtió en Obispo de Hipona (luego llamada Bona) en el África del Norte (395 d. de J.C.). Su vida ajetreada resultó ser una constante polémica. Vivió en la época en que el Imperio Romano occidental se venía abajo. En realidad, Hipona, la ciudad donde él residía, estaba siendo asediada por un ejército bárbaro cuando él murió. Fue precisamente la caída del Imperio occidental lo que lo motivó a escribir su famoso libro *La ciudad de Dios*. El mismo título, escrito entero, explica la intención y el contenido del libro: “Aunque ha caído la mayor ciudad del mundo, la Ciudad de Dios permanece para siempre”.

Sin embargo, su opinión acerca de lo que para él era la Ciudad de Dios lo condujo a enseñanzas que dieron origen a una miseria indecible, y la grandeza misma de su nombre acentuó las consecuencias perjudiciales del error que enseñaba. Agustín, más que cualquier otro, formuló la doctrina de que la salvación se alcanza únicamente a través de la Iglesia, por medio de sus sacramentos. Tomar la salvación de manos del Salvador y ponerla en manos de los hombres, e interponer un sistema concebido por el hombre entre el Salvador y el pecador, es precisamente lo opuesto de la revelación del Evangelio. Cristo dice: “*Venid a mí*”, y ningún sacerdote o iglesia tiene la autoridad para interferir en ello.

Agustín, en su celo por la unidad de la Iglesia y su aborrecimiento auténtico de toda divergencia en doctrina y diferencia en forma, perdió de vista la unidad espiritual, viva e indestructible, de la iglesia y el cuerpo de Cristo, la cual une a todos los que son partícipes mediante el nuevo nacimiento en la vida de Dios. Por consiguiente, él no consideraba posible la existencia de iglesias de Dios en distintos lugares y en todos los tiempos, cada una reteniendo su relación directa con el Señor y con el Espíritu

Capítulo 2

Santo, y al mismo tiempo manteniendo una comunión con las demás a pesar de la debilidad humana, de los niveles variables de conocimiento, de las comprensiones divergentes de las Escrituras, y de las diferencias en práctica.

Su visión de la Iglesia como algo externo y una organización terrenal lo llevó, naturalmente, a buscar medios externos y materiales para preservar, e incluso imponer, una unidad visible. Por tanto, como parte de su conflicto con los donatistas, escribió:

Realmente es mejor (...) que los hombres sean guiados a adorar a Dios por medio de la enseñanza, antes que ser presionados por el temor a un castigo o dolor; sin embargo, esto no quiere decir que por ser la primera alternativa la que produce el mejor modelo de hombres, se deba pasar por alto a los que no se rinden a ella. Para muchos ha resultado provechoso (como hemos comprobado y diariamente comprobamos mediante el experimento práctico) el hecho de verse obligados primero por el temor o el dolor, para luego ser influenciados por la enseñanza o para llevar a cabo en la práctica lo que ya habían aprendido teóricamente (...) Si bien aquellos que son guiados por amor son mejores, en realidad los que son corregidos por el temor son más numerosos. Porque, ¿quién puede amarnos más que Cristo que dio su vida por las ovejas? Sin embargo, después de llamar a Pedro y a los otros apóstoles con palabras solamente, cuando llamó al apóstol Pablo (...) no sólo lo obligó con su voz, sino que, además, lo lanzó al suelo con su poder. Y para lograr por medio de la fuerza que un hombre como él saliera de las tinieblas para desear la luz del corazón, primero lo azotó con una ceguera física de los ojos. ¿Por qué, entonces, no debe la Iglesia emplear la fuerza para obligar a sus hijos perdidos a regresar? (...) El propio Señor dijo: “Ve por los caminos y por los vallados, y fuérganos a entrar” (...) Por tanto, el poder que la Iglesia ha recibido por designio divino en su justo momento, por medio del carácter religioso y la fe de los reyes, es el instrumento por medio del cual los que se encuentran en los caminos y en los vallados, es decir, en herejías y cismas, son obligados a volver, así que los que son obligados no deben criticar el uso de la fuerza.

Esta enseñanza, viniendo de semejante autoridad, incitó y justificó los métodos de persecución por medio de los cuales la Roma papal llegó a igualar las crueldades de la Roma pagana. Un hombre como Agustín, de fuertes emociones y de una compasión tierna y espontánea, al apartarse de los principios de las Escrituras, aunque con buenas intenciones, se vio comprometido en un gran sistema de persecución cruel y despiadada.

Alguien con quien Agustín mantuvo bastante discrepancia fue con Pelagio.³ Oriundo de las Islas Británicas, vino a Roma justo al comienzo del quinto siglo cuando tenía aproximadamente treinta años de edad. Y aunque era laico, pronto llegó ser conocido



como un escritor talentoso de las Escrituras y como un hombre de excelente integridad. Agustín, aunque después se convirtió en su gran adversario doctrinal, dio testimonio de esto. Los informes despectivos publicados más adelante por Jerónimo parecen haber tenido su origen no tanto en hechos reales, sino en el calor que tomó la polémica.

En Roma, Pelagio conoció a Celestino, que se convirtió en el exponente más activo de sus enseñanzas. Pelagio era un reformista. La falta de disciplina y la autoindulgencia en las vidas de la mayoría de las personas que profesaban ser cristianas lo afligieron profundamente, y por ello se convirtió en un predicador enérgico de la justicia práctica y de la santificación.

El ocuparse muy exclusivamente con este aspecto de la verdad lo llevó a enfatizar más en la libertad de la voluntad humana y a minimizar las obras de la gracia divina. Él enseñaba que los hombres no son afectados por la transgresión de Adán, a menos que sea por su ejemplo; que Adán habría muerto de todas formas aunque no habría pecado; que no existe el pecado original, y que los actos de cada hombre nacen de sus propias elecciones. Por tanto, él planteaba que todo hombre podía alcanzar la justicia perfecta. Los niños, decía él, nacen sin pecado. Aquí él entró en conflicto claro con la enseñanza católica.

Él enseñaba el bautismo de infantes, pero negaba que este fuera el medio de regeneración, afirmando más bien que el bautismo presentaba el niño a un estado de gracia en el reino de Dios, a una condición donde fuera capaz de obtener salvación y vida, santificación y unión con Cristo. Agustín, oponiéndose a esta enseñanza, leyó a su congregación una parte de un trabajo de Cipriano, escrito hacía 150 años, según el cual los infantes son bautizados para la remisión de los pecados. Luego le pidió a Pelagio que se abstuviera de una enseñanza que era divergente de una doctrina y práctica tan fundamental de la Iglesia.

Pelagio se abstenía de decir en su oración: “perdona nuestros pecados”, considerando esta frase inapropiada para los cristianos, tomando en cuenta

Capítulo 2

que no necesitamos pecar; y que si lo hacemos, es el resultado de nuestra propia voluntad y elección, por lo que semejante oración tan sólo sería la expresión de una humildad ficticia.

El conflicto con relación a las doctrinas de Pelagio y Celestino adquirió

*Pelagio contra
Celestino*

una gran dimensión y ocupó la mayor parte del tiempo y los esfuerzos de Agustín, quien escribió ampliamente sobre el tema. Durante este período tuvieron lugar varios Concilios; los de Oriente absolvían a Pelagio, en tanto los de Occidente lo condenaban, esto debido a la influencia de Agustín en las iglesias latinas, la cual había conducido a que estas aceptaran posiciones más definidas y dogmáticas acerca de la relación entre la voluntad de Dios y la voluntad del hombre que en las iglesias de Oriente.

Se apeló entonces a Inocencio, el Papa en Roma, y este recibió con beneplácito la oportunidad de hacer resaltar su autoridad. Inocencio excomulgó a Pelagio y a sus seguidores, aunque su sucesor, Zósimo, los reintegró. Los Obispos occidentales, luego de reunirse en Cartago, lograron obtener el respaldo de las autoridades civiles, y Pelagio y sus partidarios fueron desterrados y sus propiedades confiscadas. El Papa Zósimo, al ver esto, cambió de opinión y también condenó a Pelagio. Dieciocho Obispos italianos rechazaron someterse al decreto Imperial, uno de los cuales, Julián, Obispo de Eclano, contendió con Agustín mostrando una aptitud y una moderación poco común al plantear que el uso de la fuerza y el cambio de opinión de un Papa no eran las armas adecuadas para tratar con temas de doctrina.

Pelagio enseñó muchas cosas ciertas y buenas, pero la doctrina característica del pelagianismo no sólo se opone a las Escrituras, sino a la realidad de la naturaleza humana. Los hombres son conscientes de su naturaleza caída y de su vínculo con el pecado. La realidad de la vida así lo demuestra. Nuestra participación real de la vida y naturaleza de un hombre, el primer Adán, sujetos como él a la muerte, hace posible que toda la especie humana pueda ser llevada a una relación real con el único Hombre, el segundo Adán, Jesucristo. Es así como llega a ser posible que cualquier hombre, por medio de su voluntad y fe, pueda convertirse en partícipe de su vida eterna y naturaleza divina.

Los tres primeros siglos de la historia de la iglesia demostraron que ningún poder terrenal puede destruirla. Ella es invencible ante los ataques del mundo. Los testigos de sus sufrimientos, e incluso sus perseguidores, llegan a ser sus conversos, y crece más rápidamente de lo que puede ser destruida. El período siguiente de casi doscientos años muestra que la unión de la Iglesia y el estado, incluso cuando los poderes del Imperio más poderoso son puestos en manos de la Iglesia, no capacita a esta para salvar al estado de la destrucción, ya que al abandonar la posición que su propio nombre implica, de ser “escogida del mundo” y separada para Cristo, pierde el poder que emana del sometimiento a su Señor, y lo cambia por una autoridad terrenal que es fatal para sí misma.

La iglesia de Cristo ha estado sujeta no sólo a la violencia de la persecución externa y a las tentaciones del poder terrenal, sino, además, a las agresiones de las falsas doctrinas. Desde el tercer siglo hasta el quinto siglo se desarrollaron cuatro formas de estas doctrinas falsas de un carácter tan fundamental que sus obras nunca han dejado de afectar a la iglesia y al mundo.



1. *El maniqueísmo* ataca tanto la enseñanza de la Escritura como el testimonio de la naturaleza de que Dios es el Creador de todas las cosas. Las palabras de apertura de la Biblia son: “*En el principio creó Dios los cielos y la tierra*” (Génesis 1.1). Además, la Biblia presenta al hombre como la corona de la creación en las palabras: “*Y creó Dios al hombre a su imagen*” (Génesis 1.27). Y viendo todo lo que había hecho, Dios vio que “*era bueno en gran manera*” (Génesis 1.31). El maniqueísmo, al atribuir lo visible y corporal a la obra de un poder malvado y oscuro y sólo lo que es espiritual al Dios verdadero, arremetió contra las raíces de la revelación divina de la cual la creación, la caída y la redención son partes indivisibles y esenciales. Del concepto erróneo acerca del cuerpo surgen por una parte los excesos del ascetismo, considerando el cuerpo sólo como algo malvado; y por otra parte, las muchas prácticas y doctrinas degradantes alentadas por el hecho de no lograr ver en el cuerpo ninguna otra cosa que no sea animal, por lo que se pierde de vista su origen divino y su consecuente cualidad de poder ser redimido y restaurado a la semejanza del Hijo de Dios.

Capítulo 2

2. *El arrianismo*. La revelación más gloriosa, en la cual toda Escritura culmina, es que Jesucristo es Dios manifestado en la carne, dado a conocer a nosotros al convertirse en hombre y al hacer propiciación por el pecado del mundo por medio de su muerte expiatoria. El arrianismo, al negar la divinidad de Cristo declarándolo un ser creado, aunque el primero y el altísimo, mantiene al hombre inmensurablemente distante de Dios, nos impide conocerlo como Dios nuestro Salvador y nos deja únicamente con la esperanza vaga e incierta de alcanzar algo superior a lo que ahora experimentamos mediante el mejoramiento de nuestro propio carácter.

3. *El pelagianismo* niega la enseñanza de las Escrituras en lo que se refiere a la inclusión de todo el género humano en la transgresión de Adán. Al afirmar que el pecado de Adán sólo lo afectó a él y a sus relaciones con Dios, y que cada ser humano nace originalmente sin pecado, esto debilita la necesidad que siente el hombre de un Salvador, le impide llegar a un conocimiento verdadero de sí mismo, y lo lleva a buscar la salvación, al menos hasta cierto punto, en sí mismo. El reconocer nuestra participación en la caída está estrechamente relacionado, en las Escrituras, con el poder ser partícipes de la obra expiatoria de Cristo, el segundo Adán; y, aunque insistimos en la responsabilidad individual y en el libre albedrío, esto no excluye, sino que va juntamente con, la enseñanza referente a la voluntad de Dios y al vínculo existente a nivel de todas las razas del género humano. Esto, aunque incluye a todos en la misma condenación, también incluye a todos en la misma salvación.

4. *El sacerdotalismo* pretende que la salvación sólo se encuentra en la Iglesia y por medio de sus sacramentos administrados por sus sacerdotes. En ese tiempo, por supuesto, al hablar de la Iglesia se referían a la Iglesia Romana, pero la doctrina ha sido, y sigue siendo, adoptada por muchos otros sistemas, grandes y pequeños, que la han aplicado a sí mismos. Nada ha sido enseñado con mayor claridad e insistencia por el Señor y los apóstoles que el hecho de que la salvación del pecador se alcanza por medio de la fe en el Hijo de Dios, en su muerte expiatoria y resurrección. Una iglesia o grupo que proclama que sólo en ella se encuentra la salvación; hombres que arrogantemente creen tener la autoridad para admitir o excluir a otros del reino de Dios; sacramentos o procedimientos que son convertidos en medios imprescindibles para alcanzar la salvación, todo esto origina las tiranías que traen consigo innumerables miserias sobre el

género humano y ocultan el verdadero camino a la salvación que Cristo ha provisto para todos los hombres a través de la fe en él.

La decadencia espiritual de las iglesias, su desviación del modelo del Nuevo Testamento, el consecuente incremento de la mundanería dentro de ellas, el sometimiento al sistema humano y la tolerancia del pecado, no sólo incitaron esfuerzos para reformarlas o establecer iglesias reformadas (como las ya vistas en los movimientos donatistas y montanistas), sino que, además, provocaron que algunos de los que buscaban la santidad y la comunión con Dios se apartaran de todo contacto

*El auge del
monasticismo*

con los hombres.⁴ Por una parte, las circunstancias imperantes en el mundo, devastado por los bárbaros, y por otra parte, en la Iglesia, desviada de lo que debía ser su testimonio en el mundo, dejó a estos buscadores sin esperanza de encontrar comunión con Dios en la vida diaria ni con los cristianos en las iglesias. De modo que se retiraban a lugares desérticos y vivían como anacoretas, para así, estando libres de las distracciones y tentaciones de la vida común, poder alcanzar por medio de la contemplación la visión y el conocimiento de Dios que ansiaban sus almas. Influenciados por las enseñanzas prevalecientes acerca de que la materia era mala, ellos optaron por un estilo de vida extremadamente sencillo y prácticas ascéticas para vencer los obstáculos que, según su criterio, el cuerpo presenta a la vida espiritual.

En el cuarto siglo, en Egipto, Antonio el ermitaño se convirtió en un personaje célebre por su vida solitaria, y muchos, incitados a igualar su piedad, se establecieron cerca de él, e imitaron su estilo de vida. Fue así como sus seguidores lo convencieron para que formulara un reglamento o norma de vida para ellos. Los ermitaños incrementaron en número, y algunos impusieron sobre sus propias vidas tremendas severidades. Simeón Estilita fue uno de los que ganó fama por vivir muchos años en lo alto de una columna.

*Antonio
(250-356 d. de
J.C.)*

Rápidamente tuvo lugar un desarrollo mayor, y Pacomio, en el sudeste de Egipto, a principios del cuarto siglo fundó un monasterio donde aquellos que se retiraban del mundo ya no vivían más solos, sino como parte de una comunidad. Este tipo de comunidades se propagó tanto en las iglesias occidentales como en las orientales, y llegaron a ser una parte importante en la vida de los pueblos.

Capítulo 2

*Benito
(c 480–c 550 d.
de J.C.)*

Aproximadamente a principios del sexto siglo, Benito de Nursia, en Italia, le dio un gran impulso a este movimiento, y su norma de vida para los grupos monásticos prevaleció por encima de todas las demás. Él no ocupaba a los monjes tan exclusivamente con austeridades personales, sino orientó sus actividades hacia la realización de ceremonias religiosas y el servicio a los hombres, prestando especial atención a la agricultura. Los monasterios de la orden benedictina fueron unos de los principales medios mediante los cuales se difundió el cristianismo entre las naciones teutónicas a lo largo del séptimo y octavo siglos.

También desde Irlanda, desde la isla de Iona y a través de Escocia, los monasterios y los asentamientos columbanos prepararon y enviaron a misioneros fieles hacia el norte y centro de Europa.

Puesto que los Papas de Roma poco a poco llegaron a dominar la Iglesia y a dedicarse a la intriga y a la lucha por el poder temporal, el sistema monástico atrajo a muchos de los que eran espirituales y anhelaban seguir a Dios en santidad. Sin embargo, un monasterio se diferenciaba grandemente de una iglesia neotestamentaria, tanto

*El auge de las
misiones*

así que las almas que se vieron obligadas a huir de la Iglesia Romana y su mundanería no encontraron en el monasterio lo que una iglesia verdadera hubiera provisto. Estas almas fueron sometidas a las normas de una institución en vez de permitir que el Espíritu Santo obrara en ellas libremente.

Las diversas órdenes monásticas que surgieron tomaron una misma línea de desarrollo.⁵ Comenzaban con la pobreza y la más severa abnegación, pero se hacían ricas y poderosas, relajaban su disciplina, y se volvían indulgentes y mundanas. Entonces una reacción provocaba que algunos comenzaran una nueva orden de auto-humillación absoluta, la cual más adelante seguía el mismo ciclo de las anteriores. Entre este tipo de reformistas encontramos a Bernardo de Cluny, a principios del siglo X, y Stephen Harding de Citeaux en el siglo XI.

*Bernardo
de Claraval
(1091–1153 d.
de J.C.)*

Fue en el monasterio cisterciense de Citeaux que Bernardo, luego abad de Claraval, pasó algunos de

sus años mozos. Él llegó a ejercer una influencia que estuvo por encima de la ejercida por reyes y Papas, pero su recuerdo más grato y duradero perdura en algunos de los himnos que escribió.

Muchas mujeres también buscaron refugio del mundo en los conventos para mujeres que surgieron en aquel entonces. Estas casas religiosas, tanto para hombres como mujeres, fueron santuarios para los débiles durante los tiempos oscuros y turbulentos. Se convirtieron en centros donde el aprendizaje fue preservado, a pesar del barbarismo predominante, y lugares donde se copiaban, traducían y leían las Escrituras. Sin embargo, estos conventos a su vez fueron tierra fértil para la ociosidad y la opresión, y las órdenes religiosas llegaron a convertirse en instrumentos activos en manos del Papa para la persecución de todos los que se esforzaban por restaurar las iglesias de Dios sobre la base de su fundamento original.

La transformación gradual de las iglesias del Nuevo Testamento de su modelo original a organizaciones tan diferentes que casi no se podía notar ninguna relación entre ellas, parecía que continuaría hasta que todo se hubiera perdido. El esfuerzo por salvar a las iglesias de la desunión y la herejía por medio del sistema clerical y episcopal no sólo fracasó, sino que trajo consigo grandes males. La esperanza de que las iglesias perseguidas obtuvieran algún provecho mediante la unión con el estado terminó en desilusión. El monaquismo resultó incapaz de ser un sustituto para las iglesias como refugio del mundo y se convirtió, más bien, en una institución mundana.

No obstante, siempre hubo algo que sobrevivió a través de todos estos tiempos; algo capaz de obrar una restauración. La presencia de las Escrituras en el mundo proveyó los medios que el Espíritu Santo pudo emplear en el corazón de los hombres con un poder capaz de vencer el error y volverlos a la verdad divina. Nunca dejaron de existir congregaciones e iglesias verdaderas que se apegaban a las Escrituras como su guía de fe y doctrina, como la norma tanto para la conducta individual como para el orden de la iglesia. Estas congregaciones, aunque ocultas y despreciadas, ejercieron una influencia que no se quedó sin dar frutos.



*El valor de las
Escrituras*

La actividad misionera no cesó durante estos tiempos convulsos, sino que se llevó a cabo con entusiasmo y devoción. En realidad, hasta el

Capítulo 2

siglo XI cuando las Cruzadas absorbieron el entusiasmo de las naciones católicas, hubo un testimonio constante que poco a poco sometió a los conquistadores bárbaros y llevó el conocimiento de Cristo a las tierras lejanas de las cuales ellos procedían. Los misioneros nestorianos llegaron tan lejos como a China y a Siberia, y establecieron iglesias desde Samarcanda hasta Ceilán. Los griegos de Constantinopla atravesaron Bulgaria y penetraron en las profundidades de Rusia, mientras que las naciones paganas del centro y norte de Europa fueron alcanzadas por misioneros tanto de las Iglesias Británicas como Romanas. En el África del Norte y en Asia occidental eran más los que profesaban el cristianismo en aquel tiempo que en la actualidad.

Sin embargo, los errores que prevalecían en las iglesias que profesaban el cristianismo se vieron reflejados en su obra misionera. Ya no existía la manera sencilla de predicar a Cristo y fundar iglesias como en los tiempos de la iglesia primitiva, sino que junto con una medida de la verdad también había una insistencia en cumplir todos los preceptos legales y rituales. De modo que cuando los reyes llegaban a confesar el cristianismo, el principio de la unión de la Iglesia y el estado conducía a la conversión externa y forzosa de multitudes de ciudadanos a la nueva religión del estado. En lugar de que las iglesias fueran fundadas en las distintas ciudades y territorios, independientes de cualquier organización central, y cada una en una relación directa con el Señor como en los días apostólicos, todas eran subordinadas a una de las grandes organizaciones cuyo centro se encontraba en Roma, Constantinopla, o en cualquier otro lugar.

Lo que sucedió a gran escala también se aplica a nivel individual. La manera perjudicial de operar de este sistema también se manifiesta dondequiera que los pecadores, en lugar de ser guiados a Cristo y provistos de las Escrituras como su guía, son obligados a formar parte de alguna denominación extranjera o se les enseña a recurrir a alguna misión para recibir de ella dirección y provisiones. De esta manera, se obstaculiza el desarrollo de los dones del Espíritu Santo entre ellos, y se retarda la propagación del Evangelio entre sus compatriotas.

*El período desde
300 a 850 d. de
J.C.*

No obstante, una forma más pura de la obra misionera que la procedente de Roma fue la que se propagó desde Irlanda a través de Escocia y hasta el centro y norte de Europa. Irlanda⁶ recibió

el Evangelio por primera vez en el tercer o cuarto siglo, por medio de comerciantes y soldados, y ya para el sexto siglo se había convertido en un país cristianizado y había desarrollado una actividad misionera tal que sus misiones se encontraban trabajando desde las orillas del Mar del Norte y el Mar Báltico hasta las del Lago de Constanza.

Los monjes provenientes de Irlanda, buscando apartarse del mundo, se establecieron en algunas de las islas entre Irlanda y Escocia. Iona, llamada la “Isla de los Santos”, donde Columba se estableció, fue un punto desde el cual las misiones entraron en Escocia, y los monjes escoceses e irlandeses predicaron en Inglaterra y entre los paganos en el Continente.



*Las misiones
británicas*

Su método consistía en visitar a un país y, donde les parecía conveniente, fundaban una villa misionera. En el centro de esta construían una iglesia sencilla, de madera, alrededor de la cual se agrupaban las aulas y cabañas para los monjes quienes eran los constructores, predicadores y maestros. Fuera de este círculo, según fuera necesario, se construían viviendas para los estudiantes y sus familias que poco a poco se iban acercando a los monjes. Esta colonia en su conjunto era cercada por una muralla, pero a menudo la colonia se extendía más allá de su muralla original.

Bajo el liderazgo de un abad, los monjes, en grupos de doce, salían a establecer nuevos campos misioneros. Los que se quedaban enseñaban en la escuela, y en cuanto aprendían lo suficientemente el idioma de las personas entre quienes estaban, traducían y escribían partes de la Biblia así como himnos que les enseñaban a los alumnos.

Ellos tenían la libertad de casarse o quedarse solteros; muchos se quedaban solteros para de esa manera tener una mayor libertad para la obra. Cuando las personas se convertían, los misioneros escogían de entre ellas a pequeños grupos de jóvenes con cierta capacidad, y los entrenaban especialmente en alguna labor artesanal y en el aprendizaje de idiomas. Les enseñaban la Biblia y cómo explicarla a los demás para que fueran capaces de obrar entre su propia gente. Ellos demoraban para administrar el bautismo hasta que los que profesaban la fe hubieran recibido cierta instrucción y hubieran dado suficiente prueba o testimonio de su firmeza. A su vez, los misioneros evitaban atacar las religiones de las personas, considerando más provechoso predicarles la verdad que hacerles ver sus

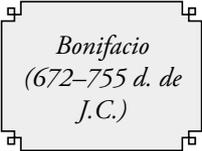
Capítulo 2

errores. Ellos aceptaban las Sagradas Escrituras como la fuente de fe y vida, y predicaban la justificación por fe. Tampoco tomaban parte en la política ni le solicitaban ayuda al estado.

Toda esta obra, en su origen y progreso, aunque había desarrollado algunos rasgos ajenos a las enseñanzas del Nuevo Testamento y al ejemplo apostólico, era independiente de Roma y en algunos aspectos importantes se diferenciaba del sistema Católico Romano en general.

En el año 596, Agustín, con cuarenta monjes benedictinos enviados por el Papa Gregorio I, desembarcaron en Kent y comenzaron la obra misionera entre los paganos en Inglaterra, la cual llegó a dar abundantes frutos. Las dos formas de actividad misionera existentes en el país, la antigua forma británica y la más reciente romana, pronto entraron en conflicto. El Papa nombró a Agustín Arzobispo de Canterbury, dándole supremacía sobre todos los Obispos británicos que ya existían en Inglaterra. Un elemento nacionalista acentuó la lucha entre las dos misiones; los británicos, los celtas y los galeses se opusieron a los anglosajones. La Iglesia de Roma insistió en que su estructura de gobierno de la iglesia debía ser la única permitida en el país; sin embargo, la orden británica continuó su resistencia hasta que en el siglo XIII sus restantes elementos fueron absorbidos por el movimiento de Lolardo.

En el Continente, la obra arraigada y difundida de los misioneros irlandeses y escoceses fue atacada por el sistema romano bajo el liderazgo activo del benedictino inglés Bonifacio, cuya política consistió en obligar a los misioneros británicos a someterse a Roma, al menos externamente, o de lo contrario destruirlos. Él obtuvo ayuda del estado bajo la dirección de Roma para la imposición de su diseño. Bonifacio fue asesinado por los frisios en el año 755.



Bonifacio
(672–755 d. de
J.C.)

El sistema que él instauró poco a poco destruyó las misiones existentes desde tiempo atrás, pero la influencia de estas le dio una nueva fuerza a muchos de los movimientos de reforma que surgieron después.

Una armonía de los cuatro Evangelios llamada *Heliand* (i.e. “El Salvador”), escrita aproximadamente en el año 830 o antes, una épica aliterada en el antiguo idioma Sajón, fue, sin duda, escrita en los círculos de la misión británica en el Continente. La misma contiene la narrativa del Evangelio presentada de manera que interesara a las personas para

quienes fue escrita. Resulta notable el hecho de que está libre de cualquier adoración a la Virgen o a los santos, así como de la mayoría de los rasgos característicos de la Iglesia Romana en aquel período.

En el cuarto siglo apareció un reformista y se llevó a cabo una obra de reforma que afectó a amplios círculos en España, extendiéndose hacia Lusitania (Portugal) y hasta Aquitania en Francia, haciéndose sentir también en Roma.

*El período desde
350 a 385 d. de
J.C.*

Prisciliano era un español rico y de muy buena posición, culto y elocuente, de talentos extraordinarios. Al igual que muchos de su clase, para Prisciliano resultaba imposible creer en las antiguas religiones paganas, aunque tampoco se sentía atraído por el cristianismo, y prefería la literatura clásica a las Escrituras. Él había buscado refugio para su alma en las filosofías dominantes de aquel período, tales como el neoplatonismo y el maniqueísmo. Prisciliano se convirtió a Cristo, fue bautizado, y comenzó una nueva vida de devoción a Dios y separación del mundo. Fue así como se convirtió en un estudiante entusiasta y en un hombre amante de las Escrituras, y llevó una vida ascética como complemento para lograr una total unión con Cristo al hacer de su cuerpo un lugar más apto para la morada del Espíritu Santo. Aunque era un laico, predicaba y enseñaba diligentemente. Pronto se organizaron y tuvieron lugar convenciones y reuniones con miras a convertir la religión en una realidad que afectara el carácter. Gran cantidad de personas, especialmente de la clase culta, fueron atraídas por el movimiento. Prisciliano fue nombrado Obispo de Ávila, pero no tardó mucho en encontrarse con la hostilidad de una parte del clero español.

*Prisciliano
(?–385 d. de J.C.)*

El Obispo Hidacio, Metropolitano de Lusitania, dirigió la oposición, y en un Sínodo que tuvo lugar en Zaragoza en el año 380, lo acusó de herejía maniqueo y gnóstico. Las medidas que tomaron no fueron exitosas hasta que las necesidades políticas llevaron al Emperador Máximo, quien había asesinado a Graciano y usurpado su lugar, a solicitar la ayuda del clero español. Pero luego, en un Sínodo que tuvo lugar en Burdeos (Bordeaux) en el año 384, el Obispo Itaco, un hombre de mala reputación, se unió al ataque, acusando a Prisciliano y los suyos, a quienes llamaban

Capítulo 2

“priscilianistas”, de brujería e inmoralidad. Los acusados fueron llevados a Tréveris, fueron condenados por la Iglesia, y entregados a las autoridades civiles para su ejecución (385). Los eminentes Obispos, Martín de Tours y Ambrosio de Milán, protestaron en vano; Prisciliano y otros seis fueron decapitados. Entre ellos se encontraba una distinguida dama, Eucrocia, viuda de un conocido poeta y orador.

Este fue el primer caso de una ejecución de cristianos por la Iglesia, ejemplo que sería imitado más adelante con una frecuencia atroz. Después de esto, Martín y Ambrosio se negaron a tener comunión de cualquier índole con Hidacio y con los otros Obispos responsables de lo sucedido, y cuando el Emperador Máximo fue derrotado, la tortura y el asesinato de estas personas santas fue registrado como un acto repugnante. Por otra parte, Itaco fue privado de su obispado. Los cuerpos de Prisciliano y de sus compañeros fueron traídos a España donde fueron honrados como mártires.

Sin embargo, un Sínodo en Tréveris aprobó lo que se había hecho, otorgándole así la autorización oficial a la Iglesia Romana para realizar ejecuciones. Esto fue confirmado por el Sínodo de Braga, celebrado 176 años más tarde, para que la Iglesia dominante no sólo persiguiera a aquellos que llamaba priscilianistas, sino también para dejar constancia en la historia de que Prisciliano y los partidarios de su creencia habían sido castigados por sostener la doctrina gnóstica y maniquea y por la maldad de sus vidas. Esta continuó siendo la opinión generalizada acerca de ellos a través de los siglos.

Aunque Prisciliano había escrito de manera voluminosa, se creía que todos sus escritos habían desaparecido, porque habían sido destruidos con tanta diligencia. En 1886, Georg Schepss encontró en la biblioteca de la Universidad de Würzburg once de las obras de Prisciliano, las cuales, según lo que él describe, estaban “contenidas en un precioso manuscrito uncial (...) del que hasta ahora no se sabía”.⁷ Este manuscrito uncial está escrito en un

*Descubrimiento
de los escritos de
Prisciliano*

Latín muy antiguo, y constituye uno de los manuscritos más antiguos en latín que se haya conocido. El manuscrito consta de once tratados (aunque faltan algunas partes), de los cuales los cuatro primeros relatan los detalles del juicio de Prisciliano, y los siete restantes contienen sus

enseñanzas. La lectura de estos manuscritos de Prisciliano, escritos de su propio puño y letra, muestra que la imputación que le hicieron fue totalmente falsa, que él era de carácter santo, sano en doctrina, un reformista enérgico, y que los que se relacionaron con él eran hombres y mujeres que resultaron ser verdaderos y devotos seguidores de Cristo. Sin embargo, las autoridades de la Iglesia, no satisfechas con haber asesinado y exiliado a estas personas, además de haber confiscado sus bienes, ha insistido en calumniar su memoria.

El estilo empleado en el escrito de Prisciliano es vivo y revelador; cita continuamente las Escrituras⁸ para apoyar sus planteamientos, y muestra un conocimiento íntimo de todo el contenido tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. No obstante, Prisciliano defendió el derecho del cristiano de leer otro tipo de literatura, lo cual algunos aprovecharon para acusarlo de pretender incluir los libros apócrifos en el canon de las Escrituras, cosa que él no hizo.

Él, además, se defiende a sí mismo y a sus amigos por su costumbre de realizar lecturas de la Biblia en las que los obreros laicos participaban activamente y las mujeres tomaban parte, así como por su oposición a compartir la Cena del Señor con personas mundanas y frívolas. Para Prisciliano, las discusiones teológicas en la Iglesia tenían poco valor, pues él conocía el don de Dios, y lo había aceptado mediante una fe viva. Él no discutiría en lo concerniente a la Trinidad, estando satisfecho con saber que en Cristo encontramos al único Dios verdadero por medio de la ayuda del Espíritu Divino.⁹

Él enseñaba que el propósito de la redención es que nos volvamos a Dios. Luego, que resulta necesaria una separación activa del mundo para que nada pueda impedir la comunión con Dios. Esta salvación no es un suceso mágico producido por cierto sacramento, sino un acto espiritual. Bien es cierto que la iglesia hace pública la confesión, bautiza a los hombres y les comunica los mandamientos o la Palabra de Dios, pero cada uno debe decidir y creer por sí mismo. Si la comunión con Cristo se rompe, es la tarea de cada cual restablecerla por medio del arrepentimiento personal. No existe tal cosa como una gracia oficial; los laicos poseen el Espíritu Santo tanto como el clero.

Prisciliano expuso ampliamente, con base en las Escrituras, la mala influencia y la falsedad de las enseñanzas del maniqueísmo sobre las

Capítulo 2

Escrituras, y se opuso totalmente a esa doctrina. No consideró el ascetismo como algo fundamental en sí mismo, sino como una ayuda para lograr la total unión de la persona con Dios o Cristo, de la cual el cuerpo no puede excluirse debido a su condición de morada del Espíritu Santo. Esto es el descanso en Cristo, una experiencia de amor y dirección divina, una bendición incorruptible. La fe en Dios, quien se ha manifestado a sí mismo, es un acto personal en el que todo el ser reconoce su dependencia de Dios para vida y para todo asunto. La fe trae consigo el deseo y la decisión de consagrarse completamente a él. Las obras morales resultan automáticamente porque al recibir la nueva vida, el creyente recibe aquello que contiene la esencia misma de la moralidad. La Escritura no es sólo verdad histórica, sino también el medio a través del cual se imparte gracia. El espíritu se alimenta de ella y encuentra que cada parte de la misma contiene revelación, instrucción y dirección para la vida diaria. Para captar el significado alegórico de la Escritura, no se requiere un entrenamiento técnico, sino fe. El significado mesiánico figurativo del Antiguo Testamento, y el progreso histórico del Nuevo Testamento destacan en sus escritos, y esto no sólo como simple información, sino para demostrar que no sólo algunos, mas todos los cristianos son llamados a la santificación completa.

Oposición a la distinción entre el clero y el laicado

Tales enseñanzas pronto pusieron en conflicto a estos círculos con los de la Iglesia Romana, especialmente los representados por un Obispo tan político e intrigante como Hidacio. El clero veía en la vida santa del creyente común una amenaza a su posición privilegiada. El poder de la “sucesión apostólica” y del oficio sacerdotal fue sacudido por la enseñanza que insistía en la santidad y en una vida constantemente renovada por medio del Espíritu Santo y la comunión con Dios. La distinción entre el clero y el laicado empezó a resquebrarse, especialmente cuando se cambió la obra mágica de los sacramentos por una posesión viva de la salvación mediante la fe.

Conceptos divergentes acerca de la iglesia

El conflicto era irremediable debido a los dos conceptos distintos acerca de la iglesia. Ya no se trataba solamente de suprimir las reuniones o de oponerse a los que amenazaban con convertirse en

una orden de monjes apartada de la Iglesia, sino de una diferencia total de principios. La política de Hidacio procuraba fortalecer el poder de los Metropolitanos como representantes de la Sede Romana, con miras a consolidar la organización centralizadora romana. Hasta este momento, no se había logrado una centralización completa. La idea misma no era bien vista en España, y enfrentaba la oposición de los obispos de menor importancia. Los círculos con los que Prisciliano se asoció también se opusieron totalmente a esto; su dedicación al estudio de las Escrituras y la aceptación de estas como su guía en todo los llevó a desear la independencia de cada congregación, cosa que ya estaban poniendo en práctica.

Después de la muerte de Prisciliano y sus compañeros, los círculos formados por aquellos que compartían su fe incrementaron rápidamente, pero, aunque Martín de Tours consiguió moderar la primera ola de persecución que siguió a aquel trágico suceso, esta continuó y fue severa. No obstante, no fue hasta dos siglos más tarde que las reuniones fueron finalmente disipadas.

Notas finales

- ¹ *East and West Through Fifteen Centuries*, Br.-General G. F. Young, C.B.
- ² *A Select Library of the Nicene and Post-Nicene Fathers of the Christian Church*, traducido al inglés y anotado por J.C. Pilkington, M.A. Redactado por Philip Schaff.
- ³ *Dictionary of Christian Biography*, Smith & Wace.
- ⁴ *Monasticism*, Adolph von Harnack.
- ⁵ *Latin Christianity*, Dean Milman. Tomo 4.
- ⁶ *Irland in der Kirchengeschichte*, Kattenbusch.
- ⁷ Priscillian ein Neuaufgefundener Lat. Schriftsteller des 4 Jahrhunderts. Vortrag gehalten am 18 mai, 1886, in der Philologisch-Historischen Gesellschaft zu Würzburg von Dr. Georg Schepss K. Studienlehrer am Humanist. Gymnasium Mit einem Blatt in Originalgrosse Faksimiledruck des Manuscripts, Würzburg. A. Stuber's Verlagbuchhandlung, 1886.
- ⁸ Las citas son de una traducción anterior a la de la Vulgata de Jerónimo.
- ⁹ *Priscillianus Ein Reformator des Vierten Jahrhunderts. Eine Kirchengeschichtliche Studie zugleich ein Kommentar zu den Erhaltenen Schriften Priscillians*, von Friedrich Paret Dr. Phil. Repetent am Evang.-Theol. Seminar in Tübingen. Würzburg A. Stuber's Verlagsbuchhandlung. 1891.

Los paulicianos y los bogomilos

(50–1473 d. de J.C.)

Auge de la dominación clerical; Persistencia de las iglesias primitivas; Sus historias tergiversadas por sus enemigos; Las primeras iglesias en Asia Menor; Armenia; Las iglesias primitivas en Asia Menor desde los tiempos apostólicos; Injustamente tildadas de maniqueos por sus adversarios; Los nombres pauliciano y Thonrak; Continuidad de las iglesias neotestamentarias; Constantino Silvano; Simeón Tito; La veneración de reliquias y adoración de imágenes; Los emperadores iconoclastas; Juan Damasceno; Restauración de las imágenes en la Iglesia Griega; Concilio de Frankfurt; Claudio, Obispo de Turín; El Islam; Sembat; Sergio; Los líderes de las iglesias en Asia Menor; Persecución bajo Teodora; La llave de la verdad; Carbeas y Chrysocheir; La Biblia y el Corán; Carácter de las iglesias en Asia Menor; El movimiento de creyentes desde Asia hasta Europa; La historia posterior en Bulgaria; Los bogomilos; Basilio; Las opiniones con respecto a los paulicianos y los bogomilos; Propagación de los bogomilos hasta Bosnia; Kulin Ban y Roma; Comunicación de los bogomilos con los cristianos en el extranjero; Bosnia invadida; Avance de los musulmanes; Persecución de los bogomilos; Bosnia tomada por los turcos; Los “amigos de Dios” en Bosnia: un eslabón entre los montes del Tauro y los Alpes; Las tumbas de los bogomilos.

En todos los tiempos, la unión de la iglesia y el estado ha sido considerada por muchos de los discípulos del Señor como algo opuesto a su enseñanza; pero cada vez que la Iglesia ha tenido el poder del estado a su disposición, lo ha usado para reprimir a la fuerza a cualquiera que no estuviera de acuerdo con su sistema o se negara de cualquier manera a obedecer sus demandas, por lo que un gran número de personas, ya fuera por indiferencia, interés o temor le rendían al menos una obediencia externa. Sin embargo, siempre ha habido algunos a quienes no han

Capítulo 3

podido inducir a hacer esto, sino que se han esforzado por seguir a Cristo, manteniendo las enseñanzas de su Palabra y la doctrina de los apóstoles. Estos hermanos han sido continuamente objetos de persecución.

La historia de los siglos posteriores a la época del Emperador Constantino revela el desarrollo de la mundanería y la ambición del clero, tanto de las iglesias Católicas de Oriente como de las de Occidente, hasta que estas demandaron un total dominio sobre las posesiones y las conciencias humanas, imponiendo sus demandas con una violencia y astucia sin límites. Esta misma historia también revela vistazos de aquí y allá del sendero de tribulación seguido por innumerables cristianos que, en todos los tiempos y en diferentes lugares, han sufrido todo tipo de cosas a manos de la Iglesia mundial dominante antes que negar a Cristo o dejar de seguirle.

Las verdaderas historias de estos cristianos han sido ocultadas cuanto fuera posible. Sus escritos, los cuales han corrido la misma suerte que sus escritores, han sido destruidos hasta el punto máximo del poder permitido a sus perseguidores. Y no sólo eso, sino que además han sido difundidas historias de ellos por aquellos cuyo interés era diseminar las peores mentiras contra ellos con el objetivo de justificar sus propias crueldades. En tales historias los cristianos son descritos como herejes, y se les atribuyen las falsas doctrinas que ellos más bien repudiaban. Asimismo, los llaman “sectas”, y les ponen calificativos que ellos mismos no reconocían.



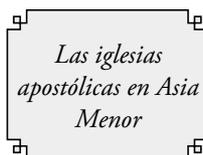
*Tergiversación de
la historia*

Ellos generalmente se llamaban a sí mismos cristianos o hermanos, pero otros les ponían toda clase de nombres a fin de causar la impresión de que ellos representaban a muchas sectas nuevas, desconocidas, y sin relación alguna entre sí. Además, se les calificaba con los epítetos más oprobiosos para desprestigiarlos. Es por ello que resulta difícil seguir el curso de su historia. Lo que sus adversarios han escrito sobre ellos debe ser objeto de duda; las palabras arrancadas de sus labios por medio de torturas carecen de valor. Sin embargo, a pesar de estos impedimentos, existe un gran número de evidencias fidedignas que van constantemente en aumento gracias a nuevas investigaciones, las cuales reflejan lo que realmente ellos eran y hacían, y lo que creían y enseñaban. Estas evidencias, sus propios registros, proporcionan una guía segura de su fe y práctica.

Los paulicianos y los bogomilos

Incluso en los primeros tres siglos hubo numerosos grupos de cristianos que protestaron contra el creciente libertinaje y mundanería en la Iglesia, así como su descarrío de las enseñanzas de las Escrituras. Los movimientos de avivamiento nunca han dejado de surgir, y aun cuando no se aprecia una relación entre uno y otro, la causa fundamental es la misma: el deseo de regresar a la práctica de la verdad del Nuevo Testamento. En los primeros siglos Asia Menor y Armenia fueron a menudo los escenarios de tales avivamientos, así como los refugios de las iglesias que desde el principio habían mantenido, aunque no todas en la misma medida, pureza de doctrina y santidad de vida.

Desde sus inicios, el Evangelio se había difundido hacia el norte desde Antioquía. Bernabé y Pablo, y muchos otros, habían predicado y habían fundado iglesias a través de toda Asia Menor. Las epístolas a los gálatas, efesios y colosenses nos ofrecen una imagen vívida de los efectos poderosos, iluminantes y santificadores de la doctrina de los apóstoles en los cristianos de aquellas primeras congregaciones, así como la fuerza de las enseñanzas contrarias contra las que se debían combatir. El sistema Católico (llamado así por su ostentación de ser la Iglesia exclusiva) con su tipo de gobierno clerical se desarrolló rápidamente allí, pero siempre hubo quienes se opusieran a dicho sistema.



*Las iglesias
apostólicas en Asia
Menor*

En el tercer siglo el reino de Armenia anticipó la unión de la Iglesia y el estado bajo Constantino el Grande al convertir el cristianismo en la religión oficial de Armenia. No obstante, la existencia de iglesias que conservaban los principios del Nuevo Testamento continuó ininterrumpidamente.

Desde el tiempo de Mani las iglesias de creyentes que se llamaban a sí mismos cristianos, distinguiéndose así de los que ellas llamaban “romanos”, habían sido siempre acusadas de ser maniqueas, aun cuando ellas declaraban que no lo eran y se quejaban de la injusticia que cometían otros al atribuirles doctrinas que no abrazaban. La frecuencia con que algo se repite no prueba que sea cierto, y puesto que los escritos que quedan de estos cristianos no contienen ningún indicio de maniqueísmo, resulta más que razonable creer que ellos no abrazaban esa doctrina. Muy lejos de aceptar los nombres sectarios que se les atribuían en buenas cantidades, no sólo se referían a sí mismos, a nivel individual, como “cristiano” o

Capítulo 3

“hermano”, sino que, a nivel colectivo afirmaban ser la “iglesia santa, universal y apostólica de nuestro Señor Jesucristo”. Y como la desviación de las Escrituras por parte de las Iglesias mundanas —la Iglesia Griega, Latina o Armenia— se hizo cada vez más evidente, ellos les negaban el título de iglesias, argumentando que estas habían perdido todo derecho a este título por unirse con el estado, por llenarse de incrédulos mediante el sistema de bautismo de infantes, por compartir la Cena del Señor con incrédulos y por los muchos otros males que habían introducido.

A estas congregaciones a menudo se les dio el nombre de paulicianas. La razón de este nombre es incierta. También las llamaban thonrakes por el nombre de un lugar en el que fueron numerosas en un tiempo. Las persecuciones a las que fueron sometidas y la destrucción sistemática de su literatura apenas nos dejan indicios de su historia, aunque lo que queda es suficiente para demostrar que en las vastas regiones de Asia Menor y Armenia, en los alrededores del Monte Ararat y más allá del Río Éufrates, hubo iglesias de creyentes bautizados, discípulos del Señor Jesucristo, que preservaron las enseñanzas de los apóstoles, recibidas de Cristo y contenidas en las Escrituras, en un testimonio ininterrumpido desde el principio.

Lo afirmado por estas numerosas congregaciones de ser las verdaderas descendientes de las iglesias apostólicas (no necesariamente en un sentido natural de padre a hijo, aunque en el caso de muchas de ellas probablemente sí lo era, sino por haber mantenido en una sucesión ininterrumpida sus características espirituales) no es invalidado por los largos intervalos en su historia, de los cuales no poseemos ningún informe en la actualidad.

Intervalos en la historia de la iglesia

Estas son las consecuencias naturales de los enérgicos esfuerzos que incesantemente se llevaron a cabo, primero por el Imperio Romano pagano y luego por las Iglesias del estado, por destruir al pueblo de Dios y su historia.

Estos esfuerzos lograron, en gran medida, su objetivo. No hay duda de que en muchos lugares, y en épocas diferentes, dichos esfuerzos fueron totalmente exitosos, logrando borrar por completo los testimonios inestimables de cristianos e iglesias; testimonios de los que nunca sabremos hasta el día del juicio.

Más bien, resulta sorprendente el hecho de que se haya preservado tanto. La única explicación sobre la existencia de tantos de estos grupos de cristianos con una práctica y doctrina primitiva es la que ellos mismos ofrecen, a saber, su apego a las enseñanzas del Nuevo Testamento. La ausencia de organización entre ellos y de cualquier centro de control terrenal, sumado al hecho de que ellos reconocían la independencia de cada congregación, conduciría a que hubiera variedad entre las distintas iglesias.

Las características propias de los líderes más influyentes entre ellos también provocarían que una generación se diferenciara en cierta medida de la otra, en espiritualidad o en la importancia y enfoque dado a determinada enseñanza. Pero todos ellos afirmaban extraer su doctrina de las Escrituras y continuar la tradición apostólica. Esta afirmación debe permitirse ya que no existen argumentos de peso en su contra, ni se puede demostrar lo contrario.

Se han preservado algunos relatos de hombres que dedicaron sus vidas a visitar y fortalecer estas iglesias y a predicar el Evangelio,¹ hombres de un espíritu apostólico, fuertes, pacientes, humildes, y de un valor extraordinario. Uno de los que se unió a otros en este tipo de viajes fue Constantino, posteriormente llamado Silvano.

Aproximadamente en el año 653 d. de J.C., fue liberado un armenio que había sido prisionero de los sarracenos. En su viaje de regreso a casa fue amablemente invitado y recibido por Constantino en su hogar. Por medio de la conversación que tuvo lugar entre ellos, aquel armenio observador supo que él había dado con un hombre de un talento poco común, y al ver lo profundamente interesado que su anfitrión se había mostrado por las Escrituras que habían leído juntos, el viajero agradecido le dejó a su nuevo amigo un obsequio muy preciado, un manuscrito que contenía los cuatro Evangelios y las epístolas de Pablo.

Constantino se entregó al estudio de este libro, el cual llegó a ser el medio que efectuó un cambio radical en su vida. Pronto comenzó a testificar de lo que había recibido, y cambió su nombre a Silvano para llamarse como el compañero del apóstol Pablo. Silvano se unió a los creyentes que rechazaban la adoración a imágenes y otras supersticiones de la Iglesia Bizantina, con lo que provocó la cólera de los que estaban



Capítulo 3

en el poder. Él hizo de la localidad de Kibossa en Armenia su lugar de residencia, y desde allí trabajó entre mucha gente por espacio de treinta años. Muchas personas se convirtieron al Señor, tanto de entre los católicos como de entre los paganos. Sus viajes lo llevaron por el valle del Éufrates, a través de los montes del Tauro y hacia la parte occidental de Asia Menor, donde sus exitosas actividades llamaron la atención del emperador bizantino, Constantino Pogonato.

Este emperador promulgó un decreto (684 d. de J.C.) contra estas congregaciones de creyentes y en particular contra Constantino (Silvano). El emperador envió a uno de sus oficiales, llamado Simeón, a poner el decreto en vigor. A fin de darle un significado especial a la ejecución de Constantino Silvano, Simeón hizo que le repartieran piedras a un grupo de los amigos personales de Silvano, y les ordenó que apedrearan al maestro que ellos habían respetado y amado por tanto tiempo.

Poniendo en riesgo sus propias vidas por su negativa, estas personas soltaron las piedras, pero allí estaba presente un joven llamado Justo a quien Constantino había criado como su hijo adoptivo y lo había tratado con una bondad especial. Este le lanzó una piedra a su benefactor y lo mató, ganándose así muchos elogios y recompensa de las autoridades que también lo compararon con David y su proeza de matar a Goliat.

Simeón se conmovió profundamente por todo lo que vio y escuchó en Kibossa, y, al conversar con los cristianos de aquel lugar, se convenció de la verdad de sus doctrinas y de lo correcto de su práctica. A su regreso a Constantinopla, no logró encontrar paz en la corte y luego de tres años de conflicto interno lo dejó

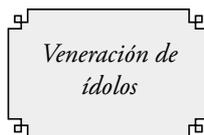
todo y escapó a Kibossa. Después de adoptar el nombre de Tito, Simeón retomó todo y continuó la obra del hombre cuya muerte había provocado. No tardó mucho en que Simeón también se sumara a la extensa lista de mártires, pues dos años más tarde, Justo, aprovechándose de su conocimiento de la vida y actividades de los hermanos, le facilitó al Obispo, y este a su vez al Emperador Justiniano II, información que condujo a la captura de un gran número de ellos.

Con la esperanza de aterrorizar al resto de los “herejes” y someterlos, el emperador ordenó que quemaran a todos los capturados juntos a la misma vez, incluso a Simeón. Sin embargo, el valor de los condenados hizo



fracasar su plan, avivando la fe y el coraje de muchos hasta convertirlos en una llama de devoción y testimonio que provocó la aparición de más predicadores y maestros, y el incremento de las congregaciones. Ellos soportaron la aflicción con valentía, sin ofrecer resistencia, hasta que experimentaron una tregua gracias a ciertas circunstancias que se dieron en el mundo Católico.

La veneración de reliquias comenzó desde una etapa temprana en la historia de la Iglesia. Elena, la madre de Constantino el Grande, trajo de Jerusalén madera que se suponía era parte de la cruz, y clavos que, según ella creía, habían sido utilizados en la crucifixión. Las pinturas, las imágenes y los iconos comenzaron a tener valor. Se construyeron iglesias para recibir y albergar reliquias o para conmemorar la muerte de algún mártir. Poco a poco, las reuniones de los discípulos del Señor en casas y recintos sencillos se transformaron en la concurrencia de todos —los dispuestos y los que no lo estaban, creyentes o no creyentes— se reunían en edificaciones consagradas y dedicadas a la Virgen o alguno de los santos, las cuales estaban llenas de imágenes, pinturas y reliquias que se convirtieron en objetos de adoración.



La oración fue desviada de Dios a la Virgen y a los santos, y la idolatría del paganismo se reprodujo en supersticiones repugnantes que surgieron con respecto a las imágenes, los sacerdotes y los procedimientos religiosos. Es una señal del poder de la revelación de Cristo contenida en las Escrituras que, incluso cuando la idolatría pagana y la superstición tuvieron éxito en posesionarse de las iglesias Católicas, siempre hubo en ellas, al igual que ahora, grandes cantidades de creyentes cuya esperanza de salvación estaba en Cristo y cuyas vidas fueron santas y piadosas. No obstante, estos creyentes eran tan sólo un remanente, escondido entre la multitud de aquellos que habían sido desviados hacia el sistema idólatra, con el pecado y la ignorancia que lo acompañaba. Las protestas de estos creyentes fueron presentadas en vano.

Grupos como los llamados paulicianos, entre otros nombres, denunciaban la idolatría predominante. Esta fue una de las razones principales por las que fueron perseguidos con tanta saña.

Capítulo 3

León III Isaúrico
(c 680–740)

En las regiones donde estos creyentes eran numerosos, en los montes del Tauro, nació León, que luego se convirtió en Emperador de Oriente, o Imperio Bizantino, y llegó a ser conocido como León el Isaúrico. Él fue uno de los mejores y más exitosos de los emperadores bizantinos; defendió Constantinopla de los sarracenos y fortaleció el Imperio internamente por medio de sus sabias y enérgicas reformas. Al darse cuenta de que la idolatría y la superstición dominante estaban entre las causas principales de los males tan evidentes tanto en Oriente como en Occidente, se dio a la tarea de erradicar el mal. En el año 726 León promulgó su primer edicto contra la adoración a imágenes. Luego esto fue seguido por una campaña de destrucción forzosa de imágenes, y la persecución de los que creían en ellas. Este fue el inicio de una lucha que duró más de un siglo. León se dio cuenta de que había provocado la aparición de muchísimos adversarios, de los cuales el más elocuente fue el erudito Juan damasceno. Este enseñaba:²

...Ya que algunos nos critican por adorar y honrar la imagen de nuestro Salvador y la de nuestra Señora, como también las del resto de los santos y siervos de Cristo, que recuerden estos que en el principio Dios creó al hombre a su imagen (...) En el Antiguo Testamento el uso de las imágenes no era común. Pero después que Dios por medio de su entrañable misericordia se hizo verdaderamente hombre para nuestra salvación (...) vivió en la tierra, obró milagros, sufrió, fue crucificado, resucitó y ascendió al cielo, como todas estas cosas en realidad tuvieron lugar y fueron vistas por los hombres, fueron escritas para

Juan damasceno
(c 675–c 749)

nuestra instrucción y recordación, pues no vivíamos en aquel tiempo, a fin de que aunque no vimos nada aún podamos, escuchando y creyendo, obtener la bendición del Señor. Pero en vista de que no todos tienen conocimiento de las letras ni tiempo para la lectura, los Padres [de la Iglesia] dieron su autorización para representar estos sucesos, actos de gran heroísmo, en imágenes para que las personas se formaran un recuerdo conciso de ellos. Sin duda, a menudo cuando nos olvidamos de la pasión del Señor y vemos la imagen de la crucifixión de Cristo, recordamos su pasión salvadora y nos inclinamos y adoramos, no la imagen material, sino lo que está representado (...) Pero esta es una tradición no escrita, así como la son también la adoración hacia el oriente, la adoración de la cruz, y muchas otras cosas similares.

Casi todos los sacerdotes y monjes estaban en contra de León. El antiguo Papa de Constantinopla se negó a someterse a su orden y fue sustituido por otro. Los Papas de Roma, Gregorio II, y su sucesor, Gregorio III, resultaron ser adversarios implacables. En Grecia se eligió a un emperador rival que atacó Constantinopla, pero fue derrotado. En Italia las órdenes fueron condenadas y desobedecidas. León, llamado “el iconoclasta” por su destrucción de las imágenes, fue sucedido por su hijo Constantino y por su nieto León IV quienes le dieron continuidad a su política, incluso con mayor rigor.

Después de la muerte de este último, su viuda, Irene, revocó su política. Sin embargo, durante varios reinados, hasta la muerte del Emperador Teófilo (842 d. de J.C.), adversario de la adoración de imágenes, se mantuvo el conflicto con resultados variables. Él dejó a su viuda, Teodora, como regente durante la minoría de edad de su hijo Miguel III. Teodora, bajo la influencia de los sacerdotes y siendo partidaria secreta de la adoración a imágenes, restableció el culto a las imágenes tan pronto pudo. En la iglesia de Santa Sofía en Constantinopla se solemnizó una gran celebración con motivo de su restauración. Las imágenes y pinturas que habían permanecido a escondidas fueron sacadas, y las autoridades de la Iglesia y del estado hicieron reverencias ante ellas.

El tema de las imágenes ocupó un lugar importante en el Concilio convocado y presidido por Carlomagno en Frankfurt (794).³ Allí estuvieron presentes tanto los gobernantes civiles como los eclesiásticos para así abordar todos los temas. El Papa envió a sus representantes. Las decisiones tomadas en el Segundo Concilio de Nicea, las cuales habían establecido el servicio y la adoración a imágenes, fueron anuladas aunque habían sido confirmadas por el Papa y aceptadas en Oriente. En su celo por las imágenes, los que defendían su uso se atrevieron a tildar a sus adversarios no sólo de iconoclastas, sino también de “mahometanos”. Sin embargo, en Frankfurt se impuso el consenso de que se debería rechazar todo tipo de adoración a imágenes; que no habría culto, adoración, reverencia ni veneración de ellas; así como tampoco los actos de postrarse, encender velas u ofrecer incienso ante ellas; ni tampoco besar las imágenes

*El Concilio de
Frankfurt
(794 d. de J.C.)*

Capítulo 3

inanimadas, aunque estas representaran a la Virgen y al niño Jesús. En tanto, en las iglesias se permitirían las imágenes como objetos decorativos y como recordatorios de hombres piadosos y hazañas piadosas.

También se rechazó la enseñanza de que sólo se puede adorar a Dios en los tres idiomas (latín, griego y hebreo), y se afirmó que “no hay lengua en que la oración no pudiera ofrecerse”. En aquel entonces los representantes del Papa no se encontraban en una posición que les permitiera protestar. El sentimiento general de los francos, en sus guerras contra los sajones

paganos así como en sus misiones entre ellos, no favorecía la idolatría.

Claudio de Turín
(?-839)

Luis, el tercer hijo de Carlomagno, que en ese tiempo era rey de Aquitania, sucedió a su padre como emperador (813 d. de J.C.). Luis era un admirador

de un español llamado Claudio, un estudiante diligente de las Escrituras, que se había hecho famoso por sus *Comentarios* sobre la Biblia. Tan pronto se convirtió en emperador, Luis nombró a Claudio Obispo de Turín. El nuevo Obispo, haciendo uso de su conocimiento y amor por las Escrituras, aprovechó de inmediato las circunstancias favorables creadas por el Concilio de Frankfurt y fue más allá de sus decretos al ordenar que se quitaran todas las imágenes de las iglesias de Turín, las cuales él llamó ídolos, sin excluir las cruces. Tanto aprobaron lo que él hacía que no se podía hacer resistencia eficaz alguna en Turín. Claudio también enseñó públicamente que el oficio apostólico de Pedro cesó cuando cesó su vida, que “el poder de las llaves” pasó a toda la estructura episcopal, y que el Obispo de Roma tenía poder apostólico solamente mientras llevara una vida apostólica. Naturalmente, también hubo muchos que se opusieron a esto. Entre ellos destacó el abad de un monasterio cerca de Nîmes, aunque él mismo reconocía que la mayoría de los prelados transalpinos estaban de acuerdo con el Obispo de Turín.

Sucesos de mayor envergadura, pero también relacionados con el asunto de las imágenes, tuvieron sus orígenes en Arabia. En el año 571

Mahoma
(571-632 d. de
J.C.)

d. de J.C. nació Mahoma en la Meca, y ya para su muerte en el año 632 d. de J.C. la religión del Islam, de la cual él era su fundador y profeta, se había propagado por la mayor parte de Arabia. El Islam, o “sumisión a la voluntad de Dios”, tenía como su

Los paulicianos y los bogomilos

credo: “No hay más Dios que Alá, y Mahoma es su profeta”. El Islam repudiaba totalmente la adoración a imágenes o pinturas de cualquier tipo. Su libro, el Corán, contiene muchas referencias confusas a personas y sucesos mencionados en la Biblia. Personajes como Abraham el amigo de Dios, Moisés la ley de Dios, Jesús el Espíritu de Dios, son venerados, pero todos son superados por Mahoma, el profeta de Dios.

Esta religión se propagó despiadadamente por medio de la espada, y tal fue el vigor implacable del nuevo entusiasmo que en menos de cien años después de la muerte de Mahoma, el dominio y la religión de sus seguidores se extendía desde la India hasta España. La única opción dada por los musulmanes de convertirse al Islam o morir propició que continuamente se reforzaran sus ejércitos, aunque cantidades incalculables de creyentes prefirieron morir antes que negar a Cristo.

Especialmente en África del Norte, donde las iglesias eran tan numerosas y había tantas tradiciones y registros de personas que mantuvieron firme su fe hasta la muerte durante la persecución llevada a cabo por el Imperio Romano pagano, una gran parte de la población fue exterminada. El Islam resultó ser un castigo sobre la idolatría, ya fuera pagana o cristiana.

El movimiento iconoclasta⁴ le había proporcionado una tregua a los hermanos perseguidos en Asia Menor. Pero cuando los partidarios de las imágenes, bajo el dominio de la emperatriz Teodora, triunfaron (842 d. de J.C.), se determinó exterminar a los “herejes” que, además de haber preservado la adoración espiritual y el sacerdocio de todos los creyentes, habían proclamado tan poderosa y constantemente que las imágenes, pinturas, y reliquias carecían de valor.

Para enfrentar los tiempos difíciles que se avecinaban los creyentes se prepararon con la ayuda de hombres capaces como fue el caso de Sembat, nacido a finales del siglo VIII en el seno de una familia armenia noble, y que fue tan destacado en su ministerio que incluso mucho después de su muerte los católicos hablaban de él como el fundador de los paulicianos.

Otro líder fue Sergio (*Sarkis*, en el idioma armenio). “Durante treinta y cuatro años” (800–834), dijo, “he viajado de este a oeste y de norte a sur,

Sembat
(Los siglos VIII y IX)

Sergio
(800–834 d. de J.C.)

Capítulo 3

predicando el Evangelio de Cristo hasta que mis piernas se cansaron”. Sergio tuvo una fuerte convicción de su llamado al ministerio, y con gran autoridad reconciliaba divisiones, y unía e instruía a los cristianos. Con todo, él podía apelar a los que le conocían y preguntarles, con una conciencia limpia, si alguna vez se había aprovechado de alguien o si había actuado de manera despótica y autoritaria. Aunque Sergio trabajaba como carpintero, visitó casi cada parte de las tierras altas del centro de Asia Menor. Su conversión se produjo como resultado de haber sido persuadido a leer las Escrituras. Cierta mujer creyente le preguntó por qué no leía los Evangelios divinos. Él le explicó que sólo los sacerdotes podían hacerlo, y no el laicado. Ella le respondió que Dios no hacía distinción de personas, sino que deseaba que todos fueran salvos y vinieran al conocimiento de la verdad, y que, por lo tanto, este era un truco de los sacerdotes para privar a las personas de su parte en los Evangelios. Fue así como él leyó, creyó, y por mucho tiempo testificó muy eficazmente de Cristo. Sus epístolas circularon ampliamente y fueron muy estimadas. Sus actividades sólo se vieron truncadas por su muerte cuando sus perseguidores lo cortaron en dos con un hacha.

“Y otros”

Sergio fue uno de los más distinguidos de una serie de hombres cuyo carácter santo y servicio devoto grabaron sus nombres en la memoria de un pueblo heroico. Baanes, Constantino, Simeón, Genesios, José, Zacarías y Sergio son nombres que sobrevivieron los estragos de las persecuciones que siguieron. Tan imbuidos estaban estos hermanos del espíritu del libro de los Hechos y las epístolas, tan deseosos de continuar inalteradamente las tradiciones del Nuevo Testamento, y especialmente de preservar en sus propios países el recuerdo de que allí los apóstoles habían obrado y habían fundado las primeras iglesias, que constantemente adoptaban los nombres de los hombres y de las iglesias de las Escrituras inspiradas. De ese modo, Constantino fue llamado Silvano; Simeón, Tito; Genesios, Timoteo; José, Epafrodito.

Muy diferentes fueron los nombres que les pusieron sus adversarios, quienes llamaron a Zacarías el “pastor mercenario”, y a Baanes “el inmundo”. Los “verdaderos cristianos”, como se llamaban a sí mismos para distinguirse de los “romanos”, también les pusieron nombres conmemorativos a las iglesias donde centraban sus actividades. Así Kibossa, lugar donde Constantino y Simeón trabajaron, se convirtió

en su Macedonia; la aldea de Mananalis, alrededor de la cual Genesios trabajó, fue su Acaya; mientras otras iglesias tomaron el nombre de Filipos, Colosas y así por el estilo.

Estos hombres trabajaron durante 200 años, desde la mitad del siglo VII hasta la mitad del siglo XIX. Fue en su tiempo, y posiblemente por uno de ellos, que se escribió el libro *La llave de la verdad*, el cual ofrece una imagen vívida de ellos. Las persecuciones llevadas a cabo bajo las órdenes de la emperatriz Teodora al final de este período y las posteriores guerras dispersaron las iglesias y muchos de los creyentes cruzaron el mar hacia los Balcanes. Las iglesias experimentaron períodos de problemas internos, además de ataques externos.

En la época de Genesios las divisiones provocaron semejante disturbio que este fue citado a Constantinopla para dar cuenta ante las autoridades. El bien dispuesto emperador, León el Isaúrico, no criticó sus doctrinas, ni tampoco el patriarca Germano. Genesios fue enviado de regreso con cartas que ordenaban la protección para los “paulicianos”. Pero el gobierno no ayudó a las iglesias permanentemente. Su represión forzosa de la adoración de imágenes no logró aflojar el agarre de estas sobre la población. Probablemente dicha represión se originó, más bien, por razones de conveniencia política. Así fue como León el Armenio, aunque era un iconoclasta, a fin de complacer a la Iglesia Griega permitió que se llevara a cabo un ataque contra los “paulicianos”, debilitando y enajenando así a los que eran su verdadera fuerza.

*Persecución bajo
Teodora*

Nuevamente, bajo las órdenes de la emperatriz Teodora, se inició la matanza, decapitación, quema y ahogamiento de creyentes de manera sistemática. Esta situación se mantuvo por muchos años, pero fracasó en su intento de debilitar la firmeza de los creyentes. Se decía que entre los años 842 y 867 el celo malvado de Teodora y sus inquisidores había dado muerte a unas 100.000 personas. Esta época fue descrita por Gregorio Magistros que, 200 años más tarde, estuvo a cargo de la persecución de personas similares en el mismo distrito. Gregorio escribió: “Antes de nosotros muchos generales y magistrados los han entregado a la espada y, sin piedad, no perdonaron ni a hombres ni a niños, lo cual ha sido muy correcto. Además, nuestros patriarcas han marcado y quemado sus frentes con la imagen de un zorro (...)

Capítulo 3

“La llave de la
verdad”

otros les han sacado sus ojos, diciendo: ‘Ustedes son ciegos a las cosas espirituales; por lo tanto no verán las cosas sensibles’”.

El libro armenio titulado *La llave de la verdad*,⁵ al cual se hizo referencia anteriormente y que fue escrito entre los siglos VII y VIX, describe las creencias y prácticas de aquellos que fueron llamados paulicianos o thonraks en aquel tiempo. Y, aunque indudablemente existían muchas diferencias entre las numerosas iglesias dispersas, este relato auténtico dado por uno de ellos mismos se aplica a la mayoría de ellos. Se desconoce su autor, pero este escribe con autoridad y elocuencia así como con un sentimiento y fervor profundos. Él escribe para darles a los niños recién nacidos de la iglesia universal y apostólica de nuestro Señor Jesucristo la leche espiritual por medio de la cual se puedan alimentar en la fe.

Nuestro Señor, dice el autor, primero pide el arrepentimiento y la fe y luego manda el bautismo. Así que nosotros debemos seguir su enseñanza y no ir tras los argumentos engañosos de otros que bautizan a los incrédulos, a los que aun no pueden razonar, y a los impenitentes. Cuando un niño nace, los ancianos de la iglesia deben aconsejar a los padres para que estos puedan instruirlo en santidad y fe. Esto debe ir acompañado por la oración y la lectura de las Escrituras; además, deben ponerle un nombre al niño. El bautismo debe administrarse debido a una petición sincera de la persona. El bautismo debe realizarse en los ríos o en otras aguas al aire libre. La persona que será bautizada debe, puesta de rodillas en medio del agua, confesar su fe ante la congregación presente con gran amor y con lágrimas. La persona que bautiza debe ser de carácter irreprochable. La oración y la lectura de la Escritura deben acompañar esta ceremonia.

También, la ordenación de un anciano requiere sumo cuidado para que no se elija a nadie indigno. Se debe averiguar si este posee una sabiduría perfecta, amor (lo más importante de todo), prudencia, gentileza, humildad, justicia, valor, sensatez y elocuencia. Al imponerle las manos, lo cual debe hacerse en oración y leyendo pasajes adecuadas de las Escrituras, se le debe preguntar: “¿Estás dispuesto a beber del vaso que yo he de beber, y ser bautizado con el bautismo con que yo soy bautizado?” La respuesta que se pedía de él muestra los riesgos y las responsabilidades que estos hombres aceptaban, las cuales nadie aceptaría a menos que hubiera un amor sincero

y una disposición de sufrir al máximo al seguir a Cristo y cuidar de su grey. La respuesta es: "...Estoy dispuesto a aceptar azotes, prisión, torturas, reproches, pruebas, maltratos, tribulación, y todas las tentaciones del mundo, todo lo cual nuestro Señor e intercesor y la iglesia santa, apostólica y universal llevaron sobre sí y aceptaron tiernamente. Asimismo yo, siervo indigno de Jesucristo, con gran amor y voluntad dispuesta, acepto sobre mí todas esas cosas hasta la hora de mi muerte."

Luego, junto con la lectura de muchas Escrituras, él era encomendado al Señor solemne y sinceramente, y los ancianos decían: "Señor, humildemente te suplicamos, te imploramos y rogamos (...) que derrames tu gracia divina sobre este hermano que ahora ha venido a pedir de ti la gracia de tu santa autoridad (...) dale pureza resplandeciente de todo pensamiento pecaminoso (...) abre su mente para que comprenda las Escrituras."

Al referirse a las imágenes y a las reliquias, el autor escribe: "...Referente a la mediación de nuestro Señor Jesucristo, y no de ningún otro santo, ni de los muertos, ni de las piedras, ni de las cruces ni imágenes. En este asunto algunos han negado la preciosa mediación e intercesión del amado Hijo de Dios, y han ido tras los objetos inanimados, sobre todo tras las imágenes, piedras, cruces, aguas [benditas], árboles, fuentes, y todas las otras cosas vanas; al admitirlas y adorarlas les ofrecen incienso y velas, y les presentan víctimas, siendo todas estas prácticas contrarias a la Divinidad."

El conflicto que estas iglesias de Dios en los montes del Tauro y en los países vecinos mantuvieron con sus perseguidores en Constantinopla dio lugar a que ellas hicieran más hincapié en algunas partes de las Escrituras que en otras. La gran organización que profesaba ser la iglesia había incorporado el paganismo a su sistema mediante la introducción gradual de la adoración a la Virgen María, y había traído al mundo a sus filas por medio de la práctica del bautismo de infantes. Esto hizo que las iglesias primitivas insistieran fuertemente en la humanidad perfecta del Señor a la hora de su nacimiento, demostrando que a María, aunque es la madre del Señor, no sería correcto llamarla la madre de Dios. Las iglesias también enfatizaron la importancia del bautismo de Jesús cuando el Espíritu Santo descendió sobre él y la voz del cielo dijo: "*Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia*" (Mateo 3.17).

Capítulo 3

En las muchas controversias referentes a la naturaleza humana y divina de Cristo, que a pesar de todos los esfuerzos por explicarla aún sigue siendo un misterio, estas iglesias usaban expresiones que sus adversarios interpretaron como indicaciones de que ellos no creían en la divinidad de Cristo antes de su bautismo. Más bien, lo que estas iglesias parecen haber sostenido era que sus atributos divinos no estaban en ejercicio en el tiempo que medió desde su nacimiento hasta su bautismo. Enseñaban que fue en su bautismo, a la edad de 30 años, que nuestro Señor Jesucristo recibió autoridad, el sumo sacerdocio y el reino. Fue en ese momento que él fue elegido y recibió el señorío. Y también fue entonces cuando se convirtió en el Salvador de los pecadores, fue lleno de la divinidad, y ordenado Rey en el cielo y en la tierra y debajo de la tierra, tal y como él mismo dice en Mateo 28.18: *“Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra”*.

Estas iglesias que en gran medida vivían según los principios del Nuevo Testamento, aunque sin duda con variantes de un lugar a otro, llamadas por sus adversarios maniqueas, paulicianas y otros nombres, sufrieron durante siglos con paciencia y sin represalias las espantosas injusticias que contra ellas se cometieron. Durante los reinados de los emperadores bizantinos iconoclastas experimentaron cierta tregua, pero la extraordinaria persecución impulsada por la Emperatriz Teodora llevó a algunos de ellos a la desesperación, incitándolos a tomar las armas contra sus opresores.

En el cumplimiento de las órdenes crueles de Teodora los verdugos imperiales habían ejecutado, atravesándolo con una

*Carbeas y la
rebelión de los
paulicianos*

estaca, a un hombre cuyo hijo, Carbeas, ocupaba un puesto de alto rango en el servicio imperial. Al enterarse de esto, Carbeas, enardecido por la indignación, renunció toda lealtad a Bizancio. Cinco mil hombres se unieron a él, y se establecieron en

Tephrike, cerca de Trebisonda, la cual fortificaron. En alianza con el Califa Saraceno, ellos convirtieron Tephrike en el centro de los ataques contra los países griegos de Asia Menor. Con esta ayuda musulmana ellos vencieron al Emperador Miguel, hijo de Teodora, tomaron las ciudades hasta Éfeso y destruyeron las imágenes que encontraron allí.

Carbeas fue sucedido por Chrysocheir, cuyas incursiones alcanzaron la costa occidental de Asia Menor e incluso fueron una amenaza para Constantinopla. Ancyra, Éfeso, Nicea y Nicomedia fueron conquistadas. En Éfeso la catedral fue utilizada como establo para los caballos, y se les

*Chrysocheir
vencido en
Tephricce*

mostró el mayor desprecio a las pinturas y reliquias de aquel lugar que era considerado como un templo idólatra. El emperador, Basilio I, se vio obligado a pedir la paz, pero Chrysocheir se negó a aceptar cualquier condición que no fuera la retirada de Asia por parte de los griegos. Basilio, obligado a pelear, sorprendió a su enemigo; Chrysocheir fue asesinado y su ejército vencido. El ejército bizantino conquistó Tephricce y dispersó a sus habitantes, quienes después de eso se quedaron en las montañas.

Cuando estos paulicianos rebeldes veían por un lado a los devotos de las imágenes imponiéndoles la opresión más despiadada, y por el otro a los musulmanes, libres de cualquier rasgo de idolatría, ofreciéndoles libertad y ayuda, debió haber sido difícil para ellos decidir cuál de los dos sistemas estaba más cerca, o mejor dicho, más lejos de la revelación divina dada en Cristo. Sin embargo, los musulmanes eran incapaces de progresar debido a su total rechazo de las Escrituras. Y, al escoger por sí mismos ser esclavos del Corán, un libro de origen humano, se vieron imposibilitados a avanzar más allá de lo que había logrado la persona misma que originó el libro. La Iglesia Romana y la Griega, aunque se habían desviado de la verdad, aún conservaban las Escrituras, es decir, entre ellas quedaba aquello que, mediante el poder del Espíritu Santo, era capaz de dar lugar a un avivamiento.

Al extraer algunos detalles de la historia de estas Iglesias de los escritos de sus enemigos, resulta inevitable notar que estos escritos están cargados de insultos tan fuertes que evidentemente llegan a ser un disparate. Por lo tanto, basar una acusación sobre dichos escritos sería confiar en una evidencia no fiable. Por otra parte, cualquier aspecto positivo que ellos admitan probablemente sea una aceptación de mala gana de lo que no podría negarse, especialmente cuando notamos que generalmente lo positivo, según su explicación, nació de alguna mala intención de parte de los cristianos. La constante acusación de que defendían el maniqueísmo no es creíble frente a su igualmente constante rechazo por parte de los

Capítulo 3

acusados y por su consecuente enseñanza de, y sufrimiento por, las doctrinas de las Escrituras que son contrarias al maniqueísmo. El hecho admitido de que ellos poseían las Escrituras, o al menos una gran parte de ellas, en su forma pura e inalterada, y que las estudiaban diligentemente, no es compatible con su supuesto maniqueísmo, pues las doctrinas de Mani sólo podían encontrar lugar en aquellos que rechazaban o alteraban las Escrituras.

Los informes de un comportamiento malvado fuera de lo normal no coinciden con el reconocimiento de que ellos eran personas piadosas de excelente conducta, superior a la conducta de las personas entre quienes vivían, y resulta irrazonable explicar que todo su buen comportamiento no era más que hipocresía. El carácter de los testimonios, un tanto voluminosos, registrados por sus enemigos, unidos a los pocos informes escritos por ellos mismos que han sobrevivido, permiten rechazar con seguridad la leyenda del maniqueísmo y la maldad que se les atribuía, así como reconocer a estas iglesias perseguidas como parte del pueblo de Dios que en su tiempo mantuvo el testimonio de Jesucristo con fe y valentía indómita.

Al dispersar y enajenar a estos valientes y piadosos habitantes de las montañas, y empujarlos a una alianza con los musulmanes, el gobierno bizantino destruyó su propia defensa natural contra el poder amenazante del Islam y preparó el terreno para la caída de Constantinopla.

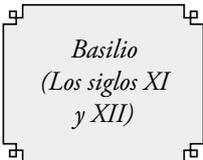
A mediados del siglo VIII, el Emperador Constantino, hijo de León el Isaurio, quien simpatizaba con la negativa de los hermanos de atribuirle algún valor a las imágenes, trasladó a un grupo de ellos a Constantinopla y a Tracia. Más tarde, hacia mediados del siglo X, otro emperador, Juan Tzimisce, un armenio que liberó a Bulgaria de los rusos pero luego la anexó a su propio imperio, trasladó a una mayor cantidad de ellos hacia el occidente. Estos vinieron entre los búlgaros, que en el siglo IX habían aceptado el cristianismo por medio de los misioneros bizantinos Cirilo y Metodio y pertenecían a la Iglesia Ortodoxa Griega.

Allí los inmigrantes de Asia Menor convirtieron a muchos y fundaron iglesias que se propagaron rápidamente. A lo largo de extensas regiones ellos llegaron a ser conocidos como bogomilos,⁶ nombre eslavo que significa “amigos de Dios” derivado de la frase, *bogu mili*, los queridos o aceptados por Dios.

Los paulicianos y los bogomilos

De cada multitud de personas cuyos nombres han sido olvidados, la memoria de unas pocas ha sido preservada. Una de estas personas es Basilio, quien, aunque continuó su práctica como médico, para dar un buen ejemplo al ganarse la vida mediante su oficio y reprender así las vidas perezosas de aquellos que hacían de la religión una excusa para pedir limosnas, fue incansable en la predicación y la enseñanza durante cuarenta años de su vida (1070–1111).

Después de este largo período de ministerio ininterrumpido, Basilio finalmente recibió un mensaje del propio Emperador Alejo en el que le decía que admiraba su carácter, que estaba profundamente interesado en su enseñanza, y que estaba deseoso de convertirse. Con este mensaje llegó una invitación para



*Basilio
(Los siglos XI
y XII)*

tener una entrevista privada en el palacio en Constantinopla. Basilio fue invitado a cenar con el emperador y allí tuvo lugar un gran debate sobre doctrina en el cual Basilio habló con libertad, como dirigiéndose a alguien deseoso de aprender. De pronto, corriendo una cortina, el emperador dejó al descubierto a un taquígrafo que había estado transcribiendo la conversación para después utilizarlo como evidencia en su contra. El emperador ordenó a sus siervos que apresaran a su huésped y lo encarcelaran. Allí permaneció varios años hasta que en 1119, habiéndose negado a retractarse de las doctrinas que había enseñado, fue quemado públicamente en el hipódromo en Constantinopla.

La hija del emperador, la talentosa Princesa Ana Comneno, describe estos sucesos con satisfacción; los preparativos para el gran día en el hipódromo, el aspecto de Basilio, “un hombre larguirucho, con una barba no muy tupida, alto y delgado”; menciona también el crepitar del fuego, como Basilio apartó la vista de las llamas y como su cuerpo se estremeció cuando se acercó a la hoguera. En este tiempo muchos “amigos de Dios” fueron descubiertos y quemados o encarcelados de por vida. La princesa se burlaba de sus orígenes humildes, de sus apariencias grotescas, y de su costumbre de inclinar su cabeza y murmurar algo entre dientes. (¿Sin duda tenían necesidad de orar en semejante situación!). La princesa estaba horrorizada de sus doctrinas y de su desprecio por las iglesias y las ceremonias de la Iglesia. El documento redactado como resultado de la trampa tendida por el emperador a Basilio no tiene mucho valor, teniendo

Capítulo 3

Opiniones sobre los bogomilos

en cuenta que los que lo publicaron pudieron poner en él todo lo que quisieran sin restricción alguna.

Las opiniones expresadas por otros acerca de estas congregaciones de cristianos, tanto en Asia Menor como en Bulgaria, varían grandemente. Mientras era común referirse a ellos y a su doctrina como algo indeciblemente malvado, había muchos que los juzgaban de manera diferente. Pareciera que los primeros escritores escribieron más como partidarios de algún bando que como historiadores. Ellos acusaban a los “herejes” de practicar pecados carnales viles y depravados, repetían los rumores que se corrían de ellos e incluían muchas de las opiniones de Mani y de lo que se había escrito en su contra. El escritor Eutimio (fallecido después de 1118) escribió: “Ellos les mandan a los que escuchan sus doctrinas que guarden los mandamientos del Evangelio, que sean mansos, misericordiosos y de un amor fraternal. De este modo seducen a los hombres al enseñarles todas las cosas buenas y las doctrinas útiles, pero poco a poco envenenan sus mentes y los conducen a la perdición”.

Cosmas, un presbítero búlgaro, en sus escritos a finales del siglo X, describe a los bogomilos como personas “peores y más horrorosas que los demonios”, niega que ellos crean en el Antiguo Testamento o en los Evangelios, dice que ellos no le rinden honor a la Madre de Dios ni a la cruz, que hablan injuriosamente de las ceremonias de la Iglesia y de todos los dignatarios de la Iglesia, que llaman a los sacerdotes ortodoxos “fariseos ciegos”, que dicen que estos no cumplen la Cena del Señor conforme a la ordenanza de Dios, y que el pan no es el cuerpo de Dios, sino pan común. Cosmas atribuye el ascetismo de los bogomilos a su creencia de que el diablo creó todas las cosas materiales, y dice: “Usted verá a los herejes tranquilos y pacíficos como corderos (...) demacrados por su ayuno hipócrita, que no hablan mucho ni se ríen en voz alta” y nuevamente, “cuando los hombres notan su comportamiento humilde, creen que su fe es verdadera; por eso se acercan a ellos y les preguntan acerca de la salud de su alma. Pero ellos, como lobos que van a devorar a un cordero, inclinan sus rostros, suspiran, responden llenos de humildad, y se elevan a sí mismos como si supieran cómo están establecidas las cosas en el cielo”.

El “padre” de la Iglesia, Gregorio de Nisa, dijo, refiriéndose a los thonraks, que a ellos no se les acusaba de llevar una vida de maldad, sino

Los paulicianos y los bogomilos

de pensar libremente y de no reconocer autoridad alguna. “Desde una posición considerada por la Iglesia como negativa, esta secta ha tomado una dirección positiva y ha comenzado a examinar el fundamento mismo, las Sagradas Escrituras, buscando en ellas enseñanza pura y dirección segura para la vida moral.” Un escritor culto del siglo X, Muschag, fue sumamente impresionado con la enseñanza de los thonraks, considerando como un acto despreciable y no cristiano el de simplemente condenar a esas personas. Él creía que había encontrado entre ellos un verdadero cristianismo apostólico. Al escuchar de cierto caso de persecución contra ellos, Muschag dijo que su porción en la vida era digna de envidia.

No existe evidencia para sustentar la acusación contra estos cristianos, paulicianos, thonraks, búlgaros, bogomilos o cómo se les quisiera llamar, de que eran culpables de prácticas malvadas; y los informes dados por sus enemigos acerca de sus doctrinas no tienen fundamento. Más bien, por lo general era reconocido, incluso por sus adversarios, que su nivel de vida, su moralidad y su diligencia eran superiores a los que prevalecían a su alrededor. Y era esto, en gran parte, lo que atraía a su grupo a muchos que no lograban encontrar en la Iglesia del estado algo que les satisficiera.

La persecución bizantina empujó a muchos de los creyentes en dirección oeste hacia Serbia, y el poder de la Iglesia Ortodoxa en Serbia los obligó a ir más allá, hacia Bosnia. Su actividad se mantuvo en la parte oriental de la península y en Asia Menor. En el año 1140, fue encontrada supuesta herejía bogomila en los escritos de Constantino Chrysomalus y fue censurada en un Sínodo que tuvo lugar en Constantinopla. La enseñanza objetada fue que el bautismo de la Iglesia es ineficaz; que nada de lo que hacen las personas incrédulas, aunque sean bautizadas, tiene algún valor; y que la gracia de Dios se recibe por medio de la imposición de manos, pero sólo conforme a la medida de fe. En 1143, un Sínodo en Constantinopla depuso a dos obispos capadocios bajo la acusación de ser bogomilos, y en el siglo siguiente el patriarca Gemadius se quejó de su propagación en la propia Constantinopla, donde, se decía, ellos entraban en las casas privadas y convertían a las personas. Por otra parte, sus iglesias continuaron en Bulgaria.

*Denunciados en
Constantinopla*

Todavía en el siglo XVII quedaban congregaciones conocidas como “pavlicani” (paulicianos)⁷ en Philippopolis (actual Plovdiv) y en otras

Capítulo 3

partes de Bulgaria, incluso al norte del Danubio. Estas congregaciones fueron tildadas por la Iglesia Ortodoxa de “herejes convencidos”, y ellas, a su vez, condenaban a la Iglesia Ortodoxa como idólatra. Luego vinieron los misioneros franciscanos desde Bosnia y trabajaron con mucho entusiasmo entre ellos, a pesar de los muchos peligros que se derivaron de la cólera desatada entre el clero ortodoxo. Aprovechándose de la persecución sufrida por los paulicianos a manos de la Iglesia Ortodoxa, los misioneros poco a poco los convencieron de ponerse a sí mismos bajo la protección de la Iglesia Católica Romana y así fue como los ganaron para Roma. Sin embargo, mucho después de esto, ellos todavía continuaban con algunas de sus prácticas anteriores, especialmente su costumbre de reunirse para cenar juntos. Pero poco a poco se fueron integrando a la práctica romana, acogieron las imágenes en sus iglesias, y ahora se conocen como los Búlgaros Católicos para distinguirlos de los búlgaros en general, que son ortodoxos o pomaks, es decir, descendientes de gente que fue convertida forzosamente al Islam.

No obstante, fue en Bosnia donde tuvo lugar su mayor desarrollo. Ya en el siglo XII eran muy numerosos allí, y se extendieron hasta Split y Dalmacia donde entraron en conflicto con la Iglesia Católica Romana. El título de los gobernantes de Bosnia era *Ban*, siendo Kulin Ban el más eminente de todos ellos. En 1180, este gobernante fue calificado por el Papa como un partidario fiel de la Iglesia, pero para 1199 ya era un hecho conocido que él, su esposa, su familia y diez mil bosnios se habían unido a la herejía de los bogomilos o paratarinos, es decir, las iglesias de creyentes existentes en Bosnia.

*Los bogomilos en
Bosnia*

Minoslav, Príncipe de Herzegovina, adoptó la misma actitud que el Obispo Católico Romano de Bosnia. El país dejó de ser Católico y experimentó un período de prosperidad que desde entonces se recuerda. No había sacerdotes, o más bien se reconocía el sacerdocio de todos los creyentes. Las iglesias eran dirigidas por los ancianos, que a su vez eran elegidos mediante un sorteo, y había varios de ellos en cada iglesia; un supervisor (llamado abuelo), y los hermanos ministradores llamados líderes y ancianos. Las reuniones podían celebrarse en cualquier casa, y los lugares de reunión eran por lo general muy sencillos, sin campanario, sin altar, sólo una mesa sobre la cual podía

haber un mantel blanco y una copia de los Evangelios. Una parte de los ingresos de los hermanos se apartaba para ayudar a los hermanos enfermos y los pobres, así como para el mantenimiento de los que viajaban para predicar el Evangelio entre los inconversos.

El Papa Inocencio III, con la ayuda del rey de Hungría, logró que se ejerciera tal presión sobre Kulin Ban que, en un encuentro (celebrado en 1203, en la corte de Kulin, en Bjelopoje [“la llanura blanca”]), entre el Ban, acompañado por los magnates de Bosnia, y los enviados del Papa, los líderes bosnios accedieron a someterse a la Iglesia Romana. Estos prometieron nunca más reincidir en una herejía, construir un altar y una cruz en cada uno de los lugares de adoración, así como contar con la presencia de sacerdotes que dijeran la misa, escucharan las confesiones y administraran el sacramento dos veces al año. Accedieron a guardar los ayunos y los días sagrados, y que el laicado dejaría de ocuparse de las funciones espirituales, teniendo en cuenta que el único responsable de ministrar estos asuntos era el clero, cuyos miembros usarían capuchas y serían llamados hermanos para distinguirse del laicado. Además, acordaron que cuando estos eligieran a un prior, recurrirían al Papa para su confirmación. Los herejes nunca más serían tolerados en Bosnia. Aunque el Ban y los gobernantes del país llegaron a dicho acuerdo presionados por la amenaza de guerra, el pueblo se negó rotundamente a aceptarlo o someterse en ninguna manera.

Los hermanos en Bosnia tenían contacto con sus hermanos en la fe en Italia, en el sur de Francia, en Bohemia, junto al Rin y en otras partes, llegando incluso hasta Flandes e Inglaterra. Cuando el Papa declaró una cruzada contra los albigenses, y Provenza estaba siendo destruida, los fugitivos encontraron refugio en Bosnia. Los ancianos de Bosnia y Provenza se reunían para dialogar asuntos doctrinales. Pronto corrieron los rumores de que los movimientos espirituales en Italia, Francia y Bohemia estaban todos relacionados con un “Papa hereje” en Bosnia. Esto fue sólo imaginario, ya que no existió semejante persona, pero demostró que desde Bosnia se extendió una fuerte influencia. Reniero Sacconi, un inquisidor italiano que vivía en el reino de Kulin, y que por haber sido también un “hereje” sabía más sobre ellos que la mayoría, los llamó la iglesia de los *cathatri*, es decir, “los que viven vidas puras”, nombre usado desde antes de la época del Emperador Constantino, y dijo, además, que se encontraban desde el Mar Negro hasta el Atlántico.

Capítulo 3

La paz que Kulin Ban adquirió al rendirse a Roma no fue de larga duración debido a que él no pudo obligar a su pueblo a cumplir los términos del acuerdo. A raíz de su muerte (1216), el Papa nombró a un Ban Católico Romano, y envió una misión para convertir a los bosnios. Sin embargo, las iglesias del país incrementaron aun más, y se propagaron hacia Croacia, Dalmacia, Istria, Carniola y Eslovenia.

Al cabo de unos seis años, el Papa, desesperada de tratar de convertir a los bosnios mediante métodos no forzados, y alentado por el éxito de su cruzada en Provenza, le ordenó al rey de Hungría que invadiera Bosnia. Los bosnios depusieron a su Ban Católico Romano y eligieron a Ninoslav, un bogomilo.

La guerra continuó durante años con resultados variables. Ninoslav cedió ante las circunstancias y se convirtió en un Católico Romano, pero ningún cambio en sus gobernantes afectó la fe y confesión de la gran mayoría del pueblo. El país fue devastado, pero cada vez que los ejércitos invasores se retiraban, las iglesias se encontraban aún con vida, y la diligencia del pueblo rápidamente restablecía la prosperidad. Se construyeron fortalezas a lo largo de todo el país “para la protección de la Iglesia Católica Romana y su religión”. Entonces el Papa puso al país en manos de Hungría, que lo gobernó por mucho tiempo. Pero, como su pueblo aún se aferraba a su fe, finalmente el Papa convocó a “todo el mundo cristiano” a una cruzada contra el pueblo bosnio, y se estableció así la Inquisición (1291) en la cual los hermanos franciscanos y dominicanos compitieron por aplicar los horrores de esta contra las iglesias fieles.

Mientras tanto, la presión constante del Islam iba convirtiéndose en un peligro creciente para Europa, y Hungría se encontraba en el frente de batalla; sin embargo, los países Católicos no se dieron cuenta de la locura que estaban cometiendo al destruir la barrera existente entre ellos y su enemigo más peligroso. El Papa le escribió al Ban de Bosnia (1325), diciéndole:

Conociendo que usted es un hijo fiel de la Iglesia, es por ello que le encargamos exterminar a los herejes que se encuentran en sus dominios, y brindarle ayuda y apoyo a Fabián, nuestro Inquisidor, ya que un gran número de herejes de diversas partes ha confluído en el principado de Bosnia con la esperanza de sembrar sus errores indecentes y vivir allí a salvo. Estos hombres, inculcados por la astucia del diablo, y armados

Los paulicianos y los bogomilos

con el veneno de su falsedad, corrompen las mentes de los Católicos por medio de una apariencia de humildad y una presunción mentirosa del nombre de cristianos; sus palabras avanzan lentamente como un cangrejo y se muestran humildes, pero matan en secreto y son lobos con vestidos de ovejas, ocultando su furia bestial para de esa manera poder engañar a las ovejas sencillas de Cristo.

Bosnia experimentó un período de resurgimiento político durante el reinado de Tvrtko, primer Ban en adquirir el título de rey. Él y Kulin fueron los dos gobernantes más sobresalientes de Bosnia. Tvrtko toleró a los bogomilos, gran cantidad de los cuales prestaron sus servicios en sus ejércitos, y durante este tiempo logró extender ampliamente su reino. Para finales de su reinado, la batalla de Kosovo (1389) llevó a los turcos a gobernar a Serbia, con lo que los musulmanes se convirtieron en una amenaza aun mayor para Europa. Ni siquiera esto bastó para detener la persecución, y el Papa nuevamente alentó al rey de Hungría, prometiéndole ayuda en su lucha contra los turcos y los “maniqueos y arrianos bosnios”. El Rey Sigismund de Hungría logró vencer al ejército bosnio bajo el mando de los sucesores de Tvrtko, y capturó a 126 magnates bosnios a quienes decapitó y lanzó desde las rocas de Doboj al Río Bosna (1408).

Tolerancia de los bogomilos

Luego los bosnios, al borde de la desesperación, recurrieron a los turcos en busca de protección. Su líder, Hrvoja, le advirtió al rey de Hungría: “Hasta ahora no he buscado otra protección ya que mi único refugio ha sido el rey; pero si las cosas siguen como van, buscaré protección donde sea necesario, ya sea para bien o para mal. Los bosnios desean tenderle su mano a los turcos, y ya han avanzado en ese sentido.” Poco después, los turcos y los bosnios bogomilos, unidos por primera vez, le propinaron una gran derrota a Hungría en la batalla de Usora, a pocos kilómetros de Doboj (1415).

La lucha entre el cristianismo y el Islam se trasladó de un lado a otro en su amplio frente de batalla. Sin embargo, siempre que prevalecía la parte papal, la persecución en Bosnia volvía a comenzar, al punto de que en 1450 unos 40.000 bogomilos, con sus líderes, cruzaron la frontera hacia Herzegovina, donde el Príncipe Stefan Vuktchitch los protegió. La toma de Constantinopla en 1453 por Mohammed

La invasión musulmana (1453 d. de J.C.)

Capítulo 3

II, lo cual condujo al rápido sometimiento de Grecia, Albania y Serbia bajo el dominio de los turcos, no hizo que cesaran las negociaciones e intrigas para la conversión de los bogomilos bosnios.

En ocasiones, sus gobernantes fueron ganados para Roma, pero nunca el pueblo. Es por ello que, casi a punto de ser derrotados, encontramos a los reyes bosnios solicitando ayuda del Papa en su lucha contra los turcos; ayuda que sólo fue concedida bajo la condición de llevar a cabo una nueva persecución contra los bogomilos, hasta que finalmente (1463) cuando los turcos, que habían sido contenidos por un tiempo, avanzaron nuevamente contra Bosnia, el pueblo se negó a ayudar a su rey y, prefiriendo la dominación turca a la Inquisición, no ofreció resistencia alguna al invasor. El resultado fue que en menos de una semana el Sultán se apoderó de setenta ciudades y fortalezas en este país defensivamente fuerte por naturaleza. De esta manera, Bosnia pasó permanentemente al dominio musulmán, para estancarse por espacio de cuatro siglos en un sistema embotador, destructor de la vida y el progreso.

Estos “amigos de Dios” que vivieron en Bosnia han dejado muy

*La literatura
existente de los
bogomilos*

poca literatura, de manera que queda mucho aún por descubrir acerca de sus doctrinas y prácticas, las cuales seguramente variaban entre los distintos círculos y en los diferentes períodos de la historia. Sin embargo, resulta evidente el hecho de que representaron una protesta enérgica contra los males

predominantes en la cristiandad, e hicieron el mayor de los esfuerzos por mantenerse firmes en las enseñanzas y el ejemplo de las iglesias primitivas según aparecen en las Escrituras. Sus relaciones con las iglesias más antiguas en Armenia y Asia Menor, los albigenses en Francia, los valdenses y otros en Italia y los husitas en Bohemia nos demuestran que tenían en común elementos de fe y práctica que los unían. Su firmeza heroica mantenida a lo largo de cuatro siglos bajo agobiante adversidad, seguramente, aunque no hay registros, contó con ejemplos de fe, valentía y amor hasta la muerte, inigualables en el mundo. Ellos formaron un eslabón que unió a las iglesias primitivas en los montes del Tauro en Asia Menor con otras iglesias similares en los Alpes de Italia y Francia. Su patria y nación se perdieron para la cristiandad debido a la férrea persecución a la que fueron sometidos.

Los paulicianos y los bogomilos

Dispersos por todo el país, dentro de los límites del antiguo reino de Bosnia,⁸ pero en ninguna otra parte, se pueden encontrar numerosos monumentos de piedra, a menudo de gran tamaño: son las lápidas de las tumbas de los bogomilos. A veces es posible distinguir una sola lápida, otras veces aparecen en grupos que pueden llegar a cientos de ellas. Se estima que en total podría haber unos 150.000 monumentos de este tipo. La gente los llama *Mramor*, esto es, “mármol”, o *Stetshak*, “aquello que se erige”, o *Bilek*, “una señal o mojón” o *Gomile*, “una tumba antigua o túmulo.” Las muy pocas inscripciones que aparecen en ellas están en escritura glagolítica. Es notable la ausencia en ellas de cruces o de cualquier símbolo relacionado con el cristianismo o con el Islam. Y en los casos aislados en que aparecen tales símbolos, resulta evidente el hecho de que fueron añadidos en una fecha posterior. La gran mayoría de los monumentos se encuentran totalmente sin ningún tipo de inscripción. Las pocas inscripciones que aparecen ofrecen los nombres de las personas sepultadas allí. Unas pocas de ellas fueron esculpidas con esmero, y muestran figuras que ilustran la vida de las personas de aquella época, guerreros, cazadores, animales, y distintos diseños ornamentales. Estas lápidas son más numerosas en la localidad de Sarajevo, donde se encuentra un grupo inmenso ubicado en una altura más allá de la fortaleza, en el camino que conduce a Rogatitza. Una de las tumbas más grandes se encuentra en la montaña Paslovate, cerca de las ruinas de Kotorsko, un sarcófago gigante de roca caliza, tallado en un solo bloque sólido, junto con la aun más inmensa losa sobre la cual descansa, y que a lo lejos parece todo un edificio.

Las tumbas de los bogomilos en Bosnia

Aunque por mucho tiempo se opusieron tanto a las iglesias Latinas como a las Griegas, muchos de los bosnios se rindieron a los turcos (quienes los salvaron y conquistaron al mismo tiempo) y se sometieron al Islam. Algunos llegaron a las más altas posiciones en el servicio turco. Los apellidos de la actual población musulmana de Bosnia conservan la historia de sus orígenes, aunque además son evidencia del proceso constante de sometimiento al Islam. Por encima de la ventana de muchos de los negocios en Bosnia, el viajero encontrará escrito el apellido bosnio o eslavo sureño, junto al apellido puramente arábico o turco, el cual generalmente se antepone al nombre bosnio. Existen dos palabras de uso

Capítulo 3

cotidiano en toda Bosnia para decir turco o musulmán; una indica que la persona es de origen verdaderamente turco o anatoliano, y la otra se refiere a una persona de raza eslava que ha adoptado la religión del Islam.

Notas finales

- ¹ *Die Paulikianer im Byzantischen Kaiserreiche etc.*, Karapet TerMkrtschian Archidiakonus von Edschmiatzin.
—*The Key of Truth: A Manual of the Paulician Church of Armenia*, F. C. Conybeare.
—*The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, Edward Gibbon.
—*The Later Roman Empire*, Prof. J. B. Bury, Tomo II, c. 14.
- ² *A Select Library of Nicene and Post-Nicene Fathers of the Christian Church*, redactado por el Rev. N. Sanday, D.D., LL.D., Oxford.
—*John of Damascus, Exposition of the Orthodox Faith*, traducido por el Rev. S. D. F. Salmond, D.D., F.E.I.S., Aberdeen.
- ³ *Latin Christianity*, Dean Milman, Tomo III.
- ⁴ *Die Paulikianer im Byzantischen Kaiserreiche etc.*, Karapet TerMkrtschian Archidiakonus von Edschmiatzin.
- ⁵ *The Key of Truth*, traducido y redactado por F. C. Conybeare. Este documento fue hallado por el traductor en 1891 en la biblioteca Sínodo Sagrado en Edjmiatzin, y él ha agregado al documento anotaciones valiosas.
- ⁶ Algunos atribuyen el nombre *bogomil* al nombre de un hombre prominente en el reino del Zar búlgaro Pedro (927–968). Es por eso que algunas veces ellos fueron llamados búlgaros. *Bogomili* es la forma plural del idioma eslavo, por eso en Occidente se refiere a ellos como bogomilos. Los nombres análogos todavía se encuentran en el idioma común en los países donde se habla en eslavo. Por ejemplo, el término que se usa en Yugoslavia es *bogomolici*. Esto quiere decir “los que oran a Dios” (de la palabra *bogu*, “a Dios” y *moliti*, “orar”). Existe muy poca duda que los bogomilos fueron llamados de esa manera porque en realidad ellos le demostraron a sus contemporáneos que eran hombres y mujeres que disfrutaban cierta paz y comunión con Dios.
—*An Official Tour through Bosnia and Herzegovina*, J. de Asboth, miembro del Parlamento húngaro.
—*Through Bosnia and the Herzegovina on Foot, etc.*, A. J. Evans.
—*Essays on the Latin Orient*, William Miller.
—*Encyclopedia of Religion and Ethics*, Hastings. Artículo: Bogomilos.
- ⁷ *Das Furstenthum Bulgarien*, Dr. Constantin Jirecek, Wien. 1891. F. Tempsky.
- ⁸ *An Official Tour through Bosnia and Herzegovina*, J. de Asboth, miembro del Parlamento húngaro.

El Evangelio llega a Oriente

(4 a. de J.C.–1400 d. de J.C.)

*El Evangelio en Oriente; Siria y Persia; Las iglesias del Imperio Persa se separan de las del Imperio Romano; Las iglesias orientales retienen el carácter bíblico por más tiempo que las occidentales; El Papa ben Aggai agrupa las iglesias; Zoroastro; La persecución bajo Sapor II; Las homilias de Afrabat; Sínodo de Seleucia; Reanudación de la persecución; Nestorio; El Bazar de Heraclidas; La tolerancia; La afluencia de los Obispos occidentales; El aumento de la centralización; La amplia dispersión de las iglesias sirias en Asia; La invasión musulmana; El **Catholikos** se traslada desde Seleucia hasta Bagdad; Gengis Kan; La lucha entre el nestorianismo y el Islam en Asia Central; Tamerlán; Los franciscanos y los jesuitas encuentran a los nestorianos en Catay; La traducción de una parte de la Biblia al chino en el siglo XVI; La desaparición de los nestorianos de la mayor parte de Asia; Las causas del fracaso.*

Los magos de Oriente fueron a Belén, guiados por la estrella, y adoraron al recién nacido Rey de los judíos; “*le ofrecieron presentes: oro, incienso y mirra*”, y “*regresaron a su tierra*” (Mateo 2), donde sin duda relataron lo que habían visto y escuchado. Entre la multitud reunida en Jerusalén en el día de Pentecostés estaban los partos, medos, elamitas, y los que habitaban en Mesopotamia, que fueron testigos del derramamiento del Espíritu Santo y de las señales y maravillas que lo acompañaron. Ellos escucharon a Pedro predicar que “*a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo*” (Hechos 2). Por medio de ellos, desde sus inicios el Evangelio fue llevado a las sinagogas de Oriente.

Eusebio, al relatar los sucesos que tuvieron lugar en el segundo siglo,¹ escribe acerca de muchos de los discípulos de aquella época:

Capítulo 4

...cuyas almas se inflamaron de la Palabra divina y, con un deseo más ardiente de sabiduría, primero cumplieron el mandamiento de nuestro Salvador al repartir sus bienes entre los más necesitados; y luego, viajando al extranjero, llevaron a cabo la obra de evangelista con aquellos que aún no habían escuchado la Palabra de fe, mostrando mucho interés en predicar a Cristo y dar a conocer los libros de los Evangelios divinos. Y estas personas, habiendo sólo echado los cimientos de fe en los lugares distantes y bárbaros, y habiendo ordenado a otros pastores, les encargaron la tarea de instruir a aquellos a quienes habían presentado completamente a la fe. Luego partieron nuevamente hacia otras regiones.

De esta manera eran fundadas las iglesias, y los evangelistas iban más allá, no sólo dentro de los amplios límites del Imperio Romano, sino también dentro de las fronteras de su mayor vecino, el Imperio Persa, y aun más allá. Con relación a esto, un escritor en el tercer siglo escribió:

Ese nuevo poder que ha surgido de las obras efectuadas por el Señor y sus apóstoles ha calmado la llama de las pasiones humanas y ha proporcionado la calurosa acogida de una fe por parte de una gran variedad de razas y naciones que tienen las más diversas costumbres. Y podemos hacer un recuento de las cosas logradas en la India, entre los seres, los persas y medos; en Arabia, Egipto, Asia y Siria; entre los gálatas, los partos y los frigios; en Acaya, Macedonia y Epiro; y en todas las islas y provincias sobre las cuales sale o se pone el sol.

Las iglesias que se propagaron tan rápidamente en Siria y en el Imperio Persa estuvieron aisladas de muchas de las influencias que afectaron a las iglesias de Occidente. Esto debido a la diferencia de idioma y a las circunstancias políticas. El arameo fue hablado en Palestina y Palmira y fue usado como el idioma comercial a lo largo del valle del Éufrates, y la desconfianza y el celo mutuo existentes entre los Imperios Persa y Romano actuaron como un obstáculo adicional que impidió la comunicación.

Las iglesias de Oriente mantuvieron su carácter simple y bíblico por más tiempo que las de Occidente.² Incluso en el tercer siglo no existía ninguna organización definida que agrupara a las iglesias separadas en un sistema, el país no estaba dividido en diócesis (podía darse el caso de que una iglesia contara con varios obispos), y las iglesias eran activas y tenían éxito a la hora de difundir el Evangelio de forma continua en las nuevas regiones.

A principios del cuarto siglo, el Papa ben Aggai expuso un proyecto para unificar a todas las iglesias en Persia, incluyendo las de Siria y Mesopotamia, bajo el dominio del Obispo de la ciudad capital, Seleucia-Ctesifonte, puesto que él mismo ocupaba.

*El Papa ben Aggai
(Siglo IV)*

Esta propuesta encontró una enérgica oposición, pero se continuó insistiendo en ella y el Obispo llegó a llamarse *Catholikos*, y con el tiempo (498 d. de J.C.) fue adoptado el título de Patriarca de Oriente.

La religión dominante en Persia se derivó de la introducida por Zoroastro aproximadamente ocho siglos a. de J.C.

Él, en su tiempo, protestó contra la idolatría y la maldad imperantes y enseñó que existe sólo un Dios, el Creador; que este Dios es bueno, y sólo a él hay que adorar. Zoroastro no hacía uso de la fuerza en asuntos de religión, sino que confiaba en que la verdad de lo que enseñaba difundiría su mensaje. Él se sirvió del fuego y de la luz para representar las obras de Dios, y empleó la oscuridad y el carbón para ilustrar los poderes del diablo. En su opinión, Dios siempre daría lugar a lo bueno. Zoroastro resumió la regla de conducta en estas palabras: “Lleva a cabo las buenas obras y abstente de las malas”. El zoroastrismo predominó entre los persas en sentido general desde el sexto siglo hasta el tercer siglo a. de J.C., pero su profesión disminuyó hasta que fue restablecida por la dinastía sasánida, que fue la dinastía reinante en la época que aquí se considera.

*Zoroastro
(?)*

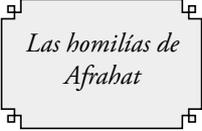
Cuando Constantino convirtió el cristianismo en la religión oficial del Imperio Romano, los reyes de Persia comenzaron a sospechar de los cristianos que se encontraban en su propio país, a quienes llamaban nazarenos, por solidarizarse e inclinarse hacia el imperio rival, al cual ellos odiaban y temían. Durante el largo reinado del rey persa Sapor II, estas sospechas terminaron en una persecución violenta que fue avivada por los magos, los sacerdotes zoroastrianos, que hicieron caso omiso tanto de los preceptos de su fundador como del testimonio de aquellos otros magos, sus predecesores, que habían ido a Belén guiados por la estrella. Esta persecución duró cuarenta años, período durante el cual los cristianos padecieron todo tipo de tormento que se pueda imaginar. Se calcula que unos 16.000 cristianos perdieron

*La persecución
bajo Sapor II*

Capítulo 4

sus vidas, y le fue impuesto un indecible estado de calamidad y miseria a una innumerable cantidad de confesores de Cristo. Por medio de su paciencia y fe las iglesias en Persia salieron victoriosas de esta larga y terrible prueba, y después de una generación de sufrimiento (339–379) se les concedió cierta libertad de adoración.

Entre los escritos que se conservan de aquella época están *Las homilias de Afrahat*, que fue conocido como “El sabio persa”.³ La marcada línea divisoria entre el Imperio Romano y los países fuera de este se destaca claramente en el hecho de que estas homilias, que contienen una exposición de doctrina y práctica, ni siquiera mencionan al Concilio de Nicea, ni a Arrio, ni a Atanasio, a pesar de que fueron escritas en el mismo período en que existía una fuerte campaña en torno a ellos entre las iglesias de Occidente. La primera homilía aborda el tema de la fe, y enseña:



*Las homilias de
Afrahat*

La fe consiste en esto: Cuando el hombre cree en Dios el Señor de todo, que hizo el cielo y la tierra y los mares y todo lo que hay en ellos y que, además, hizo a Adán a su propia imagen y semejanza. El que le dio la ley a Moisés. El que envió a su Espíritu a los profetas y que, además, envió a su Mesías al mundo. Y que el hombre debe creer en la resurrección de los muertos y, además, en el misterio del bautismo. Esta es la fe de la iglesia de Dios. Y que se debe apartar de guardar los días, los días de reposo, los meses, las ocasiones, de las hechicerías y adivinaciones, la astrología caldea, así como también de la magia, la fornicación, las orgías y de las falsas doctrinas, las armas del malvado, de las lisonjas de las palabras melosas y de la blasfemia y el adulterio. Y que ningún hombre debe dar falso testimonio ni hablar con hipocresía. Estas son las obras de la fe que está fundada sobre la verdadera Roca, que es el Mesías, sobre quien se levanta todo el edificio.

Afrahat condena las enseñanzas de Marción y Manes, señala que hay muchas cosas que no podemos comprender, y reconoce el misterio de la Trinidad, pero desaprueba preguntas raras:

¿Qué hay por encima de los cielos? ¿Quién se atreve a decir? ¿Qué se oculta debajo de la tierra? ¿No hay nadie que pueda decirlo! El firmamento, ¿sobre qué se extiende?; o los cielos, ¿de qué cuelgan?. La tierra, ¿sobre qué descansa?; o las profundidades, ¿en qué se sustentan? Nosotros venimos de Adán y aquí, con nuestros sentidos, comprendemos poco. Sólo sabemos

que Dios es uno, su Mesías uno, uno el Espíritu, una sola la fe y un solo bautismo. No vale la pena hablar de esto en más detalle. Si decimos más, fracasamos, y si investigamos, quedamos indefensos.

El estudio de la profecía llevó a Afrahat a la conclusión de que los ataques de Persia contra el Imperio Romano inevitablemente fracasarían.

La persecución de los cristianos en Persia, cuando el cristianismo era la religión de estado del Imperio Romano, tensó al máximo las relaciones entre los dos imperios, y cuando Yezdegerd I asumió el trono persa (339 d. de J.C.), el emperador romano le envió al Obispo Maruta a negociar la paz para los creyentes. Este demostró ser un diplomático hábil y, junto con Isaac que había sido ordenado Sumo Metropolitano de Seleucia-Ctesifonte, obtuvo la autorización del rey persa para convocar un Sínodo en Seleucia (410) con el objetivo de reorganizar la Iglesia Persa, la cual había sido destruida en gran parte por la persecución. En este Sínodo dos funcionarios de la realeza presentaron a Isaac como “Cabeza de los cristianos”.⁴

El Obispo Maruta había llevado consigo una carta de los Obispos de Occidente, la cual, después de ser traducida del idioma griego al persa y luego mostrada al rey, fue aprobada por este. Él ordenó que la carta se leyera ante los Obispos allí reunidos. Todos aceptaron los requisitos contenidos en la carta. Por encontrarse saliendo de una gran tribulación, los cristianos persas estaban dispuestos a ceder mucho ante aquellos que ahora les prometían paz. En el informe del Sínodo se dice que se celebró:

*El Sínodo de
Seleucia
(410 d. de J.C.)*

...en el undécimo año del reinado de Yezdegerd, el gran rey victorioso, después que las iglesias del Señor encontraron paz y tranquilidad, después que él dio la libertad y el apoyo a las asambleas de Cristo para que glorificaran a Cristo abiertamente en sus cuerpos en la vida y en la muerte, y después que él eliminó la nube de persecución que estaba sobre todas las iglesias de Dios y la noche de opresión contra todos los rebaños de Cristo. Por cuanto él había dado la orden de que en todo su imperio los templos destruidos por sus antepasados deberían ser restaurados con esmero, que los altares demolidos deberían ser cuidadosamente atendidos y que aquellos que habían sido puestos a prueba mediante el látigo y las

Capítulo 4

cadena por causa de Dios deberían ser puestos en libertad. Esto tuvo lugar en ocasión de la elección de nuestro honorable gran Padre ante Dios, Mar Isaac, Obispo de Seleucia y Cabeza de los Obispos de todo Oriente, que ante Dios fue digno de la gracia para gobernar en todo Oriente, cuya presencia y gobierno abrieron las puertas de la misericordia al descanso y la paz del pueblo y de la iglesia de Dios, cuya humildad y gran honorabilidad fue más brillante que la de todos los Obispos de Oriente antes que él (...) y por medio del mensajero de paz enviado a Oriente en la misericordia de Dios, el sabio Padre y Cabeza honorable, Mar Maruta, el Obispo que trajo la paz y la unidad entre Oriente y Occidente. Él puso especial cuidado en la edificación de las iglesias de Cristo a fin de que las leyes divinas y los verdaderos cánones ya establecidos por nuestros padres honorables, los Obispos en Occidente, fueran igualmente establecidos en Oriente para la edificación de la verdad y de todo el pueblo de Dios. Y, mediante el cuidado de diversos Obispos de las tierras romanas, todas nuestras iglesias y asambleas en Oriente recibieron de ellos, aunque están lejos de nosotros en cuerpo, el amor compasivo y dones.

Durante este tiempo se experimentó un júbilo auténtico al librarse de la opresión, y abundaron las acciones de gracias a Dios por su gran obra a favor de los creyentes; además de oraciones, pidiendo por el rey para que Dios le concediera más días, y así pudiera vivir para siempre. Los Obispos presentes en aquel glorioso momento del Sínodo llegaron a decir que sus almas se sentían como si hubieran estado ante el trono de la gloria de Cristo: “Nosotros, los cuarenta Obispos, reunidos aquí desde los más diversos lugares, escuchamos con gran deseo y especial atención lo que fue escrito en la carta de los Obispos de Occidente”. La carta establecía que no debía haber innecesariamente dos o tres Obispos en una ciudad, sino un Obispo en cada ciudad y su distrito. Además, que los Obispos no debían ser nombrados por menos de tres Obispos actuando con la autorización del Metropolitano. Se establecieron las fechas de los días festivos. Todos los cánones del Concilio de Nicea en la época de Constantino fueron leídos y firmados por todos los presentes.

Mar Isaac, dijo: “Cualquiera que no esté de acuerdo con estas leyes loables y con los excelentes cánones aquí firmados y no los acepte, sea apartado del pueblo de Dios y no tenga poder en la iglesia de Cristo”. Más adelante se deja constancia: “Nosotros los Obispos lo confirmamos

en conjunto con él, y todos lo apoyamos con un amén”. Luego, Mar Maruta dijo: “Todas estas explicaciones, leyes y cánones serán escritos, y al final los firmaremos y los confirmaremos en un pacto eterno”. Mar Isaac dijo: “Yo los suscribo a la cabeza de todos”. Entonces todos los Obispos de los distintos lugares prometieron con él: “Todos nosotros también los aceptamos con regocijo y confirmamos lo que ha sido escrito anteriormente, por medio de nuestras firmas al final del documento”.

Habiendo presentado todo esto ante el rey, Isaac y Maruta se dirigieron nuevamente a los Obispos, diciendo: “Antiguamente ustedes estaban en grandes aprietos y se reunían en secreto. Sin embargo, ahora el Gran Rey les ha procurado una paz inmensa. Y como Isaac ha servido ante el Gran Rey, este, conforme a su buena voluntad, lo ha nombrado Cabeza de todos los cristianos en Oriente. La aprobación del Gran Rey les ha traído paz y tranquilidad a ustedes, especialmente desde el día en que vino el Obispo Maruta.”

Después se establecieron las regulaciones para el nombramiento en el futuro de nuevas Cabezas de la Iglesia, ya fuera por parte de Isaac y Maruta o de sus sucesores, con la aprobación del rey en el trono. Además, refiriéndose a la Cabeza, ellos añadieron: “Y nadie formará partido en su contra. Si alguien se levanta en su contra y contradice su voluntad, se nos deberá informar. Entonces nosotros le informaremos al Gran Rey acerca del mal que esta persona ha hecho, sea quien sea, para que sea juzgado por él. Después de esto nos marchamos, e Isaac y Maruta nos dijeron que todas estas cosas deberían ser escritas, o sea, todo lo que fuera útil para el servicio de la Iglesia Católica.” Esto fue aceptado con gusto, y se acordó que cualquiera que conscientemente se opusiera a estas ordenanzas debería ser excomulgado completamente de la iglesia de Cristo, y su herida nunca sería sanada; además, el rey debería imponerle un castigo implacable.

Hubo muchas otras ordenanzas, tales como: Los miembros del clero deberían practicar el celibato y no casarse como antes; los Obispos que no habían podido estar presentes por causa de la distancia tendrían que acogerse a lo que había sido acordado; en tanto que algunos obispos, que desde el principio se habían opuesto a Isaac, fueron condenados como rebeldes. Se prohibieron las reuniones en casas privadas, se establecieron los límites de las parroquias, y se permitió sólo una iglesia en cada una.

Capítulo 4

*La uniformidad
entre Oriente y
Occidente*

De esta manera fueron unificados Oriente y Occidente, y los Obispos eran enviados a las distintas regiones para conciliar las diferencias. Los partidos y las divisiones ya no habrían de existir.

La muerte de Isaac reveló la incertidumbre de tales acuerdos, los cuales siempre dependieron de la voluntad del rey. El hecho de que varios miembros de la nobleza se afiliaran a las iglesias estimuló el celo de los magos, y el rey, que permaneció comprometido con su antigua religión, fue influenciado por sus sacerdotes. Isaac ya no estaba allí para mediar, y cuando algunos de los sacerdotes del cristianismo se sintieron importantes por sus nuevos cargos oficiales y desafiaron al rey cara a cara, este, impaciente de contradicción, ordenó ejecutar a varios de ellos en el acto. La muerte del rey resultó en una persecución general y severa bajo sus sucesores, Yezdegerd II y Bahram V.

Mientras tanto, se estaba gestando un cambio que traería consecuencias trascendentales para las iglesias de Siria y Persa por los sucesos que estaban ocurriendo en Occidente.

*Nestorio
(?-c 451 d. de
J.C.)*

Nestorio,⁵ un predicador de Antioquía, nacido cerca del Monte Tauro en Siria, fue nombrado Obispo de Constantinopla (428 d. de J.C.) por el Emperador Bizantino Teodosio II. El entusiasmo y la elocuencia viva de Nestorio se sumaron a la importancia de su alto rango. El había sido influenciado por la enseñanza

de Teodoro de Mopsuestia, quien, oponiéndose a la tendencia creciente de hacer de la Virgen María un objeto de adoración, había insistido en que no era correcto otorgarle a María el título de “Madre de Dios”. La enseñanza de Teodoro no había sido condenada de forma general, pero cuando Nestorio enseñó lo mismo, oponiéndose igualmente al deseo popular de exaltar a María, fue acusado de negar la verdadera divinidad del Señor. La rivalidad existente entre los Obispos de Alejandría y Constantinopla, y entre las escuelas de Alejandría y Antioquía, hicieron que Cirilo, Obispo de Alejandría, estuviera más que dispuesto a aprovechar la oportunidad para atacar a Nestorio. Se convocó a un Concilio en Éfeso, el cual estuvo totalmente dominado por Cirilo quien, sin esperar a que llegaran los Obispos que estaban a favor de Nestorio, lo condenó. Todo esto desencadenó una disputa implacable, y el emperador, para asegurar

la paz, aunque al principio se había negado a confirmar la decisión del Concilio, finalmente depuso y desterró a Nestorio, quien pasó el resto de su vida en circunstancias de privación y peligro, cambiando su actividad y popularidad en Constantinopla por la pobreza y el aislamiento en un oasis del desierto egipcio.

Nestorio no apoyó ni enseñó la doctrina que se le atribuía, y su exclusión, aunque supuestamente por un asunto de doctrina, en realidad se debió al celo personal por parte de su colega episcopal, Cirilo. Una cantidad considerable de obispos, que se negaron a aprobar la sentencia dictada contra Nestorio, fueron finalmente expulsados y se refugiaron en Persia, donde fueron bien recibidos. La afluencia de tantos hombres capaces y experimentados fue el medio para avivar las iglesias y darle un nuevo ímpetu a la propagación de estas, incluso hacia regiones más distantes. Se les atribuyó entonces el nombre de nestorianas a todas las iglesias de Oriente (aunque ellas mismas no lo aceptaron, sino que protestaron contra esto) y se asumió que todas ellas sostenían la doctrina erróneamente atribuida a Nestorio y a la vez inaceptable para ellas. Estas iglesias fueron diferentes tanto a las iglesias bizantinas como a las romanas, y se opusieron a las dos. Uno de sus miembros escribió sobre sus iglesias: “Ellas son injusta y perjudicialmente llamadas nestorianas, considerando que Nestorio nunca fue su patriarca y que ellas ni siquiera comprendían el idioma en que él escribió; no obstante, cuando ellas escucharon cómo él defendía la verdad ortodoxa de dos naturalezas y dos personas en un Hijo de Dios y un Cristo, dieron su confirmación al testimonio de Nestorio ya que ellas mismas habían abrazado la misma doctrina. De manera que se puede decir que Nestorio fue su seguidor en lugar de que ellas fueran guiadas por él.”

Mientras se encontraba en el exilio, Nestorio escribió su propia explicación de su creencia,⁶ y lo que aparece a continuación fue tomado de *El bazar de Heraclidas*, título que ocultaba su nombre para que el libro no fuera destruido. Al escribir sobre la obediencia de Cristo, dice:



*El bazar de
Heraclidas*

Y, por lo tanto, tomó la forma de un siervo, una forma humilde, una forma que había perdido la semejanza de Dios. Él no aceptó honor y gloria, ni adoración, ni siquiera autoridad, aunque él era Hijo. Mas la

Capítulo 4

forma de un siervo estaba representada con obediencia en la persona del Hijo, conforme a la mente de Dios; teniendo la mente de Dios y no la suya propia. Tampoco hizo nada a su antojo, sino sólo lo que Dios el Verbo deseaba. Pues este es el significado de la “forma de Dios”: que la forma del siervo no posea ni mente ni voluntad propia, sino la de él a quien pertenecen la persona y la forma. Por ello la forma de Dios tomó la forma de un siervo, y esta no eludió nada de la bajeza de la forma del siervo, sino que la recibió toda para que la forma (divina) pudiera estar en todo; para que sin reserva alguna pudiera convertirla en su propia forma. Y como él tomó esta forma, mediante la cual podría quitar la culpabilidad del primer hombre y darle a su naturaleza la imagen original que había perdido por causa de su culpa, fue correcto que él aceptara lo que había producido dicha culpabilidad y que se mantuviera bajo sujeción y servidumbre, y bajo todos sus lazos de deshonra y desgracia; ya que, aparte de su persona, no tenía nada divino, ni honorable, ni independiente (...) Luego, cuando uno es salvo de todas las causas que originan la desobediencia, es entonces que realmente y sin dudas es visto como alguien sin pecados. Es por eso que él tomó de la naturaleza que había pecado, no fuera que por tomar de la naturaleza que es incapaz de pecar, se llegara a pensar que era por naturaleza que él no podía pecar, y no por su obediencia. Él poseía todas esas cosas que pertenecen a nuestra naturaleza como el enojo, el deseo, y el pensamiento; las cuales se fueron desarrollando a medida que él crecía en edad. Pero estas cosas se hicieron sólidas bajo la finalidad de ser obediente (...)

Tampoco emprendió él la obediencia en cosas para las cuales existe un cierto incentivo de honor, de poder y de fama, sino más bien en aquellas cosas que son pobres, míseras, despreciables, débiles y que bien podrían frustrar el propósito de la obediencia: cosas que no poseen absolutamente ningún incentivo para la obediencia, sino más bien para la flojedad y el descuido. Y él no recibió ningún tipo de aliento, sino que de él mismo nació su deseo de obedecer a Dios y de amar su voluntad. Y por ello él estuvo necesitado de todo. No obstante, aunque fue forzosamente atraído por cosas contrarias, en nada se apartó de la mente de Dios, a pesar de que Satanás empleó todos estos medios para apartarlo de la mente de Dios. Y Satanás procuró hacer esto cada vez más, teniendo en cuenta que Cristo no se mostró ansioso, ya que al principio no fue visto hacer ningún milagro ni parecía que tuviera un cargo de enseñar, sino sólo de permanecer sujeto y guardar todos los mandamientos.

Mientras él estuvo en contacto con todos, y estuvo rodeado por todas partes de todos los mandamientos, lo cual demostraba que él tenía el poder para desobedecer, se comportó varonilmente en medio de todos ellos, sin emplear nada peculiar o diferente de los demás para su sustento, sino valiéndose de las cosas comunes como los otros; para que no se supusiera que él estaba protegido del pecado por ayudas de este tipo y que sin estas cosas no podía protegerse. Y por lo tanto, guardó todos los mandamientos en lo concerniente a la comida y a la bebida. Y se mantuvo firme en su propósito con trabajo y esfuerzo, teniendo su voluntad adherida a la voluntad de Dios. Y no hubo nada que pudiera apartarlo o separarlo de ella, ya que él no vivió para sí mismo, sino para aquel a quien pertenecía su persona. Él mantuvo esta persona sin arruga y sin mancha, y a través de sí mismo le dio la victoria al género humano.

Después de hablar acerca del bautismo de Cristo y de la tentación y decir cómo él fue enviado a predicar la salvación, Nestorio continúa: “Porque Dios no obró la destrucción del hombre por medio de la muerte, sino que lo trajo a un mejor estado y le proporcionó ayuda...”

Luego, después de demostrar que el propósito de Satanás era traer al hombre una segunda vez, y esta vez completamente, a la destrucción al persuadirlo para que diera muerte a Cristo, Nestorio continúa:

Y él murió por causa de nosotros pecadores, y trajo la muerte porque era necesario que la muerte fuera destruida. Y ni siquiera esto evadió, o sea, de someterse a sí mismo a la muerte, ya que por medio de esto hizo posible la esperanza de la destrucción de la muerte (...) y fue con esta misma esperanza que él aceptó la obediencia con inmenso amor, no para expiar su culpa, sino para pagar el castigo por nosotros; no para alcanzar victoria para sí mismo, sino para todos los hombres. Porque así como la culpabilidad de Adán nos sometió a todos bajo culpabilidad, asimismo su victoria nos absolvió a todos.

Cuando las iglesias de Oriente, fuera del Imperio Romano, cayeron bajo el estigma del “nestorianismo” y fueron tildadas de herejes, los gobernantes persas entendieron que ya no existía ningún peligro que las iglesias terminaran siendo aliadas de Constantinopla o Roma, de manera que les dieron una libertad mayor de la que jamás habían disfrutado. Esto, sumado al ímpetu aportado por los exiliados provenientes de Oriente que habían encontrado un refugio entre ellas, condujo a un nuevo desarrollo de energía y entusiasmo en la predicación del Evangelio entre los paganos

Capítulo 4

cercanos y distantes. Al mismo tiempo se fortaleció la influencia que procuraba la organización de las iglesias bajo una cabeza, de modo que no sólo fueron fundadas iglesias cada vez más lejos, sino que también se establecieron Obispados y se nombraron a los Obispos que estarían a cargo de las nuevas iglesias y a cargo de mantenerlas en contacto con la organización central.

Fue así como el amor al Señor y la compasión por los paganos llevó a estos mensajeros del Evangelio hasta los lugares más distantes, y llevaron a cabo viajes extraordinarios; además, su palabra se hizo acompañar del poder salvador del Espíritu Santo. Pero al mismo tiempo la centralización que se había desarrollado hizo que la desviación de las enseñanzas de las Escrituras, la cual era cada vez mayor en la organización central, se reprodujera en las nuevas iglesias, introduciendo desde el comienzo un elemento de debilidad que dio sus frutos en años posteriores.

*Las iglesias en
todas partes
de Asia*

Fueron tantos los convertidos al Señor que se establecieron obispados en Merv, Herat, Samarcanda, China y en otras partes. Cerca de Madrás y de Kerala en Travancore han sido encontradas lápidas con inscripciones que datan del siglo VII u VIII, una de las cuales dice: “En castigo por causa de la cruz (fue) el sufrimiento de Este; el verdadero Cristo, único Dios y Guía perfecto para siempre”. Las iglesias se hicieron numerosas en diversas regiones de la India; en el siglo VIII un tal David fue nombrado Metropolitano de los obispados en China. En una lista de los Metropolitanos en el siglo VIX se mencionan los de la India, Persia, Merv, Siria, Arabia, Herat, Samarcanda y otros más que, por encontrarse tan lejos del centro, eran eximidos de asistir a los Sínodos cuadriales y se les instruía enviar informes cada seis años y no descuidar la recaudación para el sustento del Patriarcado.

Estos misioneros entusiasmados llegaron a todas las partes del continente asiático; sus obispados fueron establecidos en Kambaluk (Pekín), Kashgar y Ceilán. Llegaron, además, a Tartaria y Arabia. Sus iglesias llegaron a incluir a la mayor parte de la población en Siria, Irak y Khorasan, en algunos distritos colindantes con el Mar Caspio, y entre algunas de las tribus mongoles. Tradujeron las Escrituras a varios idiomas. Existe un informe que data del siglo VIX o X acerca de que tradujeron el Nuevo Testamento al Sogdianés, un idioma indo-iraní. Cerca de

Si-ngan-fu⁷ se encontró una losa que contenía una extensa inscripción en siríaco y chino, y que se remonta a la época del reinado de Te Tsung (780–783). En la parte superior de la losa aparece una cruz y el título: “Monumento en conmemoración de la introducción y propagación de la noble ley de Ta Ts’ en el Reino Central”. Dicha inscripción registra, entre otras cosas, la llegada de un misionero llamado Olopun, proveniente del Imperio de Ta Ts’ en el año 635, que trajo libros sagrados e imágenes. La inscripción relata que los libros fueron traducidos, luego la doctrina fue aprobada por la autoridad imperial y el permiso fue otorgado para enseñarla públicamente. Se describe la difusión de la doctrina y como, más adelante, el budismo logró un mayor progreso, pero bajo Hiuan Tsung (713–755) llegó un nuevo misionero llamado Kiho, y la Iglesia fue reavivada.

La mención de las imágenes muestra la decadencia de la pureza original del Evangelio, y esta desviación preparó el terreno para las victorias del Islam que se avecinaban. Además, a medida que el número de sus partidarios se incrementaba sobremedida, el carácter moral y el testimonio de los nestorianos o caldeos degeneró. Aproximadamente en el año 845 d. de J.C., el emperador chino Wu Tsung disolvió muchas casas o centros religiosos, tanto cristianas como budistas, y obligó a sus numerosos miembros a regresar a una vida secular normal, haciendo especial hincapié en que se reintegraran a las clases que pagaban impuestos territoriales y volvieran a los círculos familiares a que pertenecían. Los extranjeros que se encontraban entre ellos fueron enviados a sus países de origen.

Cuando la gran invasión musulmana barrió con Persia, un gran número de los cristianos nestorianos o caldeos fueron dispersos o absorbidos por el Islam, especialmente en Arabia y en el sur de Persia. Sin embargo, cuando se restableció el orden y los califas abasíes se encontraban reinando en Bagdad, los cristianos sirios adquirieron relevancia en la corte como doctores y profesores de filosofía, ciencia y literatura. En el año 762, el *Catholikos* se trasladó desde Seleucia, que estaba en ruinas, hasta Bagdad, la nueva capital de los conquistadores.

El auge de Gengis Kan y sus extraordinarias conquistas, dando lugar a la toma de Bagdad por

*La gran invasión
musulmana*

*Gengis Kan
(1162–1227 d.
de J.C.)*

Capítulo 4

los mongoles (1258), no afectó mucho a la Iglesia Siria. Los gobernantes mongoles paganos fueron tolerantes, y usaron a los nestorianos en negociaciones políticas importantes con las fuerzas de Occidente, con el propósito de unificar fuerzas para la destrucción del Islam. Un papel activo en estas negociaciones lo desempeñó un nestoriano chino, Yabh-Alaha III, que ascendió desde un rango humilde hasta llegar a ser el *Catholikos* de la Iglesia Siria.

Desde el siglo VII hasta el siglo XIII, la Iglesia Siria fue tan importante

Yabh-Alaha
(1281–1317 d.
de J.C.)

en Oriente como lo eran la Iglesia Romana y la Griega en Occidente. Su radio de acción abarcó extensos territorios e incluyó a un gran número de las poblaciones. Se había propagado desde Persia y Siria hasta que contó con misiones numerosas y bien establecidas en China y la India. La mayoría de los

pueblos de Turkestán, incluyendo a sus gobernantes, habían aceptado el cristianismo, y en los principales centros de Asia la iglesia cristiana se encontraba junto al templo pagano y la mezquita musulmana.

En los alrededores del caliente y salado lago Issik-kul, entre las

*Las tumbas
nestorianas*

montañas del Turkestán ruso, han sido encontrados dos cementerios.⁸ En cientos de las lápidas sepulcrales se encuentran cruces e inscripciones que marcan las tumbas nestorianas. Estas cubren el período desde la mitad del siglo XIII hasta la mitad del siglo XIV.

Los nombres de la mayoría de los cristianos sepultados allí demuestran que eran descendientes de la raza tártara, siendo entonces como ahora la nacionalidad predominante de ese país. Las inscripciones están en los idiomas siríaco y turco.

Entre los innumerables nativos del país se encuentran, además, algunos cristianos de otras tierras —una mujer china, un mongol, un indio y un Uigur— lo que demuestra que los creyentes en los distintos países del Asia central tenían comunicación entre sí.

Algunas inscripciones hacen mención de los conocimientos y dones de algunos y de su servicio devoto entre las iglesias. A menudo se agrega al nombre la palabra “creyente”, y aparecen también expresiones de afecto y esperanza. Entre las inscripciones se encuentran las siguientes: “Esta es la tumba de Pasak. El propósito de la vida es Jesús nuestro Redentor.”

“Esta es la tumba de la encantadora doncella Julia.” “Esta es la tumba del sacerdote y general, Zuma. Anciano santo, célebre emir, e hijo del General Giwargis. Que nuestro Señor junte su espíritu con los espíritus de los padres y santos en la eternidad.” “Esta es la tumba del visitante de la iglesia Pag-Mangku, el humilde creyente.” “Esta es la tumba de Shliha, célebre comentarista y maestro que iluminó con su luz a todos los monasterios; hijo de Pedro, comentarista augusto de la sabiduría. Su voz resonaba tan alto como el sonido de una trompeta. Que nuestro Señor junte su alma pura a los hombres justos y nuestros padres. Que su alma participe en todos los deleites celestiales.” “Esta es la tumba del sacerdote Take que era muy celoso de la iglesia.”

Durante este período hubo una gran rivalidad entre los misioneros nestorianos y los musulmanes por obtener el favor de los kanes mongoles. En esta lucha el Islam resultó victorioso y el cristianismo sirio comenzó a decaer. A inicios del siglo XV, Tamerlán (además conocido como Timur) ya había establecido su imperio, convirtiendo a Samarcanda en su centro. Aunque era musulmán, Tamerlán saqueó Bagdad, y en general propició una devastación sin precedentes al punto de que extensas regiones de Asia nunca se recuperaron de ella. El cristianismo rápidamente disminuyó en el Asia occidental.

Quando los misioneros franciscanos y jesuitas⁹ del siglo XIII y de los siglos posteriores, en el curso de sus arduos viajes, descubrieron que el país perdido de Catay era la recién descubierta China, encontraron allí a numerosos cristianos sirios. El franciscano, Juan de Montecorvino, un misionero que murió en China aproximadamente en el año 1328, escribió: “Salí de Tauris, una ciudad de los persas, en el año del Señor 1291 y seguí hasta la India (...) durante trece meses, y en esa región en diferentes lugares bauticé alrededor de cien personas (...) Continué en mi viaje y me dirigí rumbo a Catay, el reino del emperador de los tártaros, a quien llaman el Gran Cham. A él le presenté una carta de nuestro Señor el Papa, y lo invité a que adoptara la fe católica de nuestro Señor Jesucristo, pero había envejecido demasiado en la idolatría. Sin embargo, él derrama muchas amabilidades sobre los cristianos, y en los últimos dos años he

Tamerlán
(1336?-1405 d.
de J.C.)

Juan de
Montecorvino
(1247-1328 d.
de J.C.)

Capítulo 4

permanecido con él. Por su parte, los nestorianos, cierto grupo que profesa llevar el nombre cristiano, pero que desgraciadamente se desvía de la religión cristiana, se han hecho tan poderosos en estas regiones que no le permiten a otro cristiano de otro ritual tener ni siquiera el más pequeño templo ni publicar cualquier doctrina diferente a la de ellos.”

El Arzobispo de Soltania, al escribir aproximadamente en el año 1330, se refiere a Juan de Montecorvino: “Él fue un hombre de una vida muy piadosa, agradable a Dios y a los hombres (...) y habría convertido a todo aquel país a la fe católica cristiana si los nestorianos, aquellos falsos cristianos y verdaderos villanos, no se lo hubieran impedido (...) [Él] se esforzó enormemente por traer a aquellos nestorianos a la obediencia bajo nuestra madre la santa Iglesia de Roma; obediencia sin la cual, les dijo, ellos no podrían ser salvos. Por esa razón aquellos nestorianos sectarios lo aborrecieron tanto.”

Se dice que los nestorianos alcanzaron la cifra de más de 30.000 en Catay y que llegaron a ser muy ricos, contando con iglesias muy hermosas, ordenadas, con mucha devoción, y manteniendo la presencia de cruces e imágenes en honor a Dios y a los santos. “Se cree que si ellos hubieran coincidido y hubieran estado de acuerdo con los frailes secundarios y con otros cristianos verdaderos que vivían en aquel país, habrían convertido a todo el país y también al emperador a la fe verdadera.”

El mismo Juan de Montecorvino, al describir sus propios métodos de trabajo, se queja de que sus hermanos no le escriben y que está muy preocupado por las noticias procedentes de Europa. Él cuenta acerca de un doctor viajero “el cual”, dice, “ha difundido en estas regiones las más increíbles blasfemias sobre la corte de Roma y sobre nuestra orden y el estado de las cosas en Occidente, y sobre este asunto anhelo sobremanera obtener la información verdadera”. Él solicita colaboradores aptos y dice que ya ha traducido el Nuevo Testamento y el Salterio al idioma del país “y he hecho”, agrega, “que los pasen en limpio en la letra más elegante que tengan. Y así por medio de la Escritura, la lectura y la predicación doy un testimonio abierto y público de la ley de Cristo”.

*Las Escrituras
chinas*

Cuando Robert Morrison se encontraba en Londres, aprendiendo el idioma chino antes de salir para la Sociedad Misionera Londinense para llevar a cabo su gran obra de traducir la Biblia al idioma

chino, se le mostró un manuscrito chino que había sido encontrado en el museo británico. Él estudió este manuscrito, que contenía una colección de los Evangelios, el libro de los Hechos y las epístolas paulinas así como un diccionario latín-chino que supuestamente era la obra de un misionero católico romano desconocido del siglo XVI.

En los anales chinos, después de una descripción del fin de la dinastía mongol y el auge de la dinastía ming (1368), se hace el siguiente comentario:

Del Gran Océano Occidental vino a la capital un nativo y dijo que el Señor del cielo, Ye-su [Jesús], nació en Yu-té-a [Judea], la cual es idéntica al antiguo país de Ta Ts' en [Roma]; que este país se conoce en los libros históricos por haber existido desde la creación del mundo durante los últimos 6.000 años; que es incuestionablemente la tierra sagrada de la historia y el origen de todos los asuntos mundanos, y que debe considerarse como el país donde el Señor del cielo creó al género humano. Este relato parece un tanto exagerado y no se debe confiar en él.

Con la excepción de un numeroso e interesante grupo de cristianos sirios en la costa de Malabar al sur de la India, y algunos remanentes en los alrededores del Urumea, cerca de su lugar de origen, estas iglesias sirias y persas han desaparecido de Asia donde una vez estuvieron tan ampliamente diseminadas.

Hasta finales del tercer siglo estas iglesias retuvieron una gran parte de la simplicidad bíblica en cuanto a su organización. Ajenos hasta cierto punto de los debates teológicos que tenían lugar en Occidente, los mensajeros apostólicos que salieron de estas iglesias concentraron todos sus esfuerzos en la realización de viajes constantes, y tuvieron éxito en la difusión del Evangelio y en la fundación de iglesias hasta en las más remotas regiones de Asia.

La decadencia de las iglesias sirias

En el cuarto siglo, cuando las iglesias en el mundo romano tuvieron una tregua en la persecución de la cual habían sido objetos, aquellas en Persia y en Oriente entraron en un período de fuertes pruebas como nunca antes habían experimentado. Ellas soportaron esto, y su fe y paciencia prevalecieron por encima de todo. Durante este tiempo estas iglesias fueron más debilitadas por las estratagemas calculadas del Papa ben Aggai que por las pérdidas sufridas durante la persecución, y esto

Capítulo 4

preparó el terreno para la introducción del sistema de la Iglesia Romana en el Sínodo de Seleucia a inicios del quinto siglo. El sistema aquí fue necesariamente modificado por el hecho de que en el Imperio Persa y en las partes más lejanas de Asia los gobernantes siguieron siendo paganos. Probablemente aquellos que, en la época de Constantino habían visto en la unión de la Iglesia y el estado la causa fundamental de la corrupción de las iglesias en Occidente, esperaron mejores cosas en Oriente donde semejante unión no podría tener lugar.

En todo caso, prevaleció la organización romana de parroquias, clero, Obispos, Metropolitanos, y, renunciando al orden bíblico simple de las iglesias con sus ancianos, las iglesias sirias desviaron sus esfuerzos hacia los conflictos, intrigas y divisiones que de manera continua tuvieron lugar entre ellas debido a los esfuerzos de varios hombres por obtener el puesto influyente de Obispo o *Catholikos*. Ni aun los avivamientos importantes que en ocasiones tuvieron lugar fueron capaces de contener su curso descendente en vista de que estos eran la obra de personas influyentes que aspiraban a fortalecer la autoridad episcopal en lugar de fomentar la obra del Espíritu Santo entre las personas para llevarlos, por medio de la Palabra, a obedecer los mandamientos del Señor.

*Causas de la
decadencia*

La división nestoriana, al separar la Iglesia oriental de la occidental, pudo haber sido un motivo de avivamiento si hubiera conducido a un regreso al modelo de las Escrituras, pero aunque dicha separación estimuló por un tiempo el celo misionero, no se deshizo del dominio del clero ni de la fe en la eficacia para salvación de los sacramentos que ellos administraban. Las iglesias desaprovecharon mucho los beneficios de la separación del estado cuando contaban con un *Catholikos* o patriarca que podía obtener la ayuda del poder secular para hacer cumplir sus decretos, y por medio de quien el estado también podía ejercer una influencia sobre ellas. A las iglesias se les enseñó a recurrir a Seleucia o Bagdad en lugar de recurrir a Cristo como su centro; a enviar sus informes a los hombres en lugar de presentar sus asuntos directamente al “*que anda en medio de los siete candeleros de oro*”, y a recibir la dirección de los Obispos en vez de contar con el Espíritu Santo para distribuir entre ellos los dones necesarios para su edificación y para el avance de la predicación del Evangelio.

Por esta misma vía también se introdujo y extendió el uso de las imágenes, debilitando el testimonio del Evangelio entre los paganos idólatras y destruyendo su poder para resistir la fuerte ola del Islam que iba creciendo, la cual arrasó y aún domina extensos territorios donde una vez existieron las más prometedoras esperanzas de que predominaría el conocimiento de Cristo.

Notas finales

- ¹ *The Syrian Churches*, J. W. Etheridge.
- ² *Le Christianisme dans l'Empire Perse sous la Dynastie Sassanide (224-632)*, J. Labourt.
- ³ *Early Christianity Outside the Roman Empire*, F. C. Burkitt, M.A.
- ⁴ *Das Buch des Synhadod*, Oscar Braun.
- ⁵ *Nestorius and His Teachings*, J. Bethune-Baker.
- ⁶ *The Bazaar of Heraclides of Damascus*, J. Bethune-Baker.
- ⁷ *Cathay and the Way Thither*, Col. Sir Henry Yule, Hakluyt Society.
- ⁸ *Nestorian Missionary Enterprise*, por el Rev. John Stewart, M.A., Ph.D. (T. & T. Clark, Edinburgh, 1928). Es una obra de mucho valor en sí misma, y, además, por referirse a las autoridades nombradas, incluyendo a Chwolson, el traductor de estas inscripciones.
- ⁹ *Cathay and the Way Thither*, Col. Sir Henry Yule, Hakluyt Society.

Los valdenses y los albigenses

(1100–1230; 70–1700; 1160–1318; 1100–1500)

Pierre de Brueys; Henri el diácono; Los nombres sectarios son rechazados; El nombre albigenses; Las visitas de los hermanos de los Balcanes; Los perfectos; Provenza es invadida; El establecimiento de la Inquisición; Los valdenses; Los leonistas; Los nombres; La tradición en los valles; Pedro Valdo; Los “pobres de Lyon”; El incremento de la actividad misionera; San Francisco de Asís; Las órdenes de los frailes; La propagación de las iglesias; La doctrina y práctica de los hermanos; Los valles valdenses son atacados; Los begardos y las beguinas.

Los hermanos de Bosnia y otros países de los Balcanes, al abrirse paso a través de Italia, se internaron en el sur de Francia, encontrando allí en todas partes a aquellos que compartían su fe. La enseñanza que ellos trajeron consigo fue bien recibida. El clero romano los llamó búlgaros, cátaros, patarinos y otros nombres.

Además, siguiendo la ya centenaria costumbre en Asia Menor y en los países de los Balcanes, el clero afirmó que eran maniqueos.

Además de los círculos a los que estos pertenecían, también se formaron otros dentro de la Iglesia de Roma¹ como resultado de movimientos espirituales que se desarrollaron de manera que arrastraron tras sí a multitudes de personas. Estas personas, nominalmente parte de la Iglesia Romana, abandonaron los servicios religiosos a que habían estado acostumbradas para agruparse alrededor de aquellos que les leían y explicaban la Palabra de Dios. Destacado entre aquellos maestros

*El periodo de
1100–1230*

*Pierre de Brueys
(?–c 1126)*

Capítulo 5

fue Pierre de Brueys, predicador diligente y capaz que durante veinte años, hasta que fue quemado en San Gil (1126), afrontando valientemente todo tipo de peligros, viajó a través de Delfinado, Provenza, Languedoc y Gasuña para sacar a las multitudes de las supersticiones en las que habían sido instruidas y llevarlas a las enseñanzas de las Escrituras. Pierre de Brueys demostró a partir de las Escrituras que nadie debía ser bautizado hasta alcanzar el completo uso de su razón; que es inútil construir capillas, pues Dios acepta la adoración sincera dondequiera que sea ofrecida; que los crucifijos no deben ser venerados, sino que más bien deben verse con horror, pues representan el instrumento en el que sufrió nuestro Señor; que el pan y el vino no son transformados en el cuerpo y la sangre de Cristo, sino que son símbolos conmemorativos de su muerte; y que las oraciones y las buenas obras de los vivos no pueden beneficiar a los muertos.

A Pierre de Brueys se unió Henri, un monje de Cluny en las órdenes

Henri de Cluny
(?-c 1147)

de los diáconos, cuyo aspecto impresionante, voz potente y gran don para la oratoria hacían inevitable que se le prestara atención. Su constante denuncia de los evidentes males que abundaban, sus convincentes exposiciones de las Escrituras, y su entusiasmo y devoción, hicieron que muchísimas personas llegaran al arrepentimiento y a la fe. Entre ellos se encontraban pecadores bien conocidos que se convirtieron al Señor y transformaron sus vidas. Los sacerdotes que trataban de oponerse quedaban aterrorizados ante el poder de la predicación de Henri y al ver las multitudes que le seguían.

Sin dejarse intimidar por la muerte violenta de su admirado hermano mayor y colega, Henri continuó su testimonio hasta que Bernardo de Claraval, en aquel momento el hombre más poderoso en Europa, fue llamado a oponérsele, pues era el único que podría hacerlo exitosamente. Bernardo encontró a las iglesias desiertas y a la gente totalmente apartada del clero. Aunque Henri fue obligado a huir de su poderoso adversario, toda la autoridad y la oratoria de Bernardo solamente pudieron ponerle una restricción temporal al movimiento que ya no dependía de ningún individuo, sino que se había convertido en un movimiento espiritual que afectaba a toda la población. Henri fue capaz de eludir la captura por un largo período de tiempo, pudiendo así continuar su obra intrépida, pero, cayendo finalmente en manos del clero, fue encarcelado y murió en prisión o fue ejecutado en Toulouse.

Los valdenses y los albigenses

De acuerdo con la costumbre empedernida de atribuirle algún nombre sectario a cualquiera que se esforzara por regresar a la enseñanza de las Escrituras, durante este período muchos fueron llamados petrobrusianos o henricianos, nombres que ellos mismos nunca admitieron. Bernardo de Claraval se quejó amargamente por el hecho de que ellos rehusaban tomar el nombre de alguien como su fundador. Bernardo dijo:

Pregúnteles el nombre del autor de su secta y ellos no la atribuirán a nadie. ¿Qué herejía existe que de entre los hombres no haya tenido su propio padre hereje? Los maniqueos tuvieron a Mani como su príncipe y preceptor, los sabelianos a Sabelio, los arrianos a Arrio, los eunomianos a Eunomio, los nestorianos a Nestorio. Igualmente todas las otras plagas de esta calaña han tenido cada una su propio hombre, como sus respectivos fundadores, de quienes han derivado tanto su origen como su nombre. Sin embargo, ¿por qué apelativo o título se podría llamar a estos herejes? En realidad por ninguno, debido a que su herejía no proviene de hombres, ni tampoco la han recibido a través de hombres.

Bernardo de Claraval finalmente llega a la conclusión de que ellos habían recibido su herejía de los demonios.

El nombre albigenses² no aparece hasta después del Concilio celebrado en Lombers cerca de Albi a mediados del siglo XII. Las personas llevadas a juicio allí hicieron una confesión de fe que no se diferenció mucho de la que un católico romano hubiera hecho; pero como ellos objetaron, por razones de conciencia, prestar juramento en confirmación de lo que habían dicho, fueron condenados. El hecho de que ellos hayan hecho esta confesión, que también incluía una declaración que reconocía el bautismo de infantes, demuestra que no todos los afectados por los movimientos religiosos de la época diferían en el mismo grado de las enseñanzas de la Iglesia dominante. En una época de semejante desorden espiritual, echaron raíces toda clase de ideas extrañas y extravagantes, y tanto el error como la verdad encontraron tierra fértil. Pareciera que algunas personas que fueron interrogadas y castigadas eran místicas, y aunque muchos que fueron acusados de ser maniqueos no tenían relación alguna con ellos, sí se encontraron casos de personas que abrazaban la doctrina maniquea; estos fácilmente fueron confundidos con otros que eran inocentes de tal enseñanza.

*El nombre
"albigenses"*

Capítulo 5

Entre la gente, los hermanos fueron generalmente llamados “los buenos”. Existe un testimonio general de que su estilo de vida sirvió de modelo para todos, y especialmente que su sencillez y piedad contrastaban con los excesos del clero.

En San Félix de Caraman, cerca de Toulouse, en 1167, se celebró una conferencia de maestros de estas iglesias en la cual un anciano de Constantinopla desempeñó un papel importante. Él trajo buenas noticias del progreso de las iglesias en su propio distrito y también en Rumania, Bulgaria y Dalmacia. En 1201, la visita de otro líder de Albania motivó un avivamiento extenso en el sur de Francia.

Algunos entre los hermanos se dedicaron completamente a viajar y ministrar la Palabra de Dios, y fueron llamados “los perfectos”. Y, conforme a las palabras del Señor en Mateo 19.21, no poseían nada, no tenían hogar, y literalmente vivían según ese mandamiento. Sin embargo, ellos reconocían que no todos son llamados a seguir ese camino, y que la mayoría de los creyentes, aunque reconociendo que ellos mismos y todo lo que tenían pertenecía a Cristo, debían servirle sin alejarse de sus familias y sin dejar sus empleos normales.

En Languedoc y Provenza en el sur de Francia existía una civilización que se adelantaba a la de otros países. Las pretensiones de la Iglesia Romana de gobernar habían encontrado allí oposición y rechazo en sentido general. Las congregaciones de creyentes que se reunían aparte de la Iglesia Católica eran numerosas e iban en aumento. A menudo se les llama albigenses, pero este nombre nunca fue usado por ellos ni para referirse a ellos hasta en un período posterior. Ellos mantenían una relación íntima con los hermanos —ya fueran llamados valdenses, los “pobres de Lyon”, bogomilos o de otra manera— de los países vecinos donde las iglesias se propagaron entre los diferentes pueblos.



*Provenza es
devastada*

El Papa Inocencio III le exigió al Conde de Toulouse, Raimundo VI, que gobernaba en Provenza, y a otros gobernantes y preladados en el sur de Francia, desterrar a los herejes. Esto hubiera significado la ruina del país. Por un tiempo Raimundo desató el orden hasta donde pudo, pero pronto se vio involucrado en una pelea inútil con el Papa, que en 1209 declaró una cruzada contra él y su gente. Las indulgencias, como las que

se habían concedido a los que participaron en las cruzadas que fueron a Palestina, arriesgando sus vidas para rescatar de los saracenos musulmanes los lugares sagrados, ahora eran ofrecidas a todos los que tomaran parte en la obra, aun más fácil, de destruir las provincias más fructíferas de Francia. Esto, y las expectativas de lograr botines y licencias de todo tipo, atrajeron a cientos de miles de hombres.

Bajo la dirección de altos dignatarios clericales y dirigidos por Simón de Montfort, líder militar de gran capacidad, hombre de ambición sin límites y de una crueldad despiadada, fue arrasada la región más hermosa y cultivada de Europa en aquella época. Durante veinte años esta región se convirtió en el escenario de una maldad y crueldad espantosas, y fue reducida a la desolación.

Cuando al poblado de Béziers se le ordenó que se rindiera, los habitantes católicos se unieron a la negativa de los disidentes a pesar de haber sido advertidos de que si el lugar era tomado no quedaría alma con vida. El poblado fue tomado, y de las decenas de miles que se habían refugiado allí, ninguno fue perdonado. Luego de la toma de otro lugar, La Minerva, fueron encontrados alrededor de 140 creyentes. Las mujeres estaban en una casa y los hombres en otra; todos estaban orando mientras esperaban la hora de su muerte. Simón de Montfort había ordenado preparar una gran hoguera, y les mandó que se convirtieran a la fe católica o que de lo contrario subieran a aquella hoguera. Ellos respondieron que no reconocían a ninguna autoridad sacerdotal o papal, sino solamente la de Cristo y su Palabra. Entonces se encendió el fuego y los confesores, sin vacilar, entraron en las llamas.

Fue cerca de este lugar, en la localidad de Carbona, que fue establecida la Inquisición (1210) bajo la dirección de Domingo, fundador de la orden de los dominicos. Cuando en el Concilio de Toulouse (1229), la Inquisición se convirtió en una institución permanente, la Biblia, con la sola excepción del Salterio en Latín, fue prohibida para el laicado. Se decretó que no podrían tener ninguna porción de la Biblia traducida a sus propios idiomas. Fue así como la Inquisición terminó lo que la cruzada había dejado inconcluso. Muchos de los hermanos huyeron hacia los países balcánicos; otros fueron dispersos por las tierras vecinas. La civilización de Provenza desapareció y las provincias independientes del sur fueron anexadas a la corona francesa.

*La Inquisición
comienza en 1210*

Capítulo 5

En los valles alpinos de Piedmont existieron durante siglos congregaciones de creyentes que se llamaban a sí mismos hermanos, y que más tarde llegaron a conocerse ampliamente como valdenses o vaudois, aunque ellos no aceptaban el nombre. Ellos trazaban su origen en aquellas regiones hasta los tiempos apostólicos. Al igual que muchos de los llamados cátaros, paulicianos y otras iglesias, estas no eran iglesias “reformadas”, pues nunca se habían degenerado del modelo del Nuevo Testamento como lo habían hecho la Iglesia Romana, Griega y otras, sino que habían mantenido siempre, aunque en grados variables, la tradición apostólica. Desde la época de Constantino había existido una sucesión de aquellos que predicaban el Evangelio y fundaban iglesias sin dejarse influenciar por las relaciones existentes entre la Iglesia y el estado. Esto explica la gran cantidad de grupos cristianos, bien fundados en las Escrituras y libres de la idolatría y de otros males imperantes en la Iglesia dominante y nominal de aquel tiempo, que fueron hallados en los montes del Tauro y en los valles alpinos.

*El período de
70–1700*

Estos últimos, en el tranquilo aislamiento de sus montañas, no habían sido afectados por el desarrollo de la Iglesia Romana. Ellos consideraban que las Escrituras, tanto en lo referente a doctrina como al orden de la iglesia, eran la autoridad para su tiempo y que no se encontraban obsoletas debido al cambio de circunstancias. De ellos se dijo que todo su modo de pensar y actuar era un esfuerzo por mantener firme el carácter del cristianismo original. Una prueba de que ellos no eran “reformistas” es su relativa tolerancia de la Iglesia Católica Romana, mientras que el reformista casi inevitablemente acentúa la maldad de aquello de lo cual se ha separado, a fin de justificar sus actos. En su trato con sus contemporáneos que se separaron de la Iglesia de Roma, así como más adelante en sus negociaciones con los reformistas de la Reforma, este reconocimiento de lo que era bueno en la Iglesia que los persiguió aparece repetidamente.

*Las iglesias en los
valles alpinos*

El inquisidor Reinerio, quien murió en 1259, ha dejado constancia de esto:

Los valdenses y los albigenses

En lo que se refiere a las sectas de los antiguos herejes, obsérvese que han existido más de setenta, de las cuales todas, excepto las sectas de los maniqueos, los arrianos, los runcarianos y los leonistas que han infectado a Alemania, con el favor de Dios han sido destruidas. Entre todas estas sectas, que aún existen o han existido anteriormente, no existe ninguna más nociva para la Iglesia que la de los leonistas, y esto se debe a tres razones fundamentales. La primera: Esta ha sido la de mayor continuación, pues muchos dicen que ha perdurado desde la época de Silvestre, y otros dicen que ha perdurado desde el tiempo de los apóstoles. La segunda: Es la más diseminada, ya que apenas hay un país en que esta secta no existe. Y la tercera: Mientras todas las otras sectas, por medio de la gravedad de sus blasfemias contra Dios, infunden terror a los oyentes, esta de los leonistas tiene una gran apariencia de piedad en vista de que ellos viven de manera piadosa ante los hombres y creen en todas las cosas con relación a Dios, junto con todos los artículos contenidos en el credo; sólo que ellos blasfeman contra la Iglesia Romana y el clero, sentimiento que la gran multitud del laicado esta más que dispuesta a compartir.

Pilichdorf, un escritor posterior, y además, un enemigo acérrimo de las sectas, escribió que las personas que afirmaban haber existido desde la época del Papa Silvestre eran los valdenses.

Algunos han sugerido que Claudio, Obispo de Turín, fue el fundador de los valdenses en las montañas de Piedmont. Él y ellos tenían mucho en común, y deben haberse fortalecido y animado los unos a los otros, pero los hermanos llamados valdenses eran de origen más antiguo. Marco Aurelio Rorenco, prior de San Roque en Turín, recibió la orden en 1630 de escribir un informe de la historia y las opiniones de los valdenses. Él escribió que los valdenses eran demasiado antiguos como para dar una certeza absoluta a la fecha exacta de su origen, pero que, en todo caso, ni siquiera en los siglos IX y X eran una secta nueva. Y agregó, además, que en el siglo IX, muy lejos de ser una secta nueva, eran más bien considerados una raza de fomentadores y promotores de opiniones que los precedieron. Más adelante, Marco Aurelio escribió que Claudio de Turín debía ser incluido entre aquellos fomentadores y promotores, en el sentido de que negaba la debida reverencia a la santa cruz, rechazaba la veneración e invocación de los santos y, además, era un destructor principal de las imágenes. En su comentario sobre la Epístola a los Gálatas, Claudio enseña claramente la justificación por medio de la fe, y señala el error de la Iglesia al desviarse de esa verdad.

La antigüedad de los valdenses

Capítulo 5

Los hermanos en los valles jamás perdieron el conocimiento y la conciencia de su origen e historia ininterrumpida allí. Cuando desde el siglo XIV en adelante los valles fueron invadidos y la gente tuvo que negociar con los gobernantes vecinos, ellos siempre hicieron hincapié en esto. A los príncipes de Savoy, que se relacionaron con ellos por más tiempo, pudieron siempre defender la uniformidad de su fe sin temor a contradecirse, de padre a hijo, desde tiempo inmemorables, incluso desde la misma época de los apóstoles.

A Francisco I de Francia, en 1544, ellos le dijeron: “Esta confesión es la que hemos recibido de nuestros antepasados, incluso de generación en generación, según sus predecesores en todo tiempo y época la han enseñado y dado”. Unos años más tarde, al Príncipe de Savoy le dijeron: “Considere, su Alteza, que esta religión en la cual vivimos no es simplemente nuestra religión del presente o una religión descubierta por primera vez hace sólo unos pocos años, como nuestros enemigos falsamente pretenden hacer creer, sino que esta es la religión de nuestros padres y de nuestros abuelos, sí, de nuestros antepasados y de nuestros predecesores aun más lejanos en el tiempo. Es la religión de los santos y de los mártires, de los confesores y de los apóstoles.”

Cuando los valdenses entraron en contacto con los reformistas en el siglo XVI, dijeron: “En repetidas veces nuestros antepasados nos han contado que nosotros hemos existido desde la época de los apóstoles. Sin embargo, coincidimos con ustedes en todos los asuntos y, creyendo como ustedes desde los mismos días de los apóstoles, siempre hemos sido constantes con relación a la fe.”

*El período de
1160–1318*

Al regreso de los valdenses a sus valles, el líder de los reformistas, Henri Arnoldo, en 1689, dijo: “Hasta sus adversarios dan fe de que su religión es tan primitiva como su nombre es venerable”. Luego cita a Reinerio el Inquisidor que, en su informe al Papa sobre el tema de la fe de los valdenses, admite: “Ellos han existido desde tiempo inmemorable”. “No sería difícil”, continua Arnoldo, “demostrar que este pobre grupo de los fieles se encontraba en los valles de Piedmont desde hace más de cuatro siglos antes de la aparición de personajes extraordinarios como Martín Lutero y Calvino y las luces subsiguientes de la Reforma. Tampoco su iglesia ha sido alguna vez reformada de donde surge el título de evangélica.

Los valdenses y los albigenses

Los valdenses en realidad son descendientes de aquellos refugiados de Italia, que, después que el apóstol Pablo había predicado allí el Evangelio, dejaron su patria amada, como la mujer a la cual se hace mención en el libro de Apocalipsis, y huyeron a estas montañas lejanas donde hasta el día de hoy han transmitido el Evangelio de generación en generación con la misma pureza y simplicidad como fue predicado por el apóstol Pablo.”

Pedro Valdo de Lyón, un próspero comerciante y banquero, fue estimulado a ver su necesidad de salvación a causa de la muerte repentina de uno de los invitados a una fiesta que él había dado. A partir de ese momento se interesó tanto por las Escrituras que empleó a algunas personas para que le tradujeran pasajes de las mismas al dialecto romance (1160). Él había quedado conmovido por la historia de San Alejo, de quien se contaba que había vendido todo lo que tenía y había ido en peregrinación a la Tierra Santa. Un teólogo dirigió a Valdo a las palabras del Señor en Mateo 19.21: *“Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme”*. Por lo tanto, Valdo cedió sus bienes raíces a su esposa, vendió el resto y lo distribuyó entre los pobres (1173).

Pedro Valdo
(?-c 1217)

Pedro Valdo se dedicó por un tiempo al estudio de las Escrituras y luego (1180) se entregó a los viajes y a la predicación, tomando como guía las palabras del Señor: *“Designó el Señor también a otros setenta, a quienes envió de dos en dos delante de él a toda ciudad y lugar adonde él había de ir. Y les decía: La mies a la verdad es mucha, mas los obreros pocos; por tanto, rogad al Señor de la mies que envíe obreros a su mies. Id; he aquí yo os envío como corderos en medio de lobos. No llevéis bolsa, ni alforja, ni calzado; y a nadie saludéis por el camino”* (Lucas 10.1–4).

Sus compañeros le acompañaron, y viajando y predicando de esta manera, ellos llegaron a conocerse como los “pobres de Lyón”. Su solicitud de reconocimiento ante el tercer Concilio de Letrán (1179), bajo el Papa Alejandro III, ya había sido rechazada con desdén. Entonces fueron expulsados de Lyón y excomulgados (1184) mediante un edicto imperial. Fueron dispersados por los países vecinos, y su predicación demostró ser muy eficaz, de manera que los “pobres de Lyón” se convirtió en uno de los muchos nombres atribuidos a aquellos que seguían a Cristo y su enseñanza.

Los “pobres de
Lyón”

Capítulo 5

Un inquisidor, David de Augsburgo, dijo: “La secta de los ‘pobres de Lyon’ y otras similares se hacen cada vez más peligrosas mientras más se visten con la apariencia de piedad (...) su estilo de vida es, según su apariencia externa, humilde y modesto, pero el orgullo habita en sus corazones”. Ellos dicen que hay piadosos entre ellos, “pero no ven”, continua David, “que nosotros tenemos muchos más y mejores hombres que ellos, y que no se visten de simple apariencia, mientras que entre los herejes todo es maldad cubierta de hipocresía”. Una antigua crónica habla sobre como en una fecha tan temprana como el año 1177 “los discípulos de Pedro Valdo fueron de Lyon a Alemania y comenzaron a predicar en Frankfurt y en Nuremberg, pero como el Concilio en Nuremberg fue advertido de que debían capturarlos y quemarlos, estos huyeron hacia Bohemia”.

Las relaciones de Pedro Valdo con los valdenses eran tan estrechas que muchos aseguran que él fue su fundador, aunque otros derivan el nombre de los valles alpinos, *Vallenses*, lugar donde muchos de aquellos creyentes vivieron. Es cierto que Valdo fue muy estimado entre ellos, pero no es posible que él haya sido su fundador, porque ellos fundaron su fe y práctica en las Escrituras y fueron seguidores de aquellos que desde las épocas más primitivas habían hecho lo mismo. Para el mundo el hecho de atribuirles el nombre de un hombre destacado entre ellos fue sólo cuestión de seguir la costumbre normal de sus adversarios, a quienes no les gustaba admitir su derecho a llamarse “cristianos” o “hermanos”, como ellos mismos se llamaban entre sí.

Pedro Valdo continuó sus viajes y con el tiempo llegó a Bohemia donde, después de haber trabajado y sembrado mucha semilla durante muchos años, murió (1217). El fruto de su esfuerzo fue visto en la cosecha espiritual que se dio en aquel país en la época de Juan Hus, e incluso más adelante. La aparición de Pedro Valdo y su grupo de predicadores le dio un impulso extraordinario a las actividades misioneras de los valdenses, que hasta ese momento habían estado un tanto aislados en sus valles remotos, pero ahora iban a todas partes predicando la Palabra de Dios.

Francisco de Asís
(1182–1226)

Dentro de la Iglesia Católica Romana había muchas almas que sufrían bajo la mundanería predominante y deseaban un avivamiento espiritual, sin salir de tal sistema para unirse a las iglesias de creyentes que,

fuera de la Iglesia Católica Romana, se esforzaban por actuar sobre los principios de las Escrituras. En el mismo año (1209) en que el Papa Inocencio III inauguró la cruzada contra el sur de Francia, Francisco de Asís escuchó, en una mañana de invierno, en la misa, las palabras de Jesús que aparecen en el capítulo 10 del libro de Mateo. En ese capítulo Jesús les da instrucciones a los doce apóstoles y los envía a predicar. Francisco, de 27 años de edad, vio en esto la manera de llevar a cabo la reforma que él tanto había deseado. Se sintió llamado a predicar en la más extrema pobreza y humildad. De allí surgió la orden de los frailes franciscanos, la cual se propagó rápidamente por todo el mundo.

Francisco fue un gran predicador, y su sinceridad, devoción y naturaleza alegre atrajeron a multitudes a escucharlo. En 1210, viajó a Roma, acompañado de un pequeño grupo de sus más antiguos seguidores, y obtuvo del Papa una aprobación verbal, un tanto renuente, de su “Reglamento”, y la autorización para predicar. El número de personas que quería unirse a él incrementó tan rápidamente que para suplir las necesidades de aquellos que deseaban cumplir con el Reglamento y, además, continuar en sus actividades de costumbre, fue necesario formar la “tercera orden”, los terciarios. Estos continuaron en sus ocupaciones seculares a la vez que se sometían a un reglamento de vida prescrito. El modelo para dicho reglamento se encuentra mayormente en las instrucciones del Señor Jesús a sus apóstoles.



El reglamento de los frailes

Ellos se comprometieron a devolver las ganancias mal habidas, reconciliarse con sus enemigos, vivir en paz con todos, llevar una vida de oración y obras de caridad, practicar los ayunos y las vigilias, dar los diezmos a la Iglesia, no hacer juramentos, no usar las armas, no usar un lenguaje profano y practicar reverencia para con los muertos. El espíritu de Francisco de Asís ardía con un deseo de convertir a los paganos, a los musulmanes, así como a sus propios coterráneos italianos, y en dos ocasiones sufrió casi hasta la muerte en su intento de alcanzar y predicar a los “infeles” en Palestina y Marruecos.

En 1219 se celebró el Segundo Cabildo General de la orden, y muchos frailes fueron enviados a todos los países, desde Alemania hasta el norte de África, y posteriormente a Inglaterra también. Cinco de los frailes que fueron a Marruecos sufrieron martirio. Pronto la orden creció más allá del poder

Capítulo 5

de Francisco para controlarla. Fue quedando bajo la autoridad organizativa de hombres de diferentes ideales, y, para su gran tristeza, el Reglamento de Pobreza fue modificado. Después de su muerte (1226) la división, que había comenzado en fechas más tempranas, entre los frailes estrictos y los laxos, se hizo más aguda. Los más estrictos o *Spirituali* fueron perseguidos; cuatro de ellos fueron quemados en Marsella (1318), y en el mismo año el Papa declaró como herejía la enseñanza de que Cristo y sus apóstoles no poseían nada.

Estas nuevas órdenes de frailes, los dominicos y los franciscanos, al igual que las otras órdenes monásticas más antiguas, surgieron a partir de un deseo sincero por liberarse de los intolerables males predominantes en

Las órdenes de los franciscanos y los dominicos

la Iglesia y en el mundo, y por la búsqueda de Dios por parte de las almas. Mientras que las órdenes monásticas más antiguas se dedicaban principalmente a la salvación personal y a la santificación, las posteriores órdenes de frailes se dedicaron más a ayudar a hombres y mujeres a su alrededor en sus

necesidades y miserias. Ambas instituciones, las órdenes monásticas y las predicadoras, ejercieron por un tiempo una influencia generalizada para bien. Sin embargo, estando fundadas sobre las ideas de los hombres, ambas degeneraron rápidamente, y se convirtieron en instrumentos del mal, agentes activos que se oponían a aquellos que buscaban un avivamiento mediante el cumplimiento y la divulgación de las Escrituras.

Las historias de los monjes y de los frailes muestran que si un movimiento espiritual se mantiene dentro de los límites de la Iglesia Católica Romana o de cualquier sistema similar, está condenado al fracaso, e inevitablemente tiene que rebajarse al nivel de aquello a que originalmente buscaba reformar. Dicho movimiento adquiere una exención de la persecución a costa de su vida. Tanto Francisco de Asís como Pedro Valdo fueron poseídos por la misma enseñanza del Señor, y se entregaron a él con la mayor devoción. En cada caso el ejemplo brindado y la enseñanza dada se adueñaron de los corazones de grandes multitudes y afectaron todo su estilo de vida. La semejanza se convirtió en contraste cuando uno fue aceptado y el otro rechazado por la religión organizada de Roma. La relación íntima con el Señor posiblemente siguió siendo la misma, pero el desenvolvimiento de ambas vidas se diferenció sobremanera. Los franciscanos, siendo absorbidos por el sistema romano, contribuyeron a atar hombres a dicho sistema,

mientras que Valdo y su grupo de predicadores dirigieron a infinidad de almas a las Escrituras, de donde aprendieron a sacar por sí mismas suministros frescos e inagotables de las fuentes de salvación.

En 1163, un Concilio de la Iglesia Romana en Tours,³ convocado por el Papa Alejandro III, prohibió cualquier contacto con los valdenses debido a que ellos enseñaban “una herejía condenable surgida en el territorio de Toulouse mucho tiempo atrás”. A finales del siglo XII había una iglesia valdense de muchos miembros en Metz que contaba con traducciones de la Biblia. La iglesia en Colonia existía mucho antes de 1150 cuando varios de sus miembros fueron ejecutados, y de quienes su juez dijo: “Ellos fueron a su muerte no sólo con paciencia, sino además con entusiasmo”.

*El periodo de
1100–1500*

En España en 1192, el Rey Alfonso de Aragón decretó un edicto contra ellos y declaró que al hacerlo estaba actuando conforme al ejemplo de sus predecesores. Los valdenses ya eran numerosos en Francia, Italia, Austria y en muchos otros países. En la diócesis de Passau, en 1260, se encontró que había valdenses en cuarenta y dos parroquias. Un sacerdote de Passau escribió en aquel entonces: “En Lombardía, Provenza, y en otras partes los herejes tenían más escuelas que los teólogos, y mucho más oyentes. Ellos discutían sus temas abiertamente y convocaban a la gente a participar en las reuniones solemnes en los mercados o al aire libre. Nadie se atrevía a impedirselos a causa del poder y la cantidad de sus admiradores”.

En Estrasburgo en 1212, los dominicos ya habían arrestado a 500 personas que pertenecían a las iglesias de los valdenses. Provenían de todas las clases sociales —nobles, sacerdotes, ricos y pobres, hombres y mujeres. Los prisioneros declararon que había muchos como ellos en Suiza, Italia, Alemania, Bohemia, etc. Ochenta de ellos, incluyendo a 12 sacerdotes y 23 mujeres, fueron lanzados a las llamas. Su líder y anciano, llamado Juan, declaró cuando estaba a punto de morir: “Somos pecadores, pero nuestra fe no es la responsable de ello, ni tampoco somos culpables de la blasfemia de la cual se nos acusa sin razón; sin embargo, esperamos el perdón de nuestros pecados, y eso sin la ayuda de los hombres, ni tampoco por medio de los méritos de nuestras propias obras”. Las propiedades de los ejecutados fueron repartidas entre la Iglesia y la autoridad civil, la cual puso su poder a disposición de la Iglesia.

Capítulo 5

Un decreto del Papa Gregorio IX (1263), declaraba: “Nosotros excomulgamos y anatematizamos a todos los herejes, cátaros, patarinos, “pobres de Lyón”, passagini, jospini, arnaldistae, speronistae y otros por cualquiera de los nombres que se les conozca, teniendo realmente diferentes caras, pero estando unidos por sus colas y encontrándose en el mismo punto por medio de su vanidad”. El inquisidor, David de Augsburgo, admitió que anteriormente “las sectas eran una secta” y que ahora se mantienen unidas en la presencia de sus enemigos. Estas declaraciones dispersas, tomados de entre muchas, son suficientes para demostrar que las iglesias primitivas estaban diseminadas por toda Europa en los siglos XII y XIII, y que en algunas partes llegaron a ser tan numerosas e influyentes como para gozar de cierta libertad, aunque en otras partes estuvieron sujetas a la más cruel persecución. Y aunque se les pusieron muchos nombres, y seguramente había diferencia de criterios entre muchas de ellas, en esencia fueron una sola, y mantuvieron entre sí una hermandad y comunicación constante.

Las doctrinas y prácticas de estos hermanos, conocidos como los valdenses y también por otros nombres, fueron de tal carácter que evidentemente ellos no fueron los frutos de un esfuerzo por reformar las Iglesias Griega y Romana y traerlas de nuevo a caminos más bíblicos.

La enseñanza de los valdenses

Al no presentar indicios de la influencia de aquellas Iglesias, estos hermanos, por el contrario, indican la continuación de una tradición antigua, transmitida desde una fuente totalmente diferente: la enseñanza de las Escrituras y la práctica de la iglesia primitiva.

Su existencia demuestra que siempre hubieron hombres de fe, hombres de un poder y conocimiento espiritual, que mantuvieron en las iglesias una tradición cercana a la de los días apostólicos, y que se apartaba mucho de la desarrollada por las Iglesias dominantes.

Aparte de las Sagradas Escrituras ellos no tenían una confesión especial de fe o religión, ni ningún reglamento. Tampoco permitieron que la autoridad de ningún hombre, por eminente que fuese, hiciera a un lado la autoridad de la Escritura. Sin embargo, a través de los siglos y en todos los países, ellos confesaron las mismas verdades y tuvieron las mismas costumbres. Consideraban las propias palabras de Cristo en los Evangelios como la más alta revelación, y si alguna vez no lograban

conciliar cualquiera de sus palabras con otras partes de la Escritura, aunque la aceptaban toda, ellos actuaban sobre lo que les parecía ser el significado obvio y sencillo de los Evangelios. Seguir a Cristo por medio de guardar sus palabras e imitar su ejemplo era su mayor preocupación y meta. El Espíritu de Cristo, decían, es eficaz en cualquier hombre en la medida en que este obedezca las palabras de Cristo y sea su verdadero seguidor. Cristo es el único que puede dar la capacidad de entender sus palabras. Si alguien lo ama, guardará sus palabras. Unas pocas verdades eran consideradas esenciales para el compañerismo, aunque por otra parte en los asuntos que se prestaban para duda o diferencias de criterio, se permitía una gran libertad. Ellos sostenían que el testimonio interno de la presencia del Espíritu de Cristo es de gran importancia, teniendo en cuenta que las verdades supremas pasan del corazón a la mente; no es que haya nueva revelación, sino una comprensión más clara de la Palabra de Dios.

Los hermanos pusieron más importancia en el Sermón del Monte que en cualquier otra parte de la Escritura. Lo consideraban como la norma de vida para los hijos de Dios. Los hermanos se oponían al derramamiento de sangre, incluso a la pena de muerte, a cualquier uso de la fuerza en asuntos de fe, y a tomar cualquier represalia contra quienes los perjudicaban. No obstante, la mayoría de ellos permitían actuar en defensa propia, incluso con armas; de manera que los habitantes de los valles y sus familias se defendían cuando eran atacados. No hacían juramentos ni invocaban el nombre de Dios o de las cosas divinas livianamente, aunque en ciertas ocasiones permitían que se les tomara juramento. Ellos no reconocían lo que sostenía la gran Iglesia nominal de que en su poder estaba el abrir o cerrar el camino de la salvación. Tampoco creían que la salvación se obtuviera por medio de algún sacramento o cualquier otra cosa, sino únicamente por medio de la fe en Cristo, la cual se muestra en las obras de amor. Ellos sostenían juntamente las doctrinas de la soberanía de Dios para elegir, y el libre albedrío del hombre.

Además, ellos consideraban que en todos los tiempos y en toda clase de iglesias existieron hombres de Dios entendidos. Por esta razón, estos hermanos hicieron uso de los escritos de Ambrosio, Agustín, Crisóstomo, Bernardo de Claraval y otros, no aceptando, sin embargo, todo lo que

Capítulo 5

escribieron, sino sólo lo que correspondía con la enseñanza más pura y más antigua de la Escritura. El amor por las disputas teológicas y las guerras de panfleto no se desarrolló entre ellos como sí sucedió en muchos otros casos; sin embargo, estaban dispuestos a morir por la verdad, hicieron mucho hincapié en el valor de la piedad práctica y anhelaron en silencio servir a Dios y hacer el bien.

En lo concerniente a la organización de la iglesia ellos practicaban la simplicidad, y no había nada entre ellos que correspondiera a lo que se había desarrollado en la Iglesia de Roma. Sin embargo, las iglesias y los ancianos asumían sus responsabilidades con la mayor seriedad. En lo concerniente a la disciplina, el nombramiento de ancianos y otras actividades, toda la iglesia tomaba parte en conjunto con sus ancianos.

*Asuntos sobre la
organización de la
iglesia*

La Cena del Señor era para todos los creyentes, y era considerada como una recordación del cuerpo del Señor que fue dado en beneficio de ellos, así como también una fuerte exhortación a vaciarse de sí mismos para ser quebrantados y purificados por su causa. “Y en lo que respecta al bautismo”, escribe un adversario con el seudónimo de Reimer (1260), “algunos se equivocan al afirmar que los infantes no son salvos por el bautismo ya que, según ellos, el Señor dice ‘el que creyere y fuere bautizado, será salvo’, pero un niño aún no cree”.

Ellos creían en la sucesión apostólica por medio de la imposición de manos de los que la tenían sobre aquellos que realmente eran llamados a recibir esta gracia. Asimismo, enseñaban que la Iglesia de Roma había perdido su derecho a la sucesión apostólica cuando el Papa Silvestre aceptó la unión de la Iglesia y el estado, pero que entre ellos sí había continuado. Sin embargo, cuando debido a las circunstancias no era posible continuar con la sucesión, ellos creían que aun así Dios podía conceder la gracia necesaria.

Aquellos a quienes ellos llamaban “apóstoles” desempeñaron un papel importante en lo que fue su testimonio. Mientras que los ancianos y supervisores permanecían en sus hogares y en las iglesias, los “apóstoles” viajaban a menudo, visitando a las iglesias. Los apóstoles valdenses no tenían propiedades, ni bienes, ni hogar, ni familia. Y si acaso los tuvieron, los dejaron. Su vida era de abnegación, privación y peligro por causa del

Señor. Viajaban en extrema simplicidad, sin dinero, sin ropa extra; sus necesidades eran suplidas por los creyentes entre quienes ellos ministraban la Palabra.

Estos “apóstoles” viajaban de dos en dos; un anciano y un joven. El joven atendía a su compañero mayor. Sus visitas eran altamente estimadas, y se los trataba con todo respeto y cariño. A causa de los peligros que se corrían en esos tiempos, por lo general viajaban haciéndose pasar por comerciantes. A menudo el joven llevaba consigo mercancías ligeras para la venta, tales como cuchillos, agujas, etc. Nunca pedían nada; en realidad, muchos emprendían estudios médicos formales para así ser capaces de atender los cuerpos de aquellos con quienes se reunían. A menudo se les daba el nombre de “amigos de Dios”. Siempre se tenía sumo cuidado a la hora de encomendar a un hombre a semejante servicio, pues se consideraba que un hombre devoto valía más que cien cuyo llamado a este ministerio no era tan evidente.

Los apóstoles escogían la pobreza, pero fuera de esto se consideraba un deber sagrado de cada iglesia proveer para sus pobres. En ocasiones, cuando las casas particulares eran insuficientes y se construían simples locales de reunión, una parte de la construcción era una casa donde los pobres y ancianos podían vivir y ser atendidos.

La habitual lectura de las Escrituras a nivel personal, la adoración familiar diaria, y las conferencias frecuentes estaban entre los medios más estimados para mantener la vida espiritual. Estos santos no tomaban parte en el gobierno; ellos decían que los apóstoles a menudo eran llevados ante los tribunales, pero nunca se dijo que alguno de ellos se haya sentado en el lugar del juez.

Ellos estimaban la educación tanto como la espiritualidad; muchos de los que ministraban la Palabra entre ellos se habían licenciado en alguna de las universidades. El Papa Inocencio III (1198–1216) dio un doble testimonio de ellos cuando dijo que entre los valdenses los laicos educados asumían las funciones de predicadores. Por otra parte, también dijo que los valdenses sólo escuchaban al que tuviera a Dios en el corazón.

La relativa paz de los valles valdenses fue interrumpida cuando, en 1380, el Papa Clemente VII envió a un monje como inquisidor para tratar con los herejes en ciertas regiones. En los trece años siguientes alrededor de 230 personas fueron quemadas, y las propiedades de las víctimas fueron

Capítulo 5

divididas entre los inquisidores y los gobernantes del país. En el invierno de 1400 se extendió el alcance de la persecución, y muchas familias se refugiaron en las montañas más altas, donde la mayoría de los niños y mujeres, y muchos hombres, murieron a causa del hambre y el frío. En 1486, un decreto de Inocencio VIII autorizó al Arcediano de Cremona para exterminar a los herejes, y dieciocho mil hombres invadieron los valles. Entonces los campesinos comenzaron a defenderse y, aprovechando la naturaleza montañosa del territorio y su conocimiento de este, hicieron retroceder a la fuerza atacante, pero aun así el conflicto se mantuvo por más de cien años.

Desde el siglo XII comenzaron a surgir informes de casas en que los ancianos, los pobres y los enfermizos vivían juntos, haciendo cualquier obra que pudieran y siendo ayudados por las donaciones de benefactores adinerados. Los miembros de estas casas no tomaban un voto y no pedían

*Los begardos y las
beguinas*

limosnas, de modo que estas casas se diferenciaban de los conventos; sin embargo, sí tenían un carácter religioso. A estas casas se les llamó “asilos de pobres” y los que vivían en ellas se llamaban a sí mismos “Los indigentes de Cristo”. A menudo se agregaba

a las casas una “enfermería”, y muchas de las hermanas se dedicaban al cuidado de los enfermos, mientras que los hermanos por lo general se encargaban de las escuelas y enseñaban en ellas. A ellos les gustaba llamar a tal institución “La casa de Dios”. Más tarde se emplearon los nombres de *begardos* y *beguinas* para referirse a ellas. El primero fue dado a las casas de los hombres y el segundo a las de las mujeres. Desde el principio se sospechó que estas casas tuvieran tendencias “herejes” y, en efecto, no cabe duda de que continuamente fueron un refugio para los hermanos que, en tiempos de persecución, vivieron recónditamente bajo sus techos. Con el tiempo todas llegaron a ser consideradas como instituciones herejes, y muchos de sus miembros fueron ejecutados. A finales del siglo XIV las autoridades papales tomaron posesión de estas casas y las traspasaron, en su mayoría, a los franciscanos terciarios.

Notas finales

- ¹ *Latin Christianity*, Dean Milman.
- ² *The Ancient Vallenses and Albigenses*, G. S. Faber.
—*Facts and Documents Illustrative of the History, Doctrine and Rites of the Ancient Albigenses and Waldenses*, S. R. Maitland.
- ³ *Die Reformation and die älteren Reformparteien*, Dr. Ludwig Keller.

Las iglesias a finales de la Edad Media

(1300–1500)

*La influencia de los hermanos en otros círculos; Marsilio de Padua; Los gremios; Los constructores de catedrales; La protesta de las ciudades y de los gremios; Wálter en Colonia; Tomás de Aquino y Álvaro Pelagio; La destrucción de la literatura de los hermanos; Maestro Eckart; Tauler; El libro titulado **Las nueve rocas**; El “amigo de Dios del Oberland”; La reanudación de la persecución; El documento de Estrasburgo sobre la persistencia de las iglesias; El libro en Tepl; La traducción antigua del Nuevo Testamento alemán; El fanatismo; La toma de Constantinopla; La invención de la imprenta; Unos descubrimientos; La impresión de Biblias; Colet, Reuchlin; Erasmo y el Nuevo Testamento griego; La esperanza de una reforma pacífica; La resistencia de Roma; Staupitz descubre a Lutero.*

La influencia de los “apóstoles” valdenses y el testimonio de los “hermanos” afectaron a círculos mucho más amplios que aquellos con los cuales se relacionaron directamente. En la primera mitad del siglo XIV sus enseñanzas prevalecieron a un punto nunca antes conocido.

En 1302, el Papa Bonifacio VIII promulgó una Bula declarando que la sumisión al Papa Romano era, para todo ser humano, necesaria para la salvación de su alma. De esto se dedujo que no hay autoridad dada por Dios aparte de la que se deriva del Papa. El Emperador Ludwig de Baviera encabezó las protestas que tales afirmaciones ocasionaron, y el Papa puso a la mayor parte del imperio bajo un interdicto.

Un factor importante relacionado con el conflicto fueron los escritos de Marsilio de Padua,¹ a quien el emperador protegió y en quien confió, a pesar de que el Papa lo declarara el peor hereje que jamás hubiera

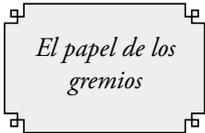
Marsilio de Padua
(c 1270–1342)

Capítulo 6

conocido. Nacido en Padua, Marsilio estudió en la universidad en París donde se distinguió muchísimo. En 1324, publicó su *Defensor Pacis*, en el cual demuestra, de forma muy clara y conforme a la Escritura, lo que deben ser las relaciones entre la Iglesia y el estado. Él dice que se ha convertido en una costumbre emplear la palabra “iglesia” para referirse a los ministros de la Iglesia, Obispos, sacerdotes y Diáconos. Esto se opone al uso apostólico de la palabra, según el cual la iglesia es la asamblea o el total de aquellos que creen en Cristo. Es en este sentido que Pablo le escribe a los corintios: “...a la iglesia de Dios que está en Corinto” (1 Corintios 1.2). No es por equivocación, destaca Marsilio, que se ha adoptado un uso incorrecto de la palabra, sino con intenciones premeditadas y calculadas, las cuales tienen un gran valor para el sacerdocio pero son destructivos para el cristianismo. Es con la ayuda de esta creencia falsa y ciertos pasajes de la Escritura que son usados indebidamente para apoyarla, que dicho sistema jerárquico ha sido construido, y que ahora, contrario a las Sagradas Escrituras y a los mandamientos de Cristo, se adueña del más alto poder judicial, no sólo en los asuntos espirituales, sino también en los terrenales. Sin embargo, la máxima autoridad, de la cual los obispos y sacerdotes deben recibir la suya, es la iglesia cristiana, y ningún maestro o pastor en este mundo tiene el derecho de imponer la obediencia por medio de la fuerza o algún castigo.

Por lo general, ¿quién, pues, tiene el derecho de nombrar obispos, pastores y ministros? Para los apóstoles, Cristo fue la fuente de autoridad; luego los apóstoles para sus sucesores. Después de la muerte de los apóstoles el derecho de elegir recayó sobre las congregaciones de creyentes. El libro de los Hechos ofrece un ejemplo en el relato de la elección de Esteban y Felipe. Si en la presencia de los apóstoles fue la iglesia la que eligió, ¿cuánto más debe observarse este ejemplo después de su muerte?

Las iglesias cristianas y sus enseñanzas se propagaron rápidamente entre la gente de las grandes ciudades, y especialmente entre los miembros de los diferentes gremios obreros y comerciales. En Italia y Francia a los hermanos frecuentemente se les llamó “tejedores”, siendo llamados así como un reproche, por el hecho de que en su mayoría ellos eran obreros manuales, e incluso sus maestros eran tejedores y zapateros. Estos gremios eran muy poderosos, y tenían ramificaciones



El papel de los gremios

Las iglesias a finales de la Edad Media

en todos los países, desde Portugal hasta Bohemia y desde Inglaterra hasta Sicilia. Cada uno tenía su propia organización bien elaborada y, además, se relacionaban entre sí. Tenían un carácter religioso así como técnico, y la lectura de la Escritura y las oraciones ocupaban un lugar importante en sus funciones. Uno de los gremios más poderosos fue el de los albañiles, que incluía a los muchos tipos de obreros relacionados con la construcción. En la actualidad contamos con evidencias del poder e importancia de este gremio en la belleza, elegancia y fortaleza de los numerosos ayuntamientos, catedrales, iglesias y viviendas que fueron construidos en los siglos XII, XIII y XIV, y que aún hacen de Europa un lugar de interés y encanto único.

En las cabañas de los constructores alrededor de las catedrales que estaban siendo construidas, el maestro leía las Escrituras, incluso en épocas cuando en otras partes la simple posesión de una Biblia era castigada con la muerte. Grandes cantidades de personas que no tenían nada que ver con la construcción —señoras, tenderos de comercios, y otros— se convertían en miembros del gremio mediante el pago de una contribución nominal, la cual podía ser simplemente un pote de miel de abeja o una botella de vino. En ocasiones estos miembros eran más numerosos que los verdaderos trabajadores, pues se sentían atraídos al encontrar en el gremio un refugio de la persecución y una oportunidad para escuchar la Palabra de Dios. El valor artístico y la variada belleza de la mayoría de los trabajos de aquella época estuvieron inspirados por la pasión espiritual que yacía detrás de la paciente habilidad técnica del obrero.

Las ciudades del imperio y los gremios apoyaron al Emperador Ludwig en su conflicto con el Papa, y sufrieron de forma severa las consecuencias del interdicto. En 1332, cierta cantidad de ciudades dirigieron una carta al Arzobispo de Treviso. En ella declaraban que el Emperador Ludwig, de todos los príncipes del mundo, era el que vivía más conforme a las enseñanzas de Cristo y que, en la fe así como en su modesto modo de conducirse, él brillaba como un ejemplo para los demás. “Lo apoyaremos en todo momento”, dijeron, “hasta la muerte, uniéndonos a él en una fidelidad firme e inalterable que brota de la fe, el afecto y la obediencia sincera a él como nuestro verdadero emperador y señor natural. Ningún sufrimiento, ni cambios, ni circunstancias de ningún tipo nos separarán nunca de él”. En esta carta continúan ilustrando las debidas relaciones

Capítulo 6

entre la Iglesia y el estado mediante el ejemplo del sol y la luna, expresan la más dolorosa pena porque la ambición por el honor terrenal había interrumpido esas relaciones, se niegan a aceptar la afirmación papal de ser la única fuente de autoridad, y, como “pobres cristianos” imploran y oran que ya no le hicieran más daño a la fe cristiana.

Estrasburgo y Colonia fueron, durante siglos, centros principales de los hermanos. Allí las iglesias de Dios fueron grandes, y ejercieron su influencia sobre muchas personas más allá de sus propios círculos. Una crónica relata que en 1322 un tal Wálter llegó a Colonia procedente de Maguncia:

Wálter de Colonia
(c 1322)

...[Él era] un líder de los hermanos y un hereje peligroso que por muchos años había permanecido oculto y había involucrado a muchos en sus errores peligrosos. Fue detenido cerca de Colonia y por medio de la corte de justicia fue entregado a las llamas y quemado. Él era lleno del diablo, más capaz que cualquier otro, constante en su error, astuto en sus respuestas, corrompido en la fe, y ningún tipo de promesas ni amenazas, ni siquiera la más terrible de las torturas, podrían hacerlo traicionar a sus compañeros malhechores, de los cuales ya había muchos. Este lolardo, Wálter, de los Países Bajos, tenía poco conocimiento del latín, y escribió las numerosas obras de su falsa fe en el idioma alemán, al no poder hacerlo en el idioma romano, y las distribuyó de forma secreta entre aquellos que había engañado y descarriado. Finalmente, como rechazó todo arrepentimiento y retractación, y defendió su error muy firmemente, por no decir obstinadamente, fue lanzado al fuego y no dejó atrás más que sus cenizas.

Los escritos de Tomás de Aquino habían demostrado eficacia en establecer la doctrina de que, como todo el poder en el cielo y en la tierra era dado a Cristo, su representante, el Papa, tenía la misma autoridad. Álvaro Pelagio, un franciscano español, apoyó el mismo criterio a través de sus escritos, los cuales le pusieron en alta estima. Él escribió: “El Papa parece ser, para aquellos que lo ven con el ojo espiritual, no un hombre, sino un dios. No hay límites a su autoridad. Él puede declarar que cualquier cosa es correcta y puede privar a quienes quiera de sus derechos si lo considera conveniente. El hecho de dudar de este poder universal conduce a ser excluido de la salvación. Los grandes enemigos de la Iglesia son los herejes que no quieren llevar

Las iglesias a finales de la Edad Media

el yugo de la obediencia verdadera. Estos son sumamente numerosos en Italia, Alemania y en Provenza, donde son llamados begardos y beguinas. Algunos los llaman “hermanos,” otros “los pobres en la vida”, y otros “apóstoles”.

“Los apóstoles y begardos”, continúa Álvaro Pelagio, “no tienen morada fija, no llevan nada consigo en sus viajes, nunca mendigan y no trabajan. Esto es lo peor, ya que anteriormente eran constructores, herreros, etc.”

Otro escritor (1317) dice que la herejía se había difundido tanto entre los sacerdotes y monjes que toda Alsacia estaba llena de ella.

Durante este período se hicieron esfuerzos específicos por destruir la literatura hereje. En 1374, se publicó un edicto en Estrasburgo que condenaba a todas esas obras así como a sus autores, y ordenaba que todos los que las poseyeran debían entregarlas en un plazo de catorce días para quemarlas. Más adelante, el Emperador Carlos IV (1369) mandó inquisidores a examinar tanto los libros del laicado como los del clero, porque al laicado no se le permitía usar los libros sobre las Sagradas Escrituras en el idioma alemán, a fin de que no cayeran en las herejías en que los begardos y las beguinas vivían. Esto, por supuesto, condujo a una gran destrucción de esta literatura.

En 1307, el Vicegeneral de la orden dominica en Sajonia fue el célebre Maestro Johannes Eckart que, en la universidad de París, se había ganado la reputación de ser el hombre más culto de su tiempo.

*Maestro Eckart
(1260–1327)*

Su predicación llena de entendimiento y su enseñanza provocaron la pérdida de su prestigio, pero después de un período de aislamiento se le vio nuevamente en Estrasburgo donde su poder como predicador rápidamente agrupó a una gran cantidad de personas a su alrededor. Los escritos de Eckart fueron tan ampliamente usados por los begardos en Estrasburgo que él mismo cayó bajo sospecha por lo que se trasladó a Colonia. Allí, después de haber predicado por algunos años, fue citado a comparecer ante el Arzobispo bajo el cargo de herejía. El caso fue presentado al Papa, y los escritos de Eckart fueron condenados y prohibidos. Sin embargo, su enseñanza continuó viva a causa de su santidad de vida y su elevado carácter. Suso fue uno que encontró paz por medio de Eckart, y en Colonia Suso conoció e influenció a Tauler cuando este aún era un joven.

Capítulo 6

Johannes Tauler
(c 1291–1361)

En el conflicto entre el Emperador Ludwig de Baviera y el Papa, el conocido dominico, Dr. Johannes Tauler, atrevidamente se puso de parte del emperador. Él no sólo era altamente estimado y querido en Estrasburgo, donde sus sermones atraían a multitudes de personas, sino que su fama como predicador y maestro se difundió en otros países. Cuando (1338) a causa del interdicto, la mayoría del clero abandonó Estrasburgo, Tauler se quedó allí al ver que la necesidad de la ciudad aumentaba y con ella las oportunidades de servicio. Tauler también visitó otros lugares que estaban sufriendo de la misma manera que Estrasburgo, pasándose algún tiempo en Basilea y en Colonia. Diez años más tarde, la peste devastó a Estrasburgo y nuevamente Tauler se mantuvo firme, y, con dos amigos, un monje agustino y otro cartujo, sirvieron al pueblo sufrido y aterrorizado. Estos tres publicaron cartas en las cuales justificaban su servicio hacia aquellos bajo la prohibición. Ellos alegaban que Cristo murió por todos, y por lo tanto, el Papa no podía cerrarle el camino de la salvación a nadie sólo porque negara su autoridad y fuera fiel a su verdadero Rey. Por esta razón, los tres amigos fueron expulsados de Estrasburgo. Se retiraron al convento vecino del cual el monje cartujo era prior, y desde allí continuaron enviando sus escritos. Más tarde Tauler vivió en Colonia, y predicaba en la iglesia de Santa Gertrudis. Después pudo regresar a Estrasburgo donde murió (1361), a los setenta años de edad, después de una penosa enfermedad. Durante el tiempo de su enfermedad fue atendido por su hermana en el convento donde ella era monja.

Durante su vida, Tauler fue acusado de pertenecer a las “sectas”, ante lo cual él se defendía diciendo que pertenecía a los “amigos de Dios”. Él dijo: “El Príncipe de este mundo en la actualidad ha estado sembrando malas hierbas entre las rosas, al punto de que las rosas a menudo se ahogan o son gravemente heridas por las zarzas. Hijos, se requiere una fuga o una distinción, una especie de separación, ya sea dentro o fuera de los claustros, y el hecho de que los ‘amigos de Dios’ profesen ser diferentes a los amigos del mundo no los hace ser parte de una secta.”

Cuando su enseñanza fue llamada la de los begardos, él respondió advirtiendo a la “gente ilusa e inconsciente” cuya confianza era el haber hecho todo “lo que la Santa Iglesia les había ordenado”, que “después de haber hecho

Las iglesias a finales de la Edad Media

todo eso, todavía no tendrían paz en sus corazones a menos que la divina y eterna Palabra del Padre celestial los renovara interiormente y verdaderamente hiciera de ellos una nueva criatura. En lugar de esto ellos descansan en una seguridad falsa y dicen: ‘Pertenece a una orden sagrada y tenemos la santa hermandad y oramos y leemos’. Estos ciegos creen que se puede jugar con los sufrimientos de nuestro Señor Jesucristo y su preciosa sangre derramada, sin ver las consecuencias. No, hijos, no puede ser así... y si alguien viene y los advierte con relación al peligro espantoso en el cual viven y les dice que morirán en el temor, ellos se burlan de sus palabras y responden: ‘Así hablan los begardos’. Esto es lo que les dicen a los que no soportan ver los sufrimientos de su prójimo, y que a la vez les señalan el camino correcto.”

Tauler dijo que son los miembros del clero los que piensan altamente de sí mismos y consideran que ellos y sus propios métodos son necesariamente perfectos. Ellos son los verdaderos “fariseos” y los que destruyen a los “amigos de Dios”.

El General de los jesuitas ordenó (1576) que los libros de Tauler no deberían leerse, y el Papa Sixto V (1590) ubicó los sermones de Tauler a la lista de libros prohibidos. Aquellos escritos de Tauler considerados altamente heréticos fueron destruidos, y los que quedan han sido alterados. Por otra parte, tanto a Eckart como a Tauler les atribuyen obras que evidentemente no fueron escritas por ellos. A causa de la persecución que imperaba en ese tiempo, generalmente se ocultaba la verdadera autoría de muchos libros. Lo que poseemos de la enseñanza de Tauler muestra su solidaridad íntima con los hermanos y las iglesias cristianas.

El libro titulado *Historia de la conversión de Tauler*, ha sido siempre vinculado a los sermones de Tauler. Pero se ha demostrado que no fue escrito por él ni proviene de él. Sin embargo, es un libro que bien merece la amplia circulación que ha tenido. Dicho libro relata la conversión de un sacerdote y destacado predicador por medio de los consejos de un laico devoto. El libro también guarda relación con otra obra de gran influencia, las *Nueve rocas*, cuyo autor se desconoce. Por mucho tiempo se creyó que esta obra había sido escrito por Suso, pero en realidad este tomó su edición de una copia hecha por el adinerado ciudadano de Estrasburgo Rulman Merswin, uno de los amigos más íntimos de Tauler.

El libro titulado
“Las nueve rocas”

Capítulo 6

En su edición, Suso omite un pasaje que habría resultado ofensivo debido a ciertas sensibilidades Católico Romanas, pero que era algo característico de la enseñanza de los hermanos. El pasaje decía:

Les digo que hacen bien cuando oran a Dios para que tenga misericordia de la pobre cristiandad, sabiendo que por muchos centenares de años la cristiandad nunca ha sido tan pobre y tan malvada como en estos tiempos; pero les digo, considerando que ustedes dicen que los judíos malvados y los paganos están todos perdidos, que eso no es cierto. Les digo que en estos días, hay una parte de los paganos y los judíos que Dios prefiere mucho más que a muchos de los que llevan el nombre de cristiano y, sin embargo, viven contrario a todo orden cristiano... en tanto que el judío o pagano, que en cualquier parte del mundo, posee una mente buena y temerosa de Dios, en simplicidad y honestidad, y en su razonamiento y juicio no conoce otra fe mejor que aquella en la que nació, pero estaría dispuesto y deseoso de dejarla si le dieran a conocer alguna otra fe que fuese más aceptable a Dios, y obedecería a Dios aunque por causa de ello arriesgue su cuerpo y bienes; les digo, donde hay un judío o pagano así tan sincero en su vida, oiga, ¿no será acaso mucho más querido por Dios que los malvados y falsos cristianos que han recibido el bautismo y a sabiendas actúan contrario a Dios?

Suso también alteró un pasaje donde se atribuye la persecución de los judíos a la codicia de los cristianos, y lo hace ver como la codicia de los judíos; un cambio que se ajusta a sus lectores en general.

De las muchas personas devotas con quien Tauler tuvo contacto,

El “amigo de Dios
del Oberland”

una de las más interesantes es conocida como el “amigo de Dios del Oberland”;² su verdadero nombre es desconocido. La primer mención que se hace de él fue en 1340, cuando ya era uno de aquellos “apóstoles” ocultos del mundo a causa de

la persecución, aunque ejercía una autoridad e influencia extraordinaria. Él hablaba italiano y alemán, visitó a los hermanos en Italia y Hungría, y en 1350 aproximadamente, llegó a Estrasburgo. Dos años más tarde repitió la visita. Fue en Estrasburgo que conoció a Rulman Merswin y le dio el libro de *Las nueve rocas* para que lo copiara.

En 1356, después de un terremoto que tuvo lugar en Basilea, el “amigo de Dios” escribió una *Carta a la cristiandad*, recomendando la opción de seguir a Cristo como el único remedio para todos los males. Después de

Las iglesias a finales de la Edad Media

esto él y algunos de sus compañeros se establecieron en un lugar lejano en las montañas, y desde allí mantuvieron correspondencia con los hermanos de las distintas regiones. El “amigo de Dios del Oberland” había tenido una buena posición, pero cuando decidió dejar el mundo renunció a todas sus posesiones. Él no repartió todo su dinero de una sola vez, sino que por un tiempo lo usó como un préstamo de Dios, y poco a poco lo empleó todo en obras piadosas. Él se quedó soltero. Al escribir a una “Casa de Dios” fundada por Rulman Merswin cerca de Estrasburgo, él describe el pequeño asentamiento en las montañas como un grupo de “hermanos cristianos modestos, buenos y sencillos”, y dice que todos ellos estaban convencidos de que Dios estaba a punto de hacer algo hasta ese entonces oculto, y que mientras no se revelara debían permanecer donde estaban, pero luego tendrían que separarse hasta los confines de la cristiandad. Él solicita las oraciones de sus lectores, pues dice que los “amigos de Dios están en apuros”.

Al escribir acerca de estar muerto al mundo, él explica:

Lo que queremos decir no es que uno salga del mundo y se convierta en monje, sino que se debe quedar en el mundo, pero no debe consumir su corazón y sentimientos en amigos y honores mundanos. Debe reconocer que cuando él tenía ese estilo de vida, buscaba sus cosas y su propio honor más que las cosas y el honor de Dios. Que renuncie, pues, a ese honor mundano y que busque el honor de Dios en todos sus actos, como el mismo Dios le ha aconsejado tantas veces. Luego, estoy seguro de que Dios en su sabiduría divina lo iluminará, y con esa sabiduría en apenas una hora él sabrá mejor cómo dar un buen consejo que anteriormente en un año entero.

Al ser consultado por Merswin en lo referente a su manera de usar el dinero, el “amigo de Dios del Oberland” le respondió: “¿Acaso no sería mejor ayudar a los pobres que construir un convento?” En 1380, trece de los “amigos de Dios” se reunieron en un lugar oculto en las montañas. Entre ellos se encontraba un hermano procedente de Milán y otro de Génova, un comerciante que había repartido todas sus riquezas por causa de Cristo. También dos hermanos de Hungría. Después de pasar mucho tiempo en oración, todos tomaron juntos la Cena del Señor. Luego, ante la reanudación de la persecución y las circunstancias en que se encontraban los creyentes, estos hermanos se consultaron mutuamente sobre qué sería

Capítulo 6

lo mejor hacer. Más tarde enviaron sus recomendaciones a los amigos secretos en diversas regiones, como era el caso de Merswin en Estrasburgo, y otros. Más adelante, todos se dispersaron, yendo cada cual por su rumbo, y según se sabe, todos murieron por causa de su testimonio.

La muerte del Emperador Ludwig³ y la elección de Carlos IV (1348)

*Otra ola de
persecución*

trajeron consigo un cambio desastroso para las congregaciones cristianas. El nuevo emperador estaba completamente bajo la influencia del Papa y su partido. Sacando provecho de esta situación, se realizó un esfuerzo aun más enérgico que antes por aniquilar a los disidentes. Durante la primera mitad del siglo XIV las iglesias de creyentes incrementaron sobremanera, y la influencia de su enseñanza afectó profundamente a muchas personas que no se unieron formalmente a las congregaciones. Pero desde mediados de este mismo siglo la persecución feroz los puso a prueba. Los inquisidores fueron enviados a todas las regiones del imperio, cada vez en mayores cantidades, y el emperador les dio todo el poder que los Papas deseaban.

La mayor parte de Europa se convirtió en el escenario de la cruel ejecución de muchos de sus mejores ciudadanos. De este tiempo abundan los informes de personas llevadas a la hoguera. En 1391, 400 personas fueron llevadas ante las cortes en Pomerania y Brandeburgo acusadas de herejía; en 1393, 280 fueron encarceladas en Augsburgo; en 1395, aproximadamente 1.000 personas fueron “convertidas” a la fe católica en Turingia, Bohemia y Moravia; en el mismo año treinta y seis personas fueron quemadas en Maguncia; en 1397, en Steier alrededor de 100 hombres y mujeres fueron quemados; dos años más tarde seis mujeres y un hombre fueron quemados en Nuremberg.

Las ciudades suizas sufrieron atrocidades similares. Durante este tiempo el Papa Bonifacio IX proclamó un edicto, ordenando que se debía usar todo medio disponible para destruir la plaga de maldad herética. Bonifacio cita un informe en el que aquellos a quienes él llama sus “hijos amados los inquisidores” en Alemania, describen a los begardos, los lolardos y los schwestrionen. Estos se llamaban a sí mismos “los pobres” y “hermanos”. El reporte dice que esta herejía por más de 100 años había sido prohibida, y que en diversas ciudades, casi cada año, varios miembros de esta secta obstinada habían sido quemados. En 1395, un inquisidor,

Las iglesias a finales de la Edad Media

Pedro Pilichdorf, se jactó de que había sido posible dominar a estos herejes. Bohemia e Inglaterra fueron lugares de refugio para muchos de los que huían de los perseguidores. La enseñanza de Wycliff en Inglaterra y de Jerónimo y Hus en Bohemia había ejercido gran influencia en esos países.

Un documento del año 1404, que fue preservado en Estrasburgo, aunque escrito por un adversario, contiene una cita de uno de los hermanos:

Durante 200 años nuestra hermandad ha disfrutado buenos momentos, y los hermanos han llegado a ser tan numerosos que en sus concilios hasta más de 700 personas han estado presentes. Dios ha hecho cosas maravillosas por la hermandad. Luego, persecución severa se derramó sobre los siervos de Cristo; fueron expulsados de tierra en tierra, y esta crueldad se mantiene hasta nuestros días. Sin embargo, desde que se fundó la iglesia de Cristo, los verdaderos cristianos nunca han sido tan reducidos que en el mundo, o al menos en algunos países, no haya sido posible encontrar a algunos de estos santos. Nuestros hermanos, a causa de la persecución, en ocasiones también han cruzado el océano y han encontrado hermanos en un cierto distrito, pero como no entendieron el idioma del lugar, el relacionarse con ellos fue difícil y han tenido que regresar. El rostro de la iglesia cambia como las fases de la luna. La iglesia a veces florece como resultado del incremento en la cantidad de cristianos y se hace fuerte, aunque luego nuevamente parece marchitarse y morir completamente. Pero si desaparece en un lugar sabemos que será vista en otras tierras, aunque los cristianos sean unos pocos que llevan una vida piadosa y permanecen en la santa comunión. Y creemos que la iglesia será levantada nuevamente en mayor cantidad y fortaleza. El fundador de nuestro pacto es Cristo y la cabeza de nuestra iglesia es Jesús el Hijo de Dios.

El mismo documento acusa a los hermanos de destruir la unidad de la Iglesia al enseñar que el que vive de manera virtuosa sólo podrá obtener la salvación por medio de su fe; los culpa por condenar a hombres como Agustín y Jerónimo y por no poseer oraciones escritas, sino que un anciano entre ellos comienza a orar y se demora el rato que considere conveniente. En este documento también se les acusa por aprender de memoria las Sagradas Escrituras en su lengua natal y por repetirlas, en el mismo idioma, en sus reuniones.

Capítulo 6



*Siete puntos
de la fe*

El documento sigue diciendo que los hermanos confesaban siete puntos de la santa fe cristiana: (1) El Dios trino; (2) que este Dios es el creador de todas las cosas, visibles e invisibles; (3) que él dio la ley de Moisés; (4) que él le permitió a su Hijo convertirse en hombre; (5) que él ha escogido para sí mismo una iglesia sin mancha; (6) que hay una resurrección; y (7) que él vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos.

Estos siete puntos reaparecieron, pero en idioma alemán en vez de latín (aparecen en latín en el documento de Estrasburgo), en un libro deteriorado del siglo XIV que fue encontrado en el monasterio de Tepl, cerca del distrito montañoso de la *Böhmer Wald* (Selva de Bohemia), la cual fue refugio continuo de los hermanos perseguidos. Este libro es una producción de los mismos hermanos, y evidentemente fue usado por uno o más de uno de ellos. En el libro aparecen ordenados ciertos pasajes de las Escrituras para darles lectura los domingos y algunos otros días, de lo cual resulta evidente que las fiestas Católico Romanas, con pocas excepciones, no eran observadas. Se hace hincapié en la importancia de la lectura regular de las Escrituras y en el hecho de que cada padre de familia debe ser un sacerdote en su propio hogar.

Sin embargo, la parte principal del libro consta de una traducción alemana del Nuevo Testamento. Esta traducción se diferencia considerablemente de la Vulgata, usada por la Iglesia Romana, y se asemeja a las traducciones alemanas vigentes desde la introducción de la imprenta hasta la traducción hecha por Lutero. La traducción de Lutero muestra muchas evidencias de la influencia de la traducción que aparece en este antiguo libro de los hermanos. Esta influencia se nota aun más en otra traducción posterior, la cual fue usada aproximadamente durante un siglo por los entonces llamados anabaptistas y menonitas.

Los conflictos de las épocas en que estas personas vivieron, y las persecuciones a que fueron sometidas, condujeron a un gran fanatismo. Algunos se llamaron a sí mismos hermanos y hermanas del Espíritu Libre. Estos obraron sobre la base de que sus propios sentimientos representaban la dirección del Espíritu Santo, y se entregaron a tonterías y pecados escandalosos. Algunas personas buenas llevaron las prácticas ascéticas a extremos. Otras, obligadas a vivir aisladas a causa de la persecución,

Las iglesias a finales de la Edad Media

limitaron su perspectiva y desarrollaron opiniones sobre la igualdad que las hicieron sospechar del aprendizaje y estar dispuestas a considerar la ignorancia como una virtud.

Aproximadamente a mediados del siglo XV comenzaron a tener lugar una serie de eventos que transformaron a Europa.

La toma de Constantinopla por los turcos (1453) provocó la fuga de griegos cultos hacia Occidente. Estos llevaron consigo los valiosos manuscritos que contenían la antigua literatura griega, que ya hacía mucho tiempo había sido olvidada en el entenebrecido

*El Renacimiento
del siglo XV*

Occidente. Pronto los profesores griegos se encontraban enseñando en las universidades de Italia el idioma clave para tener acceso a estos tesoros del conocimiento. Desde allí hasta Oxford el estudio del idioma griego se difundió rápidamente. Todo esto dio lugar a un avivamiento de la literatura como para merecer el nombre que se le dio de Renacimiento, Nuevo Nacimiento o Nuevo Conocimiento. Pero la restauración y publicación del texto del Nuevo Testamento griego tuvo resultados más poderosos que los producidos por cualquier otra obra de la literatura restaurada.

Al mismo tiempo la invención de la imprenta de tipos móviles proporcionó los medios para que el nuevo conocimiento se diseminara, y las primeras imprentas se dedicaron principalmente a la impresión de la Biblia.

El descubrimiento de América por Cristóbal Colón y el descubrimiento del sistema solar por Copérnico dieron ímpetu a las actividades de los hombres y abrieron sus mentes a nuevos horizontes.

*La imprenta de
tipos móviles*

El estudio del Nuevo Testamento en innumerables círculos mostró el contraste absoluto entre Cristo y su enseñanza por una parte, y una cristiandad completamente corrompida por la otra. A finales del siglo XV, habían sido impresas noventa y ocho ediciones completas de la Biblia en latín, y una cantidad mayor de porciones. El Arzobispo de Maguncia renovó los edictos prohibiendo el uso de las Biblias alemanas, pero en unos doce años habían sido impresas catorce ediciones de la Biblia alemana, cuatro ediciones de la Biblia holandesa, y una gran cantidad de porciones. Todas estas fueron tomadas del mismo texto que el Testamento encontrado en el monasterio en Tepl.

Capítulo 6

Entre los estudiantes del griego en Florencia estaba Juan Colet, que más adelante dio clases en Oxford sobre el Nuevo Testamento. Sus oyentes lo veían como alguien inspirado. Rechazando la religión aceptada, Juan les reveló a Cristo a sus estudiantes, y expuso las epístolas de Pablo. Reuchlin, un judío, también hizo un trabajo valioso al revivir el estudio del idioma hebreo en Alemania.

Erasmus
(1466–1536)

Entre todos los grupos de distinguidos eruditos e impresores que se formaron en Europa, Erasmo Desiderio⁴ se convirtió en el más famoso. Nació en Róterdam, y su infancia de huérfano fue una lucha constante contra la pobreza. Pero sus capacidades excepcionales no podrían permanecer ocultas y llegó a ser muy admirado, no sólo en los círculos cultos, sino también en todas las cortes desde Londres hasta Roma. Su mayor obra fue la publicación del Testamento griego, con una nueva traducción en latín, acompañada por muchas notas y comentarios. A partir de este momento se requirió una edición tras otra para satisfacer la demanda. Sólo en Francia se vendieron 100.000 copias en un corto período de tiempo. Las personas podían leer las mismas palabras que habían traído la salvación al mundo; Cristo y los apóstoles se dieron a conocer al mundo, y la gente se dio cuenta de que la maldad y la tiranía religiosa que los habían oprimido por tanto tiempo no se parecían en absoluto a la revelación de Dios por medio de Jesucristo. En sus notas Erasmo contrastaba la enseñanza de las Escrituras con las prácticas de la Iglesia Romana, por lo que la indignación contra el clero se convirtió en protesta. Sarcasmos fueron publicados libremente para expresar descomedidamente el desprecio que se sentía por el clero.

Erasmo, al escribir acerca de los frailes mendicantes, dice: “Esos miserables disfrazados de pobreza son los tiranos del mundo cristiano”. Luego al referirse a los Obispos, dice: “Ellos destruyen el Evangelio (...) proclaman leyes a su antojo, tiranizan sobre el laicado y determinan lo bueno y lo malo según reglas inventadas por ellos mismos (...) sentándose no en el asiento del Evangelio, sino en el asiento de Caifás y Simón el Mago, prelados de maldad.”

Con relación a los sacerdotes, Erasmo escribió: “Ahora hay sacerdotes por montones, enormes cantidades de ellos, seculares y regulares, y resulta notorio que muy pocos de ellos son castos”. También escribió acerca del

Las iglesias a finales de la Edad Media

Papa: “Yo vi con mis propios ojos al Papa Julio II (...) marchando al frente de una procesión triunfal como si fuera Pompeyo o Julio César. San Pedro sometió al mundo con fe, no con armas, ni soldados, ni tropas militares; los sucesores de San Pedro ganarían tantas victorias como San Pedro si tuvieran el espíritu de Pedro.” Acerca del canto de los coristas en las iglesias, Erasmo escribe: “La música moderna de la Iglesia está compuesta de la manera que la congregación no puede distinguir una palabra (...) Un grupo de criaturas que deberían estarse lamentando por sus pecados se imaginan que pueden agradar a Dios, gorjeando con sus gargantas.”

Al presentar su *Nuevo Testamento Griego*, Erasmo escribe acerca de Cristo y las Escrituras:

Si lo hubiéramos visto con nuestros ojos, no tendríamos un conocimiento tan íntimo como el que ellas nos dan acerca de Cristo cuando él habla, sana, muere y es resucitado, como si fuera en nuestra propia presencia (...) Si se nos muestran las huellas de Cristo en algún lugar, nos arrodillamos y las adoramos. ¿Por qué más bien no veneramos su imagen, viva y con aliento, en estos libros? (...) Yo deseo que incluso la mujer más débil pueda leer los Evangelios y las Epístolas del apóstol Pablo. Deseo que fueran traducidas a todos los idiomas para que fueran leídas y comprendidas, no sólo por los escoceses y los irlandeses, sino incluso por los sarracenos y los turcos. Pero el primer paso para que sean leídas es hacerlas entendibles al lector. Anhele el día en que el esposo cantará partes de las Escrituras mientras sigue el arado, el tejedor las tarareará al compás del sonido de su lanzadera, el viajero pasará el tiempo de aburrimiento de su viaje leyendo sus historias.

Erasmo fue uno de los muchos que tenían la esperanza de una reforma pacífica del cristianismo. Las condiciones parecían favorables. El sanguinario Papa Julio había sido sucedido por León X de la famosa familia de Médicis. Esta familia irreligiosa, pero dedicada al arte y la literatura, dio su aprobación al *Nuevo Testamento Griego* de Erasmo. Francisco I, rey de Francia, había resistido a toda Europa antes que rendir las libertades de Francia al Papa Julio. Enrique VIII de Inglaterra estaba de manera entusiasta a favor de la reforma, y se había hecho rodear de los mejores y más capaces hombres de la misma mentalidad: Colet, el *Sir* Tomás More, Arzobispo Warham, Dr. Fisher. Los otros gobernantes de Europa, en el imperio y en España, estaban a favor. Pero las grandes

Capítulo 6

instituciones no cambian fácilmente. Estas se resienten por la crítica y se oponen a la reforma. Nunca existió una posibilidad real de que la Corte Romana estaría de acuerdo con la enseñanza y el ejemplo de Cristo.

Se requería algún tipo de agencia nueva y poderosa para llevar a cabo la reforma, y esta estaba siendo preparada silenciosamente en el mismo centro de los círculos de monjes. El descubrimiento fue hecho por alguien considerado como el líder del movimiento de reforma, Johann von Staupitz. Johann era Vicario General de los agustinos, y en un viaje (1505) de inspección de las casas de esta orden, encontró en Erfurt a un joven monje, Martín Lutero, que estaba profundamente preocupado por la salvación de su alma. Staupitz se ganó su confianza al mostrarse sinceramente preocupado por ayudarlo, y le aconsejó que estudiara las Sagradas Escrituras, que leyera la obra de Agustín, los escritos de Tauler y los místicos. Martín Lutero siguió este consejo, y al hacerlo la luz iluminó su vida y la doctrina de la justificación por medio de la fe se convirtió en la experiencia de su alma.

Notas finales

¹ *Die Reformation and die älteren Reformparteien*, Dr. Ludwig Keller.

² *Nicolaus von Basel Leben und Ausgewählte Schriften*, Dr. Karl Schmidt. (Wien, 1866).

³ *Die Reformation and die älteren Reformparteien*, Dr. Ludwig Keller.

⁴ *Life and Letters of Erasmus*, J. A. Froude.

Los lolardos, los husitas y los hermanos unidos

(1350–1670)

*Juan Wyclef; La rebelión campesina; Persecución en Inglaterra; Sawtre, Badley, Cobham; Prohibición de la lectura de la Biblia; Las congregaciones; Juan Hus; Zizka; Tabor; Las guerras husitas; Los utraquistas; Jakoubek; Nikolaus; Cheltschizki; **La red de la fe**; Rokycana, Gregorio, Kunwald; Reichenau, Lhota; Los “hermanos unidos”; Lucas de Praga; Las noticias de la Reforma alemana llegan a Bohemia; Juan Augusta; Guerra de Smalkalda; Persecución y emigración; Jorge Israel y Polonia; Regreso de los hermanos a Bohemia; Carta de Bohemia; Batalla de la Montaña Blanca; Comenius.*

Condiciones similares a las que en el Continente llevaron a muchos a ver el error de las prácticas de la Iglesia predominante, y más aún, a cuestionar las doctrinas que les dieron auge, se dieron también en Inglaterra. Allí se le dio el nombre burlón de lolardos¹ (habladores) a mucha gente honesta que hablaba de una vida mejor. Los errores políticos y económicos se mezclaron con las cuestiones religiosas, especialmente en los primeros días del movimiento, y fue precisamente la riqueza y la corrupción del clero lo primero en ser atacado. Pero con el paso del tiempo se vio que la doctrina era la raíz de la práctica, y la doctrina llegó a ser el punto de conflicto. No había sido la costumbre en Inglaterra, como en el Continente, perseguir de forma tan violenta lo que fuera considerado herejía, pero al inicio del reinado de Enrique IV, a principios del siglo XV, el progreso de la lolardía era tal que el soberano, a fin de agradar al clero, introdujo la muerte por medio de la hoguera como castigo para los lolardos.

Capítulo 7

Juan Wyclif
(1324–1384)

Juan Wyclif, el más eminente catedrático en Oxford, se destacó en este conflicto. Al principio, sus ataques contra las prácticas corruptas de la Iglesia lo condujeron hacia la lucha política que en aquel entonces se libraba encarnizadamente. Sin embargo, aquellos que pensaron usarlo como un aliado importante para sus propios propósitos se alejaron de él cuando se percataron de las consecuencias de los principios que él enseñaba. Juan se convirtió en el líder de aquellos que buscaban la liberación por medio de volver a las enseñanzas de la Escritura y seguir a Cristo. En su tratado, *El reino de Dios*, y en otros escritos, Wyclif demuestra que “el Evangelio de Jesucristo es la única fuente de la religión verdadera” y que “la Escritura, por sí sola, es verdad”. La doctrina que él llamó “Dominio” establecía el hecho de la relación personal con Dios y la responsabilidad ante él de cada hombre. Toda la autoridad, enseñaba Wyclif, es de Dios, y todos los que ejercen autoridad son responsables ante él por el uso que hagan de lo que les ha encomendado.

Tal doctrina, al negar directamente las ideas predominantes acerca de la autoridad irresponsable de Papas y reyes, así como la necesidad de los poderes mediadores del sacerdocio, provocó una oposición violenta, que se intensificó cuando en 1381 Wyclif publicó su rechazo a la doctrina de la transustanciación, atacando así la raíz de aquel supuesto poder milagroso de los sacerdotes que por tanto tiempo les había permitido dominar la cristiandad. En este punto sus partidarios políticos, e incluso su propia universidad, lo abandonaron.

La obra más importante de Juan Wyclif fue la que le dio al pueblo de

La influyente
Biblia inglesa

Inglaterra acceso a la fuente de la verdadera doctrina. Su traducción de la Biblia dio lugar a una revolución en el pensamiento inglés. La Biblia inglesa ha demostrado ser uno de los poderes para justicia más eficaces que el mundo jamás haya conocido. Wyclif halló que el medio más eficaz para divulgar las enseñanzas de la Escritura consistía en escribir y distribuir tratados buscados por la gente y organizar grupos de predicadores viajantes. Su influencia fue tanta que todo el poder de sus enemigos implacables no pudo lograr más que expulsarlo de Oxford a su refugio en Lutterworth, que más adelante se convirtió en el centro del cual surgió la instrucción y el aliento para todo el país.

Los lolardos, los husitas y los hermanos unidos

Entre los escolásticos en la época de Wyclif,² las enseñanzas de los “padres” de la Iglesia, las decisiones de los Concilios, los decretos de los Papas, y las Escrituras eran elementos que, todos juntos, constituían la autoridad en asuntos de religión, sin que las Escrituras estuvieran en una posición más alta que los demás elementos. Poco a poco, al estar más íntimamente familiarizado con las Escrituras, Wyclif llegó a reconocer la autoridad exclusiva de estas y a valorar las otras fuentes sólo en la medida en que estuvieran de acuerdo con las Escrituras. Fue así también como él se percató de una fuente doble de conocimiento cristiano —la razón y la revelación— y descubrió que estas no se oponen entre sí, sino que la razón, o luz natural, ha sido debilitada por la caída del hombre, y, por tanto, funciona bajo un grado de imperfección que Dios, en su gracia, sana mediante el otorgamiento del conocimiento revelado por medio de las Escrituras. Por lo tanto, las Escrituras llegan a ser captadas como la autoridad exclusiva.

*La autoridad
exclusiva de las
Escrituras*

La obligatoria e incondicional autoridad de las Sagradas Escrituras fue la gran verdad sobre la cual testificó Wyclif. Esta verdad fue atacada por sus adversarios, al reconocer ambas partes cuán trascendentales eran las consecuencias que esto implicaba. Esto fue expuesto más ampliamente por Wyclif en su libro, *De la verdad de las Sagradas Escrituras* (1378), en el cual enseñaba que la Biblia es la Palabra de Dios o voluntad y testamento del Padre; Dios y su Palabra son uno. Cristo es el Autor de las Sagradas Escrituras, que a su vez es su ley. Él mismo está en las Escrituras; no conocerlas es también no conocerlo a él. Más detalles hubieran hecho a las Escrituras inaplicables a algunas circunstancias, pero siendo lo que son las Escrituras son aplicables a todo, y nada imposible de cumplir se nos manda en ellas. Los efectos de las Escrituras muestran su fuente y autoridad divina; la experiencia de la iglesia en general testifica de la suficiencia y eficacia de la Biblia. Por medio del cumplimiento de la verdadera ley de Cristo, sin mezclar la tradición humana, la iglesia creció muy rápidamente, pero desde la admisión de la tradición en la iglesia, esta ha decaído constantemente. Mientras que otras formas de sabiduría llegan a desaparecer, la sabiduría otorgada por el Espíritu Santo a los apóstoles en el Pentecostés permanece.

*La enseñanza de
Wyclif*

Capítulo 7

La Escritura es infalible; otros maestros, incluso uno tan grande como Agustín, están propensos a conducir al error. El hecho de colocar y preferir tradiciones humanas, doctrinas y ordenanzas por encima de las Escrituras no es más que un acto de arrogancia ciega. No es justificación de una doctrina el hecho de que esta contenga, de forma adjunta, mucho de lo que es bueno y razonable. Aun las demandas y la vida del propio diablo contienen de lo bueno y razonable; de otra manera Dios no le permitiría ejercer tal poder. La historia de la iglesia muestra que la desviación de la ley evangélica y la mezcla de la tradición posterior fueron al principio leves y casi imperceptibles, pero con el paso del tiempo la corrupción se tornó cada vez más descarada. En lo relacionado a la interpretación de la Escritura, los doctores teológicos no pueden tener el poder de interpretación por nosotros, sino que el Espíritu Santo nos enseña el significado de la Escritura, así como Cristo les expuso las Escrituras a los apóstoles. Sería peligroso para alguien suponer que tiene el significado correcto de la Escritura por medio de la iluminación del Espíritu Santo. No obstante, es sólo por medio de su iluminación que alguien puede comprender las Escrituras. Nadie las puede comprender si no ha sido iluminado por Cristo. Para ello se requiere un espíritu devoto, virtuoso y humilde. La Escritura debe ser interpretada por la misma Escritura para poder comprender el sentido general de ella. No se debe separar las Escrituras en pedazos como hacen los herejes.

Primero se debe comprender su significado literal y primario, luego sus significados figurados y más profundos. Es importante usar las palabras precisas. Pablo fue cuidadoso en el uso de preposiciones y adverbios. Cristo es verdadero hombre y verdadero Dios, y existe desde toda la eternidad; en su encarnación unió ambas naturalezas en una sola persona. Su grandeza es incomparable como el único mediador entre Dios y los hombres, el centro de la humanidad, nuestra única y sola cabeza. La aplicación personal de la salvación efectuada por Cristo es mediante la conversión y la santificación; la conversión es apartarse del pecado y apropiarse, por medio de creer, de la gracia redentora de Cristo, es decir, arrepentirse y tener fe. El arrepentimiento es indispensable y tiene que ser fructífero.

Wyclif une la fe y la santificación, y no ve la fe como algo aparte de las obras. Él veía la iglesia no como la Iglesia Católica visible, o la comunidad organizada de la jerarquía, sino como la novia y el cuerpo de Cristo que

Los lolardos, los husitas y los hermanos unidos

consta de todos los elegidos, y que tiene en el mundo visible sólo su manifestación y peregrinación temporal. Su hogar, origen y destino están en el mundo invisible, o sea, la eternidad. La salvación, decía Wyclef, no depende de la relación que se tenga con la Iglesia oficial o de la mediación del clero. Existe un acceso libre e inmediato de todos los creyentes a la gracia de Dios en Cristo, y cada creyente es un sacerdote. La base de la iglesia, enseñaba Wyclef, es la elección divina, y un hombre no puede tener certeza, sólo una opinión, acerca de su estado y permanencia en la gracia, pero una vida piadosa es la evidencia.

Al ser citado a comparecer ante el Papa, él se negó y dijo: “Cristo, durante su vida en la tierra, fue de todos los hombres el más pobre, rechazando ejercer cualquier autoridad mundana. Yo deduzco de estos hechos, como mi simple consejo personal, que el Papa debe rendir toda autoridad temporal al poder civil y aconsejarle a su clero que haga lo mismo.”

Wyclef murió en paz en Lutterworth el último día del año 1384.

La rebelión campesina (1377–1381), que tuvo lugar en los últimos años de la vida de Wyclef, obstaculizó el avivamiento religioso que se estaba dando, poniendo a la nobleza y el clero en contra del avivamiento. Estos últimos culpaban a los wyclefistas, como ellos los llamaban, por los excesos y bajas humanas causados por la insurrección. Aunque esto era injusto, sí existe una relación íntima e innegable entre el cristianismo verdadero y la liberación de los oprimidos. Cristo declaró al principio de su ministerio que fue enviado “*para dar buenas nuevas a los pobres; (...) a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos*” (Lucas 4.18). Esto describía adecuadamente la situación de los obreros en la agricultura en aquella época, y la llegada de las Escrituras ayudó a despertar en ellos un sentir de que “*Dios no hace acepción de personas*” (Hechos 10.34), y que su esclavitud bajo sus gobernantes ostentosos era irreligiosa porque era injusta.

*La rebelión
campesina
(1377–1381)*

Los sermones eruditos de Wyclef, procedentes de los alrededores imponentes de Oxford, llamaron menos la atención de los pobres que las rimas malsonantes y la predicación al aire libre de Juan Ball, uno de ellos mismos que denunció la miseria en la cual vivían: “¿Con qué derecho esos

Capítulo 7

a quienes llamamos señores son mejores personas que nosotros? ¿Por qué motivo lo han merecido? ¿Por qué nos mantienen en la servidumbre? Si todos vinimos del mismo padre y madre, de Adán y Eva, ¿cómo pueden ellos decir o probar que son mejores que nosotros, si no es porque nos hacen ganar para ellos, por medio de nuestro esfuerzo agotador, lo que ellos gastan en su soberbia?” Sus rimas llegaban a todas partes: “Cuando Adán labraba la tierra, y Eva arreaba animales, ¿quién era el noble?” (Esta poesía rima en el inglés antiguo.) La rebelión fue sofocada, y se proclamaron leyes inicuas para mantener oprimidos a los obreros en la agricultura, pero a través de etapas lentas y dolorosas fueron ganando sus libertades, y la influencia más poderosa para lograr esto fue el efecto de las Escrituras en las conciencias de los hombres.

La traducción de la Biblia surtió su debido efecto, y una gran cantidad de personas llegaron a reconocerla como la única guía para la fe y la conducta. Sobre ciertos temas prevalecieron las diferencias de opinión, pero había un acuerdo general en lo concerniente a la autoridad de la Escritura, y la Iglesia dominante fue denunciada como apóstata e idólatra. Se decía que no se podía encontrar a dos hombres juntos sin que uno de ellos fuera un lolardo o wyclefista, y que la Escritura “se había convertido en una cosa común, y cada vez más accesible a hombres laicos y mujeres que supieran leer que a los mismos cleros”.

William Sawtre (1401), un párroco de Norfolk, fue el primero que sufrió en la hoguera después que fue promulgada la ley en favor de quemar a los herejes. La Cámara de los Comunes le presentó peticiones a Enrique IV, solicitando la desviación de los ingresos excedentes de la Iglesia para fines útiles, y la modificación de las leyes contra los lolardos. Su respuesta fue firmar una

*Los “herejes”
quemados en
Inglaterra*

orden para quemar a Tomás Badly, un sastre de Evesham. Este hombre, acusado de negar la transustanciación, después de defender valientemente su creencia ante el Obispo de Worcester, fue juzgado en la iglesia de San Pablo ante el Arzobispo de Canterbury y York y muchos otros del clero y la nobleza. Finalmente fue ejecutado en la hoguera en Smithfield.

*Sir Juan
Oldcastle*

Un líder entre los lolardos fue Sir Juan Oldcastle, Lord Cobham, un soldado distinguido. Su castillo de

Los lolardos, los husitas y los hermanos unidos

Cowling fue un refugio para los predicadores ambulantes. Allí también tuvieron lugar las reuniones, a pesar de estar prohibidas bajo penas severas. Enrique IV no se aventuró a interferir con él, pero tan pronto Enrique V llegó al trono, asedió y tomó el castillo, tomando a su dueño prisionero. Sin embargo, el prisionero escapó de la torre, y por algunos años pudo eludir la persecución, aunque muchos otros fueron capturados y ejecutados, incluyendo treinta y nueve de los líderes lolardos. Sir Juan se convirtió en el primer noble inglés que murió por causa de la fe, cuando finalmente lo capturaron en Gales y lo quemaron.

Después de su muerte, se aprobó una ley que decía que cualquiera que leyera las Escrituras en inglés perdería su tierra, propiedades, bienes, y su subsistencia, y sería condenado como un hereje delante de Dios, un enemigo de la corona y un traidor del reino; que no debía tener ningún beneficio de asilo, y que si continuaba rebelde o reincidía después de ser perdonado, debería ser colgado primeramente por traición al rey, y luego quemado por herejía contra Dios.

Sin embargo, los hermanos, aunque llevados a la oscuridad o al exilio, no fueron extinguidos. Algunas congregaciones continuaron existiendo a pesar de todo esto, y fueron muy numerosas en East Anglia y en Londres. Varias iglesias grandes existían en la localidad de Beccles en el tiempo del ascenso al trono de Enrique VI (1422). Aunque las congregaciones a menudo fueron divididas y conformadas de nuevo, muchas de ellas existieron de forma continua durante períodos de tiempo considerables. Algunas en Buckinghamshire, por ejemplo, por espacio de sesenta o setenta años mantuvieron un compañerismo con las congregaciones en Norfolk, Suffolk y en otras partes del país. El Obispo de Londres, al escribirle a Erasmo en 1523, dijo: “No es asunto de alguna novedad perniciosa, sino que simplemente se le han sumado nuevos grupos a la gran banda de herejes partidarios de Wyclif”.

Uno de los estudiantes extranjeros que escuchó a Wyclif en Oxford fue Jerónimo de Praga.³ Jerónimo regresó a su ciudad natal lleno de entusiasmo por las verdades que había aprendido en Inglaterra, y con valentía enseñó que la Iglesia Católica se había desviado de la doctrina de Cristo, y que todo aquel que buscara la salvación tendría que regresar a las enseñanzas del Evangelio.

*Jerónimo de Praga
(?-1416)*

Capítulo 7

*Juan Hus
(1369–1415)*

Estas palabras se grabaron con fuerza en los corazones de muchos. Entre ellos estaba Juan Hus,⁴ doctor teológico y predicador en Praga, y confesor a la Reina de Bohemia. Su fe sincera y sus impresionantes habilidades, junto con su elocuencia y carisma, surtieron efecto poderosamente entre la gente ya preparada por la labor de los valdenses quienes habían estado allí antes que él. Juan escribió y habló en el idioma checo, y la larga rivalidad entre el teutón y el eslavo, representada en Bohemia por los alemanes y los checos respectivamente, pronto le dio un aspecto político al movimiento. La parte alemana apoyó el poder de los Católicos, mientras que los checos apoyaron las enseñanzas de Wyclf.

El Papa, por medio del Arzobispo de Praga, excomulgó a Hus e hizo que se quemaran públicamente los escritos de Wyclf, pero el rey de Bohemia,

*El Concilio de
Constanza
(1414–1418)*

la nobleza, la universidad y la mayoría de la gente apoyaron a Hus y sus enseñanzas. En Constanza, junto al hermoso lago que lleva su nombre, tuvo lugar un Concilio (1414)⁵ que duró tres años y medio y reunió a una extraordinaria cantidad de dignatarios eclesiásticos, y a los príncipes y gobernantes de varios países, además de una gran multitud de personas de todas las clases sociales. Durante este tiempo la ciudad fue el escenario de entretenimientos extravagantes y de todo tipo de maldad desvergonzada. En ese entonces había tres Papas rivales, y uno de los objetivos del Concilio fue precisamente remediar la confusión y los cismas que semejante estado de cosas implicaba. Los tres Papas en el poder fueron destronados y otro fue elegido en su lugar, Martín V.

Otro objetivo del Concilio fue combatir las enseñanzas asociadas con los nombres de Wyclf y Hus. Hus fue invitado a participar y el Emperador Segismundo le dio un salvoconducto, garantizándole la seguridad de que no sería molestado si viniera. Confiando en la palabra del emperador, él llegó a Constanza a tiempo para la apertura del Concilio General, y dispuesto a aprovechar la oportunidad de exponer las doctrinas de la Escritura ante semejante compañía. Sin embargo, a pesar de la promesa imperial, Juan Hus fue apresado y confinado a una sucia mazmorra en una isla en el lago. Para justificar esta acción el Concilio promulgó un decreto solemne (1415),

Los lolardos, los husitas y los hermanos unidos

defendido por ellos como una decisión infalible dada por el Espíritu Santo, y de carácter obligatorio para siempre. El decreto afirmaba que la Iglesia no está obligada a cumplir su palabra con un hereje.

Hus estuvo sujeto a todo tipo de persuasión y maltrato para inducirlo a que se retractara de lo que había enseñado, es decir, de que la salvación es mediante la gracia por medio de la fe, aparte de las obras de la ley, y que ningún título o posición, por exaltado que sea, puede hacer que un hombre sea acepto a Dios sin un testimonio de santidad de vida. Con humildad, y una capacidad y valentía poco comunes, él mantuvo valientemente que estaba dispuesto a retractarse de cualquier cosa que hubiera enseñado —si se demostrara por medio de la Escritura que él estaba errado. Además, se negó a retractarse de opiniones que él nunca había sostenido, pero que falsamente le habían atribuido a él. La acusación de estar “contagiado de la lepra de los valdenses” y de haber predicado las doctrinas de Wyclif muestra que la unidad de la verdad que existía en estos diferentes círculos fue reconocida por sus enemigos.

Hus fue quemado el 6 de julio de 1415. Dos semanas antes, escribió:

Me siento inmensamente consolado por las palabras de Cristo: “Bienaventurados sois cuando (...) os vituperen”. Este es un buen saludo, mejor dicho, el mejor de los saludos, pero es difícil. No me refiero a comprenderlo, sino a vivirlo, ya que nos manda regocijarnos en estas tribulaciones. Es fácil leerlo en voz alta y exponerlo, pero resulta difícil llevarlo a la práctica. Incluso aquel Soldado más valiente, aunque él sabía que resucitaría al tercer día, después de la cena se deprimió en espíritu. (...) Por esta razón, los soldados de Cristo, recurriendo a su líder, el Rey de gloria, han librado una gran batalla. Ellos han pasado a través de fuego y agua, pero no han perecido, sino que han recibido la corona de la vida, esa corona gloriosa que el Señor, creo firmemente, me concederá —y a ustedes también, defensores fervientes de la verdad, y a todos los que firmemente aman al Señor Jesús. (...) Oh, mi más Sagrado Cristo, llévame a ti, débil como soy, porque si no nos atraes no podemos seguirte. Fortalece mi espíritu para que esté dispuesto. Si la carne es débil, permite que tu gracia nos preceda; camina entre nosotros y sigue, porque sin ti no podemos ir, por tu causa, a una muerte cruel. Dame un corazón sin temor, una fe correcta, una esperanza firme y un amor perfecto para que por ti yo pueda dar mi vida con paciencia y gozo. Amén. Escrita en prisión, en cadenas, en la víspera de San Juan el Bautista.

Capítulo 7

Jerónimo de Praga pronto siguió el mismo camino a la hoguera, y el curso de la Bohemia husita estuvo dividido en tres corrientes principales: los que pelearon; los que prefirieron transigir en cuanto a su fe, llamados utraquistas o calixtinos; y los que eligieron sufrir.

Aquellos que eligieron pelear, bajo el liderazgo de Juan Zizka, llevaron a cabo una enérgica y exitosa guerra. El pequeño poblado de Tabor, ubicado en una montaña abrupta en el corazón de Bohemia, fue un centro espiritual y militar. En su plaza del mercado aún quedan restos de las mesas de piedra donde decenas de miles de personas se reunían para celebrar la Cena del Señor, tomando tanto el pan como el vino. Este último había sido reservado por la Iglesia de Roma sólo para el uso del clero, y se lo habían negado al laicado. La copa se convirtió en el símbolo de los taboritas. Al pie de la Montaña Tabor hay una represa, cuyo nombre aún es Jordán, donde una gran cantidad de hermanos fueron bautizados sobre la confesión de su fe.

*Las guerras
husitas*

Zizka dirigió no sólo a la nobleza, sino a la nación. Los campesinos todavía libres de opresión fueron afectados por el espíritu común de entusiasmo irresistible. Sus implementos agrícolas se transformaron en armas formidables, y Zizka les enseñó a usar sus carretas agrícolas tanto para el transporte como para trincheras móviles. El Papa proclamó cruzadas contra ellos, pero los ejércitos invasores fueron arrollados y los husitas penetraron y devastaron todos los países vecinos; ambas partes cometieron grandes abusos.

La Iglesia se vio obligada a pactar acuerdos con los husitas, y en el Concilio de Basilea se les reconoció su derecho de predicar libremente la Palabra de Dios, tomar la Cena del Señor de ambas formas, abolir las posesiones mundanas del clero y anular las tantas leyes opresoras. Sin embargo, las guerras continuaron, el país fue destruido y desmoralizado

*El Concilio de
Basilea
(1433)*

por sus esfuerzos, nuevas leyes que esclavizaban al campesinado debilitaron el poder de la nación, y en la batalla de Lipán (1434) los taboritas fueron derrotados. Entonces se llegó a un acuerdo, “El pacto de Basilea”, que dividió a los bohemios. Los utraquistas, quienes eran más anuentes a la Iglesia Católica Romana, fueron reconocidos por el Papa como la Iglesia Nacional

Los lolardos, los husitas y los hermanos unidos

de Bohemia, y les fue concedido el privilegio de usar la copa. Su líder, Rokycana, fue nombrado Arzobispo, y todo volvió nuevamente a las manos de Roma.

Mientras estos conflictos tenían lugar, y los éxitos husitas estaban en su cumbre, siempre hubo algunos que, en cuestiones de fe y testimonio, no dependieron de la fuerza material. Estos, según habían aprendido anteriormente de los predicadores valdenses, buscaron y encontraron la dirección en las Escrituras con relación a la organización de su iglesia y su testimonio evangélico, para seguir a Cristo por medio de estar dispuestos a sufrir lo injusto y depositar su confianza en Dios.

Una figura que se destacó entre estos hombres fue Jakoubek,⁶ un colega de Hus en la Universidad de Praga, quien, en fecha tan temprana como el año 1410, mientras impartía clases allí, contrastó la falsa y anticristiana Iglesia de Roma con la iglesia verdadera o comunión de los santos, y exhortó a todos los cristianos a regresar a las enseñanzas de la iglesia primitiva. También Nikolaus, un alemán, que había sido expulsado de Dresde por hereje, y que estaba bien familiarizado con las Escrituras y con la historia de la iglesia, ejerció su influencia sobre los taboritas al mostrarles cuál había sido la enseñanza de los apóstoles y el orden de la iglesia primitiva, y como poco a poco los errores se habían infiltrado. El asunto del derecho de los cristianos a usar la espada se discutió mucho en Praga. Los taboritas consideraban que, si bien su uso resultaba en perjuicio, la necesidad inevitable de defenderse los obligaba a usarla. Obligados por las circunstancias, también podría catalogarse de correcto el hecho de atacar y expulsar al enemigo. Pronto Jakoubek se encontró en una posición totalmente contraria a los taboritas en este punto. El más influyente y capaz opositor de la guerra, incluso para defensa propia, fue Pedro Cheltschizki quien, aunque en muchos aspectos simpatizaba con los taboritas, se opuso incansablemente a ellos y a Zizka en su posición en favor de las armas.

Aunque los escritos de los hermanos a menudo fueron quemados junto con sus autores, algunos lograron escapar. Ese fue el caso de un libro escrito por Pedro Cheltschizki, titulado *La red de la fe*,⁷ escrito en 1440, el cual conserva muchas de sus enseñanzas y ejerció una gran influencia. Él escribe:



*“La red
de la fe”*

Capítulo 7

Este libro no busca otra cosa sino que nosotros, que somos últimos, deseemos ver las primeras cosas, y anhelemos regresar a ellas según Dios nos lo permita. Somos como las personas que han llegado a una casa destruida por un incendio y tratan de encontrar sus cimientos originales. Lo más difícil es que las ruinas están cubiertas con todo tipo de vegetación, y muchos piensan que la vegetación es el cimiento, y dicen: “Este es el cimiento” y “esta es la forma que todo debe tener”, y otros repiten lo que estos dicen. Así sucede que al encontrar las chucherías que han brotado, piensan que han encontrado el fundamento, pero en realidad han encontrado algo muy diferente y contrario al verdadero fundamento. Esto hace la búsqueda más difícil, pues si todos dijeran: “El cimiento antiguo se encuentra perdido entre las ruinas”, entonces muchos comenzarían a excavar y a buscarlo, y realmente comenzaría una verdadera obra de reedificación sobre él, tal y como hicieron Nehemías y Zorobabel después de la destrucción del templo. Resulta mucho más difícil ahora restaurar las ruinas espirituales, derrumbadas hace mucho tiempo, y regresar al estado anterior, para el cual no se puede poner otro fundamento que Jesucristo, de quien la mayoría se ha apartado para acudir a otros dioses y construir sus propios cimientos (...).

En la época de los apóstoles las iglesias de creyentes eran llamadas según el nombre de los pueblos, villas y distritos. Eran iglesias y asambleas de creyentes de una sola fe. Estas iglesias fueron separadas de los incrédulos por los apóstoles. Yo no quiero hacer creer que los creyentes podían, en un sentido local y material, estar todos en una calle específica del pueblo, sino que se encontraban unidos en una asociación de fe, y que se congregaban en reuniones locales donde tenían compañerismo los unos con los otros en las cosas espirituales y en la Palabra de Dios. Y acorde con semejante asociación en la fe y en las cosas espirituales, los grupos eran llamados iglesias de creyentes.

Cheltschizki relata como “en Basilea en 1433 el representante papal dijo que si bien había muchas cosas dignas de alabanza en la iglesia primitiva, esta era muy simple y pobre. Y que así como el templo siguió al tabernáculo, la belleza actual y la gloria de la Iglesia han seguido a su simplicidad original. Por otra parte, muchas cosas desconocidas para la iglesia primitiva ahora han llegado a conocerse.” Sobre estas palabras Cheltschizki comenta: “El canto sería bueno si no fuera una mentira”.

Los lolardos, los husitas y los hermanos unidos

Él enseñaba que el “el gran sacerdote” (refiriéndose al Papa) deshonra al Salvador al otorgarse a sí mismo el poder divino para perdonar pecados, lo cual Dios ha reservado sólo para sí.

Dios ha testificado que él mismo remite los pecados y borra las iniquidades de los hombres por medio de Cristo quien murió por los pecados de los hombres. En cuanto a esto, el testimonio de fe es que él es el Cordero de Dios que quitó los pecados y perdona al mundo, teniendo en sí mismo el único derecho de perdonar los pecados, porque él es Dios y hombre al mismo tiempo. Y por esto él murió como un hombre por los pecados y se entregó a Dios en la cruz como una ofrenda por los pecados. De ese modo, Dios obró el perdón de los pecados del mundo por medio de él y sus sufrimientos. Él es el único que tiene el poder y el derecho de perdonar a los hombres sus pecados.

Por lo tanto, el gran sacerdote, con toda su ostentuosidad con que se levanta por encima de todo lo que se llama Dios, como un ladrón se ha adueñado de estos derechos de Cristo. Él ha establecido la peregrinación a Roma por medio de la cual se debe quitar los pecados. Por lo tanto, multitudes ebrias van allí desde todas las partes del mundo, y él, el padre de toda maldad, distribuye sus bendiciones a las multitudes desde un lugar alto para que ellos puedan tener el perdón de todos los pecados y la liberación de todo juicio. Él salva del infierno y el purgatorio, y no hay razón por qué alguien deba ir allí. Él también envía boletos a todas las naciones, por dinero, los cuales aseguran la liberación de todos los pecados y sufrimientos; las personas ni siquiera necesitan molestarse en venir a él, sólo tienen que enviar el dinero y todo les es perdonado. Este funcionario se ha adueñado de lo que sólo le pertenece al Señor, recibe la alabanza que le pertenece a su Señor y se enriquece por medio de la venta de estas cosas. En tal caso, ¿qué otra cosa puede hacer Cristo por nosotros cuando su representante nos libera de juicio y todo pecado y nos puede hacer justos y santos? Nuestros pecados son el único estorbo para nuestra salvación. Si el gran sacerdote remite todo esto, ¿qué hará el pobre Señor Jesús?

¿Por qué el mundo abandona así al Señor y no busca la salvación en él? Sencillamente porque el gran sacerdote eclipsa al Señor con su majestad y lo hace oscuridad en el mundo, mientras él, el gran sacerdote, tiene un gran nombre y una fama sin igual. Para que el Señor Jesús, ya crucificado, sea expuesto a la burla del mundo y sólo el gran sacerdote esté en boca de todos, y el mundo busque y encuentre la salvación en él.

Capítulo 7

El Arzobispo utraquista, Rokycana,⁸ predicando en la famosa Iglesia Tyne en Praga, recomendó elocuentemente las enseñanzas de Cheltschizki y denunció los males existentes en la Iglesia de Roma. Sin embargo, él

*La comunidad en
Kunwald*

no obró según lo que predicó. Pero muchos de sus oyentes decidieron vivir los principios que habían aprendido, y, agrupándose alrededor de un hombre de buena reputación llamado Gregorio, conocido como el Patriarca, se separaron de Rokycana y fundaron una comunidad en el noreste de Bohemia (1457), en la villa de Kunwald, en el castillo de Lititz. Muchos se unieron a ellos; algunos seguidores de Cheltschizki, otros provenientes de las iglesias valdenses, además de algunos estudiantes de Praga y muchos más. Aunque mantuvieron una relación con la iglesia utraquista, en muchas cosas ellos regresaron a la enseñanza de la Escritura y a la práctica de las iglesias primitivas. Ellos tenían a un sacerdote utraquista por pastor, pero también eligieron ancianos; también había algunos entre ellos que, según la antigua costumbre valdense, eran llamados “los perfectos”; estos renunciaban a todas sus propiedades. Pero no los dejaron vivir en paz por mucho tiempo. Al cabo de unos pocos años el poblado de Kunwald fue disuelto, y la iglesia utraquista los persiguió tan implacablemente como lo había hecho la Iglesia Católica Romana; Gregorio fue encarcelado y torturado, un tal Jacob Hulava fue quemado, y los hermanos se escondieron en las montañas y los bosques. No obstante, la cantidad de hermanos iba en aumento, y poco a poco disminuyó la persecución.

En 1463, en las montañas de Reichenau,⁹ y nuevamente en 1467 en Lhota, hubo reuniones de hermanos en las cuales estuvieron presentes

*Los “hermanos
unidos”*

muchas personas de rango e influencia, y donde discutieron de nuevo los principios de la iglesia. Una de las primeras cosas que hicieron fue bautizar a los presentes, ya que el bautismo de creyentes por inmersión era común para los valdenses y para la mayoría de los hermanos de las distintas partes, aunque había sido interrumpido por la presión de la persecución. Ellos, además, declararon formalmente su separación de la Iglesia de Roma. También adoptaron el nombre de *Jednota Bratrská* (la iglesia de la hermandad) o *Unitas Fratrum*, (los “hermanos unidos”).

Los lolardos, los husitas y los hermanos unidos

Ellos no deseaban con esto fundar un nuevo grupo ni separarse, en ninguna manera, de las muchas otras iglesias de hermanos en muchos lugares. Su deseo era que su ejemplo pudiera animar a otros hermanos para que dieran a conocer más definitivamente su separación del sistema de la Iglesia Romana. Antes de concluir sus reuniones, nueve hombres fueron elegidos de entre los presentes, unos sesenta aproximadamente. De estos nueve, tres fueron elegidos por medio de echar suertes, y de estos tres fue elegido uno, que resultó ser Matías de Kunwald, a quien enviaron para que fuera ordenado en Austria por el obispo valdense Esteban. De este modo se reiteró su relación continua con los hermanos valdenses. Ellos no consideraban esta ordenación como esencial, sino deseable; en su opinión, en el tiempo de Silvestre la Iglesia Romana había perdido cualquier forma de sucesión apostólica que alguna vez pudo haber tenido, y creían que si aún existía alguna, tendría que haberse preservado entre los cátaros, los paulicianos y los valdenses.

Los hermanos le comunicaron sus decisiones al Arzobispo Rokycana. Cuando Rokycana, desde el púlpito, los denunció, ellos le dieron más explicación por escrito, comunicándole que su acción no era la formación de algo nuevo, sino un regreso a la verdadera iglesia de los primeros cristianos, la cual siempre se había mantenida entre los valdenses. Acusados de que al separarse condenaron a todos los que no pertenecían a sus círculos y les negaron la posibilidad de salvación, respondieron que nunca habían sostenido que el verdadero cristianismo estuviera sujeto a formas y opiniones particulares. También dijeron que conocían a cristianos verdaderos entre aquellos que no pertenecían a sus asambleas, y que consideraban como un pecado por parte de la Iglesia de Roma el hecho de que esta les negaba la salvación a los que no se sometían al Papa.

Un sobrino del Arzobispo, que se encontraba entre los hermanos, escribió: “Nadie puede decir que nosotros condenamos y excluimos a todos los que permanecen obedientes a la Iglesia Romana. (...) Eso no es de ninguna manera nuestra persuasión. (...) Así como nosotros no excluimos a los elegidos en las iglesias griegas e indias, tampoco condenamos a los elegidos entre las romanas...”

Ellos insistían en la santidad de vida como enseñaban el Señor y los apóstoles, siendo ayudados por la disciplina de la iglesia como se muestra en las Escrituras, pero combinada con la mayor libertad de conciencia. Se

Capítulo 7

recomendaba la simplicidad entre los hermanos en el estilo de vida; no debía haber sufrimiento por causa de la pobreza, porque los ricos debían estar siempre dispuestos a ayudar a los pobres.

A medida que la cantidad de miembros incrementó, tuvieron lugar algunos cambios. Personas de educación, posición y riqueza se hicieron miembros, y el liderazgo pasó de las manos de los hermanos más simples a hombres de una educación más amplia. Lucas de Praga fue por cuarenta años, hasta su muerte (1528), el hombre más destacado y activo entre ellos. Él fue un escritor abundante en obras y eficaz. En realidad, las obras producidas por los hermanos en esta época y su uso de la imprenta superaron grandemente lo hecho por la más numerosa parte Católica Romana. La composición de himnos y la música florecieron. Ya no se creía que fuera incorrecto ocupar posiciones de autoridad en el estado u obtener ganancias honestas en negocios aun por encima de lo necesario para satisfacer las necesidades reales, y cesó la objeción contra el prestar juramentos. Se promovió la educación y las escuelas de los “hermanos” en general llegaron a ser buscadas. La doctrina de la justificación por medio de la fe fue enseñada con mayor claridad que antes. Lucas también fomentó la organización a nivel del gobierno de la iglesia, e introdujo mucho ritual en su antigua y sencilla adoración. No todos siguieron este proceder. Unos pocos se mantuvieron apartados y se aferraron a las formas antiguas.

Después de un tiempo el Papa, Alejandro VI, tuvo éxito en persuadir al rey de Bohemia de que el creciente poder de los “hermanos” ponía en peligro su trono. Fue así como en 1507 se promulgó el Edicto de San Santiago, el cual exigía que todas las iglesias deberían unirse a la Iglesia Católica Romana o a la Iglesia Utraquista, o de lo contrario abandonar el país. Una vez más los “hermanos” fueron objeto de persecución, los lugares de reunión fueron cerrados, sus libros quemados, y ellos mismos fueron encarcelados, exiliados o asesinados cruelmente. Esta situación duró algunos años, durante los cuales Lucas fue incansable en su obra de consolar y alentar a su gente, hasta que lo capturaron y lo encarcelaron. Poco a poco la buena reputación de los “hermanos” hizo que disminuyera la persecución

*Lucas de Praga
(?-1528)*

*Edicto de San
Santiago
(1507)*

Los lolardos, los husitas y los hermanos unidos

—algunos de sus enemigos más implacables murieron de maneras extrañas y repentinas, lo cual hizo que otros temieran continuar su obra. El propio rey de Bohemia murió, y las disputas entre los católicos romanos y los ultraquistas desviaron su atención de los “hermanos”, quienes nuevamente comenzaron a disfrutar tranquilidad.

Al mismo tiempo, llegaban las noticias procedentes de Alemania acerca de las grandes hazañas de Lutero en Wittenberg, y tan pronto pudieron, los “hermanos” enviaron representantes y se pusieron en contacto con los reformistas. Lucas, ya en libertad, sintió ciertas dudas al escuchar lo que a su parecer era un estilo alborotador por parte de Lutero y los estudiantes de Wittenberg, muy diferente de la vida rígida que él había introducido en las comunidades de los “hermanos”, donde cada acto estaba regido por una regla. Sin embargo, los “hermanos” en general saludaron con entusiasmo a tan inesperados aliados. Lutero, por su parte, se mostró dudoso con relación a los “hermanos”, pero en 1520 le escribió a Spalatino: “Hasta ahora, aunque inconscientemente, he proclamado lo mismo que Hus predicó y sostuvo. Juan Staupitz también sostuvo lo mismo inconscientemente; en una palabra, todos somos husitas y no lo sabíamos. ¡Los mismos Pablo y Agustín son husitas en todo el sentido de la palabra! Consideren la horrible miseria que nos sobrevino por no aceptar al doctor bohemio como nuestro líder...”

Los “hermanos” de Bohemia, y Lutero

El próximo gran líder de los “hermanos unidos”, Juan Augusta, quien a los treinta y dos años fue hecho obispo, y fue reconocido como su guía más capaz, estuvo a favor de una cooperación total con los protestantes en Alemania. En 1526, la antigua casa real bohemia llegó a su fin, y el reino quedó en manos de la familia católica romana de Hapsburgo, de manera que Fernando I anexionó el territorio bohemio a sus muchos otros territorios. Muchos de los miembros de la nobleza bohemia habían hecho amistad con los “hermanos”, y algunos aun eran parte de ellos. Su ayuda a los hermanos por medio de ofrecerles lugares de refugio en sus dominios en tiempos de adversidad había sido incalculable. Juan Augusta se valió de uno de ellos, Conrado Krajek (quien había construido uno

Juan Augusta

Capítulo 7

de los centros principales de los “hermanos” en Jungbunzlau), en sus negociaciones con el nuevo y maldispuesto rey. Estas negociaciones fueron exitosas, por lo que el tiempo de prosperidad continuó por un rato.

La “Liga de los príncipes protestantes”

En 1546 estalló la guerra entre la Liga de Smalkalda o “Liga de los príncipes protestantes” de Alemania, bajo el liderazgo del Elector de Sajonia y el Emperador Carlos V, hermano del rey de Bohemia —los protestantes contra los poderes católicos romanos. Fernando solicitó a los nobles y al pueblo

de Bohemia, como sus súbditos, que lo apoyaran; el Elector de Sajonia apeló a los “hermanos unidos” para que ayudaran en la lucha por la fe protestante. Algunos de los más poderosos de la nobleza bohemia pertenecían a los “hermanos”, quienes eran muy numerosos e influyentes en todo el país. Luego tuvo lugar una reunión en la casa de uno de los nobles, y se decidió pelear del lado de los protestantes.

En la batalla de Mühlberg (1547) los protestantes fueron derrotados, Fernando regresó a Praga victorioso, y comenzó la supuesta aniquilación de los “hermanos”. Cuatro de los nobles fueron ejecutados públicamente en Praga, las propiedades de otros fueron confiscadas, los locales donde se llevaban a cabo las reuniones fueron cerrados, y se decretó una orden que declaraba que cualquiera que se negara a unirse a la Iglesia Católica Romana o a la Iglesia Utraquista tendría que abandonar el país en un plazo de seis semanas.

Así fue como comenzó una gran emigración. De todas partes, los exiliados, con sus largas hileras de carretas, siguieron los caminos que

El exilio de los “hermanos”

conducían a Polonia. La gente en el camino se compadecían de los viajeros, les permitían pasar sin pagar, les daban de comer y los hospedaban. Pero se les negó el permiso para establecerse en Polonia o en la Prusia polaca, y fue hasta después de seis meses de

viaje que se les dio un lugar de descanso en la ciudad de Königsberg, en Prusia Oriental, que era luterana. Un joven herrero que se encontraba entre ellos, Jorge Israel, un hombre de una energía extraordinaria tanto de fe como de fortaleza física, superó todos los obstáculos y obtuvo para los “hermanos” un lugar en Polonia en el poblado de Ostrorog. Al establecerse

Los lolardos, los husitas y los hermanos unidos

allí, ellos convirtieron este lugar en un centro desde el cual su obra se difundió por todo el país. Allí no sólo predicaron el Evangelio, sino que hicieron mucho por agrupar a los diferentes sectores de protestantes en el país.

En 1556, al convertirse Fernando en emperador, el trono de Bohemia pasó a su hijo, Maximiliano, y bajo su mando a los “hermanos” se les permitió regresar para reconstruir sus lugares de reunión y reanudar sus reuniones. Ellos de ningún modo habían sido desarraigados de Bohemia, y pronto sus iglesias fueron reestablecidas en Bohemia y Moravia, además de que ya Polonia había sido agregada. Juan Augusta, encarcelado por mucho tiempo y a menudo torturado, al final se unió a la Iglesia Utraquista, creyendo que de esa manera podría llevarla a unirse con los “hermanos”. En efecto, muchos de los utraquistas se habían hecho protestantes, y Bohemia y Moravia eran en su mayoría naciones protestantes.

Los líderes principales entre los “hermanos” fueron dos nobles, Wenzel de Budowa y Carlos de Zerotín. Ambos tenían extensos territorios, en un estado casi de realeza, y fueron hombres piadosos en cuyos hogares la lectura de la Palabra de Dios y la oración ocuparon su lugar importante. El país prosperó; la educación se generalizó. Un miembro de la nobleza polaca, al llegar en 1571 a uno de los asentamientos de los “hermanos”, dijo: “¡Oh, Dios inmortal, qué regocijo se despertó en mi corazón! Cuando observé y pregunté acerca de todo, me imaginé que me encontraba en la iglesia de Éfeso o Tesalónica, o en alguna otra iglesia apostólica; aquí vi con mis propios ojos y escuché con mis propios oídos cosas semejantes a las que leemos en las cartas apostólicas...”

Desde 1579 hasta 1593, se llevó a cabo la gran obra de traducir la Biblia de sus lenguas originales al idioma checo, y esta “Biblia Kralitz” es la base de la traducción en uso todavía hoy. Dicha Biblia se convirtió en el fundamento de la literatura checa.

Era la ambición de los nobles que la iglesia de los “hermanos unidos” pudiera dejar de ser simplemente tolerada, y dejara de estar expuesta a una persecución renovada en cualquier momento; ellos aspiraban a convertirla en la Iglesia Nacional de Bohemia. Cuando el Emperador Rodolfo II (1603) le solicitó a la Dieta bohemia, o Parlamento, dinero para su anunciada

*Esfuerzos por
obtener la
libertad*

Capítulo 7

campana contra los turcos, Wenzel de Budowa exigió la revocación del Edicto de San Santiago, y que se le diera al pueblo una completa libertad religiosa. Sólo bajo esa condición sería aprobada la entrega del dinero. Los nobles protestantes de todos los sectores lo apoyaron, y la gente se mantuvo de su parte de manera entusiasta. El emperador, en una posición entre los protestantes y los jesuitas, prometió y se retractó en reiteradas ocasiones, y no hubo ningún progreso. Entonces Wenzel convocó a los nobles, reunió hombres y provisiones y juró recurrir a la fuerza si sus demandas no eran cumplidas. El emperador se rindió, firmó la Carta de Bohemia que concedía total libertad religiosa, y hubo un regocijo general entre la población. Se formó entonces una junta de veinticuatro “defensores” para que se ocupara de la puesta en práctica de los términos de la Carta. Todas las partes protestantes y los “hermanos unidos” firmaron la Confesión General Protestante Nacional de Bohemia.

En 1616, Fernando II se convirtió en rey de Bohemia. Él estaba completamente bajo la influencia de los jesuitas, y, aunque en el momento de su coronación juró cumplir con el contenido de la Carta, inmediatamente después comenzó a romper su juramento. Sus dos ministros principales, Martinitz y Slawata, tomaron medidas contundentes contra las libertades de los protestantes, y la actitud adoptada por las dos partes religiosas, una contra otra, se hizo cada vez más amenazante. La crisis inevitable estalló en relación a una disputa acerca de la propiedad de la Iglesia. Una iglesia que pertenecía a los protestantes fue, por orden del rey, embargada y destruida. Después de este acontecimiento los defensores entraron por la fuerza al castillo real de Praga, donde el consejo del rey se encontraba reunido. El altercado violento que tuvo lugar allí terminó con Martinitz y Slawata siendo lanzados por la ventana, y sólo un montón de estiércol que rompió su caída de dieciocho metros pudo salvarlos de daños serios. Los defensores reclutaron un ejército, depusieron al Rey Fernando, y nombraron rey a Federico, elector palatino, yerno de Santiago I de Inglaterra. Los jesuitas fueron expulsados y la misa de los católicos romanos fue objeto de burla.

*La batalla de la
Montaña Blanca*

La batalla decisiva entre las dos partes, la batalla de la Montaña Blanca (1620), tuvo lugar en un cerro en las afueras de Praga, y resultó en la completa derrota de los defensores. El 21 de junio de 1621, en la Gran

Los lolardos, los husitas y los hermanos unidos

Plaza de Praga, en uno de cuyos lados se encuentra la Iglesia Tyne, y en el otro el Municipio, veintisiete miembros de la nobleza protestante, incluyendo a Wenzel de Budowa, fueron públicamente decapitados. A cada uno de ellos le ofrecieron su vida a cambio de aceptar la fe católica romana, pero todos la rechazaron. Durante este período se le dio rienda suelta a toda clase de asesinato y violencia en la tierra. Treinta y seis mil familias abandonaron Bohemia y Moravia, y la población de Bohemia fue reducida de tres millones a un millón. De este modo la religión husita y la independencia bohemia desaparecieron juntas.

La Guerra de los Treinta Años había comenzado su curso devastador sobre extensas regiones de Europa.

Juan Amos Comenius, conocido después por el mundo por su reforma en la educación, se convierte en una figura heroica en esta época de aflicción. Él no aprobaba la forma en que los “hermanos” se habían involucrado en la política y la guerra. En el



Juan Amos
Comenius
1592-c 1670

tiempo del gran desastre, él sólo había estado tres años como ministro de la congregación de “hermanos” en Fulneck en Moravia, y este lugar fue saqueado y destruido por los soldados españoles, obligándolo a huir. Fue entonces cuando se refugió en el castillo de Carlos de Zerotín, donde se convirtió en el líder del grupo de refugiados que allí se reunió. Estando allí, escribió un libro, *El laberinto del mundo y el paraíso del corazón*, en que, de forma alegórica, enseñaba que la paz no se puede hallar en el mundo, sino por la presencia de Cristo en el corazón. Siendo expulsado del castillo de Zerotín, Comenius guió al último grupo de fugitivos de Moravia. Él lo había perdido todo. Su esposa e hijo murieron a causa de las privaciones del camino. Cuando el grupo se despedía de su tierra natal, Comenius alentó la fe de ellos para que creyeran que Dios conservaría allí una “semilla oculta” que con el tiempo crecería y daría fruto.

Finalmente, apareció un lugar de descanso en Lissa en Polonia (1628), donde Comenius se convirtió en director de la escuela, y, partiendo de allí visitó a Inglaterra (1641), porque fue invitado a reorganizar la educación en aquel lugar. La guerra civil en Inglaterra lo llevó a realizar viajes posteriores a Suecia y otras partes. En 1656, una derrota de los suecos a manos de los polacos resultó en la quema de los “nidos herejes” en Lissa por los polacos. Nuevamente, Comenius lo perdió todo, incluyendo los

Capítulo 7

manuscritos que había preparado para su publicación, los cuales eran el fruto de años de trabajo. La Paz de Westfalia en 1648 ya había destruido la última esperanza de un restablecimiento de los “hermanos” de bohemia. Se les negó todo tipo de tolerancia, tanto por parte de los católicos como de los protestantes. Bajo estas circunstancias de pérdida total Comenius escribió, dando un consejo a los “hermanos” y al mundo que sólo puede provenir de la experiencia del alma que continúa confiando en Dios aun cuando toda ayuda terrenal ha fracasado.

En Lissa en 1650, él escribió *El testamento de la madre moribunda*,¹⁰ en el cual aconseja a los predicadores de la iglesia en Moravia, abandonados sin ningún vínculo de hermandad, que acepten las invitaciones para ministrar la Palabra de Dios en las iglesias evangélicas; no para halagar a sus oyentes ni fomentar las divisiones, sino con el objetivo de despertar el amor y lograr una unidad de pensamiento. Él aconseja a aquellos “huérfanos” que no eran predicadores, que si ellos encontraban congregaciones donde sus miembros no eran obligados a seguir a los hombres, sino instruidos a seguir a Cristo, y donde vieran la verdad del Evangelio de Jesús, a unirse a ellos, a orar por su paz y buscar su crecimiento y progreso en lo que es bueno, dándoles un ejemplo sobresaliente y guiándolos con afecto y oración, para que, al menos de ellos pudiera ser desviada la ira del Dios Todopoderoso que ha de sobrevenirle a la cristiandad. Él dice:

Ni siquiera a ustedes puedo olvidarlas, queridas hermanas, iglesias evangélicas; ni a ti madre nuestra, de donde surgimos, Iglesia Romana. Tú fuiste una madre para nosotros, pero te has convertido en un (...) vampiro que chupa la sangre de sus hijos. Por lo tanto, deseo que en tu miseria puedas volverte al arrepentimiento, y que abandones la Babilonia de tu blasfemia (...) A todas las asambleas cristianas juntas yo lego mi anhelo por la unidad y la reconciliación, por la unión en la fe y el amor, y por la unidad del Espíritu. ¡Oh, que este espíritu que el Padre de los espíritus me dio desde el principio se derrame sobre ustedes para que así puedan desear tanto como yo la unidad y hermandad en la verdad del cristianismo de todos aquellos que invocan el nombre de Jesús en verdad! Que Dios les traiga al fundamento de lo que es esencial y útil, como él me enseñó a mí, para que todos lleguen a percatarse de las cosas por las que en realidad tienen que ser celosos y por las que no. Que sepan cómo deben evitar todo celo que es sin fundamento y que no fomenta el progreso de la iglesia, sino que más bien tiende a su destrucción. Y luego,

Los lolardos, los husitas y los hermanos unidos

finalmente, que ustedes puedan ver dónde es indispensable un celo enardecido para que se entreguen felizmente a la alabanza de Dios, al punto de rendir sus propias vidas. ¡Oh, que todos ustedes puedan obsesionarse por anhelar la misericordia de nuestro Dios, el mérito de Jesús y el dulce encantador de los dones internos del Espíritu Santo, los cuales son comunicados por medio de la fe verdadera, el amor verdadero y la esperanza verdadera en Dios! En esto se basa la naturaleza del cristianismo verdadero.

El libro *Voz de luto* fue escrito en 1660 en Amsterdam, último hogar de Comenius, donde murió diez años más tarde.¹¹ En este libro, él dice:

Escuchamos que el Señor sana sólo a los heridos, le da vida sólo a los muertos, y redime del seol sólo a los que han sido lanzados allí (1 Samuel 2). Estemos, pues, dispuestos a que él haga su voluntad en nosotros, y si su voluntad es primero herirnos, matarnos y arrojarnos al seol, hágase su voluntad; mientras tanto, esperamos que sin falta, aquí o en la eternidad, ¡seremos sanados, resucitados nuevamente y llevados al cielo! Incluso nuestro Señor que tuvo que soportar una muerte inmensurablemente dolorosa y vergonzosa, se consoló a sí mismo con esto de que si la semilla de trigo no muere se queda sola, pero si muere produce una buena cosecha. Por lo tanto, si de sus heridas brotó la sanidad, de su muerte la vida, y de su infierno el cielo y la salvación, ¿por qué no debemos nosotros, los pequeños granos de trigo, morir conforme a la voluntad de Dios? Si la sangre de los mártires y también la nuestra fueran la semilla de la iglesia para el adelanto posterior de los que temen a Dios, entonces, llorando, esparzamos la semilla preciosa para que podamos recoger las gavillas con regocijo.

Dios no destruirá sin construir nuevamente. Él hace todas las cosas nuevas. Dios sabe lo que hace; tenemos que confiar en él para derribar y edificar conforme a su voluntad. Él no hace estas cosas sin ningún propósito; algo grande se esconde detrás de todo esto. Toda la creación está sujeta a la voluntad de Dios, y nosotros también, entendamos o no lo que él hace. Él no necesita que le demos nuestro consejo acerca de lo que él hace.

Cuando tenía 77 años de edad y su fama era conocida en Europa por haber revolucionado, para bien, el espíritu y los métodos de enseñanza, Comenius escribió su obra *Lo único necesario*.¹² En ella él compara el mundo con un laberinto, y demuestra que la salida o solución está en apartarse de lo innecesario y escoger *lo único necesario*, Cristo. Él dice:

Capítulo 7

La gran cantidad de maestros es la causa de que existan tantas sectas, para las cuales pronto no habrá más nombres que ponerles. Cada iglesia se considera a sí misma como la verdadera, o al menos, como la parte más pura y verdadera de la iglesia, mientras que al mismo tiempo se persiguen entre sí con el odio más implacable. No se puede esperar ningún tipo de reconciliación entre ellas; tratan la enemistad con una enemistad irreconciliable. De la Biblia extraen forzosamente sus credos; estos son sus fortalezas y baluartes detrás de los cuales se atrincheran y resisten todos los ataques. Yo no diría que estas confesiones de fe —pues admitimos que lo son en la mayoría de los casos— son nocivas en sí mismas. Sin embargo, se convierten en algo muy nocivo cuando alimentan el fuego de la enemistad; sólo después de hacerlas totalmente a un lado sería posible darnos a la tarea de sanar las heridas de la iglesia (...) A este laberinto de sectas y confesiones diversas se une otro mal, el amor por la disputa.

¿Qué se logra con esto? ¿Acaso alguna vez se ha resuelto un conflicto erudito? Nunca. Más bien se han incrementado. Satanás es el mayor sofista; él nunca ha sido derrotado en una disputa de palabras (...) En el servicio divino por lo general las palabras de los hombres se escuchan más que la Palabra de Dios. Cada uno parlotea a su antojo, o mata el tiempo mediante discusiones aprendidas y al desaprobando las opiniones de los demás. Apenas se habla del nuevo nacimiento y de cómo uno debe transformarse en la semejanza de Cristo para convertirse en participante de la naturaleza divina (2 Pedro 1.4). Del poder de las llaves la iglesia casi ha perdido el poder de atar, sólo queda el poder de desatar (...) Los sacramentos, dados como símbolos de unidad, amor, y de nuestra vida en Cristo, se han convertido en objeto del conflicto más implacable, una causa de odio mutuo, una fuente de sectarismo (...)

En pocas palabras, la cristiandad se ha convertido en un laberinto. La fe ha sido partida en miles de pedacitos pequeños, y te conviertes en hereje si hay uno de ellos que no aceptas (...) ¿Qué se puede hacer? Sólo *lo único necesario*: volverse a Cristo, recurrir a Cristo como el único Líder, y andar en sus pisadas, dejando a un lado todos los otros caminos hasta alcanzar la meta y llegar a la unidad de la fe (Efesios 4.13). Como el Maestro celestial lo edificó todo sobre el fundamento de las Escrituras, asimismo debemos dejar todas las particularidades de nuestras confesiones especiales y estar satisfechos con la Palabra de Dios revelada, la cual pertenece a todos nosotros. Con la Biblia en nuestras manos debemos clamar: “Creo lo que Dios ha revelado en este Libro. Guardaré obedientemente sus mandamientos. Espero lo que él ha prometido. ¡Cristianos, presten atención! Hay una sola Vida, mas la muerte llega a nosotros en miles de formas. Hay una sola Verdad, mas el error tiene miles de formas. Hay un solo Cristo, mas hay miles de anticristos (...) De modo que ya sabes,

Los lolardos, los husitas y los hermanos unidos

oh cristiandad, lo único que es necesario. O te vuelves a Cristo o vas a la destrucción como el anticristo. Si eres sabia y deseas vivir, sigue al Líder de la vida.

En cambio ustedes, cristianos, regocíjense al ser arrebatados, (...) escuchen las palabras de su Líder celestial, 'Venid a mí' (...) Respondan al unísono, 'Amén; sí, vamos.'

Notas finales

- ¹ *Foxe's Book of Martyrs*, John Foxe.
—*A Short History of the English People*, John Richard Green.
—*England in the Age of Wycliffe*, George Macaulay Trevelyan.
- ² *John Wycliff and His English Precursors*, Lechler traducido por Lorimer.
- ³ *The Dawn of the Reformation: The Age of Huss* H. B. Workman, M.A.
- ⁴ *John Huss and His Followers*, Jan Herben (1926).
- ⁵ Ulrich von Richental. *Chronik des Konzils zu Konstanz (1414–1418)*, Herausgegeben von Dr. Otto H. Brandt. R. Voigtländers Verlag in Leipzig mit 18 Nachbildungen nach der Aulendorfer Handschrift (Voigtländers Quellenbücher Bd. 48).
- ⁶ *Jahrbücher für Kultur und Geschichte der Slaven*, N. F. Band v. Heft 1, 1929, E. Perfeckij.
- ⁷ *Das Netz des Glaubens*, Peter Cheltschizki; traducido del antiguo idioma checo al alemán por Dr. Karl Vogel (Einhorn Verlag in Dachau bei München).
- ⁸ *History of the Moravian Church*, J. E. Hutton.
- ⁹ *Die Reformation und die älteren Reformparteien*, Dr. Ludwig Keller.
- ¹⁰ *Das Testament der Sterbenden Mutter*, von J. A. Comenius. Escrito en bohemo, en 1650, en el pueblo de Lissa. Traducido al alemán por Dora Perina en Leitmeritz. Monatsschriften der C. G. XVI Band, Heft 1. Herausgegeben von Ludwig Keller, Berlin. Weidmannsche Buchhandlung.
- ¹¹ *Stimme der Trauer*, von J. A. Comenius. Traducido del bohemo al alemán por Frau Slamenik. Monatschriften der Comenius-Gesellschaft XVII Band, Heft 3. Herausgegeben von Ludwig Keller. Verlag von Eugen Diederichs, Jena, 1908.
- ¹² *Unum Necessarium*, J. A. Comenius.

La Reforma

(1500–1550)

Un catecismo; Los “hermanos de la vida común”; Lutero; Tetzl; Las noventa y cinco tesis en Wittenberg; La Bula papal es quemada; La Dieta de Worms; El castillo de Wartburg; Traducción de la Biblia; Esfuerzos de Erasmo por llegar a un arreglo; Desarrollo de la Iglesia Luterana; Su reforma y limitaciones; Staupitz protesta; La elección de Lutero entre las iglesias del Nuevo Testamento y el sistema de la Iglesia oficial; Loyola y la Contra Reforma.

La relación entre los hermanos en los distintos países es evidente por el hecho de que el mismo catecismo para la instrucción de sus hijos fue usado por los valdenses en los valles, en Francia y en Italia. Fue usado también por los diferentes hermanos en las tierras de Alemania, y por los “hermanos unidos” en Bohemia.¹ Este libro era pequeño y fue publicado en italiano, francés, alemán y en bohemio. Se conocen varias ediciones impresas a intervalos desde 1498 hasta 1530.

Estrechamente relacionados con estos hermanos estaban los “hermanos de la vida común” quienes en el siglo XV y principios del XVI establecieron una red de escuelas a través de los Países Bajos y el noroeste de Alemania. Su fundador fue Gerhard Groote de Deventer, Países Bajos, quien, con el consejo de Jan van Rysbroeck, formó la hermandad y estableció la primera escuela en Deventer. Groote expresó su principio sobre la enseñanza cuando dijo: “La raíz del estudio y el dechado de la vida debe ser en primer lugar el Evangelio de Cristo”. Él opinaba que el aprendizaje sin la piedad estaba más propenso a ser una maldición que una bendición. La enseñanza fue excelente; la escuela en Deventer, bajo la dirección del famoso maestro Alejandro Hegius,

Los “hermanos de la vida común”

Capítulo 8

tenía 2.000 alumnos. Tomás de Kempis, quien posteriormente escribió la *Imitación de Cristo*, estudió en esa escuela, y Erasmo también fue un alumno en ese lugar. Las escuelas se difundieron ampliamente; el idioma latín era enseñado y también un poco el griego. Los niños aprendían a cantar himnos evangélicos en latín. Se llevaban a cabo clases para los adultos en las cuales se leía de los Evangelios en el idioma del país. Se recaudaba dinero por medio de copiar los manuscritos del Nuevo Testamento y, posteriormente, por medio de imprimirlos. Se multiplicaron los folletos de los “hermanos” y de los amigos de Dios. De esta manera se proveía una educación sana basada en las Sagradas Escrituras.

Un himnario, publicado en Ulm en 1538, muestra los logros alcanzados en lo referente a material para alabanza y adoración en las congregaciones de los hermanos. El final del extenso título del himnario afirma que este era usado y cantado diariamente para la honra de Dios por “la hermandad cristiana, los picardos, hasta ahora considerados como no cristianos y herejes”.

La Biblia ocupó el primer lugar en la instrucción y desarrollo de

Martín Lutero
(1483–1546)

Martín Lutero. Él también recibió la ayuda de Juan Staupitz, y encontró en los escritos de Tauler y de algunos de los hermanos, más doctrina divina,² según dijo, que en todas las universidades y enseñanzas de los catedráticos; nada era más sano ni correspondía

más al Evangelio. Pronto se convirtió en un escritor activo, y sus primeros panfletos (1517–1520)³ fueron escritos en el espíritu de los hermanos. Mostraron que la salvación no se obtiene por medio de la intervención de la Iglesia, sino que todo hombre tiene acceso directo a Dios y encuentra la salvación por medio de la fe en Cristo y la obediencia a su Palabra. Lo cautivó la enseñanza bíblica de que la salvación es por medio de la gracia de Dios, mediante la fe en Jesucristo, y que no se obtiene por nuestras propias obras. La destreza y el entusiasmo con que Lutero predicó estas verdades no sólo despertaron interés y esperanza en los círculos donde ya se conocían, sino que afectaron fuertemente a otros que hasta ahora habían estado ignorantes de ellas.

Las noventa y cinco tesis de Lutero

En 1517, un destacado vendedor de indulgencias papales, Juan Tetzel, mostró tal desvergüenza e irresponsabilidad en su negocio que, quizá más que

otra cosa, impresionó a la gente por su charlatanería. Cuando Tetzel llegó a Wittenberg, Lutero, después de intentar en vano que el Elector de Sajonia tomara alguna acción, y alentado por Staupitz, fijó él mismo en las puertas de la iglesia las noventa y cinco tesis que estremecieron a toda Europa, pues los hombres entendieron que finalmente se había levantado una voz para pronunciar el sentir de la mayoría —que todo el sistema de indulgencias era un fraude y que no tenía cabida en el Evangelio. Un pobre monje ahora se enfrentaba a todo el extenso poder papal y luchaba en contra suya. Su *Llamamiento a la nobleza de la nación alemana sobre la libertad del hombre cristiano* y su *Cautiverio babilónico de la Iglesia* fueron un llamado a toda Europa. El Papa León X promulgó una Bula para excomulgar a Lutero; Lutero la quemó públicamente en Wittenberg (1520).

Al ser llamado a Worms a presentarse ante las autoridades papales, Lutero desafió todos los peligros y fue, y nadie fue capaz de hacerle daño. Cuando se marchó de allí, al verse amenazada su vida, sus amigos lo llevaron en secreto a un castillo, el castillo de Wartburg, y permitieron que la gente creyera que él estaba muerto. Allí tradujo el Nuevo Testamento al alemán, traduciendo posteriormente el Antiguo Testamento. El efecto de que cada vez se leyera más y más las Escrituras, sumado al hecho de que se vivía un tiempo en que las preguntas sobre religión estaban agitando violentamente a las masas de la población, cambiaría por completo el carácter de la cristiandad. La pesada desesperanza con que los hombres habían visto la siempre creciente corrupción y rapacidad de la Iglesia se había transformado en una esperanza viva de que ahora, finalmente, había llegado la hora del avivamiento, la hora de un retorno al cristianismo apostólico y primitivo. El mismo Cristo fue visto nuevamente manifestado en las Escrituras como el Redentor, el Salvador de los pecadores sin necesidad de intermediarios, y el camino a Dios para la humanidad sufrida.



La Dieta de
Worms
(enero-mayo,
1521)

Sin embargo, con semejante divergencia de opinión e interés tan radical, el conflicto fue inevitable. Los seguidores de Lutero y los grupos de simpatizantes se incrementaron enormemente. Pero el antiguo sistema de la Iglesia Católica Romana no iba a transformarse sin una lucha. Hubo algunos que, junto con Erasmo, guardaban la esperanza de que habría

Capítulo 8

tolerancia y paz, pero los monjes, que veían desaparecer su posición y privilegios, se volvieron desmesuradamente violentos, y las autoridades papales decidieron usar las antiguas armas de maldición y asesinato para aniquilar el nuevo movimiento. Por su parte, Lutero fue abandonando su humildad inicial y llegó a ser tan dogmático como el Papa.

Las rivalidades políticas hicieron que la situación se tornara más peligrosa.

*Erasmus opina
acerca de Lutero*

La opresión de los obreros agrícolas condujo a la sublevación de los campesinos (1524–1525), por la que la otra parte culpó a Lutero y su partido. Una conflagración general amenazaba a las naciones. Erasmo escribió (1520): “Ojalá Lutero (...) se tranquilizara por un tiempo (...) Lo que él dice pudiera ser cierto, pero todo tiene su tiempo.” Luego escribió al Duque Jorge de Sajonia (1524):

Cuando Lutero habló por primera vez, todo el mundo lo aplaudió, incluyendo a Vuestra Alteza. Los teólogos que ahora son sus adversarios más implacables en aquel entonces estaban de su parte. Los Cardenales, incluso los monjes, lo alentaron. Su causa era justa. Él estaba atacando prácticas que cualquier hombre honrado condenaba, y estaba enfrentándose a una junta de arpías bajo cuya tiranía la cristiandad gemía. ¿Quién, pues, podía imaginarse cuán lejos llegaría el movimiento? (...) Ni el mismo Lutero jamás esperó producir semejante efecto. Después de la divulgación de sus tesis, le aconsejé que no fuera más allá (...) Yo temía el surgimiento de disturbios (...) Le advertí que fuera moderado (...)

El Papa proclamó una Bula, el emperador proclamó un Edicto, y hubo encarcelamientos y muertes en la hoguera. Sin embargo, todo fue en vano. Esto sólo hizo que el desorden creciera (...) No obstante, sí pude ver que el mundo estaba embobado con los rituales. Monjes escandalosos se habían dado a la tarea de engañar y estrangular la conciencia de la gente. La teología se había convertido en un sofisma. El dogmatismo se había convertido en locura y, además, había incalificables sacerdotes, Obispos y funcionarios romanos (...) En mi opinión, ambas partes debían ceder y buscar un acuerdo (...) Los seguidores de Lutero eran testarudos y no darían un paso atrás. Los teólogos católicos sólo exhalaban fuego y furia (...) Confío, y espero, que Lutero hará unas pocas concesiones, y que el Papa y los príncipes puedan aún consentir en procurar la paz. Que la Paloma de Cristo se pose entre nosotros, o si no, el búho de Minerva. Lutero le ha suministrado una dosis muy agria a un cuerpo enfermo. ¡Quiera Dios que esta resulte en sanidad!

Luego escribió (1525): “Considero a Lutero un buen hombre, llamado por la Providencia para corregir la depravación de la época. ¿De dónde han surgido todos estos problemas? De la inmoralidad abierta y descarada del sacerdocio, de la arrogancia de los teólogos y la tiranía de los monjes.” Él aconsejaba abolir lo que era obviamente incorrecto, pero retener todo lo que pudiera ser retenido sin causar perjuicio. Aconsejaba ejercer la tolerancia y permitir la libertad de conciencia. Escribió: “Las indulgencias, con las cuales los monjes han engañado al mundo por tanto tiempo, con el consentimiento malicioso de los teólogos, ahora han sido desbaratadas. Bueno, entonces, permitan que aquellos que no tienen fe en los méritos de los santos oren al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, imiten a Cristo en sus vidas, y dejen en paz a los que creen en los santos (...) Dejen que todos crean lo que les plazca acerca del purgatorio, sin pelear con los demás que no creen como ellos (...) Que si las obras justifican o la fe justifica no tiene mucha importancia, pues todos reconocen que la fe no salvará sin las obras.”

El conflicto era demasiado enconado como para que prevalecieran consejos tan moderados. Muy pocos veían posibilidad alguna de tolerancia. El desarrollo del propio Lutero bajo la influencia de tan extraordinarias circunstancias, con el tiempo los influenció. Después de haber sido un católico romano devoto en su juventud, Lutero, por medio de sus encuentros con Staupitz y su estudio de las Escrituras, había llegado a solidarizarse con los “hermanos” y con los místicos, pero ahora su conflicto con el clero romano lo había llevado a estrechar relaciones con algunos de los príncipes alemanes. Esta asociación, junto con la influencia de su antiguo adiestramiento, lo condujo poco a poco a formar la Iglesia Luterana.

Las etapas de este proceso estuvieron marcadas por apartarse gradualmente de las antiguas congregaciones de hermanos. También se dio un reavivamiento de muchas verdades de las Escrituras, y una incorporación en la nueva Iglesia Luterana de muchas cosas tomadas del sistema romano. Lutero puso más énfasis en las enseñanzas del apóstol Pablo y menos en las de los Evangelios que las antiguas iglesias de creyentes; él insistió en la doctrina de la justificación por medio de la fe, pero sin subrayar lo suficiente la importancia de seguir a

*Formación de la
Iglesia Luterana*

Capítulo 8

Cristo. Esto último era muy importante en la predicación de los hermanos. Lutero fue muy lejos con su enseñanza de que el hombre no tiene ningún tipo de libre albedrío ni elección, y que la salvación es únicamente por medio de la gracia de Dios. Llegó a tal punto que propició el descuido de una conducta correcta como parte del Evangelio. Entre las doctrinas tomadas de la Iglesia de Roma estaba la de la regeneración bautismal y, con esta, la práctica general del bautismo de infantes.

Lutero reavivaba la enseñanza de la Biblia en cuanto a la salvación individual por medio de la fe en Cristo Jesús y su obra perfecta, pero no llegó al punto de aceptar la enseñanza del Nuevo Testamento en lo relacionado a las iglesias y su separación del mundo, aunque permanezcan en él como testimonio del Evangelio salvador de Jesucristo; Lutero adoptó el sistema Católico Romano de las parroquias con su administración clerical de territorios que se consideraban cristianizados. Gracias a que algunos de los gobernantes estaban de su lado, Lutero mantuvo el principio de la unión de la Iglesia y el estado, y aceptó la espada del estado como el medio adecuado para convertir o castigar a los que discrepaban de la nueva autoridad eclesiástica. Fue en la Dieta, o Concilio, de Espira (1529) que el partido de la Reforma presentó la protesta a los representantes Católicos Romanos, de donde surgió el nombre de “protestantes” para referirse a los reformistas. La Liga de Smalkalda en 1531, juntó a nueve príncipes y once ciudades libres como poderes protestantes.

En vista del desarrollo de Lutero, Staupitz le advirtió: “Cristo nos ayude

*Las protestas de
Staupitz*

a que finalmente vivamos conforme al Evangelio que ahora resuena en nuestros oídos, del cual hablan muchos, ya que veo que las multitudes abusan del Evangelio para darle libertad a la carne. Permite que mi súplica te conmueva, teniendo en cuenta que una

vez fui el pionero de la santa enseñanza evangélica.”

Al declarar finalmente la divergencia de su modo de pensar con respecto al que estaba adoptando Lutero, Staupitz contrasta a los cristianos nominales con los verdaderos, y escribe:

Ahora está de moda separar la fe de la vida evangélica, como si fuera posible tener una fe verdadera en Cristo y aún permanecer diferente de él en la vida. ¡Oh, astucia del enemigo! ¡Oh, engaño de la gente! Escuchen las palabras de los necios: Quienquiera que cree en Cristo no necesita

de las obras. Oigan el refrán de la verdad: Si alguno me sirve, sígame. El espíritu del mal les dice a sus cristianos carnales que el hombre es justificado sin las obras y que así predicó Pablo. Esto es falso. En realidad, él habló en contra de aquellas obras legalistas y prácticas externas en las cuales, por temor, los hombres depositan su confianza para salvación. Luchó contra ellas al considerarlas inútiles. Consideró que conducían a la condenación, pero nunca pensó mal de aquellas obras que son los frutos de fe, amor y obediencia a los mandamientos celestiales, ni hizo otra cosa menos alabarlas. Él proclamó y predicó acerca de su necesidad en todas sus epístolas.

Lutero enseñó: “Aprendan del apóstol Pablo que el Evangelio enseña que Cristo vino, no para darnos una nueva ley por la cual debemos andar, sino para poderse entregar a sí mismo como una ofrenda por los pecados de todo el mundo”. Las iglesias primitivas habían enseñado siempre que el verdadero cristiano es aquel que, habiendo recibido la vida de Cristo por fe, continuamente se esfuerza y desea, por medio de Cristo que mora en él, andar conforme a su ejemplo y su Palabra.

Lutero, mediante sus poderosos golpes, se abrió paso por entre los privilegios y abusos bien arraigados por mucho tiempo, para que finalmente la Reforma fuera posible. Él reveló a Cristo a innumerables pecadores. Lo reveló como el Salvador a quien cada uno estaba invitado a venir, sin la intervención del sacerdote, santo, Iglesia o sacramento, tampoco gracias a ninguna bondad en sí mismo, sino como un pecador con todas sus necesidades, para encontrar en Cristo, por medio de la fe en él, la salvación perfecta, basada en la obra perfecta del Hijo de Dios. Sin embargo, en lugar de continuar en el camino de la Palabra de Dios, Lutero edificó una iglesia en la cual fueron reformados algunos abusos, pero que en muchos aspectos era una reproducción del antiguo sistema. Las multitudes que acudieron a él en busca de guía aceptaron aquella forma en la que él moldeó la Iglesia Luterana. Muchos, al ver que él no continuó en el camino hacia un regreso a las Escrituras, lo cual ellos habían esperado, se quedaron donde estaban, en la Iglesia Católica Romana, y las esperanzas suscitadas entre los hermanos poco a poco se desvanecieron al verse a sí mismos situados entre dos sistemas eclesiásticos, cada uno de los cuales estaba dispuesto a emplear la espada para exigir conformidad en asuntos de conciencia.

Capítulo 8

El sistema de la Iglesia oficial

Lutero había visto el modelo divino para las iglesias, y no fue sin enfrentarse a una lucha interna que él abandonó la enseñanza del Nuevo Testamento y dejó el modelo de asambleas independientes de verdaderos cristianos para estar a favor del sistema de la Iglesia nacional o Iglesia del estado, sistema que adoptó por la presión de las circunstancias externas. La diferencia irreconciliable entre estos dos ideales fue la causa esencial del conflicto. El bautismo y la Cena del Señor adquirieron tal importancia en el conflicto precisamente porque en la iglesia verdadera ambas ordenanzas marcan el abismo que separa a la iglesia del mundo, mientras que en la Iglesia oficial se usan como puente sobre dicho abismo; el bautismo de infantes y la administración general de la Cena del Señor no requieren de los participantes una fe personal.

Además, los poderes que se arrogan a un sacerdocio como único capaz de llevar a cabo estos rituales someten al pueblo bajo un yugo en asuntos de fe y conciencia, que, al obrar en conjunto con el estado o el gobierno civil, imposibilitan la existencia de iglesias libres, y convierten la religión en un asunto de la nación. Tal Iglesia oficial es muy comprensiva. Puede incluir una gran variedad de opiniones. Puede acoger a los incrédulos, consentir mucha maldad, e incluso puede permitir que su clero exprese incredulidad en las Escrituras. En cambio, tal Iglesia, si tiene el poder para prevenirlo, no tolerará a aquellos que bautizan a los creyentes o a los que se apartan y toman la Cena del Señor como discípulos de Cristo, porque estas cosas atacan los fundamentos de su carácter como Iglesia oficial, aunque no son los rituales en sí mismos la causa fundamental de la diferencia, sino el asunto de iglesia.

Con poder y valentía sin precedentes, Lutero había sacado a la luz las verdades de la Escritura en lo concerniente a la salvación individual del pecador por medio de la fe, pero fracasó cuando pudo haber señalado el camino de regreso a las Escrituras en todas las cosas, incluyendo su enseñanza con relación a la iglesia. Él había enseñado: “Lo digo cien mil veces, Dios no tendrá un servicio forzado. Nadie puede o deberá ser forzado a creer.” En 1526, él había escrito:

El orden evangélico correcto no puede ser practicado por toda clase de gente, sino entre aquellos que seriamente estén decididos a ser cristianos y a confesar el Evangelio en lo que dicen y hacen. Tales personas deben

inscribir sus nombres y reunirse aparte en una casa para la oración y la lectura, para bautizarse, para cumplir con el sacramento y para ejercitar otras obras cristianas. Dentro de este orden sería posible identificar, reprobar, restituir o excomulgar, conforme a la norma de Cristo, a aquellos que no se comporten de manera cristiana (Mateo 18.15). Allí, además, ellos podrían, de manera común, recolectar limosnas que serían dadas voluntariamente, y distribuidas generosamente entre los pobres, de acuerdo con el ejemplo de Pablo (2 Corintios 9.1–12). Allí no sería necesario disponer de muchos cantos ni cantos finísimos. Allí podría practicarse una manera sencilla y corta del bautismo y del sacramento, y todo estaría conforme a la Palabra de Dios y en amor. Sin embargo, yo no puedo ordenar y establecer semejante asamblea aún, porque aún no cuento con la gente adecuada para esto. No obstante, si me correspondiera hacerlo, y no tuviera otra alternativa, estaría dispuesto a hacer mi parte. Mientras tanto, continuaré convocando, estimulando, predicando, ayudando, y fomentando la formación de esta asamblea hasta que los cristianos tomen la Palabra de Dios tan en serio que ellos mismos encuentren la manera de formarla y continuar en ella.

Sin embargo, Lutero sabía que la “gente adecuada” estaba allí; gente a quien él describió como “hijos verdaderos de Dios, santos y piadosos”. Después de mucha indecisión, finalmente él llegó a oponerse a cualquier intento de poner en práctica lo que tan excelentemente él había descrito. Sin embargo, a diferencia de muchos de sus seguidores, Lutero no consideró la Iglesia Luterana como la mejor forma posible de religión que se pudiera concebir; él la describió como “provisional”, como el “atrio exterior” y no el “santuario”, y no cesó de exhortar y advertir a las personas. Él dijo:

Si nos fijamos en lo que ahora hacen los que se consideran evangélicos y que saben hablar mucho acerca de Cristo, no hay nada más allá de sus palabras. La mayoría de esas personas se engañan a sí mismas. La cantidad de personas que comenzaron con nosotros y que encontraron satisfacción en nuestra enseñanza era antes diez veces mayor; ahora ni una décima parte de ellos se mantiene firme. Lo que ellos realmente hacen es decir palabras, como el perico que repite lo que la gente dice, pero sus corazones no las experimentan. Siguen siendo lo que han sido; no experimentan ni sienten cuán verdadero y fiel es Dios. Estas personas presumen mucho del Evangelio y al principio lo buscan honradamente, sin embargo, después no queda nada; porque hacen lo que les gusta, se dedican a sus lujurias, se vuelven peores de lo que una vez fueron y son mucho más

Capítulo 8

indisciplinadas y presumidas (...) que otros, teniendo en cuenta que los campesinos, los ciudadanos, los miembros de la nobleza son todos más codiciosos e indisciplinados de lo que eran antes bajo el papado (...) ¡Oh, Dios nuestro Señor, si practicáramos esta doctrina correctamente, verías que de mil personas que ahora acuden al sacramento apenas cien de ellas irían! Entonces serían menos los horribles pecados con los cuales el Papa con su ley infernal ha inundado el mundo. Finalmente, llegaríamos a ser una asamblea cristiana, mientras que ahora somos casi completamente paganos con el nombre de cristianos. Y luego podríamos separar de entre nosotros a aquellos de quienes sabemos por sus obras que nunca creyeron y nunca tuvieron vida, algo que ahora nos es imposible.

Una vez que la nueva Iglesia fue puesta bajo el poder del estado, no pudo ser alterada, pero Lutero nunca pretendió que las iglesias que él había establecido hubieran sido ordenadas según el modelo de las Escrituras. Mientras que Melancthon hablaba de los príncipes protestantes como “miembros principales de la Iglesia”, Lutero los llamaba “Obispos provisionales”, y a menudo expresaba su pesar por la libertad perdida del cristiano y por la independencia de las congregaciones cristianas que una vez había sido su objetivo.

A partir del momento en que Lutero quemó la Bula del Papa⁴ y la Reforma comenzó su curso, otro hombre se estaba preparando para la obra que iba a ser el medio fundamental para contener el progreso del protestantismo y para organizar la Contrarreforma que devolvió a la Iglesia de Roma extensos distritos donde el movimiento de la Reforma ya había prevalecido.

Ignacio Loyola
(c 1491–1556)

Ignacio Loyola,⁵ de ascendencia noble española, nació en 1491, se convirtió en paje en la corte de Fernando e Isabel, y luego en soldado. Se distinguió desde el principio por su valentía intrépida, pero una herida que recibió cuando tenía treinta años de edad, que lo dejó permanentemente cojo, cambió completamente el curso de su vida.

Durante la larga convalecencia que siguió a su herida, leyó algunos de los libros de los místicos, y llegó a sentir un anhelo ferviente de liberarse de las lujurias de su vida anterior y hacer grandes hazañas, ya no para la gloria militar al servicio de un rey terrenal, sino para Dios y como un soldado de Jesucristo. “Muéstrame, ¡oh, Señor!” oraba, “dónde puedo yo encontrarte. Te seguiré como un perro, si tan sólo pudiera conocer el

camino de la salvación.” Luego de un largo conflicto, Loyola entregó su vida a Dios, encontró paz en la certeza de que sus pecados habían sido perdonados, y se liberó del poder de los deseos carnales. En el famoso monasterio de Montserrat, entre los picos montañosos que parecían como llamas convertidas en rocas, después de una vigilia y una confesión, Loyola colgó sus armas ante una antigua imagen de madera de la Virgen y se consagró al servicio de ella y de Cristo. Regaló su ropa, y, tomando el atavío característico de un peregrino, se fue cojeando hasta el vecino monasterio dominico de Manresa. Allí siguió los métodos comunes de examen de conciencia de los místicos. Además, se dispuso a anotar con una exactitud minuciosa todo lo que había observado en sí mismo —meditaciones, visiones y, además, posturas y posiciones externas, para así descubrir cuáles eran las más favorables para el desarrollo del éxtasis espiritual. Fue allí donde él escribió gran parte de su libro, *Ejercicios espirituales*, el cual más adelante llegó a ejercer una poderosa influencia.

La búsqueda de los místicos de una comunión inmediata con Dios, sin la intervención sacerdotal o de otro tipo, los llevó constantemente a tener conflictos con los sacerdotes. Loyola fue encarcelado más de una vez por la Inquisición y por los dominicos porque sospechaban que él apoyara esta doctrina. Pero él siempre logró demostrarles que él no era lo que ellos creían, y de esa manera lograba su libertad. Realmente, aunque al principio se vio fuertemente afectado por los escritos de los místicos, Loyola desarrolló un sistema que resultó ser todo lo contrario de su enseñanza. En lugar de buscar las experiencias de una comunión directa con Cristo, él puso a cada miembro de su sociedad bajo la dirección de un hombre, su confesor, a quien prometía dar a conocer los secretos más íntimos de su vida y rendir una obediencia absoluta. El plan fue el de un ejército de soldados, en que cada miembro de su sociedad estaba sujeto a la voluntad de otro por encima de él, e incluso el de mayor rango era controlado por aquellos nombrados para observar cada acto y juzgar cada motivación.

En el transcurso de los años de estudio y viajes, de enseñanzas y actividades caritativas, durante los cuales hubo esfuerzos vanos por llegar a Jerusalén y, además, por tener entrevistas con el Papa, poco a poco se agrupó alrededor de Loyola una compañía de

*Los jesuitas, la
“Compañía de
Jesús”*

Capítulo 8

personas que fue organizada por él como la “Compañía de Jesús” en París en 1534. Él y seis más, incluyendo a Francisco Javier, hicieron votos de pobreza y castidad y de actividad misionera. En 1540 el Papa reconoció la “Compañía de Jesús” a la cual se le dio por primera vez el nombre de “Jesuitas” por Calvino y otros que se opusieron a ella. La elección cuidadosa y el largo y especial entrenamiento de sus miembros, durante el cual se les enseñaba una absoluta sumisión de su propia voluntad a la de sus superiores, los convirtió en un arma por medio de la cual no sólo se contuvo la Reforma, sino que, además, se organizó una Contrarreforma que le devolvió a Roma mucho de lo que había perdido.

La Compañía obró constante y hábilmente para lograr una reacción. Su rápido auge en el poder y sus métodos sin escrúpulos le produjeron muchos adversarios, incluso dentro de la Iglesia de Roma, así como en varios países donde su interferencia fue resentida no sólo en asuntos religiosos, sino, además, en cuestiones civiles. Su historia fue algo escabrosa. En ocasiones llegó al punto de dominar completamente la política de una nación, pero luego era rechazada y prohibida del todo —sólo para regresar cuando las circunstancias fueran nuevamente favorables.

El intento de Hermann von Wied, Arzobispo Elector de Colonia, de producir una Reforma Católica y una reconciliación con los reformistas, fue frustrado por Canisius, hábil representante que la Compañía había ganado en Alemania, mientras que en innumerables casos los movimientos de reforma fueron reprimidos o anulados, y el dominio de Roma resultó fortalecido por sus actividades. Devotos y diligentes miembros de esta compañía salieron como misioneros y llevaron consigo la forma de religión que ellos representaban, a los pueblos paganos de la India, China y América.

Notas finales

¹ *A History of the Reformation*, Thos. M. Lindsay (T. & T. Clark, Edinburgh. 1906–1907. 2 tomos).

² *Die Reformation und die älteren Reform Parteien*, Dr. Ludwig Keller.

³ *Life and Letters of Erasmus*, J. A. Froude.

⁴ *A History of the Reformation*, Thomas M. Lindsay, M.A., D.D.

⁵ *Encyclopaedia Britannica*, Artículo: Loyola.

Los anabaptistas

(1516–1566)

El nombre “anabaptista”; No una secta nueva; El rápido incremento; La legislación contra ellos; Baltasar Hubmeyer; El círculo de hermanos en Basilea; Actividades y martirio de Hubmeyer y su esposa; Hans Denck; Equilibrio de la verdad; Los partidos; M. Sattier; Aumento de la persecución; Landgraf Felipe de Hessen; Protesta de Odenbach; Zwinglio; Persecución en Suiza; Grebel, Manz, Blaurock; Kirschner; Persecución en Austria; Crónicas de los anabaptistas en Austria y Hungría; Ferocidad de Fernando; Huter; Mändl y sus compañeros; Las comunidades; Münster; El reino del Nuevo Sión; Tergiversación de los acontecimientos en Münster para calumniar a los hermanos; Los discípulos de Cristo son tratados como él; Menno Simons; Pilgram Marbeck y su libro; El sectarismo; Persecución en Alemania occidental; Hermann, Arzobispo de Colonia intenta llevar a cabo la reforma; Schwenckfeld.

Aproximadamente en 1524, en Alemania, muchas de las iglesias de los hermanos como las que habían existido desde los tiempos antiguos y en muchas tierras, repitieron lo que se había hecho en Lhota en 1467; declararon su independencia como congregaciones de creyentes y su determinación de cumplir y llevar a cabo como iglesias las enseñanzas de la Escritura. Como se había hecho anteriormente en Lhota, ahora también los presentes que no habían sido aún bautizados en su condición de creyentes fueron bautizados por inmersión.¹ Esto trajo consigo el surgimiento de un nuevo nombre, un nombre que ellos mismos repudiaron, ya que se les atribuyó como un calificativo ofensivo a fin de dar la impresión de que ellos habían fundado una nueva secta; el nuevo nombre era el de *anabaptistas* (los bautizados de nuevo). Con el paso del tiempo, este nombre también fue atribuido a cierto grupo de personas comunitarias violentas de prácticas y principios subversivos del orden y la moralidad.

Capítulo 9

Los hermanos no tenían ninguna relación con estas personas; pero al tildarlos con el mismo nombre, aquellos que perseguían a los hermanos parecían quedar justificados, como si estuvieran reprimiendo un alboroto peligroso. Tal como la literatura de los cristianos en la antigüedad había sido destruida y sus historias habían sido escritas por sus enemigos, así se hizo nuevamente en el siglo XVI. En vista del lenguaje de violencia desenfrenada muy común en aquella época de polémica religiosa, resulta más indispensable que nunca indagar acerca de cualquier remanente de su propios escritos e informes.

En el informe del Concilio del Arzobispo de Colonia² al Emperador Carlos V sobre el “movimiento anabaptista”, se dice que los anabaptistas se llamaban a sí mismos “los verdaderos cristianos”, que deseaban establecer la comunidad de bienes “la cual había sido la costumbre de los anabaptistas por más de mil años, como la historia antigua y las leyes imperiales testifican”. En ocasión de la disolución del Parlamento en Espira se afirmó que la “nueva secta de los anabaptistas” ya había sido condenada muchos cientos de años atrás y “prohibida por ley consuetudinaria”. Por más de doce siglos el bautismo, de la manera que se enseña y describe en el Nuevo Testamento, se había convertido en una ofensa contra la ley, castigada con la muerte.

El avivamiento general estimulado por el Renacimiento provocó que muchas de las asambleas de creyentes que habían sido obligadas a permanecer ocultas debido a la persecución se dejaran ver nuevamente. Un edicto eclesiástico proclamado en Lyon contra uno de los hermanos decía: “De las cenizas de Waldo surgen nuevos retoños y es necesario imponer un castigo fuerte y severo para que sirva de ejemplo”. De los valles suizos también emergieron muchos creyentes; ellos se llamaban entre sí hermanos y hermanas, y estaban plenamente conscientes de que no estaban fundando nada nuevo, sino que estaban dándole continuidad al testimonio de aquellos que durante siglos habían sido perseguidos como “herejes”, como demostraban los informes de sus mártires.

En Suiza el refugio de los creyentes perseguidos se encontraba principalmente en las montañas, mientras que en Alemania a menudo este se encontraba en la poderosa protección proporcionada por los gremios del comercio. La época de la Reforma también sacó a la luz a muchos hermanos escondidos quienes, uniéndose a las iglesias existentes y formando otras

nuevas, crecieron rápidamente en membresía y desarrollaron tal actividad como para alarmar a las Iglesias del estado, tanto a las Católicas Romanas como a las Luteranas. Un observador simpatizante, sin embargo no uno de ellos, escribió refiriéndose a ellos que en 1526 surgió un nuevo partido que se difundió tan rápidamente que su doctrina inundó a toda la región y hubo muchos que los siguieron; muchos que eran sinceros de corazón y celosos de Dios se unieron a ellos. Ellos no parecían enseñar otra cosa que no fuera el amor, la fe y la cruz, se mostraban pacientes y humildes en muchos sufrimientos, partían el pan los unos con los otros como un símbolo de unidad y amor, y se ayudaban los unos a los otros fielmente. Ellos se mantuvieron unidos e incrementaron tan rápidamente que el mundo temió que pudieran provocar una revolución. Sin embargo, siempre resultaron ser inocentes de semejantes ideas, aunque en muchos lugares fueron tratados de manera tiránica.

Los hermanos tuvieron cuidado de tomar la Palabra de Dios como su guía y de no estar dispuestos a someterse al dominio del hombre. Pero, afortunadamente, reconocían como ancianos y supervisores en las diferentes iglesias a aquellos hombres entre ellos que poseían los dones del Espíritu Santo que los capacitaban para ser guías.

Baltasar
Hubmeyer
(c 1480–1527)

Durante este tiempo se encontraba entre ellos un guía preeminente, el Dr. Baltasar Hubmeyer.³ Luego de una brillante carrera como estudiante en la Universidad de Freiberg y como profesor de teología en Ingolstadt, fue nombrado predicador (1516) en la catedral en Ratisbona, donde su predicación atrajo a multitudes de oyentes. Tres años más tarde se trasladó a Waldshut. Mientras estaba allí experimentó un cambio espiritual, aceptó la enseñanza de Lutero, y también llegó a ser considerado como alguien influenciado por la “herejía bohemia”, o sea, la enseñanza de las asambleas de los hermanos en Bohemia. Su *Invitación a los hermanos*, el 11 de enero de 1524, convocaba a todos los interesados a reunirse en su casa, con sus Biblias. Él explicaba que el objetivo de la reunión era para ayudarse mutuamente por medio del conocimiento de la Palabra de Dios a fin de continuar alimentando a las ovejas de Cristo, y les recordaba que era una costumbre desde el tiempo de los apóstoles que aquellos llamados a ministrar la Palabra divina debían reunirse y recopilar consejo cristiano al tratar con asuntos de dificultad con relación a la fe.

Capítulo 9

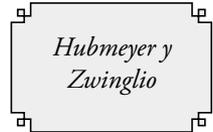
Varias preguntas fueron sugeridas, las cuales, de manera sincera y afectuosa, ellos fueron exhortados a considerar a la luz de las Escrituras. Hubmeyer prometió que según su capacidad les proveería una cena fraternal y él correría con los gastos. Hubmeyer expresó sus propias ideas y enseñanzas así: “La santa iglesia cristiana universal es la hermandad de los santos y una fraternidad de muchos creyentes y piadosos que de común acuerdo honran a un Señor, un Dios, una fe y un bautismo”. Esta es, dijo él, “la asamblea de todos los cristianos en la tierra dondequiera que puedan estar en todo el mundo” o de otra manera, “una comunión apartada que consiste en varios hombres que creen en Cristo”. Y explicó: “Existen dos iglesias, que de hecho se abarcan entre sí, la iglesia general y la local (...) la iglesia local es una parte de la iglesia general que incluye a todos los que demuestran ser cristianos.” Con relación a la comunidad de bienes él dijo que esta consistía en “nuestra disposición de ayudar siempre a aquellos hermanos que se encuentran necesitados, ya que lo que poseemos no nos pertenece, sino que nos ha sido confiado como mayordomos de Dios”. Él consideraba que a causa del pecado el poder de la espada había sido encomendado a los gobiernos terrenales, y que por ello era necesario someterse a él en el temor de Dios. Este tipo de reuniones tuvieron lugar a menudo en Basilea, donde Hubmeyer y sus amigos buscaban celosamente en las Sagradas Escrituras y analizaban las preguntas que se traían ante ellos.

Basilea fue un gran centro de actividad espiritual. Los impresores no tuvieron miedo de editar libros tildados de heréticos, y de sus imprentas salieron al mundo obras como las de Marsilio de Padua y Juan Wyclef. Entre los que se reunían con Hubmeyer para analizar las Escrituras se encontraban hermanos de una capacidad y dones extraordinarios. Uno de ellos fue Wilhelm Reublin. De él está registrado que explicaba las Sagradas Escrituras de una manera tan excelente y cristiana que nada igual se había escuchado antes, por lo que atrajo a grandes multitudes. Wilhelm había sido un sacerdote en Basilea y, durante ese tiempo, en la festividad católica del Corpus Cristi, había llevado una Biblia en procesión en lugar de la custodia con la hostia. Él fue bautizado, y posteriormente, cuando vivía cerca de Zurich, fue expulsado del país, continuando así sus predicaciones en Alemania y Moravia. Allí llegaban a menudo hermanos del extranjero, por medio de cuyas visitas se mantuvieron relaciones con iglesias en otras tierras.

Entre estos hermanos estaba Ricardo Crocus de Inglaterra, un erudito que ejerció gran influencia entre los estudiantes. También, vinieron muchos de Francia y de Holanda.

En 1527 se convocó otra conferencia de hermanos, en Moravia, en la cual estuvo presente Hubmeyer. Esta se celebró bajo la protección del Conde Leonardo y Hans de Liechtenstein; el primero fue bautizado en esta ocasión por Hubmeyer, que a su vez había sido bautizado dos años antes por Reublin. En aquella ocasión habían sido bautizados 110 hermanos, y otros 300 fueron bautizados después por Hubmeyer, entre ellos su propia esposa, la hija de un ciudadano de Waldshut. Ese mismo año Hubmeyer y su esposa, perdiendo todo lo que poseían, escaparon del ejército austriaco que avanzaba, y llegaron a Zurich. Allí pronto fueron descubiertos y encarcelados por el partido de Zwinglio.

La ciudad y el cantón de Zurich en este tiempo estaban completamente bajo la influencia de Ulrico Zwinglio, quien había comenzado la obra de la Reforma en Suiza incluso antes que Lutero en Alemania. La doctrina de los reformistas suizos, la cual se diferenciaba en algunos aspectos de la enseñada por Lutero, se había difundido en muchos de los cantones y había penetrado lejos en los estados alemanes.



*Hubmeyer y
Zwinglio*

El Concilio de Zurich organizó un debate entre Hubmeyer y Zwinglio en el cual el primero, quebrantado por la prisión, se vio abrumado por su robusto adversario. Hubmeyer, temiendo ser entregado en manos del emperador, aun llegó al punto de retractarse de algunas de sus enseñanzas, pero de inmediato se arrepintió amargamente de su temor de los hombres y le suplicó a Dios que lo perdonara y lo restituyera. De allí viajó a Constanza, y luego a Augsburgo, donde bautizó a Hans Denck. En Nickolsburgo, en Moravia, Hubmeyer fue muy activo como escritor, llegando a imprimir alrededor de dieciséis libros. Durante su corta estancia en el distrito fueron bautizadas aproximadamente 6.000 personas, y se incrementó la membresía en las iglesias, llegando a la cifra de 15.000 miembros.

En ninguna manera estaban los hermanos de acuerdo en todos los puntos, y cuando el entusiasta predicador Hans Hut vino a Nickolsburgo y enseñó que no era bíblico para un creyente portar armas en el servicio

Capítulo 9

militar de su país o para defensa propia, o pagar impuestos para mantener la guerra, Hubmeyer se le opuso. En 1527, el Rey Fernando obligó a las autoridades a que le entregaran a Hubmeyer, y lo llevaron a Viena, donde el rey insistió en que lo torturaran y lo ejecutaran. La esposa de Hubmeyer lo animó a que permaneciera firme, y a los pocos meses después de su llegada a Viena fue llevado a una plataforma preparada para su ejecución en la plaza del mercado. Él oró en voz alta: “¡Oh, mi Dios misericordioso, dame paciencia en mi martirio! ¡Oh, mi Padre, gracias te doy porque hoy me llevarás fuera de este valle de tristeza! ¡Oh Cordero, Cordero, que quitas el pecado del mundo! ¡Oh, mi Dios, en tus manos encomiendo mi espíritu!” De las llamas se le escuchó gritar: “¡Jesús, Jesús!” Tres días después, su heroica esposa fue ahogada en el Danubio al ser lanzada desde el puente con una piedra atada alrededor de su cuello.

Uno de los hermanos más influyentes, que ayudó a guiar a las iglesias

Hans Denck
(c 1495–1527)

en los tiempos convulsos de la Reforma, fue Hans Denck.⁴ Él era natural de Baviera y había estudiado en Basilea, donde obtuvo su licenciatura, y tuvo que haber estado en contacto con Erasmo y el brillante círculo de impresores y eruditos que allí confluyó. Al ser nombrado para dirigir una de las escuelas más importantes en Nuremberg, Hans se trasladó a esa ciudad (1523), donde el movimiento luterano ya había prevalecido por un año, guiado por el dotado joven Osiander.

Denck, también un joven de unos veinticinco años de edad, esperaba encontrar que la nueva religión hubiera traído consigo moralidad, integridad y santidad de vida entre la gente. Sin embargo, se decepcionó al darse cuenta de que esto no era así, y al investigar la causa llegó a la conclusión de que todo se debía a una deficiencia en la enseñanza luterana. Dicha enseñanza, mientras insistía en la doctrina de la justificación por medio de la fe aparte de las obras, y en la abolición de los muchos abusos que habían prevalecido en la Iglesia Católica, se negaba a insistir en la necesidad de la obediencia, de negarse a sí mismo y de seguir a Cristo como parte imprescindible de la fe verdadera.

Al darse cuenta poco a poco de estas cosas, Osiander expuso (1551) cómo la experiencia sólo demostraba que la enseñanza de Wittenberg hacía a los hombres “seguros y despreocupados”. Él escribió:

A la mayoría de los hombres no les gusta una enseñanza que les imponga requisitos estrictos de moral que restringen sus deseos naturales. Sin embargo, a ellos les gusta ser considerados cristianos, y escuchan de buena gana a los hipócritas que predicán que nuestra justicia consiste solamente en que Dios nos considera justos, incluso si somos personas malas, y que nuestra justicia se da aparte de nosotros y no está en nosotros, pues según semejante enseñanza ellos pueden ser considerados gente piadosa. Ay de aquellos que predicán que los hombres de andar pecaminoso no pueden ser considerados piadosos; la mayoría de ellos se enojan cuando escuchan esto, como vemos y experimentamos, y les gustaría ver a todos estos predicadores expulsados o asesinados. Pero donde eso no puede llevarse a cabo, ellos fortalecen a sus predicadores hipócritas con alabanza, consuelo, presentes y protección, para que ellos puedan continuar felizmente y no darle cabida a la verdad, por muy clara que esta sea, y así los falsos cristianos y los predicadores hipócritas son lo mismo que los otros; tal como es la gente así son sus sacerdotes.

Denck se había dado cuenta de todo esto, mientras Osiander estaba lejos de llegar a esta conclusión, y aún calificaba de “horrible error” la enseñanza de Denck. De hecho, Osiander denunció a Denck ante los magistrados de la ciudad quienes lo invitaron a presentarse ante ellos y ante sus adversarios luteranos. En el debate, según relata uno de los del bando opuesto, Denck “se mostró a sí mismo tan capaz que resultó inútil contender con él de palabra”. De manera que se decidió exigirle que entregara una confesión escrita de sus creencias sobre siete puntos importantes que le fueron indicados. Osiander declaró que estaría dispuesto a responder a esta por escrito. Sin embargo, cuando las respuestas de Denck fueron presentadas, los predicadores de Nuremberg declararon que no consideraban sabio continuar con la promesa de Osiander, tampoco se consideraron ellos mismos capaces de convencer a Denck. Por consiguiente, prefirieron darle su respuesta al Consejo de la ciudad. El resultado fue que a Denck (1525) se le exigió abandonar Nuremberg antes del anochecer y alejarse no menos de dieciséis kilómetros de la ciudad, con la amenaza de que si él no prometía hacer esto bajo juramento sería encarcelado. La razón esgrimida fue que él había presentado errores anticristianos y se había atrevido a defenderlos, que él no aceptaría ninguna instrucción, y que sus respuestas eran tan erróneas y astutas que evidentemente resultaba inútil tratar de enseñarlo.

Capítulo 9

Antes que amaneciera el próximo día, Denck ya se había despedido de su familia, abandonado su situación, y había iniciado el sendero errante que seguiría el resto de su vida.

En su “confesión” Denck reconoció la miseria de su estado natural, pero dijo que estaba consciente de que algo en su interior se oponía al pecado y despertaba en él el deseo por la vida y la bendición de Dios. A él se le había dicho que esto se obtenía por medio de la fe, pero él veía que la fe tenía que significar algo más que una simple aceptación de lo que había escuchado o leído. La resistencia natural a leer las Escrituras fue vencida por esa voz de la conciencia en su interior que lo obligaba a leerlas, y descubrió que el Cristo revelado en las Escrituras correspondía con lo que se le había manifestado de él en su propio corazón. Él se dio cuenta de que no podía entender las Escrituras por medio de una simple lectura superficial de ellas, sino sólo por medio de la revelación por el Espíritu Santo a su corazón y conciencia.

El documento de los ministros luteranos que llevó al exilio de Denck declaraba que él “tenía buenas intenciones” y que “sus palabras fueron escritas de tal manera y con semejante entendimiento cristiano que sus ideas y significado bien podrían ser permitidos”. Sin embargo, considerando la unidad de la Iglesia Luterana, se veían obligados a actuar de otra manera. A pesar de esto, dondequiera que llegaba, Denck se encontraba con que había sido precedido de calumnias, y que se le atribuían todo tipo de doctrinas falsas por lo que era rechazado como un hombre peligroso. Él nunca se permitió a sí mismo tratar a sus oponentes como lo habían tratado; y aunque, conforme a la costumbre de esa época, sobre él se escribieron las denuncias más violentas, sus propios escritos están libres de tal actitud. En ocasión de una provocación en particular, él dijo: “Algunos me han calumniado y acusado de tal manera que incluso a un corazón humilde y manso le resulta difícil controlarse”. Y nuevamente dice: “Me aflige el corazón el hecho de que yo deba estar en desunión con muchos de aquellos a quienes no puedo considerar de otra manera que como mis hermanos, porque ellos adoran al Dios que yo adoro y honran al Padre que yo honro. Por tanto, si es la voluntad de Dios y de serme posible, yo no convertiré a mis hermanos en mis adversarios ni haré de mi Padre un Juez, sino que, entre tanto que estamos en el camino, me reconciliaré con todos mis adversarios”.

Después de pasar un tiempo en el hogar hospitalario de uno de los hermanos en St. Gallen, Denck tuvo que irse debido a que su anfitrión

entró en conflicto con las autoridades. Encontró un lugar en Augsburgo por medio de la influencia de unos amigos. En ese tiempo en Augsburgo había no sólo una lucha entre los luteranos y zwinglianos y entre cada uno de estos y los católicos, sino, además, una depravación general de la moral que afectaba seriamente a la gente. Teniendo compasión por las muchas almas desviadas, Denck comenzó a reunir a algunos de los ciudadanos que estaban dispuestos a congregarse como una iglesia de creyentes, y que combinarían la fe en la obra expiatoria de Cristo con el hecho de seguir sus pisadas en el comportamiento de su vida diaria.

Él mismo no se había unido a los grupos de creyentes que el mundo llamaba bautistas o anabaptistas, sin embargo, se encontró a sí mismo haciendo en Augsburgo lo que ellos estaban haciendo en todas partes, y lo que él había visto íntimamente en St. Gallen. Una visita del Dr. Hubmeyer lo condujo a tomar la decisión de echar su suerte con los hermanos y ser bautizado. Antes de la llegada de Denck a Augsburgo había muchos creyentes bautizados, y la iglesia creció rápidamente. La mayoría de sus miembros eran gente pobre, pero también había algunos de la clase pudiente.

Los escritos y el entusiasmo de Eitelhans Langenmantel atrajeron a muchos. Él era el hijo de uno de los ciudadanos más importantes de Augsburgo, un hombre que había sido catorce veces alcalde y que también había ocupado cargos más altos en el estado. En 1527, los miembros de la iglesia habían incrementado hasta unos mil cien, y sus actividades en la región ayudaron en la fundación y fortalecimiento de las iglesias en todos los centros principales.

Un escritor, buen conocedor de las fuentes de información, relata sobre este tiempo:⁵

Se puede decir que muchos, por causa de una necesidad verdadera del corazón, hastiados por las recriminaciones y las mutuas acusaciones de herejía provenientes de los distintos púlpitos, buscaron refugio al ser edificados tranquilamente y aparte de todo sectarismo (...) Este fue un ideal maravilloso visualizado por los espíritus más puros entre los anabaptistas. Ellos recordaron con anhelo aquella gloriosa época en que los apóstoles peregrinos, yendo de pueblo en pueblo, fundaron las primeras iglesias cristianas, donde todos se juntaban en un espíritu de amor, como miembros de un solo cuerpo.

En este tiempo fueron escritos muchos himnos en que los discípulos expresaban su adoración y experiencias.

Capítulo 9

*Capito
y Bucero*

Cuando la persecución comenzó a dirigirse especialmente contra Denck, este abandonó Augsburg y buscó refugio en Estrasburgo, donde había una gran asamblea de creyentes bautizados. Los líderes del partido protestante eran dos hombres talentosos, Capito y Bucero, quienes no se habían aliado de manera definitiva ni a Wittenberg ni a Zurich, aunque sus relaciones eran más íntimas con Zwinglio y los reformistas suizos. Capito esperaba que fuera posible mantener una relación con ambos partidos y de ese modo ser un medio para promover relaciones más felices entre ellos. Él también estaba indeciso sobre el asunto del bautismo, y tenía relaciones amistosas con muchos de los hermanos. La presencia entre los hermanos de algunos hombres extremistas, de quienes no lograron deshacerse, perjudicaba su influencia y evitaba que algunos que de otro modo se hubieran acercado a ellos lo hicieran. La introducción por parte de Zwinglio de la pena de muerte para castigar a aquellos que estaban en desacuerdo con él en temas de doctrina debilitó su influencia sobre Capito.

Cuando Denck llegó allí, las condiciones eran tales y los hermanos eran tan numerosos e influyentes que parecía como si ellos pudieran llegar a ser el factor dominante en la vida religiosa de la ciudad. Denck pronto se compenetró con Capito. La piedad, capacidad y el encanto personal de Denck atrajeron a muchos que encontraron en él un líder digno de confianza, no sólo de los hermanos que eran considerados bautistas, sino también de muchos otros que estaban indecisos en cuanto a qué posición adoptar en aquellos tiempos de confusión. Bucero consideró estas circunstancias con alarma, y, al juzgar que no había esperanza alguna para ningún partido que no recurriera al poder civil para su apoyo, él, junto con Zwinglio, obró de una manera tan exitosa sobre los temores del consejo de la ciudad que a las pocas semanas de su llegada Denck recibió una orden de expulsión. Sus simpatizantes eran tantos que probablemente hubieran podido resistir y prevenir que él fuera exiliado, pero él, según el principio que siempre había defendido de someterse a las autoridades, abandonó la ciudad (1526).

Denck anduvo errante de un lugar a otro corriendo muchos peligros. En Worms, donde había una congregación numerosa, permaneció por un tiempo y logró imprimir la traducción de los Profetas que él y Ludwig

Hetzer habían hecho (1527). Trece ediciones de esta traducción fueron publicadas en tres años. La primera edición tuvo que ser impresa cinco veces, y en el siguiente año, seis veces más. La edición de Augsburgo fue reimpresa cinco veces en nueve meses. Prontamente después de esto, Denck fue uno de los líderes de una conferencia de hermanos de varios distritos, en Augsburgo, donde él se opuso a algunos que estaban dispuestos a hacer uso de la fuerza contra las persecuciones crecientes. A esta reunión se le llamó “la conferencia de los mártires” debido a que muchos de los que participaron en ella fueron ejecutados más tarde.

Al llegar a Basilea, con su salud quebrantada de tanto andar errante y debido a tantas privaciones, Denck se puso en contacto con su antiguo amigo, el reformista Hausschein, llamado Ecolampadius, quien, encontrándolo en una condición moribunda, le proveyó un refugio seguro y tranquilo, donde murió en paz. Un poco antes de su muerte, Denck escribió: “Difícil y dolorosa ha sido para mí mi vida sin hogar, pero lo que más me aflige es que mi celo ha producido muy pocos resultados y frutos. Dios sabe que no valoro ningún otro fruto que no sea el que muchos, con un corazón y una mente, glorifiquen al Padre de nuestro Señor Jesucristo, estando circuncisos, bautizados o ninguno de los dos. Por cuanto yo pienso muy diferente de aquellos que sujetan demasiado el reino de Dios a las ceremonias y a los elementos de este mundo, sean lo que sean”. En los días en que la tolerancia era poco practicada, él dijo: “En asuntos de fe todo debe ser con libertad, disposición y por convicción”.

Las disputas sobre asuntos de doctrina no siempre se han dado entre dos partidos que defienden la verdad por una parte y el error por otra parte. A menudo las disensiones han surgido porque una parte ha enfatizado un aspecto de la verdad mientras que la otra ha puesto más énfasis en un aspecto diferente de la misma verdad. Por consiguiente, cada parte del conflicto ha presentado con insistencia los pasajes de la Biblia que apoyan su opinión, y han minimizado o anulado con explicaciones los pasajes que la otra parte ha considerado importantes. Debido a esto es que ha surgido el reproche de que cualquier cosa puede probarse con la Biblia, haciendo que esta llegue a ser considerada como una guía insegura. Por el contrario, esta característica de la Biblia demuestra cuán completa es. No

Capítulo 9

es parcial, sino que, a su vez, presenta cada fase de la verdad. De manera que la doctrina de la justificación por medio de la fe únicamente, sin las obras, es enseñada claramente en la Biblia, aunque, en el lugar apropiado aparece, para dar el equilibrio necesario, la doctrina de la necesidad de las buenas obras, que enseña que estas son el resultado y la prueba de la fe. Además, se enseña con claridad que el hombre caído es incapaz de ofrecer ningún bien, de ningún esfuerzo o deseo hacia Dios, y que la salvación se origina en el amor y la gracia de Dios hacia los hombres; pero, también se enseña que en el interior del hombre hay posibilidad para la salvación, una conciencia que responde a la luz divina y a la Palabra de Dios, de manera que condena el pecado y aprueba la justicia. En realidad, cada gran doctrina revelada en la Escritura posee una verdad equilibrada, y ambas son necesarias para un conocimiento de toda la verdad. En esto la Palabra de Dios se asemeja a la obra de Dios en la creación, en que las fuerzas opuestas trabajan en conjunto para hacer posible un objetivo.

A menudo se cree que cuando se estableció la Reforma, Europa fue dividida en Protestantes por una parte (ya fueran luteranos o suizos), y en Católicos Romanos por la otra. Se pasa por alto la gran cantidad de cristianos que no pertenecían a ninguna de estas dos partes, pero que, en su mayoría, se reunían como iglesias independientes sin recurrir, como las demás, al apoyo del poder civil, sino que se esforzaban por practicar los principios de la Escritura como en los tiempos del Nuevo Testamento. Estas iglesias eran tan numerosas que ambas partes de la Iglesia del estado temieron que ellas pudieran llegar a amenazar su poder e incluso su propia existencia. La razón por la que un movimiento tan importante ocupa un lugar tan pequeño en la historia de esa época se debe a que, por medio del uso implacable del poder del estado, las grandes Iglesias —Católica y Protestante— estuvieron a punto de destruirlo, y los pocos partidarios que quedaron fueron exiliados o permanecieron sólo como grupos debilitados o relativamente sin importancia. El partido victorioso fue también capaz de destruir la mayor parte de la literatura de los hermanos, y, al escribir su historia, los hicieron ver como partidarios de doctrinas que los hermanos más bien repudiaban, y les pusieron nombres que conllevaban significados odiosos.

En 1527, bajo la dirección de Miguel Sattler y otros, tuvo lugar una conferencia en Baden donde se acordó (1) que sólo los creyentes debían ser bautizados, (2) que se debía ejercer la disciplina en las iglesias, (3) que se debía celebrar la Cena del Señor en recordación de su muerte, (4) que los miembros de la iglesia no debían tener comunión con el mundo, (5) que los pastores de la iglesia están en la obligación de enseñar y exhortar, etc., (6) que un cristiano no debe usar la espada ni acudir a la ley, (7) que un cristiano no debe prestar juramento.

*La conferencia en
Baden
(1527)*

Sattler fue un activo predicador de la Palabra de Dios en muchos distritos, y vino, en la primavera de 1527, de Estrasburgo a Wurtemberg. Fue arrestado en Rottenburg y condenado a muerte por sus doctrinas.

Conforme a la sentencia de la corte, Sattler fue vergonzosamente mutilado en diferentes partes de la ciudad, luego fue llevado a la entrada de esta, y lo que quedaba de él fue lanzado al fuego. Su esposa y algunas otras mujeres cristianas fueron ahogadas, y un grupo de hermanos que estaban con él en la prisión fueron decapitados. Estas fueron las primeras de una terrible serie de ejecuciones semejantes que tuvieron lugar en Rottenburg.

El numeroso grupo de cristianos en Augsburgo fue disperso por medios similares. El primero en morir fue Hans Leupold, un anciano de la iglesia que fue arrestado en una reunión junto con otros 87 hermanos, y fue decapitado (1528). Él compuso un himno en la prisión que fue incluido en la colección de los hermanos. Muchos de los himnos de estos bautistas fueron escritos en la prisión, y demostraban las profundas experiencias de sufrimiento y de amor al Señor que pasaron. Estos himnos se difundieron rápidamente entre los cristianos en sufrimiento, para quienes representaron un fuerte consuelo y aliento. Dos semanas más tarde, el dotado Eitelhans Langenmantel, a pesar de sus relaciones con las familias más influyentes, fue ejecutado junto con otros cuatro. Una gran cantidad de ellos fueron golpeados y echados fuera de la ciudad; en muchos casos los marcaban con una cruz en la frente. En Worms, la congregación de creyentes era tan numerosa que todos los intentos por dispersarla fracasaron; la congregación continuó existiendo en secreto.

Capítulo 9

*Felipe de Hessen
(1504–1567)*

Landgraf Felipe de Hessen fue una noble excepción de entre los gobernantes de ese tiempo. Él solo desafió todas las consecuencias de negarse a firmar u obedecer el mandato del Emperador Carlos V, decretado en Espira, el cual ordenaba solemnemente a todos los gobernantes y funcionarios en el Imperio “que todas y cada una de las personas que fueran bautizadas nuevamente o que rebautizaran, hombre o mujer, con edad de razonar, deberían ser juzgadas y llevadas de la vida natural a la muerte por medio de la hoguera, la espada o algo así por el estilo según las circunstancias individuales, sin previa inquisición del juez espiritual”. Además, que cualquiera que dejara de llevar a sus hijos para ser bautizados debería someterse a la misma ley, y nadie debería recibir, ocultar o dejar de entregar a cualquiera que tratara de escapar de estas regulaciones.

El Elector de Sajonia, persuadido por los teólogos de Wittenberg, obligó a Landgraf Felipe a que desterrara o encarcelara a algunos de los bautistas, pero no pudo obligarlo a hacer más que esto. Felipe aun pudo jactarse de que nunca ejecutó a uno solo de ellos. Él afirmaba que cuando había diferencias de opinión, los que estaban errados debían ser convertidos por medio de la instrucción y no por la fuerza. Él decía que veía mejores vidas entre aquellos a quienes llamaban “fanáticos” que entre los luteranos, y que él no podía convencer su conciencia para que le permitiera castigar o ejecutar a alguien por su fe, cuando no había ninguna otra razón válida para hacerlo.

*La protesta de
Johann Odenbach*

En el palatinado había muchos hermanos en los distritos de Heidelberg, Alzey y Kreuznach. En un solo año (1529) fueron ejecutados 350 hermanos. Algunas persecuciones excesivamente crueles en Alzey provocaron la protesta de un valiente pastor evangélico, Johann Odenbach. Dicha protesta revela el buen carácter de este hombre, la cual estuvo dirigida a los “jueces a cargo de los pobres prisioneros en Alzey a quienes la gente llama anabaptistas”:

Ustedes, como personas incultas, ignorantes y pobres, deberían clamar diligentemente y con la mayor seriedad al verdadero Juez y orar por su ayuda divina, sabiduría y gracia. De esa manera no llegarían a manchar sus manos con sangre inocente, aun cuando Su Majestad Imperial y

todos los príncipes del mundo les han ordenado juzgar así. Estos pobres prisioneros, con su bautismo, no han pecado tan seriamente contra Dios como para que él condene sus almas por eso, ni tampoco han actuado tan criminalmente contra el gobierno ni contra la humanidad como para perder sus vidas. Por cuanto el bautismo verdadero o el segundo bautismo no tiene en sí tal poder como para salvar a un hombre o condenarlo. Tenemos que permitir que el bautismo sea sólo un símbolo por medio del cual damos a entender que somos cristianos, muertos al mundo, enemigos del diablo, quebrantados, gente crucificada, que no buscamos las bendiciones temporales sino las eternas; luchamos incesantemente contra la carne, el pecado y el diablo, y vivimos una vida cristiana. No muchos de ustedes, jueces, sabrían qué decir acerca del bautismo falso o verdadero si se tratara de estar atados e interrogados bajo tortura. ¿Tendrían ustedes que ser matados por eso? ¡No! Yo no digo esto para apoyar el segundo bautismo, el cual debe ser eliminado por las Sagradas Escrituras y no por las manos del verdugo. Por lo tanto, estimados amigos, no usurpen lo que pertenece a la Majestad Divina, no sea que la ira de Dios los agobie más que a los sodomitas y a todos los malhechores en la tierra. Ustedes han tenido en prisión a muchos ladrones, asesinos y escorias a quienes han tratado con más piedad que a estas pobres criaturas que ni han robado ni asesinado, que no son ni incendiarios ni traidores, ni tampoco han cometido ningún pecado vergonzoso, sino que más bien están en contra de todas estas cosas, y con una intención sencilla y sincera, por medio de un pequeño error, han sido bautizados nuevamente para la honra de Dios y no para hacerle daño a nadie.

¿Cómo es posible que en su corazón o en sus conciencias quepa decir que por esto ellos deben ser decapitados o que serán condenados? Si ustedes trataran a ellos como lo deben hacer los jueces cristianos, y si supieran cómo instruirlos con la ayuda del Evangelio, no habría necesidad de un verdugo; sin duda de esta manera la verdad prevalecería y el encarcelamiento sería un castigo suficiente. Sus sacerdotes tienen que actuar de la misma manera, llevándolos en sus hombros como ovejas erradas al redil de Cristo, demostrándoles así que su oficio es mostrarles misericordia y amor fraternal, consolarlos, sostenerlos y restituirlos con dulce doctrina evangélica. No se dejen engañar condenando a estas personas a muerte. Ustedes deberían estar aterrizados en este asunto, y deberían sudar sangre de agonía porque no saben dónde está el error. Ustedes no deben sólo hacer caso omiso cuando estas pobres criaturas dicen: “Deseamos una mejor instrucción de las Sagradas Escrituras y estamos dispuestos a obedecer si se nos muestra un mejor camino sobre la base del Evangelio”. ¡Piensen en su vergüenza eterna por culpa de semejante error! ¡Piensen en el desprecio y la furia del

Capítulo 9

hombre común cuando esta pobre gente es asesinada brutalmente! De ellos se dirá: “¡Vean con qué gran paciencia, amor y devoción han muerto estas personas piadosas, cuán noblemente han luchado contra el mundo!”

¡Oh, que nosotros podamos ser tan inocentes ante Dios como ellos! En realidad, ellos no han sido vencidos, sino que han sufrido atrocidades. Ellos son los santos mártires de Dios. Todos dirán que no fue para deshacerse del error de los pobres anabaptistas que ustedes dictaron una sentencia tan sangrienta, sino para destruir por la fuerza el santo Evangelio y la pura verdad de Dios.”

El resultado de esta protesta fue que aquellos jueces se negaron a emitir juicios en asuntos de fe.

Zwinglio llevó a cabo su gran obra de reforma principalmente en la Suiza alemana. Él llegó a ejercer una autoridad predominante en la ciudad y en el cantón de Zurich. En 1523, él introdujo el sistema de Iglesia del estado en Zurich, y el Gran Consejo recibió la responsabilidad de tomar decisiones en los casos en que se afectara la Iglesia y la doctrina. Este poder fue inmediatamente dirigido contra los hermanos. Un creyente llamado Müller, llevado ante el Consejo, dijo: “No opriman mi conciencia, por cuanto la fe es un don gratuito de la misericordia de Dios y no debe ser interferida por nadie. El misterio de Dios yace oculto y es como un tesoro en el campo que nadie puede encontrar a menos que el Espíritu del Señor se lo muestre. Por tanto, les suplico a ustedes, siervos de Dios, déjenme libre mi fe.” Esto no se permitió. La nueva Iglesia del estado aceptó el principio de la antigua Iglesia que consideraba correcto actuar en contra de los “herejes” por medio del encarcelamiento e incluso la muerte.

Zwinglio había tenido relaciones estrechas con los hermanos cuando era más joven. Él había considerado seriamente el asunto del bautismo y había declarado que no había ninguna Escritura que apoyara el bautismo de infantes. Sin embargo, al desarrollar el movimiento de reforma, de acuerdo a los principios de una Iglesia del estado, y dependiente del poder civil para hacer cumplir sus decisiones, él no podía sino apartarse de los hermanos.

Los hermanos fueron numerosos y activos en Zurich.⁶ Tres de ellos fueron los más destacados, y entre estos uno que anteriormente había sido íntimo amigo de Zwinglio. Él fue Conrado Grebel, hijo de un miembro del Consejo de Zurich. Conrado se había distinguido tanto en la universidad de París como en la de Viena, y cuando regresó a Zurich se unió allí a la congregación de creyentes. El otro fue Félix Manz, un eminente estudiante del hebreo, cuya madre también era una cristiana ferviente y ofrecía su casa para celebrar allí las reuniones. El tercero había sido un monje que, siendo afectado por la Reforma, salió de la Iglesia de Roma. A él le dieron el nombre de “Blaurock”, es decir “chaqueta azul”, y a menudo lo llamaban “Jorge el fuerte” a causa de su estatura y energía.



*Grebel, Manz y
Blaurock*

Estos tres fueron incansables, viajando, visitando hogares, predicando y exhortando. Una gran cantidad de personas aceptaron el Evangelio y fueron bautizadas, y se congregaron como iglesias. En Zurich hubo a menudo bautismos públicos, y los creyentes se reunían regularmente para la Cena del Señor, a la cual ellos llamaban la partición del pan. Ellos se referían a sí mismos como la asamblea de los verdaderos hijos de Dios, y se mantenían apartados del mundo, lo cual para ellos incluía tanto las Iglesias Reformadas como la Iglesia Católica Romana.

El Consejo prohibió todas estas cosas, y se ordenó una discusión pública, pero como el Consejo tenía poder para decidir el resultado, sencillamente todo terminó con una orden según la cual todos los que aún no habían bautizado a sus hijos deberían hacerlo en un plazo de ocho días, y que los bautismos llevados a cabo por los hermanos estaban prohibidos bajo sanciones severas. Sin embargo, Grebel, Manz y Blaurock sencillamente incrementaron sus actividades, y la gente se acercó a ellos por centenares para escuchar la Palabra de Dios y bautizarse. Si bien Grebel y Manz fueron moderados y persuasivos en su manera de actuar, Blaurock se manifestó con un entusiasmo incontrolable y en ocasiones entraba en las otras iglesias e interrumpía el servicio con su propia predicación. La gente se volvió devota de él, pero el conflicto con las autoridades se agudizó rápidamente, y muchos de los hermanos fueron castigados severamente. Blaurock no vaciló en decirle al propio Zwinglio: “Tú, mi estimado Zwinglio, constantemente te has enfrentado a los papistas con

Capítulo 9

la afirmación de que lo que no tiene fundamento en la Palabra de Dios carece de valor, y ahora dices que hay muchas cosas que no están en la Palabra de Dios y sin embargo se hacen en comunión con Dios. ¿Dónde está ahora la palabra poderosa con la cual has desmentido al Obispo Faber y a todos los monjes?”

Finalmente, los tres predicadores y otros quince, incluyendo a seis mujeres, fueron condenados a prisión, con pan, agua y paja, para que murieran y se pudrieran en la cárcel. También se decretó (1526) que cualquier persona que bautizara o fuera bautizada debería ser castigada con la muerte por ahogamiento. Los prisioneros escaparon de varias formas, gracias a que ellos tenían muchos simpatizantes, pero la persecución se tornó despiadada, y los cantones de Berna y St. Gallen entre otros se unieron a Zurich en un esfuerzo por exterminar las iglesias. En el cantón de Berna fueron ejecutadas treinta y cuatro personas, y los perseguidores siguieron a algunos de los que huyeron a Biel, donde había una asamblea numerosa de hermanos. Las reuniones, que tenían lugar secretamente por la noche en los bosques, fueron descubiertas y dispersadas, y hubo que buscar nuevos lugares de reunión.

Durante este tiempo Grebel murió de la peste (1526), Blaurock fue capturado y condenado a ser desnudado y golpeado por todo el pueblo “para que se desangrara,” y desterrado. Manz fue también capturado y ahogado. Todo esto no detuvo la propagación de las iglesias, las cuales continuaron incrementándose, sino que provocó la huida, hacia la vecina provincia austriaca de Tirol, de aquellos cuya predicación y testimonio rápidamente establecieron iglesias allí. Entre estos estaba “Jorge el fuerte” quien viajó por todo el Tirol desafiando todos los peligros, y una gran cantidad de personas fueron ganadas por medio de su predicación, especialmente dentro de Klausen y en sus alrededores, donde los creyentes llegaron a ser muy numerosos y activos en difundir la Palabra de Dios en otros lugares. Después de muchas fugas, Blaurock y un compañero, Hansen Langegger, fueron capturados y quemados en Klausen (1529).

En el mismo año Michael Kirschner, que había mantenido un buen testimonio para el Señor en Innsbruck, fue quemado públicamente en ese pueblo. El servicio arriesgado de Blaurock fue continuado por Jakob Huter, entre otros. En el año que Blaurock fue quemado, Huter se encontraba reunido para compartir el partimiento del pan cuando fue sorprendido

por soldados; catorce hermanos y hermanas fueron arrestados, pero el resto escapó, y Huter estaba entre ellos. Exponiéndose a un constante peligro, él viajó de un lugar a otro reconciliando diferencias, alentando a los sufridos y predicando la Palabra de Dios. La persecución se hizo tan severa que muchos huyeron a Moravia donde, por un tiempo, tuvieron libertad. Pero las fronteras fueron vigiladas celosamente para evitar que alguien se escapara, y se llegó a un acuerdo con el gobierno veneciano, al otro lado, para evitar que los hombres y mujeres perseguidos escaparan en esa dirección.

El Evangelio se difundió por toda Austria y fueron fundadas numerosas iglesias que, después de un largo y heroico sufrimiento, fueron dispersadas y exterminadas por la persecución. En Tirol y en Görz fueron quemadas, decapitadas o ahogadas unas mil personas. En Salzburgo, una reunión en la casa de un pastor fue tomada por sorpresa y una gran cantidad de hermanos fue ejecutada. Una joven de dieciséis años inspiró tanta lástima por su juventud y belleza que todos los presentes suplicaron por su vida, pero como no se retractó, el verdugo la cargó en sus brazos y la llevó a un bebedero para caballos, donde la mantuvo bajo el agua hasta que murió, y luego lanzó el cuerpo sin vida a las llamas. Ambrosio Spittelmeyer de Linz, luego de un activo y fructífero testimonio, fue martirizado en Nuremberg. La iglesia en Linz tuvo un fiel supervisor en Wolfgang Brandhuber quien, junto con setenta miembros de la asamblea, fue ejecutado (1528). De modo que, de lugar en lugar, los testigos del Señor surgieron por medio de la predicación de Jesucristo y este crucificado, y ellos siguieron en sus pisadas de la manera más literal. Tropas de soldados fueron enviadas a todos estos países para capturar y matar, sin necesidad de juicio, a todos los llamados “herejes”.

Aunque ellos eran llamados anabaptistas,⁷ no fue la forma de bautismo que ellos practicaban lo que les dio valentía para sufrir como sufrieron. Ellos eran conscientes de su comunión directa con su Redentor; ningún hombre ni forma religiosa se interponía entre sus almas y él. Junto con aquellos a quienes llamaban los místicos, ellos descubrieron que al permanecer en Cristo y él en ellos, ellos compartían la victoria de Cristo sobre el mundo. Esta comunión con él les permitió comprender su comunión con aquellos que la compartían con ellos, e hizo posible la comunión de los santos en

*La persecución en
Tirol y en Görz*

Capítulo 9

sus iglesias. Estas iglesias tenían diferentes orígenes, diferentes historias, y se diferenciaban según el carácter de las personas en ellas; pero todas eran semejantes en su deseo de aferrarse al modelo del cristianismo primitivo que se encuentra en el Nuevo Testamento. Por lo tanto, ellos rechazaron el bautismo de infantes, lo cual no pudieron hacer los reformistas, y rechazaron también toda ayuda mundana, sin la cual a las grandes Iglesias profesantes les parecía imposible mantenerse. Estas cosas eran sólo partes de un conjunto que consistía en aceptar las Escrituras, la voluntad de Dios suficiente y revelada, como su guía, y depositar su confianza en él para que les capacitara para obedecerlas. Al tomar este sendero ellos se vieron sujetos a tentaciones únicas, y cada vez que se rindieron a los deseos carnales, al deseo de alcanzar logros políticos, o a la codicia, su caída fue enorme; no obstante, la gran mayoría pudo dar un buen testimonio de la fidelidad de Dios. Su propia descripción de la iglesia cristiana es: “la asamblea de todos los creyentes, que son reunidos por el Espíritu Santo, apartados del mundo por medio de la pura enseñanza de Cristo, unidos por el amor divino, trayéndole al Señor, de corazón, ofrendas espirituales. Quien fuese hecho parte de esta iglesia”, según ellos planteaban, “y se convierta en un miembro de la familia de Dios, tiene que vivir en Dios y andar con él; quien esté fuera de esta iglesia está fuera de Cristo”. Su rechazo del bautismo de infantes a menudo levantaba la duda en cuanto a los niños que morían en edades tempranas, y de ellos estos hermanos decían, “ellos son hechos partícipes de la vida eterna con Cristo”.

En las *Crónicas de los anabaptistas en Austria-Hungría*, uno de ellos escribió:

Los fundamentos de la fe cristiana fueron puestos por los apóstoles aquí y allá en los distintos países, pero mediante la tiranía y las falsas enseñanzas, sufrieron un duro golpe, y la iglesia fue a menudo tan reducida que apenas podía verse si aun existía. Como Elías dijo, los altares fueron destruidos, los profetas asesinados, y él se quedó sólo; pero Dios no permitió que su iglesia desapareciera completamente. De lo contrario, este artículo de la fe cristiana hubiera resultado ser falso: “Creo que existe una iglesia cristiana, una hermandad de los santos”. Aunque no fuera posible señalarle con un dedo, aunque en ocasiones pudieron encontrarse apenas dos o tres miembros, empero el Señor, según su promesa, ha estado con ellos, y porque ellos permanecieron fieles a su Palabra, él nunca los ha abandonado, sino que los ha incrementado

y sumado otros a sus filas. Pero cuando ellos se despreocuparon, y se olvidaron de las bondades de Cristo, Dios apartó de ellos los dones con los cuales él los había dotado, y despertó a hombres verdaderos en otros lugares, facilitándoles estos dones, con los cuales ellos volvieron a edificar una iglesia al Señor. De modo que el reino de Cristo, desde el tiempo de los apóstoles hasta nuestros días, se ha trasladado de nación en nación hasta que ha llegado a nosotros.

En otras tierras se logró un buen comienzo y a veces un buen final, cuando los testigos dieron sus vidas por causa de la fe, pero la tiranía de la Iglesia Romana lo ha borrado casi todo. Sólo los picardos y los valdenses mantuvieron algo de la verdad. Al principio del reinado de Carlos V el Señor envió su luz nuevamente. Lutero y Zwinglio destruyeron como con rayos el mal babilónico, pero no fundaron nada mejor, ya que cuando ambos llegaron al poder confiaron más en el hombre que en Dios. Y por tanto, aunque habían logrado un buen comienzo, la luz de la verdad fue oscurecida. Fue como si alguien hubiera remendado un agujero en la antigua caldera para simplemente empeorarlo todo. De manera que ellos han levantado un pueblo atrevido en cuanto al pecado. Muchos se unieron a estos dos (Lutero y Zwinglio), apoyando sus enseñanzas como verdaderas. Algunos dieron sus vidas por la verdad; sin lugar a duda son salvos, ya que pelearon la buena batalla.

Luego el autor de esta crónica describe los conflictos con Zwinglio en Zurich con relación al tema del bautismo, y como Zwinglio, a pesar de haber testificado desde el principio que el bautismo de infantes no puede ser probado por ninguna palabra clara de Dios en las Sagradas Escrituras, después enseñó desde el púlpito que el bautismo de adultos y creyentes era incorrecto y que no se debía tolerar. También describe como se había decretado que cualquiera que fuera bautizado en Zurich y en el distrito sería ahogado en agua. Él expone como esta persecución condujo a la dispersión de muchos siervos de Cristo y como algunos vinieron a Austria predicando la Palabra de Dios.

La difusión de las iglesias en Austria y en los estados vecinos fue grandiosa; los informes de las cantidades de personas ejecutadas en este tiempo y de sus sufrimientos son horribles; sin embargo, nunca dejaron de existir hombres dispuestos a continuar la arriesgada obra de los evangelistas y los ancianos. De algunos de ellos

*Las iglesias se
difunden en
Austria*

Capítulo 9

se escribió: “Ellos fueron a encontrarse con su muerte llenos de gozo. Mientras algunos eran ahogados o ejecutados, los otros que esperaban su turno cantaban, y esperaban con gozo su muerte cuando el verdugo se encargaba de ellos. Ellos se mantuvieron firmes en la verdad que conocían y se fortalecieron en la fe que tenían de Dios.”

Semejante firmeza suscitó asombro e interrogantes en cuanto a la fuente de su fortaleza. Muchos fueron ganados a la fe por medio de este testimonio; pero para los líderes religiosos, lo mismo de la Iglesia Católica como de las Iglesias Reformadas, esta era por lo general atribuida a Satanás. Los propios creyentes dijeron:

Ellos han bebido del agua que fluye del santuario de Dios, de la fuente de vida, y de esta han obtenido un corazón que no puede ser comprendido por la mente o el razonamiento humano. Ellos han descubierto que Dios los ayudó a llevar la cruz y ellos han vencido la amargura de la muerte. El fuego de Dios ardió en ellos. Su tabernáculo no estaba aquí en la tierra, sino que estaba puesto en la eternidad, y ellos tenían fundamento y certeza para su fe. Su fe floreció como un lirio, su fidelidad como una rosa, su piedad e integridad como flores del huerto de Dios. El ángel del Señor ha blandido su lanza delante de ellos para que el yelmo de la salvación, el escudo dorado de David, no pudiera ser arrancado de ellos. Ellos han escuchado la trompeta tocada en Sión y la han comprendido, y por eso han sufrido toda clase de dolor y martirio sin temor. Su carácter santo consideraba las cosas estimadas en el mundo como una sombra, porque conocían cosas mayores. Ellos fueron entrenados por Dios, de manera que no conocían nada, no buscaban nada, no deseaban nada, no amaban nada, sino sólo el Bien celestial y eterno. Por lo tanto, ellos tuvieron más paciencia en sus sufrimientos que sus enemigos en castigarlos.

El Rey Fernando I, hermano de Carlos V de España, fue un perseguidor fanático de los hermanos.⁸ Muchas de las autoridades eran instrumentos poco dispuestos de su crueldad y hubieran perdonado al pueblo inofensivo y temeroso de Dios, pero Fernando emitió una ola constante de edictos e instrucciones que los exhortaban a adoptar una posición más feroz y los amenazaban a causa de su falta de severidad. De modo que los magistrados en el Tirol presentaron defensa por la flojedad de la cual los acusaba su cruel señor, y le escribieron:

*Los magistrados
de Tirol presentan
excusas*

Ya durante dos años rara vez ha habido un día en que el tema de los anabaptistas no haya sido presentado ante nuestra corte, y más de 700 hombres y mujeres en el ducado de Tirol, en diferentes lugares, han sido condenados a muerte; otros han sido desterrados del país, y aun muchos otros han huido, en la miseria, dejando sus bienes atrás y a veces incluso abandonando a sus hijos (...) Nosotros no podemos ocultarle a Su Majestad la locura que por lo general hemos encontrado en estas personas, por cuanto ellas no sólo no se aterrorizan ante el castigo de los demás, sino que acuden a los prisioneros y los reconocen como sus hermanos y hermanas. Y cuando a causa de esto los magistrados los acusan, ellos lo aceptan de buena gana, sin tener que ser sometidos a la tortura. Ellos no escuchan ninguna instrucción, y rara vez uno de ellos decide convertirse de su incredulidad. La mayoría de ellos sólo desea poder morir pronto (...) Confiamos que Su Alteza Real bondadosamente comprenda a partir de nuestro fiel informe que de ninguna manera hemos sido negligentes.

Después que Fernando se convirtió también en rey de Bohemia, el refugio que ese país y Moravia habían provisto para tantos hermanos fue eliminado y ahora no había manera alguna de escape para ellos. Recompensas cada vez mayores eran ofrecidas a aquellos que delataran a un “anabaptista” y lo pusieran en manos del gobierno. Los bienes de las personas ejecutadas eran confiscados y usados en parte para cubrir los gastos de la persecución. Las mujeres que estaban a punto de dar a luz eran llevadas a prisión hasta que naciera la criatura y luego eran ejecutadas. Un magistrado en Sillian, un tal Jörg Scharlinger, se encontró en una situación de mucha angustia al verse obligado a ejecutar una sentencia de muerte contra dos jóvenes de 16 y 17 años. Jörg se atrevió a demorar la ejecución mientras hacía indagaciones, y se llegó al acuerdo de que en tales casos los acusados deberían ser instruidos por católicos romanos, y que los gastos deberían ser sufragados de los bienes confiscados a los “anabaptistas”. Esto hasta que ellos alcanzaran la edad de 18 años cuando, si no se retractaran, serían ejecutados. ¡Imagínese a un joven que amaba al Señor esperando cumplir los dieciocho años bajo semejantes condiciones!

Las cosas empeoraron más y más, pero Jacob Huter nunca cesó de celebrar reuniones, en el bosque o en casas aisladas, y los hermanos y hermanas igualmente continuaron arriesgando sus vidas al recibirlo. En una ocasión él y un grupo de cuarenta hermanos que se había reunido



*Jacob
Huter*

Capítulo 9

para celebrar el partimiento del pan en una casa en St. Georgen fueron sorprendidos por una banda de soldados, y siete de ellos quedaron presos. El resto logró escapar en esa ocasión, incluyendo a Huter, pero finalmente él fue capturado después de ser delatado a cambio de una recompensa. La casa en la cual él se encontraba oculto fue rodeada por los soldados en la noche. Él, su esposa, una muchacha y la anciana anfitriona fueron apresados. Jacob fue llevado a Innsbruck, con una mordaza en la boca “para que no pudiera hablar la verdad”. A su llegada a Innsbruck hubo un gran júbilo al escucharse acerca de su captura ya que el rey no le había dado descanso a las autoridades, y había insistido en que Huter tenía que ser encontrado.

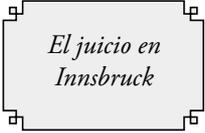
Tan pronto el rey recibió la noticia de su captura, envió a decir que el prisionero tenía que morir, sin importar si se retractaba o no. No obstante, Huter no era hombre de los que se retractan; por el contrario, él usaba el lenguaje más violento para denunciar al rey, al Papa, a los sacerdotes y todas sus formas de represión. Una petición de las autoridades para que Huter fuera decapitado en privado a fin de evitar el riesgo de una revuelta entre la gente simpatizante fue rechazada por Fernando, quien a su vez insistió en que él tenía que ser quemado públicamente. Por lo tanto, Jacob Huter fue quemado en Innsbruck (1536).

Su arriesgado puesto como líder reconocido entre las asambleas de los hermanos fue ocupado por Hans Mändl, un hombre de un espíritu más dócil pero de igual valentía, que se había ganado la confianza y el afecto de todos por su amenidad, sus dones y su devoción desinteresada. Él llegó a bautizar a más de 400 personas en el Tirol. Fue encarcelado en reiteradas ocasiones, pero el clero enviado a convertirlo se quejaba de la bondad con que los magistrados lo trataban, y sus frecuentes fugas de la prisión parecían indicar cierta simpatía por parte de aquellos que estaban a su cargo. Poco después de una de estas fugas él se dirigió a unos mil hermanos y hermanas reunidos en un bosque, pero fue capturado nuevamente el mismo año (1560). Esta vez fue lanzado a un calabozo profundo en una torre en Innsbruck, donde otros dos hermanos se encontraban confinados. Desde su calabozo, él escribió:

He sido encarcelado en la torre donde mi querido hermano Jörg Liebich ha permanecido por tanto tiempo (...) él yace en lo profundo de una mazmorra, pero hay una ventana pequeña en lo alto a través de la cual

recibe algo de luz cuando brilla el sol (...) Yo me dirigí sin temor a la cámara de torturas como si no fuera nada. Después de interrogarme durante tres días, me llevaron de regreso a la torre. A veces escucho a los gusanos en las paredes, los murciélagos vuelan sobre mí por la noche, y los ratones corren alrededor, pero Dios lo hace todo fácil para mí. Él ciertamente está conmigo; él hace que incluso los fantasmas que él envía por las noches para asustar a las personas me sean útiles y amistosos.

Cuando su compañero, Jörg Meyer, fue interrogado, le preguntaron qué lo había inducido a bautizarse. Este respondió que antes de entrar a esta fe él había escuchado como un hombre llamado Jacob Huter había sido quemado en Innsbruck. Se decía que le habían puesto una mordaza en la boca cuando fue llevado a Innsbruck para que no diera a conocer la verdad. Además de eso, él había escuchado como en Klausen Ulrich Müllner había sido ejecutado, un hombre aceptable a la gente y a quien ellos consideraban fiel. Este Ulrich también profesaba la misma fe. En una tercera ocasión, él había visto con sus propios ojos como en Steinach ellos habían quemado a un hombre que apoyaba esta fe. Todo esto él lo tomó muy a pecho, y consideró que tenía que ser la poderosa gracia de Dios la que los había mantenido tan firmes en su fe para poder soportar hasta el final, y esta fue la razón por la que él comenzó a indagar acerca de esta gente.



*El juicio en
Innsbruck*

Tranquilamente los tres prisioneros respondieron, a partir de las Escrituras, todas las preguntas que les hicieron; ellos dijeron que aunque ahora no tenían una morada específica donde vivir, sino que eran perseguidos en todas partes, llegaría el momento en que ellos serían recompensados cien veces más. Ellos afirmaron que su fe no era una “secta maldita” como se decía de ellos, y que ellos no tenían “cabecillas”. Mändl explicó que él había sido elegido como maestro y guía por los hermanos y la asamblea a la cual él pertenecía.

Doce hombres de Innsbruck y del distrito fueron designados como jurados. Luego de haber prestado el juramento acostumbrado de que darían un veredicto según su juicio, se les exigió prestar otro juramento que los comprometía a aprobar el decreto del emperador con relación a los prisioneros, lo cual significaba, por supuesto, condenarlos a muerte. Ellos se negaron a hacer esto. Los miembros de la corte se enojaron

Capítulo 9

extremadamente por esto, pero Fernando (convertido ahora en emperador) no quiso actuar contra ellos de una forma demasiado severa por temor a suscitar una oposición general. Por lo tanto, los oficiales discutieron con estos hombres y los amenazaron hasta que nueve de ellos cedieron, pero tres, manteniéndose firmes en su negativa, fueron encarcelados. Después de unos días de encarcelamiento, estos también cedieron a las amenazas y todo el jurado prestó el juramento obligatorio, lo cual fijaba el veredicto antes que comenzara el juicio. Mändl fue sentenciado a morir en la hoguera y los otros dos a ser decapitados. Ellos, estando aún en prisión, escribieron a los hermanos: “Les hacemos saber que después de la celebración del Corpus ellos nos condenarán, y nosotros pagaremos nuestro voto a Dios. Lo hacemos con gozo y no estamos tristes, porque el día es santo al Señor.” Entre las multitudes que acudieron a presenciar su muerte se encontraba un hermano llamado Leonhard Dax, un ex sacerdote, quien animó mucho a los prisioneros con su valiente saludo. Ellos se dirigieron a la multitud, exhortando a todos a arrepentirse, y dieron testimonio de la verdad. Cuando su sentencia fue leída en voz alta, ellos reprendieron a los magistrados y al jurado por derramar sangre inocente, y estos se excusaron alegando que actuaban bajo coacción del emperador.

“¡Oh, mundo ciego”, exclamó Mändl, “cada hombre debe actuar según su propio corazón y conciencia, pero ustedes nos condenan según la orden del emperador!” Los tres siguieron predicando a la gente, y Mändl continuó hasta quedar ronco. “¡Cállate ya, Hans!” gritó el magistrado, pero él continuó: “Lo que les he enseñado y testificado es la verdad divina”.

Ellos hablaron hasta el mismo momento de su muerte, sin que nadie se lo impidiera. Uno de ellos estaba tan enfermo que se temía que muriera antes que pudiera ser ejecutado, de modo que fue decapitado primero. Luego el otro se volvió hacia el verdugo y gritó con una valentía triunfante: “Renuncio aquí a mi esposa e hijo, a mi casa y a mi granja, a mi cuerpo y a mi vida por la fe y la verdad”, entonces se arrodilló y ofreció su cabeza al golpe mortal. Hans Mändl fue atado a una escalera y lanzado vivo a las llamas donde los cuerpos de sus compañeros de martirio ya habían sido lanzados. Allí se encontraba un testigo, Pablo Lenz, que tomó esto tan a pecho que al poco tiempo se unió a los discípulos despreciados, para compartir los sufrimientos de Cristo.

En algunas partes, y especialmente en Moravia, se formaron comunidades donde muchos creyentes vivían juntos como una gran familia bajo la misma norma, y tenían todas las cosas en común. Esto se hizo, en parte para proveer lugares de refugio en distritos favorecidos donde los que habían sido expulsados de otros lugares pudieran encontrar un hogar y, además, como una imitación de la práctica de la iglesia en Jerusalén al inicio.

*Las comunidades
de Moravia*

Aunque semejante comunidad de bienes fue una indicación de una gracia especial en Jerusalén, cuando los creyentes vivían en un lugar y podían congregarse todos en el templo, no fue un mandamiento encomendado a la iglesia; hubiera resultado imposible cuando las iglesias fueron dispersas por todas partes y no fue practicada fuera de Jerusalén en los tiempos del Nuevo Testamento. Estas comunidades en Moravia y en otras partes sí proveyeron lugares de refugio para muchos; en ellas se experimentó una gran bendición espiritual en sus mejores días, y la excelente obra llevada a cabo, en la agricultura y en la práctica de diferentes labores artesanales, las hizo prósperas. Sin embargo, con el tiempo surgieron serias desventajas. La crianza de los niños en tales comunidades sufrió en comparación con la crianza en una familia cristiana. Se hizo evidente un cierto espíritu sombrío y malhumorado. Muchas de las divisiones que debilitaron a las iglesias tuvieron su origen en estas comunidades. Cuando la guerra se propagó por los distritos donde ellas se encontraban, la relativa riqueza y la concentración en ellas de provisiones y de comodidades considerables, atrajo a los soldados, y esta fue una de las causas que condujo a su abandono.

En este período tuvieron lugar en Múnster algunos acontecimientos que, aunque no estaban relacionados con las congregaciones cristianas, no obstante perjudicaron su causa en Alemania más que cualquier otro suceso anterior. En semejantes tiempos de agitación resultaba inevitable que las mentes desequilibradas tuvieran la tendencia de tomar posiciones extremas. La crueldad con que personas inocentes fueron tratadas a causa de su fe provocó una gran indignación en muchos que aún no compartían esa fe, y la matanza sistemática de los mejores y más sabios, aquellos que

Capítulo 9

eran ancianos y líderes de las iglesias, eliminó precisamente a los hombres más capaces de restringir a la extravagancia y el fanatismo, y les brindó una gran oportunidad a hombres inferiores para que ejercieran su influencia. El espectáculo de la persecución cruel y el asesinato hizo que muchos creyeran que había llegado el fin, y que el día de la redención estaba cerca, un día también de venganza sobre los opresores. Surgieron hombres que fingían ser profetas y que predecían la cercanía del establecimiento del reino de Cristo.

Münster⁹ era la capital de un principado gobernado por un Obispo, quien era tanto su gobernante civil como eclesiástico. Este exigía impuestos y daba todos los cargos importantes a miembros del clero. Esto mantenía a los ciudadanos en un estado constante de descontento. Bernardo Rothmann, un teólogo joven y estudioso, viajó y visitó a Lutero, pero fue más influenciado por Capito y Schwenckfeld, a quienes conoció en Estrasburgo. Rothmann fue un buen predicador, un hombre que sentía una gran compasión por todos los oprimidos, y en lo personal, un hombre de costumbres ascéticas. Cuando llegó a Münster su predicación atrajo a multitudes de oyentes, y produjo tal entusiasmo que muchos de los ciudadanos tomaron parte en un ataque contra las imágenes en la iglesia de St. Manrice, las cuales destruyeron.

Para reprimir el creciente desorden el Obispo hizo uso de su fuerza militar, pero Landgraf Felipe de Hessen intervino, y como resultado de esto Münster fue declarada una ciudad evangélica y se inscribió en la Liga de Smalkalda de los Principados Protestantes. Este cambio trajo a Münster a multitudes de personas perseguidas procedentes de los países católicos vecinos, la cual podían considerar ahora como un lugar de refugio. Entre dichas multitudes había toda clase de personas; algunas de ellas eran cristianos, perseguidos por causa de Cristo, a quienes era un honor recibir; otros eran personas indisciplinadas o fanáticas, cuya presencia puso en peligro la paz de la ciudad. La mayoría de estas personas llegaron en un estado indigente y fueron recibidas, bajo la enseñanza y el ejemplo de Rothmann, con la mayor bondad y generosidad. Uno de los inmigrantes convenció a Rothmann de que el bautismo de infantes es contrario a las Escrituras, de modo que, por un problema de conciencia, él tuvo que negarse a practicarlo. Por causa de esto los magistrados de la ciudad le quitaron el cargo de predicador, pero su popularidad entre los

ciudadanos era tal que ellos se negaron a aceptar su destitución, y se celebró un debate público sobre el tema del bautismo en el cual se decidió que Rothmann había probado su caso. Un predicador anabaptista, uno de los extranjeros que había llegado a la ciudad, por medio de la violencia de su lenguaje, provocó disturbios, de manera que los magistrados ordenaron encarcelarlo, pero los gremios lo rescataron y el conflicto alcanzó tal dimensión que los magistrados fueron depuestos del cargo y se eligió un Consejo anabaptista en su lugar.

Mientras tanto, el Obispo había estado reuniendo tropas, y ahora había rodeado la ciudad y había cortado los suministros, lo cual representaba un problema extremadamente serio a causa de la gran cantidad de foráneos indigentes que estaban siendo alimentados. Entre los inmigrantes había dos holandeses que con el tiempo llegaron a ejercer una extraordinaria influencia en Münster, Jan Matthys y Jan Bockelson. Este último era un sastre, conocido a menudo como Juan de Leyden. Matthys, un hombre alto y poderoso, de apariencia imponente, capaz de convencer a las masas por medio de su elocuencia, se dio a conocer como un profeta, y fue aceptado. Él era uno de esos fanáticos que son capaces de llegar a cualquier extremo, y que son los más peligrosos debido a su sinceridad. Matthys obtuvo un control total del Consejo, y su opinión en lo concerniente a la separación del mundo condujo a la promulgación de un decreto según el cual ninguna persona no bautizada podría ser tolerada en la ciudad; en un plazo breve todas las personas tenían que ser bautizadas, abandonar Münster, o morir. Muchos fueron bautizados, pero otro tanto prefirió irse de la ciudad antes que rendirse. El decreto resultó ser malvado y fanático, pero no tan malvado ni tan fanático como la acción de aquellas Iglesias y estados que durante siglos, a lo largo y ancho de la mayor parte de Europa, habían condenado a muertes crueles a aquellos que no creían en el bautismo de infantes. La ciudad, estando ahora depurada de “los incrédulos”, aceleró los cambios que tuvieron lugar, y se introdujo la comunidad de bienes, apresurada por las necesidades ocasionadas por el asedio; se abolió la costumbre de guardar el domingo, siendo considerada como una institución legalista y pasándose a considerar todos los días iguales; en ocasiones se celebró públicamente la Cena del Señor acompañada de predicación.

Capítulo 9

*Jan Matthys y Jan
Bockelson*

Matthys tenía el control de la distribución de alimentos y de otras necesidades, con siete diáconos a quienes él había nombrado para que lo ayudaran. Esto dio lugar al surgimiento de un nuevo conflicto. Un zapatero llamado Hubert Rüscher se puso a la cabeza de un grupo de ciudadanos oriundos de Münster para protestar contra los extranjeros que se habían tomado en sus manos la administración de la ciudad, y para expresar su indignación por eso y sus temores de lo que esto podría causar de no ser refrenado. Entonces se llevó a cabo una concentración popular en la plaza de la catedral. Inmediatamente Matthys condenó a Rüscher a muerte, y Bockelson, alegando haber tenido una revelación de que él debía ejecutar la sentencia, hirió de gravedad al zapatero con su alabarda. Tres hombres tuvieron el valor de protestar contra esta injusticia, pero fueron encarcelados y apenas lograron salir ilesos. Al cabo de unos pocos días, el prisionero herido fue llamado nuevamente y su ejecución fue completada por Matthys. De esta manera se mantuvo el dominio del Consejo.

Durante todo este tiempo se continuó en la lucha contra las tropas del Obispo, y las provisiones en la ciudad se hacían cada vez más escasas. Una noche a la hora de la cena, Jan Matthys se encontraba sentado junto a otros en la casa de un amigo, cuando todos se percataron que él estaba absorto en una profunda meditación. Al poco rato se puso de pie y dijo: “Padre amado, hágase tu voluntad, no la mía”, entonces besó a sus amigos y se marchó con su esposa. Al día siguiente abandonó la ciudad con veinte de sus compañeros, marchó hasta el puesto avanzado de la fuerza asediadora y los atacó. Una gran cantidad de las tropas enemigas ofreció resistencia y hubo una lucha violenta. Uno a uno los integrantes de la pequeña fuerza fueron aplastados. Entre los últimos que cayeron se encontraba Jan Mattys, quien luchó desesperadamente hasta el final.

Hubo consternación en Münster, pero Jan Bockelson pronto tomó la autoridad en sus manos, y, fingiendo haber recibido una revelación de que el Consejo debía ser abolido por ser una mera institución humana, se deshizo de este y ejerció un dominio supremo, nombrando, además, a doce “ancianos” para que estuvieran con él. Bockelson combinó el poder de un orador con los dones prácticos en materia de la organización. Se introdujeron nuevas leyes adaptadas al “Nuevo Israel”, y el pueblo en

seguida llegó a creer que ellos eran los objetos especiales del amor y la gracia de Dios, la verdadera iglesia apostólica, y que lo que ellos estaban haciendo en Münster era el modelo que con el tiempo se reproduciría en todo el mundo, sobre el cual ellos gobernarían.

La cantidad de hombres en Münster era pequeña, en tanto el número de mujeres era mucho mayor, y había una gran cantidad de niños. En julio de 1534, Bockelson convocó a Rothmann, a los otros predicadores y a los doce ancianos al ayuntamiento, y los sorprendió a todos al proponerles la introducción de la poligamia. Esta resultó ser una propuesta inaudita en semejante lugar, debido a que el pueblo, en su gran mayoría, era religioso y estaba acostumbrado a una vida de abnegación, y las condiciones morales de la ciudad eran extraordinariamente favorables. Apenas unas semanas antes había sido publicado en la ciudad un tratado que abordaba, entre otros, el tema del matrimonio, y demostraba que el matrimonio es la unión sagrada e indisoluble de un hombre y una mujer. La propuesta de Bockelson fue resentida y rechazada por los predicadores y los ancianos, pero él no iba a desistir de su propósito, y durante ocho días argumentó e insistió con toda su elocuencia e influencia. Él se aprovechó de los fracasos de algunos hombres piadosos en los días del Antiguo Testamento para hacer creer que la Escritura autoriza la poligamia. Sobre el mismo razonamiento él pudo haber argumentado a favor de cualquier otro pecado. Su principal argumento se basaba en la necesidad, debido al gran predominio numérico de las mujeres sobre los hombres en Münster. Bockelson finalmente logró su propósito, y durante cinco días, en la plaza de la Catedral, los predicadores le predicaron a todo el pueblo el tema de la poligamia.

Al final de este período Bernard Rothmann promulgó una ley, ordenando que todas las mujeres jóvenes deberían casarse, y que las señoras deberían adjuntarse a la familia de algún hombre para su protección. Bockelson (posiblemente dando a demostrar el porqué de su entusiasmo por la nueva ley) inmediatamente se casó con Divara, la viuda de Jan Matthys, una mujer que se distinguía por su belleza y talentos. Sin embargo, la oposición fue tan fuerte que condujo a una guerra civil dentro de la ciudad asediada. Un maestro en la herrería, Heinrich Möllenbecker, dirigió la parte insurgente; estos se apoderaron



*La secta
de Münster*

Capítulo 9

del ayuntamiento e hicieron prisioneros a algunos de los predicadores y los amenazaron con abrir las puertas de la ciudad a los que la asediaban a menos que el anterior gobierno de Münster fuera restaurado. Parecía probable que se lograría derrocar al gobierno de Bockelson, pero los predicadores permanecieron de su lado, y la mayoría de las mujeres lo apoyó, por lo que al ser más numerosos que la oposición, el ayuntamiento fue asaltado y toda resistencia fue sofocada. Los efectos de la nueva ley fueron totalmente perjudiciales, y antes que terminara el año se abolió la ley.

A pesar de todos estos disturbios internos, la defensa de la ciudad se llevó a cabo con energía y se lograron importantes éxitos en los encuentros con el enemigo. Todavía existía la esperanza de que pudiera recibirse ayuda del exterior. Se llegó a una nueva etapa cuando Bockelson fue proclamado rey. Él tenía su profeta, antiguamente un orfebre, quien, en la plaza del mercado, proclamó a “Juan de Leyden” como rey de toda la tierra, y dio a conocer el reino de la Nueva Sión. La coronación tuvo lugar con gran pompa en la plaza del mercado; el oro, adquirido de la gente, fue usado para confeccionar las coronas y otros emblemas de la realeza. De entre sus muchas esposas, Divara fue elegida reina. La provisión para el rey, su guardaespaldas, la corte y los sirvientes de la reina fue suntuosa y completa en cada detalle. Pero el pueblo, sufriendo las necesidades extremas del estado de sitio, casi no pudo ser consolado por las promesas de que el reino pronto triunfaría. Sin embargo, el pueblo se mantuvo firme, y la ciudad no pudo ser tomada hasta que finalmente, por medio de una traición, fue entregada a las tropas del Obispo. Fue entonces cuando comenzó la matanza de sus habitantes, de quienes no perdonaron ni a una sola persona.

A un grupo de 300 hombres que se defendía encarnizadamente en la plaza del mercado se le prometió un salvo conducto para abandonar la ciudad si deponían sus armas. Ellos aceptaron estos términos, la promesa fue incumplida, y todos perecieron con el resto. Luego se estableció una corte para el juicio de los anabaptistas que no habían sido ejecutados. A Divara le prometieron perdonarle la vida a cambio de que se retractara, pero ella prefirió morir. Juan de Leyden y otros líderes fueron torturados y ejecutados públicamente en la plaza donde había sido coronado, y sus cuerpos fueron expuestos en jaulas de hierro en una torre de la iglesia de San Lamberto (1535).

Hubo quienes se aprovecharon de estos sucesos para atribuirle el odiado nombre de anabaptista a todos los que disientían de los tres grandes sistemas de Iglesia. Con esto también querían justificar, al hacer creer que las congregaciones de cristianos piadosos, humildes y sufridos eran la misma clase de personas que aquellos que habían desarrollado el reino en Münster y habían practicado la poligamia, el tratamiento que les dieron como sectas subversivas y peligrosas. El control de la literatura por un largo período de tiempo le permitió a la parte victoriosa confundir completamente a diferentes grupos de personas y así poder engañar a las generaciones futuras. Aunque Lutero y Melanchthon toleraron la poligamia en algunos casos, nadie intenta demostrar por medio de esto que el luteranismo en conjunto es un sistema que promueve la poligamia. En todo caso, tal planteamiento no sería más irracional que el otro.

Muchas iglesias y cristianos han sido tan incesante y violentamente acusados de graves crímenes y errores que la calumnia en general ha llegado a creerse y se ha aceptado sin la más mínima duda. Esto no debe ser motivo de sorpresa, ya que el propio Señor cuando anunció su humillación, sufrimiento, muerte y resurrección, inmediatamente agregó que sus discípulos tendrían que seguirle. Él fue falsamente acusado y sus hechos fueron tergiversados; los gobernantes y la multitud clamaron frenéticamente por su crucifixión. Murió acompañado de malhechores, y su resurrección no fue creída por el mundo, apenas por sus propios discípulos.

¿Qué hay de sorprendente, pues, en que aquellos que le siguieron hayan soportado lo mismo? Caifás y Pilato, los poderes religiosos y civiles, se unieron para condenarlos a recibir escupitajos, azotes y una muerte cruel. La multitud, los cultos y los ignorantes, clamaron en contra de ellos. Ellos fueron crucificados entre dos malhechores, la Doctrina Falsa y la Vida Pecaminosa, con quienes ellos no tenían ninguna relación excepto el hecho de encontrarse clavados en medio de ellos. Sus propios libros fueron quemados, y se les atribuyeron doctrinas inventadas, adaptadas para asegurar su condena. A pesar de que ellos llevaron una vida humilde y piadosa, fueron descritos como culpables de conductas que sólo existían en la imaginación vil de sus acusadores, para que la crueldad de sus asesinos pareciera justificada. Siendo llamados paulicianos, albigenses, valdenses, lolardos, anabaptistas y muchos otros nombres, la simple mención de los

Capítulo 9

cuales traía a la mente el significado de hereje, cismático o trastornador del mundo, comparecieron ante el mismo Juez que acogió a Esteban quien fue apedreado por los doctores de su tiempo. Sus enseñanzas de tolerancia, amor y compasión por los oprimidos se han convertido en el legado de multitudes para quienes sus mismos nombres son desconocidos.

*Menno Simons
(1492–1559)*

Menno Simons, que vivió por estos tiempos y estuvo bien capacitado para hablar, siendo uno de los maestros principales entre los que practicaron el bautismo de creyentes, escribió:

Nadie puede acusarme con verdad de estar de acuerdo con la enseñanza de Münster; al contrario, durante diecisiete años, hasta el día de hoy, me he opuesto y he luchado contra esta en privado y en público, tanto verbalmente como por escrito. A aquellos que, como la gente de Münster, rechazan la cruz de Cristo, desprecian la Palabra de Dios y practican lujurias mundanas bajo la pretensión de hacer lo correcto, nunca los reconoceremos como nuestros hermanos y hermanas. ¿Acaso pretenden decir nuestros acusadores que por ser bautizados con el mismo bautismo exterior que la gente de Münster nosotros tenemos que ser reconocidos como miembros del mismo cuerpo y hermandad? A eso respondemos: ¡Si el bautismo exterior puede hacer tanto, entonces ellos pueden considerar qué clase de hermandad es la de ellos, ya que resulta claro y evidente que los adúlteros, los asesinos y otros así por el estilo han recibido el mismo bautismo que ellos!

Después de los acontecimientos en Münster, las congregaciones de creyentes, falsamente acusadas de complicidad en tales excesos, fueron perseguidas con mayor violencia que antes, y fue extinguida toda esperanza de que pudieran llegar a gozar libertad de conciencia y culto, y convertirse así en una fuerza para el bienestar general de los pueblos germánicos. Los remanentes dispersos y hostigados fueron visitados y apoyados por Menno Simons, quien desafió los mayores peligros, y por quien algunos de los grupos reorganizados, aunque no por decisión propia, llegaron a conocerse como menonitas.

En su autobiografía,¹⁰ escrita después de estar involucrado en esta obra por dieciocho años, él relata como a la edad de 24 años se convirtió en un sacerdote (católico romano) en la aldea de Pingjum (en Friesland, Holanda del Norte). “Con relación a las Escrituras”, dice él, “nunca en mi vida las había tocado, por cuanto temía que si las leía podría

ser engañado (...). Al cabo de un año, cada vez que tenía que servir el pan y el vino en la misa, me llegaba el pensamiento de que quizá no eran el cuerpo y la sangre del Señor (...). Al principio supuse que tales pensamientos provenían del diablo que quería desviarme de mi fe. A menudo confesé esto y oré; sin embargo, no pude deshacerme de estos pensamientos.”

Él invirtió su tiempo, junto con otros sacerdotes, tomando e involucrándose en diferentes pasatiempos inútiles. Siempre que se tocaba el tema de las Escrituras, él no podía hacer otra cosa que burlarse de ellas. Pero luego escribe:

Finalmente, decidí leer diligentemente todo el Nuevo Testamento. No había avanzado mucho en la lectura de este cuando descubrí que habíamos sido engañados (...). Por medio de la gracia del Señor avancé día a día en el conocimiento de las Escrituras, y algunos llegaron a llamarme el Predicador Evangélico, aunque erróneamente. Todos me buscaban y me elogiaban, ya que el mundo me amaba y yo amaba al mundo. Sin embargo, por lo general se decía que yo predicaba la Palabra de Dios y que era un hombre decente.

Más tarde, aunque nunca en mi vida había escuchado acerca de los hermanos, aconteció que un tal Sicke Snyder, un héroe piadoso y temeroso de Dios, fue decapitado en Leeuwarden por haber renovado su bautismo. Para mí resultó extraño el hecho de que se hablara de otro bautismo. Entonces escudriñé las Escrituras diligentemente y medité en el asunto con todo empeño, pero no encontré allí palabra alguna acerca del bautismo de infantes. Al darme cuenta de esto hablé con mi pastor, y después de mucho debate lo llevé al punto de que él tuvo que admitir que el bautismo de infantes no tenía fundamento alguno en la Escritura.

Fue entonces cuando Menno Simons consultó libros y pidió el consejo de Lutero, Bucero y otros. Cada uno de ellos le dio una razón diferente por qué bautizar a los infantes, pero ninguna de ellas correspondía con la Escritura.

Durante este tiempo Menno fue transferido a su aldea natal, Witmarsum (también ubicada en Friesland), donde continuó leyendo la Biblia. Tuvo éxito y fue admirado, pero continuaba viviendo una vida desprecupada y dada a los excesos. Sobre esto, él relata:

Capítulo 9

Obtuve mi conocimiento tanto del bautismo como de la Cena del Señor por medio de la abundante gracia de Dios, a través de la instrucción del Espíritu Santo por medio de mucha lectura de la Escritura y meditación en ella, y no a través de las sectas engañosas como me acusan de haber hecho. Sin embargo, si alguien de alguna manera ha aportado algo a mi progreso estaré eternamente agradecido al Señor por ello. Cuando llevaba aproximadamente un año en el nuevo lugar, aconteció que algunos trajeron el tema del bautismo a colación. No sé exactamente de dónde vinieron los que lo comenzaron, a qué pertenecían o qué eran, porque ni siquiera ahora lo sé, ya que nunca los vi.

Entonces surgió la secta de Münster, por medio de la cual muchos corazones piadosos, también de entre nosotros, fueron engañados. Mi alma se encontraba sumida en gran tristeza, ya que me di cuenta de que ellos eran celosos, sin embargo, en cuanto a la doctrina estaban en error. Con la ayuda de mi pequeño don me opuse al error tanto como pude por medio de la predicación y la exhortación (...) Todas mis exhortaciones no surtieron ningún efecto debido a que yo mismo me encontraba haciendo lo que sabía que no era correcto. Sin embargo, se corrió la noticia de que yo sabía callar los comentarios de esta gente, y todos me tuvieron en alta estima. Fue entonces cuando me di cuenta de que yo era el campeón de los impenitentes que eran enviados a mí.

Esto me causó mucha angustia de corazón, y por ello gemí al Señor y oré: ¡Señor, ayúdame para que yo no eche sobre mí mismo los pecados de la gente! Mi alma se afligió y pensé en el fin, en que aun si ganara el mundo entero y viviera mil años pero finalmente tuviera que soportar la cólera y la mano poderosa de Dios, ¿qué habría ganado entonces?

Después de esto, estas pobres ovejas engañadas, sin tener pastores verdaderos, luego de tantos edictos crueles, tanta matanza y asesinato, se reunieron en un lugar llamado Oude Kloster y, ¡ay de ellos! Siguiendo la enseñanza impía de Münster, contrario al Espíritu Santo, la Palabra de Dios y el ejemplo de Cristo, sacaron la espada en defensa propia, la cual el Señor le había ordenado a Pedro volver a su lugar. Cuando esto tuvo lugar, la sangre de estas personas, aunque fueron engañadas, cayó tan pesadamente sobre mi corazón que no pude soportarlo ni hallar descanso en mi alma. Consideré así mi vida impura y carnal, mi enseñanza e idolatría hipócritas, las cuales exponía diariamente, aunque no me gustaban, y luchaba contra mi propia alma. Yo había visto con mis propios ojos como estos fanáticos, aunque no según la sana doctrina, entregaron de buena gana a sus hijos, sus propiedades y hasta su propia sangre por su convicción y fe. Y yo fui uno de los que había contribuido a mostrarles a algunos de ellos los males

del Papado. Sin embargo, yo había continuado en mi vida vergonzosa y en mi reconocida maldad, sin tener otra razón fuera de que me gustaban las comodidades de la carne y deseaba evitar la cruz de Cristo.

Estos pensamientos llegaron a carcomer mi corazón a tal punto que no pude soportar más. Entonces dije para mí: Soy desdichado, ¿qué haré? Si continúo de esta manera y, con el conocimiento que me ha sido dado, no me someto totalmente a la Palabra de mi Señor, no condeno con la Palabra del Señor la vida carnal, impenitente e hipócrita de los teólogos, así como sus corruptos bautismos, Cena del Señor y servicios divinos falsos, hasta donde me lo permita mi pequeño don; si, a causa del temor de mi carne, yo no abro el verdadero fundamento de la verdad, no dirijo, tanto como me sea posible, a las inocentes y errantes ovejas, quienes con gusto harían lo correcto si tan sólo supieran cómo, al verdadero pasto de Cristo, ¡cómo esta sangre derramada, aunque de personas erradas, no me va a denunciar en el juicio del Dios Todopoderoso y no va a pronunciarse juicio en contra de mi pobre alma! Mi corazón se estremeció en mi cuerpo. Oré a mi Dios con lágrimas y suspiros para que le diera el don de su gracia a un pecador perturbado como yo, y para que creara en mí un corazón puro; también para que por medio de la eficacia de la sangre de Cristo perdonara mi andar pecaminoso, mi vida vergonzosa, y me diera la sabiduría, la valentía y el heroísmo viril a fin de poder predicar sinceramente su tan alabado Nombre, su Santa Palabra, y sacar a la luz su verdad para alabanza de él.

Fue así como, en nombre del Señor, comencé a enseñar públicamente desde el púlpito la verdadera palabra de arrepentimiento, a dirigir a las personas hacia el camino angosto, a condenar todas las formas de pecado y costumbres impías, así como toda clase de idolatría y adoración falsa, y a testificar abiertamente lo que son el bautismo y la Cena del Señor conforme a la mente y el principio de Cristo, de acuerdo con la gracia que, hasta ese momento, había recibido de parte de mi Dios. Además, advertí a todos acerca de las maldades de Münster, su rey, la poligamia, el reino y la espada. Esto lo hice honrada y fielmente hasta que, después de nueve meses, el Señor me alcanzó con su Espíritu paternal, con su mano útil y poderosa para que, de inmediato y sin compulsión, yo fuera capaz de soltarme de mi honor, mi buen nombre y la reputación que tenía entre los hombres, así como toda de mi maldad anticristiana y mi vida repugnante y atrevida.

Entonces yo me sometí voluntariamente a la absoluta pobreza y miseria, bajo la pesada cruz de mi Señor Jesucristo, temí a Dios en mi debilidad y busqué a la gente temerosa de Dios, de quienes encontré algunos, aunque no muchos, en un celo y una doctrina verdadera. Entonces debatí con

Capítulo 9

los que estaban apartados de Dios, gané algunos de ellos por medio de la ayuda y el poder de Dios y los guíé, por medio de la Palabra de Dios, al Señor Jesucristo. A los difíciles y obstinados los encomendé al Señor. Vea usted, mi querido lector, que de ese modo el Señor misericordioso, por medio del don gratuito de su inmensa misericordia para conmigo, un pecador miserable, primero avivó mi corazón, me dio una mente nueva, me humilló en su temor, me llevó a tener cierto conocimiento de mí mismo, me condujo de los caminos de muerte al camino angosto de la vida y me llamó por pura misericordia a la hermandad de los santos. ¡Alabado sea el Señor para siempre! Amén.

Aproximadamente al cabo de un año, mientras escribía y leía al escudriñar la Palabra de Dios, aconteció que seis, siete u ocho personas vinieron a mí, quienes eran de un sólo corazón y alma y cuya fe y vida, hasta donde se podía juzgar, eran intachables. Estas personas estaban apartadas del mundo conforme al testimonio de la Escritura, bajo la cruz, y sentían horror no sólo por las atrocidades de Münster, sino también por todos los males y las sectas dignas de condenación en todo el mundo. Estas personas vinieron a mí con muchas súplicas, en nombre de aquellos que temían a Dios, que andaban conmigo y con ellos en un solo espíritu y una sola mente, para que yo tomara a pecho la profunda pena y la urgente necesidad de las almas afligidas, por cuanto la sed de la Palabra de Dios es inmensa y los fieles son muy pocos, y para que yo pudiera ganar intereses utilizando el talento que inmerecidamente había recibido del Señor (...)

Cuando yo escuché esto, mi corazón se afligió profundamente, y la angustia y el temor se apoderaron de mí. Por una parte, vi la insignificancia de mi talento, mi falta de conocimiento, mi naturaleza débil, el temor de mi carne, la maldad sin límite, la contrariedad y la tiranía de este mundo, las grandes y poderosas sectas, la astucia de muchos espíritus y la pesada cruz, cosas que, si yo comenzara, ejercerían más que sólo una pequeña presión sobre mí. Sin embargo, por otra parte, vi la triste sed, la falta y la necesidad de los piadosos y temerosos hijos de Dios al darme cuenta claramente que ellos eran como ovejas inocentes y abandonadas que no tienen pastor. Finalmente, luego de muchas súplicas, me puse a disposición del Señor y su iglesia, con la condición de que ellos por un tiempo, junto conmigo, apelarán fervientemente al Señor, para que si fuera su voluntad generosa que yo pudiera servirle para su alabanza, que su bondad paternal me diera un corazón y un carácter que me permitieran testificar al igual que el apóstol Pablo: *¡ay de mí si no anunciaré el evangelio!* De lo contrario, que él dirigiera de tal manera que este asunto no llegara a realizarse (...)

Vea usted, querido lector, que yo no he sido llamado a este servicio por las personas de Múnster ni por ninguna otra secta sediciosa, como se dice calumniosamente de mí, sino que, indigno como soy, fui llamado por aquellos (...) que estaban dispuestos a seguir a Cristo y su palabra, que en el temor de su Dios vivían una vida contrita, en su amor servían a su prójimo, llevaban pacientemente su cruz, buscaban la salvación y el bienestar de todos, amaban la justicia y la verdad, y aborrecían la injusticia y la maldad. En realidad, estos son verdaderos y poderosos testigos de que no eran de tal secta perversa como se les acusaba, sino verdaderos cristianos, aunque desconocidos para el mundo, si se cree en lo más mínimo que la Palabra de Cristo es verdadera, y su ejemplo santo y sin mancha es infalible y correcto.

De modo que yo, un gran y miserable pecador, he sido iluminado por el Señor, he sido convertido, he huido de Babilonia para entrar en Jerusalén y finalmente he venido a este gran y difícil servicio. Como las personas mencionadas anteriormente no cesaron en su ruego, y como, además, mi propia conciencia me obligaba (...) debido a que yo veía la gran sed y necesidad (...) me rendí al Señor en cuerpo y alma, me encomendé a su generosa mano, y a partir de ese momento comencé (1537) a enseñar y a bautizar conforme a su Santa Palabra. Con mi pequeño don me dispuse a trabajar en la obra del Señor, a edificar su ciudad sagrada y su templo, a traer las piedras caídas de nuevo a su lugar. Y el Dios grandioso y poderoso ha confirmado de esta manera, en muchas ciudades y países, la Palabra del arrepentimiento verdadero, la Palabra de su gracia y poder, junto con el uso sano de sus santos sacramentos, por medio de nuestro modesto servicio, nuestra enseñanza y nuestros escritos incultos, en comunión con el verdadero servicio, la obra y la ayuda de nuestros fieles hermanos. Dios ha hecho que la apariencia de su iglesia sea gloriosa, y la ha dotado con un poder tan invencible que no sólo muchos corazones orgullosos y altivos se han hecho humildes, no sólo las almas impías han llegado a ser puras, los borrachos sobrios, los codiciosos generosos, los crueles amables, los impíos temerosos de Dios; sino que, a causa del glorioso testimonio que defienden, ellos han entregado fielmente sus bienes, sangre, cuerpo y vida, como uno puede apreciar diariamente hasta el día de hoy.

Estos sin duda no podrían ser los frutos y señales de una falsa doctrina, con la cual Dios no obra. No podría existir por tanto tiempo bajo tan pesada cruz y tanta miseria, si no fuera la Palabra y el poder del Todopoderoso. Además, ellos están armados con tal gracia y sabiduría, como Cristo les prometió a todos los suyos, están tan dotados en sus tentaciones que todos los eruditos de este mundo y los teólogos más célebres, así como todos los tiranos cargados de sangre, quienes ¡Dios tenga misericordia de

Capítulo 9

ellos!) se jactan de ser también cristianos, tienen que quedar avergonzados y derrotados por estos héroes invencibles y testigos piadosos de Cristo. Ellos no poseen otra arma y no pueden encontrar otro medio que no sea el exilio, la aprehensión, la tortura, la hoguera y el asesinato, como ha sido el hábito y la costumbre de la serpiente antigua desde el principio, y como diariamente, y desgraciadamente, se ve en nuestros Países Bajos.

Vea, este es nuestro llamado y nuestra doctrina, estos son los frutos de nuestro servicio a causa de los cuales somos tan terriblemente blasfemados y perseguidos con tanta hostilidad. Que todos los profetas, apóstoles y siervos fieles de Dios hayan o no producido estos mismos frutos por medio de su servicio nosotros con gusto lo dejaremos al criterio de todas las personas buenas (...) si el mundo malvado escuchara nuestra enseñanza, la cual no es nuestra, sino de nuestro Señor Jesucristo, y la siguiera en el temor de Dios, no hay duda de que aparecería un mundo mejor y más cristiano que el que ahora, desafortunadamente, tenemos. Le doy gracias a mi Dios que me ha dado la gracia para que, aunque sea con mi propia sangre, yo desee que el mundo entero pueda ser apartado de sus caminos impíos y malos, y pueda ser ganado para Cristo (...).

También espero, con la ayuda del Señor, que nadie en este mundo pueda acusarme con verdad de codicia o de llevar una vida ostentosa. Yo no tengo ni oro ni riquezas, y ni siquiera los deseo, aunque hay algunos que, con un corazón engañoso, dicen que yo como más asado que ellos carne picada, y que bebo más vino que ellos cerveza (...) Sin embargo, Dios que (...) me ha comprado (...) y me ha llamado a su servicio, me conoce y sabe que yo no busco ni dinero ni bienes materiales, ni placer ni bienestar en la tierra, sino sólo la alabanza de mi Señor, mi propia salvación y la de muchos. A causa del cual yo he tenido que sufrir, junto con mi delicada esposa y mi pequeño hijo, tan excesivo temor, presión, tristeza, miseria y persecución en los últimos dieciocho años, que tengo que vivir en la pobreza y en un constante temor y peligro de nuestras vidas. Sí, cuando los predicadores descansan en camas y almohadas confortables, nosotros por lo general nos arrastramos sigilosamente hasta rincones ocultos. Cuando ellos se divierten públicamente en bodas, etc., con gaitas, tambores y flautas, nosotros tenemos que estar atentos cada vez que un perro ladra porque tememos que estén allí aquellos que desean aprehendernos. Mientras que todos saludan a ellos como Doctor o Maestro, nosotros tenemos que permitir que nos llamen anabaptistas, predicadores de esquina, farsantes y herejes, y que nos saluden en nombre del diablo. Finalmente, en lugar de ser recompensados como ellos por su servicio, con altos salarios y vacaciones, la recompensa por parte que recibimos de ellos son la hoguera, la espada y la muerte.

Vea, mi honrado lector, bajo semejante ansiedad y pobreza, dolor y peligro de muerte, yo, un hombre desdichado, he llevado a cabo sin cesar y hasta este momento el servicio de mi Señor, y espero continuarlo aun más por medio de su gracia, y para su alabanza, mientras voy errante por este mundo. Lo que ahora yo y mis hermanos en la fe hemos buscado en este difícil y peligroso servicio puede ser medido fácilmente por todos nuestros amigos, por la propia obra y sus frutos. Pero una vez más le suplicaré a mi sincero lector, por amor a Jesús, que reciba en amor esta confesión, sacada de mí, acerca de mi iluminación, conversión y llamado, y que la aplique con la mejor intención. Esto lo he hecho a causa de la gran necesidad existente a fin de que el lector temeroso de Dios pueda conocer cómo sucedieron las cosas, ya que en todas partes he sido calumniado por los predicadores y he sido culpado contrario a la verdad, como si yo hubiera sido llamado y ordenado a este oficio por una secta revolucionaria. El que teme a Dios, ¡lea y juzgue!

Menno Simons¹¹ se dio a la tarea de visitar, reagrupar y edificar las iglesias de creyentes dispersos a causa de la persecución. Esto fue precisamente lo que él hizo en los Países Bajos, hasta que fue declarado un proscrito (1543). Se le puso un precio a su cabeza, cualquiera que le ofreciera refugio sería condenado a muerte, y se le prometió el perdón a los criminales que lo entregaran en las manos del verdugo. Obligado, pues, a abandonar los Países Bajos, después de muchas andanzas y peligros, encontró un refugio en Fresenburg, Holstein, donde el Conde Alefeld fue capaz de protegerlo, y no sólo a él, sino, además, a una gran cantidad de los hermanos perseguidos. Este noble, conmovido por la evidente injusticia que estas personas tenían que sufrir, recibió a estos hermanos con la mayor amabilidad, y con él ellos no sólo encontraron un lugar donde vivir y un empleo, sino, además, libertad de culto, tanto así que llegó a fundarse una iglesia numerosa en la aldea de Wüstenfelde, y otras más en el distrito cercano. En Fresenburg, Menno fue provisto de medios para imprimir, y pudo publicar sus escritos con total libertad, los cuales circularon ampliamente y, al llegar a manos de los gobernantes en los distintos estados, estos fueron iluminados tocante al verdadero carácter de las enseñanzas que ellos, sin comprenderlas, se esforzaron tan despiadadamente por reprimir. Esto trajo como consecuencia una disminución de la represión y una apertura a la libertad de culto. Menno Simons murió en paz en Fresenburg (1559).

Capítulo 9

En Holstein fueron fundadas nuevas industrias por los inmigrantes, las cuales prosperaron y trajeron prosperidad a la región hasta que fueron destruidas por la Guerra de los Treinta Años.

Un pequeño libro publicado por Pilgram Marbeck en 1542 arroja valiosa luz sobre la enseñanza y las prácticas de los hermanos.¹² Ellos sin



*El libro de
Pilgram
Marbeck*

duda no estaban de acuerdo entre sí con relación a algunos puntos, pero un libro como este muestra el esfuerzo honrado y auténtico que prevalecía entre ellos por comprender y llevar a cabo las enseñanzas de las Escrituras de una manera sencilla y sincera. Aunque este escritor expresa una opinión extrema de la importancia

atribuida a las prácticas externas, no se encuentra en el libro ninguna de las falsas enseñanzas tan comúnmente atribuidas a ellos. En su extenso título el escritor indica que el libro tiene como objetivo llevar ayuda y consuelo a todos los hombres honrados, creyentes, piadosos y de buena voluntad, al mostrarles lo que enseñan las Sagradas Escrituras en cuanto al bautismo, la Cena del Señor, etc.

Remitiendo a sus lectores a varios pasajes de la Escritura en apoyo a sus planteamientos, el autor concluye:

Por lo tanto, como antes hemos dado a conocer nuestra opinión, entendimiento y fe en cuanto al bautismo y la Cena, ahora concluiremos con una explicación general sobre el uso de ambas ordenanzas, y especialmente sobre por qué y con qué propósito ambas han sido instituidas. De la misma manera que Jesucristo desea ser reconocido, no sólo en su asamblea de creyentes, sino también por medio de esta, asimismo él desea que su santo nombre sea reconocido y alabado por su pueblo ante el mundo. Por lo tanto, Cristo, además de la predicación externa de su Evangelio, también ha ordenado e instituido estos dos, el bautismo exterior y la Cena, para dar continuidad a la pura y santa asamblea externa y para preservarla. Y si el asunto es visto desde su verdadera perspectiva, tenemos que admitir que existen tres cosas que son indispensables para la estructura externa de una asamblea cristiana: la verdadera predicación del Evangelio, el verdadero bautismo y el verdadero cumplimiento de la Cena del Señor. Donde no se llevan a cabo estas tres ordenanzas, o donde se omite alguna de ellas, resulta imposible que una asamblea cristiana pura y auténtica pueda permanecer y mantener un buen testimonio externo.

(...) Para que la asamblea externa de Dios pueda reunirse, comenzar y mantenerse, debe existir la predicación del Evangelio sano y verdadero. Esa es la red de pescar viva que debe lanzarse para todos los hombres, ya que todos nadan en el cenagal de este mundo, son como las bestias salvajes y por naturaleza son hijos de ira. Aquellos que son atrapados en esta red o por este sedal, o sea, por la Palabra del Evangelio, cuando la escuchan y con una fe firme se afierran a ella, son sacados de las tinieblas a la luz y tienen el poder para transformarse de hijos de ira condenados a hijos de Dios. De estos, como dice Pedro, se edifica el templo de Dios y la asamblea de Cristo, como si fueran piedras vivas. Porque la iglesia cristiana es una asamblea de los que son verdaderos creyentes e hijos de Dios, quienes alaban el nombre de Dios y lo divulgan. Nadie más tiene un lugar en ella excepto los creyentes, ya que vemos que por naturaleza todos están sin conocimiento de las cosas divinas, y es sólo por medio de la Palabra de Dios que son traídos a una fe verdadera en Cristo y a un conocimiento de él; y las Escrituras no nos señalan ningún otro camino. Por tanto, este es el comienzo de todo, por medio del cual deben reunirse todos los hombres y mediante el cual deben ser traídos al conocimiento de Dios y su santa iglesia (a medida que seamos capaces de juzgar) por medio de la predicación y por oír la Palabra de Dios, que es la causa de la que se desprende la fe, siendo así contados como hijos de Dios, y luego como miembros de la santa iglesia (...).

La próxima cosa que edifica la iglesia es el sagrado bautismo, el cual es la entrada y la puerta hacia la santa iglesia, por lo tanto es según la ordenanza de Dios que no se le debe permitir a nadie entrar a la iglesia a menos que sea por medio del bautismo. Por tanto, cualquiera que sea recibido en la santa iglesia, o sea, en la asamblea de los que creen en Cristo, tiene que haber muerto al diablo, al mundo con su gente, vanagloria y pompa, también al orgullo de todos los deseos carnales, y tiene que haberlos rechazado y haberse negado a ellos. Luego tiene que confesar con su boca esa fe sana y pura que ahora cree en el corazón. Una vez que se haya hecho esto, esa persona deberá ser bautizada en el nombre de Dios, o en Jesucristo, lo cual significa ser bautizado debido a que por medio del arrepentimiento y la fe verdadera ha sido limpiado de todos sus pecados a fin de que pueda andar en Dios y en Cristo en una conducta sin mancha y obediente (...) El uso del bautismo, pues, radica en que por medio de él los creyentes puedan unirse externamente y ser aceptados por una iglesia santa (...)

El propósito general de la Cena del Señor es doble. En primer lugar, que la sagrada asamblea cristiana sea mantenida en unidad a través de ella, y sea preservada en unidad de fe y amor cristiano. Y en segundo lugar, que se aparte y se excluya toda maldad pecaminosa y todo lo que no pertenezca a la iglesia santa y pura de Cristo, sino que cause afrenta.

Capítulo 9

El escritor de este libro, Pilgram Marbeck, fue un destacado ingeniero. Natural de la provincia de Tirol, Marbeck realizó importantes obras en el valle inferior de Inn, y las muestras de distinción dadas a él por parte del gobierno demostraron el agradecimiento de las autoridades por sus servicios. No se conoce con exactitud la fecha en que él se unió a los hermanos, pero su confesión de fe en 1528 le provocó la pérdida de sus reconocimientos honoríficos. En esta etapa él escribió de sí mismo: “Habiendo sido criado por padres devotos dentro del papismo, dejé eso y me convertí en predicador del Evangelio de Wittenberg. Al darme cuenta de que en los lugares donde se predicaba la Palabra de Dios según la doctrina luterana existía, además, cierta libertad carnal, me surgió la duda y no pude encontrar la paz entre los luteranos. Fue entonces cuando acepté el bautismo como una muestra de la obediencia de fe, poniendo la mirada solamente en la Palabra y los mandamientos de Dios.”

Pilgram Marbeck tuvo que dejar todo lo que poseía y marcharse al extranjero con su esposa e hijo. Sus propiedades fueron confiscadas, pero su talento le permitió sustentar a su familia dondequiera que se encontró. En Estrasburgo enriqueció la ciudad al construir el canal por medio del cual se traía la madera de la Selva Negra. Su carácter intachable y su celo espiritual le merecieron una gran aprobación, porque los hermanos eran numerosos y los reformistas Bucero y Capito se sintieron atraídos por la sinceridad de Pilgram Marbeck y por sus dones mentales y espirituales. Sin embargo, su valiente predicación del bautismo de creyentes pronto provocó a sus adversarios. Bucero se puso en su contra, y Pilgram fue encarcelado. Capito no temió visitarlo en la prisión, pero los extensos debates terminaron con una declaración del Concilio de la ciudad, según la cual el bautismo de infantes no es contrario al cristianismo, y a Pilgram Marbeck se le dio un plazo de tres o cuatro semanas para que vendiera su propiedad, y él abandonó la ciudad en 1532.

El sectarismo es limitación. Se comprende cierta verdad enseñada en la Escritura, cierta parte de la revelación divina, y el corazón responde a ella y la acepta. Al meditar en ella, al exponerla y defenderla, su poder y belleza influyen cada vez más en la vida de aquellos que son afectados por ella. Otro lado de la verdad, otra perspectiva de la revelación, también

contenida en la Escritura, parece debilitar, e incluso contradecir la verdad que ha resultado ser tan eficaz, y a causa de un temor celoso por la doctrina aceptada y enseñada, la verdad que es necesaria para lograr el equilibrio es minimizada, deshecha con explicaciones y hasta negada. Es así como se funda una secta sobre la base de una parte de la revelación, de una parte de la Palabra de Dios. Esta nueva secta es buena y útil porque predica y practica la verdad divina, pero por otra parte es limitada y desequilibrada porque no reconoce *toda* la verdad ni acepta de manera franca la Escritura en su conjunto. Sus miembros no sólo son privados del significado completo de las Escrituras, sino que, además, son aislados de la hermandad de muchos cristianos que están menos limitados que ellos, o están limitados en otro sentido.

Existen motivos para lamentar las divisiones del pueblo del Señor, teniendo en cuenta que su unidad esencial y fundamental se oscurece por estas divisiones aparentes y externas. Sin embargo, la libertad en las iglesias de poner énfasis en lo que han aprendido y experimentado tiene mucho valor, e incluso los conflictos sectarios entre las iglesias que se muestran celosas por los diferentes aspectos de la verdad han conducido a un estudio profundo de la Escritura y a un descubrimiento de sus tesoros. Pero cuando esta situación se mantiene de tal manera que pone en peligro el amor, la pérdida es enorme. No obstante, peor que la lucha sectaria es la uniformidad mantenida a costa de la libertad, o una unidad basada en la indiferencia.

*El sectarismo
y la verdad
desequilibrada*

Un edicto del Duque Johann de Cleve, Jülich, Berg y Mark declara lo siguiente:¹³ “Aunque se conoce lo que debe hacerse con los anabaptistas (...) no obstante, nosotros lo anunciamos en este edicto, juntamente con el Arzobispo de Colonia, para que nadie se justifique mediante la falta de conocimiento. A partir de ahora todos los que bauticen o sean bautizados por segunda vez, así como todos los que apoyen o enseñen que el bautismo de infantes carece de valor, deberán ser llevados de la vida a la muerte y ser castigados (...) Asimismo, todos los que apoyen o enseñen que en el tan estimado sacramento del altar no están presentes en

Capítulo 9

realidad el verdadero cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo, sino que sólo lo están de manera simbólica (...) no deben ser tolerados, sino que más bien deben ser expulsados de nuestros principados, de modo que si después de tres días ellos no se han ido, deben ser castigados en cuerpo y vida (...) y así deben ser tratados como se anuncia con relación a los anabaptistas.” Se conservan informes de las ejecuciones por medio de la hoguera, el ahogamiento y la decapitación que siguieron a este edicto.

En Colonia, la asamblea celebró sus reuniones secretas en una casa en los muros de la ciudad. La casa tenía dos entradas para ayudar a los hermanos a evitar ser descubiertos y arrestados. En 1556, Thomas Drucker von Imbroek, un maestro piadoso y bien dotado, aunque sólo tenía veinticinco años de edad, fue encarcelado y llevado de una torre a otra, torturado en repetidas ocasiones, aunque en vano, y finalmente decapitado. Algunas de sus hermosas epístolas e himnos, escritos en prisión, así como su confesión de fe, fueron impresas y circularon entre los hermanos, jugando un papel importante en la divulgación de la verdad. Su esposa le escribió (en verso) mientras él estaba en prisión: “Querido amigo, mantente en la pura verdad, no te dejes aterrorizar y no huyas de ella; recuerda el voto que tú has hecho, deja que la cruz te sea aceptable. El propio Cristo y todos los apóstoles pasaron por este camino.”

La iglesia en Colonia no se desalentó por la muerte de Drucker. En 1561, tres hermanos más fueron ahogados, y al año siguiente dos más fueron encarcelados, uno de los cuales fue ahogado, y el otro fue perdonado y desterrado en el momento que le iban a ejecutar. Las reuniones continuaron hasta que en 1566 uno de los miembros los traicionó, la casa fue rodeada, y todos fueron encarcelados. Sus nombres fueron registrados, y todos fueron enviados a distintas prisiones. Matthias Zerfass reconoció por cuenta propia que él era un maestro entre ellos, y se mantuvo firme y paciente bajo tortura, siendo posteriormente decapitado. Mientras él aún se encontraba en prisión, escribió:

El objetivo principal al torturarnos ha sido que digamos cuántos de nosotros éramos maestros y que revelemos sus nombres y direcciones. (...) Yo debía reconocer a las autoridades como cristianos y decir que el bautismo de infantes es correcto. Sin embargo, apreté mis labios fuertemente, me aferré a Dios, sufrí pacientemente, y pensé en las propias palabras del Señor cuando dijo: “Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida

por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando.” Tal parece como si yo tuviera que sufrir aun mucho más, pero sólo Dios sabe, y yo no oro por otra cosa que no sea que se haga su voluntad.

Se decretó una orden que decía: “A fin de arrestar a los líderes, maestros, predicadores de monte, y predicadores de esquina de los sectarios (...) las autoridades enviarán espías a los setos, los pantanos y los páramos, especialmente en la proximidad de las fiestas religiosas más importantes, y cuando haya buena luz de luna por varias noches, para descubrir sus lugares de reunión secretos.”

No obstante, en 1534 el Obispo de Münster, en una carta enviada al Papa, testificó acerca de las vidas excelentes de los anabaptistas.

Hermann V, Arzobispo de Colonia (1472–1552) vio la necesidad de una reforma en la Iglesia Católica Romana e hizo un serio intento por llevarla a cabo. Él fue Conde de Wied y Runkel, Elector del Imperio, Deán de Colonia a la edad de quince años, y posteriormente se convirtió en Arzobispo. Él fue un hombre piadoso, liberal, querido por su feligresía, aunque se interesaba más por la caza que por los asuntos de la Iglesia, y no fue un estudioso de la teología ni del latín. Hermann V se opuso a Lutero y ordenó que quemaran sus obras, y su corte espiritual condenó a dos de los mártires de Colonia. Sin embargo, él se dio cuenta de la ignorancia y la superstición de la gente, y de la falta de disciplina. Vio que las iglesias estaban entregadas a un clero ignorante, y que los ingresos fueron tragados por personas ausentes. Él también se dio cuenta de la profanación de la Cena del Señor y del fracaso de todos los esfuerzos que se hicieron por llevar a los miembros corruptos del clero de vuelta a las reglas canónicas. Tras consultar con los mejores hombres en los más altos cargos de la Iglesia, él trató de llevar a cabo una Reforma Católica a base de las ideas de Erasmo. Cuando esto fracasó, él intentó una Reforma Evangélica de la Iglesia con la ayuda de Bucero y Melanchthon, pero la oposición del clero, de la universidad y de la ciudad de Colonia, organizada por el jesuita Canisius, frustró sus esfuerzos. Al no encontrar apoyo, Hermann renunció a su cargo como Arzobispo y se retiró a su hacienda.

Capítulo 9

Uno que se mantuvo separado de la Iglesia Católica Romana así como de la Luterana y de la Reformada, aunque sin unirse a los llamados anabaptistas, fue el silesiano de ascendencia noble, Kaspar von Schwenckfeld (1489–1561), que ejerció una importante influencia tanto en su propio país como más allá de sus fronteras.¹⁴ Estando muy ocupado en asuntos de negocios relacionados con una u otra de las pequeñas cortes alemanas, él no se preocupó mucho por las Escrituras hasta que, a la edad de treinta años, fue despertado de su indiferencia por medio de “la maravillosa trompeta de Dios” de Martín Lutero, se rindió a la “clara luz de la misericordiosa visitación de Dios”, y se convirtió en “el corazón” de la Reforma en Silesia. No pasó mucho tiempo antes de que él se viera obligado a criticar algunos puntos en la enseñanza de Lutero, en primer lugar con relación a la Cena del Señor. Fue por ello que él fue atacado con violencia por Lutero, quien en ese momento hizo uso de su autoridad para que lo trataran como un intruso y un herético.

Sin embargo, Schwenckfeld nunca dejó de reconocer su gran deuda

*Kaspar von
Schwenckfeld
(1489–1561)*

para con Lutero en las cosas espirituales, y luego de sufrir por muchos años a causa de los ataques de Lutero y de los predicadores luteranos, él les dio el siguiente consejo a aquellos que simpatizaban con él: “Oremos fielmente a Dios por ellos por cuanto se acerca la hora en que todos juntos tendremos

que reconocer nuestra ignorancia en la presencia del único Maestro, Jesucristo”.

El estudio de las Escrituras se convirtió en su gran deleite. Él calculó que si leía cuatro capítulos todos los días podría leer toda la Biblia en un año. Al principio hizo de esto una norma, aunque más adelante dejó que fuera el Espíritu Santo quien dirigiera su lectura y no se obligó a leer cierta cantidad de capítulos diariamente. Él dijo: “Cristo es el resumen de toda la Biblia” y “el principal objetivo de las Sagradas Escrituras es que nosotros podamos conocer completamente a nuestro Señor Jesucristo”. La fe en la exactitud e inspiración de toda la Biblia significaba para él no aferrarse a un antiguo y dudoso dogma, sino a un nuevo descubrimiento de posibilidades ilimitadas; no era una superstición antigua, sino un

progreso moderno. Él describía su lectura de la Escritura como “una cavilación, una búsqueda y un examen minucioso; o sea, una lectura y relectura de todo, reflexionando, meditando, observando y estudiándolo todo profundamente. Allí se le revela al creyente un tesoro inagotable de perlas, oro y piedras preciosas.” Como una “norma segura” para el expositor, dice él, “donde se presenten pasajes discutibles, se debe tener en cuenta todo el contexto, corroborar Escritura con Escritura, analizar los pasajes individuales con los demás como un todo, comparar los unos con otros y encontrar la aplicación, no sólo por medio de la apariencia externa de un solo pasaje, sino conforme al significado completo de la Escritura”.

Kaspar von Schwenckfeld estudió el idioma hebreo y el griego y en su obra se sirvió de las traducciones de Lutero, pero también se sirvió de la “Biblia antigua” (usada por los anabaptistas) y de la Vulgata. Él encontró la clave de muchas cosas contenidas en el Antiguo Testamento en el uso figurativo encontrado en el Nuevo Testamento. Asimismo, él decidió rendirse a la dirección de las Escrituras en lo concerniente a doctrina y práctica, y dijo que “si nosotros no lo comprendemos todo, no debemos culpar a las Escrituras por ello, sino más bien a nuestra propia ignorancia”.

Ocho años después de su primera “visitación” él tuvo otra experiencia que pareció afectar su vida aun más. Hasta ese momento él había sido celoso en la proclamación de las Escrituras y del luteranismo; pero ahora lo que él había creído intelectualmente se convirtió en todo una creencia del corazón. Él sintió plena conciencia de su llamado celestial, y recibió una certeza impresionante de salvación al entregarse a sí mismo a Dios como un “sacrificio vivo”. Un profundo sentido de pecado y agradecimiento por la suficiencia de la redención obrada por nosotros en Cristo, por medio de su muerte y resurrección, se apoderaron de su voluntad, transformaron su mente, y lo llevaron a la obediencia en la cual encontró la libertad para hacer la voluntad de Dios.

Schwenckfeld llegó a la conclusión de que las Escrituras no sólo ofrecen una guía segura en lo concerniente a la justificación y santificación personal, sino que, además, contienen instrucción clara y definitiva en cuanto a la iglesia. En ese sentido, dijo: “Si vamos a reformar la Iglesia debemos servirnos de las Sagradas Escrituras y especialmente del libro de

Capítulo 9

los Hechos, donde aparece claramente cómo eran las cosas al principio, lo que es correcto e incorrecto, y lo que es loable y aceptable a Dios y al Señor Jesucristo”. Él se dio cuenta de que la iglesia en el tiempo de los apóstoles y sus sucesores inmediatos fue una reunión gloriosa que prevaleció no sólo en un lugar, sino en muchos lugares. Él se pregunta dónde es posible encontrar semejantes asambleas en la actualidad, ya que, según él dice: “la Escritura no reconoce a nadie más que a aquellos que reconocen a Cristo como su Cabeza y de buena gana se rinden para ser gobernados por el Espíritu Santo, quien los adorna con sabiduría y dones espirituales”. El propio Jesús dirige por medio de los dones espirituales que él reparte, no sólo a toda la iglesia, sino también a las asambleas individuales. En estas asambleas los dones espirituales son manifestados para el bien común. El mismo Espíritu Santo reparte los dones, pero estos son manifestados en cada uno de los miembros. El Espíritu Santo goza de una libertad ilimitada. Si alguien, guiado por el Espíritu Santo, se pone de pie, el que se encuentra hablando debe cesar de hablar. Las iglesias no son perfectas; siempre es posible que los hipócritas entren inadvertidos, pero cuando son descubiertos tienen que ser excluidos.

Por lo tanto, Schwenckfeld no pudo reconocer la religión Reformada como una iglesia, ya que la gran mayoría de los cristianos bautizados estaban sin el Espíritu Santo y tomaban el sacramento sin la gracia de Dios. Él estuvo dispuesto a recibir la ayuda de organizaciones misioneras, siempre y cuando estas no pretendieran ocupar el lugar de las iglesias de Jesucristo. Él dijo: “La Iglesia nacional es aquella que ha retrocedido al grado alcanzado en el Antiguo Testamento”.

Y dice más adelante: “Resulta claro y evidente que todos los cristianos son llamados y enviados a alabar a su Señor y Salvador Jesucristo, a divulgar las virtudes de aquel que los ha llamado de las tinieblas a su luz admirable, y a confesar su nombre ante los hombres”. Cualquiera restricción del sacerdocio universal de todos los creyentes es una limitación del Espíritu Santo. “Si en el tiempo del apóstol Pablo los cristianos hubieran actuado de esa manera, y sólo se les hubiera permitido predicar a aquellos nombrados por el magistrado, ¿cuán lejos habría llegado la fe cristiana? ¿Cómo habría llegado el Evangelio a nuestros días?” Algunos son elegidos de entre los creyentes para llevar a cabo servicios especiales, y son capacitados y apartados para su oficio, no por medio del estudio, la elección o la ordenación, sino por

medio del empuje, la revelación y la manifestación del Espíritu Santo de que “Cristo está con ellos, y se manifiesta en gracia, poder, vida y bendición”. Debido a que su “llamado y envío proviene únicamente de parte de Dios, en la gracia de Cristo, ellos actúan con poder y una gran certeza en el Espíritu Santo, las almas son nacidas de nuevo, los corazones son renovados y el reino de Cristo es extendido”. Él continúa, diciendo:

Los creyentes no pueden nunca cansarse de escuchar a tales predicadores espirituales y apostólicos, por cuanto ellos encuentran en estos el poder de Dios y el alimento para sus almas. Fue acerca de los tales que Cristo dijo: *“De cierto, de cierto os digo: El que recibe al que yo enviare, me recibe a mí”* (Juan 13.20). Ninguna persona incrédula o de conducta impía puede ser un buen ministro para el incremento de la iglesia, aun cuando tal persona fuera Doctor o Profesor, supiera toda la Biblia de memoria, y fuera un gran orador (...) [Cuando] algunos dicen que la persona y el oficio son una cuestión aparte, llegando a pensar incluso que un obispo, un sacerdote o un predicador pudiera ser una persona malvada y, sin embargo, puede ocupar un buen oficio, el oficio de un maestro del Nuevo Testamento, y puede ser un siervo del Espíritu Santo, esto contradice toda la Escritura y está en contra de la ordenanza de Cristo (...) Qué clase de ministerio es ese donde el propio corazón del maestro no es enseñado (...) y no cree lo que él enseña, o sea, él mismo no hace ni practica lo que predica, mientras que, en el buen ministerio del Nuevo Pacto, conforme a la instrucción de todas las Escrituras apostólicas y el ejemplo de nuestro Señor Jesucristo, estas dos siempre van de la mano.

En lo concerniente al bautismo, Schwenckfeld enseñaba que este no salva, y que la salvación puede incluso alcanzarse sin él; pero al mismo tiempo él veía su importancia y el hecho de que sólo los que confiesan ser creyentes deben ser bautizados. Él también enseñaba que los niños recién nacidos, por el hecho de que no pueden ejercer fe, no son sujetos aptos para el bautismo.

Sin embargo, Schwenckfeld no se unió a los llamados anabaptistas. Aunque él los describe como temerosos de Dios, apartados de la gran mayoría de la gente que no tomaba muy en serio la religión, distinguidos por su conducta íntegra y una sinceridad religiosa profunda, sin embargo, él los acusa de legalismo e ignorancia, y, al igual que muchos otros, los confunde como si los sufridos y devotos hermanos fueran un solo cuerpo junto con todos los elementos fanáticos relacionados a la Rebelión Campesina, a las extravagancias de Múnster y a otros sucesos. Él afirma haber conocido a “los

Capítulo 9

primeros bautistas” y luego describe a Tomás Müntzer quien fue ejecutado por sedición en la Rebelión Campesina; se refiere a los hombres de la talla de Balthazar Hubmeyer como si hubieran sido discípulos de Hans Hut, a pesar de que el primero fue un adversario acérrimo de las enseñanzas extremistas y torcidas de Hut. Él cuenta el rumor de que Hut se había suicidado en prisión, aunque agrega que algunos dicen que esto no fue intencional, y, en general, les atribuye el nombre de “bautistas hutistas” a los llamados por la mayoría de la gente “anabaptistas”.

Schwenckfeld relata diversas anécdotas negativas que le habían sido comunicadas por medio de cartas, y una que él personalmente había escuchado de una persona que había abandonado una de las asambleas “hutistas”, pero de cuyo cristianismo él expresa una opinión poco favorable. Él dice que ellos tenían poco conocimiento bien fundado acerca del pecado, la salvación por medio de la gracia de Dios, la certeza de la salvación, y en particular que ellos no habían comprendido el ideal de la verdadera iglesia apostólica. Él escribió:

Ellos se convencen a sí mismos de que (...) tan pronto como son recibidos externamente (...) en sus propias asambleas, establecidas por ellos mismos, se convierten en el pueblo santo de Dios, un pueblo que él ha escogido de entre todos los demás, una iglesia pura y sin mancha (...) aunque los dones del Espíritu Santo, el adorno y la belleza de las asambleas cristianas y de las iglesias, como se describen en las Sagradas Escrituras, se manifiestan muy poco entre ellos.

Una ortodoxia externa es para ellos la distinción de la verdadera iglesia de Cristo. Por lo tanto, un espíritu no bíblico de juicio, y el orgullo espiritual, son característicos de ellos.

Ellos están muy satisfechos con sí mismos en todo lo que hacen, de manera que los demás, los que no están a favor de su modo de pensar, o sea, que no han aceptado su bautismo y no se han unido a sus asambleas, son condenados por ellos, separados de la comunión de los santos de Dios, como ellos la consideran, y son considerados como personas bajo el poder de Satanás. Aunque ellos estuvieran tan llenos de fe como Esteban, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría piadosa, eso no cuenta para nada entre los bautistas, tan aferrados están, especialmente los líderes, a los juicios triviales, el amor propio y el orgullo espiritual.

Ellos siempre están partiendo el pan en sus asambleas, y esto, junto con el bautismo de agua, ocupa el lugar de aquello que es interior y más importante. “Si usted viera a una de sus compañías seguramente la tomaría por el pueblo de Dios, ya que no hay duda en cuanto a la piedad de su conducta externa.” Sin embargo, él destaca que el fariseo en la parábola tuvo una apariencia externa más piadosa que el publicano, y agrega que “no se trata de culpar la piedad externa, ya sea de los bautistas o de los monjes, sino que se requiere algo más que simplemente: ‘Levántate y bautízate’”.

Schwenckfeld se queja, además, de que se ejercía una tiranía sobre las conciencias de los miembros, de que existía cierto legalismo en cuanto a las costumbres, el vestuario y otras cosas externas, y se opuso a sus puntos de vista con relación a los juramentos, la guerra y la participación en el gobierno civil. De todo lo cual se puede concluir con seguridad que entre estas personas, como entre cualquier grupo considerable de hombres, incluso de cristianos, había faltas, debilidades y errores. Además, que la estrechez y el legalismo que les atribuían eran limitaciones a las que algunos de los llamados “anabaptistas” estaban siempre expuestos, y contra las cuales los mejores entre ellos protestaban constantemente. Schwenckfeld desaprobó las persecuciones crueles a las cuales ellos fueron sometidos. Él dice: “Yo con gusto perdonaría a la gente sencilla y temerosa de Dios que se encuentra entre ellos”. Él, además, les recuerda a sus oyentes que hay verdaderos cristianos entre ellos que, a pesar de la falta de conocimiento, tienen vida de Dios; destaca su gozo en circunstancias de sufrimiento y aconseja que si, como se decía tan a menudo, ellos eran sediciosos, debía permitirse que el gobierno civil se encargara de ellos, agregando que él los consideraba gente pacífica sin planes sediciosos.

Por medio de las actividades diligentes de Schwenckfeld, llegaron a reunirse círculos de creyentes por toda Silesia, comenzando desde Liegnitz y a su alrededor. Estos fueron un patrón de santidad para aquellos a su alrededor. En vista del mal uso de la Cena del Señor, Schwenckfeld la suspendió por un tiempo, y la influencia de su enseñanza en cuanto al uso digno e indigno de esta tuvo tal efecto que el clero luterano en Liegnitz (1526) comenzó a seguir su ejemplo. Esto trajo como resultado que muchos acusaran a Schwenckfeld de menospreciar la Cena del Señor, aunque fue un sentimiento totalmente contrario a esto lo que lo había influenciado. Su gran deseo fue llevar a cabo la unidad de la iglesia. Él escribió:

Capítulo 9

Oh, quiera Dios que seamos verdaderamente el cuerpo de Cristo, unido en los lazos de amor (...) pero lamentablemente hasta ahora no hay la más mínima señal de algo que pudiera compararse con la primera iglesia, donde los creyentes eran de un solo corazón y una sola mente (...) Sin embargo, nosotros nos mantendremos firmes en la libertad con la que Cristo nos hizo libres, y no nos uniremos a ninguna secta humana, ni tampoco nos apartaremos de la iglesia cristiana universal. Nosotros no nos someteremos a ningún yugo de esclavitud, sino que sólo nos aferraremos a la única secta divina de Jesucristo (...) Mi anhelo y el deseo de mi corazón es poder guiar a todos a la verdad y a la unidad de Cristo y su Espíritu Santo y no ser una causa de sectarismo, división o separación de Cristo (...) Como ahora hay cuatro de las llamadas iglesias, la Papal, la Luterana, la Zwingliana y la bautista o de los picardos, y cada una condena a la otra, como se puede apreciar, que Lutero condena a la Iglesia Zwingliana y a los fanáticos, uno no puede evitar preguntarse si todas ellas son o cuál de ellas es, la verdadera asamblea de la iglesia de Cristo donde uno debería encontrarse y pudiera ser bendecido (...) A esta pregunta responderemos en las palabras de Pedro (...) *“En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia”* (Hechos 10.34–35). (...) De modo que mientras más se condenen estas iglesias unas a otras, tanto más aquellos que temen a Dios y viven de una manera piadosa y cristiana no serán, a la vista de Dios, excluidos ni condenados (...) Aunque hasta ahora yo no me he unido totalmente a ninguna iglesia, (...) nunca he despreciado a ninguna iglesia, persona, líder o maestro. Yo deseo servir a todos en el Señor, y ser el amigo y hermano de todos aquellos que tengan un celo por Dios y amen a Cristo de corazón (...) Es por ello que le pido a Dios que me conduzca bien en todo, para que me permita, conforme a la norma apostólica, reconocer correctamente a todos los espíritus, especialmente al Espíritu de Jesucristo; para que me enseñe a probar todas las cosas, a distinguir, aceptar y retener lo que es bueno para que, en las circunstancias presentes de divisiones y separaciones, yo pueda alcanzar, con una conciencia clara y segura en Cristo, la verdad y la unidad (...) Mi libertad no es aprobada por todos (...) algunos me llaman excéntrico (...) y muchos me miran con sospecha, (...) pero Dios conoce mi corazón (...) Yo no soy un sectario, y con la ayuda de Dios no seré un perturbador de la paz.

Antes de destruir algo bueno, prefiero morir. Y es por ello que no me he unido completamente a ningún partido, secta o iglesia, de manera que pueda, en la voluntad de Dios y por medio de su gracia, sin estar en ningún partido servir a todos los partidos.

Las enseñanzas de Schwenckfeld y el incremento de los círculos que él estableció llamaron la atención del Rey Fernando quien lo catalogó como un menospreciador de la Cena del Señor y lo obligó a abandonar su patria (1529), donde él siempre había disfrutado de un alto rango y de una gran consideración. Durante los treinta años restantes de su vida él anduvo errante, perseguido por la Iglesia Luterana, la cual lo declaró formalmente un hereje, pero su exilio condujo a una propagación más amplia de los grupos que acogieron su enseñanza, especialmente en el sur de Alemania, donde algunos de los gobernantes le ofrecieron protección. Bajo la enseñanza de Schwenckfeld estos grupos no se consideraban como iglesias. En su opinión, adoptar semejante posición implicaría su separación de los creyentes en todos los partidos existentes, a quienes ellos deseaban servir. Ellos dejaron en desuso la práctica del bautismo y la partición del pan hasta que llegaran mejores tiempos, y, mientras tanto, oraban y buscaban un nuevo derramamiento del Espíritu Santo antes de la venida del Señor, el cual uniría a su iglesia. Su papel consistía en visitar a las personas, hacer lecturas de la Biblia y aprovecharse de toda oportunidad que se les presentara para testificar, a fin de preparar a los santos para ese momento, así como, por medio de la predicación del Evangelio, reunir de entre los inconversos tantos como fuera posible para que fueran partícipes de las bendiciones que se manifestarían.

Su abstención de cualquier testimonio a nivel de iglesia, simplemente debido a las dificultades que esto implicaba, los convirtió en una fuente de debilitamiento en lugar de fortalecimiento para aquellos hermanos que en fe trataban de llevar a cabo, como algunos habían hecho desde los tiempos apostólicos, la enseñanza de la Escritura en cuanto a las iglesias. Esos principios, llevados a cabo correctamente, no establecían una secta ni los separaban de los cristianos que no se reunían con ellos, sino que proporcionaban el fundamento sobre el cual era posible que todos los creyentes disfrutaran de una hermandad mutua, o sea, el fundamento de su hermandad común con Cristo.

Pilgram Marbeck, junto con otros, respondió a las censuras de Schwenckfeld sobre los creyentes que se reunían a manera de iglesias y practicaban el bautismo y el partimiento del pan. Schwenckfeld había expresado su desaprobación en una obra titulada: “Acerca del nuevo folleto

Capítulo 9

de los hermanos bautistas publicado en el año 1542”. La respuesta de Marbeck tenía un título extenso (ochenta y tres palabras) y consistió en citar a Schwenckfeld y dar 100 respuestas. En dicha respuesta, él y los hermanos que se le unieron, declaraban: “No es cierto que nosotros nos negamos a considerar como cristianos a aquellos que están en desacuerdo con nuestro bautismo y que los catalogamos como espíritus equivocados y menospreciadores de Cristo. No nos corresponde a nosotros juzgar o condenar a aquel que no es bautizado conforme al mandamiento de Cristo.”

Notas finales

- ¹ *Die Reformation und die älteren Reformparteien*, Dr. Ludwig Keller, quien cita las autoridades.
- ² *Die Taufe. Gedanken über die urchristliche Taufe, ihre Geschichte und ihre Bedeutung für die Gegenwart*, J. Warns, quien también cita las autoridades y fuentes.
- ³ *Neue Studien zur Geschichte der Theologie und der Kirche*, Herausgegeben von N. Bonwetsch, Göttingen und R. Seeberg, Berlin. Zwanzigstes Stück, *D. Balthasar Hubmeier als Theologe*, Berlin, Trowitzch & Sohn, 1914. von Carl Sachsse.
- ⁴ “Ein Apostel der Wiedertäufer” Dr. Ludwig Keller.
- ⁵ “Reformations-Geschichte Augsburg” Friedrich Roth. (München 1881).
- ⁶ Vorträge und Aufsätze aus der Comenius Gesellschaft. 7ter Jahrgang, 1 u 2 Stück. “Georg Blaurock und die Anfänge des Anabaptismus in Graubünden und Tirol” Aus dem Nachlasse des Hofrates Dr. Joseph R. von Beck, Herausgegeben von Joh. Loserth.
- ⁷ *Fontes Rerum Austriacarum*. Oesterreichische Geschichts-Quellen. Abth. 2 Bd. 43. *Die Geschichts-Bücher der Wiedertäufer in Oesterreich-Ungarn, u.s.w. in der Zeit von 1526 bis 1785*, Gesammelt, Erläutert und Ergänzt durch Dr. Josef Beck.
- ⁸ Archiv für Oesterreichische Geschichte. 78 Bd. “Der Anabaptismus in Tirol u.s.w.” Aus dem Nachlasse des Hofrates Joseph R. von Beck. Herausgegeben von Joh. Loserth.
- ⁹ *History of the Reformation*, T. M. Lindsay, M.A., D.D., Edinburgh, 1907. *Geschichte der Wiedertäufer und ihres Reichs zu Münster*, Dr. Ludwig Keller, 1880.
- ¹⁰ *Geschichte der Alt-Evangelischen Mennoniten Brüderschaft in Russland*, P. M. Friesen.
- ¹¹ “Fundamente der Christlichen Lehre u.s.w.” Joh. Deknatel.
- ¹² Vermanung-auch gantz klarer, gründtlicher un unwidersprechlicher bericht,

zû warer Christlicher, ewigbestendiger pundtssuereyung allen waren glaubigen frummen, und gütthertigen menschen zû hilff und trost, mit grund heyliger schrift, durch bewerung warer Tauff und Abentmals Christi sampt mitlauffung und erklärung jrer gegensachen und Argumenten, wider alle vermeynte Christliche Pündtnus, so sich bissher un noch, onder dem nammen Christi zûtragend.

¹³ *Geschichte des Christlichen Lebens in der rheinisch-westphälischen evangelischen Kirche*, Max Goebel.

¹⁴ *Schwenckfeld, Luther und der Gedanke einer Apostolischen Reformation*, Karl Ecke.

Francia y Suiza

(1500–1800)

Le Fèvre; Grupo de creyentes en París; Meaux; La predicación de Farel; Metz; Destrucción de imágenes; Ejecuciones; Incremento de la persecución en Francia; Farel en la Suiza francesa; En Neuchâtel; Encuentro de los valdenses y los reformistas; Visita de Farel y Saunier a los valles; Progreso en Neuchâtel; Partición del pan en el sur de Francia; Juan Calvino; Partición del pan en Poitiers; Evangelistas enviados; Froment en Ginebra; Partición del pan fuera de Ginebra; Calvino en Ginebra; El socinianismo; Servet; Influencia del calvinismo; Las pancartas; Sturm escribe a Melancthon; Organización de las iglesias en Francia; Los hugonotes; Masacre de San Bartolomé; Edicto de Nantes; Las dragonadas; Revocación del edicto de Nantes; Fuga de Francia; Los profetas de las Cevenas; La guerra de los camisards; Reorganización de las iglesias del desierto; Jacques Rogers; Antoine Court.

A finales del siglo XV y principios del siglo XVI, había un hombre pequeño en París, de mediana edad, cuyo comportamiento era vivo y enérgico. Este observó con mucha devoción todos los requisitos de la Iglesia Católica Romana.¹ Hablamos de Jacques Le Fèvre, el doctor de teología más culto y popular en la universidad. Nacido aproximadamente en el año 1455 en el pequeño poblado de Étapes en Picardía, Le Fèvre estudió posteriormente en París y en Italia. Su habilidad y dedicación fueron tales que cuando, en el año 1492, se convirtió en profesor en la universidad de París, rápidamente ocupó un papel prominente entre sus colegas. Para ese entonces, el avivamiento del aprendizaje había traído a París, de todos los países, a estudiantes ávidos de conocimiento. Le Fèvre estimuló el estudio de los idiomas, y al darse cuenta de que ni los clásicos ni el escolasticismo que por tanto tiempo

Jacques Le Fèvre
(c 1455–1536)

Capítulo 10

habían dominado la teología satisfacían el alma, dirigió a sus estudiantes al estudio de la Biblia. Él la expuso con tal entendimiento y fervor que una gran cantidad de personas se sintieron atraídas por él y por la Biblia. Fue así como su forma de ser amable y simpática como profesor lo convirtió en el amigo de confianza de sus alumnos.

Le Fèvre había dado clases por espacio de diecisiete años en la Sorbona y se conocía ampliamente por medio de sus escritos.

Guillermo Farel
(1489–1565)

Fue entonces cuando un hombre más joven, de apenas veinte años, Guillermo Farel, llegó a París proveniente de su lugar natal en Delfinado, un lugar montañoso localizado entre Gap y Grenoble. En la agradable casona donde la familia Farel había vivido por tanto tiempo, él había dejado a sus padres, tres hermanos y una hermana, que al igual que él habían sido educados en la Iglesia de Roma y sus prácticas. Farel sintió aflicción cuando se percató de las vidas desenfundadas y pecaminosas de tantas personas en París, pero al adorar en las iglesias se impresionó por el celo poco usual de Le Fèvre. Ambos llegaron a conocerse, y el joven estudiante quedó fascinado por la bondad y el interés del famoso profesor. Fue así como se establecieron las bases de una amistad entre ellos que duraría toda la vida. Juntos leyeron la Biblia. Le Fèvre había puesto mucho empeño en un libro que estaba escribiendo, titulado *Las vidas de los santos*, el cual estaba ordenado en el mismo orden con que aparecen en el calendario, según el día de cada santo. Ya había publicado un fascículo del libro que trataba la vida de los santos de los primeros dos meses del año, pero el contraste entre las incoherencias en muchas de estas vidas y el poder y la verdad de las Escrituras lo impresionó tanto que abandonó la creación del libro para dedicarse al estudio de las Escrituras, y enfocó especialmente en las Epístolas del apóstol Pablo, sobre las cuales escribió y publicó algunos comentarios.

Él enseñaba claramente que: “Dios es el único que, por medio de su gracia y mediante la fe, justifica para vida eterna”. Semejante doctrina, predicada en París antes de que Zwinglio la proclamara en Zurich o Lutero en Alemania, causó la más ardiente polémica. Si bien se trataba del Evangelio antiguo, el Evangelio original, predicado por el Señor y sus apóstoles, este resultó nuevo para sus oyentes, ya que por tanto tiempo había sido reemplazado por la enseñanza de que la salvación

es por medio de los sacramentos de la Iglesia de Roma. Farel, quien había atravesado por una lucha intensa en su alma, fue uno de los tantos que en aquella época echaron mano de la salvación por medio de la fe en el Hijo de Dios y en la eficacia de su obra expiatoria. Él dijo: “Le Fèvre me extrajo de la falsa opinión de los méritos humanos y me enseñó que todo proviene de la gracia de Dios, lo cual creí en cuanto lo escuché”.

Hasta en la corte del Rey Francisco I hubo aquellos que recibieron el Evangelio, entre los cuales se encontraba Briçonnet, el Obispo de Meaux; Margarita de Valois, quien era Duquesa de Alençon y hermana del rey con quien él estaba muy encariñado. Esta, siendo ya célebre por su inteligencia y belleza, también se hizo famosa por su ferviente fe y por sus buenas obras. Otro seguidor fue Luis de Berquín, de Artois, conocido como el más culto entre la nobleza, preocupado por los pobres y devoto en las prácticas de la Iglesia. La misma violencia de los ataques que recayeron sobre la Biblia fue lo que atrajo su atención a ella. Al leerla por sí mismo, se convirtió y se unió al pequeño grupo de creyentes que incluía a Arnaud y a Gerardo Roussel, naturales del mismo lugar de Le Fèvre, de Picardía. Berquín de inmediato comenzó a difundir literatura por toda Francia, y escribió y traducía tanto libros como tratados a fin de llamar la atención hacia las enseñanzas de la Escritura. Semejantes actividades causaron una oposición que se hizo tan violenta, bajo el liderazgo del Canciller Duprat y Noël Beda, un funcionario de la universidad, que los testigos más prominentes del Evangelio tuvieron que abandonar París, y en 1521 varios de ellos, incluyendo a Le Fèvre y Farel, se refugiaron en Meaux por invitación del Obispo quien de forma enérgica llevó a cabo la reforma de su diócesis.

*Creyentes en la
corte del rey*

En Meaux, Le Fèvre publicó su traducción francesa del Nuevo Testamento y de los Salmos. Las Escrituras, pues, se convirtieron en el gran tema de conversación, tanto en el pueblo de Meaux entre sus activos cardadores y laneros, como también en las aldeas vecinas entre los granjeros y obreros agrícolas. Farel predicó en todas partes, lo mismo en las iglesias que al aire libre.² Él escribió:

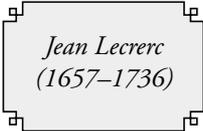
Capítulo 10

¿Cuáles son aquellos tesoros de la bondad de Dios que nos son dados en la muerte de Jesucristo? Ante todo, si consideramos con diligencia en qué consistió la muerte de Jesús, entonces veremos realmente cómo todos los tesoros de la bondad y la gracia de Dios nuestro Padre son ensalzados y glorificados y exaltados en aquel acto de misericordia y amor. ¿No es acaso esa revelación una invitación a los miserables pecadores para que vengan a él que los ha amado tanto que no nos negó a su Hijo unigénito, sino que lo entregó por todos nosotros? ¿Acaso no nos da la certeza de que los pecadores son bienvenidos ante el Hijo de Dios, quien tanto los amó que dio su vida, su cuerpo y su sangre, como un sacrificio perfecto, un rescate cabal por todos los que creen en él! (...) Él, quien es el Hijo de Dios, el poder y la sabiduría de Dios, el propio Dios, se humilló a sí mismo al morir por nosotros —el Santo y Justo por los impíos y pecadores— entregándose a sí mismo para que pudiéramos ser limpios y puros. Y es la voluntad del Padre que aquellos a quienes él salva de esa manera, por medio de la preciosa dádiva de su Hijo, tengan la certeza de su salvación y vida, y que sepan que ellos han sido limpiados y purificados por completo de todos sus pecados (...) Él da la preciosa dádiva de su Hijo a los miserables prisioneros del diablo, del pecado, del infierno y de la perdición (...) El Dios bondadoso, el Padre de misericordia, escoge a uno de estos y lo hace su hijo (...) Lo hace una nueva criatura, le da las arras del Espíritu Santo, por quien él vive y quien lo une a Cristo y lo convierte en un miembro de su cuerpo (...) Por tanto, no vacilemos en dejar esta vida mortal por el honor de nuestro Padre, para ser un testigo del santo Evangelio (...)

¡Oh, cuán luminoso, cuán bendito, cuán triunfante y cuán feliz y gozoso es el día que se avecina! Entonces el Señor y Salvador, en su propio cuerpo —aquel cuerpo en el cual sufrió tanto por nosotros, al cual escupieron, golpearon, azotaron, torturaron, de manera que su rostro fue desfigurado más que cualquier hombre— en ese mismo cuerpo vendrá y llamará a todos los suyos que han sido partícipes de su Espíritu Santo, en quienes por medio del Espíritu Santo él ha morado. Los llamará a la gloria, mostrándose a sí mismo a ellos en el cuerpo de su gloria y los levantará en sus cuerpos vivos con vida inmortal, hechos a la semejanza de Jesús, a fin de reinar para siempre con él en gozo. Toda la creación gime por ese día bendito, ese día de la venida triunfante de nuestro Salvador y Redentor, cuando todos los enemigos serán puestos bajo sus pies y su pueblo elegido ascenderá para encontrarse con él en el aire.

Meaux en ese tiempo llegó a ser un centro de vida espiritual, y el Obispo Briçonnet facilitó la distribución de copias de las Escrituras en toda la diócesis. Entre muchos de los que se convirtieron estaban dos cardadores de lana, Pierre y Jean Leclerc, junto con su madre. También Jacques Pavanne, un estudiante visita del Obispo y, además, un hombre conocido como el Ermitaño de Livry, un buscador de Dios cuyo sustento dependía de las limosnas y que vivía en una choza en lo que en aquel entonces era el bosque de Livry cerca de París. Este conoció a alguien de Meaux que le trajo una Biblia. Por medio de la lectura de ella, Livry halló la salvación, y su choza pronto se convirtió en el lugar de reunión de aquellos que deseaban instrucción en la Palabra.

Los franciscanos en Meaux rápidamente se quejaron ante la Iglesia y la universidad de París sobre lo que sucedía en su ciudad. Entonces Beda y sus colegas tomaron medidas recias para aplastar el creciente testimonio del Evangelio. Berquín fue capturado en su villa, confesó valientemente su fe, y al momento de ser ejecutado fue salvado sólo por la intervención del rey. Lo mismo pasó con Le Fèvre, a quien se le permitió quedarse en Meaux con libertades restringidas. Amenazado con la pérdida de todo y con una muerte cruel, el Obispo se había rendido y había consentido en la reintroducción del sistema Romano en su diócesis. Farel, preocupado de que sus amigos en Meaux no habían avanzado lo suficiente en su propósito de seguir las Escrituras, ya se había marchado, y se dirigió, luego de una breve visita a París, a su casa de campo cerca de Gap.



Jean Leclerc
(1657-1736)

De un principio, los creyentes en Meaux y en el distrito habían comprendido que los dones del Espíritu Santo no se limitaban a una clase en particular, sino que eran dados a todos los miembros del cuerpo de Cristo. De modo que cuando la persecución súbita y severa eliminó o acalló a sus líderes más destacados, estos creyentes no quedaban aplastados, sino que mantuvieron reuniones secretas frecuentes cada vez que pudieran, en las cuales los hermanos ministraban la Palabra de Dios conforme a sus habilidades. Muy capaz y celoso en este servicio resultó ser el cardador de lana, Jean Leclerc, quien no se conformó con sólo asistir a estas reuniones y con visitar las casas, sino que escribió y fijó en las puertas de la catedral pancartas que condenaban la Iglesia de Roma.

Capítulo 10

De esta manera él se ganó castigo. Durante tres días seguidos Leclerc fue azotado por las calles y luego marcado en la frente con el hierro candente como señal de ser un hereje. “¡Gloria a Jesucristo y a sus testigos!” gritó una voz desde la multitud. Era la voz de su madre. El Obispo tuvo que ver estas cosas y reconocerlas.

Leclerc, con su rostro quemado, se trasladó hacia Metz, donde se ganó la vida como cardador de lana y con diligencia exponía las Escrituras a toda persona con quien tuviera contacto. Un hombre culto, Agrippa de Nettesheim, quien había venido a vivir en Metz, era ahora uno de sus ciudadanos más destacados. Al leer las obras de Lutero, se sintió atraído a las Escrituras, y, al ser instruido por ellas, comenzó a testificar a los demás acerca de la verdad que había recibido. De esa manera se despertó un gran interés por el Evangelio tanto entre los obreros como entre aquellos en las posiciones altas de la sociedad. Jean Chaistellain, un fraile agustino que había llegado al conocimiento de Cristo en los Países Bajos, llegó a Metz en este tiempo, y su predicación compasiva y elocuente afectó a muchos.

Otro colaborador que se unió a esta creciente iglesia fue François Lambert. François, quien había sido educado por los franciscanos en Aviñón, había sentido repulsión, incluso desde niño, por los males que veía a su alrededor. Lambert sintió una fuerza interna que lo instaba a leer las Escrituras, y al encontrar a Cristo revelado en ellas, creyó y predicó acerca de él. Sus viajes de predicación desde el monasterio, eficaces entre sus coterráneos, causaron la hostilidad burlona de sus colegas monjes. Los escritos de Lutero lo ayudaron mucho y, aprovechándose de una oportunidad para salirse de su convento, viajó a Wittenberg donde agradó sobremedida al famoso reformista. Allí se encontró con impresores provenientes de Hamburgo, coordinó la impresión de tratados y las Escrituras en francés y organizó su envío hacia las diferentes partes de Francia. Luego se casó, dos años antes que Lutero, siendo el primero de los sacerdotes o monjes franceses en dar este paso. Dispuesta a compartir con él los peligros de regresar a Francia, su esposa lo acompañó a Metz (1524). Pronto fueron expulsados, pero otros hermanos se añadían de continuo a su causa, entre ellos un famoso caballero, D' Esch; un joven, Pierre Tonssaint, de quien se había esperado que ocupara un alto rango en la Iglesia Católica Romana; y muchos otros.

Se acercaba una gran fiesta religiosa. Para dicha ocasión la gente de Metz acostumbraba hacer un peregrinaje de varios kilómetros, desde la ciudad hasta cierta capilla famosa por sus imágenes de la Virgen y los santos. Leclerc, quien tenía la mente llena de las denuncias en contra de la idolatría que se encuentran en el Antiguo Testamento, y sin comunicarle a nadie acerca de su intención, salió sigilosamente de Metz la noche antes de la peregrinación y destruyó las imágenes que se encontraban en la capilla. Cuando, al día siguiente, los devotos llegaron y encontraron los destrozos de sus imágenes dispersos por todo el piso de la capilla, se llenaron de furia. Leclerc no ocultó lo que había hecho. Él exhortó a la gente a adorar sólo a Dios y declaró que Jesucristo, quien es Dios manifestado en la carne, es el único a quien se debe adorar. Además de ser condenado a las llamas, Leclerc estuvo primeramente sujeto a torturas abominables.

Mientras miembro tras miembro de su cuerpo era destruido, él continuó hablando mientras pudo, y recitó en voz alta de manera solemne las palabras del Salmo 115: *“Los ídolos de ellos son plata y oro, obra de manos de hombres. Tienen boca, mas no hablan; tienen ojos, mas no ven; orejas tienen, mas no oyen; tienen narices, mas no huelen; manos tienen, mas no palpan; tienen pies, mas no andan; no hablan con su garganta. Semejantes a ellos son los que los hacen, y cualquiera que confía en ellos. Oh Israel, confía en Jehová; él es tu ayuda y tu escudo”*.

Leclerc fue el primero en morir en esta persecución, pero fue seguido rápidamente por el fraile Chaistellain quien fue deshonrado y quemado. D' Esch, Toussaint y otros tuvieron que huir por sus vidas. Sin embargo, el número de creyentes incrementó en Metz, así como en todas partes de Lorena. En Nancy, un predicador del Evangelio llamado Schuch fue quemado por orden del Duque Antonio el Bueno. Cuando escuchó su sentencia, Schuch simplemente dijo: *“Yo me alegré con los que me decían: A la casa de Jehová iremos”*.

En 1525, el rey de Francia, Francisco I, fue derrotado y apresado por el Emperador Carlos V en la batalla de Pavía. Se sacó partido de esto para insistir en el exterminio de la disidencia en Francia. La restringente influencia de Margarita, la hermana del rey, fue neutralizada, el regente fue persuadido fácilmente a ayudar, y la Iglesia, el Parlamento y la Sorbona se unieron en el ataque. El Parlamento le presentó al regente una carta en la cual se afirmaba que la apatía del rey en traer a los herejes al cadalso era la

Capítulo 10

verdadera causa del desastre que había tomado de improviso al trono y a la nación. Con la aprobación del Papa, se designó una comisión formada por cuatro hombres, enemigos resueltos de la Reforma, ante quienes las autoridades eclesiásticas deberían traer a todas las personas afectadas con la contaminación de “la doctrina luterana”, para que así fueran entregadas al poder secular y fueran quemadas en la hoguera.

Se comenzó, pues, con Briçonnet, Obispo de Meaux, como el más eminente infractor y alguien cuya caída causaría la más profunda impresión. Es cierto que en una ocasión anterior él se había sometido a todo lo que se le había exigido, pero desde ese entonces él había dado abundante evidencia de que había actuado sólo por imposición y que su lealtad interna al Evangelio no había cambiado. Al comprender que resultaría más beneficioso para su causa lograr que Briçonnet se retractara en vez de que fuera ejecutado, la comisión realizó todo esfuerzo posible por lograr este propósito, hasta que por fin el Obispo, de cuya fe interna no existe duda alguna, rindió una sumisión externa a Roma y pasó por todas las ceremonias de arrepentimiento y reconciliación ordenadas.

El próximo en ser atacado fue Le Fèvre, pero al ser advertido con anticipación, escapó a Estrasburgo donde Capito lo recibió en su hogar y, junto con Bucero, le dieron una calurosa bienvenida. Allí también encontró a Farel y a Gerardo Roussel. De este modo encontró más extenso el pueblo del Señor de lo que jamás había conocido y pudo así disfrutar de dicha hermandad. Entre otros que sufrieron prisión y muerte en esa época en Francia estaba el Ermitaño de Livry. Desde que había encontrado la paz, por medio de creer, se había dedicado a visitar a personas en todo el distrito y recibía a todos los que venían a su choza para explicarles el camino de la salvación conforme a las Escrituras. Con gran pompa, el Ermitaño fue llevado a una plaza delante de la catedral de Notre Dame en París. Inmediatamente se reunió allí una inmensa multitud al tañido de la gran campana, y el Ermitaño de Livry fue quemado ante todos los allí presentes, soportando su martirio con apacible fortaleza de fe. Luis de Berquín ya había sido capturado, encarcelado y condenado a muerte. Sin embargo, al regreso del rey (1525), Luis fue puesto en libertad y, principalmente gracias a la influencia de la Duquesa Margarita, los predicadores exiliados en Alemania y Suiza fueron invitados a regresar a Francia, con la excepción de Farel, cuya enseñanza, más tajante que la de los demás, resultó ser menos admisible para aquellos que aún deseaban llegar a un arreglo con Roma.

Durante la estancia de Farel en su propio país, Delfinado y sus tres hermanos se convirtieron en seguidores resueltos de Cristo, también un joven caballero, Anemond de Coct, junto con muchos otros. Farel predicaba constantemente al aire libre y en cualquier local disponible. Muchos quedaron asombrados y hasta se ofendieron de que él, siendo del laicado, predicara. No obstante, era un predicador ideal, culto, valiente, elocuente, sumamente convencido de la verdad y la importancia de su mensaje, conocedor de las Escrituras y lleno de un sentido de su responsabilidad delante de Dios y de un amor compasivo hacia los hombres. Su apariencia era llamativa e impresionante. Era de mediana estatura, delgado, con una barba larga y roja, ojos brillantes y una voz grave y potente. Su forma de ser, seria y vivaz a la vez, al instante llamaba la atención, la cual mantenía por su forma de hablar popular y convincente. Expulsado de Gap y perseguido en los escondrijos del país, los cuales conocía bien, finalmente atravesó la frontera por senderos alejados y llegó a Basilea. Allí fue recibido en la casa de Ecolampadio, y estos dos llegaron a compenetrarse cordialmente. Ni siquiera visitó a Erasmo, a quien él consideraba infiel y de un testimonio poco convincente. Por tanto, Erasmo se convirtió en su adversario.

En Basilea, se le dio una oportunidad a Farel, junto con Ecolampadio, de sostener un debate público, en el cual ellos defendieron con éxito la suficiencia de la Palabra de Dios. El fervor y la habilidad de Farel agradaron a la mayoría de sus oyentes, pero cuando regresó a Basilea luego de una breve visita a Zwinglio en Zurich, se dio cuenta de que las influencias hostiles habían logrado su expulsión de la ciudad. Fue entonces que viajó a Estrasburgo donde fue recibido en el hogar hospitalario de Capito y se encontró con Le Fèvre y los otros exiliados de Francia.

Fue en la Suiza francesa que Farel llevó a cabo su obra más notable. Por medio de sus labores ardientes y duraderas aquel hermoso país, que había estado en tinieblas espirituales por tanto tiempo, fue transformado. La mayor parte del país llegó a ser, y sigue siendo, un centro de cristianismo evangélico renovado. Entre los muchos ejemplos del efecto de la predicación de Farel, la historia de

*Farel en la Suiza
francesa*

Capítulo 10

Neuchâtel es una de las más impresionantes. Al parecer, allí no había ninguna apertura para el Evangelio, pero el cura del pueblo vecino de Serrières le permitió predicar en el patio de su capilla. Los informes acerca de esto pronto llegaron a Neuchâtel y poco después Farel se encontraba predicando en la plaza del mercado de aquel lugar.

El efecto fue extraordinario. Grandes cantidades de personas recibieron el mensaje, otros fueron incitados a una oposición violenta de manera que toda la ciudad y la gente del campo vecino se encontraban en vilo. Después de unos meses de ausencia forzosa, el predicador regresó nuevamente con algunos compañeros, y la obra no sólo se afianzó cada vez más, sino que se propagó a Valangin, por el Val de Ruz, a través de los pueblos a lo largo de las orillas del lago, hasta Granson y Orbe. En Valangin, él y Antoine Froment por poco escaparon de ser ahogados en el Río Seyon por la gente enojada, fueron golpeados en la capilla del castillo hasta que su sangre manchó las paredes, y más adelante fueron lanzados a la prisión desde la cual, sin embargo, fueron rescatados por los hombres de Neuchâtel. En octubre, 1530, menos de un año después de la primera predicación en la capilla de Serrières, se realizó en Neuchâtel una votación general de sus habitantes, y por la estrecha mayoría de dieciocho votos se abolió el Catolicismo Romano y se adoptó la religión Reformada. No obstante, se concedió libertad de conciencia a todos sus habitantes.

Los reformistas se encuentran con los valdenses

Los valdenses o baudios,³ en sus retirados valles alpinos, así como en otros lugares donde se encontraban asentados, en Calabria y Apulia, en Provenza, Delfinado y Lorena, recibieron informes acerca de la Reforma. Por otra parte, los países vecinos donde la Reforma se estaba propagando también escucharon que en lugares distantes de los Alpes y en otras partes había gente que había apoyado siempre aquellas verdades por las cuales ellos mismos ahora estaban conteniendo. A los ancianos de los valdenses se les llamaba *barbe*, y uno de estos, Martin Gonin, de Angrogne, se sintió tan conmovido por los informes recibidos que decidió emprender un viaje a Suiza y Alemania para entrevistarse con algunos de los reformistas. Y eso fue precisamente lo que hizo (1526). Regresó con las noticias que había reunido, así como con algunos libros de los reformistas. La información que Martin trajo despertó gran interés en los valles, y en un encuentro

celebrado (1530) en Merandol los hermanos acordaron enviar a dos de sus barbes, Georges Morel y Pierre Masson, para intentar establecer relaciones.

Estos llegaron a Basilea y, luego de encontrar la casa de Ecolampadio, se presentaron a él. Otros hermanos fueron llamados y estos sencillos santos alpinos explicaron su fe y su origen que se remontaba a los tiempos apostólicos. “Doy gracias a Dios”, dijo Ecolampadio, “que él los ha llamado a tan grandiosa luz”. Durante la conversación salieron a luz y fueron discutidos algunos puntos de divergencia. En respuesta a las preguntas formuladas, los barbes dijeron: “Todos nuestros ministros viven en celibato y trabajan en algún negocio honrado”. En cambio, Ecolampadio dijo: “El matrimonio es un estado aconsejable para todos los creyentes, y en especial para aquellos que deben ser ejemplos de la grey en todo. Además, pensamos que los pastores no deben dedicarse a las labores manuales, como es el caso de los suyos; ese tiempo mejor lo emplearan en el estudio de las Escrituras. El ministro necesita aprender muchas cosas. Dios no nos enseña milagrosamente y sin esfuerzo; tenemos que esforzarnos para tener conocimiento.”

Cuando los barbes admitieron que bajo la presión de la persecución ellos en ocasiones habían permitido que sus hijos fueran bautizados por sacerdotes católicos, y que incluso habían asistido a misa, los reformistas se sorprendieron, y Ecolampadio dijo: “¡No puede ser! ¿Acaso Cristo, la santa víctima, no satisfizo por completo la justicia eterna por nosotros? ¿Hay alguna necesidad de ofrecer otros sacrificios después de aquel del Gólgota? Al decir ‘Amen’ a la misa de los sacerdotes ustedes niegan la gracia de Jesucristo.” Hablando acerca de la condición del hombre después de la caída, los barbes dijeron: “Creemos que todos los hombres poseen alguna virtud innata, al igual que las hierbas, las plantas y las piedras”. Los reformistas respondieron: “Nosotros creemos que eso es cierto en el caso de aquellos que obedecen los mandamientos de Dios, pero no porque sean más fuertes que los demás, sino por el gran poder del Espíritu de Dios que renueva su voluntad”. “Ah”, dijeron los barbes, “y no hay nada que nos preocupe más a nosotros débiles que lo que hemos escuchado acerca de la enseñanza de Lutero con relación al libre albedrío y la predestinación (...) Nuestra ignorancia es la causa de nuestras dudas; por favor, instrúyanos.” Estas divergencias no los separaron. Ecolampadio dijo: “Nosotros debemos

Capítulo 10

instruir a estos cristianos, pero sobre todo, debemos amarlos”. “Cristo”, dijeron los reformistas a los valdenses, “mora en ustedes así como mora en nosotros, y nosotros los amamos como hermanos”.

Morel y Masson luego continuaron su viaje a Estrasburgo. A su regreso visitaron Dijon donde su modo de hablar llamó la atención de alguien que los delató como personas peligrosas, y ambos fueron encarcelados. Morel logró escapar con los documentos que llevaban, pero Masson fue ejecutado. El informe que Morel trajo de sus conversaciones con los reformistas provocó mucho debate, y se decidió convocar una conferencia general de las iglesias. También se decidió invitar a representantes de los reformistas para que estuvieran presentes y así poder examinar juntos estas cuestiones. Martin Gonin y un barbe de Calabria, llamado Georges, fueron elegidos para ir a Suiza con la invitación. En Granson, en el verano de 1532, ellos encontraron a Farel y a otros predicadores, quienes discutían juntos sobre las posibilidades de continuar esparciendo el Evangelio en la Suiza francesa. Aquí ellos relataron las diferencias que habían surgido entre ellos con relación a algunos puntos en la enseñanza y práctica de los reformistas, y presentaron la petición de que algunos regresaran con ellos con el objetivo de alcanzar una unidad de juicio y posteriormente dar los pasos para lograr una predicación uniforme del Evangelio en el mundo. Farel aceptó con gusto la invitación, y Saunier y otro hermano lo acompañaron.

Luego de un viaje peligroso llegaron a Angrogne, el pueblo de Martin Gonin, y vieron y visitaron algunas de las aldeas valdenses dispersas en las faldas de las montañas. La aldea de Chanforans fue escogida como el lugar de reunión y, como no había local donde se pudieran reunir todas las personas, la conferencia se celebró al aire libre, disponiéndose para ello de bancos rústicos como asientos. La Reforma era un movimiento fuera de la esfera de los valdenses y no relacionado con ellos; sin embargo, estos habían retenido sus antiguas y amplias relaciones con los numerosos hermanos e iglesias que habían existido antes de la Reforma.

Estas iglesias, aunque a favor de la Reforma e interesadas en ella, de ninguna manera habían sido absorbidas por ella. De modo que en aquel encuentro se hallaron ancianos de las iglesias en Italia, aun del extremo sur, de muchas partes de Francia, de Alemania y especialmente de Bohemia. Entre los numerosos campesinos y obreros también había algunos miembros de la nobleza italiana, como fue el caso de los señores

de Rive Noble, Mirandola y Solaro. Bajo la sombra de unos castaños y rodeados por el macizo montañoso de los Alpes se abrió la sesión “en el nombre de Dios” el 12 de septiembre de 1532.

Las opiniones de los reformistas fueron hábilmente expresadas por Farel y Saunier, mientras dos barbes, Daniel de Valence y Jean de Molines, fueron los principales voceros a favor de retener las prácticas vigentes entre los valdenses de los valles. Estos hermanos de las montañas habían cedido a las presiones de la persecución por parte de la Iglesia Romana, y habían consentido en cumplir con ciertas fiestas religiosas, ayunos y otros ritos, asistir a veces a los servicios católicos, y hasta someterse de forma externa a algunos de los sacramentos administrados por los sacerdotes. Con relación a estos puntos, Farel fue capaz de demostrar que ellos se habían apartado de su propia costumbre más antigua, y los retó firmemente a una separación total de Roma. Los reformistas sostuvieron que todo aquello en la Iglesia de Roma que no estuviera mandado en la Escritura debía rechazarse. Por su parte, los valdenses estuvieron satisfechos con decir que rechazarían todo lo relacionado a Roma que estuviera prohibido en las Escrituras. En aquel encuentro se analizaron muchos asuntos de práctica, pero el tema que causó el mayor debate fue un asunto de doctrina. Farel enseñaba que: “Dios, antes de la fundación del mundo, ha elegido a todos aquellos que han sido o serán salvos. Es imposible que aquellos que han sido escogidos para salvación no sean salvos. Quienquiera que apoya el libre albedrío niega por completo la gracia de Dios.”

Jean de Molines y Daniel de Valence hicieron énfasis tanto en la capacidad como en la responsabilidad del hombre de recibir la gracia de Dios. En esto ambos hermanos recibieron apoyo de los nobles presentes y de muchos otros que recomendaron que los cambios sugeridos no eran necesarios y que mas bien representarían el fin de aquellos principios que por tanto tiempo y tan fielmente habían guiado a estas iglesias. La sinceridad compasiva y la elocuencia de Farel le dieron peso a sus argumentos ante los oyentes, y la mayoría aceptó su enseñanza. Se elaboró una confesión de fe conforme a todo esto que fue firmada por la mayoría de los presentes, aunque algunos la rechazaron.

A los reformistas les mostraron los manuscritos de la Biblia en uso entre las iglesias y los documentos antiguos que ellos poseían; la *Lección noble*, el *Catecismo*, el *Anticristo* y otros. Los reformistas se dieron cuenta

Capítulo 10

no sólo del interés y el valor de estos libros, sino también de la necesidad que había de imprimir Biblias en francés para que así pudieran circular libremente entre la gente. Esto condujo a la traducción de la Biblia al francés por Olivetan, un obrero fiel entre los reformistas desde los viejos tiempos en París. Los hermanos de los valles aportaron cuanto pudieron para los costos del proyecto, y la Biblia fue publicada en 1535.

Farel y Saunier montaron sus caballos y regresaron de su visita llena de incidentes para continuar la obra en la Suiza francesa, enfocando especialmente Ginebra. Jean de Molines y Daniel de Valence viajaron a Bohemia y, después de reunirse con las iglesias de allí, los hermanos en Bohemia escribieron a los hermanos en los valles, pidiéndoles que no adoptaran ninguno de los cambios importantes de doctrina y práctica recomendados por los hermanos extranjeros sin antes analizarlos con mucho cuidado.

En el otoño de 1530, los habitantes de Neuchâtel destruyeron las imágenes en la Gran Iglesia y, por medio de una votación popular establecieron la religión Reformada. Con todo, no se comprendió claramente que aunque se había derrotado a una tiranía opresora mediante la introducción de una verdad libertadora y se había obtenido una reforma civil del más alto valor, las iglesias de Dios no pueden recibir su dirección y autoridad de una votación democrática al igual que no la pueden recibir del poder papal. Esta dirección y autoridad la reciben del propio Señor. Cristo es el centro y el poder que une a su pueblo. Su compañerismo mutuo surge de su relación común con él, y si bien es cierto que esto les da autoridad para ejercer disciplina entre ellos mismos, no se debe ni procurar gobernar en el mundo ni permitir ser gobernado por el mundo.

A fin de enfatizar la distinción entre la iglesia y el mundo, Farel dispuso unas mesas (en lugar del altar que había sido destruido en la iglesia en Neuchâtel) donde los creyentes pudieran celebrar la Cena del Señor. Aquí, enseñaba Farel, los creyentes podían adorar a Cristo en Espíritu y en verdad, depurados de todo lo que él no ha ordenado. Aquí sólo Jesús y el cumplimiento de sus mandamientos debía ser visto entre ellos. Al año siguiente, después que Farel había predicado a una numerosa congregación en Orbe, ocho creyentes allí recordaron al Señor en la partición del pan.

En 1533, algunos creyentes en el sur de Francia se convencieron profundamente de la necesidad de reunirse a menudo para la lectura de la Escritura. En esa época Margarita, reina de Navarra, vino de París a los territorios de su esposo. Acompañándola vinieron también Le Fèvre y Roussel. Ellos acostumbraban visitar la Iglesia Católica en Pau y después celebraban encuentros en el castillo donde se abordaba el tema de las Escrituras. A dichos encuentros asistían muchos campesinos. Algunas de estas personas expresaron el deseo de participar de la Cena del Señor a pesar de los temores por el peligro de hacer eso. Sin embargo, se proveyó un gran salón bajo la terraza del castillo, un lugar de reunión al cual se podía llegar sin correr demasiado riesgo de llamar la atención. Aquí, a la hora señalada, se traía una mesa, con pan y vino, y todos participaron en la Cena del Señor, sin ninguna formalidad. La reina y aquellos del rango más humilde comprendían su igualdad en la presencia del Señor. De este modo se leyó y se aplicó la Palabra de Dios, se recogió una ofrenda para los pobres, y luego la gente se dispersó.

Para este mismo tiempo Juan Calvino, un joven que se vio obligado a abandonar París a causa de su enseñanza, estaba en Poitiers, donde se puso en contacto con muchos creyentes y buscadores de Dios, todos muy interesados en las Escrituras. Lutero, Zwinglio y sus doctrinas eran discutidas, y existía la más libre crítica de la Iglesia Católica Romana. Pero como empezaba a ser peligroso asistir a estos encuentros, los cristianos comenzaron a reunirse en un distrito montés en las afueras de la ciudad donde había cavernas conocidas como las cavernas de San Benedicto. Allí, en una gran caverna, ellos podían analizar las Escrituras sin interrupción, y un tema frecuente era el carácter antibíblico de la misa. Esto condujo a un deseo de recordar la muerte del Señor en la manera en que él lo había indicado. De modo que ellos se reunían allí y, con oración y la lectura de la Palabra, partían el pan y tomaban el vino entre ellos. Por otra parte, cualquier hermano que sintiera que el Espíritu Santo le había dado un mensaje de exhortación o exposición lo compartía con absoluta libertad.

En seguida ellos comenzaron a preocuparse por la gente que vivía en su distrito y de su necesidad del Evangelio, por lo que en uno de

Capítulo 10

sus encuentros tres de los hermanos se ofrecieron para viajar como evangelistas. Se sabía que ellos tenían los dones necesarios del Espíritu Santo para llevar a cabo semejante obra, por lo que fueron encomendados al Señor, se recogió una ofrenda para cubrir los gastos de su viaje y fueron enviados. Sus labores resultaron ser muy fructíferas.

Uno de ellos, Babinot, un hombre culto y amable, fue primeramente a Toulouse. Él tenía un poder especial de atraer a los estudiantes y profesores, de quienes ganó no pocos para Cristo, y la influencia de ellos para con los jóvenes resultó muy valiosa para el avance del Evangelio. Ellos le dieron a Babinot el nombre de “Hombre bueno” debido a su excelente carácter. Él fue diligente en descubrir y visitar a los pequeños grupos del pueblo de Dios que se reunían para orar y partir el pan juntos.

Otro de los evangelistas, Jean Véron, un hombre de gran ánimo, pasó veinte años viajando a pie por provincias enteras de Francia. Él buscó de manera tan diligente a las ovejas extraviadas y exaltó tanto al Buen Pastor que lo llamaron el “Recogedor”. Cuando llegaba a un pueblo, solía preguntar quiénes entre ellos eran las personas más dignas, y entonces intentaba ganarlas para la fe. Jean Véron también se interesó de manera especial por los jóvenes, muchos de los cuales se convirtieron por medio de él en discípulos fieles de Cristo y probaron su disposición de sufrir por él. Véron obró primeramente en Poitiers y se hizo famoso en esa parte de Francia por su influencia en las universidades. Con el tiempo, fue capturado en Savoie y quemado en Chambéry por su confesión de Cristo.

El poder salvador del Evangelio comenzó a ser manifestado con abundancia en Ginebra desde el momento en que Antoine Froment inauguró con mucha aprensión una escuela allí (1532). Sus historias de la Biblia dirigidas a los niños y su conocimiento útil de la medicina pronto atrajeron a una gran cantidad de personas hacia él. Algunas mujeres distinguidas, pertenecientes a las familias más importantes de la ciudad, se convirtieron al Señor, siendo seguidas por comerciantes y personas de todas las clases sociales. Los creyentes pronto comenzaron a reunirse en las casas para el estudio de las Escrituras y la oración. Estas asambleas se aumentaron rápidamente a medida que más personas se convertían. En sus reuniones había libertad de ministerio. Uno u otro hermano leía la Palabra de Dios y los más capaces la explicaban, o

guiaban al grupo en oración. En estos encuentros también se recogían ofrendas para el socorro de los pobres. Si un forastero dotado estaba de paso por el lugar, era invitado a predicar en una de las casas más grandes y todo aquel que pudiera entrar se congregaba para escuchar su ministración.

Estas asambleas muy pronto sintieron el deseo de partir el pan en memoria del Señor. A fin de evitar problemas los hermanos se congregaban en un jardín con tapia que pertenecía a uno de ellos, en Pré l'Evêque, justo en las afueras de las murallas de la ciudad. Todo esto se llevó a cabo ante una constante oposición que se hizo más violenta cuando los creyentes, como iglesias, se reunían en torno a la Cena del Señor. Hubo disturbios peligrosos, en los cuales Froment y otros fueron expulsados de la ciudad. No obstante, los encuentros persistieron. En una ocasión posterior, aproximadamente ochenta hombres y un grupo de mujeres se reunieron en Pré l'Evêque. Esta vez uno de los hermanos lavó los pies de los demás antes de participar de la Cena del Señor, lo cual incrementó la ira pública contra ellos.

Fue en medio de estas condiciones convulsas que Olivetan tradujo de la Biblia. A fin de dar el mejor significado él tradujo al francés algunas palabras que previamente habían sido dejadas en su forma original griega. De esa manera para la palabra “apóstol” él escribió “mensajero”; para “obispo,” “supervisor” y para “sacerdote,” “anciano”, siendo estas palabras traducciones fieles según el significado de las palabras griegas y no meras transliteraciones. Él decía que por el hecho de que no encontraba en la Biblia palabras tales como “Papa”, “Cardenal”, “Arzobispo”, “Archidiácono”, “abad”, “prior”, “monje”, él no tenía motivo para cambiarlas.

Aunque, por medio de una serie de sucesos convulsos, Ginebra —al igual que Neuchâtel— había sido librada de la dominación de Roma, no pasó mucho tiempo hasta que se introdujeron formas de gobierno, igualmente sin fundamento en las Escrituras, que afectaron bastante a las iglesias. Olivetan había sido uno de los primeros en guiar a su pariente Juan Calvino al estudio de la Biblia. La habilidad extraordinaria de Calvino le dio desde su juventud temprana una gran influencia dondequiera que iba. La publicación (1536) de su libro, *Los fundamentos*



Juan Calvino
(1509–1564)

Capítulo 10

de la religión cristiana en Basilea, adonde tuvo que huir al ser expulsado de Francia, le mereció el reconocimiento de ser el teólogo más destacado de su tiempo. El mismo año, mientras se dirigía a Estrasburgo, Calvino, a causa de la guerra, se vio obligado a cambiar su ruta a través de Ginebra donde se hospedó en una posada con la intención de continuar su viaje a la mañana siguiente. Farel se enteró de su llegada, lo visitó y le mostró la maravillosa obra que se había llevado a cabo y que aún continuaba en Ginebra y en todos sus alrededores. Le mostró, además, los conflictos existentes y la necesidad de más colaboradores, ya que Farel y los que con él andaban se hallaban inundados por las invitaciones que recibían de todas partes. Farel le instó a Calvino a que se quedara y compartiera la obra con ellos. Calvino objetó con recato, apelando a su incapacidad, su gran necesidad de estudio, su carácter no apto para las actividades que se exigirían de él. Farel le exhortó que no permitiera que su amor por el estudio o cualquier otra forma de autocomplacencia se interpusiera en el camino de la obediencia al llamado de Dios.

Vencido por la vehemencia de Farel y convencido por su petición, Calvino consintió en quedarse y, con la excepción de un período de destierro de tres años, pasó el resto de su vida en Ginebra, con cuya ciudad su nombre estará por siempre ligado. A través de mucho conflicto él impuso en la ciudad su ideal de un estado e Iglesia organizados en gran medida según el patrón del Antiguo Testamento. El Concilio de la ciudad tenía poder absoluto tanto en asuntos religiosos como civiles, a la vez que se convirtió en el instrumento de la voluntad de Calvino. A los ciudadanos se les exigía firmar una confesión de fe o abandonar la ciudad. Se impusieron normas estrictas que regulaban la moral y las costumbres del pueblo. Las iglesias que habían comenzado a crecer en obediencia a la enseñanza del Nuevo Testamento casi desaparecieron entre la organización general, pues el dominio papal fue sustituido por el del reformista y la libertad de conciencia continuó siendo restringida.

Una forma de error predominante que Calvino esperaba reprimir por medio de esta regulación estricta era un error de carácter unitario. Este tipo de enseñanza era de origen antiguo, similar al arrianismo en algunos aspectos, pero durante este tiempo ya comenzaba a ser descrita como socinianismo a causa de su asociación con Lelio Socino (1525–1562) y Fausto Socino (1539–1604), tío y sobrino, naturales de Siena, Italia. El

último vivió mucho tiempo en Polonia, debido a que allí, al igual que en Transilvania, la enseñanza unitaria era permitida y estaba generalizada. Fausto Socino unió los sectores divididos de los unitarios en Polonia. A ellos se les conocía como “los hermanos polacos” y el catecismo “racoviano” expresaba sus creencias. El socinianismo se divulgó partiendo de ellos como un centro. Esta doctrina afectó desde el inicio a algunos en las iglesias protestantes, y más tarde ganó una influencia dominante, especialmente sobre el clero protestante. En gran medida, consistía en la crítica de la teología existente, y era allí donde residía su atractivo. Dicha enseñanza se dirigía más al intelecto que al corazón o al entendimiento de la persona.

Servet, un médico español que sostenía y enseñaba doctrinas aliadas a las del socinianismo, llegó a Ginebra en un viaje y, durante su estancia allí, entró en conflicto con Calvino y el Concilio. Servet se negó a renunciar a su error, por lo que fue quemado en 1553. Esto no fue sino un resultado lógico del sistema que había sido establecido.

Bajo el gobierno de Calvino, Ginebra se hizo famosa y proporcionó un refugio para un gran número de disidentes perseguidos de diferentes países, muchos de ellos procedentes de Inglaterra y Escocia. Estos disidentes fueron influenciados fuertemente por la habilidad de Calvino y llevaron sus enseñanzas muy lejos, de modo que el calvinismo se convirtió en una influencia poderosa en el mundo, y su entrenamiento severo desde luego ha moldeado algunos de los caracteres más fuertes. Farel se sometió al dominio de Calvino, pero rechazó todas las súplicas que le hicieron para que se estableciera en Ginebra o para que aceptara cualquier posición a la cual estaban relacionados el honor y la remuneración. Él hizo de Neuchâtel su centro, y se casó allí, pero continuó su vida ardua como un predicador ambulante hasta que murió en paz aproximadamente a los setenta y seis años de edad.



*Calvino gobierna
a Ginebra*

Mientras tanto, en Francia, el crecimiento de las iglesias cristianas y la predicación del Evangelio, que había continuado a pesar de la férrea persecución, enfrentó una seria traba en 1534. Algunos de los creyentes en París, impacientes ante el progreso lento logrado en Francia

Capítulo 10

en comparación con la gran libertad que se había alcanzado en Suiza, enviaron a uno de sus miembros, llamado Feret, para que consultara con los hermanos allí en cuanto a si ellos debían tomar un curso más agresivo a fin de obtener más libertad para la Palabra. En respuesta a esto, los reformistas en Suiza emprendieron un ataque violento contra la misa, haciendo impresiones en forma de pancartas y tratados que fueron enviados a París. Había una diferencia de opinión entre los creyentes en París en cuanto a si las pancartas debían o no colgarse a la vista y si los tratados debían o no ser distribuidos. Couralt, quien hablaba en nombre de los “hombres de juicio”, dijo: “Tengamos cuidado en cuanto a colgar estas pancartas porque ello sólo avivaría la furia de nuestros adversarios, y de ese modo aumentaríamos la dispersión de los creyentes”. Otros dijeron: “Si con timidez miramos de un lado al otro para ver cuán lejos podemos llegar sin arriesgar nuestras vidas, renunciaremos a Jesucristo”. Los consejos de los más agresivos prevalecieron, el asunto fue organizado con mucho cuidado, y una noche de octubre las pancartas fueron colgadas en todas partes de Francia; una fue colocada incluso en la puerta de la alcoba en la cual se encontraba durmiendo el rey en su castillo en Blois.

Las pancartas contenían una declaración extensa, cuyo encabezamiento decía: “Artículos verídicos acerca de los horribles, inmensos e insoportables abusos de la misa papal, inventada directamente en contra de la Santa Cena de nuestro Señor, el único Mediador y único Salvador, Jesucristo”. Al día siguiente, cuando las pancartas fueron leídas, el efecto fue tremendo. El rey fue ganado de su indecisión anterior y aprobó la política de exterminar al partido de la Reforma. En el primer día el Parlamento proclamó una recompensa para todos los que dieran a conocer a los individuos que habían fijado las pancartas y ordenó que todas las personas que los consintieran deberían ser quemadas en la hoguera. Inmediatamente comenzaron a capturar a aquellos de quienes se sospechaba que hubieran asistido a las reuniones o que de cualquier forma estaban a favor de la reforma, incluidas las personas que se habían opuesto a la idea de poner las pancartas. Prevaleció un terror generalizado. Muchas personas lo abandonaron todo y huyeron al extranjero. En toda Francia las llamas recibieron sus víctimas vivas, especialmente en París.

Hubo, pues, una procesión (1535) a través de las calles de París de todas las reliquias más santas que se pudieron juntar. Allí se congregaron

el rey, su familia y la corte, una gran cantidad de eclesiásticos, algunos miembros de la nobleza y una enorme concurrencia de personas. La hostia fue llevada a través de las calles, y se celebró una misa en Notre Dame. Luego el rey y una gran multitud de personas presenciaron, primero en el Rue San Honoré y luego en el Halles, la quema en la hoguera (con aparatos diseñados para prolongar los sufrimientos) de algunos de los mejores ciudadanos de París, quienes, sin excepción, testificaron hasta el final de su fe en Jesucristo con una valentía que se ganó la admiración de sus propios atormentadores.

El culto y moderado Sturm, profesor en el Colegio Real en París, le escribió a Melanchthon:

Nosotros estábamos en la mejor de las posiciones, gracias a hombres sabios. En cambio ahora, por medio del consejo de hombres imprudentes, hemos caído en la más grande calamidad y en la más suprema miseria. El año pasado le escribí que todo iba bien y también acerca de las esperanzas que abrigábamos de la justicia del rey. Nosotros nos felicitábamos unos a otros, pero, ¡ay de nosotros! Los hombres extravagantes nos han privado de aquellos buenos tiempos. Una noche en el mes de octubre, en un momento, en toda Francia y en cada rincón del país, estos hombres fijaron con sus propias manos una pancarta acerca de las órdenes eclesiásticas, la misa y la eucaristía (...) Ellos llevaron su osadía tan lejos que hasta se atrevieron a fijar una en la puerta de la alcoba del rey, deseando de esta manera, al parecer, provocar seguros y atroces peligros. Desde la ocurrencia de aquel acto imprudente, todo ha cambiado: la gente está preocupada, los pensamientos de muchos están llenos de alarma, los magistrados están irritados, el rey está perturbado y se llevan a cabo juicios espantosos. Debe reconocerse que estos hombres imprudentes, si no fueron la causa, fueron al menos la razón de ello. ¡Si tan sólo fuera posible que los jueces mantuvieran un proceder justo! Algunos, habiendo sido capturados, ya han sufrido sus castigos; otros, previendo inmediatamente su seguridad, han huido; personas inocentes han sufrido el castigo de los culpables. Los informantes se muestran a sí mismos públicamente; cualquiera puede ser acusador y testigo a la vez.

Estos no son rumores infundados de los cuales le escribo, Melanchthon. Tenga la completa seguridad de que no le cuento todo, y que en lo que le escribo no empleo los términos fuertes que nuestra situación merece. Ya han sido quemados dieciocho discípulos del Evangelio, y el mismo peligró

Capítulo 10

aún amenaza a una cantidad de ellos mucho mayor. Cada día el peligro se extiende más y más. No existe un solo hombre de bien que no le tema a las calumnias de los informantes y que no se consuma por la aflicción al ver estos actos tan horribles. Nuestros adversarios reinan y con toda autoridad ya que al parecer luchan por una causa justa, como si reprimieran una sedición. En medio de estos grandes y numerosos males sólo queda una única esperanza —que las personas estén comenzando a indignarse por semejantes persecuciones crueles, y que el rey al fin se avergüence por haber tenido sed de la sangre de estos hombres desdichados. Los perseguidores son instigados por un odio violento y no por la justicia. Si el rey supiera la clase de espíritu que anima a estos hombres sanguinarios, sin duda seguiría mejores consejos. No obstante, aun así nosotros no nos desesperamos. Dios reina; él dispersará todas estas tempestades, nos mostrará el lugar en donde podremos refugiarnos, él le dará un asilo a los hombres buenos en donde puedan expresar sus opiniones libremente.

Los grupos de creyentes se reunían en muchas partes de Francia para leer las Escrituras y para la adoración, sin ninguna organización en particular.⁴ Sin embargo, en una de estas reuniones en París, el nacimiento de un niño, al causarle a su padre mucha preocupación acerca de cómo debería bautizarlo, poco a poco condujo a la evolución de todo un sistema. La conciencia del padre no le permitió llevarlo a la Iglesia Católica Romana, y no le fue posible llevarlo al extranjero para bautizarlo. La congregación se reunió y oraron acerca del asunto, y luego decidieron formar una iglesia ellos mismos. Fue así como eligieron a Jean de Maçon como su ministro, y también nombraron a ancianos y diáconos, y se establecieron como una iglesia organizada, de la cual los ministros estaban autorizados a bautizar y desempeñar aquellas funciones que ellos consideraban propias de las personas ordenadas. Desde el momento en que hicieron esto (1555), muchas de las asambleas de creyentes en todas partes de Francia actuaron de la misma manera, y la cifra de iglesias que adoptaron esta forma presbiteriana se aumentó rápidamente. Una gran parte de ellas fue provista de pastores procedentes de Ginebra.

*Introducción
del sistema
presbiteriano*

Las iglesias Reformadas en Holanda y Escocia fueron aun más afectadas por el ejemplo de este movimiento en Francia que por el ejemplo de Ginebra. Calvino era partidario de que cada congregación fuera dirigida

por su ministro, o ministros, y ancianos, pero las iglesias francesas pronto introdujeron el plan de celebrar Sínodos de Ministros y Ancianos que representaran a las iglesias y tuvieran autoridad sobre ellas. De estas reuniones locales posteriormente se decidió enviar delegados para formar un Sínodo provincial más amplio, y esto llevó a que en 1559 se celebró en París el Primer Sínodo Nacional de las iglesias francesas. En esta ocasión se acordó elaborar una confesión de fe. Cada ministro tuvo que firmar en señal de acuerdo, y luego se redactó un Libro de Disciplina que regulaba el orden y la disciplina de las iglesias, al que cada ministro prometió someterse.

Los partidarios de estas iglesias fueron a menudo llamados “evangélicos” o “los de la religión”, pero poco a poco el nombre “hugonote”⁵ fue comúnmente aplicado a ellos. No se conoce con certeza de qué fuente se deriva el nombre.



El sudeste de Francia, donde por siglos la gente había estado dispuesta para recibir el Evangelio y donde la verdad sólo había sido contenida por las repetidas y despiadadas masacres, ahora nuevamente mostraba el antiguo e invencible deseo por la Palabra, y en algunas partes se adoptó predominantemente el sistema hugonote. En otras partes del país los hugonotes eran, por lo general, una pequeña minoría de la población. Existía un estado de tensión entre los dos partidos religiosos, aunque se le garantizaba la libertad de adoración a la minoría hugonote por medio de un decreto real, y se esperaba que la reforma y la tolerancia trajeran la paz. La Asamblea General del estado o Parlamento estaba a favor de esto, así como la reina madre Catalina de Médicis, quien escribió al Papa lo siguiente: “La cantidad de los que se han separado de la Iglesia Romana es tan enorme que ya no pueden ser reprimidos por medio de la severidad de la ley ni el poder de las armas. A causa de los nobles y los magistrados que se han unido al grupo, ellos se han hecho tan poderosos, están tan firmemente unidos, y diariamente adquieren semejante fuerza que se vuelven más y más temibles en todas partes del reino. Mientras tanto, gracias a Dios, entre ellos no hay ni anabaptistas ni libertinos ni ningún partisano de opiniones odiosas.” En su misiva ella continúa para discutir la posibilidad de estar en comunión con ellos, y sugiere asuntos que pudieran ser reformados en la comunión romana para beneficio de todos.

Capítulo 10

Sin embargo, el Papa se opuso, y ambos partidos se armaron en preparación para lo que podría avecinarse. El almirante Coligny, como líder del partido hugonote, declaró: “Contamos con 2.050 iglesias y con 400.000 hombres dispuestos a tomar las armas, sin tomar en cuenta a nuestros partidarios secretos”.

El duque de Guisa, líder del partido católico, frustró toda esperanza de llegar a un arreglo al atacar una numerosa congregación de devotos desarmados que se encontraban en un granero. Él con sus soldados los rodearon y masacraron a su antojo a las víctimas indefensas. La guerra civil que siguió devastó al país, pero después de años de lucha agotadora se logró una tregua y se arregló un matrimonio entre Enrique de Béarn, rey de Navarra, ahora líder de la causa hugonote, y Margarita, hija de Catalina de Médicis y hermana del rey de Francia. La boda se celebró en París (1572) con grandes festividades. Los hugonotes vieron esta boda como un medio

*La masacre de
San Bartolomé*

para alcanzar la paz entre las partes contendientes, por lo que una gran cantidad de ellos, incluyendo a sus principales líderes, acudió a la ciudad para presenciar o tomar parte en las celebraciones.

Menos de una semana después de la boda en Notre Dame, según una señal y un plan predeterminados, los líderes católicos y sus tropas cayeron sobre los hugonotes confiados, y tuvo lugar la masacre de San Bartolomé. No hubo escape alguno. Las casas de los hugonotes habían sido marcadas con anticipación. Hombres, mujeres y niños fueron masacrados sin piedad, siendo el almirante Coligny uno de los primeros en ser asesinado. Al cabo de cuatro días, París y el Sena estaban llenos de cuerpos mutilados en lugar de hombres y mujeres enérgicos y grupos de niños felices que hacía sólo una semana habían llenado las calles.

En toda Francia se llevaron a cabo actos similares. Después de la primera sorpresa los hugonotes que quedaron, bajo el mando de Enrique de Navarra y el príncipe de Condé, organizaron la resistencia, y fue así como comenzaron las guerras de la Liga las cuales sumieron a Francia en la miseria por más de veinte años.

*El Edicto de
Nantes
(13 de abril de
1598)*

En 1594, Enrique de Navarra sucedió al trono de Francia como Enrique IV. Fue un gobernante valiente y capaz, pero no fue un hombre religioso, y dirigió a los hugonotes más como un partido político que religioso.

Su posición fue difícil como gobernante protestante de un país principalmente católico romano cuyos reyes siempre habían pertenecido a esa Iglesia. Él enfrentó este problema por medio de convertirse en un católico romano a fin de proteger su trono y luego usó su posición para legislar a favor de los hugonotes. De esta manera una dinastía católica romana fue establecida de nuevo en Francia, pero a su vez el rey proclamó el Edicto de Nantes (1598) que les daba libertad de conciencia y de adoración a los hugonotes.

La Liga Católica no se sometió a él, pero él la derrotó y la suprimió, y expulsó a los jesuitas. Los hugonotes se convirtieron en un estado dentro del Estado, con sus propias ciudades y distritos en algunas partes del país, y sus derechos los cuales eran válidos en todo el país. Doce años después del Edicto de Nantes, el rey fue asesinado, y pronto reanudaron los problemas para los hugonotes. Hubo masacres que los estimularon a presentar una resistencia armada, pero el Cardenal Richelieu dirigió la guerra en su contra con tanta energía que los hugonotes fueron derrotados en repetidas ocasiones. Su gran fortaleza, la Rochela, fue capturada, y así dejaron de existir como un cuerpo armado y un poder político. No obstante, Richelieu les dio cierta libertad y como resultado se reconciliaron con el gobierno. De allí, se dedicaron a la agricultura, a la industria y al comercio con su entusiasmo característico, y se hicieron muy ricos e influyentes, convirtiéndose en una fuente de mucha prosperidad para Francia.

Cuando Luis XIV, con motivo de la muerte de Mazarino, asumió el gobierno de Francia, inmediatamente comenzó a tomar medidas represivas contra los hugonotes. Bajo la influencia de los jesuitas se emplearon todos los recursos para obligarlos a unirse a la Iglesia de Roma. Los que se opusieron a esto quedaron sujetos a una creciente persecución. Ellos la soportaron con paciencia, pero su aflicción sólo se hizo más intensa. Sus hijos fueron arrebatados de su seno para ser educados en conventos bajo el catolicismo, se llevaron a cabo masacres contra ellos y sus reuniones fueron prohibidas. Soldados brutales se alojaban en sus casas, y a estos se les permitía comportarse a su antojo. A esto se le conoció como el sistema de las “dragonadas”. Cuando los hugonotes huían eran perseguidos por el bosque y en otros lugares de refugio, eran traídos de vuelta a sus casas y eran obligados a entretener a los brutales “dragones” quienes, por medio de todo tipo de torturas y atrocidades, imponían su “conversión” o los perseguían hasta la muerte.

Capítulo 10

En 1685, se publicó la Revocación del Edicto de Nantes y con él se esfumó la última esperanza de los hugonotes. A todos sus pastores se les ordenó que abandonaran el país en un plazo de dos semanas. Posterior a esto, en sólo unas pocas semanas, fueron destruidos ochocientos lugares de reunión de los hugonotes. También se ordenó que los niños deberían ser bautizados y educados en la Iglesia de Roma; el empleo se prohibía

*Revocación del
edicto de Nantes
por Luis XIV
(1685)*

para aquellos que no se convirtieran al catolicismo, y cualquiera que intentara abandonar el país sería enviado de por vida a las galeras, en el caso de los hombres, o guardar cadena perpetua en una cárcel, en el caso de las mujeres.

A pesar de todas las dificultades de tener que desarraigarse, abandonar sus propiedades, viajar en secreto a través de caminos ocultos con niños pequeños, ancianos y enfermos, y a pesar de los serios peligros de cruzar las fronteras bien custodiadas, tuvo lugar un gran éxodo de lo mejor de la nación francesa, empobreciéndola permanentemente. Mientras tanto, aquellos países que recibieron a los exiliados —Suiza, Holanda, Gran Bretaña, Brandeburgo y otros— fueron enriquecidos por la llegada de multitudes de personas capaces, de carácter fuerte, quienes trajeron consigo su habilidad en la manufactura y el comercio y jugaron un papel protagonista en la vida política y militar, así como en el campo de las artes y las ciencias. Se calcula que 200.000 hugonotes abandonaron Francia en esta época.

Aunque una gran cantidad de hugonotes abandonó Francia ante la Revocación del Edicto de Nantes, una mayor cantidad de ellos no pudo abandonar el país o no quiso hacerlo, por lo que continuaron sufriendo las iniquidades de las “dragonadas”. Ellos eran más numerosos en Delfinado y en Languedoc, por lo que allí la persecución fue más intensa. En estos tiempos tan desesperantes surgió entre ellos un extraño entusiasmo y ensalzamiento espiritual. Pierre Jurieu (1686) escribió una exposición del Apocalipsis en la cual enseñaba que la profecía de la caída de Babilonia se refería a la Iglesia Romana y que se cumpliría en el año 1689. Uno de sus discípulos, Du Serre, le enseñó las opiniones proféticas

de su maestro a niños en Delfinado, y estos, criados entre los horrores de las “dragonadas”, ahora iban, en grupos conocidos como “los pequeños profetas”, de aldea en aldea, citando los terribles juicios que aparecen en el libro de Apocalipsis, anunciando su eminente cumplimiento. La más famosa de estos fue una muchacha conocida como “la bella Isabel”. De esta manera miles de los que habían sido obligados a pertenecer a la Iglesia Romana fueron reintegrados y rechazaron asistir a la misa. Más de trescientos de estos niños profetas fueron encarcelados en un mismo lugar en Languedoc.

En las montañas Cevenas, hombres y mujeres entraron en éxtasis, en los cuales hablaban en el francés puro de la Biblia, mientras que normalmente ellos sólo podían hablar su propio dialecto, y así inspiraban a sus oyentes con una valentía heroica. A pesar de sus sufrimientos, estas personas permanecieron leales al rey. En 1683, se reunió un cuerpo representativo de los pastores, los nobles y los principales hombres entre ellos, y le enviaron a Luis XIV una declaración de su lealtad. Sin embargo, en esa misma época el Papa insistía en su exterminación y los llamaba “la raza execrable de los antiguos albigenses”.

No obstante, el Abbé du Chayla, quien introdujo un instrumento especial de tortura, practicó semejantes crueldades sobre los disidentes en las Cevenas que finalmente estos se sublevaron, lo mataron y organizaron una resistencia armada contra las “dragonadas”. Entre sus líderes estaba Juan Cavalier, hijo de un panadero, quien, a la edad de diecisiete años, dirigió a los camisards, llamados así por las camisas blancas que llevaban a manera de uniforme, con tan asombrosa habilidad que durante tres años (1703–1705) peleó y derrotó a los mariscales más capaces de Francia. Sin embargo, su pequeña fuerza nunca excedió los 3.000 hombres, y sus adversarios trajeron hasta 60.000 hombres para pelear en su contra. Él logró pactar una paz honorable, pero algunos de sus seguidores, al continuar la guerra, fueron exterminados.

La guerra de los camisards fue excepcional. En otras partes los hugonotes sufrieron, sin ofrecer resistencia, las más horribles miserias. Muchos de ellos fueron ahorcados o quemados; muchas

*La guerra de los
camisards
(1703–1705)*

*Las iglesias del
desierto*

Capítulo 10

mujeres fueron encarceladas, especialmente en Grenoble y en Valencia. Una mujer, Louise Moulin de Beaufort, fue condenada (1687) a ser ahorcada en la puerta de su casa por haber cometido el delito de asistir a los encuentros de los hugonotes. Ella suplicó y obtuvo la aprobación para que le permitieran por última vez amamantar a su bebé, después de lo cual murió demostrando una valentía serena. Bajo tales condiciones las “iglesias del desierto” como se les llamaba, o “iglesias bajo la cruz” mantuvieron su testimonio.

*Jacques Rogers y
Antoine Court*

Uno de los exiliados de Delfinado en el tiempo de la Revocación del Edicto de Nantes, Jacques Rogers⁶ (1675–1745), se conmovió por los sufrimientos de sus hermanos en su tierra natal. Al contrastar los pesares de su condición con la seguridad y tranquilidad en la cual él vivía en el extranjero, decidió regresar a Francia para compartir con sus hermanos allí sus aflicciones y brindarles toda la ayuda que estuviera a su alcance. Al llegar a Francia, él encontró que el remanente fiel estaba persistiendo, a pesar de todo el poder y la furia de los adversarios. Él también se percató de que en algunos distritos la obra de los “profetas” (hombres y mujeres) había degenerado en fanatismo y desorden. Él creyó necesario sustituir a los pastores que habían huido, y restablecer el sistema de los Sínodos que se había suspendido.

A él se unieron otros y, en sus viajes, pronto conoció a Antoine Court, un joven de sólo veinte años, ya muy estimado por la gente, quien más tarde se convertiría en el hombre más prominente de todos los que trabajaron para las “iglesias del desierto”. Court demostró ser un hombre de un juicio razonable y de una inteligencia ágil. Como predicador, viajero valiente, obrero incansable y organizador, dirigió el restablecimiento de la organización de la iglesia con sus Sínodos provinciales e incluso nacionales. Bajo su supervisión, en Lausana, funcionaba una escuela de formación de pastores y predicadores. Esta fue una escuela de mártires, ya que una gran cantidad de los hombres que salieron de ella para ir a predicar a Francia fueron ahorcados, algunos de ellos muy jóvenes. El propio Jacques Rogers fue ahorcado en Grenoble a los setenta años de edad. Las vidas de estos hombres se caracterizaban por una constante sucesión de fugas atrevidas mientras atravesaban las montañas y los bosques y visitaban las diferentes iglesias y ministraban la Palabra. Las “iglesias del desierto”, en lugar de

ser exterminadas, crecieron constantemente hasta que (1787) un Decreto de Tolerancia, firmado por Luis XVI, trajo una tregua, y en 1793 estalló la Revolución en Francia para darles libertad de conciencia, aunque esta trajo consigo mucha miseria propia de ella.

Notas finales

- ¹ *History of the Reformation of the Sixteenth Century*, J. H. Merle D'Aubigné, D.D., traducido por H. White, B.A.
- ² *Life of William Farel*, Frances Bevan.
- ³ *The Reformation in Europe in the Time of Calvin*, J. H. Merle D'Aubigné, D.D.
- ⁴ *A History of the Reformation*, Thomas M. Lindsay, M.A., D.D.
- ⁵ *The Huguenots: Their Settlements, Churches and Industries in England and Ireland*, Samuel Smiles.
- ⁶ *Un Martyr du Désert Jacques Roger*, Daniel Benoit.

Los disidentes ingleses

(1525–1689)

*Tyndale; Prohibición de la lectura de las Escrituras; Establecimiento de la Iglesia Anglicana; Persecución en el reinado de María; Las iglesias bautistas y las independientes; Robert Browne; Barrowe, Greenwood, Penry; Persecución de los disidentes en el reinado de Isabel; La “iglesia privada” en Londres; El **Gobierno eclesiástico** de Hooker; La iglesia de los exiliados ingleses en Amsterdam; Arminius; Emigración de los hermanos de Inglaterra a Holanda; Juan Robinson; Los primeros colonos puritanos zarpan rumbo a América; Los diferentes tipos de iglesias en Inglaterra y Escocia; Publicación de la “**Authorized Version**” de la Biblia; La Guerra Civil; El “Ejército de nuevo tipo” de Cromwell; Libertad religiosa; Las misiones; Jorge Fox; El carácter del movimiento de los “amigos”; Decretos contra los disidentes; La literatura; Juan Bunyan.*

Se creyó haber extinguido el movimiento lolardo; sin embargo, siempre quedaron remanentes, y de vez en cuando se castigaba a ciertas personas por reunirse para leer las Escrituras. El Nuevo Aprendizaje y la Reforma avivaron el interés por la Palabra de Dios, y fue precisamente una nueva traducción de la Biblia el medio más poderoso de traer un avivamiento general entre la gente. William Tyndale,¹ quien había estudiado en Oxford y Cambridge, y había sido afectado sobremanera por las enseñanzas de Lutero, tenía la costumbre de debatir temas acerca de la Biblia con el clero que venía a la casa donde él era profesor, y así les demostraba cuánto se habían desviado de las enseñanzas de la Escritura. Esto provocó una persecución que lo obligó a abandonar el país, pero él ya había visto que la gran necesidad de la gente era llegar a conocer la Biblia, por lo que prometió que “si Dios le concediera la vida, antes de pasar muchos años, él haría que el mozo que guiaba el arado

William Tyndale
(1494–1536)

Capítulo 11

conociera más de la Biblia” que los teólogos que la mantenían alejada de ellos. Viviendo exiliado en el continente, y “motivado por un celo y un anhelo sensible por su país, buscó por todos los medios posibles llevar a sus coterráneos al mismo apetito y conocimiento de la sagrada Palabra de Dios y de la verdad como el que el Señor le había dado a él”.

La primera edición de su traducción del Nuevo Testamento fue publicada en 1525, la cual fue seguida por una segunda, que fue impresa al año siguiente en Colonia. Más tarde se publicaron el Pentateuco y otras partes



*El Nuevo
Testamento de
Tyndale*

del Antiguo Testamento, traducidas en Amberes y Hamburgo, así como varias ediciones posteriores del Nuevo Testamento. Las dificultades y los peligros que implicaba traer tales libros a Inglaterra eran casi tan enormes como los que se presentaban a la hora de su distribución. El clero se opuso con todas sus fuerzas

a la nueva traducción. El *Sir* Tomás More fue uno de los que escribió de manera violenta contra ella. Aunque esta traducción ejerció más influencia sobre la “Authorized Version” que cualquier otra traducción, la cual en gran medida se basa en ella, al principio se declaró que estaba llena de errores. Su uso de la palabra “congregación” en lugar de “iglesia” causó una gran oposición. More declaró que la traducción estaba tan llena de errores que “para mencionarlos todos habría que recitar todo el libro (...) que buscar una falta sería como estudiar dónde encontrar agua en el mar”.

Los Testamentos fueron introducidos en Inglaterra de contrabando, y una asociación que se auto-nombraba los “Hermanos cristianos” los distribuyó por todo el país. Fueron comprados y leídos con avidez en todas partes, y pronto llegaron a las universidades donde se formaron sociedades que se reunían para su lectura. El Obispo de Londres muy pronto proclamó un interdicto contra estos testamentos. Este interdicto decía:

Por cuanto, entendemos mediante el informe de diversas personas creíbles, y además, por la apariencia evidente del asunto, que muchos hijos de iniquidad (...) ciegos a causa de una maldad extrema, y apartados del camino de la verdad y de la fe católica, han traducido de manera astuta el Nuevo Testamento a nuestro idioma inglés (...) De cuya traducción hay muchos libros impresos, algunos con glosas y otros sin estas, que contienen en el idioma inglés el más pernicioso y mortífero veneno disperso en gran

medida por toda nuestra diócesis de Londres, los cuales (...) sin lugar a dudas, contaminarán e infectarán la grey que nos ha sido encomendada, con el más mortífero veneno y herejía (...) nosotros (...) ordenamos que dentro del plazo de treinta días (...) bajo la pena de excomunión, además de quedar bajo sospecha de herejía, se traigan y se entreguen a nuestro Vicario General todos y cada uno de los libros que contengan la traducción del Nuevo Testamento en el idioma inglés.

El Obispo de Londres afirmaba que esta traducción contenía más de dos mil herejías. Él conocía a un comerciante llamado Packington que estaba relacionado con la distribución de estos libros, y esperaba destruirlos con su ayuda. Se relata: “El Obispo, creyendo que tenía a Dios cogido por un dedo del pie, cuando en realidad tenía al diablo por el puño (como luego se dio cuenta), dijo: ‘Estimado Packington, haga sus diligencias para conseguirlos, y le pagaré por ellos de todo corazón, sea cual sea su precio, ya que los libros son erróneos y maliciosos, por lo que ciertamente pretendo destruirlos a todos y quemarlos en la Cruz de San Pablo’”. Este negocio fue llevado a cabo y de esa manera se proveyó dinero para la impresión de una mayor cantidad de Testamentos.

Al preguntársele a un prisionero acusado de herejía acerca de cómo Tyndale y sus amigos se sustentaban, dijo: “Es el Obispo de Londres quien nos ha apoyado, ya que él ha aportado entre nosotros una gran cantidad de dinero en Nuevos Testamentos para quemarlos, y eso ha sido, y aún es, nuestro único apoyo y consuelo”. Se llevó a cabo una inquisición diligente para encontrar los libros prohibidos. Una gran cantidad de personas fueron multadas o encarceladas o ejecutadas por poseerlos. Existen informes de que “diversas personas de quienes se comprobó que leían el Nuevo Testamento traducido por Tyndale fueron castigadas (...) pero aun así la cifra de ellas iba en aumento diariamente”.

Con la ayuda de un espía enviado desde Inglaterra, Tyndale al fin fue capturado y, en Vilvoord en Bélgica, fue condenado y estrangulado, luego su cuerpo fue quemado (1536). Pero su obra fue llevada a cabo; él había cumplido su parte valiosa junto con todos aquellos que al traducir y distribuir la Biblia, al practicar y enseñar las verdades que ella revela, han ayudado a llevar a los hombres al conocimiento de Dios y les han mostrado el Camino de la Vida.

Capítulo 11

Durante este tiempo grandes cambios surgían en Inglaterra. En 1531, el Rey Enrique VIII fue reconocido como el Jefe Supremo de la Iglesia Anglicana. De este modo la Iglesia Anglicana ocupó el lugar de la Iglesia de Roma, y el rey, el del Papa. El conflicto entre el Papa y el rey consistía en la Iglesia y el estado por una parte y el estado y la Iglesia por el otro, entre las opiniones

*Establecimiento
de la Iglesia
Anglicana*

papistas y las erasmistas. La idea de reformar por medio de elevar el poder civil sobre el eclesiástico (erasmismo) ya había sido introducida en las iglesias de Brandeburgo y Sajonia. Cranmer creía que este era el mejor camino a seguir, y Enrique VIII lo adoptó como su política en Inglaterra.

En el año de la muerte de Tyndale, su traducción de la Biblia, revisada y editada por Miles Coverdale por orden del rey, fue patrocinada por la realeza

*La edición de
Coverdale*

y se ordenó que debía aceptarse como el fundamento de la fe nacional y que fuera divulgada en las iglesias de todo el país. Sin embargo, esta aprobación no duró mucho. En 1543, una medida titulada, “Decreto para el progreso de la religión verdadera y para la abolición de la opuesta” promulgaba que “toda clase de libros del Antiguo y del Nuevo Testamentos en inglés, derivados de la traducción astuta, falsa y errónea de Tyndale, deberá ser clara y absolutamente abolida y extinguida. Su tenencia y uso deberá ser prohibido”.

Los castigos por la desobediencia fueron muy severos, llegando en algunos casos a la pena de cadena perpetua. Se podía leer otros libros, pero la lectura de las Escrituras se limitaba a los jueces, los nobles, los capitanes y los magistrados, quienes podían leer la Biblia a sus familias. “Los comerciantes pueden leerla en privado para sí mismos. No obstante, ninguna mujer o artesano, aprendiz, oficial, sirviente del grado de labrador acomodado o de un grado menor, ningún obrero agrícola, o trabajador leerá dentro de este reino la Biblia o el Nuevo Testamento en inglés, ya sea para sí mismo o para otra persona, en privado o en público.” Las mujeres o las damas que pertenecían a la nobleza podían leer la Biblia para sí mismas. El rey declaró que él purgaría y limpiaría su reino de todos estos libros por medio de leyes severas y penales. Sin embargo, permitiéndolo o prohibiéndolo, no se podía impedir que la gente leyera las Escrituras. Cuando eran

leídas en voz alta en las iglesias, acudían multitudes de personas a escucharlas; cuando ellas eran prohibidas, se corrían todos los riesgos para obtenerlas.

Un campesino escribió (con muy mala ortografía) en su testamento: “En cuanto a la invención de las cosas, en Oxford, el año 1546, fue traído a Seynbury, por medio de Juan Darbye, *Vice Lord*. Cuando cuidé las ovejas del *Sir Letymers* compré este libro, cuando el Testamento estaba prohibido y que los pastores no debían leerlo: Oro a Dios que quite tal ceguera. Escrito por Robert Wyllyams, cuidando ovejas en el Monte de Seynbury”. Al recibir la gente la enseñanza de Moisés y los profetas, la de las Historias y los Salmos, especialmente al llegar ellos a conocer a Jesucristo en los Evangelios y trazar las consecuencias de su obra expiatoria en las Epístolas, se transformó todo el carácter de la nación, ya que, como en cualquier nación, el nivel de la justicia y la compasión constituye un índice de cuánto este libro ha afectado los corazones y las mentes de la gente.

Durante los seis años del reinado de Eduardo VI, aquellos que estaban en el poder desarrollaron a la Iglesia Anglicana hacia una vertiente mayormente protestante, pero en los seis años siguientes del reinado de la Reina María esta política cambió completamente, e Inglaterra retomó su alianza con el Papa, recibiendo así absolución por su herejía y cisma. Sin embargo, aunque el gobierno se mostró flexible, el pueblo mantuvo una posición firme. Ningún esfuerzo pudo inducir a la gente a someterse a prácticas que de manera clara eran contrarias a la Palabra de Dios. Cientos de personas, no sólo aquellos que ocupaban altos cargos, sino también de entre los más humildes, tanto hombres como mujeres, fueron quemados públicamente en las ciudades y los pueblos de Inglaterra. Los sufrimientos de estos mártires resultaron ser más eficaces en romper el poder de Roma que las políticas de los gobernantes o los argumentos de los teólogos. Las llamas de aquellas hogueras aún arden en la memoria del pueblo de Inglaterra como faros que lanzan su advertencia contra cualquier regreso a un sistema que pudiera tener semejantes frutos.

En Londres había una iglesia, fundada sobre fundamentos bíblicos, en el reinado de Eduardo VI, compuesta de cristianos franceses, holandeses e italianos. Anterior a esto ya habían existido iglesias

Robert Browne y
los brownistas

Capítulo 11

inglesas de este carácter, que se remontaban al tiempo de los lolardos, pues el Obispo de Londres en 1523 escribió que el enorme grupo de los herejes seguidores de Wiclef no era nada nuevo. Existen informes de “congregaciones” en Inglaterra en 1555, y se conoce que las iglesias bautistas existieron en el reinado de la Reina Isabel, antes de 1589. Tanto los llamados independientes o congregacionalistas como los bautistas eran iglesias de creyentes independientes. Se diferenciaban en que los bautistas sólo practicaban el bautismo de creyentes, mientras que los independientes bautizaban a los niños, con tal que uno de los padres (o el tutor) fuese creyente.²

Robert Browne fue tan activo al proclamar la independencia de cada congregación de creyentes que, siguiendo la antigua costumbre de darle un nombre sectario a aquellos que estaban fuera de la Iglesia del estado, tales grupos de creyentes fueron a menudo llamados “los brownistas”. El Sir Walter Raleigh afirmó en el Parlamento que había miles de brownistas en aquel tiempo. Los escritos de Browne, como por ejemplo su libro titulado, *Un libro que muestra la vida y las costumbres de todos los cristianos verdaderos, y cuán diferentes son de los turcos, los papistas y los paganos* y otro libro, *Un tratado de la Reforma sin esperar por ninguno*, ejercieron una gran influencia.³ Dos hombres fueron ahorcados en Bury San Edmundo, en 1583, por hacer circular estos libros, y todos los ejemplares encontrados fueron quemados. El propio Browne —acosado, encarcelado, perseguido y finalmente quebrantado en salud mental y física— permitió que lo reintegraran a la Iglesia oficial.

Todos los grupos de disidentes fueron perseguidos incesantemente: los puritanos, presbiterianos y especialmente los bautistas e independientes. Las cárceles estaban llenas de ellos, y puesto que estas se hallaban en condiciones paupérrimas, una cantidad indeterminada de estos creyentes murió a causa de las enfermedades, la miseria y los maltratos que en aquel entonces acompañaban al encarcelamiento.

Los hombres más distinguidos entre los independientes fueron Barrowe, Greenwood y Penry. Los dos primeros habían demostrado de manera inequívoca que el único camino recto para aquellos que no aprobaban las doctrinas de la Iglesia oficial era el de separarse de ella. Además, que era deshonroso para un hombre consentir en lo que él mismo no creía o que creía sólo en parte, y cuánto

Barrowe,
Greenwood y
Penry

más lo era si aceptaba alguna posición o pago para diseminarlo. Después de pasar varios años encarcelados, ambos fueron ahorcados. Por su parte, Penry se sintió tan conmovido por la condición miserable del pueblo de Gales que no sólo predicó y trabajó entre ellos de manera incansable, sino que trató de incitar a otros para que hicieran lo mismo, perturbando así al clero negligente y notoriamente pecaminoso de aquel país y provocando su envidia y odio. Él poseía en un grado poco común los dones y las bendiciones de un ministro de Cristo; su vida era piadosa, llena de amor y compasión por las almas. Además, era culto, comprensivo, de fuertes lazos familiares y devoto en el servicio del Evangelio. Su obra fue eficaz en la conversión de los pecadores y en la edificación de aquellos que creyeron, principalmente en Gales, aunque también en gran medida en Escocia e Inglaterra. Penry también fue capturado en Londres y fue ahorcado poco después que sus dos colegas del Evangelio.

Estos hombres se relacionaron con una iglesia conocida como la “iglesia privada en Londres”. Su principio fundamental fue la Palabra del Señor: *“Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”* (Mateo 18.20). Este grupo no tenía lugar fijo de reunión; los encuentros se llevaban a cabo en casas privadas o al aire libre. Una de sus reuniones fue disuelta en 1567, y catorce de sus miembros líderes fueron encarcelados. En 1592, cincuenta y seis de ellos fueron detenidos en una reunión mientras adoraban a Dios. Año tras año, una gran cantidad de ellos de distintas partes del país yacieron en la más extrema miseria, en calabozos y en cadenas. En seis años, murieron diecisiete encarcelados y, posteriormente, veinticuatro en un solo año.

Durante este período se escribió una defensa de la Iglesia Anglicana, el *Gobierno eclesiástico* por Ricardo Hooker,⁴ una obra que fue, y aún es, ampliamente admirada. En ella, Hooker se opuso a aquellos que sostenían que a la Iglesia Anglicana le hacía falta una reforma adicional e intentó probar que la Biblia por sí sola no era suficiente para la dirección de la Iglesia; que había muchas costumbres y ritos practicados por los apóstoles que no estaban escritos pero que se sabe que son apostólicos; que muchas de las leyes de Dios son variables; que hay muchos actos que se llevan a cabo en la vida diaria acerca de los cuales la Biblia no ofrece ninguna instrucción y que esta



El “Gobierno eclesiástico” de Hooker

Capítulo 11

no es indispensable para ofrecer orientación sobre cada acción, sino que cada caso de la vida debe enmarcarse en la ley de la razón; que la fe puede basarse en otras cosas además de la Escritura debido a que la autoridad del hombre influye mucho; y que lo que se narra en la Escritura no debe necesariamente considerarse como un mandato.

Al cuidadosamente limitar y minimizar de esa manera la autoridad de la Escritura, algunas prácticas y doctrinas contrarias a ella son dadas por sentado como correctas, como, por ejemplo, el bautismo de infantes y la necesidad de los sacramentos para la salvación. Hooker plantea:

Somos culpados (...) de que en muchas cosas nos hemos apartado de la antigua simplicidad de Cristo y sus apóstoles; de que hemos abrazado demasiada firmeza externa; que tenemos aquellas órdenes en el ejercicio de la religión que aquellos que más agradaron a Dios y le sirvieron de una manera más devota nunca tuvieron. Porque no hay duda de que el primer estado de las cosas fue mejor que el presente, que en el inicio de la religión cristiana la fe tenía su forma más sana, las Escrituras de Dios eran entonces mejor comprendidas por todos los hombres, todos los aspectos de la santidad abundaban más en aquel entonces y, por tanto, se deduce que las costumbres, las leyes y las ordenanzas inventadas posteriormente no son tan buenas para la iglesia de Cristo; que la mejor manera es eliminar las invenciones posteriores del hombre y reducir las cosas al estado original.

A esto, Hooker responde que aquellos que adoptaban semejante posición:

...deben confesar que no se sabe con certeza cuáles eran las órdenes de la iglesia en los tiempos apostólicos, teniendo en cuenta que las Escrituras no las mencionan todas, y que, además, existen otros informes que ellos rechazan por completo. De modo que al sujetar la iglesia a las órdenes del tiempo de los apóstoles, la sujetan a una regla maravillosa pero muy incierta, a menos que no exijan la observación de ninguna de las órdenes sino sólo aquellas que se sabe que son apostólicas por medio de los escritos de los propios apóstoles (...) Estoy seguro de que ellos no insinúan que nosotros ahora debamos reunir a nuestro pueblo para servir a Dios en reuniones privadas y secretas; o que los ríos o arroyos comunes deban usarse para el bautismo; o que la Eucaristía deba ministrarse después de la cena; o que la costumbre de la fiesta de la Iglesia deba renovarse; o que toda clase de provisión permanente para el ministerio deba abolirse por completo y que su bienestar deba depender nuevamente de la devoción voluntaria

de los hombres. En estas cosas fácilmente se percibe cuán incompetentes serían para el presente, aunque al principio resultó ser lo suficientemente conveniente. La fe, el celo y la piedad de los tiempos antiguos vale la pena honrar. No obstante, ¿acaso demuestra esto que las órdenes de la iglesia de Cristo deben ser aún las mismas que las de ellos, que no puede haber nada que no haya existido entonces, o que desde entonces nada haya dejado debidamente de existir? Aquellos que buscan restaurar la Iglesia a lo que era al principio deben, inevitablemente, poner límites a sus palabras.

De modo que, al disminuir la autoridad de la Escritura y señalar que si sus adversarios fueran consecuentes ellos avanzarían más que lo que habían logrado en su supuesto regreso a las Escrituras, Hooker creó las bases sobre las cuales llegó a la conclusión de que a la Iglesia Anglicana no le hacía falta ninguna reforma adicional, al estar más en consonancia con la Escritura y el sentido común que cualquier otra. Al avanzar a través de sus diversas creencias y prácticas alcanzó la cima de la estructura cuando argumentó que el reconocimiento del Rey Enrique VIII y cada uno de sus sucesores, según el orden de sucesión establecido como Jefe Supremo de la Iglesia, estaba plenamente de acuerdo con las enseñanzas de la Escritura. En lo referente a esta Iglesia, él dice: “Nosotros afirmamos que (...) no hay ningún hombre de la Iglesia Anglicana que no sea también miembro de la mancomunidad, y no hay ningún hombre de la mancomunidad que no sea también miembro de la Iglesia Anglicana”. Aunque muy convencido de sus enseñanzas y deducciones, resulta evidente y encomiable que en el lenguaje de Hooker hay un autodomínio y una dignidad en contraste notorio con la violencia y los insultos que caracterizaron el modo de expresarse que todos los partidos de su tiempo se permitieron utilizar.

Antes de la culminación de su reinado, Isabel dejó de encarcelar a aquellos que se negaban a conformarse a la Iglesia Anglicana y se limitó a desterrarlos. Esto condujo a que muchos de los llamados brownistas y anabaptistas buscaran refugio en Holanda. Fue así como ellos fundaron una iglesia en Amsterdam, la cual, bajo la dirección de Francis Johnson y Henry Ainsworth, publicó en 1596 una *Confesión de fe de ciertos ingleses exiliados residentes en los Países Bajos*.

Capítulo 11

Holanda era un centro de actividades espirituales de la mayor importancia. Entre los muchos maestros ilustres que se encontraban allí, ninguno ejerció una influencia de mayor alcance que Jacobus Arminius (1560–1609).⁵ Aunque su nombre está relacionado a conflictos religiosos, el arminianismo en contraste con el calvinismo, él en sí no fue un hombre partidario ni extremista en sus opiniones. Desde los días en que Agustín y Pelagio habían reñido, el primero al mantener la soberanía facultativa de Dios y el segundo el libre albedrío y la responsabilidad del hombre, estas preguntas vitales de las relaciones entre Dios y el hombre no habían dejado de ocupar las mentes y los corazones de las personas. Calvino, y aun más algunos de sus seguidores, mientras mostraban de manera convincente lo que se enseña en la Escritura en relación a la soberanía y la elección de Dios, minimizaban aquellas verdades que traen equilibrio a estas, que también se hallan en las Escrituras. De manera que su lógica, planteada a partir de una parte limitada de la verdad revelada en lugar de toda la verdad, los llevó a la conclusión de que el hombre está sujeto a decretos absolutos los cuales él no tiene poder para variar. La extravagancia manifiesta de semejante enseñanza naturalmente provocó una reacción que con el tiempo se hizo extrema.

Jacobus Arminius
(1560–1609)

Educado bajo la influencia de las enseñanzas de Calvino, Arminius —conocido por todos como hombre de carácter intachable y de capacidad y conocimiento insuperables— fue escogido para escribir en defensa del calvinismo de la variante menos extremista. Se suponía que el calvinismo estaba en peligro por los ataques que recibía. Sin embargo, al estudiar el tema, se dio cuenta de que mucho de lo que él había apoyado no tenía base, que convertía a Dios en autor de pecado, que limitaba su gracia salvadora y dejaba a la mayoría de la humanidad sin esperanza o posibilidad de salvación. Arminius se percató a partir de las Escrituras que la obra expiatoria de Cristo era para todos, y que el libre albedrío del hombre es una parte del decreto divino. Al regresar a la enseñanza original de la Escritura y la fe de la iglesia, Arminius evitó los extremos hacia los cuales ambos partidos habían llevado la controversia de hacía mucho tiempo. Su declaración de lo que él había llegado a creer lo involucró de manera personal en conflictos que

afectaron tanto su espíritu aun al punto de acortar su vida. Su enseñanza adquirió posteriormente una forma viva y evangélica como parte del avivamiento metodista.

Cuando Jacobo I llegó al trono, se renovaron los esfuerzos —los cuales se habían debilitado a finales del reinado de Isabel— a fin de imponer uniformidad de religión, y la emigración, aunque ahora contenida por las autoridades, continuó. En ese tiempo se reunía una congregación de creyentes en Gainsborough, de la cual Juan Smyth era líder. De esta iglesia surgió otra, compuesta de miembros que anteriormente viajaban unos dieciséis o dieciocho kilómetros para asistir a las reuniones de los domingos en Gainsborough. Este nuevo lugar de reunión fue la Casa Señorial Scrooby, y a los creyentes allí se les unió Juan Robinson, quien tuvo que dejar su congregación en Norwich a causa de la persecución. Pero su nueva paz fue de corta duración; sus casas fueron puestas bajo vigilancia, sus medios de subsistencia fueron confiscados, o de lo contrario ellos fueron encarcelados. Luego que algunos intentaran en vano escapar a Holanda, con el tiempo decidieron, a nivel de iglesia, emigrar juntos (1607). Su viaje fue interrumpido por repetidos arrestos, encarcelamientos y separaciones dolorosas, hasta que por fin llegaron en pequeños grupos. Destituidos, pero no desanimados, se reagruparon y fueron recibidos por las iglesias en Amsterdam y en otras partes.

*Emigración a
Holanda desde
Inglaterra*

La iglesia en Amsterdam pronto comenzó a sufrir a causa de las diferencias de opinión. Los menonitas holandeses estaban a favor del bautismo de creyentes, al igual que Juan Smyth y Tomás Helwys. Sin embargo, la mayoría de los miembros no estaban de acuerdo con esto y hubo mucha disensión. Smyth y Helwys con aproximadamente cuarenta hermanos más fueron excluidos de la hermandad. Estos formaron otra iglesia. Los bautistas también sostenían que el poder civil no tenía derecho a interferir en asuntos de religión o imponer alguna forma de doctrina. Por el contrario, afirmaban que el poder civil debía limitarse exclusivamente a los asuntos políticos y a mantener el orden. Los otros opinaban que era el deber del estado ejercer cierto control en asuntos de doctrina y el orden de la iglesia. Aunque ellos protestaban contra las medidas de coacción usadas en su contra, no estaban dispuestos a permitir que los demás que diferían de ellos obtuvieran total libertad.

Capítulo 11

Aquellos que estaban con Smyth no creían que fuera conforme a la enseñanza del Señor que un cristiano portara armas ni que sirviera como magistrado o gobernante. Johnson y Ainsworth se inclinaban cada vez más hacia una forma presbiteriana de gobierno de la iglesia, con la cual Juan Robinson no estaba de acuerdo. A fin de evitar una disputa mayor, Robinson y otros se trasladaron de Amsterdam a Leiden y fundaron allí una iglesia. Esta iglesia continuó en unidad y paz, destacándose el ministerio de Juan Robinson por su poder y alcance.

Estas iglesias no sólo proveyeron un hogar para los cristianos perseguidos y mantuvieron un testimonio de la verdad, sino que, además, llegaron a ejercer una influencia de largo alcance. Cuando a algunos de sus miembros les fue posible regresar a Inglaterra, lo hicieron y fortalecieron en gran manera a los creyentes allí. Helwys, junto con otros hermanos, fundó una iglesia bautista en Londres aproximadamente en 1612. Unos pocos años después, Henry Jacob, un colega de Robinson, vino y ayudó a formar una iglesia independiente en Londres, de la cual más tarde surgió una iglesia de bautistas “particulares” o calvinistas.

*Libertad de
conciencia en el
nuevo mundo*

Pero hubo otros cuyo rumbo estaba determinado por asuntos de más alcance. La idea de establecer iglesias en el nuevo mundo, donde hubiera libertad de conciencia, de adoración y de testimonio, llegó a afectar cada vez más a estos exiliados y, después de mucha oración y bastante negociación, el *Speedwell*

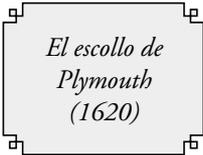
partió en su gran aventura.

La partida fue difícil tanto para los que se iban como para los que se quedaban. Juan Robinson, en sus palabras memorables al grupo que partía en Delft Haven, dijo:

Les encomiendo ante Dios y sus benditos ángeles que me sigan no más allá de lo que me han visto seguir al Señor Jesucristo. Si Dios les revela algo por medio de cualquier otro de sus instrumentos, estén tan dispuestos a recibirlo como lo estuvieron a recibir cualquier verdad por medio de mi ministerio, ya que estoy convencido de que el Señor tiene aun más verdades por revelar en su santa Palabra. En lo que a mí respecta, no puedo lamentar suficientemente la condición de aquellas Iglesias Reformadas que han llegado a estancamiento en la religión, y en el presente no continuarán más allá que los instrumentos de su reforma. Los luteranos no pueden ser persuadidos a ir más allá de lo que Lutero vio; cualquier parte de su

voluntad que nuestro Dios ha revelado a Calvino, los luteranos prefieren morir antes que aceptarla. Por su parte, los calvinistas permanecen firmes donde los dejó el gran hombre de Dios quien, sin embargo, no vio todas las cosas. Esto es algo que resulta muy lamentable, ya que a pesar de que ambos fueron luces brillantes y radiantes en sus tiempos, ninguno de los dos comprendió todo el consejo de Dios. No obstante, si vivieran ahora estarían tan dispuestos a abrazar la nueva luz como la que ambos recibieron al principio, por cuanto no es posible que el mundo cristiano saliera de una forma tan tardía de semejante oscuridad anticristiana y pretender que la perfección del conocimiento aparezca inmediatamente.

Al *Speedwell* se le unió el *Mayflower* con un grupo de Inglaterra que debía ir con ellos, y los dos navíos partieron juntos desde Inglaterra, pero como al *Speedwell* se le comenzó a infiltrar el agua, tuvo que regresar. Debido a esto todos los viajeros se apiñaron en el *Mayflower* y el pequeño navío zarpó desde Plymouth (1620). Una enorme tormenta casi les hizo regresar, pero estando resueltos a continuar, se esforzaron, y luego de navegar durante nueve semanas desembarcaron, 102 personas, en la Bahía Plymouth en Nueva Inglaterra. Allí estos peregrinos echaron los cimientos de un estado que, al hacerse populoso y más próspero que los demás, no ha olvidado la impresión del carácter de los hombres y mujeres que lo fundaron en el temor de Dios y el amor por la libertad.



*El escollo de
Plymouth
(1620)*

La Iglesia Anglicana, al tener su origen en la Iglesia de Roma, aunque separada de esta y modificada por las influencias de los reformistas luteranos y suizos, combinó las características de todos estos sistemas. Esta convirtió al rey en su Jefe Supremo, y mantuvo así un carácter político, al igual que los reformistas, adoptó parte del sistema clerical de la Iglesia de Roma, con sus baluartes imprescindibles del bautismo de infantes y la administración de la Cena del Señor por el clero. Sin ser episcopaliana al principio, a finales del reinado de Isabel la Iglesia Anglicana ya había comenzado a adquirir el sistema de Roma en este sentido y en poco tiempo había adoptado completamente dicho sistema de gobierno.

Los puritanos fueron ese elemento en la Iglesia Anglicana que constantemente luchó contra todo lo que perteneciese al sistema de Roma, esforzándose siempre por hacerla definitivamente protestante. Ellos sufrieron mucho a causa de sus esfuerzos por mantener la autoridad de la Escritura contra los decretos de los gobernantes.

Capítulo 11

Los presbiterianos simpatizaban más con los reformistas continentales que la Iglesia Anglicana. Escocia aceptó el presbiterianismo como su Iglesia oficial, pero en Inglaterra semejante divergencia de uniformidad no fue permitida. Fue por ello que en 1572 las autoridades dispersaron a una iglesia presbiteriana fundada en Wandsworth.

Los independientes mantuvieron la doctrina bíblica de la independencia de cada congregación de creyentes y su dependencia directa del Señor. Tanto se diferenciaban de la Iglesia oficial, al apartar al rey y a los Obispos de los lugares que ellos habían ocupado en la Iglesia y negándoles incluso su derecho de ser miembros de la iglesia a menos que se convirtieran, que no se les mostró ninguna compasión. Ellos fueron encarcelados por montones, multados, mutilados y ejecutados con la más despiadada crueldad.

Los bautistas eran vistos incluso peor, ya que compartían totalmente la opinión de los independientes en cuanto a la iglesia y, además, negaban que el estado tuviera alguna autoridad para interferir en cuestiones de religión. Repudiaban completamente el bautismo de infantes y regresaron a la práctica primitiva de bautizar sólo a los creyentes. De este modo, ellos pusieron el hacha a la raíz del poder clerical. Su compañerismo espiritual era con los anabaptistas, los valdenses y otros como ellos. Naturalmente que con ellos y con los independientes compartieron la mayor ira de aquellos que estaban resueltos a toda costa a obligar a toda la nación a aceptar aquella forma de religión que durante aquel tiempo fue ordenado por el Estado.

En todos estos grupos hubo miembros verdaderos individuales de la iglesia de Cristo, ya fuesen los de Roma, anglicanos o miembros de la iglesia libre. También hubo grupos de creyentes que correspondían a las iglesias de Dios del Nuevo Testamento entre las congregaciones perseguidas y despreciadas, pero como había sucedido y seguirá sucediendo, les tocó mantener su testimonio en medio de circunstancias tan confusas como para poner a prueba hasta lo máximo su fe y amor.

Se le dio un gran impulso a la difusión del Evangelio por medio de la publicación en 1611 de la hermosa y poderosa traducción de la Biblia conocida como la *“Authorized Version”*. Su lenguaje e ilustraciones se han convertido en una parte esencial del idioma inglés, y ningún libro ha sido tan ampliamente leído o ha ejercido jamás tanta influencia para el bien.

La *“Authorized Version”* de la Biblia (1611)

A pesar de la persecución, las congregaciones de creyentes aumentaron. Según una declaración hecha en la Cámara de los Lores (1641), en Londres y sus alrededores había ochenta grupos de diferentes “sectarios”, y se les tildaron despectivamente a aquellos que ministraban en ellos de zapateros, sastres y “basura por el estilo”.

La Guerra Civil produjo un gran cambio en las condiciones imperantes. En el transcurso de la lucha se consideraron propuestas para la formación de una nueva Iglesia nacional. Como los Obispos irremediamente estaban de parte del rey, y resultaba conveniente tener el apoyo total de Escocia, los teólogos nombrados por el Parlamento para redactar una nueva forma de religión adoptaron el Pacto Escocés y la forma presbiteriana de gobierno de la iglesia, la cual fue aceptada por el Parlamento. Los presbiterianos insistieron en que todo esto debía ser impuesto al pueblo de Inglaterra, e impusieron castigos severos contra cualquier negativa a conformarse. Las sectas debían ser exterminadas. Los pocos independientes que tomaron parte en estas discusiones en Westminster protestaron en vano para que se les garantizara la libertad; los bautistas, quienes abogaban por una total tolerancia religiosa, ni siquiera fueron consultados.

*La Primera
Guerra Civil
(1642–1646)*

Sin embargo, durante la guerra el ejército del “Nuevo Modelo” de Cromwell había crecido y se había convertido en el medio indispensable para alcanzar la victoria. Este estaba compuesto de hombres religiosos, muchos de ellos “sectarios”. Hombres de diferentes credos habían peleado uno al lado del otro por la misma causa. Episcopalianos, puritanos, presbiterianos, independientes y bautistas se habían unido en la adoración y en la guerra y habían desarrollado un respeto mutuo en la dura lucha que habían compartido. Ellos no estaban dispuestos a ver la libertad de conciencia, por la cual habían peleado y padecido, desbaratada por legisladores intolerantes. Luego, por medio de unos sucesos rápidos y bruscos, tanto la Asamblea que había redactado la confesión de Westminster como el Parlamento británico fueron disueltos. Se estableció la Comunidad Británica de Naciones, y con esta llegó tal libertad de conciencia y de adoración, tal libertad para expresar y publicar lo que se creía como nunca antes se había conocido.

*Oliver Cromwell
(1599–1658)*

Capítulo 11

El Consejo de estado declaró (1653) que nadie debería ser obligado a conformarse a la religión pública, mediante castigos o de otra manera; que “aquellos que profesan fe en Dios por medio de Jesucristo, aunque difieran en su doctrina, culto o práctica de los juicios públicos, no deben ser restringidos, sino que se les debe proteger en la profesión de su fe y el ejercicio de su religión siempre y cuando ellos no abusen de esta libertad en perjuicio del derecho civil de los demás y en alteración real del orden público”. El papado y la prelatura no estaban incluidos en esta libertad. Se nombraron jueces para examinar a los ministros de las iglesias. Aquellos que eran hallados ignorantes o de una vida impía fueron excomulgados. Estos fueron numerosos, y los púlpitos se llenaron de hombres que demostraron ser capaces de instruir al pueblo. Estos hombres eran en su mayoría presbiterianos e independientes, aunque unos pocos eran bautistas.

La eliminación de las restricciones permitió que aparecieran dones ocultos entre las personas, y un sinnúmero de predicadores y escritores capaces fueron tanto el resultado de esto como un estímulo para avivar la vida espiritual. Durante este tiempo hubo un gran incremento de la predicación del Evangelio, y no pocas de las iglesias fundadas como resultado de esto eran de un carácter no sectario. Se despertó así una conciencia nacional con relación a las necesidades de los paganos, y el Parlamento constituyó una corporación para la propagación del Evangelio en Nueva Inglaterra, declarando “que los Comunes de Inglaterra reunidos en el Parlamento, al tener conocimiento de que los paganos de Nueva Inglaterra comenzaban a invocar el nombre del Señor, se sintieron obligados a ayudar en dicha obra”. El interés que condujo a esto había sido despertado por Juan Eliot, quien, expulsado de Inglaterra por la persecución, atravesó el mar y llegó a Boston. De allí pasó a vivir entre los indios, aprendió su idioma, al cual tradujo la Biblia y otros libros, y predicó el Evangelio entre ellos, dando lugar a su mejoramiento social y espiritual.

En Drayton-in-the-Clay en Leicestershire, Inglaterra, a Christopher Fox y María su esposa, gente devota, les nació un hijo (1624) a quien llamaron George (Jorge)⁶ y quien, siendo aún un niño, “tuvo una seriedad y firmeza de mente y espíritu poco comunes en los niños”. De ese entonces él decía: “Cuando vi a los hombres adultos comportarse los unos con los otros de

manera irresponsable y libertina, surgió un disgusto en mi corazón y me dije a mí mismo: ‘Si alguna vez llego a ser adulto, sin duda no me comportaré así’”. Cuando apenas tenía once años, Jorge se dio cuenta de que sus palabras debían ser pocas y que su “Sí” y “No” debían ser suficientes. También se dio cuenta de que debía comer y beber, no con desenfreno, sino para la salud, “usando a las criaturas cada una en su servicio, como siervos en sus lugares, para la gloria de su Creador”. Después de desempeñarse en los negocios por un tiempo, a la edad de diecinueve años sintió un llamado de Dios de salir de su hogar, y durante los cuatro años siguientes viajó, regresando a su hogar de vez en cuando. Durante este tiempo se encontró en una gran aflicción y conflicto espiritual; oró, ayunó y le dedicó mucho tiempo a las caminatas largas y solitarias. También se dedicó a hablar con muchas personas, pero fue perturbado al darse cuenta de que los profesores de religión no poseían lo que profesaban.



Jorge Fox
(1624-1691)

Durante las fiestas religiosas, como las navidades, en lugar de sumarse a las festividades, Jorge solía ir de casa en casa visitando a las viudas pobres y dándoles dinero, de lo cual poseía lo suficiente para sí mismo y para ayudar a los demás. En sus caminatas, llegó a tener lo que él llamaba “aperturas” del Señor. Un día, cerca de Coventry, él meditaba acerca de por qué se dice que todo cristiano es creyente, ya sea protestante o papista. “Pero,” consideró, “el creyente es aquel que ha nacido de nuevo, que ha pasado de muerte a vida, de lo contrario no es creyente”. De modo que se dio cuenta de que muchos que profesan ser cristianos o creyentes no lo son.

En otra ocasión, un domingo por la mañana, mientras atravesaba un campo, el Señor le reveló “que el hecho de haber estudiado en Oxford o Cambridge no era suficiente para equipar y capacitar a los hombres para ser ministros de Cristo”. Quedó impresionado por la Escritura: “*No tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas*” (1 Juan 2.27), y se valió de esto para justificar su ausencia de la iglesia y, en lugar de ello, llevar su Biblia y retirarse a los huertos y campos. Nuevamente le fue revelado: “Dios, que hizo el mundo, no habita en templos hechos por manos humanas”. Esto le sorprendió, ya que era común hablar de las capillas como “templos de Dios”, “lugares temibles”, “tierra santa”, pero ahora él veía que el pueblo de Dios es su templo y que él mora en ellos.

Capítulo 11

Al cabo de este tiempo, finalmente abandonó su hogar y amistades. De allí, Jorge Fox vivió una vida errante, se hospedaba en una habitación de algún que otro pueblo, se quedaba allí unas pocas semanas y luego continuaba su viaje. Había perdido la esperanza de que el clero le pudiera ayudar y se había vuelto a los disidentes, pero ninguno de estos pudo aconsejarlo en su condición. Fue entonces cuando él dijo: “Cuando se acabaron todas mis esperanzas en ellos y en todos los hombres, de manera que no quedaba nada que me ayudara ni sabía qué hacer, entonces, ¡ah!, escuché una voz que dijo: ‘Hay uno sólo, Jesucristo, que puede hablar a tu condición’, y cuando escuché esto mi corazón dio un vuelco de alegría”. Luego Jorge experimentó una gran paz, gozó de una comunión con Cristo, se percató de que, en el Señor quien lo había hecho todo y en quien él creía, él poseía todas las cosas. Él no podía dejar de alabar a Dios por su misericordia.

Él fue consciente del mandato del Señor de ir a las naciones, a fin de traer a las personas de las tinieblas a la luz, por lo que dice:

Yo me di cuenta de que Cristo había muerto por todos, y que era una propiciación para todos; que él alumbró a todos los hombres y mujeres con su vida divina y salvadora; y que nadie podría ser un verdadero creyente a menos que creyera en esto (...) De estas cosas no me percaté por medio de la ayuda del hombre ni mediante la lectura, aunque estas cosas están escritas, sino que las vi a la luz del Señor Jesucristo y por medio de su Espíritu inmediato y su poder, al igual que lo hicieron los santos hombres de Dios, por quienes se escribieron las Sagradas Escrituras. Sin embargo, yo no sentía poca estima por las Sagradas Escrituras, sino que ellas eran muy valiosas para mí, por cuanto yo me encontraba en aquel Espíritu mediante el cual ellas fueron reveladas. Y lo que el Señor me reveló, más tarde me di cuenta de que era conforme a ellas.

Muchos comenzaron a reunirse para escuchar a Jorge Fox, y algunos se convencieron. Las reuniones de los “amigos” comenzaron a llevarse a cabo aquí y allá.

Un principio con Fox era el rechazo a portar armas o a participar en la guerra. Él desechaba todo uso de la fuerza y enseñaba que se debía soportar y perdonar todas las cosas, que no se debía hacer ningún juramento y que se debía rechazar todo pago del diezmo. El modo de llevar a cabo estos principios y esta misión era sin ningún temor y sin tener en cuenta ninguna de las consecuencias.

Un ejemplo de esto aparece en su *Diario*:

Fui a otra capilla que quedaba aproximadamente a cinco kilómetros, donde predicaba un gran sumo sacerdote, llamado un doctor (...) Entré a la capilla y me quedé allí hasta que el sacerdote había concluido. Las palabras que él tomó como versículos claves fueron las siguientes: “A todos los sedientos: Venid a las aguas; y los que no tienen dinero, venid, comprad y comed. Venid, comprad sin dinero y sin precio, vino y leche.” Luego me sentí guiado por el Señor a responderle: “Bájate, engañador. ¿Tú invitas al pueblo a venir y a tomar gratis del agua de la vida y, sin embargo, cobras trescientas libras de ellos cada año para predicarles las Escrituras? ¿Acaso no debes avergonzarte por esto? ¿Acaso el profeta Isaías y Cristo hicieron eso, quienes dijeron las palabras y se las dieron gratis? ¿Acaso Cristo no les dijo a sus ministros a quienes envió a predicar: “De gracia recibisteis, dad de gracia”?

El sacerdote, mostrando asombro, se marchó precipitadamente. Después que él había abandonado su rebaño, tuve todo el tiempo que deseé para hablarle a la gente. Y los dirigí de las tinieblas a la luz y a la gracia de Dios, aquella que les enseñaría y les traería salvación. Los dirigí al Espíritu de Dios en su interior, el cual sería un maestro gratuito para ellos.

Se inició un conflicto que se propagó por todo el país y más allá de sus fronteras. Los métodos de los “amigos” anulaban todo propósito de tolerancia del gobierno, y la conmoción local y el enojo tuvieron su expresión en violencia extrema. Los “amigos”, ahora llamados “cuáqueros” en son de burla, fueron azotados, multados, encerrados en prisiones repugnantes, y sometidos a toda clase imaginable de indignidades. El propio Fox fue encarcelado repetidas veces, azotado y maltratado. Como la cantidad de miembros aumentaba constantemente, rara vez hubo menos de mil “amigos” en prisión al mismo tiempo. No obstante, ellos nunca se amedrentaron ni trataron de evadir la persecución, más bien parecía que la invitaban y, a pesar de todo, la Sociedad iba en aumento, sus reuniones se propagaron por todo el país, y de ellas salieron predicadores, tanto hombres como mujeres, a quienes ningún peligro logró contener. Ellos muy pronto llegaron también al extranjero; hacia el oeste a las Antillas y los asentamientos de la Nueva Inglaterra, y hacia el este al interior de Holanda y Alemania.

La “Sociedad de los amigos” o los “cuáqueros”

Capítulo 11

En el reinado de Jacobo II las circunstancias trajeron libertad para los “amigos”, entre otros, y la Sociedad pudo desarrollar libremente las labores para el alivio del sufrimiento y la eliminación de la injusticia que tanto la han caracterizado siempre.

El poder de su testimonio radicaba en el avivamiento de la verdad olvidada en lo referente a la vida interna del Espíritu Santo. La Sociedad de los Amigos no fundó iglesias en el sentido del Nuevo Testamento, ya que el ingreso a ella no se basaba en la conversión o el nuevo nacimiento, ni se practicaban las ordenanzas externas del bautismo y la Cena del Señor. Con todo, las reuniones se convertían en oportunidades donde había libertad para que el Espíritu Santo ministrara por medio de alguien que él escogiera, sin estar limitado por ninguna regulación humana.

En la Restauración hubo un retorno a la antigua política de esforzarse por obligar a todos los partidos a conformarse a la Iglesia Anglicana. Se promulgó así el Decreto de Uniformidad (1662), el cual exigía que cada ministro en la Iglesia debiera declarar ante su congregación su aprobación incondicional y su consentimiento a todo lo que contenía el *Libro de la Oración Común*, y que cada ministro debiera obtener ordenación episcopal. El resultado fue que dos mil ministros, incluyendo, por supuesto, a los mejores, se negaron a someterse y fueron expulsados de su manera de ganarse la vida. Esto fortaleció la disconformidad en el país y decreto tras decreto fue promulgado para eliminarla. Ningún disidente podía ocupar un cargo en ningún cuerpo municipal, ni podía celebrar ningún encuentro

*El Decreto de
Uniformidad
(1662)*

en el cual estuvieran presentes más de cinco personas además de los miembros de su familia, ni tampoco se le podía conceder ningún empleo gubernamental. A los ministros expulsados se les prohibió acercarse más de los ocho kilómetros de cualquier pueblo o de cualquier lugar donde ellos hubieran ministrado anteriormente.

Los castigos relacionados a cualquier infracción de estas leyes eran los más severos. Sin embargo, los bautistas y los independientes celebraban reuniones secretas, los cuáqueros continuaron celebrando las suyas sin ocultarse, y pronto las prisiones se encontraban nuevamente repletas. Las multas, las picotas, los cepos y las asquerosas cárceles reanudaron su antiguo trabajo. Había

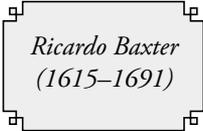
comenzado una nueva fase de un conflicto desesperado e incesante entre el partido de la Iglesia oficial y los disidentes, o bien había alcanzado un nuevo nivel. Duraría desde mediados del siglo XVII hasta bien entrado el siglo XIX, en el curso del cual, poco a poco, frente a una hostilidad implacable, los disidentes obtuvieron los derechos de ciudadanos de su propio país.

A través de todos estos conflictos se desarrolló un extraordinario cúmulo de gracia y poder espiritual e intelectual en todos los distintos grupos. Entre una multitud de hombres distinguidos, Ricardo Baxter el presbiteriano es recordado por su libro *Descanso eterno de los santos*; Juan Owen (1616–1683), por ser el poderoso exponente de las doctrinas de las iglesias congregacionalistas; Isaac Watts (1674–1748), también un independiente, recordado por sus himnos, los cuales le dieron una nueva expresión a la adoración y la alabanza; y Juan Bunyan (1628–1688), cuyo libro *El progreso del peregrino* probablemente ha sido más leído que cualquier otro libro jamás escrito, excepto la Biblia, quien también por medio de sus sufrimientos y obras clasifica entre los más ilustres.

La iglesia en Bedford, de la cual él fue un miembro y, posteriormente, anciano y pastor, ha dejado en sus actas un informe del trabajo desempeñado,⁷ con frecuentes oraciones y ayunos, en el recibimiento de los miembros, el ejercicio de la disciplina y también en la visita e instrucción de los creyentes. Incluso, cuando la iglesia se encontraba bajo la tensión de la persecución y encarcelamiento, empobrecida por las multas y expulsada de un lugar de reunión a otro, la diligencia de los ancianos a la hora de cumplir el testimonio y el ministerio encomendado a ellos fue ininterrumpida. A pesar de ser una iglesia bautista, ellos fueron enfáticos en no permitir que el bautismo llegara a ser la base sobre la cual basar su compañerismo con otros. Tampoco permitieron que las diferencias de opinión sobre este asunto fueran un obstáculo para estar en comunión.

Bunyan deseaba la comunión con todos los cristianos, y en este sentido escribió:

No permitiré que el bautismo de agua sea la regla, la puerta, el cerrojo, el obstáculo, la pared divisoria entre los justos y los justos (...) El Señor me libre de pensamientos supersticiosos e idólatras acerca de cualquiera de las ordenanzas de Cristo y de Dios (...) Ya que desean saber por cuál nombre me quisiera distinguir entre los demás, les digo lo que quiero y espero ser: un cristiano, y deseo, si Dios me considera digno, que me llamen cristiano, creyente o por cualquier otro nombre aprobado por el Espíritu Santo.



Ricardo Baxter
(1615–1691)

Capítulo 11

Notas finales

- ¹ *Memoir of William Tyndale*, George Offor.
- ² *A History of the Free Churches of England*, Herbert S. Skeats.
- ³ *A Popular History of the Free Churches*, C. Silvester Horne.
- ⁴ *Laws of Ecclesiastical Polity*, Richard Hooker.
- ⁵ *Encyclopedia of Religion and Ethics*, editado por James Hastings. Artículo: Arminianismo.
- ⁶ *Journal of George Fox*.
- ⁷ *John Bunyan: His Life, Times, and Work*, John Brown, B.A., D.D.

Labadie, los pietistas, Zinzendorf, Filadelfia

(1635–1750)

Labadie funda una hermandad en la Iglesia Católica Romana, se une a la Iglesia Reformada, viaja a Orange, a Ginebra; Willem Teelinck; Gisbert Voet; van Lodensteyn; Labadie viaja a Holanda; Diferencia entre los ideales presbiterianos e independientes; Reformas en la iglesia de Middelburg; Conflicto con los Sínodos de la Iglesia Reformada; Conflicto sobre el racionalismo; Labadie condena los Sínodos; Labadie es excluido de la Iglesia Reformada; Una iglesia separada fundada en Middelburg; La nueva iglesia expulsada de Middelburg, trasladada a Veere, luego a Amsterdam; Fundación de una iglesia en casa; Ana María van Schürman; Diferencia con Voet; Problemas de la iglesia en casa; El traslado a Herford; Labadie muere en Altona; Traslado de la iglesia en casa a Wieuwerd; Efectos del testimonio; Spener; Los pietistas; Franke; Cristián David; Zinzendorf; Herrnhut; Disensiones; Aceptación de los estatutos de Zinzendorf; Avivamiento; Descubrimiento de un documento en Zittau; Determinación de restaurar la Iglesia Bohemia; Posibilidad de las relaciones con la Iglesia Luterana; Antonio, el antillano; Las misiones moravas; La misión en Inglaterra; Cennick; El control central resulta incompatible con la creciente obra; Las Sociedades de Filadelfia; Miguel de Molinos; Madame Guyon; Gottfried Arnold; Wittgenstein; La Biblia marburguesa; La Biblia berleburguesa; La invitación filadelfa; Hochmann von Hoehenau; Tersteegen; Jung Stilling; Las iglesias primitivas, reformadas y otras más; Varias formas de regresar a las Escrituras.

El hilo de pensamiento de los místicos en la Iglesia Católica Romana influyó en la vida de un joven, Jean de Labadie,¹ nacido en Burdeos en 1610, y educado por los jesuitas con vistas a convertirlo en un miembro de su Compañía. Insatisfecho con sus estudios teológicos,

Jean de Labadie
(1610–1674)

Capítulo 12

Labadie se volvió al Nuevo Testamento y quedó profundamente impresionado por la grandeza del Evangelio. Además, él se dio cuenta de cuán corrupto se había vuelto el cristianismo y concluyó que el camino a la restauración sólo era posible por medio de un regreso al modelo de la primera asamblea en Jerusalén. Habiendo sido ordenado sacerdote (1635), él sintió que su ordenación no provenía de un Obispo, sino de parte del Señor mismo, quien lo había llamado desde el vientre de su madre para reformar la Iglesia Cristiana.

Comprendió que debía apartarse de los jesuitas, con quienes aún no estaba vinculado del todo. Sin embargo, no parecía haber ninguna posibilidad de desenredarse incluso de la posición en la cual ya se encontraba. Se había involucrado demasiado como para regresar, de manera que se encomendó en las manos de Dios y esperó a que él le mostrara el camino. Una seria y prolongada enfermedad hizo que los jesuitas renunciaran a la idea de que él alguna vez se convirtiera en uno de sus miembros, y él pudo abandonar Burdeos y su antiguo ambiente. Sus actividades en Burdeos habían llegado a ser tan exitosas que con el consentimiento del Arzobispo él aceptó un llamado y comenzó a enseñar primero en París y luego en Amiens.

Muchas personas se sintieron atraídas a sus predicaciones. Su método consistía en leer un pasaje de la Biblia, incluso varios capítulos, y luego explicarlos. La gente comenzó a renunciar a sus rosarios y a dedicarse al estudio del Nuevo Testamento del cual Labadie hizo circular muchos ejemplares. Enseñaba que el Evangelio es la única norma de fe y piedad, y que el estilo de vida de los cristianos primitivos es el modelo para todos los tiempos. Con el permiso del Obispo se fundó una “congregación” o “hermandad”, la cual consistía sólo en aquellos que habían sido vivificados. Ellos se reunían dos veces a la semana para la meditación, y leían la Biblia en sus propios hogares. En este círculo él manifestó su ferviente deseo de que, según el tiempo de Dios, llegara el momento en que la Iglesia fuera restaurada a su condición original, a fin de que fuera posible leer la Palabra de Dios allí, predicar conforme a la costumbre de la iglesia original (1 Corintios 14) y tomar la Cena del Señor tanto con la copa como con el pan.

Perseguido con persistencia por los jesuitas, Labadie abandonó Picardía y viajó a Guyena, su lugar de nacimiento, acompañado de varios miembros de la hermandad como una asamblea ambulante. Allí se encontró con la enseñanza de Calvino, la cual estudió, creyendo que

Labadie, los pietistas, Zinzendorf, Filadelfia

entre las congregaciones Reformadas encontraría a un pueblo que vivía para Dios y actuaba conforme a los principios del Evangelio en doctrina, adoración y estilo de vida. Él descubrió que todas las convicciones más importantes y decisivas que él había recibido las había obtenido por medio del estudio de la Escritura, mientras aún se encontraba en la Iglesia Católica Romana, y no por medio del estudio de las obras de Calvino. Aquí Labadie escuchó acerca de los esfuerzos hechos en el siglo XVI por Le Fèvre, Briçonnet, Roussel y otros más para reformar la Iglesia.

La continua persecución lo obligó a ocultarse entre los Carmelitas y en los castillos de sus admiradores, donde se relacionó con familias que pertenecían a la Iglesia Reformada, familias por cuyas vidas y enseñanza él se sintió impresionado. Él había intentado servir y sanar a la Iglesia de Roma, pero se dio cuenta de que se encontraba en oposición irreconciliable con su clero. Él esperaba que al unirse a la Iglesia Reformada tendría la libertad de confesar públicamente las verdades que Dios había puesto en su corazón. Al sentir un acuerdo general con la enseñanza de la Iglesia Reformada, Labadie ingresó en ella en 1650 en Montauban, pero lo hizo con la convicción de que su disciplina era indulgente y su práctica indigna. Como sus esfuerzos por reformar la Iglesia Católica Romana habían sido resistidos, ahora sintió el llamado de traer la reforma a la Iglesia Reformada.

En sus escritos y prédicas, Labadie demostró que el poder de una reforma externa y una vida piadosa yacía en una vida interna de comunión con Dios, y escribió instrucciones detalladas en lo referente a la oración y la meditación. La meta constante del cristiano, decía él, debe ser la conformidad de su voluntad a la voluntad de Dios; o sea, una unión con Dios. Su amor por Dios debe ser desinteresado e incondicional; él amaría y glorificaría a Dios aun si Dios lo hubiera tenido por perdido.

Obligado a salir de Montauban, Labadie pasaba por Orange, pero el presbiterio de la iglesia allí lo persuadió a quedarse. Con la ayuda de los miembros, se dispuso a hacer una reforma total, de manera que aquella fuese realmente una Iglesia "Reformada". Y en gran medida se logró. Al cabo de menos de los dos años, debido a las amenazas de Luis XIV que hacían peligrosa su estancia incluso en los territorios del príncipe de Orange, él aceptó una invitación de la iglesia francesa en Londres de

Capítulo 12

convertirse en su ministro. Al temer pasar por Francia, Labadie viajó a través de Suiza. Sin embargo, en Ginebra él fue disuadido de continuar su viaje por lo que se quedó como predicador en la iglesia de aquel lugar (1659).

Su predicación resultó ser tan poderosa que la desidia que había seguido el gobierno estricto de Calvino fue inmediatamente refrenada y hubo un retorno a la justicia que afectó la condición moral de la ciudad en general. Una bendición más especial se alcanzó por medio de las lecturas de la Biblia que se celebraban en su propia casa donde un grupo de jóvenes se reunía en torno a él y él les enseñaba “la sana doctrina y la vida piadosa” como “las dos manos” del cristiano. Uno de los jóvenes que recibió ayuda por medio de estas lecturas de la Biblia fue Felipe Jakob Spener.

En 1661, Labadie recibió una invitación, para ir a Holanda, de algunas personas que eran conocidas por su testimonio cristiano sincero. Entre ellas estaban Voet, van Lodensteyn y Ana María van Schürman, quienes le pidieron que aceptara el cargo de predicador en la iglesia en Middelburg donde Teelinck había ejercido un ministerio de un poder y bendición extraordinarios.

Desde la liberación de los Países Bajos del yugo español, por medio de la lucha heroica dirigida por William de Orange, estos se encontraban más adelantados que sus vecinos tanto en la libertad religiosa como en la prosperidad material, y se habían convertido en el escenario y centro de intensas actividades espirituales. La Universidad en Franeker era famosa por el aprendizaje y la piedad de sus profesores.

El que originó mucho de este empeño e interés en asuntos de religión fue Willem Teelinck, nacido en 1579, cuyo padre ocupó un cargo prestigioso en la administración del país. Teelinck viajó y estudió durante siete años en Francia, Escocia e Inglaterra. En Londres se puso en contacto con familias puritanas, donde lo que él escuchó y leyó lo condujo a un cambio de vida. Luego pasó tiempo en oración, tuvo días de ayuno y decidió renunciar a sus estudios legales a fin de dedicarse exclusivamente al ministerio de la Palabra. Teelinck vivió algún tiempo con una familia en Bamburgh donde observó una vida de oración y de buenas obras como nunca antes había visto o imaginado posible. La oración habitual y la lectura de las Escrituras con exposición



Willem Teelinck
(1579–1629)

Labadie, los pietistas, Zinzendorf, Filadelfia

en el hogar, las acciones de gracias y las conversaciones alrededor de la mesa, las alabanzas, la asistencia a las reuniones en las cuales los siervos y los niños se mostraban tan interesados como los encargados del hogar, la inagotable bondad, el cuidado de los enfermos y necesitados —todo esto ejerció una gran influencia sobre él que afectó toda su vida.

A su regreso a Holanda, Teelinck trabajó con mucho éxito en la predicación, en visitar a otros y en sus escritos. Todo esto, junto con su ejemplo piadoso en su vida personal y en su casa, ocasionó un avivamiento general. Los últimos dieciséis años de su vida los pasó en Middelburg donde murió en 1629. Él había sentido profundamente el carácter meramente nominal del cristianismo reformado. Le parecía que en su propio país este era hasta cierto punto un cuerpo sin vida, luz ni calor. Fue por ello que se dedicó por entero a su reforma real. Aunque para ello confiaba principalmente en los medios espirituales, siguió creyendo que donde no se pudieran eliminar los errores fundamentales mediante estos medios, se hacía necesaria la ayuda del estado.

Gisbert Voet (Voetius), quien continuó con la enseñanza de Teelinck, desempeñó un papel activo en las controversias teológicas de su tiempo y fue capaz de defender la Iglesia Reformada frente a todos los que se opusieron a ella, y llegó a conocerse como su miembro más distinguido. Él introdujo la práctica de celebrar asambleas o reuniones fuera de los servicios regulares de la iglesia, en las cuales también participaban los laicos. Estas reuniones fueron desarrolladas por Jodocus van Lodensteyn, un discípulo de Voet, quien también había estudiado en Franecke. Bajo su caluroso aliento las reuniones se convirtieron en una parte importante de la vida religiosa del país.

*Gisbert Voet
(1588–1676)*

Retomando el tema de Labadie: una invitación de parte de semejantes personas y con condiciones aparentemente tan favorables le llamó tanto la atención que, a pesar de muchos esfuerzos por mantenerlo en Ginebra, él se trasladó a Holanda. El viaje era peligroso. No obstante, para ese entonces un grupo de ochenta valdenses se encontraba en Ginebra y, estando provistos de pasaportes, iban al Palatinado (*Pfalz*). Tres de ellos demoraron en Ginebra por enfermedad, y Labadie y sus amigos, Yvon y Dulignon, viajaron en su lugar sin ser detectados. En Heidelberg se les unió Menuret, y

*Labadie se
traslada a
Holanda*

Capítulo 12

allí los cuatro hicieron voto de santificarse completamente; de negar al mundo con sus deseos, bienes, placeres y amigos; de seguir a Jesucristo, pobre, despreciado y perseguido, a fin de crecer en su semejanza y llevar su cruz y afrenta; de consagrarse a Dios y a su Evangelio, primeramente practicándolo ellos mismos para luego poder ayudar a los demás a que también lo hicieran.

Al llegar a Holanda, ellos fueron primero a Utrecht donde fueron invitados a la casa de Ana María van Schürman. Allí fueron calurosamente recibidos por ella, por Voet y otros, y se quedaron en ese lugar diez días. Durante este tiempo Labadie predicó con un poder y un efecto marcado. Su anfitriona quedó cautivada con su enseñanza, pero Voet y van Lodensteyn se dieron cuenta de que el espíritu de Labadie era muy diferente del que había tenido Teelinck. Se preguntaban si él y ellos lograrían trabajar juntos, y dudaban de que el mundo pudiera ser sacado de la Iglesia por completo como Labadie realmente pensaba que sería posible.

Aun en esta etapa temprana, las diferencias entre los sistemas presbiterianos e independientes comenzaron a mostrarse;² el primero era practicado por la Iglesia Reformada, el otro estaba más de moda en Inglaterra, y era el que Labadie aprobaba con cada vez más claridad. Los independientes negaban la autoridad de los Sínodos, al considerar a cada congregación directamente por debajo de Cristo y responsable ante él, mientras que las Iglesias Reformadas francesas y holandesas habían organizado un sistema de Sínodos semestrales, a los cuales cada iglesia enviaba dos representantes, quienes luego le comunicaban a la iglesia las decisiones del Sínodo.

*Los presbiterianos
contra los
independientes*

La Iglesia Reformada le daba gran importancia también al oficio y los derechos de sus predicadores así como a su instrucción para tal oficio. Los fracasos que ellos observaban en el cuerpo de ministros entre otros grupos, tales como los menonitas, eran para ellos una confirmación de su punto de vista. Los independientes no reconocían ningún oficio de la iglesia como esencial en lo absoluto ni nombrado por Dios. Ellos consideraban, al igual que Labadie, que una iglesia es una congregación de personas que creen, y que esa fe proveía el fundamento necesario de enseñanza y testimonio.

Labadie, los pietistas, Zinzendorf, Filadelfia

Por otra parte, Teelinck y Voet consideraban que la iglesia era un campo donde el poder del Evangelio debía hacerse eficaz, y el propósito de su obra era la conversión de sus miembros, para luego encaminarlos a una vida piadosa. A van Lodensteyn le hubiera gustado llamar la Iglesia “hacia la Reforma” (*Reformanda*) en vez de un cuerpo “Reformado” (*Reformata*). Él y Voet esperaban abrir un camino en medio de los dos ideales. Al otro extremo había un sector de la población que opinaba que la iglesia había caído tanto que ya no era posible encontrarla en el mundo, y que lo único que restaba era esperar la venida de Cristo.

Poco después de llegar a Middelburg, Labadie se sintió decepcionado al ver el bajo nivel espiritual al que tanto las asambleas francesas como las holandesas habían descendido. La disciplina de la Iglesia se había descuidado y la Iglesia estaba lejos del ideal de Labadie. Él empezó a llevar a cabo la reforma por medio de la predicación, la catequización, la disciplina y los encuentros en grupos pequeños, pero su piedad y abnegación fueron aun más eficaces a la hora de ejercer influencia sobre las personas. Él instó a los miembros del Consistorio diciéndoles que con el ayuno, la oración y la separación absoluta de todo mal ellos debían usar de manera eficaz las llaves de “desatar y atar” que Cristo les había encomendado. Debían abnegarse y dedicarle tiempo a la meditación y la oración. Sólo de esta manera podría transformarse la asamblea de creyentes.

Una predicación como la de Labadie no se había escuchado en Holanda. Su costumbre de orar de manera improvisada, en la cual él también animaba a los demás, era nueva para la Iglesia. Además, él enseñó la unión del alma con Dios de una manera poco común. Bajo su dirección la asamblea se esforzó por llevar a cabo los principios del Nuevo Testamento. Entre ellos se entendía que “la profecía” era un don que cualquier hermano podía ejercer, y que, guiado por el Espíritu Santo, podía ponerse de pie en la reunión, explicar la Palabra de Dios y aplicarla de una manera apta para las necesidades de la iglesia. Labadie escribió un libro titulado: *El discernimiento de una iglesia verdadera conforme a las Sagradas Escrituras mediante treinta señales destacadas por medio de las cuales se puede conocer*. Él muestra que sólo un grupo de personas que realmente son nacidos de nuevo puede considerarse una iglesia verdadera; donde todos, por medio del Espíritu Santo, son unidos en un cuerpo y donde todos los miembros de la asamblea son guiados por el Espíritu de Cristo.

Capítulo 12

Su enseñanza ganó los corazones de una gran cantidad de personas no sólo en Middelburg, sino también en todos los Países Bajos. Al mismo tiempo se hizo cada vez más evidente que, de ser seguida, dicha enseñanza cambiaría completamente el carácter de las Iglesias Reformadas, haciendo hincapié en la vida interna de comunión con Dios de una manera a la que aquellas congregaciones no estaban acostumbradas. Ellas temían que tal énfasis pondría en peligro el descanso del alma en la obra de Cristo, haciendo más de Cristo *en* ella que de Cristo *por* ella, exaltando las obras a costa de la fe, insistiendo más en la santificación que en la justificación. Las Iglesias Reformadas también se dieron cuenta de que la libertad de ministerio permitida podría afectar el poder de dirigir y la influencia de los ministros ordenados de la iglesia.

La oposición a lo que Labadie consideraba como reforma necesaria, pero que en opinión de la mayoría de los líderes de la Iglesia traía cambios perturbadores y extraños, llegó a ser definitiva, organizada e implacable. En un Sínodo francés celebrado en Amsterdam en 1667, se le exigió a

*Labadie rechaza la
Confesión Belga*

Labadie que firmara la Confesión Belga. Él rehusó hacer esto, alegando que ahora él encontraba muchas expresiones no bíblicas en ella, aunque anteriormente había firmado la idéntica Confesión Francesa en Montauban, Orange y Ginebra. Esto

fortaleció tanto la oposición hacia él que, en un Sínodo posterior celebrado en Leiden, se decidió que si él no firmara la Confesión Belga en el próximo Sínodo, a celebrarse en Vlissingen, y de no comprometerse a conformarse a las costumbres de la Iglesia Reformada, sería suspendido de su oficio.

El pueblo de Middelburg se indignó tanto por esto que el magistrado se vio obligado a tomar medidas, y como resultado, cuando el Sínodo se reunió en Vlissingen, los allí presentes tuvieron que retirar las quejas contra Labadie de las actas del Sínodo de Leiden.

Por este tiempo se publicó un libro por un doctor de Amsterdam, Ludwig Meijer, el cual argumentaba que el entendimiento natural debía ser la base

*Ludwig Meijer y
la batalla contra
el racionalismo*

de toda exégesis bíblica. Esta enseñanza racionalista produjo tal oposición entre todas las personas en Holanda que creían en la inspiración de las Escrituras que las autoridades civiles nombraron al erudito y conocido profesor Coccejus para que escribiera una

Labadie, los pietistas, Zinzendorf, Filadelfia

refutación. Otros también escribieron, y entre ellos Ludwig Wolzogen, predicador de la Iglesia Reformada francesa en Utrecht. Sin embargo, el libro de Wolzogen, aunque aparentemente fue escrito en oposición al racionalismo, divergía tanto de la enseñanza aceptada por la Iglesia que quienes creían en la inspiración de la Biblia consideraron este libro más bien como una defensa de la enseñanza objetada. Labadie también escribió, y el Concilio de la Iglesia francesa en Middelburg determinó que su libro era una refutación tan convincente de la enseñanza racionalista que decidió presentar una moción en el próximo Sínodo en Vlissingen en busca de una condena formal del libro de Meijer.

Como consecuencia de esto, el Sínodo nombró a los Concilios de las iglesias de tres ciudades, entre ellas Middelburg, a fin de que prepararan un informe sobre el libro para el próximo Sínodo a celebrarse en Naarden (1668). Los informes de los tres Concilios se diferenciaban considerablemente, pero fue una sorpresa cuando una gran mayoría del Sínodo declaró que el libro de Meijer era ortodoxo y justificó a Wolzogen. Labadie salió del Sínodo para consultar con el Concilio de su iglesia en Middelburg, pero entre tanto el Sínodo procedió a suspenderlo de su oficio provisionalmente por haber introducido enseñanzas y prácticas extrañas a la Iglesia. Otros cargos fueron presentados en su contra: que él había enseñado que el tiempo presente es el reino de la gracia y que el reino milenarista de Cristo no comenzará hasta que él haya vencido a todos los enemigos y haya cumplido el propósito de la creación, a pesar de la caída del hombre, y haya llevado a cabo la restitución de todas las cosas al estado en que Dios las creó. Si Labadie no se sometía, finalmente sería expulsado de su oficio.

Aconteció, pues, que una comisión del Sínodo fue enviada a Middelburg con autoridad para suspender a cualquier miembro del Concilio de la Iglesia que se opusiera a su decreto, pero el Concilio de la iglesia de Middelburg se negó a aceptar el decreto del Sínodo, alegando que Labadie no había sido hallado culpable de haberse apartado de la enseñanza y del orden de la Iglesia. Por tanto, todo el Concilio fue suspendido. Se decidió que en el próximo Sínodo a Labadie debería prohibírsele predicar.

De él se opinaba que era muy peligroso, más aún debido a sus dones extraordinarios. Él mismo nunca pensó rendirse, sino que continuó predicando, y declaró mediante un escrito que él no podía tener

Capítulo 12

hermandad con el Sínodo, ya que había caído por completo en el error y la maldad. Labadie no sólo encontró error en la Confesión Belga, sino que afirmó que el Sínodo rechazaba la enseñanza de 1 Corintios 14. Además, condenó el sistema completo de los Sínodos y los Consistorios, las formas litúrgicas estereotipadas, la lectura de la Escritura sin explicación, el uso indebido de los sacramentos al aceptar a aquellos que no eran nacidos de nuevo como testigos en los bautismos y como partícipes de la Cena del Señor. También señaló que en los matrimonios personas notoriamente impías eran obligadas a hacer votos cristianos y luego se les prometía la bendición de Dios; que las autoridades de la Iglesia se adueñaban de poderes papales y que limitaban las conciencias de la gente con sus ordenanzas. Labadie dijo que no existe autoridad en la iglesia aparte de la del Espíritu Santo y la Palabra de Dios, es decir, aquella contenida en las Sagradas Escrituras y el testimonio personal de la Palabra de Dios que corresponde con ellas. Por lo tanto, dado que la conciencia del cristiano sólo es guiada por medio de la autoridad de la Palabra de Dios, no constituye rebelión rechazar las ordenanzas de los Sínodos y otras instituciones humanas cuando estas son contrarias a la Biblia. Por el contrario, es más bien el deber de la asamblea cristiana hacer esto en beneficio de la libertad cristiana y oponerse al establecimiento de un nuevo papado que actuaría como si estuviera por encima de la Palabra de Dios.

El tan esperado Sínodo se celebró en Dortrecht en el año 1669.

*El Sínodo de
Dortrecht de 1669*

Labadie y el Concilio de la iglesia de Middelburg, con algunos miembros de la iglesia, esperaron una semana en Dortrecht para poder apelar contra el trato que habían recibido. No se les dio la oportunidad. El Sínodo confirmó la expulsión de Labadie y de todos sus partidarios, “debido a que ellos habían demostrado ser desobedientes a las leyes de la Iglesia e intentaban provocar una división”.

Labadie estaba seguro de que había sido llamado por Dios para reestablecer las iglesias según el modelo apostólico. Hasta los cuarenta años de edad, se mantuvo trabajando en pos de la reforma de la Iglesia de Roma, y luego durante veinte años por la reforma de la Iglesia Reformada. Él había dedicado sus excelentes dones y toda su vida a ambas cosas con entusiasmo y regocijo. Ahora todo parecía

Labadie, los pietistas, Zinzendorf, Filadelfia

haber fracasado. Esto lo llevó a la conclusión de que “es imposible reformar los cuerpos existentes de la Iglesia, y que la restauración de la iglesia apostólica sólo puede lograrse separándose de ellos”. Él inmediatamente introdujo este principio en la iglesia de Middelburg, y unos trescientos miembros se separaron de ella y formaron una nueva congregación. Varios ancianos y tres pastores se encargaron de la supervisión; las reuniones se celebraban dos veces al día y tres veces los domingos. El lugar de reunión no tenía más que bancos, ni siquiera un púlpito. Uno de los bancos era un poquito más alto que los demás y en este se sentaban los ancianos y los predicadores, todos los cuales tenían la costumbre de hablar en las reuniones. Ellos no se nombraron “Reformados”, sino que prefirieron darse a conocer como “Evangélicos”. Podían ser miembros sólo los que daban razón de creer que fueran nacidos de nuevo.

Las diferencias entre la Iglesia Reformada y esta congregación recién fundada indujeron a las autoridades de la ciudad a pedirles a los miembros de esta última que abandonaran Middelburg. Apenas se dio a conocer esto la ciudad de Ter Veere, a una hora de distancia, invitó a la iglesia exiliada a trasladarse allí. La invitación fue bien recibida, pero el magistrado principal de Middelburg pronto se dio cuenta de que había cometido un error, ya que una gran cantidad de gente viajó en tropel hacia Ter Veere para escuchar la predicación de Labadie, mientras que Middelburg quedó desierta. Enfadado por la pérdida material que esto implicaba, el magistrado de Middelburg persuadió a las más altas autoridades del distrito para que le ordenaran al magistrado de Veere que expulsara a Labadie e Yvon con motivo de que ellos habían causado división en la Iglesia y disturbio entre la gente.

El magistrado de Middelburg armó a sus hombres para hacer cumplir el decreto, pero el pueblo de Veere se alzó en armas como un solo hombre para resistir a sus adversarios. La guerra civil era inminente. Entonces Labadie se presentó y dijo que no debía haber derramamiento de sangre por su culpa; que él veía que era la mano de Dios que los sacaba de Veere y pensaba pasar a Amsterdam, con aquellos que desearan acompañarlo. Hubo consternación en Veere, pero Labadie se mantuvo firme y los ciudadanos tuvieron que rendirse. El magistrado declaró que él sólo le permitía marcharse “de mala gana y a causa de la mayor necesidad”.

Capítulo 12

Labadie y sus tres amigos, con algunos otros simpatizantes, se mudaron a Amsterdam donde fueron bien recibidos y se les prometió protección y libertad religiosa. La influencia de la obra de Labadie había sido tal que en Amsterdam hubo miles que se unieron a la nueva iglesia y se abstuvieron de tomar la Cena del Señor en la Iglesia Reformada. Lo mismo tuvo lugar en todas las iglesias más numerosas del país, mientras que muchos que no se unieron abiertamente a estos grupos fueron influenciados sobremanera por ellos. Esta amenaza seria a su sistema indujo a los líderes de la Iglesia Reformada a solicitar la ayuda del gobierno, pero bajo la dirección del eminente gobernador, Jan de Witt, se garantizó la libertad religiosa y no se pudo tomar ninguna medida.

Sin embargo, desafortunadamente los eventos en su propia mente y en su círculo cercano perjudicaron más el testimonio de Labadie que lo que pudo haber hecho cualquier ataque externo. Por experiencia propia y de la Palabra de Dios, Labadie había concluido que no es posible reformar una ciudad o un sistema de Iglesia como para traerlo a la condición que él aspiraba. Pero no se conformó con la formación de iglesias del modelo apostólico —grupos de personas realmente salvadas y separadas del mundo circundante, pero muchas de ellas débiles y faltas de un cuidado paciente y constante. De manera que Labadie decidió formar una iglesia en una casa donde la casa y la iglesia serían lo mismo y donde sería posible, como él esperaba, conocer a cada miembro y guiar a cada uno a un discipulado verdadero de Cristo y unión con Dios.

Se alquiló, pues, una casa en Amsterdam donde había cabida para aproximadamente cuarenta personas, y quedó formado así el nuevo hogar. Allí se celebraban reuniones regulares y todos compartían una cena semanal. A las reuniones asistían muchas personas de afuera, y cuando se hablaba en francés se traducía al holandés. Yvon, Dulignon y Menuret salieron en expediciones de predicación a través de los Países Bajos y los países vecinos.

Ana María van Schürman se trasladó a Amsterdam, alquiló un apartamento en la casa y se unió a la suerte del nuevo hogar. Ella era considerada la mujer más ilustre de su tiempo. Ella mantenía correspondencia en varios idiomas con los literatos más famosos en Europa, y su opinión y consejo eran ambicionados y apreciados

*Ana María van
Schürman se une
a Labadie*

Labadie, los pietistas, Zinzendorf, Filadelfia

por aquellos que eran expertos en las artes y en las ciencias. Desde su niñez, ella había sido una cristiana devota.

En su libro, *Eukleria*, escrito en latín, ella relata: “Siendo una niña de apenas cuatro años de edad yo me sentaba con mi niñera a la orilla de un río. Ella me repetía las palabras, ‘Yo no soy dueña de mí misma, sino que pertenezco a mi verdadero Salvador, Jesucristo’. Me llené de tal sensación interna de amor por Cristo que en todos mis años siguientes nunca nada ha sido capaz de borrar el recuerdo vivo de aquel momento.”

A modo de justificar su unión al nuevo grupo, ella escribió: “Como he visto desde hace algunos años, con angustia, el alejamiento del cristianismo de sus orígenes y su casi total diferencia del mismo (...) y había perdido cualquier esperanza de su restauración en el curso normal de las cosas que es seguido por nuestro clero (la mayoría de los cuales están muy necesitados ellos mismos de una reforma), ¿quién puede oponerse con razón a que yo, con corazón alegre, haya escogido a los maestros capacitados por Dios para traer una reforma del cristianismo degenerado?”

Su fama hizo que se hablara dondequiera de este paso que ella había dado y fue atosigada con cartas donde le pedían que regresara a la Iglesia Reformada, pero ella se alegró de que ahora había dejado a un lado al viejo hombre y había escogido la buena parte que nunca le sería quitada. Anteriormente ella había buscado el honor de Dios, pero también el suyo; ahora ella no buscaba nada para sí misma, sino sólo para Dios. Ana María vendió todo lo que poseía y dio el dinero a Labadie, y al parecer nunca se arrepintió de haber hecho esto. En todas las muchas vicisitudes de la familia ella fue una colaboradora inestimable, y en su vejez su más confiable consejera.

Voet vio riesgos en este nuevo desarrollo y, aunque hasta ahora él había sido uno de los partidarios más importantes de Labadie, ahora se convertía en su adversario. Él escribió para demostrar que nadie debía abandonar la Iglesia Reformada porque se apreciara maldad, tibieza y debilidad en ella, o para afiliarse a una unión que pareciera un monasterio y que tomaba el lugar de la Iglesia. También planteó en su escrito que una iglesia en casa como la que se proponía incitaría conjeturas malvadas. La publicación de este libro surtió un efecto extraordinario. Apareció en seguida una respuesta anónima en

*Riesgos de la idea
de la iglesia
en casa*

Capítulo 12

la que Voet era atacado de manera violenta e indigna. Se confirmó que Labadie era el autor, y su reputación se vio seriamente dañada por ella. Muchos escribieron en su contra, pero el incremento de estos ataques sólo consiguió unir aun más a los miembros de la iglesia en casa, y se les sumaron otros, incluyendo el burgomaestre de Amsterdam.

Sin embargo, surgieron algunos problemas en la iglesia en casa. Uno de sus miembros, una viuda, falleció, y se hizo circular un informe falso de que ella había sido asesinada y que su cuerpo iba a ser sepultado en el jardín de la casa. Una multitud de personas rodeó la casa, la cual tuvo que ser protegida durante tres días por una fuerza militar. Menuret, a quien Labadie amaba como un hijo, se enfermó mentalmente y murió enloquecido. Algunos miembros de la iglesia en casa se cuestionaron que si semejante cosa podía suceder en una iglesia que era realmente de Dios. Se supo que a pesar de todo su empeño, uno de los de la iglesia en casa apoyaba las opiniones socinianas y que otro apoyaba las ideas de los cuáqueros. Cuando fueron reprendidos por ello, estos en venganza publicaron un panfleto lleno de calumnias. El asunto fue traído ante las cortes y se demostró que las declaraciones en los panfletos eran falsas, pero el informe se difundió de que había miembros de la familia que eran sectarios peligrosos. Se originó tanto prejuicio en contra de ellos que, en beneficio de la paz, los magistrados prohibieron que cualquier persona asistiera a los encuentros en la casa de Labadie excepto los miembros de la iglesia en casa. Esto frenó su crecimiento y dispó sus esperanzas de desarrollo.

Para evadir estas dificultades, Ana María van Schürman apeló a su antigua amiga la Princesa Isabel, abadesa de Herford, quien invitó a todos los que quisieran refugiarse en su hacienda libre. De manera que Labadie y un grupo de aproximadamente cincuenta navegaron desde Amsterdam hasta Bremen, y desde allí viajaron en carreta hasta Herford (1670). Los habitantes luteranos de Herford se opusieron de manera violenta a la llegada de los “cuáqueros,” como los llamaron, y fue sólo la autoridad de la princesa la que hizo posible que ellos se quedaran.

El odio y la enemistad que se infundieron en torno a ellos aislaron la iglesia en casa aun más del mundo, y esto hizo que ellos se ocuparan cada vez más con sus propias costumbres religiosas. La predicación de Labadie en este tiempo afectó tanto a sus oyentes que ellos tuvieron la impresión de que tan sólo ahora habían logrado su entrega total a Dios. Esto, a su

Labadie, los pietistas, Zinzendorf, Filadelfia

vez, condujo a la introducción de la comunidad de bienes como un medio de expresar su renuncia a todo lo mundano, su abnegación de sí mismos y su unión total con los miembros del cuerpo de Cristo. Con motivo de la introducción de este cambio, ellos estaban ocupados en la partición del pan en memoria de la muerte del Señor cuando de repente tuvo lugar un extraño éxtasis espiritual, primero en algunos y luego en todos ellos. Todos los presentes comenzaron a hablar en lenguas, se pusieron de pie para danzar y esto duró aproximadamente una hora. Manifestaciones parecidas a estas se repitieron en algunas escasas ocasiones. Para la mayoría de ellos estas cosas parecían indicar que ahora ellos eran verdaderamente de un solo corazón y alma en el Señor. Otros las desaprobaban y se apartaron de su hermandad. El odio de los de afuera incrementaba a medida que se relataba acerca de tales actos. Hasta este momento la comunidad de creyentes en su conjunto había desaprobado el matrimonio, pero ahora cambió de opinión, y como resultado de ello Labadie, Yvon y Dulignon se casaron. Los tres encontraron esposas que les ayudaron a lograr un mejor testimonio.

El creciente rencor de la gente finalmente los obligó a abandonar Herford a pesar de la protección brindada por la princesa, quien nunca dejó de defenderlos. Fue así como ellos encontraron un lugar tranquilo en Altona, donde alquilaron dos casas. Allí Labadie murió en paz (1674) y Ana María van Schürman escribió su mencionado libro, *Eukleria*.

La guerra los obligó a abandonar este albergue y se trasladaron al Castillo Waltha, en el pueblito de Wieuwerd en Frisia Occidental, el cual fue puesto a su disposición. Este fue su último hogar. Los campesinos los recibieron con agrado y una comisión que había sido nombrada por la Iglesia Reformada para investigar acerca de sus opiniones y costumbres informó que ellos eran inofensivos. Esto permitió que los dejaran vivir en paz. Allí murió Ana María van Schürman a la edad de 71 años; también Dulignon y su esposa.

La comunidad creció y un gran número de personas de los lugares vecinos asistía a los servicios. Algunos grupos grandes fueron enviados al extranjero, uno a Surinam y otro a Nueva York. Estos fueron financiados y controlados por la comunidad de Wieuwerd, pero ambos grupos regresaron sin éxito, mayormente por haberse ocupado en ganar a otros cristianos a su grupo en lugar de intentar ganar a los paganos a Cristo. Estas expediciones empobrecieron a los que quedaron en casa y las dificultades

Capítulo 12

prácticas de tener la comunidad de bienes los obligó a abandonar el sistema después de haber existido durante veinte años.

Este cambio produjo una gran angustia, ya que la mayoría de los miembros eran pobres, y en su mayoría no tenían la costumbre de ganarse la vida. Otro tanto no estaba capacitado para ello, ya que habían dependido de los que tenían los medios. Yvon les explicó que cuando la primera iglesia en Jerusalén se dispersó, la comunidad de bienes cesó y que ellos mismos ahora también eran llamados a propagarse en el mundo tal y como lo hace la levadura. Si ellos se hubieran dado cuenta de esto antes, sin duda les hubiera ahorrado el tener que renunciar al sistema bíblico de iglesia que practicaban al principio, el cual cambiaron por una vida comunitaria que redujo el alcance de su testimonio y les impidió alcanzar el desarrollo más amplio que se anticipaba anteriormente. La iglesia en casa fue disuelta y dispersada. Yvon quedó en el Castillo Waltha, donde murió, y veinticinco años más tarde, al pasar el castillo a otras manos, los labadistas que quedaban abandonaron el lugar.

La vida de Labadie fue una de esfuerzo valioso, cuya fuente yacía en la comunión íntima con Dios, nutrida por la oración sistemática e instruida por el estudio diligente de las Escrituras. Reconoció que su gran idea de una reforma de la Iglesia Católica Romana era imposible de realizar. Luego descubrió mediante un gran experimento que una ciudad o estado, como tal, no se puede convertir en iglesia. Y posteriormente se dio cuenta de que la Iglesia Protestante Reformada era incapaz de ser reformada y restaurada al modelo del Nuevo Testamento. Después de largos conflictos, llegó a comprender cómo eran las verdaderas iglesias de Dios al principio y cómo siempre habían sido. Más tarde, desalentado por tanta oposición y decepciones, Labadie buscó refugio en una iglesia en casa, creyendo que en su círculo limitado era posible mantener la pureza. Sin embargo, aquí se desvió, ya que las iglesias verdaderas no son lugares de descanso para gente perfecta, sino que son guarderías y escuelas donde son recibidos todos los que confiesan a Cristo y en donde su debilidad, ignorancia e imperfección deben ser sobrellevados. Además deben ser instruidos con la paciencia del amor inagotable.

En Labadie vemos a un hombre cuya vida contuvo elementos de fracaso heroico, y aun así, de un éxito duradero. Al principio él trató

Labadie, los pietistas, Zinzendorf, Filadelfia

de incluir demasiado en la iglesia; grandes sistemas mundanos de los cuales las iglesias verdaderas tienen que separarse. Luego, él la limitó demasiado al pensar que las iglesias sólo pueden componerse de aquellos que son perfectos. Hubo un período en el cual fundó iglesias verdaderas de Dios y la influencia de lo que él enseñó y logró en aquel entonces perduró aun después de su muerte.

Dos extremos que deben evitarse

Al limitar su concepto de la iglesia se involucró en los errores que tal camino conlleva; la comunión limitada favoreció las extravagancias y la falta de equilibrio que acompañan la restricción indebida. Sus experiencias son de un valor impresionante al ilustrar la excelencia del camino de la Palabra de Dios y el peligro de desviarse a la derecha o a la izquierda; de incluir al mundo en las iglesias o de excluir a los santos de ellas.

Al final de la Guerra de los Treinta Años en 1648, los países protestantes estaban agotados económicamente y padecían de la degradación moral de una generación educada en condiciones de violencia y desorden. Se encontraban, además, en un estado espiritual abatido y descuidado. Las iglesias Luteranas, y en menor grado las Reformadas, se preocupaban más por mantener una ortodoxia rígida que de llevar un estilo de vida piadoso.

Felipe Jacob Spener,³ nacido en Alsacia en 1635, a la edad de 35 años se convirtió en el pastor principal de la Iglesia Luterana en Frankfurt. Profundamente conmovido por la necesidad apremiante de una reforma en la Iglesia, él celebró reuniones, primero en su propia casa y luego en la iglesia. Esto con el objetivo de llevar a la práctica “la antigua costumbre apostólica de las reuniones de la iglesia (...) como Pablo la describe en 1 Corintios 14, en las cuales aquellos que tienen dones y conocimiento deben también hablar y, sin causar desorden ni conflicto, expresar sus ideas piadosas sobre los asuntos a tratar y que los demás puedan juzgar”.

*Felipe Jacob
Spener
(1635–1705)*

Los creyentes se reunían con regularidad, se analizaba un determinado tema, y se conversaba sobre él. Los hombres y las mujeres se sentaban

Capítulo 12

aparte, y sólo los hombres tomaban parte en los debates. En estas reuniones se acordó que no se debía juzgar a los demás y que se excluía toda clase de chisme. Comenzaron con leer y discutir libros edificantes, pero después ellos mismos se limitaron a la lectura y el análisis general del Nuevo Testamento. En muchas reuniones privadas que tuvieron lugar después, surgían preguntas, confesiones o experiencias, las cuales recalcan lo que se aprendía. El propio Spener no fomentó esto, sino que se ocupó de la exposición de la Palabra.

Él se opuso a la adopción de nombres como los pietistas, los espeneritas y otros, ya que él no deseaba fundar una secta ni una comunidad monja. Él sólo deseaba regresar al cristianismo antiguo y universal. Spener pudo permitir e incluso apoyar en otras iglesias lo que él mismo no hubiera hecho. Él sentía que no tenía la energía ni la fuerza de un reformista, sino más bien una capacidad para tolerar las diferencias. Él permitió los autoanálisis y las confesiones que prevalecían en algunas reuniones, pero no las introdujo en las suyas propias. Confesó que no había experimentado los éxtasis que algunos creyentes disfrutaban en la revelación del Esposo ni la abnegación quietista que practicaban; sin embargo, pudo valorar su misticismo.

Su deseo fue expresado claramente en sus palabras: “¡Ojalá conociera una sola asamblea íntegra en todo: en doctrina, orden y práctica, todo lo que la transformaría en lo que una asamblea cristiana apostólica debe ser en doctrina y práctica!” Spener no esperaba encontrar una asamblea “sin mala hierba”, pero sí una en que los predicadores llevaran a cabo su obra bajo la dirección del Espíritu Santo y en que la gran mayoría de los oyentes hubiera muerto al mundo y viviera no sólo una vida honrada sino, además, piadosa. Él decía que la gran mayoría de los cristianos profesos no era nacido de nuevo y que muchos de los ministros de la Palabra no comprendían adecuadamente las verdaderas doctrinas de las cuales depende la firmeza de la iglesia. Luego de un tiempo, los miembros de la iglesia de Spener en Frankfurt se abstuvieron de la Cena del Señor para evitar participar en ella con aquellos que la tomaban indignamente.

De Frankfurt, Spener se trasladó a Dresde como capellán de la Corte, y luego a Berlín donde fue diligente en el servicio hasta su muerte (1705). Las sociedades, llamadas pietistas, las cuales él se esforzó tanto por fundar y alentar, se convirtieron en una fuerza vivificante. Aunque atacadas y ridiculizadas por el cristianismo oficial, no se separaron de la Iglesia Luterana, sino que

Labadie, los pietistas, Zinzendorf, Filadelfia

fundaron centros dentro de esta que atrajeron a los buscadores de santidad y dieron frutos en muchas actividades espirituales de largo alcance.

Uno a quien Spener ayudó fue August Hermann Franke (Francke),⁴ quien se convirtió en su principal sucesor en el movimiento pietista. Nació en Lübeck (1663), y estudió teología que, aunque tuvo cierto valor para él, no trajo paz a su alma. Sin embargo, sus estudios despertaron en él un deseo sincero de aprender en la vida y la conducta lo que sólo había comprendido en la mente y en la memoria. Fue así como después de algunos años de búsqueda incesante él experimentó una conversión súbita por medio de la cual se disipó toda su incredulidad y recibió una certeza total de salvación.

*August Franke
(1663–1727)*

Su insistencia en la conversión y la piedad trajo bendición a muchos, pero también le ganó enemistades. August Franke fue tildado de pietista y expulsado de Erfurt, donde era ministro, en un plazo de cuarenta y ocho horas. El mismo día una invitación de la Corte de Brandeburgo condujo a su nombramiento de profesor de griego e idiomas orientales en la universidad que se fundaba en Halle en ese tiempo. Allí se sintió conmovido por la miseria de los pobres y dispuso una caja para recolectar las contribuciones que luego él distribuía. Un día se depositó en la caja una suma mayor que de costumbre, aproximadamente 15 chelines. “Al tomar esta suma en las manos,” escribió, “exclamé con una gran libertad de fe: Esta es una suma considerable con la cual se debe llevar a cabo una obra realmente buena. Con ella comenzaré una escuela para los pobres.” Este fue el comienzo de las extensas instituciones en Halle, las cuales fueron sostenidas sin solicitar dinero y sin ningún suministro visible, “sino única y simplemente”, dijo, “dependiendo del Dios viviente que mora en los cielos”.

A la muerte de Franke, 134 huérfanos eran mantenidos en el Hogar bajo el cuidado de 10 hombres y mujeres; 2.200 niños y jóvenes eran enseñados en las varias escuelas, la mayoría de forma gratuita, por 175 profesores; cientos de estudiantes pobres eran alimentados diariamente, y se encontraban en funcionamiento una imprenta y una librería, una biblioteca, una farmacia, un hospital y otras instituciones. De niño en esta escuela y, más tarde, sentado a la mesa de Franke, escuchando las historias de los misioneros quienes a menudo estaban allí, Zinzendorf recibió impresiones que resultaron ser valiosas en su vida posterior.

Capítulo 12

En 1690, setenta años después de la batalla de la Montaña Blanca,⁵ y sesenta y dos años después que Comenius hubiera guiado al último grupo de exiliados desde Moravia, nació Cristián David, no lejos de Fulneck. La “semilla oculta” de la cual Comenius había orado que pudiera ser preservada

Cristián David
(1690–1751)

se encontraba aún oculta. Los padres de Cristián eran Católicos Romanos, al igual que sus vecinos. Él, como ayudante de un pastor de ovejas y luego como carpintero, fue muy devoto, mientras que en su interior se preocupaba por cómo podría asegurarse de que Dios le había perdonado sus pecados. Al leer y preguntar recibió respuestas tan contradictorias que quedó confuso del todo, y abandonó su hogar y anduvo un tanto errante hacia Alemania en busca de la verdad. Luego de muchas aventuras y constantes decepciones, Cristián se encontró con el pastor Schäfer en Görlitz, un pietista, a través de quien llegó a conocer el camino de la salvación. Lleno de regocijo y celo, regresó a Moravia y fue por doquier, predicando. Al escuchar su predicación sencilla, las verdades olvidadas de los tiempos antiguos fueron revividas en los corazones de muchos de sus oyentes. No obstante, aquellos que obedecieron al Evangelio inmediatamente se enfrentaron con una persecución aplastante. David regresó a Schäfer en Görlitz para ver si podía encontrar un lugar de refugio en Sajonia, y allí se encontró con el Conde Nicolás Ludwig von Zinzendorf.

Desde muy niño, Zinzendorf había sido un amante de Jesucristo, y su educación en los círculos pietistas había fortalecido su devoción. En el tiempo en que Cristián lo conoció, vivía en su castillo de Berthelsdorf, cerca de la frontera de Bohemia, donde él y su amigo Johann Andreae Rothe estaban ocupados en el servicio del Señor entre sus coterráneos. Los dos

*Nicolás
Zinzendorf*
(1700–1760)

jóvenes, Zinzendorf de 22 años de edad, y David, diez años mayor, hablaron de la necesidad en Moravia, y Zinzendorf invitó a los creyentes perseguidos de allá a venir y establecerse en sus haciendas en Sajonia. David regresó rápidamente a su patria donde reunió a unas pocas familias de creyentes que fueron capaces de abandonar sus hogares. Él los guió por las montañas hacia Sajonia y Berthelsdorf.

Allí ellos fueron recibidos cordialmente, pero no había lugar donde pudieran vivir. Aproximadamente a un kilómetro y medio de distancia,

Labadie, los pietistas, Zinzendorf, Filadelfia

dentro de los dominios de Zinzendorf, se hallaba una loma arbolada llamada Hutberg, o la Montaña Vigía. A esta ellos le pusieron como nuevo nombre *Herrnhut*, “La vigía del Señor”, y decidieron construir allí un hogar para ellos. Cristián David, tomando un hacha en sus manos, taló el primer árbol. Siendo obrero y predicador incansable, Cristián David dirigió y animó a los constructores para que en un corto período de tiempo se terminara una casa (1722), la cual marcó el comienzo de las extensas edificaciones que ahora forman Herrnhut y el modelo que sería seguido por muchos en diferentes partes del mundo.

*Establecimiento
del Herrnhut*

Un día David, mientras clavaba un tablón en el castillo en Berthelsdorf, pensando en Moravia, de pronto dejó sus herramientas y se marchó sin previo aviso para recorrer a pie los trescientos veinte kilómetros hasta Kunwald donde había algunos creyentes, descendientes de familias que habían pertenecido a la antigua iglesia de los “hermanos bohemios”. Luego trajo consigo a un grupo de estos hermanos, entre los que se encontraban las familias Nitschmann, Zeisberger y Toeltschig, que más adelante fue muy conocida con respecto a las obras misioneras de la nueva iglesia morava. Ellos llegaron a Herrnhut justo cuando Zinzendorf y su amigo de Watteville se encontraban echando los cimientos de la primera capilla que fuera construida allí. Fue así como ellos se unieron al grupo que les había precedido y decidieron compartir su suerte.

Después de esto, vinieron muchos desde Bohemia y Moravia, algunos después de escapar de prisión o dejar los escondrijos en los bosques. A medida que este lugar de refugio para los oprimidos llegó a ser cada vez más conocido, llegaron otros, de diversos puntos de vista, algunos seguidores de Schwenckfeld, otros pietistas y aun otros que no estaban de acuerdo con nadie. Las discusiones implacables ocuparon el lugar de la armonía fraternal y el asentamiento se vio amenazado por la revuelta.

Mientras tanto, Zinzendorf estaba en el proceso de convertir a Berthelsdorf en una villa modelo en donde todo se hacía conforme a sus deseos y los de su amigo, Johann Rothe. El Conde creía en el valor de organizar algo atractivo a la imaginación. Desde niño en Halle su entusiasmo misionero se manifestó en la formación de la “Orden de la semilla de mostaza”, con promesas, emblemas, lema y anillo. Esta se

Capítulo 12

inició con cinco niños para quienes él era el Gran Maestro, y creció hasta llegar a ser un incentivo poderoso a la devoción en la obra misionera. En Berthelsdorf, él había fundado la “Liga de los cuatro hermanos” —compuesta por él mismo, de Watteville, Rothe y Schäfer— a fin de dar a conocer al mundo la “Religión Universal del Salvador y su familia de discípulos, la religión de corazón, en la cual la persona del Salvador es el punto céntrico”. En tiempos posteriores su “Grupo guerrero” se convirtió en un instrumento misionero eficaz. Ahora él intervino en Herrnhut. Zinzendorf reconocía las intenciones honradas de las partes en disputa y fue capaz de decir de uno de los más impetuosos de sus miembros: “Aunque nuestro querido Cristián David me ha puesto por sobrenombre la Bestia y al señor Rothe, el Falso Profeta, aun así nos dimos cuenta de su honradez y, además, supimos que podíamos llevarlo por el buen camino. No es una mala regla de juego darle un puesto a los hombres honrados cuando se equivocan para que así aprendan por experiencia propia lo que jamás aprenderán por la especulación.” Fue así como los reunió a todos, y en un discurso de tres horas les expuso los “Estatutos, interdictos y prohibiciones” que él había redactado para regular cada detalle de sus vidas. En este tiempo experimentaron un avivamiento espiritual, poder para perdonar y reconciliarse, y todos se ajustaron pacíficamente al nuevo orden.

Más o menos por este tiempo, Zinzendorf encontró en la biblioteca del pueblo vecino de Zittau, una copia de la *Orden de disciplina* redactada por la última reunión de los “hermanos bohemios” justo antes de la batalla de la Montaña Blanca, editada por Comenius. Al leerla, Zinzendorf supo que los colonos que él había recibido representaban la iglesia antigua que había existido por tanto tiempo en Bohemia. Se sintió profundamente conmovido por la angustia de Comenius al relatar la destrucción de su testimonio, y resolvió firmemente que él y todo lo que poseía debía dedicarse a la preservación del pequeño grupo de los discípulos del Señor que había buscado refugio en él. Cuando este documento se dio a conocer a los refugiados, se despertó en ellos el deseo de restaurar la antigua iglesia, de cuyos miembros muchos de ellos eran descendientes.

Por supuesto, surgió la pregunta en cuanto a las relaciones entre la sociedad comunitaria en Herrnhut y la Iglesia Luterana. Zinzendorf, siendo luterano, deseaba que la comunidad se uniera por completo a la Iglesia

Labadie, los pietistas, Zinzendorf, Filadelfia

Luterana. Sin embargo, la comunidad en Herrnhut estaba decidida a no hacer esto. Por fin el asunto se decidió por medio de la suerte, un método muy común entre ellos, y la suerte no aprobó la unión a la Iglesia Luterana. Por lo tanto, Zinzendorf, a fin de evitar enfrentamientos con la Iglesia oficial, hizo que lo ordenaran ministro dentro de ella, mientras que uno de los refugiados fue ordenado obispo por Daniel Ernst Jablonsky, predicador de la Corte en Berlín y único obispo sobreviviente de la antigua iglesia de los “hermanos bohemios”. De esta manera, ellos fueron reconocidos como una comunidad dentro de la Iglesia Luterana y pudieron administrar los sacramentos. A pesar de esto las fuerzas que se oponían a ellos eran tales que Zinzendorf fue expulsado del reino de Sajonia (1736).

En ocasión de una visita hecha al rey de Dinamarca, Cristián VI, Zinzendorf conoció a un antillano, Antonio, a quien invitó a Herrnhut. La descripción hecha por Antonio de la condición de los esclavos en las Antillas afectó tanto a sus oyentes que uno de ellos, Leonard Dober, se ofreció como voluntario para ir y llevarles el Evangelio. El proyecto quedó confirmado por medio de la suerte y este joven, junto con otro llamado David Nitschmann, partieron. Ellos eran hombres prácticos, un carpintero y un alfarero, que habían sido bien educados en las escuelas de Herrnhut, y eran oradores capaces. Estos jóvenes emprendieron su viaje a pie con no más equipaje que lo que podían llevar en sus espaldas y con 18 chelines entre los dos. Esto fue el comienzo de las misiones moravas, las cuales convirtieron al conjunto de iglesias en una sociedad misionera (1732). La devoción a Cristo llevó a muchos de los misioneros a preferir trabajar en las regiones más difíciles y peligrosas. Herrnhut se convirtió en un centro relacionado con todas las partes del mundo. En muchos países se establecieron asentamientos modelados según Herrnhut. En el gran cementerio de Herrnhut se encuentran las tumbas de los naturales de los más diversos países, quienes vinieron desde sus tierras lejanas a visitar el asentamiento matriz.

*Los primeros
misioneros
moravos*

La obra de los moravos en Inglaterra comenzó en 1738 cuando Peter Bohler, en su viaje a Carolina del Sur como misionero, habló en Londres en una sociedad fundada por James Hutton, un londinense vendedor de libros. Hutton y sus amigos eran buscadores de la salvación, pero no

Capítulo 12

habían encontrado la seguridad de la salvación. A medida que Boehler, en un inglés chapurreado pero con mucha habilidad, les expuso las Escrituras, “fue”, dijo Hutton, “con un asombro y una alegría indescriptibles que nosotros abrazamos la doctrina del Salvador, de sus méritos y sufrimientos, de la justificación por medio de la fe en él y de la libertad por medio de la fe del dominio de la culpa y del pecado”.

Este grupo aceptó las normas de Herrnhut dadas a ellos por Boehler y se le envió un predicador de Alemania, aunque retenían su condición de miembros de la Iglesia Anglicana. Cuatro años más tarde Spangenberg vino de Alemania y los reconoció como una congregación de la iglesia de los “hermanos”, e introdujo las normas y los oficiales de las congregaciones alemanas. Al principio hubo mucho intercambio de opiniones entre ellos y Wesley, quien fue influenciado en gran medida por su ejemplo al organizar sociedades dentro de la Iglesia oficial, reuniones de estudio y fiestas de amor fraternal.

Benjamín Ingham, un clérigo de Ossett, en Yorkshire, fue uno de aquellos que en estos días de avivamiento fue activo y muy bendecido en su obra. No se limitó sólo a su parroquia, sino que viajó por el país desde Halifax hasta Leeds y fundó unas cincuenta pequeñas sociedades para la lectura y la oración. Al darse cuenta de la necesidad de más colaboradores, Benjamín invitó a los moravos quienes, de inmediato, enviaron a veintiséis obreros, hombres y mujeres, a Yorkshire. Al llegar allí, se dispusieron a trabajar de una manera metódica. Spangenberg dirigía las operaciones desde Wyke como centro; Toeltschig, quien había venido con Cristián David desde Moravia, estaba en Holbeck. En total se formaron cinco centros dirigentes que en un corto período de tiempo controlaban casi cincuenta lugares de predicación, los cuales fueron llevados adelante con la ayuda de colaboradores nacionales. Los predicadores vivieron todas las experiencias tempestuosas propias de aquel tiempo, y se decidió establecer una base más sólida por medio de la construcción de un Herrnhut en Inglaterra. El Conde Zinzendorf vino y los ayudó a obtener un terreno en Pudsey entre Leeds y Bradford, se envió dinero desde Alemania y fue así como se construyó Fulneck. Se escogió este nombre para conmemorar su relación con Fulneck en Moravia. Aquí se estableció un asentamiento siguiendo el modelo de Herrnhut, así como otros en menor escala en Wyke, Mirfeld y Gomersal, donde las normas y regulaciones de Zinzendorf fueron reproducidas.

Labadie, los pietistas, Zinzendorf, Filadelfia

Obras similares se llevaron a cabo en otras partes del país. Uno de los evangelistas que más se destacó en este tiempo fue Juan Cennick, nacido en Inglaterra pero descendiente de una familia bohemia que se había refugiado en Inglaterra en ocasión de la disolución de la antigua iglesia de los “hermanos bohemios”. Al principio Cennick fue un activo colaborador de los Wesley, pero sus inclinaciones hacia las doctrinas de Whitefield condujo a que fuera repudiado, y al fin y al cabo llegó a relacionarse totalmente con los moravos. Él fue un predicador, al aire libre, de un poder extraordinario. También fue un hombre de una disposición compasiva y atrayente. Su corta vida fue dedicada en su totalidad al servicio del Señor y en el occidente de Inglaterra así como en Irlanda del Norte el fruto de sus esfuerzos fue muy abundante.

El esfuerzo por controlar esta amplia organización desde Alemania resultó ser cada vez más un obstáculo para la obra; e incluso al modificarse como posteriormente se hizo en Inglaterra y Estados Unidos, la inadaptabilidad del sistema comunitario para suplir las disímiles necesidades de las diferentes características nacionales, y de circunstancias cambiantes, subraya el hecho de que los planes más sabios de incluso los hombres más capaces no bastan para una aplicación permanente y universal. Por otra parte, la enseñanza y el ejemplo del Nuevo Testamento en lo concerniente a la fundación y dirección de las iglesias de Dios resultan ser adecuados para todo tipo de necesidad.

En el siglo XVIII las “sociedades de Filadelfia” o “iglesias de Filadelfia” se formaron como resultado del encuentro de dos corrientes de experiencia espiritual. La primera debió su origen al deseo del alma de lograr una comunión inmediata con Dios y una unión con él. La segunda surgió a partir de un sentido de la unidad esencial de todos los hijos de Dios y de un deseo de expresar esta comunión, comunión de la iglesia verdadera.

Desde sus inicios, la Iglesia Católica Romana interpuso su clero y los sacramentos entre el alma y el Salvador, y como resultado este sistema mantuvo a muchos apartados del Salvador. Pero hubo aquellos cuyo anhelo de estar en comunión con Dios, como él es manifestado en Cristo Jesús, y cuyo deseo por el Novio celestial fueron tan fuertes que se dedicaron a la búsqueda de su total conocimiento

Las “sociedades de Filadelfia”

Capítulo 12

y unión con él. Ellos procuraron hacer esto, siguiendo las pisadas de Jesús e imitándole a él. Creían que lograrían esto por medio de la meditación en él, de manera que su belleza y bendición pudieran manifestarse a ellos cada vez más, y por medio de un ascetismo que debía dominar el cuerpo y la voluntad natural.

El protestantismo acentuó las divisiones entre la gente profesa de Dios y produjo una enemistad y lucha implacable entre los numerosos partidos. Sin embargo, hubo aquellos que lamentaron esto e intentaron subrayar la unidad fundamental en la vida y el amor de aquellos que se han apartado del mundo pero se han unido a Cristo y a sus miembros por medio de la fe.

Aquellos en la Iglesia Católica Romana, llamados a menudo los místicos

o quietistas, por mucho tiempo fueron considerados modelos de la vida cristiana, y algunos de los más conocidos fueron canonizados. Sin embargo, luego la influencia de los jesuitas y de Luis XIV de Francia hizo que se los persiguiera. El sacerdote español, Miguel de Molinos (1640–1697), al llegar a Roma

Influencias para el bien en la Iglesia Romana

aproximadamente en el año 1670, se convirtió en el mayor poder espiritual allí. Su libro *Guía espiritual* fue usado como norma de vida por una gran cantidad de personas, especialmente de la aristocracia y el sacerdocio. Él fue el confesor y consejero de más confianza del Papa Inocencio XI, un Papa que personalmente se oponía a la persecución. No obstante, Molinos al final fue condenado a cadena perpetua y murió en manos de la Inquisición, aunque el método que usaron es desconocido.

Madame Guyon (1648–1717) por medio de su vida y escritos guió a amplios círculos a esforzarse por lograr una vida de amor perfecto y de total conformidad a la voluntad de Dios. El santo y bien dotado Arzobispo Fénelon aceptó y defendió su enseñanza a costa de toda su popularidad y perspectivas en la corte. Luis XIV la encarceló repetidas veces, y por último fue recluida en la temida fortaleza de la Bastilla. Sin embargo, las murallas de tres metros y medio de espesor no pudieron contener la influencia y propagación de las enseñanzas de Madame Guyon.

En los círculos protestantes los escritos de Gottfried Arnold (1666–1714) tuvieron una gran influencia. Él estudió en Wittenberg y se convirtió en profesor de historia en Giessen, pero renunció su posición al

Labadie, los pietistas, Zinzendorf, Filadelfia

darse cuenta de que los deberes sociales y ceremoniales que esta implicaba le impedían su vida interna de comunión con el Señor. Spener no estaba de acuerdo con esto, al sostener que debemos aferrarnos a lo que no aprobamos aun si ello pone en peligro nuestras propias almas, siempre y cuando exista alguna esperanza de ayudar a los demás. No obstante, Arnold consideraba a la Iglesia Luterana como Babel e incapaz de experimentar una reforma, y opinó que su propio camino de separación solitaria estaba más de acuerdo con el ejemplo de los apóstoles. Su primer libro, *El primer amor, que es una representación verdadera de los primeros cristianos conforme a su fe viva y a su vida santa*, narra la historia de la iglesia desde los tiempos apostólicos hasta la época de Constantino. En su libro él mostró los males introducidos como resultado de la unión de la Iglesia y el estado. Al quedar cada vez más impresionado por el hecho de que la historia de la iglesia ha sido escrita por representantes de las Iglesias dominantes y desde un punto de vista partidario, Arnold creyó que era necesario presentar esa historia importante de manera imparcial. Fue por ello que decidió escribir la historia por la cual llegó a ser muy conocido no sólo en su propia generación, sino también en las futuras. El libro se tituló *La historia imparcial de las iglesias y los herejes desde los comienzos del Nuevo Testamento hasta el año de Cristo 1688*. Arnold abandonó la idea de que la iglesia está estrechamente ligada a una sociedad u organización en particular, y en lugar de esto buscó la iglesia universal, escondida, y dispersa por todo el mundo y entre todos los pueblos e iglesias.

Por supuesto, las opiniones acerca del libro eran opuestas entre sí. Un teólogo escribió que era el libro más perjudicial jamás escrito desde el nacimiento de Cristo, y otro lo consideró como el mejor y más útil de su tipo aparte de las Sagradas Escrituras. Hubo otros ejemplos de la literatura de aquel tiempo que también tuvieron un impacto profundo. Los escritos de Madame Guyon pusieron a disposición de muchos la posibilidad de una vida en perfecta comunión con Dios. El libro de Arnold despertó la esperanza de separación del mundo y la comunión con todos los santos.

Alrededor del año 1700 hubo una fusión de estos diferentes elementos dispersos en sociedades o iglesias, a las cuales se les dio el nombre de Filadelfia (*amor fraternal*). El pequeño país de Wittgenstein,⁶ ubicado en el extremo sur de Westfalia, tuvo una serie de gobernantes buenos

Capítulo 12

y tolerantes, y esto atrajo a una población numerosa de distintas personalidades. Los fugitivos de las Cevenas en Francia fueron bien recibidos, tanto más porque los dos hermanos que gobernaban las partes norte y sur del país respectivamente se habían casado con dos hermanas (1657), hijas de un noble francés que había huido de la masacre de San Bartolomé a los Países Bajos. Los miembros de ambas familias eran cristianos devotos. En 1712, la parte norte del país, llamada Berleburgo, fue gobernada por un descendiente de una de estas familias, el Conde Casimiro, quien, con su esposa y su madre viuda, fue un protector constante de los oprimidos.

Ellos se relacionaban con las iglesias filadelfias que en este tiempo se propagaron ampliamente. Jane Leade de Norwich y otros enseñaban que los mensajes a las iglesias en los capítulos dos y tres del libro de Apocalipsis contenían un significado histórico progresivo. Sardis representaba el protestantismo, con la fama de tener vida, sin embargo, estando muerto. La indiferencia y la apostasía de Laodicea estaban por llegar. Todas las almas despiertas fueron llamadas a darse cuenta y a unirse a la fiel Filadelfia. Se fundó así una iglesia filadelfia en Londres en 1695, según decían ellos, no para fundar una secta nueva, sino para preservar en sus reuniones el espíritu de amor y la forma de la primera y santa iglesia apostólica católica. Los miembros no necesariamente se separaron de las iglesias a las cuales habían pertenecido, ni persuadían a los demás a que lo hicieran. Sin embargo, celebraban sus reuniones regulares a la misma hora que las demás iglesias, de modo que la asistencia a estas últimas fuera imposible para aquellos que asistían a las primeras. En este tiempo, decían ellos, la iglesia filadelfia es débil, y hasta que no se manifieste en poder no se debe esperar que acontezcan aquellas cosas futuras —la conversión de los judíos, la entrada a la fe de los turcos y de otros incrédulos, la recuperación de la apostasía, la restitución de todas las cosas y la aparición en persona de Cristo en la tierra. Concurrencias similares a estas comenzaron a tener lugar en muchas partes de Alemania, Holanda y en otras partes. Berleburgo se convirtió en el centro de un importante avivamiento que se propagó por toda Alemania occidental desde los Alpes hasta el océano.

En estos círculos, en 1712, se publicó la Biblia marburguesa con el título *La Biblia mística y profética, que es el conjunto de las Sagradas Escrituras*

Labadie, los pietistas, Zinzendorf, Filadelfia

del Antiguo y del Nuevo Testamento, recién traducidas del original, con explicaciones de los principales tipos y profecías, especialmente del Cantar de los cantares de Salomón y el libro de Apocalipsis, con sus principales doctrinas, etc. Posteriormente (1726–1742) se produjo

La Biblia
marburguesa

una obra más extensa, la Biblia berleburguesa, en ocho volúmenes, atractivamente impresa en letra grande y con notas extensas, entre las cuales fueron incluidas algunas de las enseñanzas de Madame Guyon.

La iglesia o sociedad filadelfia fue el resultado de una gran variedad de movimientos distintos. Esta aspiraba a dejar de lado las diferencias en las iglesias y unir a todos en amor. En su opinión la purificación y la perfección del alma eran más importantes que la práctica de las formas externas de las “iglesias”.

A fin de ayudarse unos a otros, ellos dedicaban un rato cada mañana, en todos los diferentes lugares donde se encontraban, para unirse en espíritu y esperar en Dios.

Un miembro activo de la sociedad en Berleburgo fue el doctor Carlos, asistente médico del Conde Casimiro. En 1730, él publicó la *Invitación filadelfia*, un llamado a almas inmortales para que se volvieran, de la circunferencia de opiniones y pasiones, al centro, a fin de adorar en Espíritu y en verdad. Aquellos cuyos oídos están abiertos no difieren (dice el libro) en sus sentimientos; ellos tienen un mismo idioma, gusto y afecto. Pero tal unidad central sólo es posible encontrarla en aquellos que dejan la letra de la carne y los dogmas que ellos mismos inventaron y se profundizan en sí mismos en espíritu y en verdad, y prueban la teología del corazón como la dulce Palabra de Dios. Pueden ser llamados Católicos Romanos, Luteranos, Reformados, etc. —aquí Taulero, Kempis, Arndt y Neander son uno. Lo verdadero y duradero del cristianismo es el hecho de hacer morir al viejo hombre y darle vida al espíritu.

Este llamado despertó un hambre en innumerables corazones, especialmente en Wurtemberg y Suiza. Muchos que no se unieron al círculo externo de Filadelfia pertenecían al mismo en su corazón. Todos ellos buscaban el reino de Dios y practicaban la piedad. Llegaron a ver a Filadelfia como la sociedad a la cual ellos pertenecían internamente porque en su opinión veían en ella aquello que es esencial para el reino de Dios, mientras que en las iglesias de diferentes confesiones ellos sólo veían

Capítulo 12

apariencias y formas externas, dentro de las cuales se encontraba oculto el espíritu del anticristo. Zinzendorf trató de organizar estas sociedades y unir las a la “unidad de los hermanos moravos”, pero no tuvo éxito.

La predicación de Hochmann von Hochenau en esta época fue un importante medio de avivamiento en la conversión de pecadores y la fundación de iglesias filadelfia. Sus constantes viajes, cuando él era atacado por turbas, encarcelado por las autoridades, pero escuchado en todas partes por inmensas multitudes, llenaron su vida de servicio entusiasta para el Señor y también derramaron bendiciones sobre una cantidad innumerable de sus oyentes. Sus únicos períodos de descanso tenían lugar cuando él se retiraba de vez en cuando a un pequeño refugio que tenía en el bosque de Wittgenstein. Por lo demás, su amor por todos, especialmente por los judíos, lo apremiaba a viajar y predicar por toda Alemania occidental y del norte.

La predicación de Hochmann fue el medio de la conversión de un joven estudiante de teología, Hoffman, cuyas reuniones, fuera de la Iglesia oficial, contribuyeron a la conversión de Gerhard Tersteegen, quien más tarde se convirtió en un poderoso testigo de Cristo y, quien además, ha ministrado a las generaciones posteriores por medio de sus hermosos himnos.

Jung Stilling (1740–1817), cuya vida y escritos ejercieron una gran influencia, escribió sobre esos tiempos: “En toda la historia de la iglesia no hay un período en que la expectación de la venida del Señor haya sido tan intensa y tan universal como en la primera mitad del siglo recién concluido. Los avivamientos que tuvieron lugar en Halle abrieron el camino; inmediatamente después, siguió la restauración de la “iglesia de los hermanos” mediante Zinzendorf y luego la sociedad mística de Filadelfia en Berleburgo, fruto del cual surgió la Biblia de Berleburgo. Al mismo tiempo aparecieron dos heraldos, Friedrich Roch y Hochmann von Hochenau, luego Gerhard Tersteegen y muchos otros.”

Los llamados valdenses o los anabaptistas, y otros de carácter similar, no fueron reformistas de la Iglesia Católica Romana ni más adelante de las Iglesias Luteranas y Reformadas. Su origen se remontaba a tiempos anteriores, y ellos mantuvieron las mismas enseñanzas y prácticas bíblicas primitivas de antes y luego a través de las épocas del auge y progreso de las nuevas hermandades que se desarrollaron posteriormente.

Labadie, los pietistas, Zinzendorf, Filadelfia

Igualmente, los llamados paulicianos, y otros relacionados espiritualmente a ellos, no fueron reformistas de la Iglesia Ortodoxa Griega, sino que la precedieron. Ellos luego fueron contemporáneos con esta, pero siempre aparte de ella.

Sin embargo, hubo otros movimientos que fueron movimientos de reforma, tanto en relación a la Iglesia Católica como a las Protestantes. Algunos de estos movimientos trataron de influenciar las iglesias a que pertenecían, sin apartarse de ellas, mientras que otros formaron grupos que se separaron o fueron expulsados. De estos surgió “la Reforma” de la Iglesia Católica Romana que dio lugar a la formación de denominaciones protestantes, las cuales representaron los diferentes grados de reforma del Catolicismo Romano.

También hubo intentos de reforma dentro de la Iglesia Católica Romana, como fue el caso de San Francisco de Asís, y varios de los Papas, quienes hicieron esfuerzos genuinos por eliminar los abusos, pero se encontraron con costumbres bien arraigadas y enredos de obligaciones financieras que pudieron más que ellos.

Asimismo, en las Iglesias Luteranas y Reformadas hubo algunos que intentaron la reforma desde dentro, como fue el caso de los pietistas. Por otra parte, también hubo otros que se separaron de ellas, como fue el caso de los labadistas.

Los “hermanos bohemios” originalmente fueron de una creencia primitiva y valdense, pero cuando Zinzendorf los reorganizó fue en base a aquellas líneas pietistas las cuales tuvieron la tendencia de mantenerlos dentro de las Iglesias oficiales.

Los místicos representan a aquellos que no vieron ninguna posibilidad de regresar al orden de la iglesia primitiva. Por eso se refugiaron en una santificación personal y una comunión con Dios. Se mantuvieron en las asociaciones eclesiásticas en las cuales se encontraban, cuya importancia se reflejaba según las opiniones variadas individuales. Mantuvieron afinidades espirituales con lo mejor del monaquismo, y se vieron tanto en los círculos Católicos como en los Protestantes. Ellos se esforzaron por fundar iglesias verdaderas en el tiempo de la *Invitación filadelfia*.

La desviación de los mandamientos de Cristo y de la doctrina apostólica había sido inmensa, y se había extendido a cada detalle de las enseñanzas de la Escritura. Fue por ello que el largo camino de regreso

Capítulo 12

no fue encontrado de golpe; primero se recuperó una verdad, luego otra. Debido a que estos avivamientos espirituales ocurrían en distintos lugares y épocas, produjeron una cantidad de iglesias que se diferenciaron

La unidad en la
verdad, la oración
del Señor

unas de otras en su historia, esto en la medida que comprendieron la revelación original, y en su regreso a la práctica primitiva. Por esta razón fueron acusadas de multiplicar las sectas, pero en realidad son muchos senderos que conducen de regreso a la primera unidad —esa primera unidad que será su unidad final, porque los peregrinos llegarán finalmente a la meta, conforme a la oración del Señor por ellos: “Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado” (Juan 17.23).

Notas finales

- ¹ *Geschichte des Christlichen Lebens in der rheinisch-westphälischen evangelischen Kirche*, Max Goebel.
—*Geschichte des Pietismus und der Mystik in der Reformirten Kirche u.s.w.*, Heinr. Heppe.
—*Geschichte des Pietismus in der Reformirten Kirche*, Albrecht Ritschl.
- ² *Die Vorbereitung des Pietismus in der Reformirten Kirche der Niederlande bis zur Labadistischen Krisis, 1670*, von Wilhelm Goeters, Leipzig. J.C. Hinrichssche Buchhandlung Utrecht, A. Oosthock, 1911.
- ³ *Geschichte des Pietismus in der Reformirten Kirche*, Albrecht Ritschl.
- ⁴ *The Life of Aug. Herm. Franke*, H. E. F. Guerike; traducción S. Jackson.
- ⁵ *History of the Moravian Church*, J. E. Hutton, M.A.
- ⁶ *Geschichte des Christlichen Lebens in der rheinisch-westphälischen evangelischen Kirche*, Max Goebel.

Los movimientos metodistas y misioneros

(1638–1820)

Condición de Inglaterra en el siglo XVIII; Avivamientos en las escuelas temporales de Gales; Fundación de las sociedades; El “Club Santo” en Oxford; La señora Wesley; Juan y Carlos Wesley zarpan rumbo a Georgia; Juan Wesley regresa y conoce a Pedro Boehler, acepta a Cristo por fe y visita a Herrnhut; Jorge Whitefield les predica a los mineros en Kingswood; Juan Wesley también comienza a predicar al aire libre; Los predicadores laicos; Las manifestaciones extrañas; Los avivamientos extraordinarios; Los himnos de Carlos Wesley; Separación entre las sociedades metodistas y las moravas; Divergencia en doctrina de Wesley y Whitefield; La Conferencia; Separación de las sociedades metodistas de la Iglesia Anglicana; Divisiones; Beneficio general del movimiento; La necesidad de obras misioneras; Guillermo Carey; Andrés Fuller; Formación de las sociedades misioneras; Diferencia entre los misioneros y las iglesias nacionales; Los hermanos Haldane; Santiago Haldane predica en Escocia; Oposición de los Sínodos; Grandes cantidades de personas escuchan el Evangelio; Fundación de una iglesia en Edimburgo; Libertad de ministerio; Duda con relación al bautismo; Roberto Haldane visita a Ginebra; Lecturas de la Biblia sobre la Epístola a los Romanos; La Cena del Señor en Ginebra; Fundación de una iglesia.

La infidelidad y la indiferencia por los asuntos de religión y moral prevalecían en Inglaterra en el siglo XVIII hasta tal punto, y de tales consecuencias, que llamaban la atención de todos aquellos que observaran con cuidado. Con relación a la clase alta de la sociedad, estaba de moda el ser irreligioso e inmoral, mientras que las clases humildes estaban sumergidas en la más grande ignorancia y pecado. Los miembros del clero, salvo pocas excepciones, no tenían

*La Inglaterra del
siglo XVIII*

Capítulo 13

mejores cualidades que la gente. La literatura que circulaba era atea e impura; la borrachera no se consideraba una deshonra; la violencia y el crimen eran una plaga. El esfuerzo por reprimir el crimen y preservar la propiedad por medio de castigos crueles aumentaron la osadía de la gente; el estado de las prisiones era pésimo; la opresión de los pobres y los desamparados era sin compasión. Aún quedaba una fuerte contracorriente de religión y fe, pero se hallaba oculta debido a la tolerancia popular que existía con relación al pecado, además de la burla de todo lo bueno. Los grupos de creyentes eran pocos en comparación con la mayoría de la población, y una cierta apatía se había apoderado de ellos lo cual mostraba que existía la necesidad de un avivamiento.

Fue en estas circunstancias que tuvo lugar un avivamiento espiritual de alcance y resultados extraordinarios.¹ Gales se encontraba en un estado tan oscuro como Inglaterra y, además, sufría la desventaja de que muchos de los miembros de su clero eran ingleses que estaban fuera de contacto con la gente tanto en sentimientos como

*Avivamientos en
Gales*

en idioma. Sin embargo, había algunos clérigos galeses de la Iglesia oficial que fueron excepciones dignas de destacar. Guillermo Wroth, párroco de Llanvaches, de repente convertido, tuvo tal mensaje de vida que la gente sedienta de la Palabra de Dios acudía en masa a escuchar, de manera que su iglesia no la podía contener. Predicaba al aire libre e incluso fuera de su propia parroquia, y cuando fue castigado con la pérdida de su posición por tales actos, fundó una iglesia de creyentes independientes en Llanvachery, en 1638.

Bajo su influencia Walter Cradock, expulsado de su sacerdocio en Cardiff, comenzó a viajar por todas partes y a predicar el Evangelio a las multitudes que ansiaban escucharlo, y se unió a las iglesias congregacionalistas. Rees Pritchard fue otro que tenía el mensaje de salvación, alrededor de quien se congregaban tan grandes grupos para escucharlo que también tenía que predicar al aire libre. Por esta razón, Rees fue citado ante la Corte Eclesiástica, pero se hizo uso de cierta influencia para que le permitieran continuar sus predicaciones y aún permanecer en la Iglesia Anglicana.

Otro clérigo, Griffith Jones, también galés, a principios del siglo XVIII, preparó a su país para la mayor obra que estaba por venir. Mientras predicaba y enseñaba en su parroquia se dio cuenta de la gran desventaja que el pueblo

sufría al no poder leer la Biblia por sí mismos. De modo que con la ayuda de amigos contrató a profesores para que viajaran de un sitio a otro a fin de fundar escuelas provisionales. Posteriormente, la carencia de profesores aptos lo llevó a inaugurar una escuela de entrenamiento donde sólo fueron aceptadas las personas que tuvieran principios religiosos, en su gran mayoría disidentes. Personas de todas las edades asistieron a sus escuelas, a pesar de la oposición del clero, contentas de contar con una oportunidad que nunca antes tuvieron, y se llevó a cabo una gran reforma en el carácter y la conducta de la nación. A la muerte de Griffith Jones, veinte años después de haber comenzado sus escuelas, ya había aproximadamente 3.500 de estas funcionando, y la tercera parte de la población de Gales había pasado por ellas.

Por este mismo tiempo, a un joven, Howel Harris, se le negó la ordenación por motivo de que ya había comenzado a predicar antes de recibirla. No obstante, no se dejó intimidar y, siendo aún miembro de la Iglesia oficial, continuó sus predicaciones fuera de ella al aire libre, en casas particulares y en otros lugares disponibles. El Evangelio fue eficaz; una gran cantidad de personas se convirtieron, muchas vidas fueron transformadas, y se establecieron cultos familiares en hogares que anteriormente eran impíos. Otros obreros se unieron a Harris, tanto del clero como del laicado, y a fin de animar a los influenciados por la Palabra de Dios, se fundaron sociedades de personas religiosas.

Como era de esperar, esto estimuló la oposición; las turbas desenfrenadas, dirigidas por las autoridades civiles y el clero, sometieron a los predicadores a todo tipo de degradación y abuso. Uno de los más dotados entre los predicadores fue Daniel Rowlands, también clérigo, que fue expulsado de su sacerdocio por predicar fuera de los límites de su propia parroquia. A Llangeitho, donde él predicaba, acostumbraban a venir miles de personas que viajaban desde todas las partes del Principado para escucharlo. Había en su ministerio un poder que a aquellos que lo escuchaban les resultaba imposible describir.

Este movimiento en Gales pronto entró en contacto con uno similar en Inglaterra. Todo el carácter del pueblo galés fue transformado. Y este cambio no fue transitorio, porque Gales, en lugar de ser como era anteriormente —una nación irreligiosa y muerta espiritualmente— ahora había adquirido fama por la obra amplia y la profundidad de su vida espiritual.

Capítulo 13

Un grupo de estudiantes en Oxford comenzó a reunirse en 1729 con el propósito de ayudarse los unos a los otros a alcanzar su objetivo común: salvar sus almas y vivir para la gloria de Dios.² Sus costumbres pronto trajeron sobre sí el ridículo de sus compañeros de estudio y de algunos de los funcionarios de los colegios, ya que ellos, en su estilo de vida, se diferenciaban completamente de la mayoría de los estudiantes. Ellos vivían conforme a una regla ascética y muy meticulosa, visitaban a los presos y los enfermos y ayudaban a los pobres. Fueron llamados “el Club Santo” o “el Club Piadoso”, “los entusiastas” o “los metodistas”. Entre sus fundadores estaban Juan y Carlos Wesley, y a ellos pronto se les unió Jorge Whitefield.

*El Club Santo
y los inicios del
metodismo*

La madre de los Wesley fue de tal carácter y capacidad tan poco común que evidentemente la extraordinaria vocación e influencia de sus hijos fue, en gran parte, el resultado de su ejemplo y su temprana instrucción. Su esposo era un clérigo; ellos tenían una familia numerosa y un grupo considerable de domésticos. Ella fue muy cuidadosa en la crianza de cada uno de sus hijos. Además, durante las frecuentes ausencias de su esposo por motivo de su ministerio, sentía la necesidad de reunir a todos los de su casa a una hora determinada para leer las Escrituras, hablar y orar con ellos. Los sirvientes que presenciaban estas reuniones contaban acerca de ellas y otras personas pedían que se les permitiera entrar, de modo que en ocasiones hasta doscientas personas trataban de entrar allí y algunos tenían que marcharse por la falta de espacio.

*La familia
Wesley*

A su esposo le llegaron quejas que ella estaba desempeñando un papel indecoroso como mujer. Al contestarle, cuando él le escribió a ella sobre el tema, ella le dijo:

Soy mujer, pero también soy la ama de casa de una gran familia; y (...) en tu ausencia, no puedo hacer otra cosa que ocuparme de cada alma que tú dejas bajo mi cuidado, como un talento encomendado a mí con la mayor confianza, de parte del gran Señor de todas las familias, tanto del cielo como

de la tierra (...) No entiendo por qué alguien deba perjudicarte sólo porque tu esposa se esfuerza por atraer a las personas a la iglesia, por impedirles, mediante la lectura y otras persuasiones, que profanen el día del Señor. Por mi parte, no tomo en cuenta ninguna censura en este asunto. Hace tiempo ya me despedí del mundo y sólo deseara no haberles dado nunca razón alguna para hablar contra mí. En lo concerniente a que parece extraño, reconozco que así es. Como también lo parece cualquier cosa que sea seria o que de alguna manera pueda extender la gloria de Dios o la salvación de las almas (...) Sin embargo, existe algo por lo cual me siento muy disconforme, y es precisamente por la presencia de estas personas durante las oraciones de la familia. No me refiero a que tenga vergüenza sólo por la cantidad de personas que están presentes. Puesto que aquellos que tienen el honor de hablar al sumo y santo Dios no deben avergonzarse de hablar ante todo el mundo. Me refiero a que soy mujer. Dudo que sea correcto que yo como mujer presente las oraciones del pueblo de Dios. El domingo pasado estuve a punto de despedirlos antes de las oraciones, pero ellos me rogaron de todo corazón que les permitiera quedarse. Yo no me atreví a negárselo.

Después de su ordenación, y aún en busca de la salvación de sus almas, Juan Wesley, su hermano Carlos y dos más zarparon rumbo a Georgia. Ya encontrándose a bordo, conocieron a un grupo de moravos, y Juan Wesley describe la profunda impresión que se llevó por la mansedumbre, la paz y la valentía que estos hombres demostraban bajo cualquier circunstancia. Su estancia en Georgia, a pesar de su práctica de abnegación severa y una obra concienzuda, fue un fracaso, y pronto regresó a Inglaterra en un estado de miseria espiritual. Fue por ello que exclamó: “¡Fui a América a convertir a los indios; pero, ¿quién me convertirá a mí?”

Al llegar a Londres (1738) de nuevo, Juan se encontró con los moravos, y en “un día muy memorable”, conoció a Peter Bohler, recién llegado de Alemania. Con él mantuvo una larga conversación y por medio de él, según dice Juan, “de la mano del gran Dios fui (...) convencido claramente de mi incredulidad; de la falta de esa única fe por la cual somos salvos”. ¿Debía él dejar la predicación?, le preguntó a Bohler. “No”, le contestó este, “predica la fe hasta que la poseas; y luego, debido a que la posees, predicarás la fe”. De manera que Wesley les ofrecía a todos la salvación por medio de la fe únicamente, pero aun así no pudo comprender que la salvación podía ser inmediata. Al escudriñar los Hechos de los Apóstoles en busca de si había o no casos similares registrados allí, él

*Conversión de
Juan y Carlos*

Capítulo 13

descubrió, para su asombro, que casi todos se convirtieron de esta manera. Luego se refugió en el pensamiento de que semejantes cosas podían pasar en los primeros días del cristianismo, pero que los tiempos habían cambiado. No obstante, fue sacado de ahí por medio del testimonio de muchos acerca de cómo fueron salvados inmediatamente cuando creyeron. De modo que, finalmente, por medio de la fe, él aceptó a Cristo como su Salvador.

Su hermano Carlos y otros se enojaron con él por decir que él, quien había hecho tanto, nunca había sido salvo hasta ahora, pero poco después relata: “Mi hermano tuvo una conversación larga y privada con Peter Bohler. Y ahora le agradó a Dios abrir sus ojos de manera que él vio claramente cuál era la naturaleza de la única y verdadera fe viva por la cual somos salvos por medio de la gracia.”

Se fundó así una sociedad, la cual constaba de pequeños grupos de miembros que debían reunirse semanalmente para confesar sus faltas los unos a los otros y para la oración. Como Juan Wesley predicaba con fervor en muchas de las iglesias londinenses “la salvación gratuita por medio de la fe en la sangre de Cristo” se le informó de manera oficial en un lugar tras otro que aquella era la última vez que se le permitiría predicar allí.

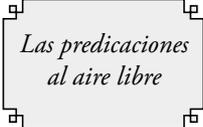
Luego visitó el asentamiento moravo en Herrnhut y también al Conde Zinzendorf, en donde fue muy animado en los diálogos que sostuvo con quienes se encontró. Luego regresó a Inglaterra y una vez más comenzó a predicar y compartir con sus hermanos en la fe. Al viajar a Bristol, Juan Wesley se reunió nuevamente con su viejo amigo Jorge Whitefield.³

Whitefield nació en el Bell Inn, Gloucester. Algún tiempo después, su madre quedó viuda y se vio tan empobrecida que el sueño de su hijo más joven de convertirse en un clérigo sólo pudo realizarse con dificultad por medio de la ayuda de unos amigos que le consiguieron un puesto como servidor en la universidad de Pembroke. Así pudo estudiar. Allí experimentó una gran angustia espiritual como buscador de la salvación. Se unió al “Santo Club” y mediante el ayuno y otras formas de hacer morir los deseos de la carne se debilitó en extremo. Fue entonces cuando se hizo estudiante de las Escrituras y así declara: “Logré un mayor conocimiento verdadero a partir de la lectura del Libro de Dios en un mes que lo que jamás podría haber adquirido de todos los escritos de los hombres”.

Jorge Whitefield
(1714–1770)

Luego de haber aprendido y experimentado la justificación por medio de la fe, Whitefield sintió deseos de predicar, y tan pronto fue ordenado comenzó a hacerlo con un efecto tan sorprendente que se comentó que en su primer sermón enloqueció a quince personas. Desde el comienzo de su ministerio su talento como predicador fue tan extraordinario que multitudes se apiñaban para escucharlo. Un sermón que predicó en Bristol, “Sobre la naturaleza y la necesidad de nuestra regeneración o nuevo nacimiento en Cristo Jesús”, fue el comienzo de un gran avivamiento que siguió en Gloucester, Bristol y Londres. Luego, durante un corto período de tiempo estuvo en Georgia donde fundó un orfanato.

A su regreso a Inglaterra, Whitefield se dio cuenta de que su costumbre de ir de casa en casa, donde era invitado a exponer las Escrituras, había encolerizado tanto al clero que casi todos los púlpitos le fueron negados. Algunos de sus amigos le habían sugerido que ya que había ido a América a predicarles a los indios podría también ir a predicarles a los mineros incultos y abandonados de Kingswood, cerca de Bristol.



*Las predicaciones
al aire libre*

Esta fue su respuesta:

Al darme cuenta de que los púlpitos me son negados y que los pobres mineros están a punto de perecer por la falta de conocimiento, me dirigí a ellos y les prediqué, sobre una loma, a más de doscientas personas. Bendito sea Dios, que se ha roto el hielo y que el campo ha sido tomado (...) Pensé quizá que estaba imitando el servicio de mi Creador, quien tuvo un monte como púlpito y los cielos como su auditorio, y quien, además, cuando el Evangelio fue rechazado por los judíos, envió a sus siervos por los caminos y por los vallados.

La próxima vez que predicó se congregaron diez mil personas; su extraordinaria voz llegó a todos ellos mientras les hablaba durante una hora. Él cuenta como “la primera señal que reveló el peso de la convicción en ellos por lo que escuchaban fue ver los surcos blancos hechos por las lágrimas que rodaban abundantemente por sus ennegrecidas mejillas después que salían de las minas de carbón. Cientos y cientos de ellos pronto llegaron a estar bajo una fuerte convicción que, como quedó demostrado, concluyó felizmente en una conversión completa y cabal.”

Fue a partir de este momento que Whitefield mandó a buscar a Juan Wesley para que viniera a ayudarlo en la obra. Wesley, quien era un religioso devoto, dice acerca de esto:

Capítulo 13

Llegué a Bristol por la tarde y me encontré allí con el señor Whitefield. Me fue difícil resignarme al principio a esta extraña manera de predicar en los campos, de lo cual él me dio un ejemplo el domingo, luego de haberme mantenido toda mi vida (hasta hace muy poco) tan firme en cada punto con relación a la decencia y el orden como para creer que la salvación de las almas era casi un pecado si no se llevaba a cabo en una iglesia. Por la noche (después que se marchó el señor Whitefield) comencé a exponer el Sermón del Monte de nuestro Señor (un precedente muy notable de la predicación al aire libre, aunque supongo que en aquel tiempo también hubo iglesias) a una pequeña sociedad que se reunía una o dos veces a la semana en la calle Nicholas. A las cuatro de la tarde, me dispuse a ser contado como vil y proclamé en las calles las buenas nuevas de salvación, hablando desde una elevación en el terreno colindante a la ciudad y dirigiéndome a casi tres mil personas.

De esta manera se rompieron las barreras y la predicación libre del Evangelio se difundió por todo el país. La predicación estuvo acompañada de tal poder del Espíritu Santo que nada pudo resistirla. En ocasiones, las multitudes que se congregaron para escuchar ascendieron a decenas de miles de personas. No sólo se convirtieron al Señor los estratos más bajos de la sociedad en las cárceles repugnantes y los barrios marginados, sino que cuando la Condesa de Huntingdon se entregó con su influencia a la obra, la aristocracia fue alcanzada y muchos de sus miembros se convirtieron en discípulos de Cristo.

La falta de clero para la obra venció los fuertes escrúpulos de Juan Wesley de manera que se vio obligado a reconocer que el Espíritu Santo había enviado a numerosos laicos a predicar el Evangelio, algunos de ellos, como Juan Nelson, incultos, pero con una experiencia y un poder espiritual que los capacitaba para ser testigos eficaces y poderosos de Cristo.

Al inicio hubo extrañas manifestaciones en las reuniones. Algunos oyentes eran arrojados al suelo con convulsiones, gritaban en agonía de arrepentimiento o temor, a veces profiriendo blasfemias alocadas, antes de obtener liberación de cuerpo y alma. Los predicadores se enfrentaron con una oposición violenta de todos lados. Las turbas desenfrenadas los atacaban y también a aquellos que habían confesado a Cristo, ocasionando daños graves a personas y propiedades, pero todo esto fue resistido con una valentía y una mansedumbre que los adversarios no fueron capaces de soportar.

Los viajes de Wesley, Whitefield y otros fueron incesantes. Ellos viajaron por toda Inglaterra y Gales, la mayoría de las veces a caballo y expuestos a toda clase de intemperie. Uno de los mayores avivamientos se logró por medio de la predicación de Whitefield en Escocia; en Irlanda, Norte y Sur, los resultados fueron los mismos. Whitefield visitó a Nueva Inglaterra en repetidas ocasiones, y allí se manifestó el mismo poder. Fue precisamente mientras predicaba allí que murió en 1770. Sin embargo, Juan Wesley continuó su obra incansable hasta su octogésimo octavo año en 1790, sin sufrir, casi hasta el final, “ninguna de las enfermedades de la vejez”. Ya en su lecho de muerte, recobró fuerzas y, levantando los brazos y la voz entre los que lo rodeaban, clamó dos veces: “Lo mejor de todo es que Dios está con nosotros”.

Carlos Wesley,⁴ aunque inferior a su hermano en cuanto a su talento como predicador, compartió plenamente sus labores. Su mayor y más duradero servicio a la iglesia está en los himnos que escribió; estos pasan de seis mil, y muchos de ellos son de tal belleza poética y valor espiritual que los ubica entre los mejores jamás escritos. Dichos himnos contienen, en una forma bella y llamativa, exposiciones sanas de muchas de las principales doctrinas de la Escritura y, además, expresan la adoración y las experiencias internas del espíritu de modo que los hace continuamente aptos para enunciar los anhelos y las alabanzas de los corazones conmovidos por el Espíritu de Dios. Los Wesley, al darse cuenta de que la mayoría de las personas recibe su teología de los himnos más que de la Escritura, escribieron himnos con el propósito fundamental de enseñar doctrina por medio de ellos.

No es de asombrarse que existieran diferencias de opinión sobre varios puntos entre los muchos obreros del reino de Dios en este tiempo. Al abrazar nuevamente la verdad olvidada que se manifiesta en la Palabra de Dios, algunos comprendieron con mayor claridad un aspecto de esta, otros, otro aspecto. Al mismo tiempo, cada uno luchaba con la tendencia de subrayar lo que había visto y de ver lo peligroso de la visión del otro. Aunque el Espíritu Santo es dado para guiar hacia toda verdad, no todos reciben esta plenitud. De hecho, la misma magnitud y variedad de la revelación divina a menudo conduce a una comprensión diferente y parcial de ella.

*Las diferencias
doctrinales*

Capítulo 13

Aunque Wesley fue ayudado grandemente por los moravos al principio, poco a poco llegó a no estar de acuerdo con ellos en algunos puntos. Su relación histórica con los “hermanos bohemios” les daba tendencias que él consideraba como místicas y quietistas, poco atractivas para su naturaleza práctica y agresiva. La asamblea en Fetter Lane donde los moravos y los metodistas acostumbraban reunirse se dividió en 1740. Los moravos se quedaron allí y los metodistas se trasladaron a un lugar llamado la “Foundry”.

Wesley y Whitefield pronto divergieron en doctrina; Whitefield sostuvo opiniones calvinistas con relación a la elección, las cuales Wesley repudió firmemente. Y cuando Whitefield regresó de América en 1741, él predicó públicamente contra la “redención general”, sin refrenarse incluso cuando predicó en la “Foundry”, en la misma presencia de Carlos Wesley. La solidaridad de la Condesa de Huntingdon era más con Whitefield que con Wesley. Las sociedades metodistas que se propagaron por toda Inglaterra eran partidarias de Wesley y eran arminianistas, mientras que en Gales eran calvinistas como también lo eran aquellas que guardaban relación con la Condesa de Huntingdon.

Estas diferencias no alejaron en lo personal a Wesley y Whitefield, y resulta notable el hecho de que la predicación de la justificación por medio de la fe, ya fuese por uno o el otro, fue igualmente eficaz en la conversión de los pecadores. También los estilos de predicar de Wesley y Whitefield eran totalmente diferentes, pero las mismas verdades predicadas produjeron los mismos resultados. La predicación de Whitefield era elocuente, apasionada, y tan dramática que la gente parecía ver las escenas que él describía; a veces él se echaba a llorar cuando veía la necesidad de las almas que se encontraban ante él. Wesley, por su parte, era claro y lógico, su predicación era principalmente expositiva, pero aun así cautivaba la atención de los auditorios más vulgares.

La adherencia resuelta de Wesley a la Iglesia oficial le impidió ver aquellos principios que son enseñados en la Escritura con respecto a las iglesias de Dios. Por eso nunca intentó consolidar su predicación del Evangelio por medio de la formación de iglesias de aquellos que creían en el modelo del Nuevo Testamento. Sin embargo, en 1746 escribió: “En el camino leí el relato del *Lord King* acerca de la iglesia primitiva. A pesar del prejuicio vehemente de mi educación, estuve dispuesto a creer que este era un borrador justo e imparcial; pero de ser así, se debe concluir que los obispos

y los presbíteros son (en lo esencial) uno solo y que originalmente cada congregación cristiana era una iglesia independiente de todas las demás”.

Wesley organizó lo que en su opinión eran métodos prácticos para darle permanencia a la obra. Sus “Bandas” y “Sociedades” no profesaron ser grupos de creyentes, sino más bien grupos de buscadores. Su fundamento para el compañerismo enfocaba más las experiencias que las doctrinas, y el requisito para ser miembro era un deseo de huir de la ira venidera y de ser salvo. Los miembros eran libres de asistir a distintos lugares de adoración según su preferencia y podían sostener sus propias opiniones sobre diferentes puntos; sin embargo, no se les permitía contender sobre ellas. En 1740, un miembro fue expulsado debido a que insistió en discutir sobre la elección y la reprobación.

De vez en cuando, Wesley depuraba las sociedades de los miembros indignos, como él lo estimaba conveniente. Mientras estuvo vivo, controló la organización, y la “Conferencia” que él mismo fundó para que dirigiera después de él era en su totalidad un cuerpo clerical. Sus esfuerzos por mantener el movimiento dentro de la Iglesia Anglicana fracasaron, en parte porque la Iglesia oficial no lo reconoció y sistemáticamente se oponía al movimiento, y por otra parte debido a que no era posible que la nueva vida y energía se contuvieran bajo semejantes restricciones. Inevitablemente, llegó el momento en que tuvo lugar la separación formal.

La Conferencia no fue capaz de mantener la unidad de las sociedades metodistas de Wesley. Al ser un cuerpo clerical, era —como todos los cuerpos semejantes— celoso por sus privilegios, y su resistencia al esfuerzo por introducir una representación laica condujo a la formación de la Nueva iglesia metodista. Posteriormente, su intento por dominar las predicaciones al aire libre y su expulsión de algunos que celebraron “campamentos cristianos” sin su permiso, dieron origen a ese muy activo y devoto cuerpo, los metodistas primitivos. En el transcurso de los conflictos y divisiones posteriores, la Conferencia poco a poco llegó a aceptar algunas de las innovaciones a las cuales se había opuesto al principio.

La formación y el notable crecimiento de estas denominaciones enérgicas no fueron, sin embargo, el único, ni siquiera el principal resultado del avivamiento espiritual del siglo XVIII. La poderosa influencia que este ejerció sobre los pueblos de habla inglesa, sobre el carácter

*Resultados de los
avivamientos*

Capítulo 13

del Imperio Británico y de los Estados Unidos, estimulando a un gran número de personas para que se dedicaran a la eliminación de los abusos, a la práctica de la justicia y a la liberación de los oprimidos demuestra resultados mayores. Este avivamiento espiritual incentivó el mejoramiento de la legislación, la libertad de conciencia, la abolición de la esclavitud, la reforma del sistema carcelario y la actividad misionera. La Iglesia oficial también se benefició en gran medida al convertirse en el escenario de los avivamientos evangélicos en los cuales los grandes males, que por tanto tiempo habían prevalecido, desaparecieron. Las iglesias, ya sea bautistas o congregacionalistas, también se beneficiaron del avivamiento general y sus actividades aumentaron.

El hecho de que, después de tantos siglos, el mandamiento del Señor de *“Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura”* permaneciera sin cumplirse, y que millones de hombres nunca hubieran tenido la

Guillermo Carey
(1761–1834)

oportunidad de escuchar el Evangelio, había pesado en las conciencias de muchos cristianos de diferentes épocas. Algunos se habían dedicado por entero a alcanzar las regiones necesitadas del mundo. Un gran avivamiento de este sentido de la responsabilidad y del amor por Cristo y por la humanidad fue ocasionado por medio de Guillermo Carey,⁵ un zapatero de pueblo, quien además era pastor de la “Iglesia bautista particular” en Moulton donde con dificultad mantenía a su familia, estudiaba idiomas y recopilaba información en cuanto al estado del mundo pagano. En su taller podía verse un gran mapa, hecho de hojas de papel pegadas, en el cual se mostraba cada país del mundo. Sobre el mapa anotaba todo lo que pudiera averiguar sobre la condición de cada país. Este mapa era su libro de oración y su tema de conversación y predicación.

En una reunión de ministros en Northampton, en la cual se le dio la oportunidad a los más jóvenes de sugerir algún tema para el diálogo, Carey propuso “que si el mandamiento dado a los apóstoles de enseñar a todas las naciones no era obligatorio para todos los ministros sucesivos hasta el fin del mundo, ya que la promesa acompañante era de igual alcance”. Esto fue rechazado como un tema completamente indebido, ya que el

calvinismo extremista de la mayoría en aquel círculo les impedía ver la necesidad de una obediencia activa a este mandamiento de Cristo.

Los sermones de Andrés Fuller ayudaron a vencer este obstáculo. Carey publicó *Una investigación sobre las obligaciones de los cristianos de buscar los medios para la conversión de los paganos, en la cual el estado religioso de las diferentes naciones del mundo, el éxito de obras anteriores y la factibilidad de obras futuras son considerados por Guillermo Carey*. Luego de exponer los principios implicados y de referirse a la obra ya realizada por algunos, él trata con una serie de objeciones que podrían hacerse a tal idea. Entre estas aparece el “estilo de vida bárbaro y poco civilizado” de algunos de los paganos. Él argumenta:

Esto no puede ser objeción para nadie, excepto para aquellos cuyo amor por una vida fácil les impide estar dispuestos a exponerse a las inconveniencias por el bien de los demás. ¡No fue una objeción para los apóstoles y sus sucesores quienes estuvieron entre las poblaciones bárbaras de Alemania y Gales, y los británicos aun más bárbaros! Ellos no esperaron a que los antiguos habitantes de estos países se civilizaran antes de convertirlos a Cristo, sino que simplemente fueron con la doctrina de la cruz; y descubrieron que una recepción cordial del Evangelio produjo aquellos resultados felices que la más duradera de las relaciones con los europeos sin Cristo jamás hubiera podido alcanzar.

Carey sugiere en su obra que al menos debían ir dos hermanos, preferiblemente casados, y que pudieran hacerse acompañar por otros que pronto fueran capaces, por medio de la agricultura u otras actividades según la experiencia lo requiera, de ganar lo suficiente para suplir las necesidades de todos. Él trata de las cualidades necesarias, espirituales y de otro tipo, y agrega: “También pudiera resultar importante, si Dios bendice sus obras, que ellos fomenten cualquier aparición de dones entre las personas a su cargo. Si estos se presentaran, muchas serían las ventajas que se derivarían de su conocimiento del idioma y las costumbres de sus compatriotas; y su cambio de conducta daría un gran peso a sus ministerios”.

La reunión de ministros de 1792 fue celebrada en la casa de una viuda, la señora Wallis, en Kettering, y allí se fundó una sociedad para animar el avance del Evangelio en otras tierras. Se redactó un breve

*El movimiento
misionero
moderno*

Capítulo 13

informe de sus objetivos y fue firmado por doce personas. Al cabo de unos pocos meses ya Carey se encontraba haciendo rumbo hacia la India, mientras que Fuller, hasta donde su capacidad y su celo le permitieron, se dispuso a estimular a los cristianos de Gran Bretaña para que comprendieran la responsabilidad que sobre ellos recaía en cuanto a la divulgación del Evangelio en todo el mundo.

Las dificultades que parecían ser insuperables fueron superadas con paciencia, y poco a poco el éxito de la labor se aseguró en las bendiciones que trajo tanto en la India como en Gran Bretaña. No fue hasta después de siete años de constante trabajo y oración que comenzaron a verse los primeros frutos entre los indios. Krishna Pal, con su familia, confesó a Cristo y se convirtió en un predicador eficaz del Evangelio así como en un compositor de himnos.

De esta manera, el interés suscitado condujo a la formación, en 1795, de la sociedad misionera londinense. Al principio fue no sectario, pero luego llegó a ser congregacionista, mientras que en 1799 se organizó la sociedad de las iglesias misioneras. La sociedad misionera metodista wesleyana amplió el ámbito de sus actividades, y otras sociedades hicieron lo mismo.

La devoción y la capacidad dirigidas por estas organizaciones han dado abundantes frutos en muchas partes del mundo. Sus informes contienen algunos de los relatos más inspiradores en la historia de la humanidad. Sin embargo, esta forma de llevar el cristianismo a otras naciones también ha llevado consigo las divisiones y los desarrollos históricos religiosos de Europa entre los pueblos paganos. De este modo se ha debilitado el testimonio del Evangelio, y ha tenido la tendencia de establecer *misiones* que representan las diferentes sociedades misioneras y dependen de ellas, en lugar de establecer *iglesias independientes* que se propagan por medio de su propio testimonio entre su propio pueblo como fue el caso de las iglesias fundadas en los días apostólicos.

Dos hermanos, Roberto y Santiago Haldane,⁶ pertenecientes a una familia escocesa influyente y adinerada, quienes de jóvenes prestaron su servicio con distinción en la marina de guerra, se convirtieron al Señor y llegaron a ser estudiantes diligentes de las Escrituras.

Roberto y Santiago
Haldane

El más joven, Santiago, relata cómo, después de su matrimonio,

Cuando viví por primera vez en mi propia casa, yo comencé a dirigir los cultos familiares los sábados por la noche. Yo no estaba dispuesto a tenerlos más frecuentemente, para no exponerme al ridículo de parte de mis conocidos. Finalmente, una convicción del deber me obligó a comenzar a tenerlos cada mañana, pero por un tiempo reuní a mi familia en un cuarto trasero de la casa, por si entraba alguno. Poco a poco llegué a superar ese temor al hombre, y como deseaba instruir a quienes vivían en mi casa, comencé a exponer las Escrituras. Me di cuenta de que esto resultaba agradable y edificante para mí, y ha sido un método fundamental mediante el cual el Señor me preparó para hablar en público (...) En secreto comencé a desear que se me permitiera predicar el Evangelio, lo cual consideré como el empleo más importante y honorable que se pudiera tener. Comencé a pedirle a Dios que me enviara a su viña y que me capacitara para la obra. Este deseo siguió incrementándose, aunque no tenía la más remota esperanza de que se me concediera. A veces en las oraciones mi corazón incrédulo sugería que no podría ser. Yo no tenía ninguna idea de ir por los caminos y vallados para hablarles a los pecadores acerca del Salvador. Sin embargo, abrigaba una lejana esperanza de que el Señor me dirigiera.

Poco después de esto, él y algunos otros se interesaron por las reuniones para predicar el Evangelio en un marginado pueblo minero y, como no siempre era posible conseguir a un ministro ordenado, algunas veces predicaban los laicos. Una noche no vino el esperado predicador, de manera que Santiago Haldane ocupó su lugar y predicó su primer sermón acerca del Evangelio. Esto fue en 1797, y lo incitó a emprender, junto con otros, la predicación ambulante del Evangelio, que en los años siguientes lo llevó por toda Escocia, y más allá.

Los predicadores viajaban en un carruaje y estaban bien provistos de tratados que ellos mismos escribían, imprimían y distribuían. Ellos hablaban en las iglesias cuando se les permitía, en escuelas y en otras instalaciones, pero principalmente al aire libre. Cientos, y a veces miles, de personas se congregaban para escucharlos. Hubo gran poder en su testimonio y muchísimas personas se convertían al Señor. En ese tiempo las necesidades espirituales del país eran enormes, pero la idea de que los laicos ayudaran en la obra fue resentida por muchos; aunque, por otra parte, la novedad de todo esto a menudo atraía a los oyentes, quienes entonces eran afectados por el fervor y la sinceridad de los oradores.

Capítulo 13

El Sínodo de la Iglesia oficial de Escocia, reunido en Aberdeen, aprobó varios decretos contra “los maestros vagabundos y las escuelas dominicales, contra la irreligión y la anarquía”. A los predicadores sin licencia y los maestros de las escuelas dominicales sin autorización les fue prohibido continuar su trabajo. El Sínodo General de los Anti-burgueses condenó las sociedades misioneras y les advirtió a sus miembros que no “asistieran ni le dieran consentimiento a las predicaciones públicas de alguien que no pertenezca a nuestra comunión” y excomulgó a aquellos que hicieron caso omiso a ese decreto, incluyendo a uno de sus ministros más dotados. Los Camerones actuaron de la misma manera, y el Sínodo de Ayuda acordó “que ningún ministro debía dar su púlpito, o permitir que fuese dado, a ninguna persona que no hubiese asistido a un curso regular de filosofía y teología en alguna de las universidades de la nación, o que no hubiese obtenido, de manera correcta, una licencia para predicar el Evangelio”. Estos interdictos fueron violados por muchos y en realidad a menudo sirvieron para incrementar el interés de escuchar las Escrituras predicadas y explicadas por hombres que realmente creían en ellas.

A modo de justificarse a sí mismo y a sus colegas, Santiago Haldane dijo:

Nosotros no (...) pretendemos decir que todo seguidor de Jesús deba dejar su profesión, por medio de la cual provee para su familia, para convertirse en un predicador público. Es un deber cristiano indispensable que todo hombre provea para su familia. Sin embargo, consideramos que cada cristiano tiene la obligación, dondequiera que tenga la oportunidad, de advertir a los pecadores que huyan de la ira venidera, y de señalar a Jesús como el camino, la verdad y la vida. Si un hombre declara estas verdades importantes a dos personas, o a doscientas, él es, en nuestra opinión, un predicador del Evangelio o alguien que declara las buenas nuevas de salvación, lo cual es el significado exacto de la palabra *predicar* (...) Nosotros consideramos el mal estado de la religión un llamado suficiente para que fuéramos por los caminos y los vallados y nos esforzáramos por traer a los pecadores a la esperanza que se pone delante de ellos en el Evangelio.

Los predicadores pusieron un gran énfasis en la justificación por medio de la fe en la muerte y resurrección de Cristo, sin las obras. Al visitar tantos lugares, encontraban una gran decadencia religiosa adondequiera que iban, pero al mismo tiempo se daban cuenta de que existía un gran

Los movimientos metodistas y misioneros

deseo de escuchar la Palabra de Dios. Diariamente se reunieron de tres mil a cuatro mil personas en lugares tan al norte como Orkney, donde los predicadores predicaron en la feria en Kirkwall, y en el día del Señor unas 6.000 personas se reunieron para escuchar.

Un oyente, que después de ser invitado a asistir a una reunión asistió sólo por la curiosidad debido a la invitación insistente que recibió, describe así sus impresiones:

El capitán Haldane llegó a caballo al lugar donde la gente se encontraba reunida para escucharlo. Desmontó y dejó su caballo a cargo de otro caballero que estaba cerca. Él era joven en aquel tiempo, menor de treinta años de edad, y llevaba un gabán azul, trenzado al frente, como se usaba en aquella época. También llevaba afeite, y su cabello estaba sujetado atrás, como era costumbre para los caballeros. Nunca podré olvidar las impresiones que quedaron grabadas en mi corazón cuando él, en un tono claro y varonil, comenzó a dirigirse a la multitud despreocupada que se había congregado para escucharlo. Sus poderosos llamados a la conciencia, dichos de una manera sencilla, fueron tan aterradores que no pude pegar un ojo y ni siquiera me retiré a descansar aquella noche. La impresión producida por lo que escuché no se borró nunca de mi mente, aunque no abracé por completo el Evangelio durante años después, sin embargo nunca volví a recaer en mi estado anterior de descuido e indiferencia ante las cosas eternas.

Esta obra de conversión, y el avivamiento de muchos que ya eran cristianos, despertaron interrogantes en cuanto al curso a tomar para seguir las enseñanzas de la Escritura. Los hermanos Haldane así como cierta cantidad de aquellos con quienes trabajaban llegaron a sentirse oprimidos por su unión con personas evidentemente incrédulas con las cuales se encontraban en la Iglesia oficial, de manera que se separaron de ella y comenzaron a reunirse sólo con aquellos que daban evidencia de ser hijos de Dios. Fundaron una iglesia en Edimburgo que comenzó con unos 300 miembros y creció muy rápidamente. Una de sus primeras acciones fue ordenar a Santiago Haldane como pastor. Roberto Haldane proveyó grandes lugares de reunión, o “tabernáculos”, no sólo en Edimburgo, sino también en otros centros donde las iglesias se reunían. Al seguir el principio de que el Nuevo Testamento contiene la enseñanza y el ejemplo que los discípulos del Señor deben cumplir hoy, estas iglesias comenzaron a

Capítulo 13

celebrar la Cena del Señor cada primer día de la semana. También dejaron de recolectar ofrendas de las congregaciones generales, y a cambio los miembros de la iglesia aportaban cada uno lo que pudieran.

Esto sucedió paulatinamente. Roberto Haldane escribió:⁷

Al principio comencé a practicar la Cena del Señor mensualmente. Luego me convencí de que según los principios que yo sostenía, debía cumplirla semanalmente (...) con unos pocos individuos (...) que se juntaron, así fundando una iglesia. Y ahora estoy convencido de que cualquier grupo o cantidad de cristianos, donde no haya una iglesia de Cristo, puede actuar como nosotros lo hicimos (...) Al inicio pensé que las iglesias no deben mantener comunión con el mundo, excepto en lo que se refiere a recibir su dinero. Ahora me avergüenzo cuando pienso en semejante excepción.

Poco a poco llegaron a comprender que el Espíritu Santo, si no es obstaculizado por las ideas humanas, proveerá una variedad de ministros y ministerios. Y a medida que se acostumbraron poco a poco a su manera de obrar libremente por medio de quien él quisiera, experimentaron mucho gozo y poder.

Durante algunos años Santiago Haldane tuvo dudas en cuanto al bautismo de infantes, pero desechó sus dudas, en parte porque sentía que al darle importancia a esto podría conducir a una disminución de su utilidad. Sin embargo, llegó el día en que la conciencia lo obligó a rehusar bautizar a los infantes. Luego, él mismo se sometió al bautismo, como también lo hicieron su hermano y otros cuyo estudio de las Escrituras los llevó a la misma conclusión. Cuando decidieron dar este paso, ellos no vieron ninguna razón para separarse de sus hermanos. Ellos creían y enseñaban que los creyentes debían practicar la tolerancia los unos con los otros en los asuntos en que diferían y deseaban que su bautismo no condujera a la división de su círculo feliz. No obstante, a pesar de sus esfuerzos por mantener la unidad, tuvo lugar la división entre ellos. La mayor parte se mantuvo unida, algunos de ellos bautizados, otros no, pero todos estaban de acuerdo en cuanto al principio de la tolerancia los unos con los otros en tales temas. Algunos fundaron una congregación sobre los mismos principios anteriores, pero rechazaron el bautismo por inmersión y practicaron el bautismo de infantes. Otra parte de ellos regresó a la Iglesia oficial y aun otros se unieron a otras denominaciones.

Esta división fue motivo de tristeza, y las dificultades que surgieron se acentuaron por el hecho de que muchos de los lugares de reunión le pertenecían a Roberto Haldane; en tanto que los esfuerzos por preparar a jóvenes en escuelas bíblicas como evangelistas y pastores resultó ser difícil y una causa de desaliento. La iglesia que quedó después que tantos se separaron, aunque afligida a causa de la disminución en la cantidad de sus miembros, continuó su testimonio, en lo cual siguió siendo bendecida.

Roberto Haldane, en medio de sus varias actividades, desde hacía mucho tiempo había sentido un deseo de dar a conocer la Palabra de Dios más allá de las fronteras de su país, y en 1816 él y su esposa cruzaron al continente europeo. Allí no conocían a nadie y no tenían ningún plan concebido; ni siquiera sabían si su visita tardaría sólo unas pocas semanas o si se prolongaría.

*Roberto Haldane
en Europa*

En París conocieron a algunas personas que propiciaron su viaje a Berna y Ginebra. Ya estaban a punto de dejar nuevamente esta última ciudad, al no ver ninguna posibilidad allí, cuando lo que pareció ser un encuentro de coincidencia con un joven estudiante de teología hizo que se quedaran dos años. Este estudiante quedó tan profundamente impresionado por la conversación que tuvieron que al día siguiente regresó y trajo consigo a otro estudiante. Ambos demostraron estar en la más absoluta oscuridad, sin esperanza de salvación ni conocimiento de las Escrituras, las cuales nunca habían estudiado, ya que sus estudios habían sido dirigidos más bien hacia los escritos de los filósofos paganos. Al darse cuenta de su ignorancia de la Escritura y del camino de la salvación, ellos desearon mucho ser instruidos y esto fue lo que convenció a Roberto Haldane a quedarse.

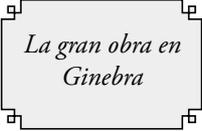
La quema en la hoguera de Servet no había impedido la persistencia de algunas de las doctrinas que él enseñaba y los profesores de teología así como los ministros de la iglesia de Ginebra habían caído bajo la influencia de las doctrinas de Socino y Arrio, con consecuencias mortales para la vida espiritual.

Roberto Haldane se hospedó en la Casa Maurice, donde dos habitaciones grandes podían convertirse en una. Allí conducía lecturas

Capítulo 13

regulares de la Biblia a las cuales, a pesar de que sus profesores se lo prohibieron, asistían de veinte a treinta estudiantes quienes se sentaban alrededor de una gran mesa, con Biblias en varios idiomas, mientras Haldane, hablando por medio de un intérprete, explicaba las Escrituras y contestaba las preguntas.

Haldane repasó la Epístola a los Romanos, explicando su enseñanza en detalle y comparándola con otros pasajes. Esto resultó nuevo



*La gran obra en
Ginebra*

para sus oyentes y se sintieron atraídos por su conocimiento de la Escritura y su total fe en ella. Estas lecturas resultaron ser un medio que trajo bendiciones espirituales a los estudiantes; muchos de ellos demostraron ser hombres devotos y capaces, y se convirtieron en personas distinguidas e influyentes en amplios círculos. De manera que el fruto de aquellos estudios y de aquel compañerismo fue de largo alcance y de un valor incalculable.

Entre ellos se destacaron César Malán, el compositor de himnos y Merle D' Aubigné, el historiador, y posteriormente, Adolfo Monod, Félix Neff, y otros, quienes llevaron lo que habían aprendido allí al mundo franco parlante e incluso más allá. Todo esto no tuvo lugar sin que surgiera oposición, y aunque resultó imposible callar a Roberto Haldane, aquellos ministros y estudiantes que aceptaron y actuaron según lo que habían aprendido de las Escrituras por medio de él tuvieron que sufrir las consecuencias. Algunos de ellos fueron privados de sus cargos, otros fueron expulsados de la Iglesia y algunos hasta fueron obligados a abandonar el país.

Roberto Haldane abandonó a Ginebra sin haber progresado más allá de las doctrinas del Evangelio y sin haber enseñado aquellas que tratan de la iglesia. Aunque algunos sabían que él había sido bautizado, él no habló de ello. Posiblemente su experiencia en Escocia lo había desanimado a hacerlo. Él viajó a Francia —donde los pastores eran educados para la Iglesia Protestante— para hacer una obra en Montauban similar a la que él había llevado a cabo en Ginebra.

Uno de los ministros jóvenes en Ginebra que tuvo que sufrir por seguir la verdad fue César Malán. Malán fue uno de un grupo de diez creyentes que, en este tiempo, tomó la Cena del Señor por primera vez fuera de la Iglesia oficial. Otro de estos, Gaussen, describe la reunión y menciona los nombres de Pyt, Mejanel, Gonthier y Guers como personas que estaban

presentes también. “Esta nos recordó”, dice, “otra Cena que en 1536, otro discípulo de Jesús, M. Jean Guerin, compartió con algunas almas piadosas, reunidas en el jardín de Étienne Dadaz, en Pré l’Evêque, la cual fue la primera comunión de los protestantes de Ginebra.”

La iglesia ya fundada se reunió después, entre otros lugares, en una calle cerca de la Catedral, La Pélisserie, y el testimonio del Evangelio que salió de allí fue el medio para la conversión y la reunión de muchos. Guers, Pyt, Gonthier y otros celebraron reuniones también en el mismo lugar donde Froment anteriormente había dirigido la escuela que fue el inicio de la Reforma en Ginebra. Otro estudiante, du Vivier, al predicar en el oratorio de Carouge, proclamó la divinidad del Señor, la corrupción de la naturaleza humana y la obra expiatoria. Esto se declaró escandaloso, y para evitar cualquier desorden posterior de este tipo se promulgó que ningún estudiante debería predicar a menos que su sermón hubiera sido previamente aprobado por tres profesores de teología.

Notas finales

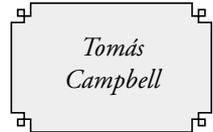
- ¹ *A History of the Free Churches of England*, Herbert S. Skeats.
- ² *John Wesley's Journal*.
- ³ *George Whitefield: A Light Rising in Obscurity*, J. R. Andrews.
- ⁴ *The Poetical Works of John and Charles Wesley*. Reimpreso a partir de los originales, con las últimas correcciones de los autores; junto a las poesías de Carlos Wesley que nunca fueron publicadas anteriormente; compiladas y arregladas por G. Osborne, D.D.
- ⁵ *The Life of William Carey: Shoemaker and Missionary*, George Smith, C.I.E., LL.D.
- ⁶ *Lives of Robert and James Haldane*, by Alexander Haldane.
- ⁷ *Letters to Mr. Ewing Respecting the Tabernacle at Glasgow, etc.*, Robert Haldane, Edinburgh, 1809.

El Occidente

(1790–1890)

Tomás Campbell; Una “Declaración y Afirmación”; Alejandro Campbell; La iglesia en Brush Run; El bautismo; Un sermón sobre la ley; Los metodistas republicanos adoptan el nombre de “cristianos”; Los bautistas adoptan el nombre de “cristianos”; Barton Warren Stone; Acontecimientos extraños en cultos de avivamiento; El Presbiterio de Springfield, fundado y disuelto; La iglesia en Cane Ridge; La Conexión Cristiana; Separación de los reformistas de los bautistas; Unión de la Conexión Cristiana y los reformistas; La naturaleza de la conversión; Walter Scott; El bautismo para el perdón de pecados; El testimonio de Isaac Errett.

Un ministro de una de las ramas separatistas de la iglesia presbiteriana, Tomás Campbell, dejó su hogar en el norte de Irlanda, a causa de su salud, y vino a los Estados Unidos (1807).¹ Él fue bien recibido por el Sínodo que para entonces se reunía en Filadelfia, y fue enviado al occidente de Pensilvania, donde sus dones poco comunes y su carácter espiritual lo hicieron admisible. Sin embargo, algunos pusieron en tela de juicio su lealtad al “Testimonio de Separación” ya que él enseñaba que sólo las Escrituras proveen el verdadero fundamento de fe y conducta, y desaprobaba el espíritu partidario predominante en las iglesias.



Al ser enviado a visitar un distrito escasamente poblado en las Montañas Alleghany, él recibió en la Cena del Señor a un grupo de creyentes que, aunque eran presbiterianos, no pertenecían a este grupo en específico. Por esto fue censurado y, al alegar que había actuado conforme a las enseñanzas de la Escritura, fue tratado de manera tan hostil como para inducirlo a separarse del cuerpo separatista de la iglesia presbiteriana.

Capítulo 14

Muchos cristianos de diferentes denominaciones continuaron asistiendo a su ministerio. Estaban insatisfechos con el estado dividido de la religión. Simpatizaban con su enseñanza de que la unión sólo se podría lograr por medio de un regreso a la Biblia, y que un mejor entendimiento de la diferencia entre la fe y las opiniones conduciría a una tolerancia que probablemente haría mucho por detener las divisiones.

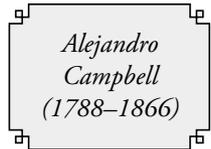
En una casa entre Mount Pleasant y Washington se celebró una reunión (1809) en que los presentes conferenciaron sobre cuál sería el mejor medio para poner en práctica estos principios. Tomás Campbell habló acerca de la maldad de las divisiones, demostrando que estas no son inevitables, ya que Dios ha provisto en su Palabra un estándar y una guía suficiente para suplir las necesidades de las iglesias en todos los tiempos. Los conflictos y las disensiones surgen cuando se inventan teorías religiosas y sistemas fuera de las Escrituras. Por tanto, es sólo por medio de un regreso a las enseñanzas de la Palabra de Dios que se puede recuperar la verdadera unidad.

Como una regla para su dirección, él propuso que “donde las Escrituras hablan, nosotros hablamos; y donde estas callan, nosotros también callamos”. Un presbiteriano que estaba presente, dijo: “Si adoptamos semejante regla como un fundamento, el bautismo de infantes es asunto concluido”. A lo que Tomás Campbell contestó: “Si el bautismo de infantes no aparece en la Escritura, nosotros no podemos tener nada que ver con él”. Otro se puso de pie y bajo una fuerte emoción, llegando incluso a llorar, exclamó: “Espero no tener que ver nunca el día en que mi corazón renuncie a ese bendito pasaje de la Biblia que dice: *Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de los cielos*”. Un destacado independiente contestó: “En el pasaje de la Escritura que usted ha citado, no hay referencia en absoluto al bautismo de infantes”.

A pesar de esta evidencia inmediata de su divergencia de opinión, la mayoría de los presentes se unieron en la formación de “La Asociación Cristiana de Washington” y nombraron a Tomás Campbell para que preparara una declaración de sus objetivos. Esta, con la cual todos estuvieron de acuerdo, adoptó la forma de una “Declaración y Afirmación”, en la cual ellos expresaban su opinión de que como ningún hombre *puede ser juzgado por su hermano*, asimismo ningún hombre *puede juzgar por su hermano*; cada cual debe juzgar por sí mismo y dar cuenta a Dios de sí mismo. Cada uno está cercado por

la Palabra de Dios, pero no por ninguna interpretación humana de ella. Cansados de los conflictos partidarios, ellos deseaban adoptar y recomendar medidas que les dieran reposo a las iglesias. Habían perdido la esperanza de encontrar esto en una continua disensión entre los grupos o en el intercambio de las opiniones humanas. Esto sólo puede encontrarse en Cristo y en su Palabra inalterable. Por tanto, regresemos (escribieron en la declaración) al modelo original y adoptemos sólo la Palabra de Dios como nuestra regla. No tenían intención alguna de fundar una iglesia, sino solamente una sociedad para la promoción de la unidad cristiana y de “una reforma evangélica pura por medio de la predicación sencilla del Evangelio y la administración de sus ordenanzas en conformidad precisa con su norma divina”.

Cuando Tomás Campbell se trasladó a los Estados Unidos, dejó atrás a su familia para que luego lo siguieran. Su esposa era descendiente de los hugonotes, y su hijo Alejandro se encontraba preparándose para ser ordenado ministro en la “iglesia presbiteriana separatista”. Mientras se quedaba en Glasgow, Alejandro Campbell se encontró con la enseñanza y la obra de los hermanos Haldane. Esto suscitó dudas en su mente en cuanto al carácter bíblico del control de las iglesias por medio de los Sínodos y lo llevó a aceptar el sistema congregacionalista por considerarlo un sistema conforme a la práctica y la enseñanza apostólica. Sin embargo, su unión a la iglesia separatista y su respeto por los deseos de su padre le impidieron manifestar cualquier expresión externa de sus pensamientos, aunque en su interior ya se había separado del sistema presbiteriano. Cuando llegó el tiempo de la comunión semestral de los separatistas, él pasó los exámenes requeridos y recibió la autorización para participar de la Cena del Señor con una gran cantidad de comulgantes. No obstante, se abstuvo de hacerlo al sentir que esto indicaría su aprobación de un sistema que ya no podía aceptar.



*Alejandro
Campbell*
(1788–1866)

Cuando llegó el tiempo en que la familia de Tomás Campbell partiera rumbo a los Estados Unidos, Alejandro se hizo cargo de su madre y sus hermanos menores. Llegaron a Nueva York y viajaron hacia el interior en carretas, quedándose en las grandes y cómodas posadas que encontraban en el camino. Tomás Campbell, al enterarse de su venida, viajó desde Washington para reunirse con ellos. Se encontraron a medio camino y, al viajar juntos, se relataron mutuamente todo lo sucedido durante su separación.

Capítulo 14

Ni Tomás Campbell ni su hijo sabían que cada uno de ellos por su parte había dejado el cuerpo separatista de la iglesia presbiteriana y a los dos les preocupaba cómo el otro recibiría la noticia. Cuando se dieron cuenta de que cada uno por separado y de diferentes formas había llegado a la misma conclusión, ambos se fortalecieron y se colmaron de acciones de gracias por las direcciones manifiestas del Señor. Cuando Alejandro vio la “Declaración” que su padre había escrito y escuchó los principios sobre los cuales él estaba actuando, se percató de que estos expresaban las mismas convicciones a las cuales él mismo había llegado. Fue así que decidió dedicarse por entero a la causa de lograr la unidad de la iglesia por medio de un regreso a las Escrituras.

Temiendo que la “Asociación Cristiana” pudiera transformarse en un nuevo partido o convertirse en una iglesia, Tomás Campbell decidió probar si a los miembros de la Asociación les permitieran los privilegios de la comunión cristiana y ministerial entre los presbiterianos. El Sínodo de Pittsburg se reuniría en octubre de 1810 y Tomás Campbell presentó una



*La “Asociación
Cristiana”*

solicitud. Él explicó los principios de la Asociación, y preguntó si el Sínodo estaría de acuerdo “a la unión cristiana sobre los principios cristianos”. La sugerencia fue rechazada y las actividades de la Asociación fueron tajantemente condenadas. Alejandro Campbell

aprovechó esta oportunidad para hacer una explicación mucho más detallada en defensa de los objetivos de la Asociación. Para él quedaba muy claro que unirse a cualquier partido sería contrario al principio de regresar a las enseñanzas de la Escritura.

En 1811, Alejandro Campbell se casó y se unió a su suegro en las labores agrícolas, en las cuales resultó ser activo y exitoso. Tomás Campbell también se fue de Washington y adquirió una finca cerca del pueblo de Mount Pleasant. Su finca fue administrada principalmente por sus amables vecinos debido a que su tiempo mayormente lo dedicaba a visitar y predicar. Pero el vigor y las habilidades de su hijo eran tan poco comunes que él pudo ganar lo suficiente por medio de la agricultura sin dejar sus labores espirituales.

La hostilidad de todos los cuerpos religiosos hacia la “Asociación Cristiana” poco a poco convenció a sus miembros de que no lograrían las ventajas ni cumplirían con los deberes de una iglesia a menos que ellos mismos adoptaran la posición de una congregación de creyentes,

o sea, una iglesia neotestamentaria. Viendo que no podían transformar las iglesias existentes, guardaron la esperanza de que el ejemplo de una iglesia fuera de todos los partidos y que exhibiera los principios del Nuevo Testamento le daría mayor fuerza a la verdad que ellos creían, es decir, la unidad por medio de un regreso a las Escrituras.

Esta iglesia fue fundada solemnemente (1811) en Brush Run. Fueron elegidos un anciano, un evangelista y los diáconos. La Cena del Señor fue celebrada cada primer día de la semana. Había aproximadamente treinta miembros. Al rechazar todas las pretensiones sobre una sucesión apostólica, descubrieron que en cada una de las iglesias del Nuevo Testamento había varios ancianos (o obispos, o supervisores) y diáconos (o siervos) para la edificación de la iglesia, y también había evangelistas que eran enviados a predicar la verdad en el mundo. La ordenación en sí no fue considerada como una autoridad conferida, sino como un testimonio de que los ordenados tenían autoridad de parte de Dios. No había distinción entre el clero y el laicado.

*La iglesia en
Brush Run
(1811)*

El tema del bautismo había sido pospuesto. Tanto Tomás como Alejandro Campbell creían que el bautismo de infantes había causado tanta polémica que era preferible ignorarlo. ¿Acaso era necesario que los que ya estaban en la iglesia salieran de ella “simplemente con el objetivo de volver a entrar por la forma normal y prescrita?” Ellos bautizaban por inmersión a aquellos creyentes que lo deseaban. Sin embargo, el nacimiento del primer hijo de Alejandro convirtió la pregunta en un asunto práctico, y él se vio obligado a examinar las Escrituras cuidadosamente en lo concerniente a este asunto. Llegó a la conclusión de que en el Nuevo Testamento no se enseña otra cosa que el bautismo de creyentes por inmersión, que esto es un mandamiento del Señor y que era una práctica apostólica de tanta importancia que no debía dejarse a un lado.

En una charca profunda en Buffalo Creek, donde ya varios miembros de la iglesia en Brush Run habían sido bautizados, Alejandro Campbell y su esposa, su padre, su madre, su hermana y dos más fueron bautizados (1812).

*El bautismo en
Buffalo Creek*

Este paso, aunque aumentó la enemistad entre la mayoría de las denominaciones religiosas y ellos, agradó a los bautistas, quienes

Capítulo 14

propusieron que la iglesia en Brush Run se asociara con ellos. Los bautistas en el distrito se habían agrupado en una Asociación de iglesias llamada “Redstone”, y a pesar de su creencia en la autonomía de las congregaciones, sus pastores, quienes controlaban la obra de las asociaciones, ejercían tanta influencia que la iglesia en Brush Run temió que su autonomía pudiera verse comprometida por una unión más estrecha con ellos. Además, la Asociación Bautista había adoptado una Confesión de Fe promulgada en 1747 por una Asociación Bautista en Filadelfia, la cual contenía teorías inaceptables para la iglesia de Brush Run. Sin embargo, los bautistas vecinos eran gente devota, amantes de la Palabra de Dios, e insistieron en que Alejandro Campbell debía venir y ministrar entre ellos. La iglesia de Brush Run, luego de un análisis, presentó ante la Asociación Redstone un informe completo de su posición, su “protesta contra todos los credos humanos como vínculos de comunión o unión entre las iglesias cristianas” y expresaron su disposición de cooperar con ellos si se les permitía enseñar y predicar todo lo que aprendieran de las Sagradas Escrituras. Esta propuesta fue aceptada por una mayoría de la Asociación. No obstante, algunos que no estuvieron de acuerdo conformaron una marcada oposición.

Esta oposición se hizo más manifiesta cuando en una reunión de la Asociación en Cross Creek (1818) Alejandro Campbell predicó un “Sermón sobre la ley” en el cual él demostró claramente las diferencias de los pactos y que ya no estamos bajo la ley, sino bajo Cristo quien es *“el fin de la ley para justicia a todo aquel que cree”*. Él demostró cuántas prácticas en el cristianismo se derivan del Antiguo Testamento, el cual condujo al Nuevo Testamento y es suplantado por él. En el Nuevo Testamento hallamos el Evangelio y la enseñanza para nuestro tiempo presente. Esto estaba tan en contra de la mayor parte de la enseñanza de aquel entonces entre los bautistas que algunos de sus púlpitos fueron cerrados para Alejandro Campbell.

A principios del siglo XIX hubo cierta cantidad de movimientos espirituales movidos por un deseo de liberarse de los sistemas teológicos y las prácticas tradicionales que por tanto tiempo habían predominado. Eran impulsados también por la creencia de que un regreso a las Escrituras probaría que ellas contienen todo lo que se requiere para la fe y la conducta, tanto para el individuo como para las iglesias.

Uno de estos movimientos se desarrolló entre los metodistas. La independencia americana los había liberado del control extranjero. Al considerar el asunto del gobierno de la iglesia, la mayoría estuvo de acuerdo con la idea de establecer un sistema episcopal. Otros se pronunciaron a favor del sistema congregacional y deseaban que sus iglesias fueran establecidas conforme al modelo del Nuevo Testamento. Estos eran una minoría y, al ser incapaces de lograr el apoyo para sus creencias, se separaron de la gran mayoría (1793). Santiago O’Kelly y otros predicadores en Carolina del Norte y Virginia fueron líderes en la formación de estas iglesias que al principio adoptaron el nombre de “Metodistas Republicanas”, pero pronto lo abandonaron y decidieron no adoptar ningún nombre excepto el de “cristianos”. Estas iglesias no reconocían a ninguna cabeza de la iglesia, sino sólo a Cristo, y no formulaban ningún credo ni reglas, sino que únicamente aceptaban las Escrituras para su dirección.

*El nombre de
“cristianos”*

Poco después de esto se originó un movimiento similar entre los bautistas. Un doctor, Abner Jones, y un predicador bautista, Elías Smith, fundaron iglesias en los estados del este donde la fe y la piedad se convirtieron en el requisito de acogida para sus miembros, y no el hecho de ser miembro de cualquier secta en específico (desde 1800). Otros predicadores de entre los bautistas se unieron a ellos y un grupo de hombres dotados se incorporaron a las nuevas iglesias y llevaron el Evangelio a lugares lejanos. Todas estas iglesias adoptaron únicamente el nombre de “cristianos” y aceptaron las Escrituras como su suficiente guía.

En Cane Ridge, Kentucky, en la última década del siglo XVIII, los primeros colonos presbiterianos construyeron un edificio de troncos para su lugar de reunión. En 1801 su ministro fue Barton Warren Stone.² Al relatar su propia historia, escribió:

*Barton Warren
Stone
(1772–1844)*

Por este tiempo, mi mente fue constantemente sacudida por los movimientos de la teología especulativa, el tan absorbente tema de la comunidad religiosa en ese período (...) En ese tiempo, yo creía y enseñaba que el género humano estaba tan completamente depravado que era incapaz de hacer algo aceptable ante Dios, hasta que su Espíritu Santo, por medio

Capítulo 14

de algún poder físico, misterioso y todopoderoso, avivara, instruyera y regenerara el corazón, preparando de esa manera al pecador a fin de que creyera en Jesús para su salvación. Comencé a ver claramente que si Dios no llevaba a cabo esta obra regeneradora en todos, era porque él decidía hacerlo así en algunos y en otros no y, además, que esto dependía de su propia voluntad soberana (...) esta doctrina está estrechamente vinculada a la elección incondicional y a la reprobación (...) Son prácticamente una sola; y fue precisamente por esta razón que yo admití los decretos de elección y reprobación, habiendo admitido la doctrina de la depravación total. Las dos son inseparables (...)

A menudo cuando (...) me encontraba persuadiendo a los desdichados para que se arrepintieran y creyeran en el Evangelio, por un momento sentía que mi celo se enfriaba por la contradicción. *¿Cómo pueden creer? ¿Cómo pueden arrepentirse? ¿Cómo pueden hacer lo imposible? ¿Cómo pueden ser culpables al no hacerlo?* (...) Cierta noche, al ocuparme en la oración privada y en la lectura de la Biblia, mi mente se llenó de consuelo y paz. Nunca antes recuerdo haber experimentado semejante amor ardiente y ternura por la humanidad, y sentir tanto deseo por su salvación (...) durante varios días y noches me mantuve casi todo el tiempo orando por el mundo decadente (...) Le expresé así mis sentimientos a una persona piadosa, y precipitadamente le comenté: “Mi amor por los pecadores es tan inmenso que si tuviera el poder, los salvaría a todos”. Al escuchar aquello, la persona se horrorizó y me dijo: “¿Acaso usted los ama más que Dios? ¿Por qué entonces no los salva él? Sin duda, él es todopoderoso”. En aquel momento sentí vergüenza, me hallé perturbado y acallado, por lo que rápidamente me retiré al bosque apacible para la meditación y la oración. Me hice la pregunta: *¿Acaso Dios ama al mundo, a todo el mundo? ¿No tiene él todo poder para salvar? Si es así, todos deberían ser salvos, por cuanto, ¿quién puede resistirse a su poder?* (...) Yo estaba firmemente convencido de que según la Escritura no todos llegan a ser salvos. La conclusión, pues, era que Dios no amaba a todo el mundo, y de ser así, el espíritu en mí, que amaba al mundo con tanta vehemencia, no podía ser el Espíritu de Dios, sino un espíritu de engaño (...) Fue así como me postré ante Dios en oración, pero de inmediato se me vino a la mente que estaba orando en incredulidad y “*todo lo que no proviene de fe, es pecado*”. *Se ha de creer, o de lo contrario no se recibirá nada bueno de la mano de Dios*. Pero la fe me era tan imposible como crear un mundo. *Entonces serás castigado ya que “el que no creyere, será condenado”*. *¿Pero acaso el Señor me condenará al castigo eterno por no hacer lo imposible?* Todos estos pensamientos pasaron por mi mente, y (...) surgió blasfemia en mi corazón contra un Dios como ese, y mi lengua se sintió tentada a proferirla. Comencé a sudar profusamente y los fuegos del infierno se apoderaron de mí (...) en este estado poco común me mantuve durante dos o tres días.

De este estado de perplejidad fui librado por medio de la preciosa Palabra de Dios. Al leer y meditar en ella, me convencí de que Dios *sí* amaba a todo el mundo, y que la razón por la cual él no salvaba a todos era debido a la incredulidad de ellos. También llegué a la conclusión de que la razón por la cual ellos no creían no era porque Dios no ejercía su poder físico y todopoderoso en ellos, sino porque ellos se negaban a recibir su testimonio dado en la Palabra con respecto a su Hijo. “Estas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre.” De modo que me di cuenta de que el requisito de fe en el Hijo de Dios era razonable, ya que el testimonio dado era suficiente para producir fe en el pecador, y las invitaciones y el aliento del Evangelio eran suficientes, si se creía en él, como para conducirlo al Salvador a fin de obtener la promesa del Espíritu Santo, la salvación y la vida eterna. Este vistazo de fe y verdad fue el primer rayo de luz divino que alguna vez encaminó mi mente afligida y confusa por el laberinto del calvinismo y el error en el cual me había mantenido desconcertado por tanto tiempo. Ese rayo de luz me llevó a los ricos pastos de la libertad del Evangelio.

En este tiempo Stone fue a cerciorarse por sí mismo acerca del avivamiento que, según escuchó, estaba teniendo lugar en Kentucky y Tennessee. La gente caía al suelo y entraba en una gran angustia o gozo espiritual. Todas las clases sociales fueron afectadas. Después de un examen abundante y meticulado de las circunstancias, se convenció de que era un avivamiento dado por Dios. Cuando Stone regresó a su casa en Cane Ridge y predicó, acontecieron las mismas cosas. En cierta ocasión llegaron a reunirse unas 20.000 personas, y dicho encuentro se extendió por varios días. Predicadores presbiterianos, metodistas y bautistas predicaron al mismo tiempo en distintas partes del campamento. El espíritu partidario desapareció. Cerca de 1.000 personas de todas las clases experimentaron estas manifestaciones extrañas. Incluso después que pasó la emoción, perduraron los buenos resultados. Esclavos fueron libertados y las iglesias aumentaron en número y en celo.



*Avivamientos
en Kentucky y
Tennessee*

Por este tiempo varios ministros presbiterianos, incluyendo a Stone, predicaron la suficiencia del Evangelio para salvar a los hombres. Predicaron también que el propósito del testimonio de Dios era de producir fe y que era capaz de hacerlo. El propio Stone relata: “La gente

Capítulo 14

parecía despertarse de un letargo perpetuo. Todos parecían darse cuenta por primera vez de que eran seres responsables, y de que el rechazo a hacer uso de los medios brindados era un pecado que los condenaba.”

El celo partidario comenzó a avivarse después de un tiempo y el presbiterio de Springfield, Ohio trajo a uno de estos predicadores ante el Sínodo en Lexington. Esto resultó en la separación de cinco ministros, quienes fundaron el Presbiterio de Springfield. Declararon su abandono de todas las confesiones y credos y su aceptación únicamente de las Escrituras como la guía para la fe y la práctica.

Stone reunió a su congregación y les dijo que él no podría apoyar más a ningún sistema religioso, sino que trabajaría a partir de ese momento para la extensión del reino de Cristo y no para ningún grupo. Fue así como renunció a su salario y se esforzó en su pequeña finca mientras continuó predicando.

Después de un año, tiempo durante el cual él actuó de acuerdo con el Presbiterio de Springfield, todos ellos llegaron a darse cuenta de que semejante organización no era bíblica, de manera que la dejaron. Sus razones están registradas en un documento titulado: “La última voluntad y testamento del Presbiterio de Springfield”. Ellos adoptaron el nombre de “cristianos”, el cual creyeron que había sido concedido por revelación divina a los discípulos en Antioquía.

Este grupo, reunido así en Cane Ridge en 1804, creía que era la primera iglesia en formarse sobre la base de los principios apostólicos originales. Creían que ningún grupo había hecho algo similar desde la época de Constantino cuando se dio la gran desviación.

Pronto se multiplicaron iglesias similares y cada congregación se consideraba una iglesia independiente. El bautismo de creyentes comenzó a ser enseñado entre ellos, fue aceptado, y se convirtió en su práctica.

El movimiento se propagó rápidamente a través de los estados del Oeste y se puso en contacto con los otros dos en el Este y Sur. Se unió a ambos para formar la “Conexión Cristiana”, dentro de la cual todos estuvieron de acuerdo con la idea de dejar el vínculo con los credos humanos, aceptar sólo la Escritura como su guía y andar en la sencillez de las iglesias primitivas. Estos movimientos, al surgir cada uno de manera independiente y al descubrirse sólo posteriormente



La “Conexión
Cristiana”

los unos a los otros, tenían mucho en común con aquellas iglesias donde los Campbell eran prominentes. Las iglesias de la “Conexión Cristiana” eran más activas en la predicación del Evangelio y, por tanto, aumentaron más rápidamente; en tanto las otras se ocuparon más de la enseñanza, de manera que avanzaron más en el conocimiento.

El talento sobresaliente y la actividad incansable de Alejandro Campbell como editor, autor, profesor, predicador, en los debates públicos, en la obra educacional, en la revisión del Nuevo Testamento y en otras áreas, llevó a una amplia aceptación de su enseñanza.

Las comunidades bautistas fueron influenciadas por la enseñanza de Campbell. Pero aquellos que no estaban dispuestos a aceptar la reforma poco a poco organizaron una oposición que comenzó a mostrarse en diferentes lugares por medio de una separación entre los bautistas y los reformistas. Con el tiempo, la acción de una de las Asociaciones Bautistas al excluir a varios predicadores reformistas destacados que trabajaban entre ellos, y posteriormente, al aconsejar a las iglesias que excluyeran a todos los reformistas de su comunión, trajo como resultado una separación general (1832).

Al mismo tiempo, las congregaciones y los individuos relacionados a Alejandro Campbell, y otros relacionados al anterior movimiento en el que Stone era activo, al llegar a conocerse mutuamente, se percataron de que sus objetivos y principios eran en esencia los mismos. Donde ellos diferían más bien se complementaban en vez de oponerse, de modo que comenzaron a relacionarse. Ambos grupos opinaban que una unión formal, como de dos cuerpos de creyentes, sería perjudicial, pero en 1832 se reconoció el compañerismo de todas estas iglesias.

Desde hacía mucho tiempo en estos círculos había existido un debate en cuanto a la naturaleza de la conversión. Se había sostenido en sentido general que el hombre es incapaz de hacer algo por su propia salvación, que ni siquiera podía creer excepto mediante una intervención del Espíritu Santo. Por lo tanto, existía mucho anhelo por experiencias espirituales internas que fueran una evidencia de la obra del Espíritu Santo en el corazón. Luego algunos comenzaron a señalar que la voluntad del hombre debe ejercerse, que cuando él escucha el Evangelio es responsable de aceptarlo por fe y que la responsabilidad de rechazarlo o desatenderlo, con la consiguiente pérdida, también recae sobre él.

Capítulo 14

Walter Scott, uno de los evangelistas más exitosos y devotos que trabajaba conjuntamente con Tomás y Alejandro Campbell, y quien, antes que ellos, mantuvo una relación estrecha de servicio en el Evangelio con amigos de Barton Warren Stone, fue influenciado fuertemente por esta cuestión. Él creía que mucha predicación resultaba en gran medida ineficaz debido a que no se graba lo suficiente en las mentes de los oyentes el hecho de que ellos son responsables de aceptar a Cristo por fe como su Salvador sobre el testimonio de la Escritura y aparte de cualquier sentimiento propio que pudieran considerar como evidencia de la obra del Espíritu Santo. Walter Scott observó en el Nuevo Testamento que aquellos que creían eran bautizados, y que no temían dar aquel paso tajante. También consideró las palabras de Pedro narradas en Hechos 2.38: *“Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo”*, y comenzó a suplicar a sus oyentes que dieran un paso al frente y se bautizaran *“para perdón de los pecados”*, agregando estas palabras, cuando bautizaba, a aquellas encomendadas por el Señor en Mateo 28.19. Esto llegó a ser una práctica común. Scott describió la conversión en cinco pasos: (1) la fe, (2) el arrepentimiento, (3) el bautismo, (4) el perdón de pecados y (5) el recibimiento del Espíritu Santo.

Walter Scott
(1796–1861)

Este esfuerzo por explicar más claramente el Evangelio mediante la descripción de sus procesos como se describe en Hechos 2.38, cuando Pedro les predicó a los judíos y a los prosélitos por primera vez en Jerusalén en el Pentecostés, realmente ayudó a muchos a alcanzar la fe y la obediencia. Con todo, de haberse escogido como el ejemplo la primera predicación de Pedro a los gentiles en Cesarea, el orden hubiera sido: (1) la fe, (2) el perdón de pecados, (3) el recibimiento del Espíritu Santo y (4) el bautismo (véase Hechos 10.43–48). Es difícil reducir a una fórmula las reacciones mutuas del Espíritu Santo y la voluntad humana cuando se trata de la conversión.

La hermandad de tantas iglesias y su ocupación con las Escrituras avivaron la predicación del Evangelio. Se levantaron muchos hombres de todas las clases sociales y fueron capacitados para el servicio. Predicaron a Jesucristo, y a este crucificado, por lo que su palabra llevó fruto. Miles de personas se convirtieron y se sumaron a las iglesias, las cuales crecieron

y aumentaron con gran rapidez. A sus adversarios les gustaba llamarlos “los stonetistas” o “los campbelistas”, pero ellos rechazaron estos nombres junto con todos los nombres sectarios. Se referían a sí mismos como “cristianos”, “discípulos”, “iglesias de Cristo”.

Uno de sus líderes en la segunda generación, Isaac Errett (1820–1888), los describe de la siguiente manera:

Entre nosotros la divinidad de Jesús y la verdad de que él es el Cristo es más que un simple artículo de doctrina —es la verdad central del sistema cristiano, y en un sentido importante es el credo del cristianismo. Es una verdad fundamental que protegemos celosamente para mantenerla intacta. Si los hombres están en lo correcto acerca de Cristo, Cristo los llevará a estar en lo correcto acerca de todo lo demás. Es por ello que predicamos a Jesucristo y a él crucificado. No reclamamos ninguna otra fe, en cuanto al bautismo y la membresía de la iglesia, que la fe del corazón en que Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios vivo; tampoco tenemos ninguna relación o vínculo de hermandad, sino mediante la fe en el Redentor divino y obediencia a él. Todos los que confían en el Hijo de Dios y le obedecen son nuestros hermanos, por muy equivocados que puedan estar acerca de alguna otra cosa. Sin embargo, los que no confían en el Salvador divino para la salvación ni obedecen sus mandamientos no son nuestros hermanos, por muy inteligentes y excelentes que puedan ser en el resto de las cosas (...) En cuanto a posiciones que son básicamente deducciones, llegamos a conclusiones lo más unánimemente posible, y cuando no lo logramos ejercemos tolerancia, con la confianza que Dios nos guiará hacia una unión final. En asuntos de opinión —o sea, en temas sobre los que la Biblia guarda silencio, o menciona muy poco como para no poder uno arribar a conclusiones definitivas— nosotros damos la mayor libertad, siempre y cuando nadie juzgue a su hermano, insista en que los demás acepten su opinión, o convierta dichos temas en un motivo de conflicto.

Estas iglesias se propagaron ampliamente en Australia, se establecieron en el Reino Unido, y alcanzaron muchos otros países. Como era de esperar, con el paso del tiempo aparecieron tendencias hacia el desarrollo de un sistema denominacional. Algunos llegaron a abogar por una obra misionera subordinada a una organización central. La influencia del racionalismo popular de la época se hizo sentir en algunos círculos. En ocasiones los debates en cuanto a la interpretación o aplicación de la Escritura resultaban en divergencias de práctica. Todas estas experiencias demuestran la importancia del “testimonio de restauración” original. El

Capítulo 14

regreso a la Escritura es el único camino hacia la verdadera unidad de las iglesias y hacia el poder necesario para difundirse en el mundo, pues sólo así pueden estas presentarle al mundo toda la Palabra de Dios.

Notas finales

- ¹ *Memoirs of Alexander Campbell*, Richardson. Standard Press, Cincinnati, Ohio.
- ² *Autobiography of B. W. Stone* (The Cane Ridge Meeting House, James R. Rogers). Standard Publishing Co., Cincinnati, Ohio.

Rusia

(1788–1914 850–1650 1812–1930)

La emigración menonita y luterana hacia Rusia; Los privilegios cambian el carácter de las iglesias menonitas; Wüst; Avivamiento; Los “hermanos menonitas” se separan de la Iglesia Menonita; Avivamiento de la Iglesia Menonita; Prohibición de las reuniones entre los rusos; Autorización de la circulación de las Escrituras rusas; Traducción de la Biblia; Cyril Lucas; Los estundistas; Distintas vías por medio de las cuales el Evangelio llegó a Rusia; Gran incremento de las iglesias; Los acontecimientos políticos en Rusia conducen a un aumento de la persecución; Los exiliados; Ejemplos de exilio y de la influencia del Nuevo Testamento; Decreto del Santo Sínodo contra los estundistas; Los cristianos evangélicos y los bautistas; Desorden general en Rusia; Edicto de tolerancia; Incremento de las iglesias; Fin de la tolerancia; La revolución; La anarquía; Auge del gobierno bolchevique; Esfuerzos por abolir la religión; Sufrimiento e incremento de las iglesias; Los comunistas persiguen a los creyentes; J. G. Oncken; Una iglesia bautista fundada en Hamburgo; Persecución; Tolerancia; La escuela bíblica; Los “bautistas alemanes” en Rusia; Las donaciones procedentes de los Estados Unidos; Los nazarenos; Fröhlich... avivamiento por medio de su predicación; Su exclusión de la iglesia; Los artesanos húngaros conocen a Fröhlich; Reuniones en Budapest; Propagación de los nazarenos; Sufrimientos por negarse a prestar el servicio militar; La enseñanza de Fröhlich.

Los descendientes de aquellas iglesias en Holanda que habían sido avivadas por medio de los esfuerzos de Menno en el siglo XVI prosperaron bastante cuando, bajo el liderazgo del Príncipe de Orange, se derrotó el poder de España y su tiranía fue sustituida por una libertad de conciencia y de culto sin precedentes.

*El periodo de
1788–1914*

Capítulo 15

Ya para el siglo XVIII los menonitas se habían convertido en un grupo muy próspero. Sin embargo, en Prusia, en parte por negarse a prestar servicio militar, ellos fueron sujetos a tales desventajas que se convirtieron en un grupo pobre y abatido. De modo que cuando llegó una oferta de la Emperatriz Catalina II de Rusia de ocupar una tierra en las regiones recién ocupadas al sur de Rusia, con libertad de culto y exención del servicio militar, esta fue acogida como un acto de liberación dado por Dios.¹

*Los menonitas
emigran a Rusia*

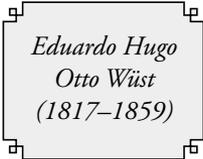
Los más pobres fueron los más dispuestos a emigrar, y en 1788 tuvo lugar el primer éxodo de 228 familias o unas 1.500 almas, quienes ya para el siguiente año se habían establecido en la provincia de Ekaterinoslav, en el distrito de Chortitzta, a orillas del río del mismo nombre, que desemboca en el Dniéper. Al principio lucharon para poder subsistir, pero otros grupos los siguieron, entre ellos algunos que estaban mejor provistos de recursos. Pronto la diligencia trajo prosperidad. La expectativa del gobierno ruso de que estos agricultores elevaran el estándar de la agricultura y el nivel de vida en general fue muy pronto satisfecha. A medida que la tierra negra, rica y fértil fue rindiendo sus cosechas abundantes de granos, se levantaron poblados bien organizados con calles amplias bordeadas de casas de construcción sólida. Fue así como los rusos y los tártaros vecinos vieron las posibilidades de riqueza de su tierra como nunca antes habían soñado. No obstante, los menonitas no fueron los únicos emigrantes. Una gran cantidad de luteranos, principalmente de los círculos pietistas perseguidos en Württemberg, también vinieron a labrar la tierra y a edificar poblados por toda la región.

Estos fueron los inicios de una colonización que aumentó sobremanera. Con el transcurso del tiempo los asentamientos se propagaron a lo largo del sur de Rusia, hacia Crimea, especialmente por la cuenca más baja del Volga, hasta el Cáucaso y más allá hacia la Siberia e incluso hasta el Turkestán y llegando hasta las fronteras de China. Sin dejarse absorber por las poblaciones circundantes, los colonos mantuvieron su propio idioma, religión y costumbres, formando grupos bien íntegros, dispersos como islas rodeadas por el mar de los eslavos ortodoxos y otros pueblos del vasto Imperio.

Los privilegios dados por el gobierno pronto cambiaron el carácter de las iglesias menonitas, por cuanto, a fin de compartir estos privilegios, los hijos no tenían más opción que hacerse menonitas. Por eso eran recibidos

en la iglesia, no, como antes, sobre la base de su confesión de fe en Cristo y las evidencias de su nuevo nacimiento, sino que eran bautizados y se hacían miembros cuando alcanzaban cierta edad o cuando se casaban. De modo que la iglesia se convirtió en una Iglesia nacional, teniendo en sus filas lo mismo a miembros convertidos como no convertidos. Su nivel moral rápidamente degeneró. Familias que al llegar a Rusia se habían distinguido por su sobriedad y piedad cayeron en evidentes pecados de toda clase, de manera que la borrachera, la inmoralidad y la codicia pronto predominaron. Siempre se mantuvo un remanente piadoso que luchaba contra estos males y lamentaba profundamente, a nombre de sí mismos y de su pueblo, el fracaso de su testimonio.

Sus oraciones fueron escuchadas y su ayuda llegó de un lugar inesperado. El dueño de una posada en Murrhard, Württemberg tuvo un hijo, Eduardo Hugo Otto Wüst, a quien envió a estudiar teología. A pesar de su vida pecaminosa en la Universidad de Tübingen, el joven aprobó los exámenes requeridos y en 1841 empezó a ejercer sus funciones clericales en la Iglesia nacional de Württemberg en Neunkirchen y Riedenu. Wüst se entregó a su obra con todo su vigor natural, mantuvo relaciones amistosas con los pietistas, los moravos y los metodistas, y al cabo de tres años después de su ordenación experimentó un cambio de corazón y pudo renunciar a sus hábitos y costumbres pecaminosos. Fue entonces, mientras esperaba el amanecer del año 1845, que recibió el pleno gozo del conocimiento del perdón de pecados y la certeza de ser un hijo de Dios.



*Eduardo Hugo
Otto Wüst
(1817-1859)*

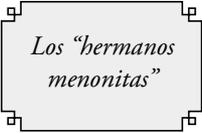
Sus predicaciones y lecturas de la Biblia, tanto interesantes como eficaces, no sólo atrajeron a muchos a su alrededor, sino que, además, suscitaban la envidia y el odio de sus colegas del clero. Mientras sufría trabas y atrasos humillantes en su obra, recibió, por medio de la influencia pietista, una invitación para incorporarse a una iglesia “separatista” en Neuhoffnung en el sur de Rusia. A los 28 años de edad, Wüst predicó su primer sermón en la iglesia allí. Era un hombre alto y corpulento con una voz potente y agradable, y su carácter afectuoso atrajo a aquellos con quienes entró en contacto. En sus prédicas él mostraba a partir de las Escrituras lo que había experimentado en su propio corazón —la suficiencia de la obra expiatoria de Cristo y la certeza de la salvación que pueden poseer aquellos que confían en él.

Capítulo 15

A su iglesia, ya atestada, llegaron oyentes adicionales de todos los círculos, entre ellos los menonitas. Wüst no permitió que las diferencias denominacionales limitaran sus actividades, por lo que pronto se vio compartiendo lecturas de la Biblia en casas menonitas y predicando en sus lugares de reunión. Esto trajo consigo un gran avivamiento. Los pecadores fueron traídos al arrepentimiento y una gran cantidad de almas encontraron la paz al creer; hubo así un giro poderoso del pecado a la santidad. No obstante, inmediatamente la oposición hizo su acto de presencia. A Wüst se le prohibió el uso de los lugares de reunión menonitas, pero esto no frenó el progreso del avivamiento. Surgieron dificultades por medio de algunos que cedieron a expresiones de gozo trastornadas y extravagantes, confundiendo sus sentimientos con la dirección del Espíritu Santo. Pero este rasgo del movimiento, que sólo podía conducir a la locura y al pecado, fue superado con el tiempo y la buena obra persistió a pesar de los ataques tanto internos como externos. Wüst murió en 1859, apenas a los 41 años de edad. Durante su vida algunos de los menonitas convertidos participaron en la Cena del Señor junto con los miembros de su congregación.

Después de su muerte, en el mismo año, un grupo de creyentes menonitas, al sentir que ya no era debido tomar la Cena del Señor en su iglesia junto con los incrédulos, comenzaron a celebrarla de vez en cuando en casas particulares sólo con aquellos que confesaban la fe en Cristo. Esto despertó un gran resentimiento, y aunque ellos habían deseado evitar las divisiones, varios fueron obligados a separarse de la Iglesia Menonita. Pronto otros se sumaron a ellos y en 1860 se fundó una congregación independiente de hermanos menonitas.

La antigua Iglesia Menonita ahora actuaba para con las iglesias de los “hermanos menonitas” recién fundadas de la misma manera en que habían actuado en épocas anteriores las Iglesias del estado para con sus antepasados; los condenaron y los entregaron a las autoridades civiles para que los castigaran. Pidieron que los privaran de todos sus derechos como menonitas, e incluso amenazaron a algunos con desterrarlos a Siberia. Durante años este asunto fue un tema de constante negociación con el gobierno, tiempo durante el cual los “hermanos” sufrieron severamente. Finalmente el gobierno les concedió



*Los “hermanos
menonitas”*

a todos los menonitas todos sus privilegios originales, aparte de cualquier cuestión referente a su pertenencia a una iglesia en específico.

Las reuniones de los “hermanos menonitas” aumentaron constantemente y, con su crecimiento, los dones del Espíritu Santo se manifestaron de manera abundante entre ellos. En su esfuerzo por seguir el modelo y la enseñanza del Nuevo Testamento en sus iglesias, se dieron cuenta de que el modo de bautizar en la Iglesia Menonita, por medio de la aspersión del agua, no era el de los apóstoles, de manera que introdujeron el bautismo de creyentes por inmersión. Más tarde algunos comprendieron que su compañerismo debía ser con todos los cristianos y no sólo con los menonitas y, aunque no todos concordaban en este asunto, algunas de las iglesias tuvieron libertad para recibir a todos aquellos que según su conocimiento pertenecían a Cristo. Las visitas de hermanos ministros del extranjero, de distintos grupos de creyentes, ayudaron en esto.

Uno de los resultados de estos acontecimientos fue un gran cambio en la Iglesia Menonita. Aunque esta continuaba sumando tanto miembros creyentes como no creyentes, el avivamiento que había sacado de sus filas a tantos demostró ser eficaz entre muchos de los que permanecieron dentro de su hermandad. El Evangelio fue predicado por sus ministros con un poder salvador; la vida piadosa de los conversos fue un testimonio constante para los que se encontraban a su alrededor; el pecado fue censurado y la norma moral de la sociedad en sentido general, incluso entre los inconversos, mejoró. Además, el rencor que existía entre la “Iglesia” y los “hermanos” disminuyó poco a poco y los creyentes de ambos bandos llegaron a disfrutar de una hermandad en Cristo a pesar de sus diferencias de opinión.

La inmensa necesidad del mundo pagano y la responsabilidad de llevar el Evangelio entre aquellos que nunca antes lo habían escuchado comenzó a pesar en las conciencias de muchos, tanto así que misioneros fueron enviados a la India y otras partes. La riqueza que se incrementó rápidamente entre estos colonos se convirtió en una tentación para muchos de ellos, pues se vieron tentados a involucrarse demasiado en las cosas materiales. No obstante, también hubo aquellos que aprovecharon bien su riqueza en el temor de Dios y para el avance de su reino. Una gran cantidad de ellos había emigrado a América, de modo que, en diferentes formas, sus intereses se extendieron más allá de su primer círculo limitado hacia las regiones lejanas del mundo.

Capítulo 15

Junto con los privilegios que los menonitas recibieron del gobierno ruso también adquirieron obligaciones y limitaciones. En lugar del servicio militar, sus jóvenes fueron empleados por cierta cantidad de años en los servicios forestales. Además, se les prohibió celebrar reuniones entre los rusos o de alguna forma “hacer propaganda” entre los miembros de la Iglesia Ortodoxa Griega, y sobre estos requisitos, los cuales ellos aceptaron y cumplieron, se les garantizó su propia libertad de reunión. Con todo, hubo una actividad espiritual destacada y bendiciones en sus aldeas dispersas por las extensas estepas rusas. Muchos obreros rusos fueron empleados por los menonitas; algunos de ellos los acompañaban en la adoración familiar que tenía lugar diariamente en los hogares de los creyentes y allí escuchaban la Palabra de Dios. El Evangelio se convirtió en un tema de conversación popular entre los hombres al encontrarse ellos en la granja o en el mercado, y entre las mujeres al encontrarse en la casa o en los campos.

Los rusos no conocían las Escrituras porque eran leídas en sus iglesias en el antiguo idioma eslavo, el cual no comprendían. Como no había predicación en sus iglesias, sino que sólo se celebraban los rituales y se cantaban hermosas alabanzas, ellos permanecían, al igual que sus sacerdotes, en relativa ignorancia de la revelación divina. Sin embargo, la Iglesia Ortodoxa no se oponía a la circulación de las Escrituras, sino que enseñaba a la gente a considerar la Biblia como un libro santo, el Libro de Dios. Por lo tanto, existía un interés sincero por parte del pueblo ruso —un pueblo religioso por naturaleza— de escuchar el contenido desconocido del libro que ellos veneraban. A medida que la maravillosa historia del Evangelio llegó a ellos, fue bien recibida en muchos corazones.

*El período desde
850–1650*

predicación en sus iglesias, sino que sólo se celebraban los rituales y se cantaban hermosas alabanzas, ellos permanecían, al igual que sus sacerdotes, en relativa ignorancia de la revelación divina. Sin embargo, la Iglesia Ortodoxa no se oponía a la circulación de las

Al igual que sucedió en muchas otras naciones, entre los pueblos eslavos

*Traducción de la
antigua Biblia
eslava*

la Biblia también fue el comienzo de la literatura. Fue a fin de llevarles la Biblia que Cirilo, en el siglo IX, creó el alfabeto cirílico al combinar algunos caracteres griegos con el antiguo glagolítico para expresar los sonidos de los idiomas eslavos y tradujo así una

gran parte del Nuevo Testamento. Su compañero, Metodio, se esforzó por preservar el derecho de usarlo cuando este se vio amenazado por los partidarios del latín. Desde Moravia, donde se originó, este idioma eslavo antiguo de la Biblia eslava se difundió y llegó a convertirse, antes que el idioma griego, en el idioma de la iglesia de la mayoría de los países de la Iglesia Ortodoxa Griega. Al desarrollarse las diferentes ramas de los idiomas eslavos, el idioma antiguo llegó a ser desconocido por la gente, pero en el siglo XI el gobernante ruso de Kiev, Yaroslav, tradujo partes de la Biblia al idioma común.

Fue el estudio de las Escrituras lo que llevó a un pastor de ovejas y a un diácono en el siglo XIV a predicar en Pskov y luego en Novgorod donde multitudes de personas se congregaban en torno a la feria. Ellos demostraron que los sacerdotes de la Iglesia Ortodoxa no recibían el Espíritu Santo mediante su ordenación y que no había valor alguno en los sacramentos que ellos administraban. Además, demostraron que la iglesia es una asamblea de verdaderos cristianos que puede elegir a sus propios ancianos; que sus miembros pueden tomar la Cena del Señor entre ellos mismos y bautizarse, y que todo cristiano puede predicar el Evangelio. Como era de costumbre en Rusia, se podía leer las Escrituras pero no practicarlas, de modo que sus seguidores fueron reprimidos y dispersos.

En 1499, el Arzobispo de Novgorod recopiló varias traducciones eslavas y publicó toda la Biblia, la cual fue impresa en su forma completa en Ostrog en 1581.

La Iglesia Ortodoxa Griega se diferenciaba de la Iglesia Católica Romana en que no había pasado por ninguna experiencia similar a la Reforma, aunque se hizo un intento por introducir los principios de la Reforma a ella, y esto en los rangos más altos. Cirilo Lucas, natural de Creta, fue conocido como el hombre más culto de su tiempo. Llegó a ser Patriarca de Alejandría (1602) y de Constantinopla (1621) sucesivamente. Fue él que descubrió en el Monte Athos un manuscrito del siglo V que para ese entonces era la Biblia griega más antigua de la que se tuviera conocimiento. Desde Alejandría él se la envió a Carlos I, rey de Inglaterra, y se encuentra en el museo británico, conocida actualmente como el Códice Alejandrino.

*Cirilo Lucas
(Lucar)
(1572–1638)*

Capítulo 15

Mientras aún era Patriarca de Alejandría, Cirilo comenzó a hacer una comparación cuidadosa de las doctrinas de las Iglesias Griegas, Romanas y Reformadas con las Escrituras y decidió abandonar el patriarcado para aceptar las Escrituras como su guía.

Al darse cuenta de que las enseñanzas de los reformistas eran más de acuerdo con las Escrituras que las enseñanzas de las Iglesias Griegas o Romanas, publicó una *Confesión* en la cual se declaraba en muchos aspectos partidario de los reformistas. “Ya no puedo soportar más” decía, “escuchar a un hombre decir que los comentarios de la tradición humana tienen igual peso que las Sagradas Escrituras.” Cirilo Lucas denunció enérgicamente la doctrina de la transubstanciación y la adoración de imágenes. Enseñaba que la iglesia católica verdadera incluye a todos los fieles en Cristo, pero al mismo tiempo se manifiestan iglesias visibles en diferentes partes del mundo en distintas épocas. Estas no estaban exentas de errores y, por lo tanto, las Escrituras son dadas como una guía infalible y una autoridad a las cuales siempre se debe regresar. De manera que él recomendaba el estudio constante de la Escritura. El Espíritu Santo capacita a aquellos que son nacidos de nuevo para que la comprendan al comparar una parte de ella con otra.

Tales enseñanzas, provenientes de semejante fuente, suscitaron un gran debate y Cirilo Lucas se vio involucrado en un conflicto tenaz. Cinco veces fue desterrado y la misma cantidad de veces se le pidió regresar. El Gran Visir del Sultán confiaba en él y lo apoyaba, pero esto, mientras le permitía mantener su posición, dañaba su testimonio, debido a que se consideraba incompatible que un maestro cristiano dependiera del apoyo de un político musulmán. En un Sínodo de la Iglesia Griega celebrado en Belén, se llegó a una confirmación de la antigua orden en la Iglesia Ortodoxa, la cual desaprobó la reforma. Pero la oposición más eficaz a este reformista griego provino de la Iglesia Latina, la cual por medio de las intrigas de los jesuitas en reiteradas ocasiones obstaculizó su obra y finalmente, al calumniarlo en su ausencia ante el Sultán Amurath, quien se acercaba a Bagdad para sitiarla, obtuvo una orden apresurada para ejecutarlo. Cirilo Lucas fue estrangulado con la cuerda de un arco en Constantinopla y su cuerpo fue echado al mar. Después de su muerte, Sínodo tras Sínodo condenó sus doctrinas.

En 1812, el Zar Alejandro I fomentó el establecimiento de la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera en Rusia, otorgándole privilegios especiales, por lo que una gran cantidad de filiales fueron inauguradas, extendiéndose hasta las regiones

*El periodo desde
1812-1930*

más remotas del Imperio. Había un deseo genuino de adquirir las Escrituras en los distintos idiomas hablados en el Imperio, especialmente entre los que hablaban ruso, y las ventas aumentaron constantemente. El efecto de esta lectura de las Escrituras fue extraordinario; una gran cantidad de personas se apartó de la ignorancia y del pecado para convertirse en seguidores sinceros y diligentes del Señor Jesucristo. Por supuesto, esto produjo oposición y el Santo Sínodo desempeñó un papel activo al impedir por todos los medios posibles la divulgación de las Escrituras. No obstante, hasta el establecimiento del Gobierno Bolchevique en aquel país existieron muchas facilidades para proveer la Palabra de Dios a este pueblo lleno de anhelo de recibirla.

A las reuniones de los colonos alemanes se les llamaba en su propio idioma *Stunden*, y como los rusos comenzaron a reunirse para la lectura de las Escrituras y la oración, se les llamó a modo de reproche “estundistas”, o sea, aquellos que dejan su iglesia por las “reuniones”. Ellos mismos no usaban este nombre, sino que se llamaban hermanos los unos a los otros.

*Los
estundistas*

Para estos rusos la lectura de las Escrituras resultó ser una revelación y un poder extraordinario. Ellos se dieron cuenta de que el sistema religioso en el cual habían sido educados los había mantenido en ignorancia de Dios y alejados de su salvación en Cristo. El arrepentimiento por sus pecados, los cuales eran muchos, fue total y sin reserva. Su aceptación de Cristo como su Salvador y Señor tuvo lugar en abundancia de fe y amor. Al percatarse del total desacuerdo existente entre la Iglesia Rusa y las enseñanzas de la Escritura, ellos abandonaron la primera y se aferraron a la última según todo su conocimiento.

El bautismo fue practicado de diferentes formas por los colonos alemanes, pero al principio ninguno de ellos bautizaba por inmersión; a cambio, en la Iglesia Griega el bautismo era por inmersión, pero era administrado a los infantes. Los creyentes rusos fueron directo a la Palabra

Capítulo 15

de Dios y, sin dejarse influenciar por las prácticas que predominaban a su alrededor, llegaron en seguida a la convicción de que la enseñanza y el modelo del Nuevo Testamento era el bautismo de creyentes por inmersión. Su costumbre de actuar con valentía hizo que de inmediato llevaran esto a la práctica, y se convirtió en una norma universal entre los creyentes. También comprendieron que la partición del pan era un mandato del Señor limitado a los creyentes, por lo que también actuaron sobre esta convicción. El sistema clerical de la Iglesia Ortodoxa desapareció cuando ellos comprendieron a partir de las Escrituras la constitución de la iglesia y las iglesias, el sacerdocio de todos los creyentes, la morada del Espíritu Santo, los dones y la libertad de ministerio que él da para la dirección en las iglesias, para edificar a los santos y para divulgar el Evangelio entre todos los hombres.

Este movimiento, llamado *estundista* por los demás, rápidamente se hizo tan extenso (cada grupo de conversos se convirtió inmediatamente en una iglesia y en un centro desde el cual el testimonio se extendía a todas partes) que era evidente que la obra del Espíritu manifestado entre los colonos extranjeros no había sido otra cosa sino la introducción y el comienzo de una obra de mucho mayor alcance que se afianzaba entre las masas del pueblo ruso. Pero la libertad de culto garantizada a los colonos no fue concedida a los ciudadanos natales del país, y las iglesias rusas tuvieron que soportar la persecución desde el comienzo, aunque esta no pudo frenar su entusiasmo paciente.

Aunque los menonitas fueron un medio tan importante para introducir el Evangelio que predominaría a través de las extensas regiones de Europa y Asia, ellos no fueron el único medio empleado. Bohnékämper,² enviado por la Misión de Basilea al Cáucaso y expulsado de esa región, ocupó el cargo de pastor en una colonia alemana cerca de Odessa, donde él realizaba lecturas de la Biblia en ruso para los obreros que venían desde muchas partes a trabajar en las cosechas. Estos luego se llevaban a sus hogares la Palabra de Dios que habían recibido.

*Bohnekämper y
las iglesias rusas*

Miembros de la Sociedad de los Amigos, como Étienne de Grellet, Guillermo Allen y otros, visitaron a San Petersburgo y allí hicieron contacto con el Zar Alejandro I para influenciarlo a favor de la terminación de la traducción de la Biblia al idioma ruso. El Zar les relató a estos

Amigos que no había visto una Biblia hasta que tuvo cuarenta años de edad, pero que cuando en ese tiempo fue instruido a leerla, la devoró al descubrir allí la expresión de todos sus problemas como si se los hubiera descrito él mismo. También les comentó que de la Biblia él había recibido la luz interna y que había descubierto que esta era la única fuente de conocimiento que salva. Esta experiencia lo hizo estar dispuesto a apoyar la propuesta hecha por los Amigos y a ofrecerles las facilidades para la introducción y venta de las Escrituras en Rusia, las cuales resultaron ser de un valor incalculable.

Un escocés, Melville, conocido en Rusia como Vassilij Ivanovitch, representante de la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera, dedicó sesenta años de su vida a la distribución de las Escrituras en el Cáucaso y en el sur de Rusia. No sólo se dedicó a la distribución de los libros, sino también a la aplicación

*“Vassilij
Ivanovitch”
Melville*

de su contenido a las conciencias de aquellos que los compraban. Melville permaneció soltero e hizo de la divulgación de la Palabra de Dios su único objetivo, en el cual se destacó como líder y ejemplo a muchos distribuidores de Biblias devotos que seguirían sus pisadas.

La llegada de un Nuevo Testamento a un distrito ha sido a menudo el medio de la conversión de almas, la formación de una iglesia y la posterior divulgación del Evangelio; todo esto antes de descubrir la existencia de otros hermanos que también cumplen las Escrituras. Ejemplos de este tipo han sido corroborados en muchos lugares desde Siberia del norte hasta la costa sur del Caspio.

Procedente de otra región vino Kascha Jagub, un nestoriano de Persia que, con la ayuda de la Misión Americana, llegó a Rusia, desarrolló un gran talento para la evangelización, especialmente entre los pobres, y, bajo el nombre ruso de Jakov Deljakovitch, viajó y predicó por toda Rusia y Siberia durante casi treinta años, esto a finales del siglo XIX.

Otra clase social fue alcanzada por medio de los esfuerzos de *Lord Radstock* (1833–1913) quien, partiendo de Inglaterra en 1866, visitó muchas tierras, dando a conocer el Evangelio, y llegó a San Petersburgo. Allí llevó a cabo lecturas de la Biblia

*Lord Radstock y
Coronel Paschkov*

en las casas de algunos miembros de la aristocracia y se manifestó una

Capítulo 15

obra poderosa del Espíritu Santo. Numerosas personas pertenecientes a los rangos más altos de la sociedad se convirtieron cuando escucharon sus sencillas y sinceras exposiciones de la Escritura, reforzadas con ejemplos ilustrativos. Muchas almas llegaron a conmovirse incluso en la casa y familia imperial. Estos creyentes llevaron a cabo las enseñanzas de la Palabra de Dios con la misma fidelidad que los granjeros y los obreros en el sur, con quienes ellos pronto desarrollaron relaciones fraternales. Ellos fueron bautizados y cumplieron con la partición del pan. En sus palacios los cristianos más pobres e ignorantes se sentaron junto a las personalidades de mayor rango en el país, unidos por los lazos de una vida común en Cristo.

Entre estos conversos se encontraba un terrateniente rico, el Coronel Vassilij Alexandrovitch Paschkov, quien dispuso el salón de baile de su palacio para las reuniones. Vassilij predicó el Evangelio en todas partes, en las prisiones y en los hospitales así como en los lugares de reunión y en las casas. Usó su gran riqueza en la distribución de las Escrituras; publicó tratados y libros, ayudó a los pobres y de cualquier modo posible ayudó a extender el reino de Dios. Luego, se le prohibió celebrar reuniones en su casa (1880). Pero como no desistió, fue desterrado debido a la influencia del Santo Sínodo, primero de San Petersburgo y luego de Rusia. La mayor parte de sus propiedades fueron confiscadas.

Los “bautistas alemanes” se habían dispersado en Rusia procedentes de Alemania y se habían hecho numerosos en Polonia y en muchas otras partes, pero gozaban de cierta libertad sólo bajo la condición de que limitaran su ministerio a los alemanes o a otros no pertenecientes a la Iglesia Ortodoxa. Sin embargo, con el tiempo su influencia condujo al establecimiento de congregaciones de “bautistas rusos” las cuales también se difundieron con gran rapidez. La principal diferencia entre estas y las otras iglesias era que las iglesias bautistas pertenecían a una determinada federación u organización de iglesias, mientras que las otras consideraban a cada iglesia como una congregación independiente; cada una dependía directamente del Señor. Estas últimas mantenían la comunión entre las varias iglesias por medio del contacto personal y las visitas de los hermanos que ministraban. Además, entre los bautistas cada iglesia tenía, tanto como fuese posible, un pastor designado, mientras que entre las otras iglesias había libertad de ministerio y los ancianos eran elegidos de entre ellos mismos.

De modo que el Evangelio llegó a aquellos enormes territorios a través de diferentes medios, pero una vez recibido, fue adoptado por los propios rusos, y nunca fue una “misión extranjera” o una institución extranjera entre ellos. Ellos comprendieron desde un inicio que la Palabra de Dios era para ellos directamente, sin la mediación de ninguna Sociedad o Misión, y que la responsabilidad del ministerio de reconciliación recaía sobre ellos. Esta responsabilidad la acometieron con todas las consecuencias y los sufrimientos que implicaba, con un celo sincero que nada ni nadie pudo detener. Como resultado de todo esto el Evangelio se difundió y continúa difundándose por todos esos continentes de una manera totalmente distinta de lo que sería posible donde la obra es mantenida y controlada por una Sociedad Misionera extranjera. En la actualidad las iglesias en Rusia se cuentan por miles y sus miembros por millones.

Desde sus comienzos estas iglesias fueron sometidas a una persecución irregular, pero con el paso del tiempo la persecución se generalizó y llegó a ser más severa debido a la evolución de los acontecimientos políticos. La forma autocrática del gobierno, con su consecuente supresión violenta de la libertad individual, condujo a la formación de sociedades secretas cuyo objetivo era derrocar la tiranía existente, valiéndose de cualquier medio, sin importar cuán brutal. Los asesinatos y los atentados de estos nihilistas aterrorizaron tanto a la clase dominante que motivaron la aplicación de medidas de represión aun más drásticas. El Zar, Alejandro II, personalmente deseaba una reforma, aunque no se daba cuenta de la gravedad de la tormenta de resentimiento e indignación acumulada durante siglos de opresión desenfrenada. Con todo, se encontraba seriamente ocupado a fin de traer cambios importantes en este sentido cuando, en 1881, fue despedazado por una bomba nihilista en las calles de San Petersburgo. Se produjo una reacción violenta hasta el más total despotismo. Sus sucesores, con sus consejeros, se dedicaron a aniquilar no sólo a los revolucionarios desesperados, sino también a toda clase de divergencia contraria a su ideal de una Rusia santa con un gobierno autocrático absoluto tanto en el estado como en la Iglesia. Los disidentes políticos, los elementos no-rusos en la población del Imperio, especialmente los judíos, las universidades también y muchos otros

Capítulo 15

cayeron bajo la opresión. Y era evidente que las iglesias de creyentes fuera de la Iglesia Ortodoxa no serían perdonadas.

En Pobiedonóstsef, procurador general del Santo Sínodo, estas iglesias encontraron un adversario implacable y constante. El encarcelamiento, las

*El auge de la
persecución de
creyentes*

multas y el exilio fueron su suerte, mientras que los sacerdotes incitaban a la gente a atacarlos, maltratarlos y destruir sus hogares y bienes. Sus reuniones fueron prohibidas, y cuando se les descubría reuniéndose secretamente para la oración y la lectura de las Escrituras, eran dispersados por la fuerza, seguidos

por el arresto y el castigo. Cada vez más hermanos, especialmente de los ancianos y líderes de las iglesias, eran desterrados a Siberia o el Cáucaso. Esto resultó ser un medio de difundir el testimonio, ya que adondequiera que estos exiliados iban, testificaban de Cristo.

En ocasiones los discípulos eran llevados ante las cortes y condenados y sentenciados formalmente; pero a menudo eran exiliados por medio de una orden administrativa y por lo tanto no se requería acusación ni juicio alguno. El destierro era un castigo demasiado cruel. Se ataban cadenas pesadas a los pies y las manos de los condenados. Las cadenas de los pies eran tan largas que el prisionero tenía que levantarlas y cargarlas en las manos para poder caminar. Los cientos y cientos de kilómetros hasta los lugares de destierro eran recorridos a pie durante los primeros años. Más tarde, muchos fueron enviados en vagones de tren, dentro de los cuales el aire y la luz sólo entraban a través de una pequeña y bien enrejada ventanilla. Si había recursos, las esposas y los hijos de los exiliados podían acompañarlos al exilio. Todos estaban a merced de los soldados violentos y brutales que encaminaban el espantoso tren de criminales mezclados con disidentes políticos y religiosos, y sumaban a su desgracia el cruel *knout* (un látigo usado para azotar) y todo capricho que se les antojara.

Las prisiones en el camino eran los lugares de parada. Allí se recogía a los grupos de personas hasta que se daba la orden de continuar la marcha, esperando a veces horas y en ocasiones meses. Estas prisiones estaban terriblemente atestadas; por las noches a menudo no había lugar para que todos se acostaran en el piso y se tenían que acostar unos encima de otros. No había servicios sanitarios ni duchas, mientras que los piojos y

otros bichos que venían en tropel sobre los prisioneros, quienes a menudo estaban cubiertos de llagas, se sumaban a sus desgracias. La comida era una porquería, y no existía refugio para ningún hombre, mujer o niño que quisiera protegerse de cualquier injusticia o ultraje que aquellos a su cargo quisiera imponerle. Entre los oficiales había uno que otro con un afecto humano, pero lograban poco en contra del sistema cruel del cual eran parte.

En los lugares distantes de su destierro, los exiliados subsistían como pudieran. No se les permitía abandonar la ciudad o el pueblo al que eran asignados. En ocasiones los desterrados no comprendían el idioma que se hablaba allí. Una gran cantidad de ellos moría sin llegar a su destino debido a las privaciones y el tratamiento cruel que recibían de camino. Cuando el destierro no era de por vida se establecía un término de años, pero a menudo sucedía que cuando este había expirado y el cautivo esperaba la libertad, se le imponía un término adicional. Año tras año, en un sinnúmero de ciudades y pueblos rusos, se llevó a cabo este conflicto.

Por un lado, siempre había una cantidad cada vez mayor de personas, de todas las clases sociales, quienes por medio de las Escrituras habían encontrado en Cristo su Salvador y Señor y se habían empeñado en seguirlo y en hacer de la Palabra de Dios su guía en todo. Por otra parte, todos los recursos y el poderío del vasto Imperio Ruso eran usados para imposibilitar esto, para obligar a estos cristianos a negar la fe y regresar a las formas muertas de religión y a las idolatrías de las cuales Cristo los había liberado. Todos estos poderes, tanto el imperial como el ortodoxo, sucumbieron ante la paciencia indómita y el celo ardiente de los santos.

Al mismo tiempo que estas persecuciones se llevaban a cabo, se favorecía la venta del Nuevo Testamento. Hubo ocasiones en que, por medio de la influencia personal en los más altos círculos, se obtuvo autorización para visitar las prisiones y distribuir el Libro. El Dr. Frederick W. Baedeker fue uno que se destacó como un hombre devoto e incansable en este servicio. Sin embargo, los que hicieron caso de los preceptos del Nuevo Testamento fueron tratados como criminales y sufrieron las consecuencias.

*Frederick Baedeker
(1823–1906)*

Capítulo 15

Entre los innumerables incidentes registrados, quizá unos pocos puedan dar una ligera impresión del panorama vivido en ese tiempo.³ En Polonia un joven asistió a unas reuniones donde escuchó la predicación del Evangelio y se convirtió a Cristo, dejando su vida pecaminosa y negligente. Este joven no pudo resistir contarles a los demás acerca de la salvación que había encontrado. Como resultado de esto, otros pecadores se volvieron a Dios. Con el tiempo, él formó parte de un grupo de catorce jóvenes que fueron exiliados a un lugar más allá de Irkutsk en Siberia. De estos, siete murieron de camino, los que quedaron fueron encarcelados tres años y medio y luego fueron puestos en libertad. Seis de estos últimos murieron muy pronto de tuberculosis que contrajeron en la cárcel. El único que quedó, habiendo perdido todo contacto con sus conocidos en Polonia (a pesar de haberse casado allí y haber dejado atrás a su esposa e hijo bebé) y no teniendo recursos para emprender el largo viaje de regreso, consiguió trabajo como herrero y se quedó en Siberia. Nunca dejó de testificar por Cristo y en el lugar donde él se encontraba se fundó una iglesia que creció y prosperó.

Una joven que vivía con sus padres, familia de granjeros pudientes, se convirtió y fue diligente al hablarles a sus amigos y vecinos acerca del Salvador. Ella fue sentenciada a un destierro de por vida en Siberia. A ella se le permitió viajar en tren. Cuando el vagón de los prisioneros en el que iba María llegó a la estación cerca de su casa, una gran multitud de parientes y simpatizantes se encontraba allí reunida. Ellos sólo lograron un vistazo de su rostro mientras ella lo apretaba contra los gruesos barrotes de la pequeña ventana, pero ella sí pudo verlos mejor. “Los amo” dijo, “Papá, Mamá, hermanos, hermanas, amigos, no los volveré a ver jamás, pero no piensen que estoy arrepentida de lo que he hecho. Me agrada sufrir por causa de mi Salvador que lo sufrió todo por mí.” El tren continuó su viaje, y no se volvió a escuchar nada más de ella, pero un muchacho que se encontraba en aquella multitud regresó a su casa llorando y al poco tiempo decidió seguir a Cristo. Él creció para convertirse en un predicador eficaz del Evangelio por medio de quien muchos fueron traídos a la obediencia de la fe.

Un campesino que vivía en un pueblo al norte de Omsk, donde los claros en el gran bosque de alerce y abedul plateado proporcionaban lugar para las siembras, fue llamado al servicio militar y tomó parte en la guerra

japonesa. De un camarada, él obtuvo un Nuevo Testamento, y mediante la lectura del mismo se convirtió en un hombre nuevo. Sus hábitos anteriores de alcohol y perversidad fueron transformados en sensatez, honradez y paz al convertirse en cristiano. Cuando aquel campesino regresó a su pueblo natal el cambio era evidente, pero sus amigos se impresionaron menos por su conducta cambiada que por la aparente falta de religión que ahora veían en él, pues ya no participaba en las ceremonias de la Iglesia Ortodoxa ni mantenía los iconos o cuadros sagrados en su casa. Él se dedicó a la lectura de su Nuevo Testamento con un vecino que también aceptó a Cristo por fe y lo demostró en su vida transformada. Esto alarmó al sacerdote, y según su consejo el segundo campesino fue capturado y golpeado por su padre y hermanos hasta que lo dieron por muerto. Sin embargo, su esposa se lo llevó a rastras hasta su choza y lo cuidó hasta que recuperó la salud. Entre tanto, otros, al escuchar el contenido del Nuevo Testamento, decidieron seguir a Cristo, y los que creían en el Evangelio se reunían a cada oportunidad para la lectura del Libro. A medida que fueron leyendo, se dieron cuenta de que era la práctica de los primeros discípulos bautizar a los creyentes, de manera que fueron hasta el Río Irtish el cual pasaba frente a su pueblo de chozas dispersas desordenadamente. Allí el ex soldado comenzó a bautizar, y él y los demás continuaron haciéndolo cada vez que fuera necesario. A medida que leían, comprendieron que ellos eran una iglesia como se describe en las Escrituras. Los dones del Espíritu Santo eran evidentes entre ellos: había ancianos capacitados para dirigir, maestros, evangelistas; en fin, de algún modo cada uno era útil para la iglesia en su conjunto. Cada primer día de la semana se reunían y recordaban la muerte del Señor en la partición del pan, habiendo encontrado también esto al leer las Escrituras.

El sacerdote y sus simpatizantes tomaron cualquier medida que consideraran adecuada para frenar el movimiento. Las ventanas y puertas de las casas de los creyentes fueron rotas, ellos fueron golpeados, y sufrieron la pérdida de su ganado. Se les impuso toda clase de castigo, el cual ellos soportaron con paciencia y valentía, convirtiéndolo en un motivo constante de oración. Cuando cerca de la mitad de los habitantes del pueblo habían sido añadidos a la iglesia, semejante violencia no pudo continuar. Para entonces el sacerdote había recurrido a la táctica de afirmar que la nueva religión sólo era la idea de un *moujik* o campesino ruso ignorante, y que ninguna persona inteligente creía en tales cosas.

Capítulo 15

Un día cuatro extraños se dirigieron a este pueblo lejano y se sorprendieron cuando su carruaje fue rodeado por personas que los llevaron a la casa, acosándolos de preguntas más rápido de lo que ellos podían contestarlas. Pronto se reunió todo el pueblo y cada uno de estos extraños, uno tras otro, declaró que había sido salvo por la gracia de Dios por medio de la fe en el Señor Jesucristo y que ahora su propósito era actuar en todas las cosas en obediencia a la Palabra de Dios. Esto fue motivo de gran regocijo entre los hermanos en el pueblo. Si bien los hermanos no se habrían desanimado si estos visitantes hubieran dicho lo contrario, fue, sin embargo, una confirmación de su fe el darse cuenta de que ellos también eran hermanos, y muchos de los que aún dudaban confesaron a Cristo. Un suministro adicional de las Escrituras fue traído y mientras estos hermanos permanecieron allí el estudio de la Biblia fue la ocupación incansable de la iglesia casi de continuo, día y noche.

Cierto obrero del sur de Rusia era un colaborador fiel y diligente en la congregación de creyentes en el lugar donde vivía, y por eso tuvo que sufrir mucho. Una noche su choza fue rodeada por policías armados que irrumpieron en la vivienda y los maltrataron brutalmente a él, su esposa e hijos. Él fue arrestado y llevado. La esposa dio a luz un niño y murió; el niño también murió. Los cuatro niños quedaron huérfanos; la mayor era una niña de trece años. Ahora a ellos no les quedaba más que un propósito en la vida: el de encontrar a su padre y reunirse con él. Los niños se enteraron de que a su padre lo habían desterrado a Vladikavkas en el Cáucaso, y decidieron ir a buscarlo allí. Poco a poco cruzaron las extensas estepas, a veces ayudados por los hermanos y otras veces mendigando por el camino.

Al llegar a Vladikavkas, se enteraron de que a su padre lo habían enviado a Tiflis. Los creyentes de aquel lugar cuidaron de ellos y los alimentaron y luego los enviaron por el angosto camino montañoso que sube por el valle de Terek. Vieron el gran macizo de Kasbek y descendieron por las pendientes sureñas de las praderas del Cáucaso hasta Tiflis. Aquí ellos fueron bien recibidos por los hermanos —rusos, armenios y alemanes— pero les dijeron que a su padre justo lo habían enviado más lejos a un lugar remoto, entre los tártaros, cerca de la frontera persa. Ellos no pudieron seguir, pero al ver su angustia dos hermanos se comprometieron a llegar hasta donde estaba su padre, llevarle suministros

y asegurarle de que sus hijos estaban en buenas manos. Ellos llegaron al pueblo justo después de la llegada del padre, sólo para enterarse de que él, habiendo llegado finalmente a su lugar de exilio, enfermo y quebrantado de corazón, había fallecido.

En 1893, se publicó un decreto que traía regulaciones aprobadas anteriormente por el Santo Sínodo que se había reunido bajo la presidencia de Pobiedonóstsef. Conforme al decreto, los hijos de los estundistas debían ser separados de sus padres y entregados a familiares que pertenecieran a la Iglesia Ortodoxa, o ser puestos bajo la responsabilidad del clero local. Los nombres de los miembros de esta secta debían darse a conocer al Ministro de

Separación de las familias, decreto de 1893

Comunicaciones quien colocaría las listas en las oficinas y los talleres de los ferrocarriles a fin de que no se les diera ningún empleo allí. Cualquier patrón que tuviera a un estundista a su servicio estaría sujeto a una multa cuantiosa. A los estundistas se les prohibió tanto arrendar como comprar tierra. Se le prohibió a todos los “sectarios” mudarse de un lugar a otro. Fueron declarados legalmente incompetentes para efectuar transacciones bancarias o comerciales. El apartarse de la Iglesia Ortodoxa debía ser castigado con la pérdida de los derechos civiles y con el exilio, a lo menos con un año y medio en un reformatorio. Los predicadores y los autores de obras religiosas debían ser castigados con ocho y hasta dieciséis meses de cárcel, y en caso de repetir la ofensa, con una sentencia de treinta y dos a cuarenta y ocho meses en una fortaleza. De incurrir en la falta por tercera vez el castigo sería el exilio. Cualquiera que difundiera las doctrinas herejes o ayudara a los que lo hacían debía ser castigado con el destierro a Siberia, a Transcaucasia o a otros lugares distantes del Imperio.

Los bautistas, al ser un grupo organizado, a veces recibían cierta tolerancia no otorgada a los comúnmente llamados “cristianos evangélicos”, entre quienes cada congregación era una iglesia independiente. Estos últimos, al no tener ninguna cabeza o centro terrenal, no podían ser sometidos bajo la influencia del gobierno ni ser controlados ni siquiera en un menor grado como era el caso de la federación bautista. Una presión creciente se ejercía sobre ellos para organizarse y nombrar algún representante con quien el gobierno pudiera negociar. Unos se rindieron a fin de obtener una tregua por parte del gobierno, pero otros se negaron a hacerlo sobre

Capítulo 15

la base de que semejante rumbo los apartaría de su responsabilidad ante el Señor Jesucristo y de su necesidad de depender directamente de él.

Las medidas represivas en Rusia fueron en aumento, y a su vez

*Incremento del
desorden político*

fueron respondidas por nuevas atrocidades. La guerra japonesa no provocó entusiasmo y su fracaso despertó las esperanzas de una revolución exitosa. Las huelgas y los disturbios se desencadenaron en muchos lugares. Una huelga general de los obreros ferroviarios

paralizó las comunicaciones. Las pequeñas e insuficientes reformas sólo lograron incrementar el descontento, y los ataques de los tártaros sobre los armenios fomentados en el Cáucaso o de las turbas rusas sobre los judíos o de los pueblos bálticos sobre los germano-rusos que vivían allí, condujeron a masacres espantosas que de ninguna manera detuvieron las actividades revolucionarias. Pronto Rusia se encontraba en un desorden desde un extremo hasta el otro.

Obligado por los acontecimientos, el gobierno poco dispuesto

*Comienzo y fin de
la libertad*

adoptó reformas significantes, entre estas un edicto del Zar en 1905 que garantizaba la libertad de fe y conciencia y, además, la libertad de congregarse. Pobiedonóstsef renunció y el Metropolitano de la Iglesia Rusa declaró: “La verdadera fe se obtiene por

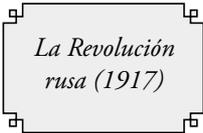
medio de la gracia de Dios, mediante la instrucción, la humildad y los buenos ejemplos; por ello, el uso de la fuerza le es negado a la Iglesia, la cual no considera que sea necesario obligar a los hijos herejes en contra de su voluntad. Por tanto, la Iglesia Ortodoxa no se opone a que se anule la ley que prohíbe separarse de la Iglesia Ortodoxa.”

La nueva libertad empezó a ser aprovechada inmediata y ampliamente. En todas partes se celebraban reuniones a las que concurrían muchos oyentes que tenían una tremenda sed de escuchar la Palabra de Dios. Una gran cantidad de personas confesaron a Cristo. La predicación era a menudo interrumpida por las expresiones de los oyentes; muchos se arrodillaban o se postraban; cuando oraban no se podían esperar los unos a los otros, sino que muchos comenzaban a orar en voz alta al mismo tiempo, y esto a su vez se entremezclaba con las expresiones, las confesiones de pecado, las acciones de gracias por la salvación. Muchos grupos de creyentes ocultos salieron a la luz y se hizo evidente que la cantidad de los

discípulos del Señor era mucho mayor de lo que se suponía. Al eliminarse los obstáculos para el estudio de la Palabra de Dios, se incrementaron las lecturas de la Biblia y las exposiciones de las Escrituras por todas partes. El mismo deseo anterior de llevar a cabo el mensaje de la Palabra de Dios a toda costa seguía en pie. Los dones del Espíritu Santo para el ministerio se hicieron manifiestos entre los creyentes de todas las clases sociales y todos los rangos.

No obstante, esta libertad no duró mucho tiempo. Al recuperar el poder que habían perdido, el gobierno y la Iglesia Ortodoxa eliminaron las concesiones que de mala gana habían otorgado, y la persecución comenzó nuevamente y de la manera acostumbrada. Al poco tiempo los creyentes y las iglesias se encontraban sufriendo como antes. Cuando estalló la guerra en 1914, que involucraría a una gran parte del mundo, varios de los hermanos ancianos entre los “cristianos evangélicos” y de los pastores bautistas fueron desterrados a Siberia y a las costas del Mar Blanco. En 1917 comenzó la Revolución ante la cual, en un breve período de tiempo, el Zar y sus ministros, la Iglesia Ortodoxa y toda la Rusia antigua cayeron, haciendo su entrada convulsa una nueva era.

A principios de la Revolución Rusa se proclamó la libertad religiosa, pero el país, luego de tanta opresión y sufrimiento, sumados ahora a las pérdidas de la guerra, se vio envuelto en un desorden aun mayor motivado por las luchas de los partidos por alcanzar el poder. En distritos extensos existía una anarquía total, y los grupos armados de rufianes sometían a las personas indefensas a atropellos espantosos. A medida que el partido bolchevique lograba mayor control, la introducción de sus principios se hizo acompañar por masacres, saqueos y destrucción. La hambruna pronto hizo acto de aparición, y este enorme país, antes tan rico en suministro de alimentos, se convirtió en un verdadero sepulcro. El gobierno bolchevique se dio a la tarea de destruir por completo todo tipo de religión, de manera que la Iglesia Ortodoxa, que una vez fue perseguidora, ahora era perseguida. Los Católicos Romanos también tuvieron que sufrir, así como los Luteranos a su debido tiempo, y las congregaciones de creyentes junto con los demás.



*La Revolución
rusa (1917)*

En el sur de Rusia los grupos de bandidos a veces crecían hasta alcanzar el tamaño de un ejército. Se sentían atraídos por la riqueza de

Capítulo 15

los menonitas, quienes sufrieron tan terriblemente a manos de ellos que muchos de los hombres, a pesar de sus tradiciones, siguieron el ejemplo de los demás y se unieron a los grupos formados para la protección de las mujeres y los niños. Las experiencias vividas por los hermanos se asemejaban a los primeros tiempos. Como en aquel entonces cuando Jacobo fue asesinado a espada mientras que Pedro fue librado de la cárcel, así también ahora algunos experimentaron liberaciones milagrosas mientras que otros sufrieron todo lo que la maldad de los hombres les impuso. Muchos llegaron a creer que vivían en los días de “la gran tribulación”.

Sin embargo, el Evangelio gozaba de un gran poder. Una gran cantidad de personas se convirtió al Señor, incluyendo a los pecadores más desesperados, los soldados del ejército rojo, tan degradados que no hallaban placer en ninguna cosa menos que en el derramamiento de sangre. Los cristianos sufridos fueron fortalecidos sobremedida. A menudo aquellos que habían atravesado por toda clase

*Bendiciones a
pesar de la
anarquía*

de miseria y atropello decían: “No se compadezcan de nosotros; más bien nosotros tenemos razones para compadecernos de ustedes, ya que hemos aprendido cosas acerca de Dios que ustedes no pueden comprender”.

Cuando concluyó la primera ola de asesinatos, y el pueblo comenzó a acomodarse lo mejor que podía a la nueva forma de tiranía que había sustituido a la antigua, las iglesias de creyentes se vieron confrontadas cara a cara con nuevas formas de tribulación. Por haberse multiplicado considerablemente, a veces ellas gozaban, en algunos lugares, de cierta libertad, y aumentaron más rápido que antes, aunque se encontraban siempre expuestas a sufrir de nuevo la represión despiadada. La propaganda anticristiana del gobierno exigía dones y habilidades especiales por parte de los evangelistas y otros quienes tenían que enfrentarse a ella, pero estos les fueron concedidos abundantemente. Las congregaciones independientes fueron presionadas por medio de promesas y amenazas a unirse en un “Soviet” o una Federación con la cual el gobierno podría tratar de una manera que no podía con la infinidad de iglesias independientes. Muchas iglesias cedieron; en cambio, muchas otras decidieron continuar en el camino que en su opinión estaba conforme a la enseñanza de la Palabra de Dios y al ejemplo apostólico, aceptando las privaciones y las pérdidas que este camino implicaba.

El racionalismo ya había demostrado ser una fuerza persecuidora en Württemberg cuando los pastores pietistas fueron expulsados. Sin embargo, un desarrollo mucho mayor fue exhibido en Rusia bajo el gobierno soviético, donde el ateísmo le fue impuesto al pueblo por la fuerza. La violencia y la crueldad fueron usadas para hacerle creer al pueblo que no existe ningún Dios y obligar así a la gente honrada e íntegra a participar en la abolición de la propiedad y en la destrucción de la vida familiar. Aquí la conciencia individual fue tan violada por el estado comunista como lo fue por la Iglesia Rusa o la Romana, y floreció una Inquisición “Roja” en tiempos de entendimiento y ciencia, como lo hizo la Inquisición Romana en tiempos de la oscuridad medieval.

Lo que ha llegado a ser aceptado comúnmente como hechos históricos ha sido tan exitoso en lograr que aquellos hombres piadosos que practicaban el bautismo únicamente de creyentes sean confundidos con los promotores de las extravagancias pecaminosas de Münster en el siglo XVI, que cuando en 1834 unos diez hombres y mujeres que vivían en Hamburgo fueron bautizados como creyentes, por inmersión, de acuerdo con lo que ellos creían ser la enseñanza de la Escritura, el prejuicio en su contra fue tan fuerte que el bautismo tuvo que celebrarse secretamente, por la noche, a fin de evitar interrupciones que lo pusieran en peligro.

Uno de los bautizados fue Johann Gerhard Oncken,⁴ y su inclusión en el grupo fue de una importancia imprevista. Él creó iglesias bautistas que, luego de varios conflictos iniciales contra prejuicios crueles, se propagaron rápidamente por toda Alemania y los países contiguos, hacia el sudeste de Europa y hacia el vasto territorio ruso, de modo que sus miembros llegaron a contarse por cientos de miles.

La vida de Oncken abarcó la mayor parte del siglo XIX; nació en 1800 y vivió hasta 1884. Él era natural del pequeño Ducado de Varel, gobernado por la familia Bentinck, parte de la cual cruzó las fronteras hacia Inglaterra con Guillermo de Orange y se hizo famosa allí. El padre de Oncken participó en una de las sublevaciones patrióticas contra Napoleón y tuvo que escapar a Inglaterra, donde murió, sin haber visto jamás a su hijo Johann Gerhard, quien nació justo después de la huida de su padre.

Johann Oncken
(1800–1884)

Capítulo 15

En este tiempo la iglesia Luterana en Varel había caído bajo la influencia del racionalismo y el joven Johann creció sin el conocimiento del camino de la salvación. Cuando tenía 14 años, le agradó a un escocés que se encontraba haciendo negocios en Varel, y este le preguntó si tenía una Biblia. “No” respondió, “pero he sido confirmado”. El escocés le regaló una Biblia y, además, lo llevó a Escocia. Allí, en una iglesia presbiteriana, él escuchó por primera vez el Evangelio, y quedó impresionado. Más tarde, en Londres, convivió con una familia devota, y quedó influenciado aun más, especialmente por sus cultos familiares y por la predicación en la iglesia congregacionalista a la cual ellos asistían. Y finalmente, mientras escuchaba un sermón en el templo metodista de la calle Great Queen, Johann encontró la certeza de la salvación y un gozo en el Señor que lo llevaron desde el primer día a ser un testigo para Cristo y a procurar llevar a otros al Salvador.

En 1823, regresó a Hamburgo, nombrado como su misionero a Alemania por la “Sociedad continental” fundada poco antes en Londres para la obra evangélica en el continente de Europa. Él pronto demostró los dones como predicador que atraían a crecientes multitudes. Las conversiones tuvieron lugar a medida que él anunciaba el Evangelio en recintos y en varios lugares de un extremo a otro de la ciudad. La oposición a lo que la gente llamaba “la religión inglesa” le acarreó multas y encarcelamientos, pero sus actividades continuaron.⁵ Johann inauguró una escuela dominical y, por haberse destacado siempre en la distribución de las Escrituras, en 1823 también se convirtió en representante de la Sociedad Bíblica de Edimburgo, cargo que ocupó durante cincuenta años, llegando a imprimir y distribuir en ese tiempo dos millones de Biblias.

Al estudiar las Escrituras personalmente, Oncken poco a poco llegó a la convicción de que el Nuevo Testamento enseña el bautismo de creyentes por inmersión, y al pensar en la cantidad de conversos y amigos con quienes él se relacionaba, en su mente surgió la idea de que estos debían agruparse en iglesias según el modelo del Nuevo Testamento. Dicho modelo, según lo que él entendía, no admitiría como miembros sino solamente a creyentes bautizados por inmersión. Aunque varios de ellos, después de estudiar juntos las Escrituras, habían decidido bautizarse, no pudieron hacerlo debido a que no había quién los bautizara. Algunos de ellos sugirieron, mientras tanto, organizar iglesias, aunque sin practicar

el bautismo, y luego tomar la Cena del Señor juntos. Oncken, sin embargo, creyó que esto sería un mal comienzo y que podría dañar todo el movimiento desde el principio. Después de esperar cinco años, se encontraron con un bautista americano, el Profesor Sears, quien los bautizó y al día siguiente los bautizados fundaron una iglesia y eligieron a Oncken como su pastor, a quien Sears luego ordenó.

Las autoridades civiles en Hamburgo pronto anunciaron su intención de no tolerar esta nueva “secta” en su ciudad, y Oncken y otros tuvieron que sufrir multas y encarcelamiento. Un lugar donde ellos estuvieron encarcelados fue en el Winsenbaum, una prisión rodeada por agua a los dos lados, y caracterizada por ser un lugar insalubre y apestoso.

Un grupo de colegas capaces se unieron a Oncken, entre ellos Julius Köbner, hijo de un rabino judío en Dinamarca, un compositor de himnos y predicador, también Gottfried Wilhelm Lehmann, bautizado en Berlín junto con otros cinco por Oncken, quien luego los organizó como la primera iglesia bautista de aquella ciudad. La obra se difundió rápidamente y estuvo acompañada de persecuciones, principalmente multas y encarcelamientos impuestos por las autoridades, aunque a veces también se sufría la violencia por parte de la gente. El grupo poco a poco se ganó la confianza de las autoridades y la persecución disminuyó. En 1856, se le concedió total tolerancia a la iglesia de Hamburgo y en 1866 se declaró que todas las denominaciones religiosas gozarían de igualdad en aquella ciudad.

Oncken y Köbner comenzaron a dar cursos breves en el estudio de la Biblia a jóvenes, esto a fin de prepararlos para convertirlos en pastores de las iglesias que surgían. De estos inicios se desarrolló el colegio bautista de Hamburgo, el cual daba un curso de cuatro años de entrenamiento a los que deseaban ser pastores. El creciente movimiento fue organizado en los países a los que se propagó, celebrándose conferencias anuales de delegados y nombrando a comisiones de “hermanos dirigentes” para ponerlos al frente de las diversas tareas. Mucha ayuda financiera se recibió procedente de los Estados Unidos. Oncken se convirtió en misionero de la Sociedad Misionera Bautista Americana y por ello pudo viajar ampliamente; el colegio recibió apoyo, al igual que otras organizaciones y la obra en general. Al mismo tiempo, los conversos de distintas nacionalidades hacían su aporte.

Capítulo 15

A medida que las iglesias de los “bautistas alemanes” crecieron entre la numerosa población alemana de Rusia, estas entraron en contacto con otros grupos de creyentes rusos más antiguos que también practicaban el bautismo de creyentes. En muchos casos los “bautistas alemanes” lograron absorber a estos grupos dentro de su organización, de manera que las numerosas iglesias rusas llegaron a dividirse en dos grandes corrientes. Las iglesias rusas originales mantuvieron la independencia de cada congregación, mientras que los bautistas formaron una federación afiliada a iglesias en Alemania y los Estados Unidos. Los bautistas aspiraban a tener un pastor en cada iglesia, y la administración del bautismo y la Cena del Señor quedaba principalmente en sus manos. Las iglesias rusas más antiguas tenían ancianos en cada iglesia y enfatizaban el sacerdocio de todos los creyentes así como la libertad de ministerio. Las experiencias de las diferentes congregaciones se vieron afectadas por estos puntos. El gobierno, por su parte, era partidario del sistema bautista, ya que era más fácil tratar con pastores locales y con una organización en general que tenía un centro y una cabeza visibles, que tratar con los hermanos que mantenían su principio independiente y congregacionista, porque estos no podían ser influenciados tan fácilmente por las presiones externas. Por esta razón las autoridades, que a menudo llamaban a estos últimos por el nombre de “cristianos evangélicos”, procuraron por varios medios obligarlos a organizar y nombrar un comité central y un presidente.

Además, el asunto relacionado a la aceptación de donaciones cuantiosas procedentes de los bautistas americanos fue considerado desde diferentes puntos de vista. Resultaba evidente que los bautistas rusos eran ayudados sobremanera en su obra por estas donaciones, y se hizo una propuesta para poder extenderlas a aquellas congregaciones de hermanos que no llevaban el nombre de bautistas. La oferta bondadosa y liberal se hizo de manera que, de ser aceptadas tales donaciones, no se les impondría ningún nombre ni se les exigiría ningún cambio en el gobierno de su iglesia o de cualquier otro tipo, con la única excepción de que ellas fueran incluidas en la “Unión mundial de iglesias bautistas”.

Un sector de los hermanos y de las congregaciones a las que ellos pertenecían era partidario de aceptar esta ayuda importante, pero la mayoría la rechazaron. Aunque reconocían y agradecían el amor y la generosidad que motivaban la donación, ellos sentían que la aceptación de esta los colocaría bajo una obligación. Sentían también que alteraría

sus circunstancias de una manera que con el tiempo no fracasaría en ejercer una influencia en su curso; influencia que tendería a apartarlos de su dependencia total y manifiesta de Dios. Consideraban, además, que la aceptación de las donaciones daría motivo a la acusación de que ellos representaban una religión extranjera y, por ende, un poder extranjero. Ellos creían que los principios de la Escritura aplicaban a todos los países por igual y a todas las circunstancias, lo mismo a la pobreza de Rusia como a la riqueza de los Estados Unidos.

El que viaja a través de la parte central y sur de Europa no puede menos que sorprenderse por la cantidad de pueblos que ve, y hasta en ocasiones puede preguntarse qué sucede en estas agrupaciones de moradas humanas, a menudo tan toscas en su apariencia y tan distintas a los alrededores tan bien conocidos de los habitantes de las ciudades. Estos pueblos son a menudo el escenario de experiencias espirituales vivas, y aquí también se encuentran muchos que están seriamente conmovidos por la importancia de la obediencia individual y colectiva a la Palabra de Dios.

En Hungría, Yugoslavia, Bulgaria, y Rumania existen numerosas congregaciones de personas que se llaman a sí mismas “nazarenos”.⁶ Viven de una manera tan reservada, tan aislada, que de ellos difícilmente se escucha hablar a no ser por sus constantes conflictos con los distintos gobiernos debido a su total oposición a portar armas. Al referirse a sí mismos, ellos escriben:

Los apóstoles predicaban el arrepentimiento y la fe; los que creían eran añadidos al pueblo del Señor (...) Sus hermanos en la fe habrían de existir en todos los siglos —aquí y allá (...) En la actualidad aún existe un pueblo —propio de Dios— cuyos miembros están dispersos por todo el mundo, viviendo en tranquilidad y apartados, lejos de la política, lejos de los placeres del mundo (...) Aunque no están ligados por medio de la raza, el origen o el idioma, ni por medio de ningún vínculo económico, político o de cualquier otra clase, ellos sí se encuentran muy unidos por un poderoso vínculo espiritual, por medio del amor divino (...) Ellos también se convirtieron en miembros de este pueblo, el de Dios, mediante un renacimiento espiritual (...) Están casados con su Redentor y Salvador, Jesucristo, y le sirven en cuerpo y alma, porque él los ha comprado del mundo con su propia sangre (...) Su enseñanza divina es su guía para la vida.

Capítulo 15

La gloria resplandeciente de la enseñanza de Cristo oscureció (...) Fue entonces que Dios despertó en Suiza, en el año 1828, a un verdadero y fiel testigo en la persona del predicador S. H. Fröhlich, quien entró en una “nueva vida en Cristo” por medio de su renacimiento (...) Fue él quien encendió nuevamente las velas con la luz resplandeciente del Evangelio. Por esto fue suspendido de su cargo o parroquia, en 1830. Fröhlich comenzó a predicar el verdadero Evangelio y reunió en congregaciones a muchos creyentes. Él evangelizó desde Suiza hasta la ciudad de Estrasburgo, donde murió en el año 1857, siendo un fiel y verdadero siervo del Señor (...) Los judíos llamaron al apóstol Pablo “cabecilla de la secta de los nazarenos” (...) los “creyentes en Cristo” son llamados “nazarenos” en Austria, Hungría y en los Balcanes hasta el día de hoy.

Nacido en Brugg, Aarau, en el año 1803, Samuel Heinrich Fröhlich estudió teología en Zurich y Basilea y se convirtió en un racionalista.⁷

Samuel Fröhlich
(1803–1857)

La incredulidad lo condujo al pecado y lo convirtió en un adversario de los “hermanos moravos” y de aquellos que sostenían lecturas de la Biblia para el estudio del Nuevo Testamento griego; en realidad, se opuso a todos aquellos que aspiraban a un avivamiento espiritual. Pero cuando tenía aproximadamente 22 años de edad se percató de su error. Ahora él se dio cuenta de su incapacidad para su llamado como predicador. Hizo voto de fidelidad a Dios y se esforzó por vencer el pecado, sin embargo, sólo se vio involucrado aun más en el fracaso y la desdicha. En el bosque y en las montañas oró clamando a Dios por ayuda, pero no recibió ninguna, hasta que pudo poner su mirada en Jesús en quien encontró la paz que buscaba. En la casa de su padre se preparó diligentemente para el examen al que debía someterse. Sus inclinaciones evangélicas desagradaron a sus examinadores, quienes retardaron su ordenación, la cual, sin embargo, tuvo lugar en 1827.

Durante períodos breves de estancia en diferentes parroquias, sus estudios de las Escrituras lo llevaron a una mayor libertad espiritual. Fröhlich fue enviado a una congregación pecaminosa en Leutweil y allí su predicación del Cristo crucificado produjo un avivamiento. Esto suscitó la oposición del clero. Se le requirió que, antes de predicar sus sermones, los presentara a los ancianos de la iglesia así como al clero circundante. Ellos tachaban de sus notas todos aquellos pasajes que hacían referencia a los hombres estando muertos en sus “delitos y pecados” o siendo

justificados sólo en Jesucristo por medio de la fe. Estas enseñanzas traían vida y libertad a las almas cargadas, pero resultaban ser locura y tropiezo para los sabios.

Mientras enseñaba a sus catequistas, fue iluminado en cuanto al bautismo según el Nuevo Testamento. A pesar de la constante persecución, él continuó sus labores durante dos años hasta que, en 1830, con el apoyo del gobierno, las autoridades eclesiásticas sacaron de circulación todos los libros religiosos antiguos y los sustituyeron por otros de un carácter racionalista. Al negarse a aceptar estos libros, Fröhlich fue llevado ante las autoridades tanto por esta ofensa como por otros comportamientos en los cuales él los había ofendido. Esto trajo como resultado su condenación y deposición. Las autoridades alegaron que él había actuado contrario a la ley.

Dos artesanos húngaros, cerrajeros, Johann Denkel y otro, en el transcurso de sus viajes vinieron de Budapest a Zurich, donde conocieron a Fröhlich y fueron convertidos y bautizados. A su regreso a Budapest, Denkel fue diligente al hablarles a sus colegas acerca del Evangelio. Entre los que creyeron se encontraba Ludwig Hencsey, quien se convirtió en un siervo del Señor activo y exitoso, y llegó a fundar muchas congregaciones de los “nazarenos”. Alguien a quien él pronto fue capaz de guiar a Cristo fue Josef Kovacs, un noble quien se carteaba con Fröhlich en latín (1840). Una viuda, Ana Nipp, ofreció un espacio en su casa en Budapest, el cual llegó a ser el primer lugar de reunión. Hencsey escribió libros que explicaban los principios de la fe, los cuales, al ser reproducidos y distribuidos por los conversos, fueron un medio para sumar a muchos miembros (1840–1841). Un grupo salió de Budapest, tomando diferentes rumbos para publicar la fe, y las congregaciones se propagaron tan lejos como a las fronteras de Turquía; mientras que en los Estados Unidos también se fundaron muchas.

En cualquier parte que se encuentran los nazarenos, ellos reconocen las autoridades legales y las sirven lealmente. Pero en lo que respecta a portar armas y prestar juramentos han sido inflexibles en su negativa. A pesar de su buena voluntad de servir en cualquier posición excepto en combate, no se les ha mostrado ninguna consideración por parte de las autoridades militares.

*Los nazarenos y el
no participar en el
servicio militar*

Capítulo 15

Por otra parte, el hecho de que son muy numerosos no ha hecho otra cosa que intensificar los esfuerzos para vencer su oposición. Ellos han sido tratados con mucha severidad. Una gran cantidad de ellos siempre ha estado en prisión, donde muchos han pasado la mayor parte de sus vidas bajo condiciones deplorables, separados de sus familiares y amigos. Su paciente sumisión cuando han sido llevados a la corte, grupo tras grupo, y cuando han sido sentenciados a largas condenas de prisión (rara vez menos de diez años) ha ganado la admiración de muchos que no comparten sus convicciones. Sin embargo, su martirio continúa. Muchos han sido maltratados salvajemente, además de su encarcelamiento, y hay casos en los que, habiendo cumplido casi todo el término de su condena, se les ha otorgado (sin que ellos lo soliciten) un indulto, además del restablecimiento de su estado civil y militar. Luego, inmediatamente se les ha exigido portar armas, y al negarse nuevamente, han sido condenados a otro término completo de encarcelamiento, sin tomar en cuenta lo que ya habían sufrido.

Debido a sus propias experiencias, Fröhlich, mediante sus escritos, condenó de manera desmedida la religión formal que prevalecía en las grandes Iglesias, lo mismo la Católica que las Protestantes, y los nazarenos por lo general son incansables en su denuncia de lo que en su opinión es contrario a la enseñanza del Nuevo Testamento. Entre ellos una iglesia Luterana puede ser descrita como una “cueva de ladrones”, mientras que muchos de ellos apenas creen en la posibilidad de salvación fuera de sus propios círculos. Esta exageración se puede apreciar en la enseñanza de Fröhlich.

Al escribir sobre *El misterio de la piedad y el misterio de la iniquidad* (1 Timoteo 3.16; 2 Tesalonicenses 2.7), él plantea que lo que el género humano ahora sufre no es el resultado de la transgresión de Adán, la cual fue borrada por la muerte de Cristo. Al contrario, dice él, es por causa de la incredulidad del hombre hacia Cristo que se le ha permitido a Satanás traer sobre el mundo un segundo engaño y una segunda caída, de manera que los miembros de la así llamada Iglesia Cristiana han venido a considerar su cristianismo como algo que se recibe por nacimiento, lo cual afirman a través de su bautismo de infantes y otras formas de religión, sin que haya una conversión verdadera ni un arrepentimiento de sus pecados e ídolos y del poder de Satanás. Las tradiciones sin poder del servicio y

la misericordia divina son el segundo y peor engaño de Satanás, el cual trae consigo la segunda muerte. Sólo aquellos que son llamados de Dios, quienes han hecho firme su vocación y elección por medio de una total santificación, son librados de este.⁸

Estos hermanos, dispersos por el amplio valle y las llanuras del Danubio central y llegando hasta los Balcanes, se distinguen entre sus coterráneos por su solemnidad y su diligencia discreta. La persecución ha forjado en ellos una firme resistencia que no ha podido ser vencida. Sin embargo, a pesar de tener cierta vena de legalismo severo, ellos demuestran una paciencia y benignidad ante tratamientos crueles e injustos, sin resistir al que es malo. Y por la simplicidad y el carácter bíblico de su adoración y de su vida cristiana, son un testimonio a aquellos que los rodean.

Notas finales

- ¹ *Geschichte der Alt-Evangelischen Mennoniten Bruderschaft in Russland*, P. M. Friesen.
- ² *Russland und das Evangelium*, Joh. Warns.
- ³ Los siguientes cuatro relatos son tomados del conocimiento personal del autor.
- ⁴ *Johann Gerhard Oncken: His life and Work*, John Hunt Cook.
- ⁵ To the Members of the Sixth Assembly of the German Evangelical Churches held in Berlin, 1853. Subject: 'How the Church should act in reference to Separatists and Sectarians viz. Baptists and Methodists,' G. W. Lehmann.
- ⁶ *Nazarenes in Jugoslavia*, Apostolic Christian Publishing Co., Syracuse, N.Y., U.S.A.
- ⁷ *Einzelne Briefe und Betrachtungen aus dem Nachlasse von S. H. Fröhlich*.
- ⁸ *Das Geheimniss der Gottseligkeit und das Geheimniss der Gottlosigkeit*, S. H. Fröhlich, St. Gallen, 1838.

Groves, Müller, Chapman

(1825–1902)

A. N. Groves; Fundación de iglesias en Dublín; Groves parte con un grupo rumbo a Bagdad; Comienzo de la obra; La peste y la inundación; Muerte de la señora Groves; Llegada de los colaboradores procedentes de Inglaterra; El Coronel Cotton; Groves se traslada hacia la India; Propósitos de su estancia allí: llevar la obra misionera de regreso al modelo del Nuevo Testamento y reunir nuevamente al pueblo de Dios; Jorge Müller; Henry Craik; Fundación de una iglesia en la Capilla de Bethesda, Bristol, para llevar a cabo los principios del Nuevo Testamento; Visita de Müller a Alemania; Fundación de instituciones y los orfanatos para el aliento de la fe en Dios; Roberto Chapman; J. H. Evans; La conversión de Chapman; Su ministerio en Barnstaple y sus viajes; Un conjunto de iglesias aceptan las Escrituras como su guía.

A principios del siglo XIX varias personas estaban convencidas tanto de la importancia como de la posibilidad de volver a las enseñanzas de la Escritura, no sólo en lo relacionado a la salvación personal y la conducta, sino también en lo concerniente al orden y al testimonio de las iglesias. Fue por ello que se hizo un serio intento por poner en práctica tales convicciones.¹

Antonio Norris Groves, un dentista que vivía en Plymouth, Inglaterra se encontraba de visita en Dublín, Irlanda, en 1827. Esto debido a unos estudios en el Colegio Trinidad. En una conversación con Juan Gifford Bellett, abogado y natural de Dublín, con quien estaba relacionado en el estudio de la Biblia, Groves comentó que a él le parecía, a partir del análisis de las Escrituras, que los creyentes

*A. N. Groves
(1795–1853)*

Capítulo 16

que se reunían como discípulos de Cristo podían libremente partir el pan juntos como su Señor les había exhortado, y que si ellos se guiaron por la práctica de los apóstoles se reunirían cada día del Señor para de ese modo recordar la muerte del Señor y obedecer su mandamiento de despedida. No pasó mucho tiempo para que ellos encontraran un grupo de creyentes en Dublín que se reunía de esta manera.

Uno de los primeros miembros de este grupo fue Eduardo Cronin. Al principio era Católico Romano, pero luego se unió a los independientes.

*Reuniones en
Dublín
(Segunda década
del siglo XIX)*

Al darse cuenta de la unidad esencial que debe existir entre el pueblo de Dios, adoptó la costumbre de tomar la Cena del Señor de vez en cuando con distintos cuerpos de las iglesias no conformistas. Al establecerse en Dublín, se percató de que le exigían convertirse definitivamente en miembro de uno de estos cuerpos, de lo contrario no se le permitiría más

partir el pan con ninguno de ellos. Al ver que esto era una contradicción de la propia unidad que él procuraba reconocer, Cronin se negó a someterse, después de lo cual fue denunciado públicamente desde el púlpito de uno de estos grupos. Contra esto se elevó una protesta encabezada por uno de los miembros de la Sociedad Bíblica y con el tiempo él y Cronin comenzaron a reunirse en su casa para la oración y la partición del pan. Posteriormente se les sumaron otros creyentes, y trasladaron las reuniones a la casa de Cronin. Pero, poco después (1829), al incrementarse el grupo, Francis Hutchinson, que era uno de ellos, les prestó un local amplio en su casa en la Plaza Fitzwilliam.

Otro grupo similar fue fundado casi al mismo tiempo, también en Dublín. Aproximadamente en el año 1825, Juan Vesey Parnell (conocido después como *Lord Congleton*) y dos amigos, al estar preocupados por el hecho de que su hermandad los unos con los otros durante la semana se veía aminorada debido a su separación los domingos para participar con sus distintas denominaciones, trataron de encontrar algún círculo en el cual sus diferencias de criterio sobre temas eclesiásticos ya no les impidiera expresar su unidad como hijos de Dios. Al fracasar en su intento de encontrar algún grupo como el que buscaban, y estando conscientes de que no necesitaban de ningún edificio consagrado ni ningún ministro ordenado, comenzaron a reunirse y a partir el pan en una de sus propias casas.

Poco después, uno de sus miembros se encontró el domingo con un miembro del círculo en que se encontraba Bellett, a quien él consideraba un cristiano. Durante la breve conversación que sostuvieron, ambos se sorprendieron por el hecho de que, aunque eran uno en Cristo, cada cual andaba por diferente camino. Esto a la larga llevó a la unión de estos dos grupos. Groves había partido hacia Inglaterra, pero Ballet y los que estaban con él habían sido unidos por un clérigo joven, Juan Nelson Darby. Estos pronto comenzaron a reunirse con el grupo en la casa de Francis Hutchinson. Celebraban sus reuniones en horarios que no interferían con los servicios en las iglesias o en las capillas de los disidentes, de modo que todo el que quisiera pudiera asistir a ellos.

Debido al incremento en la cantidad de sus miembros, resultaba inconveniente celebrar las reuniones en una casa particular, de manera que se decidió rentar un gran salón de subastas en la calle Aungier, donde a partir de ese momento se celebraron las reuniones. Había gran gozo en el hecho de que se percibía la presencia y las bendiciones del Señor. Cronin escribió sobre este tiempo: “¡Ay, las benditas temporadas con mi alma, que también conocieron Juan Parnell, Guillermo Stokes y otros, cuando apartábamos los muebles y poníamos la mesa simple con su pan y vino en las noches de los sábados, temporadas de gozo para no olvidarlas jamás, porque sin duda nos sonreía el Maestro y contábamos con su aprobación en el comienzo de un movimiento como lo fue aquel!”²

De vez en cuando ellos se enteraban de que grupos de creyentes se estaban reuniendo en otras partes de las islas británicas y en otros sitios, sin saberlo entre sí, creyentes en cuyos corazones y conciencias se había grabado que el pueblo de Dios debía regresar a una obediencia literal a su Palabra, convirtiéndola en su guía en tanto que la comprendieran. Hubo también muchos individuos que, tan pronto se enteraron de que otros estaban llevando a cabo lo que ellos hasta entonces tan solamente habían deseado, se asociaron con ellos.

Antonio Norris Groves,³ cuyas palabras en Dublín habían resultado tan fructíferas, aún siendo muy joven, había prosperado grandemente en su profesión. Él tenía un matrimonio feliz, tenía tres hijos pequeños, una casa confortable en Exeter y un círculo agradable de amigos y parientes. Antes de

Capítulo 16

su conversión en su adolescencia, él creía que ser misionero era el camino ideal para el cristiano, de manera que cuando se convirtió se consagró al Señor con aquella visión en mente. Sin embargo, su joven esposa, quien se convirtió casi al mismo tiempo y a quien él estaba unido devotamente, se opuso a todo lo que tuviera que ver con la idea de convertirse en misioneros, a pesar de que ella estaba de acuerdo con él en el deseo de servir al Señor. Ambos habían llegado al acuerdo de apartar un diez por ciento de sus ingresos y distribuirlo entre los pobres. Esto pronto se incrementó a una cuarta parte, y al darse cuenta con el tiempo de que todo lo que ellos tenían pertenecía al Señor, renunciaron a toda idea de ahorrar dinero o de guardar dinero para sus hijos y, tras reducir sus gastos por medio de simplificar lo más posible su propio estilo de vida, donaron el resto de sus ingresos.

Groves se abstuvo de decirle algo más a su esposa acerca de su interés insaciable por la obra misionera al ver que ella estaba en contra. No obstante, ella tuvo sus propias experiencias, avivadas al entrar en contacto con los pobres y sufrientes en sus distribuciones, por lo que después de algunos años y de manera independiente ella llegó a la misma conclusión a que su esposo había llegado años atrás.

Ahora a ambos les parecía que lo más correcto sería que él fuese ordenado y que ambos pudieran viajar al extranjero con la ayuda de la Sociedad misionera de la iglesia. Fue precisamente pensando en esto que él visitó de vez en cuando el Colegio Trinidad en Dublín, y en una de estas ocasiones tuvo una conversación con su amigo Bellett la cual llevó a su encuentro con otros para la partición del pan. En una visita posterior, al darse cuenta a partir de la lectura de la Escritura de la libertad que el Espíritu Santo da para el ministerio de la Palabra de Dios, él entendió que no era necesario que él fuese ordenado por la Iglesia Anglicana, y al hablar con Bellett sobre esto le dijo: “No tengo duda de que este es el propósito de Dios para nosotros —debemos reunirnos en toda sencillez como discípulos, sin esperar algún púlpito o ministerio, mas confiando que el Señor nos edificará a todos al ministrar, como a él le agradó y le pareció bien, lo que salga de nosotros mismos”.

Bellett relata: “En el mismo instante en que él dijo aquellas palabras, tuve la seguridad de que mi alma había recibido la idea correcta; recuerdo aquel momento como si fuera ayer y puedo señalarle el lugar. Aquel fue el día del nacimiento de mi mente...”

Aún deseando viajar al extranjero bajo la “Sociedad de iglesias misioneras”, Groves fue a Londres para hacer los arreglos pertinentes a fin de viajar como laico, pero al enterarse de que no se le permitiría celebrar la Cena del Señor, incluso al no haber ningún ministro ordenado disponible, él retiró su solicitud. Él había sido bautizado en Exeter, pero cuando se le dijo: “Por supuesto, tienes que ser bautista ahora que estás bautizado”, él contestó: “No, yo deseo seguir en todas aquellas cosas en que ellos sigan a Cristo, pero no deseo, por el simple hecho de unirme a un grupo, aislarme de los demás”.

En 1829, Groves y su esposa, con sus dos hijos de nueve y diez años y Kitto, el tutor de los niños (luego famoso erudito de la Biblia), así como otros más, viajaron a través de San Petersburgo y Tiflis hacia Bagdad.

Mientras sus vagones atravesaban el sur de Rusia, ellos se encontraron con algunos de los creyentes menonitas. Al viajar a través de la región montañosa de Transcaucásea, vieron a lo lejos, en la cima imponente de una de las innumerables montañas, la ciudad de Shusha, una ciudad bien construida. Luego escalaron la pendiente abrupta para llegar a una gran casa, a una de las primeras que llegaron, en los límites de la ciudad. Allí les abrieron la puerta y fueron recibidos por los misioneros de la Sociedad Misionera de Basilea, por Pfander y el Conde Zarembo, quienes llevaron a cabo una obra importante en aquellos lugares hasta que fueron expulsados del país.

*Groves y el grupo
se trasladan a
Bagdad*

Pfander acompañó al grupo hasta Bagdad y se quedó con ellos allí por un tiempo. Su experiencia y conocimiento de idiomas les permitió a ellos comenzar a trabajar más pronto de lo que hubiera sido posible sin él. Las necesidades del viaje fueron suplidas de diferentes formas y Groves escribe al respecto: “Siento que soy feliz al no tener que apoyar ningún sistema, al moverme lo mismo entre cristianos profesos que entre mahometanos. A los primeros, una persona en mi situación puede decirles en verdad: “No deseo llevarlos a ninguna iglesia, sino a la simple verdad de la Palabra de Dios”; y a los demás: “Nos gustaría que leyeran el Nuevo Testamento para que aprendan a discernir la verdad de Dios, no por medio de lo que ven en las iglesias a su alrededor, sino por medio de la misma Palabra de Dios”.

Capítulo 16

Se estableció así el pequeño grupo en Bagdad y comenzaron el estudio del idioma, mientras que el tratamiento de los enfermos les dio acceso a muchos, y se inauguró una escuela que prosperó desde el principio. Los armenios resultaron ser accesibles, y se abrieron algunas puertas entre algunos de los judíos y sirios; los musulmanes eran a menudo hostiles, pero fue posible conversar con algunos.

“Los dos grandes objetivos de la iglesia en los últimos tiempos”, escribió Groves, “son, en mi opinión, la publicación del testimonio de Jesús en todos los países y el llamado a las ovejas de Cristo que puedan estar encarceladas en todos los sistemas babilónicos que existen en el mundo”.

El segundo año de su estancia allí comenzó con mucho por que alentarse,

La peste y la inundación

pero los rumores de la guerra y la peste eran cada vez más amenazantes, y cuando la peste realmente llegó a la ciudad la cuestión de irse o quedarse se tornó urgente. Muchos se estaban marchando, pero al pensar en la obra prometedor ya comenzada, y en la escuela, teniendo en cuenta, además, que un grupo de colaboradores procedentes de Inglaterra ya había llegado a Alepo, ellos decidieron quedarse. La peste comenzó a propagarse, las multitudes de personas que pudieron escapar lo hicieron, pero el avance y asedio de un ejército impidió la retirada de muchos. El agua escaseó y los ladrones se aprovecharon de una autoridad débil para saquear. La peste se propagó rápidamente, y aunque la mitad de la población se había ido, entre los 40.000 habitantes que se quedaron la mortalidad pronto llegó a los 2.000 fallecidos diarios. Luego el caudal del río aumentó, y después de varios días de angustia, guardando la esperanza de que el río pudiera contenerse, el agua se comenzó a meter en la ciudad. Las murallas fueron socavadas por el agua y cayeron. Una gran inundación destruyó miles de casas. La gente afligida por la peste se encontraba apiñada en áreas reducidas; los alimentos se agotaron. En un mes habían perecido 30.000 almas en la más extrema miseria. La cosecha, lista para ser recogida, fue destruida 50 kilómetros a la redonda.

En cuanto al pequeño grupo misionero, sus corazones fueron desgarrados por los horrores indescriptibles que tenían lugar a su alrededor; sin embargo, Groves pudo escribir en este tiempo lo siguiente:

El Señor nos ha concedido una gran paz en la confianza segura en su tierno cuidado , y en la verdad de su promesa de que no nos faltarán nuestro pan y agua. Pero desde luego que nada excepto el servicio a semejante Señor como lo es él me mantendría en las escenas que estos países exhiben, y tengo la certeza que continuarán así hasta que el Señor haya concluido sus juicios sobre ellos por su desprecio del nombre, la naturaleza y posición del Hijo de Dios. Sin embargo, no me marchó porque guardo la esperanza de que él tenga un remanente incluso entre ellos para cuya manifestación estos tiempos convulsos están preparando el camino (...) El Señor ha detenido el agua justo a la altura de nuestra calle, gracias a un pequeño saliente de un terreno alto, de manera que hasta ahora todos estamos secos y libres de la espada del ángel destructor.

Al analizar la ruina de la obra prometedoramente ya comenzada, él escribió:

Se requiere gran confianza en el amor de Dios, y mucha experiencia en el mismo, para que el alma permanezca en paz y se apoye en el Señor en un país de semejantes cambios, sin tener ni siquiera a ninguno de nuestros coterráneos cerca, sin vía de escape en ninguna dirección; rodeados por la peste más desoladora y la inundación más destructiva, obligados a presenciar escenas de miseria que desgarran los sentimientos, y para las cuales uno no puede suministrar ningún alivio. No obstante, hasta en estas circunstancias, el Señor nos ha mantenido en paz y tranquilidad personal por medio de su misericordia infinita, y estamos confiando bajo la sombra de su ala Todopoderosa; él nos ha permitido reunirnos diariamente sin que ninguno de nosotros falte cuando decenas de miles han estado cayendo a nuestro alrededor. Pero esto no es todo, por cuanto él nos ha hecho saber por qué nos quedamos en este lugar y por qué nunca se nos permitió sentir que era nuestro deber abandonar el puesto en el que nos encontrábamos.

El nivel de las aguas disminuyó; la virulencia de la peste pasó. Entonces María, la madre y esposa, la guía de la casa, cuyo amor, gracia y fe inagotable habían sido un sostén sobre el cual todos se habían apoyado, enfermó de la peste, como pronto todos pudieron ver. Su esposo y una enfermera fiel cuidaron de ella. Ella había estado completamente segura de que ellos debían quedarse en Bagdad, y ahora, al enfrentarse a la posibilidad de dejar a su esposo e hijos y a la pequeña bebé nacida allí, en semejante lugar, ella dijo: “Estoy asombrada por los caminos del Señor, pero no más que por mi propia paz en semejantes circunstancias”.

*María de Groves
sucumbe ante la
peste*

Capítulo 16

Ella murió. Su esposo lloró de dolor mezclado con adoración:

Cuán difícil es para el alma ver el objeto de sus más duraderos y arraigados afectos terrenales, sufriendo sin poder suministrarle alivio, sabiendo también que el Padre celestial que ha enviado el sufrimiento puede aliviarlo y, sin embargo, parece hacerse el sordo ante los lamentos de uno. Al mismo tiempo, sentí en lo más profundo de las afecciones de mi alma que, a pesar de todo, él es un Dios de infinito amor. Satanás me ha probado gravemente, pero el Señor me ha mostrado, en el Salmo 22, un lamento más maravilloso *aparentemente* desatendido, y el Espíritu Santo me ha dado la victoria, y me ha permitido conformarme con la voluntad de mi Padre, aunque ahora no veo el fin de sus benditos y santos caminos.

Luego la pequeña bebé enfermó y, a pesar de la mayor dedicación de su padre, fue arrebatada de ellos. Groves mismo fue el próximo en ser atacado, y parecía que dejaría a sus hijos desamparados, pero se recuperó.

A medida que la peste y la inundación disminuyeron, el enemigo externo avanzó, la ciudad fue asediada y en toda la ciudad imperó la ley de la calle. La casa de Groves fue atacada y robada en varias ocasiones, pero aunque desarmados e indefensos, sus moradores no sufrieron ningún daño corporal. Los proyectiles pasaban sobre el techo donde ellos dormían y el hogar fue estremecido por las balas de cañón. La violencia prevalecía en las calles, y en particular los hijos de la población cristiana sufrían un tratamiento abominable. Finalmente, la ciudad fue tomada; sus captores se comportaron con una moderación inesperada, y la tranquilidad y el orden fueron restaurados.

En el verano de 1832, llegaron los tan esperados colaboradores de Inglaterra. Ellos eran el Dr. Cronin, ahora viudo, con su hija pequeña y la madre de él, Juan Parnell y Francis W. Newman (cuyo hermano posteriormente se convirtió en el famoso Cardenal). Groves y todos los

*Llegan los
colaboradores
procedentes de
Inglaterra*

que lo acompañaban se alegraron sobremanera por esta llegada, y todo el grupo, ahora mayor, entró en un período no sólo de actividad en estudio y trabajo, sino, además, de una hermandad útil y gozosa, y avance hacia un conocimiento más amplio de Dios y la santidad. Ellos tenían todas las cosas en común; los viernes ayunaban y oraban juntos. Hubo mucho estudio de la Palabra de Dios; varias conversiones tuvieron lugar. Estos

fueron tiempos que ellos nunca pudieron olvidar, a partir de los cuales se inició para varias personas, de varias nacionalidades, el comienzo de una nueva vida en Dios.

La hermana de Cronin se había casado con Parnell en el camino, cuando estuvieron en Alepo, pero había sido rápidamente arrebatada de él por la muerte, y ahora su madre también había fallecido. En este mismo año Newman y Kitto viajaron a Inglaterra en busca de nuevos colaboradores, y al año siguiente los que estaban en Bagdad fueron visitados por el Coronel Cotton,⁴ cuyas habilidades ingenieras y cuidado cristiano por el pueblo de la India acabaron con las terribles hambrunas periódicas del Delta Godaveri y trajeron prosperidad a su inmensa población. Groves siguió con él hasta la India, dejando a los demás en Bagdad por un tiempo.

Uno de los objetivos en ir a la India, escribe Groves, era “para llegar a unirnos verdaderamente más de corazón con todos los grupos misioneros allí, y demostrar que, a pesar de todas las diferencias, somos uno en Cristo; solidarizándonos en sus penas y regocijándonos en su prosperidad”. Las profundas experiencias por las que él había atravesado lo capacitaban para esto de una manera especial, también su notable humildad, sin fingimiento, la cual le permitía ver rápidamente cualquier cosa positiva en los demás y le hacía lento para condenar. Además, su conocimiento de las Escrituras y su conocimiento de la obra misionera lo capacitaban para dar consejo sabio, de manera que él no viajaba simplemente elogiando todo lo que veía, sino que podía señalar posibilidades de mejoramiento.

*Groves se traslada
a la India*

Él vio de una manera tan palpable la necesidad de las enormes multitudes que seguían sin el Evangelio que consideraba que casi cualquier esfuerzo por alcanzarlas, sin importar cuán imperfecto fuese, era mejor que no hacer nada. Además, él estaba optimista de que, si en algún lugar por primera vez los verdaderos creyentes dejaran a un lado sus diferencias denominacionales para exhibir la unidad esencial de las iglesias de Dios en obediencia a las Escrituras y en la tolerancia del amor, sería en un país no cristiano, como en la India. Esto eliminaría el obstáculo principal para la propagación del Evangelio. Era una gran tarea la que se planteaba, y valía la pena llevarla a cabo a toda costa.

Capítulo 16

Ya fuese por medio de los amplios viajes por todo el país, al visitar a muchos misioneros de varias confesiones, o cuando se establecía en un distrito en específico, la gracia y el poder del ministerio de Groves, así como su amor desinteresado, ganaron muchos corazones y dieron abundantes frutos en las vidas y el servicio de muchos. Sin embargo, cuando se trataba de aplicar los principios de la Palabra de Dios a personas y organizaciones que de alguna manera se habían apartado de ellos, surgía la oposición, y él sufría intensamente al ver que su deseo ardiente de servir era malinterpretado por misioneros y sociedades y a su vez era tomado como una crítica, una afectación de superioridad y como una amenaza a la estabilidad de las organizaciones existentes. Sus propias palabras son:

Cuán lentos somos para aprender realmente a sufrir, y para ser humillados con nuestro amado Señor (Filipenses 2.3–10). Sin embargo, creo que por lo general somos mucho más capaces de aceptar alegremente cualquier cantidad de prueba mental o corporal que aquella que nos degrada ante el mundo. Darnos cuenta de que nuestra humillación es nuestra gloria, y nuestra debilidad nuestra fortaleza, exige una fe extraordinaria: dondequiera que voy, percibo la mala influencia de principios contrarios. Estoy convencido de que no seguir a nuestro Señor y bajarnos al nivel de las personas a quienes deseamos servir, destruye todo nuestro poder real; por otra parte, mientras permanezcamos por encima de ellas tenemos poder, pero es terrenal. ¡Oh, que el Señor levante a algunos para que nos muestren el camino! Cuando la verdad penetra la mente de una persona en la India, parece apoderarse de ella con un agarre más poderoso y tenaz que como sucede por lo general en Inglaterra. En la India las personas a menudo sólo tienen la Palabra de Dios, porque el círculo de religiosos profesos es muy pequeño. Por lo tanto, las opiniones que ellos abrigan son mucho más bíblicas. Nunca hubo un momento en que fuese más importante que ahora hacer todo esfuerzo posible para que ellos no arraiguen en este país los males del dominio eclesiástico, o sea, la soberbia y la mundanería bajo las cuales las Iglesias establecidas en Europa han sufrido.

Groves nuevamente escribe:

Nunca hubo un momento más importante para la India que el presente. Hasta ahora todo en la iglesia ha sido tan libre como nuestros corazones pudieran desear. Las personas se han convertido, ya sea por medio de la lectura de la Palabra de Dios o por la influencia entre ellos mismos, y han

bebido las aguas vivas dondequiera que las han encontrado abundantes y claras; pero ahora la Iglesia Anglicana procura extender su poder, y los Independientes y los Metodistas tratan de cercar sus pequeños rebaños.

Mi propósito en la India es doble. En primer lugar, tratar de frenar las actividades de estos sistemas exclusivos al demostrar en la iglesia cristiana que ellos no son necesarios para todo lo que es santo y moral; y en segundo lugar, tratar de grabar en la mente de cada miembro del cuerpo de Cristo que a él le ha sido dado algún ministerio para la edificación del cuerpo y, en lugar de desalentar, animar a cada uno a dar un paso al frente y servir al Señor. Yo abrigó en mi corazón el deseo, si el Señor me guarda, de fundar una iglesia sobre estos principios. Y mi deseo más sincero es remodelar todo el plan de las actividades misioneras a fin de llevarlas al estándar sencillo de la Palabra de Dios. El aliento que el Señor me ha dado es inmenso, más allá de todo lo que yo pude haber esperado. No tengo palabras para expresar cuán calurosamente he sido recibido, no sólo por un grupo, sino por todos.

*El propósito de
sus esfuerzos en la
India*

En otra ocasión él escribe:

Cuanto más lo analizo, más me convengo de que la obra misionera de la India, llevada a cabo por los europeos, está totalmente por encima de los naturales. Tampoco veo cómo es posible que se pueda lograr una impresión duradera si no se mezclan con ellos de una manera que hasta ahora no se ha intentado. Cuando pienso en este asunto del sistema de castas, en relación con la humillación del Hijo de Dios, veo en dicho sistema algo muy diferente y particularmente contrario a Cristo. Si el que es uno con el Padre en gloria se despojó a sí mismo y fue enviado en la semejanza de pecadores y se convirtió en el amigo de publicanos y pecadores para poder salvarlos, resulta realmente odioso que un gusano se niegue a comer o a mezclarse con otro gusano para no contaminarse. De qué manera tan sorprendente la revelación del Señor a Pedro reprueba todo esto: “Lo que Dios limpió, no lo llares tú común”.

Al hacer planes para vivir en la India, él dice:

Proponemos que nuestros arreglos domésticos deben ser todos muy sencillos y muy económicos, y que nuestro plan debe ser estrictamente evangélico. Nuestro gran propósito será derribar las barreras odiosas que el orgullo ha erigido entre los naturales y los europeos. Con este propósito en mente, sería

Capítulo 16

recomendable que cada evangelista lleve consigo a dondequiera que vaya, de dos a seis alumnos nativos con quienes él podría comer, beber y dormir en sus viajes, y con quienes él podría hablar acerca de las cosas del reino al sentarse y al levantarse. Es decir, de este modo ellos podrían ser preparados para el ministerio en la manera en que nuestro querido Maestro preparó a sus discípulos, renglón tras renglón, mandato sobre mandato, un poquito allí, otro poquito allá, a medida que ellos puedan asimilarlo, conscientes de principio a fin que nuestro deber no es el de hacer que los demás hagan lo que nosotros mismos no hacemos o que actúen sobre los principios que nosotros no actuamos, sino más bien que seamos ejemplos de todo lo que deseamos ver en nuestros amados hermanos. Y aún no pierdo las esperanzas de ver surgir en la India una iglesia que sea un pequeño santuario en los días oscuros y convulsos que se avecinan en la cristiandad.

Después de pasarse un tiempo en Inglaterra, donde se volvió a casar,

Otro grupo llega a la India

Groves regresó a la India, llevando consigo a un grupo misionero que incluyó a los hermanos Bowden y Beer con sus esposas de Barnstaple quienes comenzaron a trabajar en la poblada zona del Delta Godaveri. Groves mismo se estableció en Madrás donde se le unió el grupo que él había dejado atrás en Bagdad. Después de haber dependido por tanto tiempo de las donaciones que el Señor le había enviado por medio de sus siervos para sus provisiones, él ahora sentía, en Madrás, que las circunstancias eran tales que sería mejor para el testimonio que él siguiera el ejemplo de Pablo, quien estaba dispuesto, según las circunstancias, a vivir de las donaciones de las iglesias, o ganarse su propio sustento. Fue por ello que Groves volvió a ejercer como dentista y fue exitoso en esto.

Sus esfuerzos por ayudar a las distintas sociedades misioneras con el tiempo trajeron como resultado que algunos se le opusieran, que lo excluyeran de sus círculos y que hablaran en su contra, considerándolo un enemigo y un peligro para la obra. Esto él lo sintió intensamente y fue una de las razones que motivara su partida de Madrás y su traslado a

Tácticas de Groves en el Evangelio

Chittoor, lugar que pronto se convirtió en un centro de actividad y de bendiciones.

A fin de alentar a aquellos que estaban involucrados en la obra del Señor para que también se ganaran su sustento, cuando les fuera posible, y a los ocupados

en los negocios para que igualmente fueran activos en la obra espiritual, Groves compró un terreno y desarrolló primero el cultivo de la seda y luego de la caña de azúcar, dándoles así empleo a muchos. A veces esto prosperaba, pero también hubo pérdidas, y la aceptación de un préstamo que se le ofreció en una ocasión para extender el negocio lo comprometió con mucho trabajo y preocupación antes que pudiera liquidar la deuda. Una carta escrita a Inglaterra en este período explica su propósito:

Aquello que hace que su generosidad sea doblemente apreciada es que demuestra la continuación de su amor por nosotros individualmente, pero sobre todo, por la obra del Señor en estas tierras desoladas y abandonadas. Creo que todos sentimos un interés creciente en ese plan de las misiones que estamos siguiendo ahora; ya sea trabajando nosotros mismos o asociándonos con aquellos que tienen algún “negocio honrado” (...) y también dar un ejemplo a los demás de que al hacer esto ellos pueden apoyar a los débiles. Últimamente nos hemos enterado de varios misioneros que están muy interesados en nuestras perspectivas de éxito. Ese querido joven natural, llamado Aroolappen, quien partió de entre nosotros hace algunos meses, se ha mantenido, en medio de tantas pruebas y tentaciones, fiel a sus propósitos. Él ha decidido comenzar sus labores en un vecindario muy poblado, cerca de las Montañas Pilney, en el distrito Madura, un poco al sur de Tiruchchirapālli. Además, existe la probabilidad de que se le una un hermano natural que está dispuesto a salir a construir, con una pala en una mano y una espada en la otra —la manera en que, en mi opinión, se construirá el muro en estos tiempos convulsos. Nuestro amado Aroolappen ha rechazado cualquier forma de salario, porque la gente, dice él, no dejaría de decirle que él predica porque es asalariado. Cuando él me dejó, yo quise asignarle algo mensualmente, como una remuneración por su trabajo de traducir para nosotros; pero (...) él rechazó cualquier suma estipulada. Los otros dos de quienes escribí son un inglés (...) y un encuadernador natural, quienes están decididos a seguir el mismo camino.

Acerca del hombre inglés, él escribe más adelante:

Él está habituado al clima y puede caminar sesenta y cuatro kilómetros diariamente sin fatigarse. Lee y escribe Tamil y Telugu con facilidad, y renuncia a treinta y cinco rupias al mes, un caballo y una casa para poder llevar a cabo la obra de Dios. Él viaja a través de las regiones de habla Tamil y Telugu en un pequeño carruaje lleno de libros, tratados y cosas para vender, predicando el Evangelio a los naturales en sus propios idiomas, a medida que pasa, y en inglés a todos los soldados en las estaciones militares. Él ya ha sido

Capítulo 16

bendecido con la conversión de dos (...) le aseguro que todos sentimos que, de no haber visto otro fruto de nuestro esfuerzo aparte de estos dos o tres hermanos que actúan sobre estos principios de servicio, habríamos dicho que realmente nuestro esfuerzo en el Señor no ha sido en vano.

Por tanto, creo que podemos considerar nuestra permanencia en la India, bajo Dios, como el medio para la introducción de esta forma de ministerio entre los cristianos naturales y los paganos, y la continuación de nuestra estancia aquí será, confío, por medio de la gracia de Dios, el medio de establecerla y extenderla. Los que conocen a los naturales, estoy seguro, opinarán al igual que yo, que este plan de misiones, por medio del cual el propio natural es dirigido *a Dios*, está planeado para desarrollar la *individualidad de carácter*, la ausencia de la cual se ha lamentado tanto, y cuyo remedio muy pocas veces se ha buscado. Al natural, por naturaleza, le gusta contar con una provisión y la comodidad, y de ese modo es mantenido en dependencia del sistema. Por otra parte, al europeo le gusta mantener al natural subyugado y mantenerse a sí mismo al mando. Pero, debe quedar claro para todos que si las iglesias naturales no se fortalecen de manera que aprendan a apoyarse en Dios en lugar de depender del hombre, los cambios políticos en determinado momento pueden barrer con la situación presente, en lo que depende de los europeos, y no dejar ni siquiera un rastro.

La última visita de Aroolappen a su familia en Tinnevely ha llevado a la discusión de estos principios entre el inmenso grupo de obreros allí; y aunque él no ha establecido su residencia entre ellos, él está lo suficientemente cerca como para que ellos lo observen, tanto a él como a los principios sobre los cuales él está actuando. Verdaderamente encomendamos estos brotes tempranos del poder del Espíritu Santo —pues confiamos que eso es lo que son— a sus muy fervientes oraciones, para que nuestros hermanos puedan continuar en el espíritu de una verdadera humildad y dependencia de Dios. El hecho de que nuestra posición aquí pone la obra pastoral y la hermandad en una igualdad cristiana sencilla con los naturales, de ninguna manera es el rasgo menos importante de nuestra obra. Antes que nosotros llegáramos, a nadie excepto a un natural ordenado se le permitía celebrar la Cena del Señor o bautizar. Y cuando nuestros hermanos cristianos Aroolappen y Andrés participaron de la Cena del Señor con los cristianos naturales, esto provocó más interés y preguntas de lo que usted pudiera imaginarse. La referencia constante a la *Palabra de Dios* ha llevado, y continúa llevando, las cuestiones relacionadas con el ministerio y el gobierno de la iglesia a una posición completamente nueva en las mentes de muchos.

Sin embargo, todo esto no impidió que Groves comprendiera que existen personas que en ocasiones son llamadas a dedicar todo su tiempo al ministerio de la Palabra de Dios, y en este sentido escribe:

No tengo duda de que aquellos a quienes Dios ha llamado a ministrar deben esperar en su ministerio y entregarse *totalmente a él* (...) hombres reconocidos como pastores y maestros son *imprescindibles* para el buen orden de todas las asambleas; por tal razón, son requeridos y encomendados por Dios. Y aunque no me opongo a reunirme con aquellos que no los tienen, si fuera el resultado de la providencia del Señor no concederles ninguno, sería incapaz de asociarme personalmente con aquellos que los rechazan por considerarlos innecesarios o no bíblicos.

Groves también escribió: “Es mi más sincero deseo, si el Señor quita de en medio las dificultades, dedicar el resto de mi corta existencia a un ministerio ininterrumpido”. Al escribir sobre dos miembros de la Iglesia Anglicana que ayudaron mucho a los hermanos Bowden y Beer en su obra en el Delta Godaveri, él dice: “Su sistema puede ser sectario, pero ellos no lo son. Y es diez veces mejor tener que ver con católicos en un sistema sectario que con sectarios que no pertenecen a ningún sistema.”

Estando de visita en Inglaterra en 1853, Groves enfermó y murió a la edad de 58 años, sufriendo, pero en paz, en la casa de Jorge Müller en Bristol.

*Groves muere en
Inglaterra a los 58
años de edad*

Otro que llegó a convencerse de la importancia de una obediencia literal a las Escrituras fue Jorge Müller.⁵ Él era natural de Prusia y nació, en 1805, cerca de Halberstadt. Aunque él estudió para el ministerio, creció llevando una vida pecaminosa y disoluta, e incluso fue encarcelado en una ocasión por el delito de estafa. Encontrándose en un estado muy infeliz, Müller fue llevado por un amigo, cuando tenía veinte años, a una reunión en una casa particular en Halle. Allí escuchó la lectura de la Biblia. Aunque él había estudiado mucho, esto era nuevo para él. Él se sintió inmediata y poderosamente conmovido por ello, y no tardó mucho para que el amor de Jesús por su alma y la suficiencia de

*Jorge Müller
(1805–1898)*

Capítulo 16

su sangre expiatoria ganaran la respuesta del amor y la fe de su corazón. Müller tuvo mucho conflicto espiritual como resultado de la crisis por la cual había atravesado, pero su costumbre diaria y constante de leer las Escrituras y orar lo llevó a un conocimiento cada vez mayor de la voluntad de Dios.

Él deseaba muchísimo convertirse en misionero entre los judíos. Por lo tanto, fue enviado a Inglaterra a estudiar en la Sociedad Judía de Londres en preparación para dicho ministerio. Poco después de su llegada a Inglaterra, él escuchó con regocijo lo que A. N. Groves estaba haciendo al renunciar a un buen sueldo y marcharse como misionero a Persia, confiando en el Señor en lo concerniente a suplir sus necesidades. Müller fue enviado a Teignmouth por motivo de su salud, y estando allí conoció a Henry Craik, quien había sido un miembro de la casa de Groves. Este fue el comienzo de una amistad de por vida. Aquí él recibió una nueva bendición espiritual, especialmente al darse cuenta más claramente que la Palabra de Dios es el único estándar del creyente y que el Espíritu Santo es su único maestro. Al contar con mayor entendimiento, también surgieron dudas en su mente en cuanto a su relación con la Sociedad Misionera, y con el tiempo, por medio de un acuerdo amistoso con el Comité, esta relación llegó a su fin.

Sus motivos para dejar la Sociedad fueron: él se dio cuenta de que no era conforme a la Escritura el requisito que se le pedía de ser ordenado en la Iglesia Luterana o en la Iglesia Anglicana; también se dio cuenta de que cualquiera de las Iglesias establecidas, al ser una mezcla del mundo y de la verdadera iglesia, contienen principios que inevitablemente llevan a una desviación de la Palabra de Dios, y el hecho de que son instituciones

*Müller deja la
Sociedad
Misionera*

impide que sus costumbres puedan ser alteradas, sin importar cuánta nueva luz puedan recibir de las Escrituras. Müller también se oponía, por razones de conciencia, a ser dirigido por los hombres en sus labores misioneras. Como siervo de Cristo, él sentía que debía ser guiado por el Espíritu Santo en cuanto al tiempo y el lugar. Y aunque amaba a los judíos, él no podía limitarse a trabajar casi exclusivamente entre ellos. Él le había causado algunos gastos a la Sociedad y, por tanto, estaba comprometido con ellos, pero él logró arreglar este asunto satisfactoriamente, y la Sociedad lo trató con mucha consideración.

Una nueva duda surgió en cuanto a cómo podrían ser suplidas sus necesidades temporales. Pero esto no le preocupaba, ya que él se apoyaba en las promesas del Señor como las que aparecen en Mateo 6.25–34; 7.7–8; Juan 14.13–14, y al darse cuenta de que si él realmente buscaba primero el reino de Dios y su justicia, sus provisiones temporales le serían suplidas. Al haber abandonado su puesto el ministro de la Capilla Ebenezer en Teignmouth, Müller fue invitado por toda la iglesia de dieciocho miembros para que se convirtiera en su ministro. Esto con un salario anual de £55. Él aceptó y ministró con regularidad entre ellos, pero también visitó y predicó en muchos lugares en el vecindario. Él se percató de que su ministerio era más eficaz cuando consistía en la exposición de las Escrituras.

*Cómo las
necesidades
temporales fueron
suplidas*

Al escuchar un día una conversación entre tres hermanas en el Señor sobre el tema del bautismo, Müller se dio cuenta de que, aunque había sido un fuerte partidario del bautismo de infantes, él nunca había escudriñado sería y devotamente las Escrituras con relación a ese tema, de manera que se dedicó a hacerlo, y se convenció de que sólo el bautismo de creyentes, y específicamente por inmersión, es la enseñanza de la Escritura. Muchas objeciones surgieron en su mente en cuanto a poner en práctica esta ordenanza, pero al tener la seguridad de que era la voluntad del Señor que él actuara literalmente sobre la base de sus mandamientos, Müller fue bautizado.

*Müller y el
bautismo de
creyentes*

Poco después de esto, él comprendió que, aunque no es un mandamiento, los apóstoles nos han dado el ejemplo de partir el pan todos los días del Señor. Él también se dio cuenta conforme a la Escritura que el Espíritu Santo debe tener libertad para obrar por medio de los hermanos a quienes él desee usar, de modo que todos puedan beneficiarse de los dones que el Señor ha derramado entre ellos. A medida que estas cosas fueron analizadas y consideradas por la iglesia, pasaron a ser parte de su práctica.

En este mismo año (1830) Müller se casó con la hermana de A. N. Groves, en quien él encontró una esposa totalmente de acuerdo con él en lo referente a

*Müller se casa con
la hermana de
Groves*

Capítulo 16

procurar aprender y cumplir la voluntad de Dios como se manifiesta en las Escrituras. Ella se interesó de manera especial en las próximas medidas que ellos tomaron, pues ahora comprendían que no era correcto que él recibiera un salario fijo derivado de la renta de los bancos y contribuciones regulares de miembros de la iglesia, de manera que renunciaron a ello.

Lo que en realidad les costó más que renunciar al salario fue su determinación de obrar sobre una conclusión a la que ellos habían llegado ante Dios, que ellos nunca pedirían ayuda ni tampoco darían a conocer sus necesidades a ningún hombre, sino que verdaderamente acudirían al Señor y confiarían en él para que él supliera todas sus necesidades. En este mismo tiempo, ellos recibieron la gracia para obrar literalmente sobre el mandamiento del Señor: *“Vended lo que poseéis, y dad limosna”*.

*La dependencia
total de Dios*

Más de cincuenta años después, él escribe:

No nos arrepentimos en lo más mínimo de la medida que (...) tomamos. Nuestro Señor también nos ha dado, en su tierna misericordia, la gracia para continuar pensando de la misma manera en cuanto a los puntos anteriores, tanto en lo referente al principio como a la práctica. Y este ha sido el medio de hacernos saber el tierno amor y el cuidado de nuestro Señor por sus hijos, hasta en lo más insignificante, de una manera nunca antes conocida por nosotros (...) y esto ha hecho, en especial, que conozcamos más completamente al Señor de lo que lo conocíamos antes, como un Dios que escucha las oraciones.

En 1832, la familia Müller y Henry Craik se trasladaron a Bristol, donde los dos hermanos eran pastores de la Capilla de Gedeón por un tiempo, pero también alquilaron la Capilla de Betesda, al principio sólo por un año. Allí un hermano y cuatro hermanas se unieron a ellos en una hermandad “sin ninguna regla,” según dijeron, “deseando sólo actuar según al Señor le agrade mostrarnos la luz por medio de su Palabra”. Esta iglesia creció rápidamente y desde el comienzo fue muy activa en las buenas obras.

*El bautismo,
los ancianos, la
acogida de los
creyentes*

Después de unos cinco años, surgió una duda que los hizo escudriñar la Escritura diligentemente para encontrarle una solución al problema. Cuando la iglesia se había fundado, todos sus miembros eran creyentes bautizados. Luego tres hermanas solicitaron

pertenecer a la hermandad, de cuya fe y santidad no se tenía ninguna duda, pero ellas no habían sido bautizadas como creyentes ni tampoco, cuando se les explicaron las Escrituras, comprendieron que este era el camino correcto que ellas debían tomar. La mayoría en la iglesia, incluyendo a Müller y a Craik, opinaba que debían ser recibidas, pero a varios miembros la conciencia no les permitía concebir la idea de recibir como miembros a creyentes no bautizados. Luego de mucho análisis de las Escrituras, la cantidad de los que se oponían se redujo a unos pocos.

Algunos recibieron ayuda por medio del consejo de Roberto Chapman de Barnstable. Él era de un carácter tan santo, de tanto conocimiento de la Palabra de Dios y de un juicio tan sano, que ganó el respeto de todos los que se ponían en contacto con él. Chapman presentó el asunto de la siguiente manera: O bien los creyentes no bautizados entran dentro del tipo de personas que andan desordenadamente, y en ese caso debemos apartarnos de ellos (2 Tesalonicenses 3.6); o no andan desordenadamente. Si un creyente anda desordenadamente, no sólo debemos apartarnos de él en la Cena del Señor, sino que nuestro comportamiento hacia él, en *todas las ocasiones* en que tengamos contacto con él, indudablemente tiene que ser diferente de lo que sería si anduviera ordenadamente. Sin embargo, evidentemente este no es el caso en la conducta de los creyentes bautizados hacia sus hermanos creyentes no bautizados. El Espíritu Santo no permite que así sea, sino que él testifica que el hecho de que ellos no hayan sido bautizados no implica que anden desordenadamente y, por lo tanto, puede existir la más hermosa comunión entre los creyentes bautizados y los no bautizados. El Espíritu Santo no nos permite negarnos a la hermandad con ellos en la oración, en la lectura y escudriñamiento de las Escrituras, en la hermandad social e íntima y en la obra del Señor. No obstante, este tiene que ser el caso si ellos andan desordenadamente. Se llegó a la conclusión de que “tenemos que recibir a todos a quienes Cristo ha recibido (Romanos 15.7), sin tomar en cuenta el límite de gracia o conocimiento que ellos hayan alcanzado”. Algunos dejaron la iglesia al escuchar de semejante posición, pero la mayoría de ellos regresó y después no hubo jamás discrepancia alguna sobre este asunto.

Ciertas dudas en cuanto a los ancianos y en cuanto al orden y disciplina de la iglesia vinieron luego a preocupar las mentes de los hermanos, y hubo un largo y minucioso análisis de las Escrituras sobre estos asuntos. Ellos

Capítulo 16

llegaron a darse cuenta de que el mismo Señor asigna ancianos en cada iglesia en el cargo de supervisores y maestros, y que esto debe continuar ahora, a pesar del estado caído de la Iglesia, como en los tiempos apostólicos. Esto no implica que los miembros asociados en la hermandad de la iglesia deban elegir a los ancianos conforme a su propia voluntad, sino que ellos deben esperar en el Señor a fin de nombrar a los que reúnan los requisitos para instruir y dirigir en la iglesia del Señor. Estos toman posesión del cargo por medio del nombramiento del Espíritu Santo, el cual es dado a conocer a los que han sido nombrados y a aquellos entre quienes ellos van a servir, mediante el llamado secreto del Espíritu Santo a través de su posesión de las cualidades requeridas y mediante la bendición del Señor sobre sus obras. Los hermanos deben reconocerlos y someterse a ellos en el Señor.

Las cuestiones relacionadas a la disciplina de la iglesia deben ser finalmente resueltas en la presencia de la iglesia, siendo el acto de todo el cuerpo. “Con relación a la acogida de los hermanos en la hermandad, este debe ser un acto de simple obediencia al Señor tanto por parte de los ancianos como por parte de toda la iglesia. Sentimos el deber y la obligación de recibir a todos aquellos que hagan una profesión convincente en Cristo, conforme a la Escritura que dice: ‘Recibíos los unos a los otros, como también Cristo nos recibió, para gloria de Dios’”. Estas y otras conclusiones no eran reglas de la iglesia, sino que expresaban lo que los miembros habían comprendido así como la manera en que habían determinado actuar hasta que pudieran recibir una nueva luz de la Escritura.

En cuanto a la Cena del Señor se comprendió que:

...aunque no poseemos ningún mandamiento expreso con relación a la frecuencia de su cumplimiento, el ejemplo de los apóstoles y de los primeros discípulos nos guiaría a cumplir esta ordenanza todos los días del Señor (...) En esta ordenanza manifestamos nuestra participación común en todos los beneficios de la muerte de nuestro Señor, así como nuestra unión con él y los unos con los otros; por lo tanto, también se debe dar oportunidad para el ejercicio de los dones de enseñanza y exhortación, así como para la comunión en oración y alabanza. La manifestación de nuestra participación común en los dones de cada uno no puede darse completamente en tales reuniones si toda la reunión es, como es inevitable, conducida por un individuo. Sin embargo, esta manera de reunirse no quita, de aquellos que tienen los dones de enseñanza y exhortación, la responsabilidad de edificar a la iglesia cuando se ofrezca la oportunidad.

Durante una visita a Alemania en 1843, Jorge Müller pasó algunos meses entre un grupo que estaba complacido de tener su ministerio y que le había invitado, pero que no le permitiría partir el pan con ellos cuando llegara el momento, ya que él estaba dispuesto a hacerlo con cristianos en la Iglesia del estado, o con los que no habían sido bautizados como creyentes. Ellos incluso trataron de que él se comprometiera a nunca partir el pan con creyentes que, aunque bautizados, no evitaban el compañerismo con aquellos que no lo eran.

*Müller visita
Alemania*

Al comentar sobre estos hechos, Jorge Müller dice:

Estos hijos de Dios habían estado en lo cierto al considerar bíblico el bautismo de creyentes y separarse de la Iglesia del estado (...) Pero sobre estos dos puntos ellos habían puesto un énfasis indebido. Aunque el bautismo de creyentes es la verdad de Dios, y aunque la separación de las Iglesias del estado por parte de los hijos de Dios que saben que una iglesia es una congregación de creyentes es correcta, porque en las Iglesias del estado ellos no ven otra cosa que el mundo mezclado con algunos creyentes verdaderos, no obstante, si se hace un gran asunto de estos puntos, si se toman fuera de proporción, como si lo fueran todo, habrá pérdida espiritual por parte de aquellos que lo hacen. Mejor dicho, cualquiera de las partes de la verdad que se enfatice demasiado, aunque tenga que ver con las verdades más preciadas relacionadas con nuestra resurrección en Cristo o nuestro llamado celestial, o la profecía, tarde o temprano, los que hacen esto y, por tanto, les dan un lugar demasiado importante, terminarán perdiendo en sus propias almas y, si son maestros, perjudicarán a quienes enseñan. Ese fue el caso de Stuttgart. El bautismo y la separación de la Iglesia del estado finalmente se han convertido en lo único para estos queridos hermanos. “Nosotros somos la iglesia. La verdad sólo puede encontrarse entre nosotros. Todos los demás están en error y en Babilonia.” Estas fueron las frases usadas una y otra vez por nuestro hermano. Que Dios en su misericordia les dé a ellos y a mí un corazón humilde.

Ambos hermanos, Craik y Müller, sentían profundamente que cada creyente tiene el deber, de una manera u otra, de ayudar en la causa de Cristo, pero que para ello se debía buscar cualquier medio necesario, no de parte de los hombres, en particular no de los incrédulos, sino de parte del mismísimo Señor en oración llena de fe. En el ejercicio de esta convicción ellos fundaron en 1834 “El Instituto de Conocimiento

*El Instituto de
Conocimiento
Bíblico*

Capítulo 16

Bíblico para el País y el Extranjero”, con el objetivo de ayudar a las escuelas primarias, las escuelas dominicales y las escuelas de adultos por medio de impartir en ellas clases sobre el modelo bíblico, hacer circular las Sagradas Escrituras y ayudar a aquellos misioneros cuyo proceder parecía estar más conforme a las Escrituras.

El motivo de fundar una nueva institución cuando ya existían tantas sociedades religiosas fue que, si bien ellos reconocían las buenas obras hechas por las otras, había algunos puntos en los que sus conciencias no les permitían unirse a estas sociedades. El propósito, decían ellos, que estas sociedades religiosas proponen para sí mismas es el mejoramiento gradual del mundo hasta que todos lleguen a convertirse. En cambio, la enseñanza de la Escritura es que la conversión del mundo no tendrá lugar hasta la venida del Señor, que en esta época presente el mundo empeorará espiritualmente, pero que el Señor está reuniendo a un pueblo de entre todas las naciones.

Además, estas sociedades mantienen muchas relaciones con el mundo, de manera que mediante el pago de una suscripción una persona no convertida puede hacerse miembro; aparte de esto, a los inconversos a menudo se les pide dinero, y los patrocinadores y presidentes se eligen por preferencias de entre aquellos que son ricos e influyentes. Estas sociedades también contraen deudas. Todas estas cosas son contrarias tanto a la letra como al espíritu del Nuevo Testamento.

Por tanto, ellos se propusieron no pedir dinero nunca (aunque se les permitía aceptarlo de alguien que lo donara por cuenta propia); no aceptar a ningún incrédulo como colaborador en la dirección o ejecución de los asuntos de la institución; no incurrir en deudas para ampliar sus actividades, sino apoyarse en la oración privada para “presentar las necesidades de la institución al Señor, y actuar según los recursos que Dios provea”.

A partir de este pequeño comienzo, sin recursos iniciales, sin publicidad, fluyó siempre una constante corriente de bendiciones que crecieron constantemente en volumen. Los pobres fueron aliviados, se fundaron y continuaron escuelas en varios países, una gran cantidad de Biblias fueron vendidas o donadas, se envió ayuda a los misioneros en muchos países, y esto de una manera que no los controlaba ni limitaba su libertad, sino que sólo atendía sus necesidades y las relacionadas al trabajo que ellos hacían. Todas estas amplias y crecientes actividades fueron llevadas a cabo en una simple dependencia de Dios. Una y otra

vez ellos se quedaron sin fondos para atender las distintas necesidades que se les presentaban, ya fuese en su ministerio o en su propia vida. Pero siempre, en el momento indicado, recibían provisiones en respuesta a las oraciones, de manera que su propia fe en Dios y la comunión con él eran ejercitadas y fortalecidas, mientras otros también eran alentados en el camino de la fe.

En 1836, Jorge Müller inauguró su primer orfanato al alquilar una casa por un año en la calle Wilson, Bristol, donde recibió a 26 niños. Él declara como sus motivos principales para emprender esta obra: “(1) Que Dios sea glorificado, si se digna concederme los recursos, para que se comprenda que no es en vano confiar en él; y que de esta manera la fe de sus hijos sea fortalecida. (2) El bienestar espiritual de los hijos sin padre y sin madre. (3) Su bienestar temporal.”



Al ver que tantas personas del pueblo de Dios estaban agobiadas por las preocupaciones y las inquietudes, él deseó dar una prueba visible y tangible de que en nuestros días Dios escucha las oraciones y responde a ellas exactamente como siempre lo hizo, y que si confiamos en él y buscamos su gloria él suplirá nuestras necesidades. Müller había sido estimulado grandemente por el ejemplo de Franke de Halle en Alemania, quien, dependiendo sólo del Dios vivo, había construido y sostenido un orfanato grande. De modo que él tenía la certeza de que semejante obra en Bristol sería la mejor manera de testificar de la fidelidad de Dios en este país. Todas sus expectativas fueron más que realizadas. Aunque a menudo él fue reducido a la más absoluta necesidad, sin embargo, el número creciente de huérfanos nunca disminuyó. La obra fue continuada hasta su muerte a los 92 años de edad, y desde entonces sus sucesores la han llevado a cabo en el mismo espíritu. La gran cantidad de huérfanos recibidos (de los cuales muchos se han convertido), los enormes edificios construidos, las masivas sumas de dinero recibidas y empleadas —todo esto representa un ejemplo sorprendente del poder triunfante de la oración de fe.

En 1837, Jorge Müller publicó la primera parte de su libro, *Un relato de algunos de los tratos del Señor con Jorge Müller*, un libro que ha ejercido una influencia extraordinaria en las vidas de una gran cantidad de personas al alentarlas en la fe en Dios.

Capítulo 16

La ciudad de Barnstaple en Devonshire está relacionada con el nombre de Roberto Cleaver Chapman,⁶ quien ministró la Palabra de Dios allí durante unos setenta años y murió allí en 1902, próximo a cumplir sus cien años de edad. Chapman nació en Dinamarca, hijo de padres ingleses, y su madre, a quien estaba profundamente ligado, ejerció una gran influencia sobre él. Mientras aún vivía en Dinamarca fue instruido por un abad francés, y luego estudió en una escuela en Yorkshire. Él desarrolló marcados intereses y habilidades literarias,

*Roberto Cleaver
Chapman
(1803–1902)*

convirtiéndose, además, en un excelente lingüista. Atraído por la Biblia a la edad de dieciséis años, Chapman hizo un estudio minucioso de todo el libro, llegando a conmoverse mucho por el mismo. Al dedicarse al estudio de derecho se convirtió en procurador, y se desempeñó bien en

su profesión.

En este tiempo, Santiago Harrington Evans se encontraba predicando en Londres, en la Capilla de la calle John, Bedford Row, la cual había sido construida para él por un amigo. Él había sido un cura, pero al convertirse por medio de la lectura de unos sermones que su párroco le había prestado, comenzó a predicar la justificación por medio de la fe con una convicción sincera. Este fue el medio tanto para la conversión de pecadores como para el avivamiento de creyentes, pero fue resentido por su párroco, quien le pidió que se marchara. Ahora él también tuvo dificultades con relación al bautismo de infantes, y se dio cuenta de que la relación existente entre la Iglesia y el estado impedía la santa disciplina en la Iglesia. Por lo tanto, él dejó la Iglesia. Poco después, él y su esposa fueron bautizados. Sin embargo, Evans no se convertiría en el pastor de una iglesia bautista, porque eso implicaría terminar su compañerismo cristiano con muchos creyentes, entre quienes, él creía, bien podía haber mejores personas que él.

En la Capilla de la calle John se celebraba la Cena del Señor cada domingo por la noche, y aquellos que de alguna manera demostraban estar capacitados para ayudar y edificar la iglesia fueron alentados a hacer uso de sus dones.

Fue precisamente a esta iglesia que, aproximadamente a los veinte años de edad, Roberto Chapman fue traído. Mientras caminaba una noche, vestido de etiqueta, cerca de la capilla, uno de los ancianos lo vio y lo invitó a pasar. Él entró, y al cabo de unos pocos días experimentó el cambio de la conversión. Al describir esto más tarde, dijo:

¡Señor, recuerdo tus tratos conmigo! Cuando me tomaste de la mano por primera vez y tu Espíritu Santo me convenció de pecado, mi copa estaba llena de amargura por mi culpa y el fruto de mis hechos (...) todo en mi interior era un invierno monótono. Me sentía harto del mundo, odiándolo con gran enojo, pero era incapaz de dejarlo y no estaba dispuesto a hacerlo (...) Me hablaste en el momento oportuno, diciendo: “Este es el reposo con que darás reposo al cansado; y este es el refrigerio”. Y ¡cuán dulces tus palabras: “*Ten ánimo, hijo; tus pecados te son perdonados!*” ¡Cuán hermosa la visión del Cordero de Dios! ¡Y cuán gloriosa la túnica de justicia, ocultando del ojo santo de mi Juez todos mis pecados y corrupción! Entonces el cojo saltó como un ciervo, y cantó la lengua del mudo. En Jesús crucificado, en ti mi Señor, mi alma encontró descanso, y en el seno de tu amor.

*Chapman describe
su conversión*

Chapman fue bautizado y formó parte de la congregación de creyentes en la calle John.

Estos pasos le ocasionaron la pérdida de muchos amigos y fueron también la causa de la desaprobación de sus parientes, pero desde el principio de esta nueva vida él se entregó por entero a seguir en las pisadas de Cristo. Las Escrituras se convirtieron en su creciente deleite, entró en una vida de oración de fe, y tuvo cuidado de ocuparse con las necesidades de los pobres y de todos aquellos que estuvieran en problemas. Él sintió que había sido llamado de Dios para dedicarse al ministerio de la Palabra de Dios. Algunos dijeron que él nunca sería un predicador, pero él contestó: “Mi gran propósito es *imitar* a Cristo”. Roberto Chapman nunca se casó, y en 1832 se estableció en Barnstaple, ministrando la Palabra de Dios en la Capilla Bautista Ebenezer. Harrington Evans siguió allí el curso de su ministerio con un interés constante, diciendo de él: “Él es una de mis estrellas. Lo considero uno de los primeros hombres de la época. Él no tiene altibajos.”

Él se deshizo de todo cuanto poseía y vivió en una dependencia

Capítulo 16

constante e inmediata del Señor para la satisfacción de sus necesidades diarias. Regaló a otros todo lo que recibía más allá de lo que era necesario para suplir sus modestas necesidades. Acerca de su temprano ministerio en Barnstaple, él escribió:

Cuando se me pidió abandonar a Londres e ir a ministrar la Palabra de Dios en la Capilla Ebenezer, entonces ocupada por una comunidad de “bautistas exigentes”, estuve de acuerdo, poniendo sólo una condición: que tendría la libertad de enseñar todo cuanto encontrara en las Escrituras. Esto fue lo que hice por un tiempo con la bendición del Señor. Un hermano que me visitó en aquellos días me instó a que dejara la regla estricta de que nadie excepto los creyentes bautizados podían partir el pan. Yo le respondí que yo no podía forzar las conciencias de mis hermanos y hermanas; y continué mi ministerio, instruyéndolos pacientemente de la Palabra de Dios. En ese tiempo yo sabía muy bien que podía lograr el cambio porque la gran mayoría estaba de acuerdo conmigo, pero consideré que sería más agradable a Dios esforzarme por lograr que todos llegaran a un consenso.

*El ministerio de
Chapman en
Barnstaple*

Un poco después de esto, algunos cristianos residentes en Barnstaple, que apoyaban las opiniones estrictas que nosotros habíamos abandonado para ese entonces, nos exigieron que renunciáramos al uso de la capilla. Examiné minuciosamente la Escritura Fideicomisaria y me di cuenta de que no habíamos dejado a un lado ni una sola de sus provisiones. Sin embargo, les dimos la capilla, así como debo darle mi capa a quien me la pida. No es de extrañarse que les diga que no pasó mucho tiempo para que el Señor nos diera una capilla mucho mejor.

Fue por este tiempo que Chapman conoció a Jorge Müller, a Henry Craik y también a algunos de los creyentes que en Dublín y en otras partes se esforzaban por vivir las Escrituras.

Las dos casas modestas, en la 6ª y 9ª de New Buildings, Barnstaple, donde Roberto Chapman y su amigo Guillermo Hake vivieron en una hermandad ininterrumpida durante cincuenta y nueve años, hasta la muerte del segundo en el año 1890, se convirtieron en un lugar de peregrinación para personas de todo el mundo que iban allí en busca de consejo y ayuda sobre temas espirituales.

Roberto Chapman viajó a varios países. Sus visitas a España llevaron a varios siervos del Señor a dedicarse a la obra del Evangelio en ese país,

con muy buenos resultados. La influencia de su vida piadosa parece haber afectado a todos los que entraron en contacto con él. Cuando otros trabajaron en España, varios años después de las visitas de Chapman a ese país, se encontraron un ejemplo tras otro de personas que se habían convertido y que mantenían un buen testimonio de Cristo, y esto como resultado de sus conversaciones con Chapman. En cierta ocasión un viajero se encontró con un inglés que tenía negocios en uno de los puertos del Mar Negro en Rumania. Ambos conversaron sobre temas espirituales, y el inglés relató como había sido religioso antes de llegar a Rumania, pero que ahora él había renunciado a todo y estaba convencido de que todos los que profesaban ser cristianos eran hipócritas, “aunque”, agregó, corrigiéndose a sí mismo, “yo conocí a un cristiano auténtico; él acostumbraba a pasar por el lugar donde yo vivía en Devonshire. Su nombre era Roberto Chapman.”

La influencia mundial de Chapman

Las tradiciones e instrucciones de los primeros tiempos de la iglesia antes que las Escrituras estuvieran completas, han tomado en el Nuevo Testamento una forma permanente destinada a la dirección continua y literal, tanto del cristiano como de las iglesias de Dios, y el esfuerzo por actuar conforme a ellas nunca ha cesado, aun cuando a veces sólo unos pocos lo han mantenido. Algunos ejemplos de esto, en esta época, son la congregación en Edimburgo donde los hermanos Haldane trabajaron; las asambleas en Dublín con las cuales Groves, Cronin, Bellett y otros tuvieron que ver; la iglesia en Bristol fundada por Müller, Craik y los que estaban con ellos; los “hermanos menonitas” en el sur de Rusia; y los grupos de estundistas en distintas partes de Rusia. Pero estos son sólo unos pocos de los tantos movimientos en los distintos países, algunos limitados a pequeños grupos, otros llegando a formar amplios círculos. En los principios más importantes todos ellos tenían una afinidad espiritual muy cercana con los de las iglesias bautistas e independientes que resistieron y permanecieron intactas ante el racionalismo popular de la época.

Capítulo 16

Notas finales

- ¹ Manuscritos de J. G. Bellet y Ed. Cronin.
—*A History of the Plymouth Brethren*, W. Blair Neatby.
- ² Manuscrito, editado por Cronin.
- ³ *Memoir of the late Anthony Norris Groves containing Extracts from his Letters and Journals*, compilado por la viuda de Antonio Norris Groves, 1856.
- ⁴ *Gen. Sir Arthur T. Cotton: His Life and Work*, Lady Hope.
- ⁵ *A Narrative of Some of the Lord's Dealings with George Müller*.
- ⁶ *Robert Cleaver Chapman of Barnstaple*, W. H. Bennet.

Cuestiones relacionadas a hermandad e inspiración

(1830–1930)

Reunión en Plymouth; Las condiciones en la Suiza francesa; Las visitas de Darby; El desarrollo en su sistema; “La iglesia en estado de ruina”; Augusto Rochat; La diferencia entre la enseñanza de Darby y la de los hermanos que tomaban el Nuevo Testamento como el modelo para las iglesias; El cambio del principio congregacionalista al católico; La propagación de las reuniones; La carta de Groves a Darby; La sugerencia de una autoridad central; Darby y Newton; Darby y la iglesia en Bethesda, Bristol; Darby excluye a todos los que no se unen a él en su decisión de excluir a la iglesia en Bethesda; Aplicación universal del sistema de excluir a las iglesias; Las iglesias que no aceptaron el sistema de exclusión; Su influencia en otros círculos; Fundación de iglesias en muchos países sobre el modelo del Nuevo Testamento; El racionalismo; La crítica bíblica; Incremento de la circulación de las Escrituras.

Una reunión en Plymouth, en la que algunos de los presentes tenían contactos personales con los de Dublín y los de Bristol, pronto resultó ser muy influyente, tanto por la cantidad de participantes como por los sorprendentes dones de algunos de sus líderes y maestros. Fue precisamente debido a la importancia que adquirió este encuentro en aquel momento que se originó el nombre de “Los hermanos de Plymouth”. Entre sus maestros los más eminentes fueron Benjamín Wills Newton y J. N. Darby. Este último estaba relacionado a una asamblea en

*Reunión en
Plymouth,
Inglaterra*

Capítulo 17

Londres, pero al dedicarse por entero al ministerio de la Palabra, viajó constantemente y ministró con frecuencia en Plymouth.

Darby, a diferencia de sus colegas, aún enseñaba el bautismo de infantes, aunque había abandonado la Iglesia Anglicana. Sin embargo, su doctrina acerca del bautismo de infantes se diferenciaba de la doctrina de la Iglesia Anglicana, llegando a parecerse a la de Pelagio, quien lo consideraba como una presentación del bautizado a un círculo en donde él pudiera recibir la gracia de Dios. F. W. Newman, alguna vez relacionado con A. N. Groves en Bagdad, se convirtió en un poderoso exponente del racionalismo, y su hermano, Juan Henry Newman, se convirtió en un líder principal del los tractarios, o sea, los del Movimiento de Oxford por medio del cual se inició el avivamiento anglo-católico en la Iglesia Anglicana. A su vez, Juan Nelson Darby pasó por fases de desarrollo igualmente notables.

En 1838, Darby aceptó una invitación a la Suiza francesa. Las condiciones espirituales prevalecientes allí parecían propicias para un avivamiento. Los ministros de la Iglesia nacional habían sido capturados,

*Condiciones en la
Suiza francesa*

en su gran mayoría, por el racionalismo de la época. Esto había conducido al surgimiento del movimiento de la “iglesia libre”, que aun así no había satisfecho completamente los deseos de sus partidarios. Ya hacía cien años que Zinzendorf y su grupo de colaboradores habían fundado un grupo considerable de buscadores y testigos serios, y persistían aún vestigios de sus obras. En las montañas vecinas de Jura todavía existían asambleas de creyentes que habían sido fundadas bíblicamente, y que habían sido perseguidas como anabaptistas. En Ginebra quedaban los frutos de las lecturas de la Biblia de Roberto Haldane. Los líderes principales del movimiento de la “iglesia libre” allí habían estado influenciados por ellas y un resultado de esto se hizo visible en la asamblea llamada “La nueva iglesia”, la cual se reunió desde 1818 en Bourg de Four y posteriormente en la capilla de la Péllisserie.

Otros movimientos habían tenido lugar o estaban teniendo lugar, tanto dentro como fuera de la Iglesia nacional. El que guardaba relación con S. H. Fröhlich, desde 1828, había dado un auge al avivamiento. Gausson y Merle D’Aubigné habían intentado llevar nuevamente la Iglesia nacional del racionalismo a las enseñanzas de Calvino. Otros se encontraban

Cuestiones relacionadas a hermandad e inspiración

combatiendo la doctrina de la Iglesia y el estado y estaban fomentando la “iglesia libre”, como fue el caso de Vinet, quien, con otros ocho teólogos, abandonó la Iglesia del estado en 1840, seguido cinco años más tarde por una gran cantidad de pastores.

En medio de tanta conmoción y transformaciones, Darby con sus dones extraordinarios encontró una buena aceptación. Por algún tiempo se asoció a la iglesia de Bourg de Four. Su ministerio resultó ser de gran aceptación, mientras él hablaba de la segunda venida del Señor, de la posición de la iglesia, del creyente considerado como “en Cristo”, y exponía las Escrituras proféticas. Su disposición de tener hermandad con todos los creyentes sin importar sus vínculos con cualquier iglesia, atrajo a muchos. Sus reuniones en Lausana, las cuales contaron con una amplia asistencia y fueron muy estimadas, poco a poco formaron en torno a él un grupo especial —“la reunión”— donde él desarrolló más ampliamente sus opiniones particulares sobre la iglesia.

Con relación a los diversos períodos o las diversas etapas en el trato de Dios con los hombres, Darby enseñaba que cada una había fracasado desde sus inicios:

Darby acerca de los diversos períodos

“...En cada ejemplo hubo un fracaso total e inmediato por parte del hombre; sin embargo, la paciencia de Dios ha podido tolerar y llevar a cabo por gracia el período en el cual el hombre había fracasado en el principio; y además (...) no hay un solo ejemplo de la restauración de cierto período dado a nosotros, aunque pudieran haber avivamientos parciales de cierto período por medio de la fe.”¹

Los ejemplos dados de estos fracasos en el principio de los períodos son: la embriaguez de Noé, el caso cuando Abram fue a Egipto y allí negó a Sarai, y el becerro de oro hecho por el pueblo de Israel.

Lo mismo se afirmaba de la iglesia. “Hubo”, enseñaba Darby, “una desviación moral de Dios en el seno del cristianismo”. Incluso en la vida de los apóstoles la “apostasía”, “los tiempos peligrosos”, “la última hora”, “la apostasía de la fe” y la obra del “misterio de la iniquidad” ya estaban presentes. Los apóstoles fracasaron en llevar a cabo la comisión del Señor de ir por todo el mundo y predicar el Evangelio a toda criatura; además, permanecieron en Jerusalén cuando debieron haber huido de

Capítulo 17

allí. Un nuevo apóstol a los gentiles surgió para suplir su insuficiencia. “De esta manera”, escribe Darby, “...este período, al igual que cualquier otro, fracasó y se interrumpió en el mismo principio (...) fracasó en el principio —apenas se hubo establecido por completo cuando resultó ser un fracaso.”

Él entonces pregunta si los creyentes son competentes “en nuestros días, para formar iglesias organizadas según el modelo, como ellos suponen, de las iglesias primitivas” y “si la formación de tales cuerpos es conforme a la voluntad de Dios”. Su respuesta es “no”, por cuanto “la iglesia se encuentra en un estado de ruina (...) la primera desviación es fatal y es una base de juicio (...) la Escritura nunca registra una recuperación de tal estado (...) Reconocer que vivimos en una apostasía que se está apresurando hacia su consumación final, en lugar de en una iglesia o en un período que Dios está sustentando por medio de su fidelidad de gracia, altera toda la posición del alma”, señala Darby.

*Su enseñanza
sobre la iglesia*

En la Escritura, escribió Darby, vemos:

(1) La unión de todos los hijos de Dios; (2) La unión de todos los hijos de Dios en cada localidad; (...) este estado de cosas, que aparece en la Palabra de Dios, ha dejado de existir, y la pregunta a que debe responderse no es otra que: ¿Cómo debe juzgar y actuar el cristiano cuando un estado de cosas que se presenta ante nosotros en la Palabra de Dios ya no existe? Ciertamente usted dirá, “Él debe restaurarlo”. Su respuesta es en sí una prueba del mal. La misma supone que hay poder en nosotros mismos. Yo diría, escuche la Palabra de Dios y obedézcala, porque se aplica a semejante estado de declinación. Su respuesta da por sentado dos cosas: primero, que es conforme a la voluntad de Dios restablecer el orden o el período a su base original después que ha fracasado; y, segundo, que usted es capaz y tiene la autoridad para restaurarla.

(...) Antes de que yo pueda acceder a sus pretensiones debo ver, no sólo que la iglesia era así en el principio, sino, además, que es conforme a la voluntad de Dios que la iglesia sea restaurada a su gloria primitiva. Más aun, debo entender que a una unión voluntaria de “dos o tres” o de dos o tres y veinte, o de varios cuerpos similares, se le da el derecho, en cualquier localidad, de llevar el nombre de “iglesia de Dios”, cuando esa iglesia originalmente era una unión de todos los creyentes en cualquier localidad. Además, usted

Cuestiones relacionadas a hermandad e inspiración

debe aclararme, si asume semejante posición, que por medio del don y el poder de Dios usted ha tenido tanto éxito en reunir a creyentes como para que legítimamente pueda tratar a aquellos que se niegan a responder a su llamado como a cismáticos, autocensurados y extraños a la iglesia de Dios. Y permítame aquí hacer hincapié en una consideración de suma importancia que aquellos que están empeñados en hacer iglesias han pasado por alto. Han tenido sus pensamientos tan ocupados en sus congregaciones que casi han perdido de vista a la iglesia.

De acuerdo a la Escritura la suma total de las iglesias aquí en la tierra compone la iglesia, al menos la iglesia en la tierra. La iglesia en cualquier parte no era más que la asociación regular de cualquier parte integrante de todo el cuerpo de la iglesia, o sea, de todo el cuerpo de Cristo aquí en la tierra. De modo que aquel que no fue miembro de la iglesia en el lugar en que vivió no fue miembro de la iglesia de Cristo (...)

La iglesia está en un estado de ruina (...) si el cuerpo profeso no se encuentra en un estado de ruina, entonces le pregunto a nuestros hermanos disidentes: ¿Por qué la han abandonado? Si está en tal estado, confiesen esta ruina, esta apostasía, esta desviación de su estado original (...)

*Su teoría de la
"iglesia en estado
de ruina"*

¿Cómo, pues, obrará el Espíritu Santo? ¿Cuál será el actuar de la fe de uno como tal? Reconocer el estado de ruina en que se encuentra la iglesia; tenerlo presente en su conciencia y, en consecuencia, humillarse. ¿Acaso nosotros, que somos culpables de este estado de cosas, debemos fingir que sólo tenemos que atacarlo y remediarlo? No; el intento sólo demostraría que el estado no nos ha humillado. Más bien, busquemos en toda humildad lo que Dios nos dice en su Palabra acerca de dicho estado de cosas; y no tratemos, como niños necios que han roto un jarrón preciado, de unir los añicos y componerlo con la esperanza de ocultar el daño de la vista de los demás.

Yo mantengo este argumento ante aquellos que se esfuerzan por organizar iglesias. Si las iglesias verdaderas existen, estas personas no estarían llamadas a hacerlas. Si, como ellos dicen, ellas existieron al principio pero han dejado de existir, en ese caso el período se encuentra en ruinas y en un estado de completa desviación del estado original establecido por Dios. Ellos están, por lo tanto, asumiendo la tarea de restablecerla. Este intento es lo que ellos tienen que justificar; de lo contrario, el intento no tiene nada que lo justifique (...) Dedicarse a establecer nuevamente la iglesia y las iglesias sobre la base en que se encontraban al principio es reconocer el hecho del

Capítulo 17

fracaso existente sin someternos al testimonio de Dios y a sus propósitos con relación a tal estado de ruina (...)

La pregunta que se presenta ante nosotros no es si tales iglesias existieron en el período en que la Palabra de Dios fue escrita; sino que si después que, a causa del pecado del hombre, ellas han dejado de existir y los creyentes han sido dispersados, aquellos que se han tomado el cargo apostólico de restablecerlas a su estado original, y de esta manera volver a establecer todo el período, han comprendido realmente la voluntad divina y están provistos del poder para llevar a cabo la obra que han asumido como su responsabilidad (...) Yo indago lo que la Palabra de Dios y el Espíritu Santo dicen acerca del estado de la iglesia caída, en lugar de arrogantemente tomarme el derecho de restablecer lo que el Espíritu Santo ha dicho de la condición original de la iglesia.

De lo que me quejo es que se ha seguido las ideas de los hombres y que lo que el Espíritu Santo ha registrado como algo que existió en la iglesia primitiva ha sido imitado, en lugar de buscar lo que la Palabra de Dios y el Espíritu Santo han declarado con relación a nuestro estado actual (...) La obediencia, y no la imitación de los apóstoles, es nuestro deber en tales circunstancias (...) Cuando se nos dice que todas las instrucciones para las iglesias son para todos los tiempos y lugares, yo me atrevo a preguntar si estas son para tiempos y lugares en que las iglesias no existen... y volvemos de nuevo a la pregunta: Si el período está en ruinas, ¿quién debe hacer las iglesias?

Si se me pregunta qué tienen que hacer los hijos de Dios en las circunstancias actuales de la iglesia, mi respuesta es muy simple. Ellos tienen que reunirse en la unidad del cuerpo de Cristo fuera del mundo (...) En cuanto a los detalles, prestemos atención a la promesa del Señor: “Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mateo 18.20). Eso es lo que necesita el corazón que ama a Dios y está cansado del mundo. Apóyense en esa promesa del Señor, ustedes, hijos de Dios, discípulos de Jesús. Si dos o tres de ustedes se congregan en su nombre, él estará allí. Es allí que Dios ha puesto su nombre, como en el tiempo antiguo en su templo en Jerusalén. Ustedes no necesitan otra cosa que congregarse en fe. Dios está en medio de ustedes; ustedes verán su gloria (...) Recuerden, además, que cuando los discípulos se reunían, era para partir el pan (...) Si Dios nos envía o levanta entre nosotros a alguien que pueda alimentar nuestras almas, recibámosle con gozo y agradecimiento de Dios, conforme al don que le haya sido otorgado (...)

*Reunirse en “la
unidad del
cuerpo”*

Cuestiones relacionadas a hermandad e inspiración

Nunca hagan ningún reglamento; el Espíritu Santo los guiará (...) En cuanto a la disciplina, recuerden que el aislamiento es el recurso extremo (...) Preservar la santidad de la mesa del Señor es un deber innegable (...) Se lo debemos al propio Cristo. Pudieran darse los casos en que repelamos con temor la manifestación de pecado (Judas 23); pero, por otra parte, ¡cuidado con el espíritu crítico, como con el fuego en su casa! “Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos.” Si todo el sistema colectivo ha llegado a nada, yo vuelvo a ciertos principios benditos e inalterables de los cuales todo se deriva. Todo surge del acto de congregarse “dos o tres”. A este acto Cristo ha sujetado, no sólo su nombre, sino también su disciplina, el poder de atar y desatar.

En lo referente a abandonar una asamblea o establecer, como se dice, otra mesa, Darby escribe:

Yo no le temo tanto a esto como algunos otros hermanos, pero debo explicar mis razones. Si esta o aquella asamblea fuera la iglesia en este lugar, abandonarla sería cortarse a uno mismo de la asamblea de Dios. Pero, aunque dondequiera que hayan dos o tres congregados en el nombre de Cristo él está en medio de ellos, y, en cierto sentido, también está la bendición y responsabilidad de la iglesia, si cualquiera de los cristianos que la componen se reuniesen para establecer la iglesia o llevaran a cabo cualquier acto formal con esa pretensión, yo debo apartarme de ellos, por ser esa una falsa pretensión y por negar el mismo testimonio del estado de ruina que Dios nos ha llamado a proclamar. Habría dejado de ser la mesa del pueblo y el testimonio de Dios, al menos de manera inteligente (...) Sin embargo, por otra parte, el testimonio unido a la verdad es la mayor bendición posible desde lo alto. Y pienso que si alguien, por medio de la carne, se separara de dos o tres que andan en piedad ante Dios en la unidad de todo el cuerpo de Cristo, no sería simplemente un acto cismático, sino que sin falta se privaría a sí mismo de la bendición de la presencia de Dios.

Entre los tantos en Suiza que se opusieron a las opiniones de Darby, uno de los más distinguidos, tanto en carácter como en habilidad, fue Augusto Rochat. Él, al referirse a la expresión, “la iglesia en ruinas”, demostró que la iglesia como un cuerpo unido no puede estar en ruinas, aunque los individuos pueden caer. Él señaló que, si bien las Sagradas Escrituras hablan de las asambleas, en sentido general no se refieren a los grupos de creyentes que viven en la tierra, dispersos en diferentes lugares, como la

Capítulo 17

*Augusto
Rochat*

asamblea o la iglesia. La iglesia, como una asamblea general, incluye a los creyentes de todos los tiempos y lugares, tanto a los que ya no viven en la tierra como a los que aún no han nacido: las asambleas locales simplemente están unidas por medio del amor y la hermandad fraternal. Darby enseñaba que sólo los apóstoles o sus representantes habían tenido el derecho de elegir o nombrar a los ancianos en la iglesia, pero que en estos tiempos de apostasía aquellas personas que son dotadas por Dios para un servicio especial pueden ser reconocidas, pero no por una designación oficial. Rochat, por su parte, contestó a esto que en la Escritura no existe ningún pasaje que apoye esta afirmación, sino que por el contrario las asambleas tuvieron este derecho de elegir a los hombres para ciertos cargos en la iglesia y los presentaron ante los apóstoles para que ellos los reconocieran y les impusieran las manos.

Rochat se negó a aceptar las expresiones de Darby de “ruina” y “apostasía” como términos aplicables a la iglesia. Un estado de cosas no puede apostatar, sólo un individuo puede hacerlo. La asamblea verdadera nunca apostata. La Palabra de Dios nunca habla de la apostasía de la iglesia.

La teoría de Darby del fracaso inmediato de cada uno de los períodos, y especialmente de “la ruina de la iglesia”, así como sus deducciones a raíz de su teoría, lo ubicaron, en principio, en contra de todos aquellos que, a lo largo de la historia de la iglesia, han seguido las enseñanzas y el modelo del Nuevo Testamento o han regresado a aquellas Escrituras como a una guía segura y permanente.

Su opinión de que las iglesias dejaron de existir casi tan pronto como fueron completadas las epístolas escritas para su dirección, dejaría a una gran parte del Nuevo Testamento inaplicable a las condiciones actuales.

*El carácter de
la enseñanza de
Darby*

Su enseñanza suprime la independencia de las congregaciones de creyentes y su relación directa con el Señor, presentando, además, la idea de un cuerpo, la entrada al cual o la exclusión del cual, por parte de cualquiera de los dos lados, es obligatorio para todo el cuerpo; el principio congregacionalista es cambiado por el católico.

Aunque él condenaba la formación de iglesias, las reuniones de dos o tres o más personas que él recomendaba ejercían poderes disciplinarios, no sólo

Cuestiones relacionadas a hermandad e inspiración

en sus propios círculos locales, sino también extendiéndose a todo el sistema del cual ellas formaban parte.

A pesar de estas limitaciones, mucho poder y bendición espiritual fueron el resultado de esa parte de la enseñanza de Darby que reanimó las verdades contenidas en la Escritura. En su enseñanza, él no sólo señaló la debilidad de las denominaciones existentes, sino que su ministerio estimuló la fe en Dios y el ocuparse en su Palabra, reavivó la expectación de la venida del Señor con sus influencias santificadoras, y enfatizó la libertad del Espíritu, quien concede dones conforme a su voluntad por medio de los distintos miembros del cuerpo de Cristo. En las reuniones se experimentó mucha bendición espiritual. Las reuniones se propagaron rápidamente no sólo en Suiza, sino también en Francia y Bélgica, Alemania y Holanda, Italia, y más allá.

*Las bendiciones
espirituales*

Los miembros de este grupo formaron un círculo estrecho de comunión entre sí, y esto pronto condujo a la separación de muchos con quienes Darby se había relacionado anteriormente. Cerca de sesenta miembros se separaron de la asamblea de Bourg de Four (1842) y se unieron a las reuniones de Darby. Lo mismo sucedió en el cantón de Vaud donde muchos abandonaron la “iglesia libre” para dar el mismo paso.

El desarrollo de Darby fue considerado como algo con tendencias peligrosas por algunos que aún lo estimaban personalmente con el mismo amor y respeto de siempre, como se puede apreciar en una carta escrita a él en 1836 por Groves a su regreso a la India después de una visita a Inglaterra.² Él escribió:

...Deseo que usted tenga la seguridad de que nada ha separado mi corazón de usted o disminuido mi confianza en que usted aún está motivado por los mismos propósitos generosos y amplios que una vez también me cautivaron. Y aunque pienso que se ha desviado de los principios por medio de los cuales usted una vez esperó llevarlos a cabo, y en principio está regresando a la ciudad de donde partió, mi alma aún confía tanto en la verdad de su corazón a Dios que en mi opinión se requiere de sólo uno o dos pasos para avanzar y usted verá todos los males de los sistemas de los cuales profesa estar separado, surgiendo entre ustedes mismos. Usted no descubrirá esto tanto a través de las obras de su propia alma como a través del espíritu de aquellos que

*Carta de Groves a
Darby*

Capítulo 17

desde el principio han sido nutridos en el sistema, el cual han aprendido a considerar como el único aceptable, los que no habiendo sido dirigidos como usted (y [aun] algunos de los que primeramente se asociaron con usted) a través de experiencias de profundo sufrimiento y tristeza, saben poco de la verdadera verdad que puede existir en medio de la oscuridad inconcebible; tales personas tendrán muy poca piedad y compasión, y la unión entre ustedes será más una cuestión de doctrina y opinión que de luz y amor. El gobierno entre ustedes llegará a transmitir, abrumadoramente, la autoridad de los *hombres*, aunque tal vez no parezca ni se diga así; ustedes serán más conocidos por aquello de lo que testifiquen en contra que por aquello de lo que testifiquen a favor, y resultará que prácticamente ustedes testifican en contra de todo menos de sí mismos (...)

Se ha afirmado (...) que yo he cambiado mis principios; lo único que puedo decir es que, hasta donde entiendo cuáles eran esos principios, en los cuales me glorí al descubrirlos en la Palabra de Dios, ahora me glorí en ellos diez veces más después de haber experimentado su aplicación a todas las diversas y complejas circunstancias del estado actual de la iglesia; lo que le permite a uno darle a cada individuo, y grupo de individuos, el lugar que *Dios* les da, sin identificarse uno mismo con ninguno de sus males. Yo siempre entendí que nuestros principios de comunión eran nuestra posesión de una vida común (...) de la familia de Dios (...) estas fueron nuestras primeras consideraciones y aún son las más maduras que tengo.

La transición que sus pequeños cuerpos de creyentes han sufrido, al ya no ser testigos a favor de la *verdad* simple y gloriosa, sino testigos en contra de lo que ellos consideran error, a mi entender los ha lanzado del cielo a la tierra (...) Lo que quiero decir es que en aquel entonces todos nuestros pensamientos giraban en torno a cómo podríamos *nosotros* manifestar eficazmente aquella vida que habíamos recibido por medio de Jesús (sabiendo que sólo eso podría ser como la voz del Pastor a sus hijos vivos) y dónde podríamos encontrar aquella vida en los demás; y cuando estábamos seguros de que la habíamos encontrado, les invitábamos, sobre la base de nuestra participación divina en esta vida común (aun si en sus pensamientos sobre otros asuntos fueran intolerantes o generosos) a venir y compartir con nosotros, en la hermandad del mismo Espíritu, en la adoración a nuestra misma Cabeza; y como Cristo los había recibido, así nosotros también los recibíamos para la gloria de Dios Padre; y más aún, para que fuésemos libres, dentro de los límites de la verdad, para participar con ellos *en parte*, aunque no *en todo*, en sus servicios (...) Yo *infinitamente soportaría todos sus errores* antes que *separarme de lo bueno* que tienen (...) sintiéndome seguro en mi propio

Cuestiones relacionadas a hermandad e inspiración

corazón de que el amplio y generoso espíritu de usted, tan ricamente enseñado por el Señor, algún día romperá nuevamente esas ligaduras con que los que tienen una mente más cerrada que la suya lo han atado, y saldrá nuevamente, ansioso por hacer avanzar a todos los miembros vivientes de la Cabeza hasta alcanzar la estatura de hombres, en lugar de ser limitado por pequeños cuerpos, por numerosos que sean, que lo reconocen a usted como su fundador...

El hecho de que se consideró también la idea de una autoridad central resulta evidente en una carta de Wigram, uno de los partidarios más cercanos de Darby, en la cual él hace la pregunta con relación a las reuniones en Londres:³

¿Cómo deben regularse en estas partes las reuniones para la comunión de los santos? ¿Sería para la gloria del Señor y el avance del testimonio tener una reunión central, que fuera la responsabilidad de todos los que se encuentren dentro de su alcance, y que tuviera tantas reuniones subordinadas a ella como la gracia lo permita? ¿O será mejor permitirles a las reuniones que crezcan como puedan sin relación entre sí y dependiendo únicamente de la energía de sus individuos?

Al regresar en 1845 de una visita al Continente, Darby fue a Plymouth para tratar con las condiciones imperantes allí que en su opinión eran insatisfactorias debido a la influencia y enseñanza de Newton. Hacía mucho tiempo que existía divergencia entre estos dos hombres capaces. Diferían en sus opiniones acerca de la verdad de los diferentes períodos, acerca de la profecía y acerca de temas relacionados al orden de la iglesia. No había sido poca la polémica que había surgido entre ambos, tanto de forma verbal como escrita, y un espíritu de rivalidad había crecido. La visita de Darby llevó las cosas a una crisis. Al final de una reunión un domingo por la mañana, él anunció su intención de “dejar la asamblea”, y luego de algunas semanas comenzó a partir el pan en Plymouth con sus partidarios, separados de la asamblea original.

*Darby y la
enseñanza de
Newton*

Aproximadamente dos años después de esto, algunos apuntes manuscritos —tomados por un oyente— de un discurso dado algún tiempo antes por Newton, cayeron en manos de uno de los simpatizantes de Darby. Los apuntes contenían algunos comentarios sobre

Capítulo 17

los Salmos, y Darby y sus amigos sostuvieron que en estos comentarios, Newton, al explicar su aplicación típica a Jesús, había enseñado una doctrina no ortodoxa con relación a la naturaleza de los sufrimientos de Cristo durante su vida en la tierra, y en la cruz. Los apuntes fueron publicados sin contactar a Newton para corroborarlos; se destacó el carácter no ortodoxo de los apuntes, se hicieron deducciones, y sobre Newton cayeron acusaciones de herejía.

Newton, al repudiar la doctrina deducida de estos apuntes, y al afirmar su firme e incuestionable creencia en Cristo como verdadero Dios y verdadero hombre, sin pecado, admitió haber usado expresiones a partir de las cuales se podía llegar de manera legítima a conclusiones erróneas. Fue por esta razón que él publicó *Una declaración y un reconocimiento con relación a ciertos errores doctrinales*, en el cual confesó su error y reconoció que era un pecado. Además, se retractó de todas sus declaraciones, escritas y verbales, en las cuales pudiera encontrarse su error, expresó su angustia por haber herido a alguien y rogó que el Señor no sólo lo perdonara a él, sino que contrarrestara cualquier efecto negativo. Este reconocimiento no tuvo el menor efecto sobre los acusadores de Newton, quienes continuaron empeñándose en relacionarlo con la herejía que él negaba.

Cuando tuvo lugar la división en Plymouth, la iglesia en la Capilla Bethesda, Bristol, donde Müller y Craik se encontraban, no tomó partido en el debate, sino que reconoció como hermanos a los miembros de ambas reuniones.

En 1848, dos hermanos excomulgados por Darby de la reunión en Plymouth, fueron de visita a Bristol, donde ellos acostumbraban partir el pan en la Capilla Bethesda en tales ocasiones. Ambos fueron cuidadosamente interrogados para determinar lo sano de su doctrina y su limpieza del error que se le atribuía a Newton. Al estar todos satisfechos sobre estos dos asuntos, los dos hermanos fueron acogidos nuevamente. Darby ahora exigía que la iglesia en Bethesda juzgara el asunto de Plymouth, lo cual ellos se negaron a hacer, alegando que dicho asunto no los afectaba a ellos, que ellos no eran competentes para juzgar a una iglesia, y que sería perjudicial involucrarse en discusiones sobre semejante tema.

El "asunto de Bethesda" y Bristol

Cuestiones relacionadas a hermandad e inspiración

Con el tiempo, debido también a presiones en el seno de la iglesia, el asunto fue considerado, y se redactó una carta que planteaba “que nadie que defendiera, sostuviera o apoyara las opiniones del señor Newton o sus tratados debería ser recibido en comunión”. No obstante, continuó diciendo la carta: “Suponiendo que el autor de los tratados fuera hereje en lo fundamental, eso no significaría que debamos rechazar a aquellos que hayan salido después de estar bajo su enseñanza, a menos que podamos estar seguros de que han comprendido y asumido opiniones esencialmente contrarias al fundamento de la verdad.” Darby entonces escribió:

Me siento obligado a presentarles el caso de Bethesda. En mi opinión, este caso implica todo el asunto relacionado a la asociación con los hermanos. Eso por la única y sencilla razón de que si existe incapacidad para rechazar lo que ha demostrado ser la obra y el poder de Satanás, e incapacidad para proteger a las queridas ovejas de Cristo contra todo esto —si los hermanos son incapaces de dar este servicio a Cristo, ellos no deben ser reconocidos de ninguna manera como un cuerpo al que se le confía semejante servicio. Sus reuniones serían verdaderamente una trampa para atrapar a las ovejas (...)

Yo no (...) deseo en lo más mínimo disminuir el respeto y el valor que alguien pueda sentir personalmente por los hermanos Craik y Müller, esto por el hecho de que ellos han honrado a Dios por medio de la fe (...) pero yo sí apelo a los hermanos por su fidelidad a Cristo, y por el amor por las almas de aquellos que les son queridos, para que fielmente pongan una barrera contra este mal. ¡Ay de ellos si aman a los hermanos Müller y Craik o su propia tranquilidad más que a las almas de los santos queridos para Cristo! Y francamente les advierto que recibir a cualquiera de Bethesda (a menos que sea un caso excepcional de ignorancia de lo sucedido) es abrirle la puerta ahora a la infección de la maldad abominable de la cual hemos sido librados a tan doloroso precio.

De manera formal y deliberada, este mal ha sido admitido en Bethesda bajo el pretexto de no investigarlo (un principio en sí que se niega a tratar cualquier raíz de amargura), y ha sido verdaderamente disimulado. Y si este mal se admite al recibir a personas de Bethesda, aquellos que lo hacen se identifican moralmente con el mal que admiten, ya que el cuerpo que actúe de esta manera se hace responsable colectivamente por el mal que admiten. Si los hermanos creen que pueden admitir a aquellos que trastornan la persona y gloria de Cristo, y principios que han conducido a tanta mentira y astucia, sería bueno que lo dijeran, para que los que no pueden admitirlo

Capítulo 17

sepan qué hacer (...) En lo que a mí respecta, no debo ir ni a Bethesda en su estado presente ni a aquellos lugares donde las personas procedentes de allí hayan sido admitidas a sabiendas.

De esta manera la iglesia en Bethesda fue excomulgada y todo aquel que pudiera tener hermandad con ella. La supuesta razón fue que sostenían doctrina falsa, pero en realidad esta doctrina nunca fue defendida por nadie en Bethesda. El verdadero motivo fue que la iglesia en Bethesda continuó haciendo lo que el propio Darby había hecho desde el principio, o sea, mantener la independencia de cada congregación y su derecho de recibir a cualquier individuo de quien hubiera razones para creer que había nacido de nuevo y que su fe y conducta fueran sanas. Pero Darby había abandonado esta posición para adoptar la posición “católica” de un cuerpo de iglesias organizado, excluyendo a todos los que se encontraran fuera de su propio círculo, y sujeto a una autoridad central, en este caso,

*La “excomuniación”
de la iglesia en
Bethesda*

él mismo y la reunión en Londres con la cual estaba asociado. La hermandad dejó de estar basada en la vida que llevaban, y el rechazo de Bethesda también fue obligatorio. Ninguna cantidad de fe o santidad podía librar a quienes se negaran a condenar la iglesia en Bethesda.

Pero ni siquiera la distinguida influencia de Darby pudo imponer este gran cambio sobre todos. No obstante, por medio de una propaganda incansable, una gran cantidad de iglesias fueron inducidas a aceptar, como una prueba obligatoria para su aceptación dentro de la hermandad de iglesias, la condenación de la iglesia en Bethesda por una doctrina nunca sostenida por ella. A fuerza de una insistencia constante, este círculo de iglesias llegó a creer, con toda sinceridad, que Bethesda había sido excomulgada por apoyar el error de Newton, un error que él mismo había repudiado, y que la iglesia en Bethesda nunca había sostenido. Este sistema fue desarrollada de una manera tan constante que los hermanos en las Antillas tuvieron que analizar el asunto de la iglesia en Bethesda, y los campesinos suizos en los pueblos alpinos se vieron obligados a examinar y condenar los errores atribuidos a Newton.

Semejante sistema no podía dejar de conducir a nuevas divisiones. Incluso durante la vida de Darby varias divisiones similares tuvieron lugar en que los partidos adoptaron diferentes posiciones, excluyéndose

Cuestiones relacionadas a hermandad e inspiración

los unos a los otros de la misma forma que habían excluido de manera unánime a Groves y a Müller.

Aquellas iglesias que no siguieron a Darby continuaron su esfuerzo por llevar a cabo los principios de la Escritura. Estas se diferenciaban de muchas maneras, pero debido a que no creían en el derecho de una iglesia de rechazar a otra, sus diferencias no hacían necesaria una división. Algunas de estas, temiendo la crítica de los seguidores de Darby (llamados a menudo “los exclusivos”) llegaron a ser, en grados variables, iglesias exclusivas, mientras que otras mantuvieron la hermandad con todos los santos. Aunque estas iglesias fueron constantemente calumniadas y rechazadas por aquellos que se habían separado de ellas, no dejaron de incluir a estos entre los que estaban dispuestos a recibir, reconociéndolos como hermanos. Roberto Chapman expresó la actitud de dichas iglesias para con ellos cuando, en un rechazo al uso del odioso nombre de “exclusivos”, los llamó “mis muy queridos y estimados hermanos” y los describió como “aquellos hermanos cuyas conciencias los llevan a rechazar mi hermandad y a excluirme de la de ellos”.

*Continuación de
las divisiones*

*Las iglesias que
siguieron las
enseñanzas del
Nuevo Testamento*

Las iglesias que, con Chapman, mantuvieron las bases originales con relación a sus círculos de hermandad fueron llamadas a menudo “los hermanos abiertos”. Sin embargo, siempre entre ellas ha de haber existido algunos individuos e iglesias que en el fondo eran sectarios y por ello merecieron un nombre sectario, ya que siempre existe un peligro latente de que cualquier movimiento espiritual pueda terminar siendo una secta. Al mismo tiempo, entre ellos quedaron muchos que con razón podían haberse adjudicado todo tipo de nombre que unifica y rechazar cualquier calificativo que divide al pueblo de Dios. Estos hermanos mantuvieron un testimonio evangélico activo, llegando también a la mayor parte de las regiones del mundo.

La influencia de este movimiento ha sido de importancia más allá de los límites de las reuniones que de una manera más particular se relacionaron con él. Frente al gran predominio del racionalismo y su conquista de una gran parte de los colegios teológicos, de los púlpitos de

Capítulo 17

los principales cuerpos no conformistas y de una parte considerable de la Iglesia Anglicana, estos grupos de creyentes han mantenido absoluta lealtad a las Escrituras como inspiradas por Dios, y han defendido esta convicción con una capacidad y un celo que los convierte en aliados valiosos de los numerosos creyentes que, en sus distintos círculos, sufren bajo sus ministros y demás miembros del clero que no tienen la misma fe.

*Lealtad a las
Escrituras*

Movimientos de un carácter similar, o sea, de creyentes reunidos conforme a la enseñanza y el ejemplo del Nuevo Testamento, se encuentran en muchas partes del mundo. Estos están libres de desarrollos históricos hacia rituales u organizaciones que han apartado a muchos del modelo original, y su simplicidad los hace adaptables a todas las clases de hombres y a todas las circunstancias. Estos movimientos no publican ni recopilan información o estadísticas, ni dependen de la publicidad o solicitudes de ayuda para llevar a cabo su testimonio. De manera que son muy poco conocidos en el mundo, incluso en el mundo religioso, y esto precisamente le da a su trabajo una serena pero gran eficacia cuyo valor se aprecia especialmente cuando dichos grupos enfrentan circunstancias de persecución.

En nuestros días, constantemente se están formando círculos similares entre toda clase de personas. Ellos poseen en sí mismos el poder para llevar la Palabra de vida adelante cada vez más lejos, y siguen propagándose. Sus historias son constantes evocaciones del libro de los Hechos. Aquellos que están entre algunos de ellos —y nadie puede conocerlos a todos— se dan cuenta de que sus obras son como las de su Señor, *“las cuales si se escribieran una por una, (...) ni aun en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir”*.

La atención ha sido atraída hacia las personas e iglesias que han aceptado las Escrituras como una revelación divina, suficiente como para mostrar el camino de la salvación personal y la conducta así como para dirigir a las iglesias de creyentes en lo relacionado a su orden y testimonio.

*Continuación y
propagación de la
obra*

Hemos visto como se levantó un cuerpo clerical que ha asumido dominio y poco a poco ha desarrollado un sistema de ritualismo que se ha convertido en

Cuestiones relacionadas a hermandad e inspiración

un enemigo implacable de aquellos que han continuado actuando sobre la base de la enseñanza de las Escrituras. Una forma diferente de ataque contra las Escrituras, que pudiera ser descrita como racionalismo, fue la que se llevó a cabo en el siglo XIX. El racionalismo hace a un lado la revelación al dar por sentado la suficiencia de la mente o la razón a fin de permitirle al hombre encontrar la verdad y alcanzar el bien máspreciado.

El progreso sin precedentes alcanzado en el conocimiento científico no sólo hizo posible una comprensión valiosa acerca de las obras de Dios en la creación, sino que, además, estimuló en algunas mentes un deseo de explicar la creación aparte de Dios. Se hizo, pues, necesario demostrar que el relato de la creación dado en el libro de Génesis no surgió a partir de una inspiración divina, sino a partir de la ignorancia de los hombres que, por haber vivido antes que nosotros, se supone que tenían menos conocimiento que nosotros. A medida que se hicieron nuevos descubrimientos en el campo infinito de la naturaleza, las teorías se fundamentaron en estos descubrimientos y se afirmó que estos resultaban incompatibles con el relato de Génesis, y que, por tanto, comprobaban que la historia de Génesis era incorrecta. Al salir a la luz nuevos hechos, se hacía necesario desarrollar nuevas teorías, cada una desplazando a su predecesora, aunque cada una fue aceptada sobre la base de la autoridad de la erudición de los hombres de ciencia que las promulgaban. *El origen de las especies*, publicado por Charles Darwin en 1859, fue un hito importante en este desarrollo del pensamiento.

El ritualismo y el racionalismo

Aquellos que aceptaron la opinión de que no había habido una creación, inevitablemente perdieron el conocimiento del Creador. Esto implicaba la pérdida de todo el conocimiento revelado, por cuanto la revelación de Dios por medio de las Escrituras comienza con la creación como la obra de Dios, sin la cual no pudo haber existido la caída de su criatura, el hombre, y sin la cual tampoco hubiera habido ni necesidad ni posibilidad de la redención del hombre. Por consiguiente, las nuevas teorías que evolucionaron de las mentes de los hombres rechazaron la enseñanza de la Escritura acerca de la caída, reemplazándola con teorías, que cambiaban constantemente, acerca del desarrollo del hombre a partir de una forma de vida inferior.

Capítulo 17

La experiencia de la salvación y la esperanza de la redención se volvieron imposibles de creer sobre la base de estas enseñanzas, y cualquier promesa vaga que pudiera ofrecerse al género humano dejó al individuo sin esperanza.

Aunque en las mentes de la mayoría la evolución ha reemplazado a Dios el Creador, de manera que algunos consideran que sus raíces se remontan a las bestias en lugar de Dios, y son ignorantes de Dios como su Redentor, no todos, incluso entre aquellos reconocidos como los hombres de ciencia más eminentes, han seguido esta enseñanza. No sería correcto decir que el aumento del conocimiento de los hechos de la naturaleza necesariamente conduce a no creer en Dios o en las Escrituras. Muchos han descubierto que cuanto más han aprendido de las obras de Dios en la creación, tanto más han apreciado la consonancia de esta revelación con la contenida en las Escrituras. En realidad, la afirmación que con tanta frecuencia se hace de que ningún hombre moderno, inteligente y educado puede creer en las Escrituras, carece de fundamento alguno. No es cierto que cuanto más las personas saben tanto menos creen, ni tampoco que cuanto más ignorantes son más fe poseen.

El racionalismo se debe en gran medida a la falta de reconocer que el hombre no sólo es mente, sino mente y corazón, y que la mente siempre sirve al corazón. El corazón —que es el carácter, la voluntad, las emociones y el centro de las experiencias— usa en su servicio a la mente, con su inteligencia y poder de razonamiento. El corazón del hombre natural usa su mente a fin de justificar su incredulidad de Dios y la Escritura, al encontrar innumerables razones para argumentar en contra de Dios así como contradicciones y errores en las Escrituras. No obstante, si este mismo hombre tiene una experiencia que lo hace darse cuenta de su estado pecaminoso, de su necesidad de salvación, y Cristo se manifiesta a él, su corazón —es decir, su voluntad y emociones— son capturadas. Estas acuden a Cristo en fe como el Salvador y Señor, y la vida divina y eterna es transmitida a tal hombre, como está escrito:

*El fracaso del
racionalismo*

“Para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3.15). Con esta provisión, la mente —aunque ni más ni menos capaz, inteligente o instruida que antes— entra al servicio del corazón transformado. Encuentra verdad, belleza y revelación en las

Cuestiones relacionadas a hermandad e inspiración

mismas Escrituras que antes despreciaba, y descubre en los caminos de Dios un motivo constante para adorar y ofrecer acciones de gracias. El fracaso del racionalismo se debe a su acto de colocar al juez erróneo en la magistratura.

Otro modo de ataque contra las Escrituras, también desarrollado fundamentalmente en el siglo XIX, tomó la forma de crítica bíblica. Esta, al igual que las investigaciones científicas, es buena en sí, pero el racionalismo la obligó a adoptar teorías erróneas. El examen crítico del texto de la Escritura, incluyendo el estudio de los manuscritos antiguos, ha sido de gran valor al corregir los errores y exhibir de una forma más completa el contenido, la fuerza y el significado de la Palabra de Dios escrita.

La “crítica superior”, al tomar en cuenta las circunstancias históricas, geográficas y otras de carácter externo bajo las cuales fueron escritos los varios libros, y al examinar también su carácter



literario interno, así como al deducir de todos estos lo que puede aprenderse en cuanto a su fecha y autoría, ha sacado a la luz muchas cosas de interés. Sin embargo, aquí nuevamente el método racionalista, el examen de las Escrituras sin tener en cuenta a Dios ni la inspiración del Espíritu Santo que obró por medio de los autores humanos y juntamente con ellos, ha conducido a teorías extrañas y variadas.

Las Escrituras fueron dadas al mundo por medio de un instrumento escogido, el pueblo de Israel. Moisés y los profetas hablaron por medio de la Palabra del Señor, y los libros que contienen sus declaraciones, ya sean los de la ley, los de historia, los salmos o las profecías, fueron preservados por los judíos con un esmero y tenacidad que ninguna otra raza hubiera sido capaz de ejercer. Cristo y los apóstoles aceptaron y usaron el Antiguo Testamento al máximo como la Palabra de Dios, completándola por medio de la adición del Nuevo Testamento. Este Libro, o Biblia, en todos los tiempos ha sido aceptado como algo inspirado divinamente, y por medio de su obrar en los corazones y vidas de los hombres ha demostrado su poder divino. Siempre han existido aquellos que niegan sus afirmaciones, pero fue en el siglo XIX que se vio un desarrollo trascendental de esta negativa por parte de los hombres.

Capítulo 17

El ritualismo había enseñado por mucho tiempo un desarrollo que añadió a la Escritura e implicó una desviación de esta, pero el racionalismo, quitando de la Biblia, tiene el efecto de socavar y destruir su credibilidad.

Uno de los primeros y más importantes desarrollos de la crítica superior fue fundamentado en el uso de diferentes nombres para Dios en el libro de Génesis. A partir de estas diferencias se argumentó

*El racionalismo y
"la crítica
superior"*

que el libro tenía que ser la obra de diferentes autores. Luego, en una demostración de mucha ingenuidad, el libro de Génesis, y posteriormente otros libros, fueron divididos en las diferentes autorías (los diversos críticos tenían sus distintos esquemas). Bajo este proceso la personalidad

de Moisés fue tergiversada, y pronto llegó a estar de moda negar la existencia de Abraham y otros personajes descritos en los libros más antiguos, representándolos como personajes míticos, el producto de leyendas acerca de varios héroes relacionados a un hombre imaginario. Un nuevo y más rápido progreso tuvo lugar en estos métodos cuando Eduardo Reuss (1834) promulgó una teoría según la cual los libros de la ley hubieran sido escritos después de los libros de los profetas, y que los Salmos hubieran sido escritos aun más tarde. Esta suposición produjo mucha especulación e hizo que se adaptaran las distintas partes del Antiguo Testamento al esquema recién concebido.

Al mismo tiempo, los milagros del Nuevo Testamento fueron rechazados como sucesos imposibles y se explicó con gran empeño cómo la narración de estos había surgido a partir de malentendidos e historias legendarias.

La historia del Evangelio fue reconstruida. La *Vie de Jesus* de Ernest Renan y la *Leben Jesu* de Strauss estuvieron muy en boga por un tiempo. La crítica se extendió por todas partes. El simple hecho de que algo se afirmara en la Biblia era considerado casi como razón suficiente para dudar de su veracidad. Semejantes extremos condujeron a cierta reacción; mucho de lo que se había rechazado volvió a admitirse. Las investigaciones arqueológicas revelaron la exactitud

*La arqueología y
la Biblia*

histórica de muchas cosas que habían sido consideradas como fábulas.

Cuestiones relacionadas a hermandad e inspiración

La creciente ocupación de muchos con las Escrituras, como resultado de estos conflictos, sacó a la luz más que nunca sus tesoros de verdad y sabiduría. Estas personas todo el tiempo continuaron siendo el medio fundamental para traer la salvación a toda clase de pecadores.

Así como el ritualismo le debía al clero el hecho de haberse convertido en un medio eficaz para mantener a los pecadores alejados del Salvador, también el racionalismo —que tiene su amplio predominio en nuestros días y su poder de mantener a las multitudes en la incredulidad— tenía éxito por el hecho de que se apoderó de la mente teológica y ministerial, y parecía convertir a quienes lo adoptaban en los líderes intelectuales de la gente. Su conquista de los colegios teológicos y de las instituciones de entrenamiento para el ministerio ha sido una obra casi completa. Los guías espirituales de la gente han llevado a sus rebaños poco dispuestos a donde no hay pasto, haciéndoles creer que ellos ya no pueden considerarse intelectuales ni mucho menos inteligentes a menos que acepten las supuestas pruebas de que no hay revelación inspirada divinamente y, por consiguiente, de que no hay ningún Creador ni Hijo de Dios que se hiciera hombre por el bien de los pecadores, y que por nosotros conquistara el pecado y la muerte y abriera el camino de regreso a Dios.

La enseñanza racionalista ha reducido al Señor a no más que un buen hombre, un hombre que a menudo cometió errores, aunque un modelo para nuestra imitación. Las promesas de que estas doctrinas trajeran consigo una paz, prosperidad y hermandad universal, han sido desmentidas categóricamente por medio de la guerra y los preparativos para la guerra, por medio de las huelgas y de la bancarrota. La esperanza y expectación de la venida del Señor para reinar están perdidas para aquellos que no saben quién fue el que vino a sufrir por nosotros.

Entre los muchos que se opusieron a esta enseñanza y continuaron el uso de las Escrituras con un poder y efecto que demostró la verdad de su afirmación de ser la Palabra inspirada de Dios, ninguno resultó ser más eminente que Charles Haddon Spurgeon. Él se convirtió al Señor cuando tenía dieciséis años (1850) y fue recibido entre los bautistas. Inmediatamente comenzó a testificar de Cristo, y al cabo de un año, dejando a un lado cualquier preparativo teológico convencional, se hizo pastor de una iglesia bautista. Incluso para ese entonces

Charles Spurgeon
1834–1892

Capítulo 17

su predicación ya tenía un poder espiritual tan extraordinario que una creciente cantidad de personas se sintió atraída a escucharlo.

Ningún edificio disponible fue suficiente para el auditorio de semejante predicador, de modo que se construyó el Tabernáculo Metropolitano con capacidad para 6.000 personas, y allí él no sólo predicó el Evangelio con regularidad a lo largo de su vida, sino que, además, expuso las Escrituras y desempeñó un papel importante —con sus dones extraordinarios y con una humildad intachable— en la edificación de una iglesia basada en los principios del Nuevo Testamento, desde la cual ríos de agua de vida fluyeron a innumerables almas.

En la predicación, Spurgeon se aferraba estrictamente a las Escrituras, las cuales explicaba a sus oyentes con una comprensión y emoción genuina, destacando su mensaje con infinitos ejemplos adecuados y con un humor picante que nunca le faltaba. Sus sermones eran efectivos tanto cuando eran leídos como cuando eran escuchados; los mismos eran publicados tan pronto se predicaban, y su circulación era enorme, manteniéndose incluso hasta después de su muerte.

Al sentir fuertemente el obstáculo que representaba para el Evangelio la doctrina de la regeneración bautismal, Spurgeon decidió de forma valiente predicar y publicar un sermón sobre el tema. Esto lo expuso a los ataques por parte de los numerosos cuerpos de evangélicos y protestantes que apoyaban dicha doctrina. El conflicto que esto suscitó lo obligó, un año después, a retirarse de la “Alianza Evangélica”.

Como la crítica bíblica se desarrolló en el aspecto de socavar la fe en la inspiración de las Escrituras y llegó a influenciar sobremanera a la “Unión Bautista”, Spurgeon se retiró también de esa asociación (1887). Este paso le costó la pérdida de algunos amigos y lo involucró en mucha polémica, pero al mismo tiempo dio esperanzas a muchos que se encontraban a punto de dudar de los fundamentos de su fe y, en los días difíciles, alentó aquella justificación de la verdad de la Escritura que pronto iba a ser fuertemente reforzada por los nuevos descubrimientos, tanto de las investigaciones históricas antiguas como de las científicas modernas.

Al mismo tiempo, las Escrituras nunca fueron tan ampliamente difundidas ni leídas como en este tiempo, y su llamado al arrepentimiento y a la fe es tan eficaz como siempre. La Sociedad Bíblica Británica y Extranjera, junto con otras, no sólo se mantiene, sino que continúa

Cuestiones relacionadas a hermandad e inspiración

incrementando sus traducciones y ventas. Sus agentes viajeros van en aumento y entran en esferas cada vez más amplias. Nuevas traducciones llevan los tesoros de la Palabra de Dios a los pueblos más lejanos. Si entre algunos de los pueblos favorecidos el don de la lectura gratuita de la Palabra de Dios, tan encarecidamente comprado por medio de la sangre de sus antepasados, es desperdiciado, existen aquellos, llamados posteriormente, que se esfuerzan por ocupar los lugares de los primeros.

El trabajo de las sociedades bíblicas

Quedó reservada para el siglo XX la experiencia de una aceleración sin precedentes en el curso de los acontecimientos. Al igual que una avalancha comienza su movimiento lento, el cual, siendo casi imperceptible al principio, gana velocidad hasta que desciende con un poder asombroso, asimismo el lento desarrollo de los años precedentes se ha convertido en el torrente precipitado de nuestra época. Los poderes ocultos en el aire están siendo descubiertos —“*Luego dijo Dios: Haya expansión en medio de las aguas*” (Génesis 1.6). Durante mucho tiempo los hombres se conformaron sólo con respirar este aire, pero ahora resulta ser el medio transportador de luz, calor, electricidad y sonido, de modo que la voz hablada puede ser escuchada por millones de oyentes en todo el mundo. El aire sostiene máquinas poderosas que corren a velocidades increíbles, de manera que la distancia se disminuye y el mundo entero se encuentra conectado.

Los progresos inigualados del siglo XX

La calidad y estructura de los materiales son examinadas y se descubre que contienen complejidades de forma y acción de una variedad inimaginable. En medio de semejantes maravillas, la inteligencia humana ha sido avivada y el conocimiento ha sido puesto al servicio de las obras buenas y malas, las cuales tienden a aumentar la velocidad con que nuestra época se encamina hacia su consumación. En este gran torrente de la historia, las Escrituras permanecen inmutables e igualmente se aplican a todas las circunstancias cambiantes de la vida. Aquellos que andan en obediencia de fe, ya sea congregados en las iglesias o dispersos por todo el mundo, descubren que esta brújula siempre apunta hacia Cristo, de quien se testifica: “*Todas las cosas por él fueron hechas*” y fue enviado por Dios al mundo *para que el mundo sea salvo por él.*

Capítulo 17

Aquellas iglesias que aún hacen de las Escrituras su guía y modelo, y que se esfuerzan por actuar conforme a esta regla, están completamente libres del racionalismo, al igual que siempre han estado libres del ritualismo. Por tanto, ellas constituyen un baluarte contra la incredulidad y proveen un refugio para las almas que buscan donde poder actuar en obediencia a la Palabra de Dios, en hermandad con aquellos de la misma opinión.

El clero como líderes espirituales

Su aumento y propagación por muchos países, así como el hecho de que continúan surgiendo iglesias nuevas en lugares donde la Biblia penetra, es de mayor importancia.

Se espera, además, que a medida que muchas denominaciones se desvían más y más del camino de la fe, habrá cristianos entre ellos que se verán obligados a hacer como muchos han hecho antes que ellos, o sea, fundar iglesias con los que creen a fin de llevar a cabo ellos mismos las enseñanzas de la Palabra de Dios y predicar el Evangelio salvador a los demás. Los miembros del clero a menudo han sido los líderes en tiempos de avivamientos que han seguido un rumbo de cierto regreso a los principios de la Palabra de Dios, y esto pudiera repetirse. Huss el capellán, Lutero el monje, Spener y Franke, ambos pastores luteranos, y los sacerdotes de la Iglesia Anglicana, Juan y Carlos Wesley, junto con Jorge Whitefield, son sólo algunos ejemplos. La formación y experiencia de tales hombres resultan especialmente valiosas una vez que ellos se liberan de las trabas que obstaculizan la obediencia de fe.

Notas finales

- ¹ *Collected Writings of J. N. Darby*, redactado por William Kelly. Tomo eclesiástico número 1.
- ² *Memoir of the Late Anthony Norris Groves Containing Extracts from His Letters and Journals*, compilado por su viuda, 1856.
- ³ *A History of the Plymouth Brethren*, W. Blair Neatby.

Conclusiones

¿Acaso las iglesias aún pueden seguir la enseñanza y el ejemplo del Nuevo Testamento?; Diferentes respuestas; Las iglesias ritualistas; El racionalismo; Los reformistas; Los místicos y otros; El avivamiento evangélico; Los hermanos que a través de todos los siglos han hecho del Nuevo Testamento su guía; La difusión del Evangelio; Las misiones extranjeras; El avivamiento por medio del regreso a las enseñanzas de la Escritura; Cada cristiano un misionero, cada iglesia una sociedad misionera; La diferencia entre una iglesia y una misión; Diferencia entre una institución y una iglesia; Unidad de las iglesias y difusión del Evangelio; Las iglesias del Nuevo Testamento entre todos los pueblos sobre la misma base; Conclusión.

La pregunta con relación a la iglesia, o sea, la cuestión de si podemos y debemos continuar llevando a cabo la enseñanza y el ejemplo del Nuevo Testamento en lo referente al orden y la estructura de las iglesias, ha sido contestada de diferentes maneras:

La pregunta con relación a la iglesia

1. La teoría del “desarrollo” no recomendaría hacer esto, porque, de acuerdo con la opinión promulgada por las iglesias ritualistas como la Iglesia de Roma, la Iglesia Griega Ortodoxa y otras similares, se ha alcanzado algo mejor que lo que se practicó al principio, y además, las Escrituras han sido modificadas, y hasta suplantadas, por la tradición.
2. El racionalismo ofrece la misma respuesta, considerando como algo retrógrado el hecho de regresar al modelo original, ya que niega que las Escrituras proveen una autoridad permanente.

Capítulo 18

3. Los reformistas de las iglesias actuales han intentado desarrollar una posición intermedia para regresar en parte, aunque no del todo, al modelo reconocido por Lutero, Spener y otros.
4. Algunos han abandonado el intento, como fue el caso de los místicos, quienes, en lugar de intentar regresar al modelo original, se dedicaron a la búsqueda de la santidad personal y la comunión con Dios, ejemplos de los cuales son Molinos, Madame Guyon y Tersteegen. Además, está el caso de los “amigos”, que dejaron a un lado las ordenanzas externas del bautismo y la Cena del Señor y se ocuparon más con el testimonio de la luz interna que con las Escrituras externas. Otros, como Darby y sus seguidores, repudiaron la obligación y la reemplazaron por un testimonio de “la ruina de la iglesia.”
5. El avivamiento evangélico dejó de lado esta pregunta como algo sin importancia, concentrándose en la conversión de pecadores y organizando lo que resultara conveniente a fin de satisfacer las necesidades prácticas, como fue el caso de las Sociedades Metodistas de Wesley, o el Ejército de Salvación.
6. Sin embargo, en todos los tiempos ha habido hermanos que han contestado con un “sí” a la pregunta, aunque han sido llamados por muchos nombres: cátaros, novacianos, paulicianos, bogomilos, albigenses, valdenses, lolardos, anabaptistas, menonitas, estundistas y otros nombres innumerables, también muchas congregaciones de bautistas e independientes, así como asambleas de “hermanos”. Todos ellos han sido uno en su esfuerzo por actuar sobre la base del Nuevo Testamento y por seguir el ejemplo de las iglesias del Nuevo Testamento.

Existe otra pregunta muy relacionada con la anterior: ¿Será posible en la actualidad predicar el Evangelio como se hizo en el principio, y no es cierto que al hacer esto se pudiera lograr una difusión del Evangelio mucho más rápida? Verdaderamente, la pregunta se amplía y se nos hace urgente: ¿Acaso no es *sólo* por medio de un regreso

*La difusión del
Evangelio*

a las Escrituras que puede manifestarse la unidad de los hijos de Dios y puede lograrse la evangelización del mundo?

Al principio del Evangelio no había distinción entre la obra “local” y la “extranjera”. Poco a poco la difusión espontánea del Evangelio, indistintamente del país y la nacionalidad, fue modificada por el cambio de las iglesias apostólicas primitivas a la organización que se desarrolló a partir de ellas, y las “misiones” comenzaron a enviar misioneros que representaban la autoridad central que los había enviado. Al multiplicarse las denominaciones cristianas organizadas, las misiones hacia otras tierras aumentaron, cada una predicando a Cristo, pero representando también su propio esquema y desarrollo del cristianismo, e introdujeron así entre los paganos la confusión del conflicto entre las sectas bajo la cual sufre el cristianismo. El cristianismo original no dependió nunca de las riquezas materiales, sino del poder del Espíritu Santo, y siempre estuvo relacionado con la pobreza. Los métodos que se han desarrollado son costosos, porque los dones del Espíritu Santo, quien mora en el creyente más nuevo y suple las necesidades para el testimonio aun del más pequeño grupo de discípulos, no son reconocidos, sino que en su lugar se establece una “misión” para suplir todas las necesidades. Dicha misión tiene que ser patrocinada, y se hace necesario solicitar dinero de los que están en “casa” o, donde se cree que actuar así constituye una falta de fe, se recurre a la publicación de incidentes conmovedores o necesidades angustiosas para despertar interés en la obra. De esta manera, también, la dirección y apoyo de la obra “en el extranjero”, al estar en gran medida en las manos de aquellos “en casa” o de sus representantes, continúa siendo una institución extranjera en el lugar donde se lleva a cabo, y de ese modo se obstaculiza la difusión del Evangelio hasta un grado incalculable.

Seguir a Cristo y negarse a uno mismo implica estar dispuesto a romper los más queridos vínculos que nos atan a nuestras organizaciones denominacionales, así como encontrar los medios para practicar una hermandad genuina con todo el pueblo de Dios, practicando tanta tolerancia los unos con los otros como nuestra debilidad actual nos lo exija. Si todos guardáramos las enseñanzas de la Escritura, entonces podríamos ponerla en las manos de los hombres de todas las naciones, y por medio de preceptos y ejemplo podríamos mostrarles que la misma es para ellos tanto como para nosotros, en la certeza de que Dios los protegerá, los guiará y les dará su lugar como iglesias independientes así como su herencia entre los santos.

Capítulo 18

No sabemos qué dones el Espíritu Santo pueda despertar en lugares fuera del ámbito de las actividades misioneras actuales y en las circunstancias que de forma manifiesta se presenten más allá de nuestro poder para controlarlas. Por ejemplo, las iglesias rusas perseguidas tienen experiencias superiores a las nuestras, y se aviva un celo y una devoción entre ellas que resulta desconocido para la mayoría de los cristianos profesos en circunstancias más cómodas. Puede darse el caso de que en medio de estas circunstancias se logren milagros de unidad y testimonio que nosotros no hemos alcanzado.

¿Qué nos depara el futuro?

Del mundo pagano pudieran surgir líderes tan llenos del Espíritu Santo que fueran capaces de dejar atrás tanto las divisiones como las riquezas de las misiones americanas y europeas y experimentar conversiones y el crecimiento de iglesias de Dios en sus propios pueblos, iglesias que bien pudieran tener que aprender de sus propios errores, pero que estarán libres de los nuestros. Con Dios nada es imposible. Él pudiera llamar, incluso del Islam, a discípulos de Cristo devotos y sumisos, a quienes podría usar en su servicio en medio de ese pueblo. Todo esto no es para hacer a un lado el valor incalculable de la dedicación y el servicio que durante mucho tiempo ha fluido, y que aún fluye, hacia el mundo a través de las instituciones y sociedades misioneras, sino que su visión son las multitudes todavía sin alcanzar (y que permanecerán no alcanzadas al ritmo actual de progreso), señalando la única forma de lograr un avivamiento, es decir, un regreso al camino de la Palabra.

Dios se manifiesta en Cristo por medio del Espíritu Santo como el Amante, el Buscador, el Salvador y el Guardián de la humanidad perdida. No existe revelación más eficaz que esta, que la naturaleza de Dios es tal que la miseria del hombre caído lo ha obligado a hacer a un lado su gloria celestial a fin de convertirse en Hombre, para llevar todos nuestros pecados y

¿Discípulos de Cristo surgidos del Islam?

más que todas nuestras penas, y conquistar la muerte por medio de la muerte para darles a los pecadores moribundos vida eterna y divina. Todo el que por medio de la fe recibe esta vida llega a tener el mismo anhelo que Aquel de quien la recibió, de modo que, cada cristiano es

misionero por naturaleza. Como un mandato obligatorio resuenan en su alma las palabras: *“Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura”*.

En el Nuevo Testamento no hay distinción entre el clero y el laicado; todos los santos son sacerdotes. De igual forma, no hay distinción entre los misioneros y los que no son misioneros —cada cristiano es “enviado”, o tiene la “misión” de ser testigo de Cristo en el mundo. La formación de una clase misionera aparte, agrupada en sociedades misioneras, apoyada por fondos especiales para misiones, que obra a partir de una misión, aunque ha llevado a cabo mucho trabajo, se adquiere a un alto costo, porque le permite a la gran mayoría de los cristianos no ser misioneros y estar contentos con eso, y por otra parte empaña la visión de cada cristiano de entregarse completamente al Señor en cada circunstancia y dedicarse a su servicio de principio a fin.

*Cada creyente es
un misionero*

El propósito del Evangelio es que los pecadores se conviertan en santos, y que luego se congreguen para formar iglesias. Ya que cada miembro de una iglesia es llamado a ser un misionero, o testigo de Cristo, cada iglesia es una “sociedad misionera”, una sociedad de personas que de forma colectiva se dedican al testimonio del Evangelio.

La diferencia entre una misión y una iglesia es que una misión, junto con la sociedad misionera de la cual es una rama, es el centro en torno al cual los naturales de un país se reúnen en busca de dirección y suministros. Por su parte, una iglesia según el Nuevo Testamento, es, desde sus inicios, cuando dos o tres se congregan en el nombre del Señor Jesús, basados sobre el mismo fundamento que la iglesia más vieja jamás establecida, y tienen el mismo Centro, los mismos principios. Tal iglesia, aunque es diferente de otras en sus dones y experiencias, es partícipe de la misma gracia, y obtiene sus suministros de la misma Fuente. Además, llega a ser el instrumento más adecuado para la difusión del Evangelio entre el pueblo del cual ha sido llamada, y conoce perfectamente los conceptos, idioma, costumbres y necesidades de dicho pueblo. Una misión puede ser de gran valor, pero no debe convertirse nunca en el centro alrededor del cual se forma una iglesia: ese centro es Jesucristo.

Capítulo 18

Existe, además, una diferencia entre una iglesia y una institución como un hospital o una escuela. Las instituciones pueden resultar muy importantes, complementando el Evangelio, ganándose la confianza del pueblo; pero si un hospital o una escuela, de origen foráneo, llega a considerarse como el centro alrededor del cual la iglesia se forma, y del cual depende, no podrá desarrollarse una iglesia conforme al modelo del Nuevo Testamento. La misma se convierte en una religión extranjera, dependiente de los suministros del extranjero. Tal obra seguirá siendo una religión extranjera, dependiente del patrocinio extranjero. Incluso puede desarrollar un sistema de “evangelistas naturales” asalariados, lo cual es perjudicial para la iglesia y su dependencia de Dios, y obstaculiza el crecimiento en lo que es el conocimiento de Dios.

Peligros de las instituciones

La Escritura no nos hace creer que el Evangelio prevalecerá hasta producir la conversión del mundo entero; por el contrario, se nos enseña a esperar una creciente desviación de Dios, la cual traerá un terrible juicio sobre toda la tierra. La venida del Señor Jesucristo en su gloria es la esperanza que se pone ante la iglesia. Al esperar ese gran acontecimiento, recordamos la última oración del Señor por sus discípulos: “*Para que todos sean uno (...) para que el mundo crea que tú me enviaste*”.

Estas dos cosas, es decir, la unidad del pueblo de Dios y el hecho de dar a conocer al Salvador en el mundo, son el deseo de todos los que están en comunión con el Señor. La historia de la iglesia demuestra que el avivamiento llega por medio de un regreso a la obediencia a la Palabra de Dios. Ciertamente esta oración del Señor es, además, una promesa; esta promesa se cumplirá como él oró. Sin duda, el total cumplimiento de ella será cuando él venga, pero puede ser que el último gran avivamiento sea un indicio, incluso aquí en la tierra, de lo que está por acontecer tanto en el cielo como en la tierra.

Cuando los discípulos del Señor se arrepienten y renuncian a las formas que los conducen a una desviación de su Palabra, y se congregan como iglesias en una dependencia inmediata de él, libres de las ataduras de las federaciones y organizaciones humanas, y libres para recibir a todos los que pertenecen a él, es entonces que ellos experimentan su suficiencia, como lo experimentaron aquellos que transitaron ese mismo sendero antes que ellos; por una parte, son librados

La fortaleza que ha de encontrarse en la unidad

del compañerismo con los incrédulos y, por la otra, se termina cualquier separación entre ellos y sus hermanos en la fe.

Además, al llevar el Evangelio a los pueblos de todas las naciones y razas, ellos comprenderán que toda la Palabra de Dios es para otros lo mismo que para ellos; que todos los que creen llegan a experimentar la misma relación con Dios, y que ninguna diferencia de nacionalidad puede afectar la posición de una iglesia delante de él. La obra del Espíritu Santo en todos manifestará la verdad que Pedro había aprendido y manifestó cuando dijo: *“Y Dios, que conoce los corazones, les dio testimonio, dándoles el Espíritu Santo lo mismo que a nosotros; y ninguna diferencia hizo entre nosotros y ellos, purificando por la fe sus corazones. (...) Creemos que por la gracia del Señor Jesús seremos salvos, de igual modo que ellos.”*

Al repasar el ya largo sendero recorrido por la iglesia peregrina, aparecen ciertos puntos principales. Estos puntos que sobresalen por encima de todos los detalles que tanto conmovieron a aquellos cuyas vidas en aquel tiempo los trazaron, con razón llaman la atención, ya que convierten las experiencias del camino que queda atrás en dirección para el sendero que se extiende por delante.

1. La iglesia peregrina ha encontrado en las Escrituras una guía segura y capaz para todo el camino desde Pentecostés hasta nuestros días, y tiene la certeza de que también será suficiente hasta que la antorcha que alumbra en lugar oscuro resulte tenue ante la gloria de la aparición de él que es la Palabra viva (2 Pedro 1.19).
2. La iglesia peregrina está separada del mundo; aunque se encuentra *en* el mundo no es *del mundo*. Ella nunca se convierte en una institución terrenal. Aunque es un testimonio y una bendición para el mundo, sin embargo, puesto que el mundo que crucificó a Cristo no cambia, y al discípulo le basta ser como su Maestro, los peregrinos aún se exhortan los unos a los otros con las palabras: *“Salgamos, pues, a él, fuera del campamento, llevando su vituperio; porque no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la por venir”* (Hebreos 13.13–14).

Capítulo 18

3. La iglesia es una. En tanto que nos consideramos miembros de la iglesia peregrina, reconocemos como nuestros hermanos peregrinos a todos aquellos que transitan por el Camino de la Vida. Las diferencias pasajeras, por más agudas que parezcan en el momento, se hacen mínimas cuando consideramos toda la peregrinación que se extiende ante nosotros. En la más profunda humildad, al pensar en la pequeñez de nuestro aporte, y con un gozo entrañable por nuestros hermanos, nos declaramos hermanos. Sus sufrimientos son nuestros, su testimonio es nuestro, porque su Salvador, Líder, Señor y Esperanza es nuestro. Por medio de la iluminación del Espíritu Santo hemos aprendido, con ellos, a regocijarnos con el Padre cuando dice: *“Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”* (Mateo 3.17). Con ellos, también, nos regocijamos en la esperanza de ese día en que el Hijo se nos presentará a sí mismo *“una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante”* (Efesios 5.27).